EUNSA

# HISTORIA UNIVERSAL

Tomo XI

# DE LAS REVOLUCIONES AL LIBERALISMO

GONZALO REDONDO
JOSE LUIS COMELLAS

GONZALO REDONDO, nacido en 1936, es Doctor en Filosofía y Letras, sección de Historia, Doctor en Derecho Canónico y Licenciado en Ciencias de la Información. Al margen de artículos diversos de investigación histórica, ha publicado *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset.* Madrid, 1970, 2 vols., y *La Iglesia en el mundo contemporáneo.* Pamplona, 1979, 2 vols. Es en la actualidad Profesor de Historia de la Iglesia. Edad Contemporánea, en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

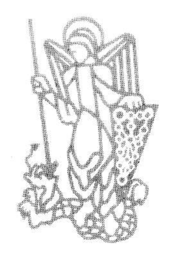
JOSE LUIS COMELLAS GARCIA-LLERA se licenció en la Universidad de Santiago (1953), y se doctoró en la de Madrid (1953) con una tesis sobre los primeros pronunciamientos en España. Premio Menéndez Pelayo 1954, del C.S.I.C., simultaneó desde el primer momento la docencia universitaria con la investigación histórica. Profesor de Historia de España Moderna y Contemporánea e Historia de América en la Universidad Compostelana, entre 1953 y 1956, pasó en este último año a la Universidad de Navarra, donde desempeñó las enseñanzas de Historia Universal Contemporánea. En 1963 logró por oposición la cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla, siendo en la actualidad Director del Departamento del mismo nombre. Autor de veinte libros y gran cantidad de trabajos menores sobre temas de Historia Contemporánea española, ha tratado también aspectos como las revoluciones románticas europeas, o la *Baja Edad Contemporánea,* que comprende los últimos cien años de historia en el mundo.

Ils. cub.: *Dibujo de una locomotora en corte transversal con el mecanismo de vapor de John Emslie, 1848.* (Oronoz. Madrid.)

EUNSA

# HISTORIA UNIVERSAL

XI



Primera edición: Noviembre 1984.
Primera reimpresión: Abril 1985.
Segunda reimpresión: Diciembre 1989.



ISBN 84-313-0552-5 (Obra completa).
ISBN 84-313-0855-9 (Tomo XI).

Depósito legal: NA. 1.306-1989 (XI).

Confección: EUNSA.

Fotocomposición: Composiciones RALI, S. A.

Impreso por: LINE GRAFIC, S. A. Hnos. Noáin, s/n. Ansoáin.

Printed in Spain – Impreso en España.

EUNSA

# HISTORIA UNIVERSAL

## XI

## DE LAS REVOLUCIONES AL LIBERALISMO

### LA EPOCA ROMANTICO-LIBERAL

Gonzalo Redondo
José Luis Comellas

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S. A.
PAMPLONA

Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA), ha constituido el siguiente CONSEJO ASESOR para el desarrollo de sus proyectos editoriales sobre temas de Historia.

## PLAN DE LA OBRA

Tomo I
LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES
Hasta el año 500 a. J.C.
Luis Suárez Fernández

Tomo II*
LA ANTIGÜEDAD CLASICA
La época helénica y helenística
500 a. J.C. - 30 a. J.C.
Luis A. García Moreno

Tomo II**
LA ANTIGÜEDAD CLASICA
El Imperio Romano
30 a. J.C. - 395 d. J.C.
Luis A. García Moreno

Tomo III
DEL MUNDO ANTIGUO AL MEDIEVAL
395 d. J.C. - s. VIII
José Orlandis

Tomo IV
FUNDAMENTOS DE LA CIVILIZACION EUROPEA
S. VIII - mediados s. XI
Angel Martín Duque

Tomo V
LA CRISTIANDAD MEDIEVAL
Mediados s. XI - principios s. XIV
Luis Adão da Fonseca

Tomo VI
DE LA CRISIS DEL SIGLO XIV A LA REFORMA
S. XIV y XV
Luis Suárez Fernández

Tomo VII
RENACIMIENTO. REFORMA. EXPANSION EUROPEA
Valentín Vázquez de Prada

Tomo VIII
LA CRISIS DEL HUMANISMO Y EL DECLIVE DE LA HEGEMONIA ESPAÑOLA
1550 - 1660
Valentín Vázquez de Prada

Tomo IX
DEL ABSOLUTISMO A LAS REVOLUCIONES
1660 - 1776
René Pillorget

Tomo X
DE LAS REVOLUCIONES AL LIBERALISMO
La época de las Revoluciones
1776 - 1830
José Luis Comellas

Tomo XI
DE LAS REVOLUCIONES AL LIBERALISMO
La época Romántico-Liberal
1830 - 1870
Gonzalo Redondo
José Luis Comellas

Tomo XII
LA CONSOLIDACION DE LAS LIBERTADES
1870 - 1918
Gonzalo Redondo

Tomo XIII
LAS LIBERTADES Y LAS DEMOCRACIAS
1918 - 1945
Gonzalo Redondo

En este Tomo XI de la HISTORIA UNIVERSAL han colaborado tres autores: los profesores Dr. José Luis Comellas, Dr. Fernando de Meer y Dr. Gonzalo Redondo. El primero ha redactado:

- *Introducción*
- *La extensión de la revolución industrial* (cap. IV)
- *El planteamiento de la crisis: los factores políticos, sociales y económicos* (cap. V)
- y *El cientifismo positivista* (cap. IX)

El prof. Dr. Fernando de Meer se ha ocupado de los siguientes apartados:

- en el capítulo II:
  - *Las reformas británicas*
  - *La monarquía de Luis Felipe en Francia*
  - *La solución belga*
  - *La cuestión religiosa en Suiza*
  - *Los países escandinavos*
  - *El liberalismo en América*
- en el capítulo III:
  - *La Rusia de Nicolás I*
  - *Los Países Bajos*
- en el capítulo VI:
  - *La Gran Bretaña victoriana*
  - *La evolución política del II Imperio francés*
  - *Bélgica, los Países Bajos y Suiza*
  - *Liberalismo y escandinavismo*
- en el capítulo VII:
  - *El expansionismo ruso y la guerra de Crimea*
  - *La evolución interna de Rusia*
  - *Británicos y franceses en Oriente*
  - *La presencia europea en Africa*
  - *Los occidentales en Japón*
- y en el capítulo VIII:
  - *La guerra civil americana*

Del resto de los apartados de este Tomo XI es autor el profesor Dr. Gonzalo Redondo, que ha contado con ayudas muy valiosas, entre ellas la del profesor Dr. José María Revuelta.

# INDICE

## Segunda Parte

## EL LIBERALISMO AUTORITARIO (1848-1870)

Dos volúmenes consecutivos de esta Historia llevan el mismo título fundamental, *De las Revoluciones al Liberalismo,* aunque los subtítulos enmarcan dos épocas históricas distintas, pero consecuentes, separadas por la fecha de 1830. La razón para mantener el título de cabecera es clara y queda ya en gran parte explicada en el volumen anterior; el proceso de las revoluciones al liberalismo es un proceso lento, y no simultáneo en todos los países de Occidente. Comienza a fines del siglo XVIII, y no se consagra hasta bien entrado el XIX. En el volumen anterior se examinaba la eclosión revolucionaria propiamente dicha, con sus epígonos napoleónicos, y el intento de reacción o de vuelta atrás —en la medida en que pueda serlo— que se inició con el Congreso de Viena.

*Razón de este volumen*

A lo largo de este proceso se dibujan ya muchos de los perfiles que van a configurar el liberalismo histórico: el encaramamiento al poder de grupos sociales que sólo en sentido tópico —pero no irrelevante— podríamos designar de modo genérico como burguesía; la glorificación de la libertad y de los derechos del hombre; la separación de poderes, tal como había sido concebida por Locke y descrita más ampliamente por Montesquieu; el sistema representativo, canalizado a través de un Parlamento elegido por sufragio más o menos popular... y tantos otros caracteres, que por ya descritos o de sobra conocidos nos relevan de una enumeración más amplia. Con todo, hay motivos para pensar que el fenómeno que conocemos como *liberalismo histórico* no queda anclado en sus formas definitivas hasta el ciclo revolucionario de 1830. De modo que el tomo X de nuestra Historia, aunque se refiere al proceso que de las revoluciones lleva al liberalismo, se centra preferentemente en torno al hecho revolucionario y sus secuelas inmediatas. El tomo que ahora comenzamos, aunque no puede prescindir de la presencia histórica de otras revoluciones —comenzando por la de 1830, que sirve de pórtico a la nueva época—, se centrará preferentemente en el hecho del liberalismo, y de los fenómenos históricos que el liberalismo comporta.

*Perfiles iniciales de lo liberal*

Hasta 1848, el liberalismo será una realidad histórica en Europa occidental —y a su modo en América—: vive entonces, con el doctrinarismo, el romanticismo y la expansión de la burguesía y sus ideales de vida, lo que podríamos llamar su edad de oro. Luego, a partir de un nuevo ciclo revolucionario que sobreviene al mediar el siglo, aunque mantiene su vigencia histórica —y aumenta, incluso, su área geográfica— ha de compar-

*La cesura de 1848*

tir su presencia en la conciencia del hombre occidental con otras formas de pensamiento, ya complementarias, ya contrapuestas, simbolizadas, si se quiere, por la democracia y el socialismo, que acabarán prevaleciendo en gran manera a través de un nuevo ciclo revolucionario, mucho más difuso y complejo que los anteriores, pero altamente operativo en el campo histórico, y a nivel mundial, que podríamos centrar aproximadamente en 1870. A partir de entonces es ya recomendable considerar caducada —aun sin que hayan desaparecido del todo sus secuelas— la época romántica y liberal, y abrir nuevos ojos al panorama de una época nueva, en que otras fuerzas, otras ideas, otras corrientes y otras formas de comportamiento se hacen paso, hasta recordarnos realidades mucho más emparentada con nuestra realidad o, al menos, con situaciones que muchos de nosotros hemos conocido.

*Revolución y revoluciones*

Entre 1830 y 1870 podemos situar, pues, el centro de gravedad de la época liberal y romántica. Pero no por ello hemos de considerar finiquitada la época de las revoluciones; o, si se quiere, la época liberal y romántica es una época de revoluciones. Quizá quepa decir, incluso, que tanto el liberalismo como el romanticismo no sólo no impiden, sino que facilitan los hechos revolucionarios. Pero existe una diferencia cualitativa muy grande entre las primeras revoluciones, estudiadas en el volumen anterior, y las consiguientes a aquéllas, que corresponde estudiar en éste. Podríamos hablar de Revolución con mayúscula y de revolución o revoluciones con minúscula. La primera tiene la trascendencia enorme que significa el derribo del Antiguo Régimen, y la pérdida del valor oficial de las trascendentes connotaciones que aquél supone, y su sustitución por un Nuevo Régimen que, con todas las modulaciones impuestas por el decurso histórico, constituye hoy la base de los sistemas que rigen (o que se pretende que rijan) en la mayoría de los países civilizados del mundo.

Las revoluciones que siguen a aquel primer impulso ya no tienen la misma trascendencia. Muchas de ellas están encaminadas a extender las fronteras del Nuevo Régimen a Estados que aún no lo han acogido: pero ya no inventan, digámoslo así, nada nuevo. Otras estallan en países donde el Nuevo Régimen se encuentra ya vigente, y lo que pretenden no es un cambio en la naturaleza del sistema, sino una mayor profundización. Son revoluciones que quieren mayor liberalismo en regímenes ya liberales; o, si se quiere, en todo caso, una nueva y más auténtica forma de liberalismo. Esta tendencia a estallar revoluciones en países donde ha tenido lugar ya la Revolución es frecuente en Europa hasta 1848, y aun hasta 1870; en Iberoamérica, hasta bastante después.

Decíamos que el liberalismo no impide las revoluciones, sino más bien todo lo contrario; y algo por el estilo cabría decir de lo que se ha llamado el "acelerador romántico". Con cierta frecuencia observamos que estas revoluciones con minúscula se operan en los países donde son menos necesarias, es decir, en aquéllos en que ya está vigente un cierto sistema de libertades; mientras que son más raras o inexistentes del todo bajo regímenes autocráticos, donde muchas libertades aún no se han abierto camino (entre ellas, naturalmente, la libertad para poder hacer una revolución). Este hecho, sólo en apariencia paradójico, y sin embargo, por pura lógica, fácilmente comprensible, es índice de uno de los flancos más frágiles de los sistemas liberales —no del liberalismo como tal, puesto que cada revolución sustituye un sistema liberal por otro sistema liberal, casi siempre más liberal que el anterior—, y confiere una especial movilidad a la historia interna de los países de Europa occidental y central, y de la mayor parte de América, en

el período que vamos a estudiar. Las causas reales de esta fragilidad pueden ser muchas, y entre ellas creemos conveniente recordar tres:

*La discutibilidad*

La Revolución vino a destruir un elenco de principios supuestamente sagrados, que durante siglos se consideraron indiscutibles. El Antiguo Régimen se caracterizaba precisamente —ya se ha comentado en su lugar— por su fidelidad cuasirreligiosa a las verdades oficiales, a una serie de convicciones que constituían la base de la organización política y social de Occidente: de aquí la larga duración histórica de su incolumidad. El criticismo racionalista hizo que poco a poco aquellos supuestos resultaran discutibles; y lo discutible tarde o temprano acaba siendo discutido. Al fin tales verdades sagradas fueron cuestionadas, y de este cuestionamiento vino, desde el punto de vista ideológico, la Revolución. El Nuevo Régimen se edificó así sobre una base racional militante: se había destruido en nombre de la razón, y se quiso edificar también en nombre de ella. Pero, una vez discutido lo más fundamental de los basamentos últimos del hombre, del mundo y de la vida, ya todo lo demás resultaba discutible, y para siempre. La sacralización del Nuevo Régimen entrañaba por naturaleza una contradicción. Es cierto que no faltaron intentos sacralizadores, desde el culto a la diosa Razón hasta el carisma de que se pretendió rodear a la Constitución española de 1812, destinada a durar "hasta el fin de los siglos", y ante cuya imagen se hizo obligatorio, en 1820, doblar la rodilla. Lo *constitucional,* especialmente, trató de ser presentado como la piedra sagrada del Nuevo Régimen, hasta el punto de que en muchos casos, al tratarse de la procedencia de una proposición, no se discutía si era buena o mala, verdadera o falsa, conveniente o inconveniente, sino si era constitucional o anticonstitucional. Pero también es cierto que nunca estas nuevas sacralidades fueron tomadas demasiado en serio, como lo prueba, sin ir más lejos, la facilidad con que en los países liberales se cambiaba de Constitución.

La Revolución, al discutir lo considerado hasta entonces indiscutible, difícilmente podía eliminar futuras discusiones. El derecho a discutir —a discutirlo todo— es, larvado o expreso, un elemento fundamental del Nuevo Régimen. Y así, la Revolución, al destruir un orden sagrado, y al no lograr —entre otras razones, por cuestión de principios— imponer otro orden sagrado, hizo posibles, y hasta si se quiere inevitables, otras revoluciones.

*El pluralismo*

En segundo lugar hay que tener en cuenta la entrada de un nuevo elemento que va a informar, también de modo irreversible, la naturaleza del Nuevo Régimen: el pluralismo. El pluralismo no se vio claro en un primer momento, como fondo esencial e inevitable de la nueva filosofía. Frente a la conservación, se erigió la Revolución. Y cada revolucionario ve la Revolución —o su resultado— como algo unívoco, como un bloque homogéneo. No caben fracciones o fisuras en este bloque, porque con ello se compromete su triunfo: de aquí el afán de cada revolucionario por imponer su propio criterio frente al de los demás, y el choque consiguiente con estos otros criterios que se dicen unitarios con la misma razón que el primero. Sin las discrepancias en torno a cuál es la verdadera y única fórmula salvadora, difícilmente se comprenderían las sucesivas eliminaciones de unos revolucionarios por otros.

Igualmente se echó de ver la inaplicabilidad de la formulación rousseauniana de "la voluntad del pueblo". Resultó que el pueblo poseía muchas voluntades discrepantes.

Ni siquiera la fórmula concesiva "la voluntad general del pueblo o de su mayor parte" era aplicable en aquellas ocasiones en que ninguna de las opciones expresadas por el pueblo o por sus representantes llegaba a ser, por sí sola, mayoritaria.

El pluralismo acabó imponiéndose, tarde o temprano, por pura necesidad. Puede decirse —y a ello tendremos ocasión de aludir páginas adelante— que cuando se intuyó que la diversidad de opiniones no era un engorroso estorbo que le había surgido al Nuevo Régimen, sino un derecho que emanaba de su propia naturaleza, nació, de una vez para siempre, el liberalismo histórico. La concepción pluralista no se fue imponiendo sino mediante un cierto proceso de asimilación. Los choques entre las distintas formas de entender el liberalismo, agudizados por la hipersensibilidad romántica, adquirieron en ocasiones el carácter de una exclusión maniquea. Pocas veces se habló, en la prensa o en la tribuna, de "buenos" y "malos" tan frecuentemente como en el seno de los países del romanticismo liberal: adjudicados los términos no a los amigos o enemigos del Nuevo Régimen, sino a las formas supuestamente ortodoxas o heterodoxas de concebir este último. Se comprende así que los actos de fuerza encaminados a derribar un sistema liberal para sustituirlo por otro sistema liberal merezcan encuadrarse entre las revoluciones con minúscula.

*El nivel selectivo*

En tercer lugar, hay un factor no cualitativo, sino cuantitativo, que pudo crear tensiones en el seno de las sociedades liberales. El doctrinarismo precisa un principio de selección mediante el cual deben gobernar los más capacitados. Ahora bien, cualquier baremo que se establezca para fijar el límite a partir del cual se alcanza el grado de ciudadano activo será necesariamente subjetivo. ¿No se dijo que la revolución de 1830 la hicieron los franceses que pagaban 299 francos de contribución directa? Conforme se desarrollan las clases medias y se extienden las ideas de libertad, una más ancha base de ciudadanos pretende alcanzar el nivel de las responsabilidades políticas. El ciclo revolucionario de 1848 tiene también mucho que ver con este proceso de ensanchamiento de base. El de 1870 —si queremos reconocerlo como tal— supone en muchos puntos el paso del liberalismo a la democracia, y es en este sentido el último escalón claro en el proceso de ampliación. No es posible asegurar, ni mucho menos, que por esta causa haya sido el último gran ciclo revolucionario del siglo; pero el hecho en sí pudiera resultar significativo.

En suma, las revoluciones que siguen a la Revolución están relacionadas con un fenómeno de ampliación de campo: ya de campo geográfico, ya de campo social. Responden a una situación dinámica de transformación de los grupos y las mentalidades, frente a la cual las instituciones, aunque sean nacidas de una revolución anterior, tienden a hacerse viejas con prontitud.

## 1. Los ciclos revolucionarios

Así es cómo nos encontramos ante el fenómeno de los ciclos revolucionarios como jalones de distintas épocas históricas. Ya nos hemos referido a "las Revoluciones", tales

como las entiende en su multiplicidad Godechot, a partir de 1789, y al ciclo de 1820. En este volumen nos referiremos al de 1830 y al de 1848, finalizando con este conjunto de convulsiones multiformes que sacuden a Europa y al mundo al filo de 1870. La revolución del 30 afecta a Francia, Bélgica, Polonia, Escandinavia, Suiza, norte de Italia, y consigue su objeto, sin necesidad de alzamientos propiamente dichos, en Gran Bretaña y la península ibérica: aquí mediante unos pleitos dinásticos, que cambian la naturaleza de los regímenes políticos de España y Portugal, y allá mediante una reforma electoral que acerca el caso británico al de las monarquías constitucionales de Occidente. El de 1848 afecta a todos los países citados, menos a Gran Bretaña, y se extiende también a Prusia, Austria e Italia. El de 1870 es todavía más vasto, puesto que la fenomenología "modernizadora" llega a los Estados Unidos, al Japón, y hasta cierto punto al Imperio otomano; pero su naturaleza más compleja, sus dimensiones planetarias y su ubicación cronológica, ajena en gran parte a los límites de este volumen, nos aconsejan dejarlo fuera de los ciclos "típicos", y tratarlo con más reservas.

*La fenomenología revolucionaria*

El fenómeno de los ciclos revolucionarios —muy especialmente los de 1820, 1830 y 1848— es bien específico. La revolución estalla casi simultáneamente, con diferencias, por lo general, de semanas, en distintos países de Europa. En unos triunfa y en otros fracasa, según su fuerza y la de los defensores de la situación establecida. La casi rigurosa simultaneidad no puede menos de llamar la atención. Dos explicaciones históricas que nunca se han puesto de acuerdo son las llamadas tesis de la espontaneidad y tesis del complot. Que hay relaciones es indudable, pero que haya un plan mancomunado y previo es un extremo mucho más difícil de probar, y en una buena parte de casos apenas creíble. Sí resulta mucho más fácil ver un fenómeno de eco o de mimetismo. La revolución belga comenzó al conocerse los sucesos de París, el giro liberal en España tuvo relación con la vuelta de los emigrantes procedentes de Francia, la reforma de 1832 se hizo en Gran Bretaña ante el temor de un alboroto similar a los continentales, y muchos revolucionarios polacos pretendieron implantar ese mismo año una Constitución similar a la belga, tema que, por cierto, suscitó graves divisiones entre ellos. El poder del ejemplo es lo suficientemente sugestivo para explicar estos estallidos en cadena, sin que quepa descartar la posibilidad de algunas concertaciones previas. Lo evidente es la repetición de la fenomenología revolucionaria en vastos ámbitos y corto tiempo para, transcurrido un largo período de descanso, volver a nuevos embates casi simultáneos por la mayor parte del mapa de Europa.

*Una era de paz internacional*

La repetida incidencia de las revoluciones es el punto más significativo, pero en absoluto el único, de una tendencia al predominio de la política interior —intranacional— sobre la exterior en el panorama de Occidente entre 1830 y 1870. El hecho puede parecer extraño en una época en que se agitan exacerbadamente los nacionalismos románticos. Sin embargo, el período que sigue a las grandes guerras napoleónicas es uno de los más pacíficos por lo que se refiere a las tensiones internacionales, de todo el siglo. La guerra de Crimea en 1853-1855, y la austrosarda, con intervención francesa, en 1859-1860, son las principales excepciones, pero nunca en alto grado dramáticas, ni tampoco generalizadas. Sólo con los conflictos que configuran el proceso definitivo de la unidad ale-

mana, de 1863 en adelante, se alteraría de manera más amplia el pulso de Europa: pero estos conflictos corresponden, en cierto modo al menos, al período que sigue; y no encajan en el esquema de las guerras románticas.

Las tensiones se desenvuelven y actúan más bien, en cada caso, dentro de las respectivas fronteras nacionales: tensiones políticas o sociales, encuentros generacionales, corrientes de cultura que se consideran incompatibles, instituciones que se levantan o que caen entre amplio griterío. Con frecuencia corre la sangre, aunque no en la generosa abundancia de una guerra, o de la Gran Revolución. Los ejércitos se mueven inquietos en Francia, en España, en Portugal, en Italia, en la misma Rusia; pero no para atravesar las fronteras, o para defenderlas, sino para participar —casi siempre en forma parcial, o de pequeños grupos— en las querellas políticas. Parece como si estas querellas tuvieran capacidad de atracción suficiente para mantener los ánimos expectantes, sin volcar los alardes patrióticos, tan propios de la época, hacia el horizonte exterior, como ha ocurrido en la época precedente.

*La carencia de ambiciones hegemónicas*

No parece que la paz de Viena y los reordenamientos que siguieron tuvieran la virtud de garantizar fronteras seguras, o de equilibrar las fuerzas de Europa: al menos, en ese sentido negativo marcha la creencia más generalizada. Con todo, el equilibrio, precario si se quiere, se mantuvo sensiblemente hasta las guerras austroprusiana y francoprusiana, y ningún acontecimiento vino a alterarlo de forma decisiva durante cosa de cincuenta años. Nada nos impide pensar que la conciencia de la inutilidad de intentar un sistema hegemónico pesó en los estadistas europeos de 1815 tanto como en los que signaron la paz de Utrecht un siglo antes. El equilibrio fue, tras la caída de Napoleón, si no un hecho claro, y ni siquiera un principio —aunque se lo enunció en los primeros años— sí una necesidad por todos compartida. Rusia pudo ser la sucesora de Francia en los afanes hegemónicos en un momento en que ciertos sueños mesiánicos se emparentaban con una oleada de nacionalismo y con la clara demostración de la formidable potencia militar moscovita; pero las preocupaciones internas, las disensiones ideológicas en el seno del ejército, las fuertes depresiones de Alejando I cuando más cerca parecía de poder afrontar su supremo destino, y el tremendo bache en que se sumió la economía rusa por los años de la Restauración, conjuraron aquel peligro. Si otro peligro surgió tras la coronación de Napoleón III —más obligado por el nombre que por otra cosa— no se hizo claramente perceptible hasta los años sesenta. Un conflicto generalizado por la hegemonía de Europa no llegaría a estallar, en realidad, hasta la I Guerra Mundial.

*La lucha por la hegemonía interna*

Lo que predomina en la era romántica es más bien la lucha por la hegemonía en el seno de cada nación. El hecho del pluralismo a que antes aludíamos vino a cambiar de manera realmente dramática el panorama de las tensiones en torno al Poder. Antes, las ambiciones humanas al ejercicio de la cosa pública y los forcejeos por su control se habían visto en su mayor parte mitigados por el papel de árbitros indiscutidos de que se investían los monarcas. Desaparecido este amortiguador, las luchas se hacen mucho más directas, más vivas, y las encona la diferencia de actitudes o de programas que distingue a los diferentes partidos, ahora de forma ya oficial. Los gobiernos son efímeros, los debates parlamentarios encrespados, los resultados de las elecciones provocan bruscos bandazos de Poder, y la lucha sangrienta o puramente dialéctica, según los casos, llega

con frecuencia a la calle. El hombre romántico de los años treinta, cuarenta o cincuenta del siglo XIX, enardecido de amor a su patria, a la libertad o a la justicia, no se enrola para defender estos valores en la milicia, sino en la clase política, o, si las leyes no se lo permiten, en los grupos que en la calle, en la tribuna, en las sociedades secretas o en la prensa, intentan influir en aquélla o en las decisiones públicas. Este desfogue de los ímpetus en las querellas internas bien puede estar relacionado con un largo período de paz internacional.

## 2. El liberalismo histórico

*La búsqueda del liberalismo*

Todo este removerse inquieto y hormigueante, en un panorama de continua inestabilidad, es la clave de la dinámica histórica de la época, el aspecto que le da su color más característico. Los ciclos revolucionarios suponen un recrudecimiento temporal de esa tensión, más que una realidad sustancialmente nueva y sorprendente: porque las revoluciones, cuando no estallan, pueden estallar. En los países no liberales, la revolución tiene siempre un cariz liberal; en los países liberales aspira por lo general a un grado mayor de liberalismo. El liberalismo se ha hecho el *desideratum* de los pueblos y sociedades de Europa: el sistema de gobierno, de convivencia y de desarrollo que hay que procurar o potenciar.

Suele denominarse *liberalismo histórico* a la realidad histórica (especialmente en el campo de las formas políticas, pero no solamente en él) que, autodenominándose liberal, tiene lugar en el siglo XIX, y en especial con anterioridad al prevalecimiento del sufragio universal, que supone el paso a la formalidad democrática. Con ello se separa la realidad del liberalismo de su pura expresión teorética, que no siempre conoció una cabal verificación; y sobre todo, podemos separar el liberalismo histórico de las formas propias del liberalismo (o neoliberalismo) en el siglo XX, consistentes, por lo general, en una manera específica de entender la democracia, y dentro de las normas generales de ésta.

Ahora bien, ¿cuáles son los elementos fundamentales del liberalismo histórico? Ya hemos dicho que el liberalismo toma, para consagrarlos, muchos principios de la Revolución, aunque no sienta ya una clara "vocación revolucionaria". La idea, enunciada con cierta frecuencia por los teóricos, de "conservación de la revolución" —base del conservadurismo liberal— se entiende en el sentido de conservar los frutos y el *status* conseguidos por los revolucionarios, en modo alguno como un mantenimiento de la situación revolucionaria. El liberalismo, aunque presenció numerosas revoluciones de segundo grado, tuvo como objetivo lo contrario de la revolución permanente: aspiró por temperamento y por naturaleza a un pacífico y sosegado disfrute (aunque habitualmente no lo consiguió). Por eso procuró matizar los principios revolucionarios para despojarlos de lo que pudieran tener de agresivos o amenazadores.

*La separación de Poderes*

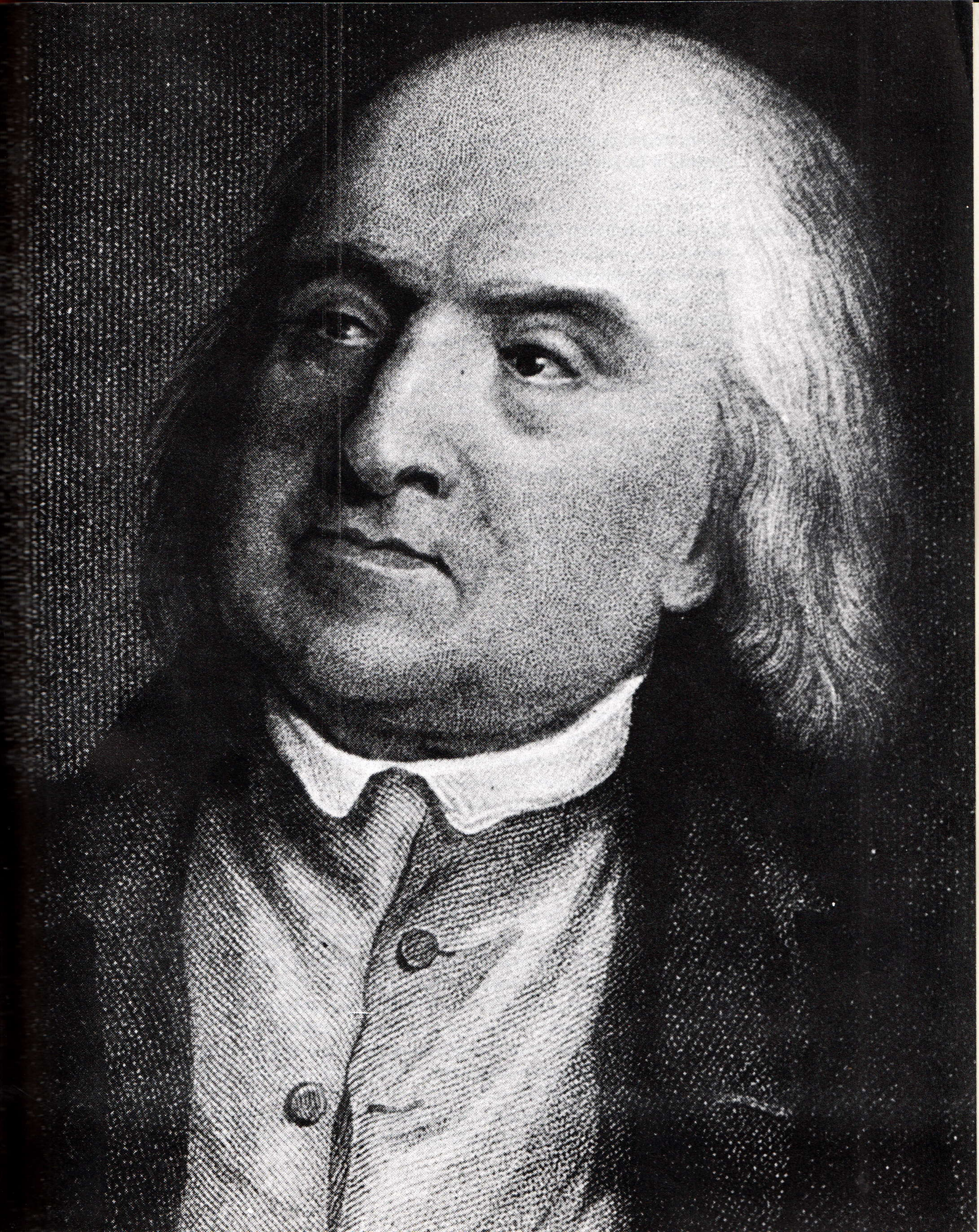
Figuraron entre ellos la *separación de poderes*, que consagró el esquema triple teorizado por Montesquieu: *legislativo, ejecutivo y judicial*. El legislativo se reservó a una Asam-

blea, que ostentó la representación de la opinión mayoritaria —o, en su caso, la más valiosa— de la sociedad; el ejecutivo, en teoría al monarca, en la práctica a sus ministros responsables: podían ser acusados de sus errores y depuestos o sustituidos, sin necesidad de que el rey sufriera el menor deterioro en su imagen; y el judicial quedó en manos de los tribunales, siendo por lo general un Tribunal Supremo o Corte de Justicia el órgano de última instancia, no el monarca ni el Parlamento.

Estos tres poderes, aunque en teoría son completamente independientes uno de otro (y en esa independencia se cifra la legitimidad liberal), aparecen más o menos enlazados en la mayoría de los sistemas propios del liberalismo histórico. Es frecuente que una ley no tenga validez si no es firmada por el monarca —y la libertad de éste para firmarla o no varía según las Constituciones—; el equipo gobernante, aunque no legisla, puede expedir decretos, que son, en teoría, simple explicitación de las leyes, pero que esconden con cierta frecuencia un prurito de pequeña legislación independiente y casuística, que no siempre marcha del todo paralela con la línea seguida por la Asamblea. En desquite, ésta se arroga funciones paraejecutivas, y exige que los miembros del gobierno pertenezcan al grupo político que tiene mayoría en las Cámaras, so pena de graves crisis. Al mismo tiempo, el poder judicial padece un tanto en su independencia cuando sus miembros son nombrados, directa o indirectamente, por el ejecutivo, o cuando la Asamblea juzga actuaciones o hasta —en algunos casos— impone penas.

El entramado de los tres poderes es tan complejo, y varía tanto de unos países o de unos momentos a otros, que no pueden señalarse reglas fijas al respecto. A pesar de sus irregularidades, de sus imperfecciones y de sus fallos, constituye un sistema de autocon-

**Jeremy Bentham (1748-1832).** *Para conocer con precisión lo que supone —y pretende— la ideología liberal hay que atender a los que se denominaron "radicales": no querían variaciones de detalle o meras correcciones de una situación que repudiaban por entero. Se propusieron variarla en su misma raíz. Este es el caso de Jeremy Bentham, el jurista londinense, alumno del* Queen's College *de Oxford, discípulo de Helvetius y Hobbes. Su objetivo fue la implantación de una nueva moralidad, un modo nuevo de comportamiento humano, derivado de un también nuevo modo de autocomprenderse el hombre. Las injusticias que Bentham percibió por los años en que ejerció como abogado sólo podrían ser eliminadas cuando la legislación y la moral se atuvieran al principio único de procurar "el mayor bienestar para el mayor número". Como en su concepción materialista el bienestar sólo podía ser bienestar material, todo debería quedar regulado por el utilitarismo: era bueno lo que producía bienestar, lo que aseguraba el placer. Bentham intentó establecer una "aritmética moral" que permitiera asegurar a los hombres los placeres mejores. Esto fue lo que expuso, entre otros lugares, en* A Introduction to the Principles of Moral and Legislation, *que publicó el mismo año —1789— en que se inició la Revolución en Francia. Un cambio tan radical en la consideración del hombre exigía un paralelo cambio en la estructura social, una nueva constitución de la sociedad. Jeremy Bentham fue, por eso mismo, uno de los principales constitucionalistas en una época —primer tercio del XIX— tan ávida de constituir de forma diferente las viejas o nuevas sociedades, para que el hombre —se dijo— pudiera al fin ser feliz.*



trol del Poder, es una garantía de los derechos ciudadanos, y viene a ser, para Sánchez Agesta, la piedra fundamental e insustituible del liberalismo histórico.

*La Constitución*

Casi tan fundamental al sistema es la *Constitución.* Sólo en Gran Bretaña, país donde el derecho consuetudinario tiene una gran fuerza, no existe una Constitución escrita y promulgada propiamente dicha, si bien cabe admitir una especie de Constitución virtual obra del tiempo, del asentimiento y del acatamiento a un conjunto de leyes y costumbres que constituyen la suprema norma de ordenación política y ciudadana. La Constitución se hizo más necesaria en aquellos países donde la Revolución fue más violenta o chocó con mayor resistencia. Pretende codificar todos los principios fundamentales del Nuevo Régimen, armonizarlos y elevarlos, como conjunto, a un rango superior. Una ley puede ser anulada por otra ley. Una Constitución —aunque de hecho puede ser anulada, y lo fue varias veces en muchas partes, por otra Constitución—, está destinada intencionalmente a perdurar, y a sobrevivir a las leyes casuísticas. Resume y contempla, con una cierta solemnidad formal, los principios fundamentales del gobierno y del funcionamiento del Estado, el juego de los poderes, las relaciones entre gobernantes y gobernados, así como los derechos y deberes fundamentales de estos últimos. Aunque los independentistas americanos se habían apresurado a redactar varias Declaraciones y Constituciones, y finalmente la Constitución de los Estados Unidos, se atribuye a G. B. Mably la idea de Constitución como Ley de Leyes, código sagrado, solemne y por encima de todas las diferencias.

Hay Constituciones cerradas y abiertas, flexibles y rígidas, detallistas y vagas, esquemáticas y profusas; pero la tendencia a convertirlas en normas de valor supremo y dotadas de una especialísima respetabilidad, es general. Ya hemos aludido antes al prurito de los teóricos del Nuevo Régimen por cifrar en la Constitución el elemento sagrado e intocable dentro de la realidad, resbaladiza y discutible por naturaleza, del mundo surgido de la Revolución. La idea iría cuajando, hasta convertirse, por los tiempos del liberalismo histórico, en el símbolo por antonomasia del sistema —más que la separación de poderes, o la misma soberanía nacional—, hasta el punto de que con gran frecuencia, en el lenguaje corriente, régimen liberal y régimen constitucional vienen a significar una misma cosa.

*La soberanía nacional*

Hemos hecho referencia a la soberanía nacional, y es preciso advertir aquí que este principio, base de la filosofía política rousseauniana y elemento clave de la ideología y de la dialéctica revolucionarias, queda relegado a un discreto segundo plano en la época del liberalismo histórico, cuando no se le deja por completo arrinconado. No parece prudente, ni siquiera coherente negarlo —aunque la mayoría de los doctrinarios lo negaron de forma más o menos manifiesta— pero se prefiere, en todo caso, evitar su taxativa consignación. A lo sumo se habla —y de aquí la expresión que hemos utilizado— de soberanía *nacional,* no de soberanía *popular,* término este último que parece más comprometido, más expuesto a demagogias. Con frecuencia prefiere hablarse de soberanía de la razón, de soberanía de la justicia, o de soberanía a secas. Aquí radica, sin duda, uno de los puntos fundamentales de diferencia entre la situación inmediatamente postrevolucionaria y la realidad ulterior del liberalismo histórico. Si el dogma de la soberanía

del pueblo pareció axial, imprescindible, para hacer la revolución y privar a los monarcas de su supuesto derecho divino, los líderes políticos y los pensadores del liberalismo histórico lo creyeron demasiado peligroso para consignarlo en las leyes fundamentales o en las experiencias dialécticas de la política cotidiana. El liberalismo histórico no sólo no fue demócrata, sino que vio en la democracia connotaciones de irresponsabilidad y de fuerza bruta indeseables.

Con las revoluciones de 1848, en que el componente demócrata cobra cierta fuerza sobre todo en Europa occidental, el principio de la soberanía del pueblo vuelve a campear en las proclamaciones y en las arengas; pero sin excesiva fortuna, porque muy pronto, aun en aquellos países donde la revolución triunfó, volvieron a imperar regímenes restrictivos, que prefirieron olvidar el culto a Rousseau. Y por más que en alguno de ellos —tal la Francia de Napoleón III— llegara a implantarse el sufragio universal, se prefirió no hacer una profesión demasiado expresa del principio que lo sustentaba.

*Los derechos*

Un criterio restrictivo similar se echa de ver en el enunciado de los "derechos del hombre", o "derechos del individuo". Este enunciado, obligatorio en los tiempos de la Revolución, y formulado tanto en América como en Europa por proclamaciones solemnes —o embutido en el texto mismo de las Constituciones—, aparece mucho más difuso, matizado, e incluso preterido en la época clásica del liberalismo. A lo sumo se habla de "derechos ciudadanos" o de los "derechos del ciudadano", pero sin precisar demasiado bien su alcance, ni siquiera el alcance del concepto de "ciudadanía". Ahora la distinción entre ciudadanos activos y pasivos aparece más clara que en tiempos de la Revolución; y, sobre todo, no es ya producto de un criterio instrumental, sino de una filosofía según la cual no vale lo mismo el voto de un sabio que el de un ignorante, el de un hombre honesto que el de un indeseable. De acuerdo con esta filosofía, vendrá a afirmar Guizot con su teoría de la cuasi-legitimidad que *es mejor para todos el gobierno de los mejores que el gobierno de todos.*

No por ello desaparece el concepto de derecho y de igualdad de derechos; pero esta igualdad se entiende únicamente de los derechos civiles, aquellos que hacen a todos los hombres iguales ante la ley. A este respecto no hay diferencias legales entre el magistrado y el jornalero, el aristócrata y el analfabeto. Pero otra cosa son los derechos políticos —fundamentalmente el de poder elegir y poder ser elegido—, que los doctrinarios liberales atribuyen a los primeros y niegan a los segundos.

*Persistencias del Antiguo Régimen: la Monarquía*

El liberalismo histórico toma, pues, de la Revolución varios de sus elementos fundamentales, pero no todos, y los que toma son asumidos de una forma muy específica, que probablemente no hubiera sido aceptada por los revolucionarios. Pero es que, además, el liberalismo no tiene inconveniente en asumir también —asimismo modificados, por supuesto— algunos de los elementos más consustanciales del Antiguo Régimen. Un analista inteligente hubiera podido suponer, hacia 1800, y no sin motivos, que de triunfar la Revolución en Europa se habría acabado la era de las monarquías. Y, sin embargo, no fue así.

Se trata, claro está —en los países donde la Revolución ha triunfado— de monarquías constitucionales. El rey reina, pero no gobierna —o gobierna poco. Las leyes fun-

damentales le declaran en ciertos casos "irresponsable". Este adjetivo, al que hoy podríamos atribuir una connotación denigrante, está destinado a garantizar dos seguridades: la de la propia libertad, ya que el monarca no puede actuar por cuenta propia ni asumir funciones que no le corresponden; pero también la del propio rey, que, al no estar sujeto a responsabilidad, no tiene capacidad jurídica para cometer errores, ni, por tanto, para ser juzgado. En este sentido la dignidad real bajo el liberalismo es tan sagrada como bajo el Antiguo Régimen. Y así lo requiere el propio orden constitucional. En efecto, el inevitable pluralismo derivado de la libertad de opinión amenaza con desparramar los pareceres y las voluntades, hasta una total indeterminación conjunta, o una desintegración del concepto de la cosa pública, si no existe un nexo común, un punto de confluencia, que al estar por encima de todos los factores de variedad —puesto que no se adscribe a ninguno, pero los acepta todos— puede actuar como símbolo de unidad y punto de referencia válido para la comunidad entera. Desde el punto de vista jurídicopolítico, se intenta que la Constitución sea ese nudo confluyente. En el plano más elevado y sublime, el liberalismo presenta a la Patria como la realidad suprema en el umbral de la convivencia, el alma y habitáculo común. Pero entre estos dos niveles —Patria y Constitución— queda un espacio inmenso, de orden institucional básico: y este espacio es el que llena la Monarquía, como clave esencial, puramente simbólica de todo el sistema.

Algunos doctrinarios hablan de "soberanía mixta" como una compartición diárquica entre el rey y la nación, o los representantes de ésta; pero en términos generales el liberalismo histórico requiere al monarca, no para que coejerza la soberanía, sino para que constituya el símbolo de una magistratura suprema, en que se unan todos los poderes: un punto de referencia. La Monarquía llega a convertirse así, para los liberales de la época romántica, en una especie de necesidad inoperante.

En América, donde el peso de la tradición histórica es mucho menor, la Monarquía se mantiene sólo en Brasil (hasta 1889). El ejemplo republicano de los Estados Unidos fue seguido por las demás naciones del continente, y se estimó que se avenía mejor con el modelo federativo de buena parte de ellas. En Europa, la historia y la tradición se compaginan sin grandes dificultades con el liberalismo romántico, que no tiene inconveniente, muchas veces, en recordar con orgullo las glorias pasadas, aunque hayan sido cosechadas por el Antiguo Régimen.

*La nobleza*

Quizá más difícil de explicar es la perduración de la nobleza. La nobleza había sido extinguida por la Revolución antes que la propia Monarquía. Los revolucionarios se habían dado una prisa especial por abolir los privilegios estamentales y declarar una absoluta igualdad de los ciudadanos ante la ley. Habían suprimido también, en su totalidad o en gran parte, las propiedades, prebendas y rentas que permitían a la nobleza vivir en un nivel económico superior. La Restauración permitió el resarcimiento, aunque no total, de los viejos aristócratas. Y cuando triunfan los regímenes liberales, aunque se restablece en todo su vigor la igualdad de los derechos civiles, la aristocracia sigue conservando una prestancia y un rango de distinción social inesperados. El mantenimiento de la Monarquía pudo haber favorecido el mantenimiento de la nobleza (no olvidemos que el propio Napoleón se había sentido obligado a crear una nueva nobleza imperial). El poder de evocación de lo histórico-tradicional a que ya nos hemos referido, consti-

tuyó, tal vez, otro factor de respeto a la vieja institución nobiliaria. Pero es, posiblemente, el prurito de distinción, de *élite,* de elevación social que configura la mentalidad de los protagonistas del liberalismo histórico —que los invita, no a suprimir la aristocracia, sino a ingresar ellos mismos en la aristocracia—, la causa eficiente del mantenimiento de la dignidad nobiliaria. El noble ya no es ahora un ser privilegiado, que goza de una condición jurídica distinta de los demás mortales; pero es un hombre distinguido, que hace honor a su rango con su cultura, su educación y su comportamiento. A los títulos antiguos se unen los títulos nuevos, concedidos con cierta generosidad por los monarcas, a instancias casi siempre de los respectivos gobiernos, como premio a servicios políticos distinguidos o, tal vez, a un espectacular éxito en los negocios. No siempre se entienden a fondo, ni se confunden, la vieja y la nueva nobleza; pero lo cierto es que la distinción aristocrática acompaña en todas partes al liberalismo histórico.

*La marginación de la Iglesia*

Conviene advertir, siquiera sea de pasada, que la Iglesia no disfrutó de análoga acogida por parte del Nuevo Régimen. Ni recuperó el patrimonio que le había sido arrebatado por la Revolución —al contrario, en ciertos paises, como España, se generalizaron precisamente ahora los despojos—, ni mantuvo el *status* jurídico de la época estamental. El historicismo romántico exaltó las Cruzadas, las catedrales góticas y —no sólo por la pluma del restauracionista Chateaubriand— el genio del Cristianismo; pero apenas llevó su reconocimiento a la Iglesia a parcelas más oficiales. El régimen liberal no preside una era de persecuciones como en los tiempos revolucionarios, pero tampoco supone ni mucho menos una plena reconciliación. El intento de vivir catolicismo y liberalismo en una concepción más o menos unitaria —del que el llamado *catolicismo liberal* es sin duda la expresión más destacada— no llegó a cristalizar en realidades válidas, por motivos que a su tiempo serán estudiados. La Iglesia no dejaría por eso de cumplir un importante papel en el mundo liberal-romántico, pero no como elemento constitutivo o iluminador de la filosofía liberalista: y este hecho no dejaría de tener las más importantes repercusiones históricas.

## 3. El doctrinarismo

*El liberalismo como síntesis*

Hemos visto, por tanto, cómo el liberalismo toma, aunque modificándolos, elementos de la Revolución; y toma también —aunque modificándolos más aún— determinados elementos del Antiguo Régimen. Añade, como hemos visto, conceptos nuevos, tales como el de partido político o el de oposición, que al filo del estallido revolucionario hubieran sido difícilmente pensables; arbitra una doctrina que justifica la selectividad para el acceso a las responsabilidades políticas y consagra, como procedimiento más justo que el universal, el sufragio censitario. Algunos autores hablan de "soberanía mixta" —del rey y del pueblo—, o de "gobierno mixto"; pero en el liberalismo doctrinario tiende a infiltrarse más bien la idea de la soberanía de la razón como *síntesis* de los dos conceptos anteriores e imperfectos de la soberanía: la que en el Antiguo Régimen se atribuían los monarcas "por la gracia de Dios", que parece a los doctrinarios "una blasfemia", y

la soberanía del pueblo, formulada teóricamente por Rousseau y esgrimida por los autores de la Revolución para legitimar su actitud. La soberanía popular, precisan algunos liberales, fue un principio válido para derribar al Antiguo Régimen e implantar en el mundo un sistema de libertades: pero no sirve para el ejercicio concreto de esas libertades, que quedan más garantizadas por el principio del gobierno de los *mejores*. Por eso afirma Donoso Cortés que si el pueblo fue grande al hacer la Revolución, fue más grande aún al ceder el gobierno a los más dignos de gobernar.

La idea de síntesis, según la cual el liberalismo no deriva del Antiguo Régimen, pero tampoco se incorpora sin más los principios de la Revolución, sino que viene a resultar como una combinación química, distinta y superior a las dos realidades anteriores, nos recuerda vagamente la tricotomía hegeliana. Hasta qué punto pudo influir Hegel en algunos doctrinarios liberales, y muy especialmente en F. Guizot, es asunto que aún no está estudiado en profundidad. Lo cierto es que el liberalismo histórico, aunque no rechaza de plano la obra de la Revolución que ha permitido ascender al puesto de mando a sus grupos dirigentes, pone buen cuidado en señalar respecto de ella ciertas diferencias, no sólo cuantitativas, sino cualitativas.

*La capacidad*

Y es que la cualidad constituye un principio casi axiomático del pensamiento liberal. Este cualitativismo excogita, como valor supremo para un correcto ejercicio del gobierno —y por tanto como virtud exigible a los gobernantes— la razón, la bondad, la justicia, la inteligencia. Este elenco de virtudes humanas puede quedar resumido en un común denominador, la *capacidad*. Es frecuente en la terminología política el empleo de la expresión *voto de las capacidades*, como significado de que el ejercicio del voto debe estar reservado a los más capaces. El principio de la capacidad se encuentra íntimamente relacionado con el de *la carrera abierta a los talentos*, que, contra lo que es frecuente oír o leer, es más liberal que revolucionario. En medio de una sociedad "líquida", ya no condicionada por barreras previamente establecidas, llega a los altos puestos el que vale, no el que posee un apellido o un privilegio especial. La distinción social, y más concretamente el reparto de responsabilidades públicas, sería así efecto de una realidad natural, potenciada por los respectivos esfuerzos personales: lograría, por razones de peso específico, la más lógica y racional distribución de funciones. Esto en teoría, porque la realidad puede ser muy distinta; pero tal teoría es fundamental dentro de la filosofía sociopolítica del liberalismo histórico.

*El baremo económico*

Como es bien sabido, el baremo fundamental, a veces prácticamente el único, para establecer la diferenciación primaria entre los ciudadanos —los ciudadanos activos y los pasivos— es el censitario. Es decir, se reconoce capacidad para intervenir en las responsabilidades de la cosa pública a aquellos individuos que disfruten de determinadas rentas o paguen determinada cantidad en concepto de impuestos directos. El censitarismo supone un giro inesperado, en apariencia al menos, de la filosofía doctrinaria. Si puede resultar en mayor o menor grado razonable y convincente la idea de que la sociedad debe estar controlada y dirigida, no por todos sus miembros, sino por los más inteligentes, los más justos y los más honestos, muchas más dudas se nos ofrecen cuando se nos precisa que tal honor debe recaer sobre los más ricos.

Cabe, y resulta muy difícil negarla categóricamente, la presunción de hipocresía, ya sea consciente o inconsciente. La idea general queda tan al aire, que ningún historiador se ha sentido con fuerzas morales como para desecharla de plano. Los elementos triunfantes en la Revolución, aquellos que en los vaivenes políticos-sociales-económicos de la era que va de 1780 a 1830 se habían quedado con lo más sustancioso del nuevo giro del mundo, arbitran una filosofía y unas instituciones de acuerdo con sus intereses, para consagrar de derecho —y acrecentar si cabe— aquellas ventajas que están disfrutando de hecho. Estos grupos podrían encuadrarse bajo la denominación, hoy ya un tanto grosera y sumamente tópica, pero casi inevitable, de *burguesía* o *buena burguesía:* y tras el ciclo revolucionario de 1830, habrán sentado constitucionalmente las bases de su predominio, no sólo en el plano político, sino también en el social, en el económico, y hasta en lo que llamaríamos el "tono" de la vida, el gusto, las costumbres y las mentalidades colectivas. Habría comenzado, hacia 1830, la hegemonía en todos los órdenes de las formas burguesas de entender la vida.

*Razones del censitarismo*

Todo esto es cierto, y puede ser aceptado en sus líneas generales, siempre que no nos dejemos llevar por los lugares comunes o derivemos los análisis hacia discutibles y sobre todo anacrónicos juicios de valor. Pocas veces el llamado por H. Lapeyre *método de la comprensión histórica* es más necesario como cuando nos ponemos a analizar los motivos que sintieron para obrar como obraron los hombres destacados de 1830 a 1870. Sin perjuicio de todas las matizaciones que correspondan en su lugar a determinados juicios encallecidos sobre las mentalidades y comportamientos de la época que estamos comentando, cumple aquí esbozar un punto de matiz sobre el dicterio —acertado o equivocado— de hipocresía a que antes hemos aludido. En efecto, es un hecho que el doctrinario liberal acaba homologando las virtudes de la prudencia, la razón, la inteligencia o la bondad a una cualidad que en principio no tiene por qué derivarse de ellas, como es la riqueza: y de la riqueza hace el baremo de la distinción entre los ciudadanos, y sobre todo de sus derechos políticos.

Hay que penetrar en las interioridades de la mentalidad romántico-liberal para comprender hasta qué punto esta homologación responde a una filosofía de la vida en que la riqueza viene a ser el *resultado* de todas aquellas virtudes. El liberal canta al trabajo, al ahorro, a la prudencia, al uso juicioso e inteligente de los bienes; critica el vicio, el despilfarro, el ocio, la falta de iniciativas, la incultura, que llevan inevitablemente a la pobreza. Para el liberalismo económico, la riqueza es difusiva: la riqueza engendra riqueza, y el ciudadano que llega a ser rico es una bendición para la sociedad, porque contribuye indirectamente a la elevación del nivel económico del conjunto, es decir, de todos. El *Français, enrichessez-vous* de Guizot es un consejo, casi un mandato, a todos los franceses, para que practiquen aquellas virtudes: la laboriosidad, la constancia, el talento; con la garantía de que, obrando así, no sólo labrarán su propio porvenir, sino el de Francia entera, y, de paso, conquistarán *todos* el derecho al sufragio, es decir, podrán alcanzar, una vez la capacidad de talento productivo haya abarcado a todos, la democracia.

Pero ese talento productivo es una cualidad *sine qua non* para el encumbramiento. Aquellos que por su desidia, su falta de iniciativa o su incapacidad no cooperen a la prosperidad general —que siempre tendrá que haberlos— quedarán relegados económi-

camente a la pobreza y políticamente a la condición de ciudadanos pasivos. Podrán disfrutar (puesto que todos los hombres son iguales ante la ley) de todos los derechos civiles en estricto pie de igualdad con el resto de la sociedad; pero no ejercerán los derechos políticos, porque en virtud de su propia incapacidad a la sociedad no le conviene —ni siquiera a ellos mismos les conviene— que los ejerzan. En España, donde se difundió más que ninguna otra la doctrina de Donoso Cortés sobre la soberanía de la inteligencia, no debe extrañarnos que en noviembre de 1843 el diputado Calderón Collantes llegase a afirmar en pleno Congreso: *La pobreza, señores, es signo de estupidez.* A nadie le escandalizó la frase. El taquígrafo copista, tan puntual en estas cosas, no hizo la consabida acotación "rumores en la sala", señal evidente de que no los hubo. Porque los diputados presentes, convencidos de que la riqueza es señal de inteligencia, lo estaban también, simétricamente, de que la pobreza lo es de estupidez.

*¿Un fondo calvinista?*

Si esto es así, ¿qué mejor baremo para medir la inteligencia, la capacidad, el talento o la honestidad de los individuos que un valor tan fácilmente visible y cuantificable como es la riqueza? En el principio del sufragio censitario puede latir una cierta dosis de hipocresía, pero también la certidumbre de que la riqueza es el barómetro más fácil de utilizar, el más asequible, para encontrar a los ciudadanos más capaces. Pero la riqueza, no lo

**François Guizot.** *Es posible que los planteamientos radicales del liberalismo, por su misma extremosidad, no hubieran logrado imponerse de no haber sido por la línea media intentada por el liberalismo doctrinario. François Guizot (Nimes, 1787; París, 1874) es quizá uno de sus representantes más característicos. Calvinista, profesor de Historia moderna en la Sorbona desde 1812, fue el hombre clave de la monarquía de Luis Felipe (1830-1848). El liberalismo doctrinario se propuso aunar las libertades revolucionarias con el respeto al orden tradicional. Para ello, sólo un nuevo grupo social —la burguesía de negocios, la más interesada en que todo fuera bien pues era la que más arriesgaba— debería detentar el poder político, por lo mismo que con su éxito había demostrado que sabía utilizar y aprovechar el poder económico. El sufragio censitario —sólo podían ser electores y elegidos los que tributaran una determinada cantidad— fue la fórmula elegida para asegurar el correcto funcionamiento de esta visión del hombre y de la sociedad. No parece que pueda hablarse de cinismo. Las conocidas palabras de Guizot —*"Enrichissez-vous par le travail et l'épargne"*— quisieron ser posiblemente una invitación real a que todos los ciudadanos, una vez convenientemente enriquecidos, pudieran participar en la vida social. Una valoración estrictamente material de la existencia humana —que puede ser conciliable con un cierto sentimiento religioso— lleva casi inevitablemente a entender todo en términos de hedonismo y éxito. Guizot —que ocupó muchos cargos con Luis Felipe: ministro del Interior, embajador en Londres, presidente del Consejo— fue sobre todo el hombre que desde el Ministerio de Instrucción Pública y Cultos, que ocupó casi ininterrumpidamente entre 1832 y 1837, dio a Francia su primera ley sobre enseñanza primaria: una ley para formar los nuevos ciudadanos obedientes y ordenadamente aplicados a labrar su bienestar material individual.*



olvidemos, no es sólo reflejo de capacidad y talento: lo es también de propiedad, de honestidad, de constancia y ahorro, de abnegación. Baste recordar la forma de templo que suele darse a la fábrica romántica, la magnificación de la virtud del ahorro, o los nombres curiosos de las sociedades anónimas de hacia 1840: *La Probidad, La Constancia, El Filántropo, Los Siete Honrados.* La riqueza no sólo puede aparecer como el resultado, sino como *el premio* a la virtud.

¿Podría rastrearse, por este camino, una cierta relación indirecta de la doctrina liberal con el calvinismo? En un libro que ya se ha hecho clásico, Amintore Fanfani estudia estos posibles nexos y las deformaciones de sentido que han tenido lugar (por lo menos desde el siglo XVII hasta el XIX), y nos releva aquí de un análisis más profundo. Lo que tal vez no esté de más en este punto es recordar que los dos padres del doctrinarismo, François Guizot por el lado conservador y Benjamin Constant por el liberal, son, por curiosa coincidencia, hugonotes; y el hecho pudiera resultar significativo.

## 4. Los partidos políticos

El principio de selección abona tanto el sistema censitario del sufragio, y por consiguiente la restricción social en el uso de las responsabilidades públicas, como el germen del clasismo socioeconómico. Pero antes de referirnos a este último punto, recordemos que no es el restriccionismo el único aporte "nuevo" del liberalismo histórico. Ya nos hemos referido antes, de pasada, a los conceptos de partido político y de oposición, como elementos axiales de la comprensión liberal de la política. Para Constant, el partido significa "la esclavitud del individuo para que el pueblo sea libre". Es un módulo, una horma dentro de la cual —de ella o de otra cualquiera, pero de una— el hombre político ha de entrar, para, corporativamente y sometido a una disciplina común, actuar ante la opinión y ante los demás grupos políticos.

*La organización de los partidos*

Ahí está precisamente la diferencia con lo anterior. En el Antiguo Régimen, y sobre todo en el período revolucionario, existían —y se hablaba de— partidos: aunque quizá sea más correcto llamarlos prepartidos. Pero se trataba sólo de tendencias, de bandos que se formaban, se deformaban o se deshacían con facilidad, hasta resultar al cabo del tiempo inexistentes o irreconocibles. Sus miembros estaban ligados por una cierta afinidad de ideas o de intereses, pero no por unas normas vinculantes. Se podía entrar en el prepartido o salir de él sin compromiso alguno. Los mismos miembros del prepartido podían estar en desacuerdo entre sí, y por eso son tan frecuentes los votos personales o la dispersión de voto ante una cuestión disputada. Nada de esto ocurre en el partido político propiamente dicho, y cada vez menos conforme éste va adquiriendo organización y personalidad corporativa. Existe un comité superior que redacta los programas y emite las consignas. Hay cargos específicos dentro del partido. Se forja una disciplina —incluyendo la disciplina de voto— que es preciso acatar, si se quiere seguir perteneciendo al grupo: en suma, una forma de "esclavitud" para que el partido tenga cohesión y por tanto la fuerza necesaria para actuar, aunque esta actitud pueda llegar a plantear en

ocasiones problemas de conciencia. Más aún: estos programas o líneas básicas de actuación no se limitan a la propia militancia interna del partido, sino que se difunden en discursos, proclamas y artículos de prensa dirigidos a la opinión —sobre todo en épocas electorales— para que se solidarice con ellos. La época romántica no conoce todavía el *caucus,* el gran mitin, el control de las masas por la propaganda, que es, para algunos, uno de los signos distintivos de la "verdadera" Edad Contemporánea; pero ya por 1840 existe la suficiente organización interna y manifestación externa de programas, como para que podamos hablar de partidos políticos en su auténtico sentido.

*Los niveles de afiliación*

Existen así, por tanto, ya entonces, tres niveles en la organización de un partido: en la cúspide, sus prohombres, que forman, expresa o tácitamente, el estado mayor. Se reúnen, fijan los puntos programáticos, estudian las tácticas, cursan las consignas. Son ellos quienes, sin dejar de formar el núcleo del aparato propiamente dicho del partido, pueden llegar a desempeñar los más altos puestos del ejecutivo. Luego vienen los militantes, miembros indiscutibles del grupo político, que coadyuvan a la lucha por el Poder, hablan, defienden, se comprometen, toman parte en las campañas, y en su caso —no en todos— son elegidos representantes para la asamblea nacional, territorial o municipal. Si no ocupan estos cargos, pueden aspirar a ocuparlos en algún momento, o acceder a cualquier puesto subalterno de la administración. Y en un tercer plano, mucho menos dibujado que los anteriores, vienen los partidarios, no afiliados, que simpatizan con las ideas del grupo en cuestión, pueden prestarle su apoyo ocasionalmente y, por supuesto, su voto. Pertenecen, como es lógico, en su casi totalidad a la clase de los electores; pero no suelen tener con el partido un compromiso expreso. Porque no lo tienen, los resultados de las elecciones no son siempre los mismos.

*Las tendencias*

En la Europa romántica, a pesar de la diversidad de partidos y de las ocasionales fracciones que se forman en su seno, predomina una clara tendencia a la bipolarización sobre una base ideológica y, en algunos casos, social. Partido de la resistencia y partido del movimiento; *tories* y *whigs;* moderados y exaltados; conservadores y progresistas, constituyen un par en cada país, los dos ejes fundamentales de la dinámica política. En un principio, los moderados o conservadores sufren una cierta incomodidad dialéctica, al medirse el liberalismo de acuerdo con una gradación puramente intensiva; los partidos son, según su grado de radicalización, más liberales o menos liberales. De aquí que el más radical adopte, sobre todo en las primeras etapas, simplemente el nombre de *liberal.* El moderado o conservador vendría a ser el "liberal, pero menos". Sólo un giro de matices que se opera con la consagración del pensamiento doctrinario revaloriza el papel del moderantismo, que deja de ser el reflejo de lo poco liberal para incorporarse una forma distinta, pero igualmente válida, de entender el liberalismo.

*La dinámica del Poder*

La pugna entre avanzados y moderados es constante y se manifiesta en los Parlamentos, en la prensa, en las tertulias oficiosas o centros de reunión y, con cierta frecuencia, en las asonadas callejeras. Las épocas electorales no hacen más que exacerbar esta tensión ya existente. Las *crisis* sobrevienen ante la disparidad de criterios entre el Poder

legislativo —la Asamblea— y el ejecutivo —el gobierno. La ley o la costumbre exigen que el monarca encargue de formar gobierno al líder cuyo partido tiene mayoría en la Asamblea (o por lo menos en la Cámara baja). El resultado de las elecciones configura así no sólo la composición de la Asamblea, sino también la del gobierno. Pero a veces la disparidad surge, por un cambio de opinión, por un diverso criterio de aplicación de las leyes, por una real o supuesta extralimitación del equipo gobernante; en ocasiones, por la escisión de un partido, con el consiguiente trasvase de votos. La *crisis* típica es la que enfrenta al legislativo y al ejecutivo, que no pueden coexistir como fuerzas encontradas. La salida a la misma puede consistir, de acuerdo con las leyes constitucionales u orgánicas, en la disolución de la Cámara o Cámaras con convocatoria de nuevas elecciones, o en la caída del gobierno con designación de otro más de acuerdo con los gustos de los parlamentarios.

Todo el juego entre mayorías, minorías, gobiernos, oposiciones, elecciones, grupos extraparlamentarios que utilizan la tribuna no oficial o la calle, protestas públicas, asonadas o intentos de golpe de Estado, llenan la vida política de los países románticoliberales en un grado suficiente para que la política exterior pase casi por completo inadvertida. Sería inexacto suponer que la marejada de la preocupación por las cuestiones "públicas" alcanza a todos los órdenes de la sociedad; pero también lo sería considerarla limitada a la pequeña minoría —del orden de los cientos de miles de personas— que alcanza el nivel jurídico de los ciudadanos activos. Parte de aquéllos a los que no han sido concedidas esas responsabilidades, participan también en las luchas políticas, ya sea por móviles sociales, ya por vincular su prosperidad o su prestigio a un ensanchamiento de la base electoral. Estos tipos de ciudadanos inquietos constituyen fundamentalmente la carne de cañón en los motines propios de los ciclos revolucionarios.

### *Los regímenes semiliberales*

A otro tipo de ensanchamiento nos queda por aludir, finalmente, para dejar esbozado el cuadro. Los países teóricamente liberales son la mayoría de los de América, y los de Europa occidental: Gran Bretaña, Francia, Portugal, España, Bélgica. Semiliberales son los Países Bajos, Suiza, Piamonte y una buena parte de los Estados del oeste y sur de Alemania. No hay inconveniente en admitir una cierta dosis de semiliberalismo, incluso antes de las revoluciones de 1848, en los dos grandes Estados germánicos, Austria y Prusia. No importa que los regímenes sean aún herederos directos o indirectos del viejo absolutismo dieciochesco; el panorama de la calle ha evolucionado considerablemente, y muchos de los aspectos ambientales que contemplábamos en los países afectos al liberalismo podrían encontrarse, mitigados o semiocultos, en los demás: la formación de grupos de opinión, la fuerza de la prensa, la inquietud de los centros universitarios, los incidentes callejeros, la circulación amplia de las ideas, y la dedicación preferente del Estado a cuestiones de política interior, atento siempre a una "opinión" a la cual ya no puede permanecer ajeno. Incluso en países donde los elementos del Antiguo Régimen tienen una fuerza incuestionable, como Polonia, Bohemia o Hungría, existen determinadas vivencias liberales o criptoliberales a las que la historia ya no puede volver la espalda. Lo mismo podría decirse de los principios y aplicaciones del liberalismo económico, a que inmediatamente vamos a referirnos.

## 5. El liberalismo económico

En las líneas que preceden hemos procurado esquematizar los trazos fundamentales del liberalismo histórico por lo que se refiere a lo político. Pero no es el político el único campo en que se desarrolla el fenómeno liberal, como movimiento tendente a consagrar la libertad del individuo en sus movimientos e iniciativas, previa destrucción de las normas y trabas que durante el Antiguo Régimen lo habían limitado. El liberalismo político y el liberalismo económico van tan estrechamente entrelazados, que cualquier intento por separarlos —o de estudiarlos por separado— predispone a la incomprensión de su propia naturaleza. No olvidemos que esta estrecha relación no sólo se da en cuanto a los fenómenos, sino también muchas veces en cuanto a las personas, pues en buena parte los dirigentes del liberalismo político lo son también de empresas económicas, fundadas, por supuesto, en el seno de los principios liberales.

El liberalismo económico tiene un componente social, desde el momento en que la igualdad de los ciudadanos ante la ley se traduce también en la igualdad de derechos para poseer, vender, comprar, transportar, producir o prestar, sin distinción de fueros, normativas o corporaciones. Todos los ciudadanos sin distinción tienen el mismo derecho —y hasta casi, como hemos visto, la misma "obligación"— de enriquecerse; como por desgracia no se enriquece todo el que quiere, este principio, en teoría igualitario, acabará siendo la fuente principal de las desigualdades sociales en el Nuevo Régimen, como en su momento veremos.

*Líneas fundamentales de la economía liberal*

Adam Smith, completando a Quesnay, había trazado las líneas fundamentales del liberalismo económico. Un liberalismo basado en el principio universal e intocable de la ley de la oferta y la demanda. Para dejar operar esta ley era preciso suprimir todas las demás leyes —leyes positivas— que regían la marcha de los hechos económicos: tasas, barreras, limitaciones, monopolios, estancos. No es cierto que Smith negara toda actuación del Estado: el Estado debía proteger, estimular, construir vías de comunicación y puertos, defender el tráfico de los peligros que podrían acecharle; pero no podía intervenir en la marcha de los movimientos económicos. Estos, con sus correspondientes iniciativas, eran patrimonio de los particulares; y el mayor bien de todos —incluyendo, indirectamente, el bien del Estado— consistía en dejar obrar con entera libertad a todas estas iniciativas, puesto que "nadie más que uno mismo es el primer interesado en su propia prosperidad". Y la prosperidad de un país no es sino la suma de las prosperidades de los individuos que lo forman. Libertad para el uso de los bienes de este mundo y, en virtud de esa natural y eterna ley de la tendencia al equilibrio, inhibición por parte de la cosa pública: dejar que la libertad corrija a la misma libertad.

Se ha glosado con más frecuencia el principio smithiano de la ley oferta-demanda que el de la ley capital-trabajo, que también está de acuerdo con el principio natural de la tendencia al equilibrio. El ofrecimiento de salarios altos atraerá sin duda a la mano de

obra, pero dejará al patrono contratante en situación de inferioridad frente a la competencia de otras empresas: o reduce sus beneficios, hasta hacer desaparecer todo estímulo, o acabará rebajando los salarios. Por lo contrario, el ofrecimiento de un salario demasiado bajo no le atraerá la mano de obra que necesita. Lo mismo puede predicarse de los trabajadores: una exigencia excesiva les hará perder toda ocasión de colocarse; una excesiva generosidad les permitirá encontrar contratos por todas partes, pero a costa de un salario de miseria. Una vez más la ley eterna de la oferta y la demanda irá encontrando en cada caso los términos más ajustados a naturaleza, y por ende más justos para cada parte. No hace falta decir que el teorismo apriorístico del término "justo" acabará provocando los más graves problemas sociales de la Edad Contemporánea.

*El liberalismo y la expansión económica*

El liberalismo económico, obstaculizado en principio por las conmociones revolucionarias y las guerras napoleónicas, acabó produciendo los más espectaculares frutos, sobre todo a partir de la coyuntura de 1830. El descenso de precios del período 1815-1825 (en algunos casos hasta 1830) había desaconsejado la inversión y favorecido la tesaurización de capitales. Bastó un leve quiebro y la conciencia de una plena libertad económica, para que la alegría de empresa se manifestase en toda Europa occidental (incluida Alemania, sobre todo la Alemania del Rin). A veces fue una alegría excesiva, muy emparentada con la ensoñación romántica, que creía ver en los caminos de hierro, en las minas de estaño o en las cadenas de "bazares" promesa de prosperidades sin fin. A veces tan extraordinarias perspectivas no se cumplían del todo, o daban lugar a aparatosas bancarrotas —seguidas en más de una ocasión por el romántico y trágico episodio del suicidio. El crecimiento económico entre 1830 y 1870 se opera a saltos, interrumpido por bruscas depresiones, que de la noche a la mañana provocan el pánico en la Bolsa y hacen quebrar a las empresas más prometedoras. Pocas veces la vida de una casa comercial o industrial se libra de estos sobresaltos, y con frecuencia se interrumpe brutalmente. Pero, entretanto, nuevas casas han surgido, y la economía de Occidente, sobre todo desde 1855, conoce épocas de expansión sin precedentes.

El liberalismo económico no sólo supone la libertad para producir, vender, traspasar y contratar, sino que agiliza de modo prodigioso los circuitos y el movimiento de valores. Con frecuencia el dinero virtual (que aún no existe, pero se sabe que va a existir) moviliza y llena estos circuitos tanto o más que el dinero real. Es frecuente que las acciones de una compañía de ferrocarriles alcancen su máxima cotización antes de que se haya tendido el primer kilómetro de vía, o que las de una nueva mina sean buscadas antes de que se haya extraído la primera tonelada de mineral. El crédito, la letra de cambio, el cheque, el pagaré, la acción, la obligación, el contrato, surten efectos adelantados que precipitan el proceso de crecimiento, aunque predisponen también, con cierta frecuencia, a batacazos durísimos e imprevistos. La aventura del negocio romántico, mezcla de tenacidad, audacia, suerte y, a veces también falta de escrúpulos, puso las bases del gran capitalismo contemporáneo y, con él, de la tecnificación del mundo y de los espectaculares avances materiales cuyos últimos resultados han llegado hasta nuestros días. La ciencia, la tecnología, la investigación, la iniciativa, la empresa, la tenacidad, el capital, el crédito, el trabajo y la confianza ilimitada en el futuro hicieron posible la transformación del planeta y de las formas de vida y desenvolvimiento del hombre sobre él.

*El proceso del desarrollo*

En este volumen no conoceremos sino los inicios de la Revolución Industrial, que hoy la mayoría de los analistas colocan a partir del ciclo de 1830, con la excepción del caso británico que se opera antes, aunque no a finales del siglo XVIII, como se venía afirmando hace tiempo, sino más bien a lo largo de las guerras revolucionarias y napoleónicas. Este adelanto de la Gran Bretaña explica su superioridad industrial y comercial durante la era romántica, así como la acumulación de capitales que la convierten, como entonces se dijo, en "el banquero del mundo". Esta superioridad no impide el desarrollo del continente —o de su mitad occidental— a partir del quiebro de los años treinta. La revalorización del carbón y el hierro (abundantes en casi toda Europa) como las "piedras filosofales" del siglo y la apertura generalizada de mercados exteriores a nivel planetario, potencian las posibilidades de expansión de todos los países situados entre Silesia y el Atlántico. El éxito británico, que abandonó la agricultura por la industria y salió ganando con el cambio, estimuló a los países occidentales a seguir el modelo, y no es de extrañar que en las revoluciones de 1830 se encuentre casi siempre un componente librecambista. Sólo hacia 1870, cuando sobreviene la nueva realidad mundial que justifica el siguiente volumen de esta Historia, las grandes potencias de Europa, igualmente industrializadas y productoras de artículos muy similares, comprenderán que sus economías no son complementarias, y tenderán a encerrarse en proteccionismos cada vez más rígidos con el consiguiente incremento de las tensiones internacionales. Pero esto no es ya un capítulo de la historia del liberalismo económico, sino más bien una de sus inesperadas consecuencias.

*En América*

En América el cuadro resultante no es el mismo, aunque el liberalismo económico fue en muchos casos —sobre todo en Iberoamérica— algo parecido a un dogma de fe. La zona oriental o nororiental de los Estados Unidos se industrializó de forma considerable ya en la época romántica, contrapesando su caudal económico con el de los Estados agrícolas del sur de la Unión. En este sentido, hubo un intercambio de riquezas complementarias, que favoreció a las dos zonas, hasta que el desequilibrio a favor del norte a partir de mediados de la centuria incrementó las tensiones, y contribuyó a la gran crisis de los años sesenta manifestada en la guerra de Secesión. Los países de Iberoamérica no vivieron siquiera esta dualidad. Ricos en materias primas, las exportaron para poder adquirir productos manufacturados que invadieron sus mercados sin facilidades para la competencia interior. Muchos de estos países llegarían a su máximo esplendor justamente por la época de la Revolución Industrial, sin apenas necesidad de industria propia. La prosperidad alcanzada gracias a la fácil exportación de productos del sector primario (café, tabaco, cacao, frutos, cobre, abonos naturales, cereales, carne, pieles), que podían ofrecer en una cantidad y a unos precios inigualables, fue un espejismo que disuadió de casi todo esfuerzo industrializador, que pudo parecer por mucho tiempo innecesario. Los Estados Unidos, como es bien sabido, alcanzarían a ser una gran potencia industrial, sin dejar por eso de poseer una riqueza extraordinaria en productos del sector primario: aquí radica uno de los secretos de su futuro prodigioso desarrollo. Pero es éste tema que no corresponde tratar aquí.

*Las consecuencias sociales*

Otra consecuencia inesperada del liberalismo económico, pero no por eso menos decisiva en la configuración de los tiempos contemporáneos, radica en el orden social. En

principio nos encontramos con que la filosofía que da lugar al clasismo, como modulación de la sociedad que sustituye al estamentalismo, es de origen político: la división de los miembros de la sociedad en ciudadanos activos o ciudadanos pasivos, según merezcan ser o no ser sujetos de las responsabilidades públicas. El baremo teórico es la prudencia, la inteligencia, la bondad, la capacidad. Pero el baremo práctico es, ya lo hemos visto, el nivel económico. Cierto que en el Nuevo Régimen se consagra el principio de "la carrera abierta a los talentos", y que, teóricamente al menos, cualquier individuo potencialmente válido puede escalar los más altos puestos de la preeminencia política, social o económica: en determinados casos esta potencialidad se realiza; en otros muchos, probablemente en la inmensa mayoría, una serie de barreras fácticas se oponen a esa realización.

Probablemente se ha abusado de la terminología de la ciencia física cuando tantas veces se ha comparado la sociedad del Antiguo Régimen con el estado sólido y a la del Nuevo con el líquido. Ni en el Antiguo Régimen es tan "imposible" el paso de uno a otro estamento, ni en el Nuevo la permeabilidad es completa, ni mucho menos. La sociedad "líquida" es en principio —y así lo afirman los teóricos del liberalismo, tanto los del político como los del económico— garantía de justicia distributiva en el seno del cuerpo social, asignando a cada individuo el puesto que por su condición, cualidades naturales y aptitudes concretas le corresponde; pero, aparte de que este fenómeno ya no responde a la libertad propiamente dicha del individuo, tampoco es claramente verificable en todos los casos: y la existencia de situaciones de injusticia ha sido en los últimos siglos lo suficientemente palpable como para ser reconocida por esos mismos teóricos. Por lo que se refiere, en concreto, al plano socioeconómico, la ley de la oferta y de la demanda en el sector capital-trabajo puede favorecer al capitalista o al trabajador, según las circunstancias o la coyuntura (en teoría, tales circunstancias y coyunturas deberían equilibrarse estadísticamente). De hecho se han dado, por lo menos en la época histórica de consagración del gran capitalismo, circunstancias desfavorables para el trabajador que han consagrado unas realidades estructurales ya desde entonces muy difíciles de remover.

*La demografía*

Casi parece inútil recordar, por sobradamente conocidas, las dos circunstancias más decisivas en este terreno. Por una parte tenemos lo que ha dado en llamarse revolución demográfica. La mejora de las condiciones sanitarias e higiénicas, y los avances en el campo de la terapéutica y de la clínica —mucho más que en el índice de natalidad, que más bien ha tendido a descender— han comportado un aumento sin precedentes en la población mundial y en concreto, para la época que aquí nos interesa, de los países más industrializados. Entre 1800 y 1870, el volumen demográfico de Europa casi se duplica: pasa de 190 a 340 millones de habitantes. En Gran Bretaña, la potencia industrial por excelencia, estos setenta años suponen casi una multiplicación por tres (de 11 a 30 millones de habitantes); Francia, más lenta, en parte por su fuerte población inicial, pasa de 27 a 38 millones; Alemania, de 24 a 40; Italia, de 18 a 29; Bélgica, de 3 a 5,6. La oferta de brazos aumenta de modo proporcional: y no es, por consiguiente, la parte que más puede exigir. Cierto que la libertad de contratación existe; pero también lo es que esta libertad consiste muchas veces en poder elegir entre aceptar un contrato desfavorable o morirse de hambre.

Es lugar común moralmente obligado en la historiografía acusar al capitalista decimonónico de falta de escrúpulos, cuando no de cruel inhumanidad. Sin eximir a nadie de las responsabilidades que en cada caso correspondan, quizá sea justo recordar que el sistema de libre competencia difícilmente permitía al empresario el uso de la generosidad sin el riesgo de perder automáticamente su mercado, o de colapsar toda posibilidad de reinversión. El crecimiento económico tuvo lugar en un ámbito de plena libertad de competición, sin concertaciones ni arbitrajes. De aquí su mismo ritmo inarmónico. Más que falta de comprensión humana —que pudo haberla, y la hubo, efectivamente, en grandes dosis— conviene hablar tal vez de un defectuoso planteamiento de base, luego muy difícil de reparar. Pero criticar al liberalismo histórico y a su principio de *laisser faire* por los años de su juventud histórica hubiera parecido (como pareció, efectivamente, en los pocos casos en que la crítica se dio) tan monstruoso y vituperable como criticar al liberalismo político.

*El maquinismo*

La segunda circunstancia radica en el fenómeno del maquinismo. La máquina, expresión de la fecunda inventiva del hombre, libró a éste de penosas tareas y multiplicó hasta lo increíble la capacidad de producción. Una cosechadora mecánica hace por unidad de tiempo lo que doscientos segadores provistos de hoces. La calcetadora mecánica trabaja mil ochocientas veces más rápido que la artesana más hábil. Un alto horno con convertidor Bessemer puede producir cien mil veces más acero que el mejor de los herreros en su taller. Es difícil y puede parecer demencial renunciar a la máquina. Sin embargo, la mecanización del mundo trajo consigo —todavía hoy, en tiempos de la llamada "tercera revolución industrial"— graves inconvenientes. Entre ellos, dos que han representado un alto costo social, al menos en principio. El primero es que la máquina ahorra trabajo humano y genera desempleo, a no ser que el proceso de industrialización sea tan rápido que el crecimiento del número de máquinas exija tantos obreros como los que ha desplazado de la primitiva artesanía. El segundo es su elevado precio, que no está, por lo general, al alcance del artesano común, y menos después de la Revolución liberal que destruyó, como previendo las condiciones de trabajo que por entonces comenzaban a despuntar, las viejas organizaciones corporativas, que tal vez hubieran conseguido algunas fórmulas de mancomunación de capitales. Hoy es creencia generalizada que los antiguos gremios difícilmente hubieran podido adaptarse a las formas de producción capitalista; pero es evidente que con su extinción el trabajador artesano quedaba más desarmado que nunca ante la nueva coyuntura.

La máquina cuesta, y exige para su adquisición —no digamos para el montaje de una potente factoría erizada de artefactos— un fuerte capital inicial. La prodigiosa movilización de dinero y de crédito que operó en el mundo civilizado el liberalismo económico, había de hacer posibles los más impresionantes montajes productivos y había de llevar al género humano hasta los logros más insospechados. Contribuiría también a generar un problema social sin el cual ya no es posible comprender la historia reciente. Si siempre lo político, lo social y lo económico se vinculan entre sí a través de múltiples conexiones, esta vinculación va a adquirir, por los años a que se refiere este volumen, caracteres de una especial relevancia.

## Bibliografía

Este primer apéndice bibliográfico incluye cuatro grupos de libros. Figuran, en primer término, los estudios teóricos sobre uno de los hechos esenciales que vertebran estos años: la ideologia liberal vista desde los más distintos ángulos —orígenes, manifestaciones, formulaciones diferentes, consecuencias, etc. Aparece a continuación un grupo segundo: las historias generales que se ocupan de este período. En tercer lugar, aquellos otros libros que tienen como tema la historia específica de la Iglesia, cuyo conocimiento resulta imprescindible para la comprensión acabada de lo que ocurre en los años estudiados en este Tomo. Finalmente, algunos diccionarios, atlas históricos y enciclopedias, cuyo manejo asegura conocer con más precisión los personajes y los escenarios.

**1. El liberalismo.** Para una consideración general de este tema es obra clásica la de G. DE RUGGIERO, *Historia del liberalismo europeo.* Madrid, 1944. Sobre la teoría del liberalismo tiene ideas originales, aunque en ocasiones discutibles, J. SALWYN SCHAPIRO, *Liberalismo. Su significado e historia.* Buenos Aires, 1965. Un estudio completo sobre los principales teóricos del liberalismo es el de Luis DÍEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario,* Madrid, 1973[3]. René REMOND —*El siglo XIX. Introducción a la historia de nuestro tiempo.* Barcelona, 1980, 3 vols.— hace precisiones inteligentes sobre las bases y naturaleza del liberalismo. Es también muy útil la lectura del breve estudio de Christopher DAWSON, *Los orígenes históricos del liberalismo,* que se contiene en *La imagen del hombre.* Madrid, 1966; a un aspecto importante de esta ideología atiende A. VACHET, *L'ideologie libérale. L'individu et sa propriété.* París, 1970. La relación estrecha de todos estos planteamientos con la economía es puesta de manifiesto por E. HEIMANN, *Teoría social de los sistemas económicos.* Madrid, 1968. Una visión bastante completa de las implicaciones liberales se halla en J. MESSNER, tanto en *La cuestión social.* Madrid, 1960, como en *Etica social, política y económica a la luz del Derecho natural.* Madrid, 1966. Si el liberalismo no es el que inventa el Estado, el cambio social radical que es su objetivo le impulsa a la larga a fortalecer la estructura estatal. Bertrand DE JOUVENEL ha estudiado esta cuestión en *Los orígenes del Estado moderno.* Madrid, 1976. Por último, el análisis del grupo social que, al menos inicialmente, intenta controlar ese Estado liberal puede verse en Charles MORAZÉ, *El apogeo de la burguesía. Siglo XIX.* Barcelona, 1965; o en K. R. PERRY, *The Bourgeois Century: A History of Europe, 1780-1870.* Londres, 1972.

**2. Historias generales.** Existen muchas —y, a veces, excelentes— historias generales. Aquí sólo se apuntan las más conocidas o accesibles: Louis HALPHEN y Philippe SAGNAC, *Peuples et Civilizations.* XV, XVI y XVII, Paris, 1968; C. J. H. HAYES, M. W. BALDWIN y Ch. W. COLE, *Historia de la civilización occidental.* Madrid, 1967-1968, 2 vols.; Maurice CROUZET, *Historia general de las civilizaciones.* Barcelona, 1967-1969, 7 vols.; Jaime VICENS VIVES, *Historia general moderna.* Barcelona, 1973[8], 2 vols.; Vicente PALACIO ATARD, *Manual de Historia Universal.* Madrid, 1970, 4 vols.; *The New Cambridge Modern History,* traducida al castellano con el título de *Historia del mundo moderno.* IX *Guerra y paz en tiempos de revolución (1793-1830),* y X *El cénit del Poder europeo (1830-1870).* Barcelona, 1971; Crane BRINTON, *A History of Civilization.* New Jersey, 1975; y José ANDRÉS-GALLEGO, *Historia del mundo contemporáneo.* Zaragoza, 1976. El siglo XIX es un siglo europeocéntrico: casi todos los problemas vienen motivados por Europa, en Europa se resuelven o de Europa reciben una complicación mayor. Por esta razón se apuntan algunas historias de Europa en este siglo. Un compendio breve es el de Jean-Baptiste DUROSELLE, *Europa de 1815 hasta nuestros días.* Barcelona, 1974[3]. Estudios más amplios son los de Carlton J. H. HAYES, *Historia política y cultural de la Europa moderna.* Barcelona, 1953; Fernand L'HUILLIER, *De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique.* I *1815-1898.* Neuchâtel, 1954; y H. HEARDER, *Europa en el siglo XIX desde 1830 hasta 1880.* Madrid, 1973. A estos cuatro títulos últimamente citados es preciso añadir una obra que conserva muy buena parte de su interés en razón de la calidad de sus distintos autores: Max BELOFF, Pierre RENOUVIN, Franz SCHNABEL y Franco VALSECCHI, *L'Europe du XIXe. et du XXe. siècle (1815-1870). Problèmes et interpretations historiques.* Milán, 1959-1964, 2 vols. Se incluyen en ella estudios muy agudos. Tiene sin embargo el inconveniente —que comparte, por ejemplo, con la ya citada historia de Cambridge— de que falta la necesaria visión de conjunto. Son obras más para especialistas, para un público que conozca ya la evolución general de estos años, que para iniciarse en el estudio de ellos. Un complemento obligado y valioso de estas historias viene dado por los estudios clásicos sobre relaciones internacionales. Pierre RENOUVIN tiene su *Historia de las relaciones internacionales.* Madrid, 1964, 2 vols. El mismo RENOUVIN, junto con Jean-Baptiste DUROSELLE, ofrece la *Introducción a la historia de las relaciones internacionales.* Madrid, 1968. Y René ALBRECHT-CARRIÉ, *A Diplomatic History of Europe since the Congress of Viena.* Nueva York, 1973.

**3. Historias de la Iglesia.** Siempre, desde su fundación, ha sido obligado el conocimiento de la historia de la Iglesia. En los tiempos contemporáneos, cuando se emprende la operación de dotar a la sociedad de una nueva estructura que incluye, por lo menos en la mente y decisión de sus principales propugnadores, el rechazo del sentido de la vida que la Iglesia enseña, el conocimiento de la historia de la Iglesia es necesario en un doble aspecto: para conocer la crítica serena y honda que el magisterio de la Iglesia realiza de los presupuestos liberales, y para percibir las infiltraciones de estos principios en algunos sectores católicos y las perturbaciones que producen. Me he ocupado con detenimiento de estos temas en *La Iglesia en el mundo contemporáneo.* I *De Pío VI a Pío IX (1775-1878),* y II *De León XIII a Pío XI (1878-1939).* Pamplona, 1979. Otras historias de la Iglesia —unas más breves, otras más amplias— que tienen aún plena vigencia son las siguientes: la síntesis interesante que hace Joseph LORTZ en *Historia de la Iglesia.* Madrid, 1962; C. BIHLMEYER y H. TÜCHLE, *Histoire de L'Eglise.* Paris,

1967; la obra colectiva *Nouvelle Histoire de l'Eglise.* París, 1968-1975; o los amplios estudios de Jean LEFLON y Roger AUBERT, autores respectivamente de los tomos XXIII y XXIV de la *Historia de la Iglesia.* Valencia, 1974-1975, la obra que, tiempo atrás, iniciaron A. Fliche y V. Martin.

**4. Enciclopedias, Diccionarios y Atlas.** Respecto a las primeras, son de utilidad la *Gran Enciclopedia Rialp;* la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana,* más conocida como Espasa; la *Encyclopaedia Britannica;* la *Encyclopedia Americana;* la *Gran Enciclopedia Larousse;* la *Enciclopedia Italiana;* y la *Enciclopedia Cattolica.* Michel MOURRE es autor del *Dictionnaire encyclopédique d'histoire.* París, 1978, 8 vols.; y de la edición abreviada y más manejable en 2 vols., titulada *Dictionnaire d'histoire universelle.* París, 1981[2]. Entre la gran cantidad de excelentes atlas históricos, destacan por su utilidad y la facilidad de su manejo, *Grosser Atlas zur Weltgeschichte.* Braunschweig, 1956; *Atlas Historique.* París, 1978; y el *Concise Atlas of World History.* Londres, 1982. Para las cuestiones de cronología, Jacques BOUDET, *Chronologie Universelle.* París, 1983.



# PRIMERA PARTE

# EL LIBERALISMO DOCTRINARIO (1830-1848)

**Fragmento de Eugène Delacroix, "La Liberté guidant le peuple" (1831).** (Giraudon. Paris.)

# I.
# Las revoluciones europeas de 1830

*El fin de la era de la Restauración*
*La revolución de julio en Francia*
*La independencia y la Constitución belgas*
*La revolución en Polonia*
*Los intentos liberales en Alemania e Italia*
*El triunfo del liberalismo en España y Portugal*

La clave de las monarquías del Antiguo Régimen fue la existencia de una religión de Estado: el mantenimiento de la unidad religiosa, sostenida por el Estado por entenderla de su plena competencia, y de la que el mismo Estado se beneficiaba como garantía última de la obediencia de los súbditos a su soberano. La Restauración elaborada por el Congreso de Viena (1814-1815), como salida de las perturbaciones derivadas de las guerras de la Revolución y del Imperio, se asignó como objetivo —al menos, teóricamente— mantener y fortificar esta unidad religiosa. Esto fue en cualquier caso lo que entendieron muchos de los gobiernos europeos; lo que se esforzaron por llevar adelante y contra lo que se produjo el conjunto de revoluciones que, a partir de 1830, sacudieron a algunos Estados del viejo continente.

*La religión de Estado*

En el gran drama complejo que es la historia de estos años no fue, sin embargo, éste el único factor. Hubo otros dos —una doble distorsión— que también jugaron un papel de importancia en los quince años que separan el Congreso de Viena de la oleada revolucionaria de 1830. En primer término el factor de distorsión espiritual que suponía la herencia del siglo XVIII y su identificación del progreso con la proclamación de todas las libertades individuales posibles: entre ellas, y en primer término, la libertad de conciencia que atacaba de forma directa a la unidad religiosa. Junto a este factor, otro que podría denominarse de distorsión geográfica: si no todas las variaciones del mapa europeo derivadas del Congreso de Viena afectaron de forma directa al principio de una única religión de Estado, sí se introdujeron variaciones suficientemente decisivas como para que pudiera ponerse en duda el que en Viena hubiera tenido lugar una verdadera restauración del Antiguo Régimen. Fueron cuatro las distorsiones geográficas fundamentales: el reconocimiento de la vinculación de Irlanda al Reino Unido (aprobada en 1800), que dejó a los católicos irlandeses sometidos al anglicanismo oficial; la unión —la "amalgama", en la terminología de la época— de los católicos de los Países Bajos del sur con los holandeses calvinistas, dentro del nuevo reino creado en Viena; la dependencia casi absoluta de buena parte de los católicos polacos respecto a Rusia; y la ampliación de los dominios de una Prusia luterana que englobó unas Renania y Westfalia esencialmente católicas. Esta simple enumeración permite ya fijar algunos de los puntos en que se verificarán alteraciones importantes a los planes del Congreso de Viena en torno a 1830. Es del mismo modo sintomático que otras distorsiones geográficas, precisamente por no perturbar el principio de la unidad religiosa, tuvieran sólo una importan-

*Una doble distorsión*

cia menor. Tales son el caso de la unión personal que se estableció entre los reinos de Suecia y Noruega, o el dominio danés sobre los ducados noralemanes de Schleswig, Holstein y Lauenburg. Lo cual no quiere decir que estas distorsiones geográficas realizadas en Viena no tuvieran a la larga también repercusiones de interés en la historia europea del XIX. Pero sólo cuando la eliminación del principio de la unidad religiosa fuera sustituido por el de la nueva unidad derivada del sentimiento nacional.

*La libertad de conciencia y las libertades liberales*

En los años inmediatamente posteriores al Congreso de Viena, y de forma que cabe casi calificar de inevitable, ambos principios de distorsión tendieron a vincularse y dificultaron —una causa más— el que la Restauración pretendida pudiera llevarse plenamente a cabo. Más aún: su vinculación real o aparente contribuyó —y aún contribuye— a hacer confusa la historia de estos años. Por ejemplo: en muchos casos la reclamación del respeto a las llamadas libertades liberales tendió a identificarse con la exigencia del respeto a la diversidad religiosa. Desde el punto de vista de los que defendían el principio restaurador de la unidad de una religión de Estado se produjo, con alguna frecuencia, una similar confusión: la reclamación de libertades se pudo entender como un atentado contra la única religión admitida y, en consecuencia, como un ataque directo al Estado vigente.

*La libertad del acto de fe*

Por la misma delicadeza y complejidad de estas cuestiones, puede quizá ser útil recordar una distinción de interés: si es cierto que no se puede imponer nunca a nadie un acto de fe —pues es un acto libre por su misma esencia—, lo es igualmente que esto nada tiene que ver con la proclamación —como un bien positivo, como un factor decisivo de progreso— del principio de la libertad de conciencia. El hombre puede vivir como si su conciencia fuera libre; pero no puede romper nunca su dependencia radical con Dios, su Creador, por lo mismo que nunca puede dejar de ser criatura. La dificultad surge a veces por la dependencia que se establece indebidamente entre el conjunto de las libertades personales —un conjunto que, con todos los matices que se desee, puede sintetizarse en la libertad de expresar opiniones distintas— y la libertad de conciencia. Esta última hace referencia a Dios; las otras, a las relaciones de cada hombre con los otros hombres. El problema puede en ocasiones presentarse por la utilización de las distintas libertades personales —reunión, imprenta, asociación, etc.— para manifestar y hacer prevalecer la libertad de conciencia. Precisamente éste fue uno de los temas graves de estos años. Porque se quería la unidad religiosa —en la que se veía la esencia del Antiguo Régimen restaurado— se rechazó la libertad de conciencia y, además, todas las otras libertades que aparecieron muy estrechamente vinculadas a ella. O porque se deseaban esas mismas libertades se entendió que sólo se conseguirían aparejadas, sustentadas, por la libertad de conciencia. Y el progreso, el pretendido progreso histórico, tendió a equipararse con la secularización.

*Las confusiones y los conflictos*

Es claro que no todo derivó de las confusiones que se pudieron producir en los defensores de las libertades: parte muy importante de la culpa de los conflictos de estos años corresponde a los que identificaron sin más el Antiguo Régimen con el orden cristiano.

Lo cual sucedió tanto en Francia, como en España, o en el Reino Unido desgarrado por la emancipación de los católicos. Y en muchos más sitios. Faltó posiblemente conciencia histórica y una valoración adecuada de la libertad del hombre. Un conjunto de confusiones a cuya aclaración no contribuyó nada el papel evidentemente desproporcionado que desempeñaron las minorías protestantes, dentro de países mayoritariamente católicos, en el proceso de implantación de los principios del liberalismo. Tal sucedió en Francia. De forma paralela cabe aludir al protagonismo que en los procesos distintos de los Estados italianos tuvieron católicos muy cercanos a las corrientes jansenistas toscanas; o los católicos febronianos en la Bélgica que alcanzó por estos años su independencia.

*Las revoluciones y la libertad de conciencia*

Desde el punto de vista de la perspectiva esbozada se pueden trazar las líneas generales de la situación europea en vísperas de las revoluciones de 1830. En todos los países se tiende a mantener el principio de la unidad religiosa: se quiere una restauración efectiva del Antiguo Régimen. Se logrará evitar la revolución allí donde el Estado sepa ceder pragmáticamente ante la dificultad de mantener ese principio —caso del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda—, o donde se imponga por la fuerza de las armas —y esto es lo que sucederá con Rusia y la revolución polaca. En otros casos —el reino de los Países Bajos— la estructura del Antiguo Régimen saltará de forma revolucionaria: se corrige la distorsión geográfica derivada de Viena mediante la aparición de dos países distintos, los Países Bajos propiamente dichos y Bélgica. La unión contra los holandeses llevará a que por el momento se margine la oposición entre católicos y liberales belgas. Países habrá —los escandinavos— en los que no haya siquiera lugar a movimientos revolucionarios: en la década de los cuarenta ya se encargará Kierkegaard de denunciar el férreo control ejercido por la iglesia luterana sobre Dinamarca; un control que imposibilita toda oposición.

*Los problemas de los países católicos*

Los problemas mayores se registran en los países católicos: Francia, España, Portugal y los diversos Estados en que se divide la península itálica. Aquí el enfrentamiento va a ser tan radical que va a dar lugar incluso a guerras civiles. Quedan los Estados alemanes y el Imperio austríaco. En el caso primero, las cuestiones revolucionarias van a tener un sesgo distinto por lo mismo que se presentan cargadas de un sentimiento anhelante de unidad nacional que, si no es novedad en Europa, sí tiene un matiz peculiar por lo mismo que el viejo *Reich* ha salido del Congreso de Viena dividido en 39 Estados. Por su parte, los Habsburgo van a disponer, al menos en 1830, de toda la eficacia gubernativa de Metternich, el gran restaurador del Antiguo Régimen, el gran enemigo de la revolución. Quizá por eso mismo, las alteraciones posteriores, ya en 1848, sean más violentas.

*El despojo del Imperio otomano*

Suiza también resultará afectada por la revolución en forma sensiblemente similar a lo descrito hasta el momento. Unos movimientos revolucionarios que, en cambio, no se harán sentir en el Imperio que aún retiene una amplia zona del continente europeo: el Imperio otomano. Sus problemas van a derivar más bien de la presión constante de

otros Estados que quieren alzarse con la herencia del que ya por estos años comienza a ser denominado el "hombre enfermo" de Europa. La escasa política internacional que se desarrolla entre 1815 y los mediados del siglo tiene casi como exclusivo objetivo el despojo sistemático del Imperio otomano: Grecia, Argelia, la cuestión de Oriente.

*El sentimiento nacional como sustitutivo*

Como ya se ha apuntado, el conflicto entre el Antiguo Régimen restaurado y los factores de distorsión que se derivan de la ideología liberal o de los arreglos vieneses va a tener soluciones distintas. Pero hay que añadir algo más: allí donde salte la unidad que se ha intentado procurar mediante la hegemonía de una religión de Estado, el sentimiento nacional acudirá a sustituir la unidad religiosa perdida. En este sentido Alemania abrirá el camino, por lo mismo que, tras la Reforma, sólo cabe acudir al sentimiento nacional para unir a los alemanes. Pero por ese mismo camino irán también, más pronto o más tarde, otros muchos Estados europeos. El sentimiento nacional se convertirá así en una cuasi-religión con vistas a vincular a los ciudadanos de los distintos Estados en los que se ha prescindido de —o se ha perdido— la unidad religiosa.

## 1. El fin de la era de la Restauración

*Carlos X y la Carta*

La muerte de Luis XVIII (1755-1824), sin descendencia, el 16 de septiembre de 1824, colocó en el trono de Francia al conde de Artois, que tomó el nombre de Carlos X (1757-1836). Hermano como Luis XVIII de Luis XVI, el rey guillotinado por la revolución en 1793, Carlos X era un hombre de gran tesón, poco amigo de los equilibrios políticos en que tan hábil se había mostrado Luis XVIII. Después de hacerse coronar en Reims, con todo el aparato tradicional de los monarcas absolutos, se manifestó decididamente dispuesto a restaurar en su integridad el Antiguo Régimen.

La Carta otorgada por Luis XVIII en 1814, por la que el reino de Francia se regía, reconocía la libertad de conciencia y de culto. Pero la aplicación de la Carta dependía del talante del monarca. Carlos X procuró su utilización en el sentido de restaurar plenamente los antiguos usos de gobierno. Una actitud para la que contó con el respaldo del sector de la opinión política conocida como los "ultras".

*Los grupos políticos*

En Francia existían dos Cámaras: la de los Pares, que eran de nombramiento real, y la de los diputados. Para la constitución de esta segunda Cámara sólo podían elegir y ser elegidos, en virtud del sufragio censitario, los franceses varones que pagasen unos impuestos superiores a los 300 francos. Desde las primeras elecciones, al inicio del reinado de Luis XVIII, la Cámara de los diputados se encontraba dividida en tres sectores: los ultrarrealistas, que querían la restauración plena del Antiguo Régimen, y con los que habitualmente había chocado Luis XVIII; los denominados doctrinarios, partidarios del régimen nuevo y de la Carta, y en los que se había procurado apoyar el monarca fallecido en 1824; y la oposición liberal que deseaba una ampliación, aunque no excesiva, del régimen político. El objetivo último de esta oposición, en la que se integra-

ban un ideólogo como Benjamin Constant (1767-1830) u hombres de negocios como los banqueros Laffitte y Périer, era la vuelta al régimen constitucional de 1791. No se iba contra la monarquía, pues en modo alguno se deseaba una posible recaída en los excesos republicanos de 1793. En cualquier caso esto les enfrentaba con los ultras.

*El ministerio Villèle*

Carlos X mantuvo al frente del gobierno al último de los primeros ministros que habían servido bajo Luis XVIII, al conde de Villèle (1773-1854), uno de los dirigentes de la fracción ultra de la Cámara. No parece que congeniaran el rey y el primer ministro; pero es cierto igualmente que Villèle trató de seguir con la máxima fidelidad las directrices de Carlos X. Apoyado en la mayoría ultra de la Cámara surgida de las elecciones de febrero de 1824, Villèle presentó una serie de leyes con ánimo de lograr la restauración más plena posible del régimen prerrevolucionario. La Cámara aprobó en 1825 tanto la ley de compensación económica a los emigrados —la llamada ley del *Milliard*— como otra ley que establecía penas muy duras contra el sacrilegio. Ese mismo año quedaron legalizadas en Francia todas las órdenes y congregaciones religiosas —incluida la Compañía de Jesús— mediante una serie de simples decretos regios, sin intervención de la Cámara de los diputados.

*El crecimiento de la oposición liberal*

Estos hechos, unidos al control casi absoluto de la Iglesia sobre la institución napoleónica de la Universidad, produjeron un incremento de la oposición liberal que, a través de campañas de prensa, hizo fracasar, en 1826, el intento de restablecer la primogenitura —otra pieza esencial del intento restaurador—, y un año más tarde, 1827, otro proyecto de ley por el que se trataba de conseguir un mayor control gubernamental sobre la prensa. La respuesta de Villèle fue, en contra de sus propias disposiciones de celebrar elecciones cada siete años a fin de conseguir una mayor estabilidad del régimen, adelantar la consulta electoral a finales de 1827. Los resultados no fueron favorables al gobierno. La Cámara (425 diputados) quedó dividida en los tres grupos tradicionales de la forma siguiente: ministeriales, 180; liberales, unos 170; y otros 75 que se integraron en la oposición de derecha, más radical que el propio Villèle. En esta situación, en enero de 1828, el conde de Villèle dimitió. Y se formó un nuevo ministerio, sin presidente, dirigido por el ministro del Interior, Jean Baptiste Martignac (1778-1832).

*Martignac*

Martignac no contaba con apoyos políticos en la Cámara ni con la plena confianza del monarca. Carlos X procuró rodearle de ministros contrarios a las posibles reformas. El nuevo director del gabinete intentó la armonización de los intereses de la burguesía liberal y de la dinastía. Una empresa difícil por lo mismo que estos intereses, en el fondo, se oponían de manera radical. Martignac estableció listas electorales que fueran una garantía para los candidatos y para los electores; suprimió la censura de prensa y prohibió la enseñanza a las órdenes religiosas no autorizadas expresamente para ello. Esta última decisión, que afectaba directamente a los jesuitas, provocó la protesta de los obispos franceses. El gobierno recurrió a Roma y Roma dio la razón al gobierno. Lo cual, curiosamente, no hizo sino agravar la situación. Si la oposición liberal estimaba estas medidas como insuficientes, a los ultras les desagradó la intervención del Papa, pues

entendieron que atentaba contra los viejos privilegios galicanos. Si en Francia, como en otros países católicos, se quiso la restauración del Antiguo Régimen sobre el principio de la religión de Estado, tal restauración se procuró en beneficio de la firmeza del Estado y no en defensa de la religión.

*El gobierno Polignac*

Los ataques de las distintas oposiciones, el mismo desagrado del rey ante estas medidas, provocaron (VIII-1829) la dimisión de Martignac. Fue nombrado presidente del Consejo el hasta el momento ministro de Asuntos Exteriores, príncipe Jules de Polignac (1780-1832), antiguo emigrado, pariente del rey y contrarrevolucionario decidido. La opinión liberal recibió mal este nuevo ministerio ultra, más aún al conocer los nombres de los otros ministros del gabinete. El general Bourmont (1773-1846), al que se acusaba de haber traicionado a Napoleón en Ligny, fue puesto al frente del departamento de Guerra; y el conde Francois-Régis de la Bourdonnaie (1767-1839), conocido por sus reticencias contra la misma Carta, recibió el ministerio del Interior. La prensa liberal —el *Journal des Débats, Le Constitutionnel, Le National,* dirigido por Thiers, etc.— incrementó sus ataques. El gobierno fue sistemáticamente hostigado por la oposición que orientaba Guizot.

*La crisis y Argelia*

Asombrosamente la reacción del gobierno no se produjo. Polignac se limitó a retrasar lo más posible la convocatoria de una Cámara en la que no disponía de mayoría. Frente a

**La "Sacre" de Carlos X.** *La* Sacre *—consagración o unción— de Carlos X, el último monarca de la casa de Borbón en Francia, tuvo lugar en Reims, en 1825. Cuatro años más tarde, el barón François Pascal Gérard (Roma, 1770; París, 1837), uno de los más calificados discípulos de David, el autor de la* Sacre *de Napoleón, presentó esta obra, de la que aquí se recoge sólo un fragmento. Posiblemente, para muchos —para el mismo Carlos X, por supuesto— la ceremonia plasmada por Gérard apareció como la culminación definitiva de una obra restauradora que dejaba atrás, superados y olvidados, los tormentosos años de la Revolución. Es bien sabido que no fue así. En 1830, sólo un año después de que este cuadro fuera expuesto al público, Carlos X (1757-1836), rey de Francia desde 1824, fue derribado por una revolución. Con Luis Felipe, su sucesor, no sólo cambió la dinastía: también varió esencialmente la concepción de la realeza. Luis Felipe no fue ya rey de Francia, sino rey de los franceses: la unción divina fue sustituida por la aclamación del sufragio censitario. El contraste no es sin embargo tan agudo como puede parecer a primera vista: al margen de la posible buena voluntad de los partidarios de la Restauración, un rey absoluto es algo bastante parecido al absolutismo de la opinión pública —de toda la opinión o de parte de ella. El cuadro de Gérard no recoge sino una forma cuyo contenido se había evaporado mucho tiempo antes.* (Giraudon. París.)



los problemas políticos, ante una crisis agrícola derivada de las malas cosechas de 1828 y 1829 y que se doblaba en una crisis económica que afectaba al comercio, la industria y el artesanado, el gobierno Polignac decidió buscar en algún éxito de política exterior el necesario apuntalamiento para su gestión.

Dos años antes, la escuadra francesa, unida a la británica, había deshecho a la turco-egipcia de Navarino (20-X-1827). Esta victoria naval, junto con la campaña por tierra llevada a cabo por Rusia, permitió imponer al Imperio otomano la independencia de Grecia (3-II-1830). Pero antes de que acabara de esta forma la guerra de los Balkanes, las grandes potencias europeas habían comenzado a estudiar planes distintos para repartirse la totalidad del Imperio en decadencia. No acabó de cuajar ninguno de estos planes, en cuya redacción había intervenido Polignac como ministro de Asuntos Exteriores y que siguió sosteniendo desde su nuevo puesto al frente del gobierno. Ante el fracaso de los tres distintos planes propuestos (el último fue abandonado por la oposición prusiana, el 3 de enero de 1830) y la necesidad de fortalecer al gobierno cara a unas elecciones en las que se trataba de conseguir una mayoría más manejable, a finales de enero de 1830 se decidió la intervención francesa en Argel.

*La intervención en el norte de Africa*

El 7 de febrero se firmaron las ordenanzas de movilización. Conocida la noticia en Londres, produjo una indignación grande. El Reino Unido también estaba interesado en los asuntos argelinos y hasta el momento había venido actuando más o menos de acuerdo con Francia. Pero la unilateralidad de la decisión de Polignac le llevó a animar al dey Hussein de Argel (1773-1838) a que resistiera; el cónsul británico en Túnez impulsó al dey a que apoyara a los argelinos; y el embajador del Reino Unido en Constantinopla presionó al sultán para que impusiera su autoridad sobre Hussein y se acabara con la piratería berberisca, que era el pretexto invocado por Francia para la expedición militar al norte de Africa.

Precisamente el incremento de las dificultades en la política interior francesa impidieron que el gobierno Polignac prestara atención a las presiones británicas. El ministro de Marina francés, d'Haussez (1778-1854), montó la expedición en tres meses. El 25 de mayo salieron de Tolón 37.000 hombres, no muy bien equipados, aunque con aprovisionamientos aceptables. La escuadra repostó en Palma de Mallorca el día 30 y el 14 de junio desembarcó la expedición militar en Sidi-Ferruch. La resistencia fue menor de lo que se esperaba. El 5 de julio se rindió el dey argelino, Hussein, y los franceses se instalaron en Argel. Muy poco después el ejército ocupó, con similar facilidad, Bona, Mazalquivir y Orán. Y Francia tenía en su poder prácticamente toda la costa cuando llegaron a Argel las noticias de las jornadas revolucionarias parisinas. El éxito de la expedición a Argel no había salvado el trono de Carlos X. Pero la nueva monarquía continuaría —e incrementaría— la presencia francesa en el norte de Africa.

*Fernando VII*

La similitud de propósitos y la relativa coincidencia en las circunstancias permite entender que la historia española de estos años previos a 1830 tenga no pocos puntos de contacto con la evolución de la situación francesa. Por lo pronto, Fernando VII (1784-1833) debía en España su renovada situación de monarca absoluto a la intervención

francesa que, en 1823, había permitido eliminar el sistema constitucional puesto tres años antes en marcha por el pronunciamiento de Riego (1785-1823) en Cabezas de San Juan (1-I-1820).

Si se buscara un parangón entre Fernando VII y los reyes de Francia de estos años, es posible que se pudiera afirmar que más cerca estuvo de Luis XVIII que de Carlos X. No tuvo nunca Fernando VII la firme decisión de restaurar el Antiguo Régimen, tan patente en Carlos X, posiblemente porque en España, por un lado, había menos que restaurar que en Francia; por otro, por la inclinación del monarca español más a un gobierno personal que al fortalecimiento de unas estructuras institucionales por las que no manifestó más que un entusiasmo mediano. Hay que añadir a todo esto, como un evidente factor de perturbación, el propio carácter del monarca español: tímido, reservado y propicio a gestos políticos en exceso bruscos y no muy meditados.

*El gobierno personal*

La intervención francesa de 1823 —los Cien Mil Hijos de San Luis, mandados por el duque de Angulema (1775-1844)— puso fin al trienio constitucional y obligó a dirigirse al exilio a los principales dirigentes liberales españoles. La amnistía que sus liberadores impusieron a Fernando VII fue mucho más limitada de lo que aquéllos hubieran deseado. Por otro lado, al no existir en España nada similar a la Carta otorgada francesa, las oposiciones moderadas a Fernando VII hubieron también de refugiarse en la actividad conspiradora.

Toda la política española de estos años estuvo en manos del monarca. En julio de 1824 nombró como secretario de Estado —un puesto que vinculaba las funciones actuales de jefe de gobierno y ministro de Asuntos Exteriores— a Francisco Zéa Bermúdez (1772-1850). No era fácil saber con precisión cuál era la orientación política querida por Fernando VII. Ya en este mismo año 24 menudearon las intentonas liberales y, a la vez, los brotes de pronunciamientos en favor de un más radical absolutismo que se veía encarnado en uno de los hermanos del rey, el infante Carlos María Isidro.

*El problema sucesorio*

En España los problemas políticos se agravaban por la existencia de un problema sucesorio. Fernando VII estaba casado en terceras nupcias con María Amalia de Sajonia. De ninguno de sus tres matrimonios había tenido descendencia. Por el momento el heredero de la corona era el infante don Carlos (1788-1855). Y en él se habían fijado las esperanzas del sector político español más firmemente decidido a mantener —o realizar en plenitud— la restauración del Antiguo Régimen.

Los cambios de actitud política del rey seguían desconcertando a la opinión. Tan pronto afirmaba su decisión de conservar intactos sus derechos de soberano "sin permitir la más mínima alteración opuesta a las leyes", como parecía abrirse a posibles reformas de un liberalismo moderado. Por su parte, los constantes conspiradores liberales procuraron tanto imponer sus ideas por la fuerza —en lo cual no tuvieron mucho éxito— como separar lo más posible al rey de su hermano y heredero.

*La nueva reina*

La muerte de la reina María Amalia (18-V-1829) supuso un cambio notable en todas estas expectativas. Se abrió una vez más la cuestión de la elección de una nueva reina.

Tras las obligadas tensiones, Fernando VII, que tenía 45 años, acabó por decidirse por una sobrina suya: María Cristina (de 23 años), hija de María Isabel, hermana del propio Fernando VII, y del rey de Nápoles, Francisco I. En esta elección jugaron un gran papel el matrimonio formado por la infanta Luisa Carlota, hermana de la nueva reina, y el infante Francisco de Paula (1794-1865), hermano de Fernando VII, y por aquel entonces Gran Maestre de la masonería española.

*La Pragmática Sanción*

Fue este cuarto y último matrimonio de Fernando VII el que varió por entero la situación política española e indirectamente puso fin al intento de restaurar el Antiguo Régimen en España. Pues la *Gaceta* del 3 de abril de 1830 publicó por decisión regia la Pragmática Sanción, por la que se volvía al orden tradicional de sucesión en el trono español (la ley de las Partidas) —abolida a comienzos del siglo XVIII por Felipe V— que permitía que reinaran las mujeres. Si el rey tenía hijos con María Cristina, éstos, fueran hombres o mujeres, le sucederían en el trono. Y cuando se publicó la Pragmática la reina estaba ya embarazada. La decisión de Fernando VII eliminaba al infante don Carlos. Fue esto lo que produjo la división de las fuerzas políticas en dos bandos irreconciliables: los realistas, partidarios de don Carlos y enemigos de la Pragmática, y los liberales moderados que vieron en la restauración de la antigua ley la posibilidad de eliminar al mayor partidario del Antiguo Régimen. Vino de esta forma a convertirse la reina en lo que siempre había faltado a los liberales españoles: una cabeza, un catalizador de su unión. María Cristina, decidida mantenedora de la Pragmática en cuanto garantía de que sus posibles descendientes ocuparían el trono español, se convirtió en el centro en torno al que se agruparon las distintas facciones liberales. Al mismo tiempo y por la misma causa los realistas o carlistas —partidarios de don Carlos— quedaron al margen de la ley en cuanto se negaron a reconocer el valor de la Pragmática Sanción.

*Portugal y Brasil*

Por un curioso azar, una situación muy similar a la española —también con su correspondiente conflicto dinástico— fue la que se vivió en Portugal por estos mismos años. La familia real portuguesa se había refugiado en Brasil durante la invasión napoleónica. Hasta 1820 no regresó a Portugal Juan VI (1767-1826). En Brasil quedó como virrey el hijo mayor del monarca, don Pedro. En 1822 Brasil se declaró independiente. El virrey pasó a ser el emperador Pedro I (1798-1834). Según la vigente Constitución portuguesa, don Pedro perdió sus derechos al trono, que pasaron a su hermano menor, el infante don Miguel (1802-1866).

*Don Pedro y doña María de la Gloria*

En 1823, y al igual que en España, Juan VI abolió la Constitución portuguesa. El 10 de marzo de 1826 falleció el rey sin designar sucesor, pero estableciendo una Regencia a cuyo frente colocó a una de sus hijas, la infanta Isabel María. Esta Regencia comenzó a publicar decretos en nombre de don Pedro —el emperador brasileño— y el 16 de abril del mismo año envió a América una comisión para comunicar al emperador los sucesos portugueses y reconocerle de hecho como poseedor de la corona. Don Pedro aprobó lo decidido por la Regencia y la confirmó hasta que se promulgara una nueva Constitu-

ción. Una vez la Constitución en vigor, abdicó la corona portuguesa en su hija María de la Gloria (1819-1853). Don Pedro retuvo la corona imperial y a su hijo primogénito, también llamado don Pedro (1825-1891), para que le sucediera en Brasil.

*Las conspiraciones*

En Portugal estas decisiones produjeron alteraciones inmediatas. Los partidarios del Antiguo Régimen se agruparon en torno a don Miguel. Y de la misma forma que Portugal se había utilizado con frecuencia como base para las conspiraciones liberales contra Fernando VII, España pasó a ser ahora el refugio de los miguelistas o tradicionalistas portugueses. En España don Miguel contaba con el apoyo de su hermana, la infanta María Francisca, precisamente casada con don Carlos María Isidro.

*Don Miguel, rey*

La situación se complicaba más por otra disposición de don Pedro (IV de Portugal y I de Brasil): pues había dispuesto que su hermano don Miguel, cuando cumpliera 26 años, pasara a ser regente de su sobrina María de la Gloria. Tras una serie de fracasadas intentonas de los miguelistas, en octubre de 1827, don Miguel, que había cumplido ya la edad requerida, reclamó legalmente la regencia de Portugal. Austria le dio su apoyo y Gran Bretaña —que había venido sosteniendo a los liberales portugueses— hubo de aceptar la decisión. En febrero de 1828 desembarcó don Miguel en Lisboa y juró la Constitución. Tras exigir la retirada de las tropas británicas que se encontraban en el país desde las guerras napoleónicas, disolvió la Cámara, convocó Cortes al estilo antiguo y fue proclamado rey. La victoria que obtuvo sobre las tropas que desde Coimbra se dirigían a Lisboa para reinstaurar a María de la Gloria y al régimen constitucional pareció indicar que el liberalismo había sido erradicado de Portugal.

*La división de Italia*

Italia había quedado dividida en siete Estados por el Congreso de Viena. Los tres Estados menores eran el gran ducado de Toscana, gobernado por el hermano más joven del emperador Francisco I de Austria, Fernando III de Lorena (1769-1824); el ducado de Módena, confiado a Francisco IV de Austria-Este (1779-1846); y el ducado de Parma, que se entregó a la segunda mujer de Napoleón Bonaparte, la emperatriz María Luisa de Austria (1791-1847), con la obligación de restituirlo a su muerte a los Borbón-Parma, a los que en el *ínterim* se les confió la ex-república de Lucca, convertida en ducado.

*Los grandes Estados de la península*

Los Estados de mayores dimensiones eran cuatro: en primer lugar, los Estados de la Iglesia. Pío VII (1740-1823) y su secretario de Estado, Consalvi (1757-1824), lograron recuperar todas las venerables posesiones. En el sur, Fernando IV de Nápoles y III de Sicilia (1751-1825), una vez restaurado en sus derechos tras la caída de Murat, pasó a llamarse Fernando I de las Dos Sicilias (8-XII-1816). En 1825 le sucedió su hijo Francisco I (1777-1830). Austria agrupó todas sus posesiones italianas —Trento, Lombardía, la ex-república de Venecia y la Valtelina— en el reino lombardo-véneto. Era éste el territorio más industrializado del Imperio y proporcionaba muy buenos ingresos a Viena. Al margen de este reino, Austria retuvo directamente la península de Istria. Por últi-

mo, Victor Manuel I (1759-1824) era el soberano del reino de las Dos Cerdeñas, formado por los territorios continentales de Piamonte y la ex-república de Génova, y la isla mediterránea.

La Restauración de 1815 supuso el fin de los sueños de una Italia unificada. En todos los Estados en que se dividía la península se produjo la plena puesta en vigor del Antiguo Régimen, con todo lo que esto comportaba de restauración de la nobleza y reconocimiento de los privilegios de los eclesiásticos, que así recobraron su influencia —en especial la Compañía de Jesús.

*Masones y carbonarios*

El fracaso generalizado de las sublevaciones liberales de 1820 produjo aún más la consolidación del régimen antiguo. Los conspiradores liberales se refugiaron en las sociedades secretas, en especial en la Carbonería —o Carbonaria—, una organización similar a la masonería pero con un matiz diferencial. Si la masonería agrupó habitualmente —y no sólo en Italia— a los liberales moderados, a los hombres que aspiraban a volver a la situación constitucional de Francia en 1791, los carbonarios se convirtieron en los herederos de los jacobinos de 1793. En la Carbonería calabresa inició sus actividades, después de 1821, Giuseppe Mazzini. En el norte de la península lo correspondiente a la Carbonería fueron otras organizaciones también secretas, como la Adelfia, dirigida por Filippo Buonarroti (1761-1837), el compañero de Gracchus Babeuf (1760-1797) en la conspiración "comunista" de "los iguales", en 1796, contra el Directorio termidoriano.

*El liberalismo y el "Risorgimento"*

La actividad de las organizaciones secretas italianas estuvo más dirigida hacia una extensión del liberalismo que a la lucha directa por la unidad de la península que por el momento no era fácil, en razón de la energía que desplegaba Austria cuyas tropas se habían convertido en la policía de la península. De forma paralela a la propaganda liberal, aunque en un plano distinto, Italia vivió igualmente durante los años veinte bajo el influjo difuso del Iluminismo del XVIII, la versión italiana del Siglo de las Luces y de la Ilustración. Fue en este ambiente donde Alfieri había lanzado el mito ético-político-nacional del *Risorgimento,* concebido como un vasto movimiento de renacimiento cultural. Las tendencias liberales y las *risorgimentales* acabarían por coincidir: no en vano ambas tenían una raíz única. Por el momento lograron la común enemiga del clero y de la aristocracia.

*León XII*

Durante estos años la Iglesia ocupó un puesto central en la reconstrucción europea merced a la actividad de Pío VII y de su Secretario de Estado, el cardenal Ercole Consalvi. Pero Pío VII murió el 20 de agosto de 1823. Los años más directamente inmediatos a la fecha de 1830 estuvieron ocupados por los pontificados de León XII y Pío VIII. León XII —Annibale della Genga, nacido en 1760— fue elegido Papa el 28 de septiembre de 1823. Con anterioridad, tanto bajo Pío VI (1717-1799) como con Pío VII, había desempeñado diversas misiones en la diplomacia pontificia. León XII entendió como posible la restauración general planteada en Viena y procuró secundarla. Y si en el plano estrictamente político logró mantener una digna distancia de las directrices de la política austriaca que, dirigida por Metternich, se esforzaba por afianzar el Antiguo Régimen, en el

orden religioso procuró eliminar las dificultades que se oponían para que la Iglesia recuperara el puesto que, a su entender, debía ocupar dentro del viejo continente. En una encíclica del 5 de mayo de 1824 indicó a todos los obispos que se opusieran a los progresos del indiferentismo —con ese nombre se denonimaba por entonces el proteico movimiento liberal— y a la propaganda de las sociedades bíblicas que ponían en peligro la fe de los católicos sencillos a partir del postulado de la libertad de conciencia. Un año más tarde (13-III-1825) condenaba las sociedades secretas que agitaban toda Europa; y encomendó especialmente al cardenal Rivarola (1758-1842) la lucha contra los carbonarios dentro de los Estados Pontificios.

*Pío VIII*

León XII murió el 10 de febrero de 1829. Tras un cónclave no breve (23-II/31-III) resultó elegido Romano Pontífice el cardenal Francesco Xaverio Castiglioni, de 68 años. Tomó el nombre de Pío VIII. Era un hombre enfermo y avejentado, buen canonista y con una larga experiencia de actividad pastoral por los años que había pasado al frente de diversas diócesis: Montalto, Ascoli, Cesena y Frascati. Su pontificado fue breve —Pío VIII murió el 30 de noviembre de 1830—, pero lleno de acontecimientos de interés. Bajo Pío VIII tuvo lugar la promulgación del *Catholic Emancipation Bill,* que puso fin a la discriminación religiosa contra los católicos en el Reino Unido. El Papa consiguió igualmente que mejoraran las relaciones con el Imperio de Brasil y reconoció como rey de Portugal a don Miguel.

*El conflicto con Prusia*

Quizá uno de los problemas más agudos de su pontificado fue el planteado por Prusia en sus nuevas provincias de Renania y Westfalia en torno al tema de los matrimonios mixtos. En respuesta a las tensiones suscitadas por la autoridad prusiana, Pío VIII redactó el breve *Litteris altero abhinc* (25-III-1830), que sería la doctrina oficial de la Iglesia durante mucho tiempo sobre este tema. Era una cuestión derivada, en última instancia, de una de las distorsiones geográficas que en el mapa europeo había introducido el Congreso de Viena, como ya se apuntó líneas atrás. Aunque la tensión con Prusia no cedió de forma inmediata —por lo contrario, llegaría a agravarse considerablemente—, Gregorio XVI (1765-1846), sucesor de Pío VIII, contó con una sólida base doctrinal para mantenerse firme frente a las presiones prusianas. Por último, fue también Pío VIII el que accedió a que los obispos franceses prestasen juramento de fidelidad al nuevo rey Luis Felipe, una vez que la revolución de 1830 eliminó de Francia a la casa de Borbón. El Papa buscó con esta actitud atenuar en lo posible la fuerte oleada de anticlericalismo que conmovió a Francia al compás de los acontecimientos revolucionarios.

*Cambios y tradición en Gran Bretaña*

No puede hablarse en puridad de una restauración en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, aunque resulte innegable que también se vivió en él el ambiente de la Restauración modificado por la peculiaridad de su evolución política. Esta peculiaridad, que pesará tanto en el desarrollo del siglo XIX en Europa y en América, implica dos características bien determinadas: Gran Bretaña irá siempre como adelantada en lo que se consideran elementos capitales de la nueva sociedad —gobierno representativo, revolución industrial, etc.— y precisamente este adelanto le permitirá una considerable parsi-

monia a la hora de introducir los cambios pertinentes. Gran Bretaña evitará así los bruscos movimientos nerviosos que afectarán a buena parte de los países europeos y americanos.

*La revolución industrial*

En estos años previos a 1830 son dos los temas que retienen especialmente la atención en el Reino Unido. El primero de ellos es el desarrollo de la revolución industrial, en el doble plano de la progresiva apertura hacia el librecambio y el reconocimiento del nuevo grupo social que constituyen los obreros industriales. Es éste un hecho que durante este tiempo se da casi en exclusiva en el Reino Unido. Los países del continente, incluso los que van en cabeza en el impulso de la industria, marchan con un retraso considerable respecto a Gran Bretaña. El otro tema, por lo contrario, es común con el resto de los países europeos: Gran Bretaña abandonará por estos años —aunque sólo gradualmente— la unidad religiosa, pieza clave, como es sabido, del dispositivo de la Restauración.

*La atenuación del mercantilismo*

Como sucesor de Jorge III (1738-1820), Jorge IV (1820-1830) pasó a ser el soberano del Reino Unido, un puesto que venía ya ocupando como regente, dada la incapacidad de su padre. Entre 1824 y 1825, el ministerio *tory* que presidía lord Liverpool (1770-1828) —secundado por Canning (1770-1827) en el *Foreign Office,* Robert Peel (1788-1850) en el *Home Office,* Huskisson (1770-1830) en Comercio, etc.— atenuó considerablemente la rigidez mercantilista de las Actas de Navegación de 1651. Gran Bretaña podría llegar a acuerdos con otras naciones a fin de que sus barcos pudieran atracar en los puertos insulares. Esta medida, unida a la simplificación del régimen aduanero, estuvo orientada tanto a facilitar las exportaciones británicas —desde 1815, sus productos habían invadido el continente— como a asegurar las importaciones de trigo, precisas para una población en rápido crecimiento. No se eliminó por completo la protección de los cereales británicos; pero sería posible la importación a partir del momento que se alcanzaran unos determinados precios en el mercado interior.

*La abolición de la "Combination Act" (1823-1825)*

En estrecha conexión con estas disposiciones, el Parlamento británico decidió en 1823 la abolición de la ley aprobada en 1799 *(Combination Act)* que prohibía a los obreros industriales toda coalición para influir en el nivel de los salarios; es decir, tanto la huelga como la asociación. De inmediato se desencadenaron numerosas huelgas en Gran Bretaña, hasta tal punto que los patronos intentaron conseguir del Parlamento que se diera marcha atrás. Pero los Comunes ratificaron, en 1825, la libertad de coalición. El inicio de una crisis económica (a partir de 1826) llevó a las asociaciones obreras a abandonar la acción exclusivamente económica e intentar una presencia mayor en la política. Pero estas tensiones corresponden ya a la década de los años treinta.

*El problema católico en Irlanda*

La otra gran cuestión —la emancipación católica— tuvo su origen en Irlanda. En esta isla de mayoría católica, los conquistadores ingleses, desde tiempos de Cromwell (1599-1658), habían implantado oficialmente el anglicanismo. Esto se traducía en una situa-

ción de inferioridad de los campesinos irlandeses despojados de sus tierras que encontraban dificultades grandes para vivir su fe. Los irlandeses católicos tuvieron en los años veinte un gran dirigente en Daniel O'Connell (1775-1847), que revitalizó la Asociación católica irlandesa.

*Daniel O'Connell*

A partir de 1826, los votantes católicos dirigidos por O'Connell comenzaron a derrotar en las elecciones a los enemigos de la emancipación religiosa al apoyar a los radicales frente a los anglicanos conservadores, por lo mismo que aquéllos se manifestaban respetuosos —o indiferentes— ante las cuestiones religiosas. La batalla decisiva tuvo lugar entre O'Connell y la Asociación católica y el gobierno *tory* que se formó en 1827 bajo la dirección del duque de Wellington (1769-1852), el vencedor de Napoleón en Waterloo, y Robert Peel. El 21 de marzo de 1828, O'Connell logró que se celebraran 1.500 mitines en un mismo día y presentó al gobierno un millón y medio de firmas que reclamaban el respeto a la religión católica y la concesión de la libertad necesaria para su ejercicio.

*La emancipación*

En junio del mismo año O'Connell se presentó a una elección parcial y logró una victoria rotunda sobre su adversario. Como católico no podía ser elegido; pero el gobierno entendió la advertencia. Aunque los católicos no pudieran llegar al Parlamento —por su misma condición de católicos—, sí podían conseguir que accedieran a él de 50 a 60 radicales; lo cual era enteramente contrario a las conveniencias de los *tories*. Wellington pensó que era mejor entenderse directamente con los católicos y arrancó a Jorge IV la concesión de que los católicos pudieran ser elegidos y admitidos a todos los cargos públicos, a excepción de algunos muy determinados que les habrían de permanecer vedados hasta bien entrado el siglo XX. Esto ocurrió el 13 de abril de 1829. La decisión de Wellington no fue un acto de altruismo, sino un expediente de política práctica. Es posible que de algún modo percibiera que el choque fundamental no era entre católicos y no católicos, sino entre irlandeses dominados e ingleses dominadores; y que, igualmente, tuviera presente la posibilidad de una alianza, que ya había comenzado a cuajar, entre los irlandeses despojados de todo tipo de derechos y los radicales —el equivalente a los liberales extremos del continente— contra la *élite* moderadamente liberal que ocupaba el Poder. Esta opción de los políticos británicos abrió la era de reformas que ocuparía las dos décadas siguientes, y contribuyó a la vigorización de la nación que alcanzaría una alta cota en los años victorianos.

*El reino de los Países Bajos*

De manera diferente evolucionaron las cosas en el país continental que, por esos mismos años veinte, más semejanza tuvo con el Reino Unido: el reino de los Países Bajos. La unión entre los antiguos Países Bajos autriacos y el principado de Lieja con las Provincias Unidas del norte fue establecida en el primer tratado de París (1814) y ratificada por el Congreso de Viena (1815). El nuevo reino fue entregado a Guillermo I (1772-1843), hijo mayor del último estatúder de las Provincias Unidas, Guillermo V, y supuso la reconstrucción de las Diecisiete Provincias tal como habían estado bajo el emperador Carlos V, a mediados del siglo XVI. En el momento de la nueva unión, la zona sur

—Bélgica— tenía unos 3,5 millones de habitantes, mientras que el norte no llegaba a dos millones. El reino de los Países Bajos pasó a regirse por la nueva ley fundamental aprobada —bajo la presión de Guillermo I— en 1815. Quedaban asegurados los poderes esenciales del rey; los ministros eran simplemente los ejecutores de sus órdenes y por eso fueron proclamados irresponsables. La ley fundamental contempló también la creación de una Cámara única —Estados Generales—, constituida mediante sufragio censitario.

*Los agraviados por Guillermo I*

Guillermo I unía a unas excelentes cualidades como financiero y administrador, una carencia casi total de las condiciones mínimas de un hombre de Estado. Y si logró el bienestar económico general de su reino —mediante un vigoroso desarrollo industrial del sur, combinado con el comercio del norte y la utilización adecuada de su rico Imperio colonial—, tuvo que enfrentarse desde el primer momento con la oposición sistemática de sus súbditos católicos belgas, en razón de los agravios que acumuló sobre ellos. Pero Guillermo I fue a la vez un "déspota ilustrado". Y ejerció con energía la prerrogativa regia: una actitud que suscitó igualmente en el sur la oposición sistemática de los grupos liberales.

*La alianza entre católicos y liberales belgas*

El punto de partida del enfrentamiento serio con los católicos fue la decisión de Guillermo I de dotar a Bélgica de una amplia organización de enseñanza primaria, secundaria y universitaria; pero toda ella sobre la base del laicismo y la neutralidad, a la vez que se impedía por todos los medios la enseñanza confesional católica. El monarca llegó incluso a crear en Lovaina un colegio filosófico, como único centro de obligada asistencia para la formación de los futuros sacerdotes belgas. La oposición a los proyectos de Guillermo I produjo que, en 1825, uno de los más destacados líderes católicos belgas, Etienne Constantin barón de Gerlache (1785-1871) propusiera una alianza a los liberales en contra de los neerlandeses. Aunque Guillermo I pareció ceder —llegó incluso a firmar un Concordato con Roma (18-VI-1827)— su sistemática actitud de menosprecio de los belgas hizo que cuajara la táctica unionista entre católicos y liberales. Durante los quince años en los que el reino permaneció unido, de un total de 2.755 cargos de relieve, sólo 472 fueron confiados a belgas (17,1 %) frente a los 2.283 entregados a neerlandeses (82,8 %). En última instancia, Guillermo I pretendía la absorción total de Bélgica, lengua y religión incluidas, en sus Estados del norte. El paso final para la unión de católicos y liberales vino motivado por la negativa del monarca a permitir una libertad de prensa que, sin embargo, era reconocida por la ley fundamental. El dirigente liberal belga, Paul Devaux (1801-1880), aceptó (21-III-1827) la mano que, en nombre de los católicos, le había tendido el barón de Gerlache.

*El "unionismo"*

Se ha escrito mucho sobre el sentido de esta unión. Hoy parece fuera de duda que el "unionismo" de los católicos belgas nada debe al influjo de Lamennais. Más bien fue Lamennais el que llegó a la formulación extremada de lo que sería el catolicismo liberal, tras el conocimiento de la táctica política que los católicos seguían en Bélgica. Pero hay otro matiz diferencial, al margen del cronológico. Lo que en Lamennais llegó a conver-

tirse en un fin —la aceptación de los principios liberales, como condición para vigorizar la vida de la Iglesia— no pasó de ser un puro medio operativo, una táctica en los católicos belgas. Su unión con los liberales fue exclusivamente con vistas a sacudirse el despotismo de Guillermo I. Y nada más. Si estaban dispuestos a luchar por las distintas libertades que el monarca les impedía vivir, no significó esto que admitieran como un bien la libertad de conciencia sobre la que se edificaba el liberalismo.

*La reacción de Guillermo I*

El ejercicio sistemático —y constitucional— del derecho de petición a que se entregaron católicos y liberales a partir de su unión, produjo inicialmente la sorpresa y el desconcierto de Guillermo I. Pareció que cedía ante algunas de las reclamaciones. Pero el mensaje que dirigió a los Estados Generales (11-XII-1829) puso de nuevo de manifiesto su decisión de resistir a las reclamaciones de sus súbditos. La agitación se incrementó en Bélgica. La única solución hubiera podido ser la separación administrativa del norte y del sur del reino, bajo una única corona. Pero Guillermo I ni pensó en esta posibilidad. Frente a la flexibilidad con que Wellington habia tratado el problema relativamente similar planteado por los católicos irlandeses, Guillermo I decretó la destitución de centenares de funcionarios belgas que se habian negado a adherirse al mensaje a los Estados Generales, e incrementó el control sobre la prensa. Al iniciarse la primavera de 1830, los diplomáticos acreditados en el reino de los Países Bajos coincidian en el anuncio de la catástrofe que amenazaba al Estado.

*Rusia, Prusia y Austria*

En el Este europeo, estos años anteriores a 1830 fueron notablemente más sosegados. Rusia habia superado la revolución decembrista (1825). La Confederación Germánica *(Bund)* desarrollaba unas débiles actividades bajo el control celoso de Austria y Prusia. Los únicos puntos de peligro provenian de las Universidades y de las asociaciones universitarias que se habían agrupado en una sola *(Burchenschaft)* pocos años antes, y que se encontraba ahora reducida a la clandestinidad desde donde seguia desarrollando una acción en defensa de la conciencia unitaria alemana.

Esta fue la situación general europea que, a partir de julio de 1830, recibió el impacto del conjunto de movimientos revolucionarios que lograron poner fin al Antiguo Régimen, al menos en algunos países occidentales del viejo continente: Francia, España, Portugal, Bélgica...

## 2. La revolución de julio en Francia

*El enfrentamiento de Carlos X y la Cámara*

En marzo de 1830, al inaugurarse en París las sesiones de las Cámaras, Carlos X pronunció el habitual discurso de la Corona. En él, y junto al anuncio oficial de la expedición a Argel, dijo lo siguiente: "Si maniobras culpables colocaran en el camino de mi gobierno obstáculos que prefiero no imaginar, encontraré la fuerza para superarlos en mi resolución de mantener el orden público, afirmándome en la confianza y el amor que

los franceses han demostrado siempre hacia su rey". Pocos días después, el 16 del mismo mes, la Cámara de los diputados aprobó —221 votos a favor, 182 en contra— la respuesta al mensaje regio que decía en su pasaje esencial: "La Carta confirma el derecho de la participación del país en la discusión del bienestar del pueblo. El que las opiniones políticas de vuestro gobierno y los deseos de vuestros súbditos sean unos, constituye, según la Carta, la condición necesaria de la dirección adecuada de los asuntos públicos. Nuestra lealtad, Sire, y nuestra devoción nos obliga a deciros que esta unidad no existe". Se abrió así la crisis decisiva para la perduración de la Restauración en Francia. No se trataba de un simple conflicto entre liberales y reaccionarios, sino del enfrentamiento entre una burguesía —que se sabía poderosa y reclamaba una participación más activa en la transformación del país— y los defensores del sistema distinto conocido desde 1790 como Antiguo Régimen. Los inductores de la respuesta de la Cámara al mensaje de Carlos X —Royer-Collard (1763-1845), Guizot (1787-1874), Talleyrand (1754-

**Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838).** *Este es el señor de Talleyrand. Si habitualmente los apuntes biográficos requieren algunas precisiones, en este caso bastan las fechas desnudas, los hechos escuetos. Estudió —al parecer, sin vocación— en el seminario de Saint-Sulpice. En 1775, ordenado sacerdote, recibió gracias a las influencias familiares la abadía de Saint-Denis. En 1780 fue agente general del clero de Francia. En 1789, obispo de Autun. Ya era por entonces limosnero de Luis XVI. El mismo año fue elegido diputado para los Estados Generales. Se unió a Mirabeau. Pidió —y consiguió— la nacionalización de los bienes de la Iglesia. Aceptó, con otros tres obispos, la Constitución civil del clero, y consagró a los nuevos obispos de la cismática iglesia constitucional. Condenado por Pío VI, renunció a la diócesis de Autun (I-1791) y a partir de esa fecha vivió secularizado. Formó parte de la embajada francesa en Londres. En 1792, cuando comenzó a ennegrecerse la situación, emigró a Gran Bretaña. Expulsado de las islas, se estableció en los Estados Unidos. Se le permitió volver a Francia en 1796. Fue ministro de Asuntos Exteriores con el Directorio. Fue ministro de Asuntos Exteriores con el cónsul Bonaparte y con Napoleón I. En 1802 Pío VII le levantó la excomunión. En 1814 abandonó al emperador. El consejo de Talleyrand hizo que los Borbones fueran restaurados en Francia en 1814. Ese mismo año fue jefe del gobierno provisional y —una vez más— ministro de Asuntos Exteriores: su intervención en el Congreso de Viena fue decisiva para la salvaguarda de los intereses nacionales franceses. Con la segunda Restauración, después de los Cien Días, presidió el primer ministerio de Luis XVIII. Y de nuevo fue decisiva su intervención para colocar en el trono francés, en 1830, a Luis Felipe de Orleans, que le confió uno de los puestos más delicados del momento: la embajada de Londres. Allí estuvo hasta 1834. Ese año se retiró de la política. Poco después se reconcilió con la Iglesia y en su lecho de muerte fue atendido por un joven sacerdote —*l'abbé *Dupanloup— que años después sería el famoso obispo de Orleans. Cuando alguien intentó reprocharle estos cambios de actitud, Talleyrand respondió: "¡Oh, yo no he cambiado! La que ha cambiado es Francia". Esta vida es un buen resumen de la profunda agitación que introdujo en los espíritus y en los comportamientos el fenómeno revolucionario.* (Giraudon. París.)



1838), Mignet (1796-1884), Thiers (1797-1877)...— no querían la revolución, pero comenzaron a hablar de la conveniencia de cambiar de rey, de forma similar a como Gran Bretaña había sustituido en 1688 a los Estuardo por los Orange.

*La disolución de la Cámara*

La réplica del rey al desafío de la Cámara fue inmediata: cambió el gobierno. Pero en el sentido de mantener al frente de él al príncipe de Polignac, eliminar a los ministros más moderados y sustituirlos por realistas aún más ardientes. Después disolvió la Cámara y convocó nuevas elecciones (23-VI: en las circunscripciones; 3-VII: en los departamentos). Confiaba en que se lograse una mayoría favorable al ministerio gracias al prestigio que redundaría de la expedición militar a Argel y, por supuesto, a las manipulaciones de los resultados por las autoridades civiles.

Las oposiciones —pues eran varios los grupos distintos que discrepaban de los métodos de Carlos X y de su gobierno— se entregaron a una campaña electoral vigorosa, en la que destacó Thiers y su periódico *Le National,* fundado en enero de ese mismo año 30. El objetivo que se asignaron los opositores fue lograr que salieran de nuevo elegidos los mismos que habían redactado el escrito de protesta que había desencadenado la crisis.

*Los resultados electorales*

El resultado de las elecciones del 26 de junio fue netamente favorable a las oposiciones, que lograron en conjunto 274 escaños, frente a los 143 conseguidos por los ultras. La campaña electoral había permitido diferenciar y conocer a cuantos se oponían al gobierno: en las oposiciones se encontraban jóvenes republicanos, nostálgicos bonapartistas, bonapartistas puros, y sobre todo el nuevo grupo que, desde 1826, había venido cristalizando en torno a Luis Felipe de Orleans, y en el que se integraban liberales moderados como Dupin (1783-1865), Sebastiani (1772-1851), Constant (1767-1830), Talleyrand, etc.

*Luis Felipe de Orleans*

Luis Felipe (1773-1850) era hijo del duque de Orleans, Philippe *Egalité,* uno de los regicidas que en 1792 habían votado la muerte de Luis XVI. Luis Felipe formó en su juventud entre los jacobinos y posteriormente siguió la carrera militar, donde alcanzó el grado de mariscal. Pero las intrigas políticas de su padre durante los años de la República acabaron por obligarle al exilio —Alemania, Escandinavia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Sicilia— y sólo pudo volver a su país con la restauración de los Borbones, en 1814. Recuperados los muy considerables bienes familiares, se dedicó a los negocios y —apartado de la Corte— trabó contacto con políticos, financieros y militares de ideas liberales, hasta el punto de convertirse en la esperanza de la burguesía deseosa de un cambio de monarca y de un mínimo cambio de régimen político.

*El golpe de Estado del rey*

Conocidos los resultados electorales, a Carlos X se le presentó una doble opción: o aceptar la nueva composición de la Cámara y gobernar con ella, o disolverla de nuevo. La segunda posibilidad suponía el golpe de Estado dado por el mismo rey. Carlos X se decidió por esta solución. En el rey y en su gobierno pesaba el recuerdo de lo que había sucedido a Luis XVI por acceder a las presiones de los liberales constitucionales.

Se quiso enmascarar el golpe de Estado con el artículo 14 de la Carta que concedía al rey el poder otorgar las ordenanzas y reglamentos necesarios para el cumplimiento de las leyes. Pero el artículo en cuestión se refería sólo a la puesta en práctica de leyes ya aprobadas, y no a nuevas leyes o a las modificaciones introducidas en las antiguas. En cualquier caso fue al amparo del artículo 14 de la Carta como se publicaron en *Le Moniteur,* el lunes 25 de julio de 1830, las cuatro ordenanzas que desencadenaron el proceso revolucionario.

*Las ordenanzas*

Por la primera de ellas quedaba disuelta la Cámara recién elegida, antes de que hubiera tenido oportunidad de reunirse. La segunda era una nueva ley electoral: al desaparecer un impuesto creado por el Directorio —la patente—, comerciantes e industriales, potenciales enemigos del régimen, resultaban privados de la condición de electores y elegibles. El derecho al voto quedaba restringido a los grandes propietarios. Las listas de los votantes se publicarían sólo cinco días antes de las elecciones: no se daba tiempo para posibles reclamaciones ante los tribunales. Se reducía el número de los diputados. Y, finalmente, se abolía la ley Villèle que había fijado en siete años el mandato de los diputados; quedaba reducido sólo a cinco. La tercera ordenanza fijó la fecha de las nuevas elecciones. Pero fue la cuarta de las ordenanzas firmadas por Carlos X la que produjo una agitación mayor y dio paso a las jornadas revolucionarias.

*La censura de prensa*

Por esta cuarta ordenanza se restablecía la censura de prensa. Cualquier periódico que se quisiera fundar precisaría de una autorización expresa, autorización que debería renovarse cada tres meses. Pero quizá lo más grave fueron las sanciones previstas contra los infractores. En leyes y reglamentos anteriores se indicaban multas o penas de prisión que afectaban únicamente a los autores de los artículos que se consideraban castigables. En la ordenanza de 1830 se estableció que, en caso de ser vulneradas las disposiciones de la ley de prensa, serían selladas —o incluso rotas— las máquinas empleadas para la impresión. Esto suponía condenar al paro —y al hambre— a los obreros y a los dueños de las imprentas, ajenos al delito que se castigaba. Hay que tener en cuenta que la censura no sólo se refería a la prensa, sino también a los libros y folletos de menos de 320 páginas.

*La reacción de los tipógrafos*

El problema que esta cuarta ordenanza planteó de inmediato a la oposición fue dónde imprimir los periódicos desde los que habían venido combatiendo tan activamente al régimen de Carlos X. Intentar someterlos a la censura suponía arriesgarse a que no se publicaran. ¿Publicarlos sin autorización? La respuesta de los propietarios de imprentas fue inmediata y negativa ante esta posibilidad: cerraron voluntariamente sus establecimientos. También protestaron los periodistas. Thiers encabezó una virulenta reclamación firmada por 44 redactores de periódicos. Pero ni las oposiciones ni los periodistas desencadenaron el movimiento revolucionario: éste vino producido por los tipógrafos, en paro forzoso, que se lanzaron a la calle dando gritos en defensa de sus puestos de trabajo y a los que se les sumaron personas de toda condición. La revolución violenta en Francia nadie la quería; y nadie la empezó conscientemente.

*El inicio de la revolución*

Ante la noticia de que el mariscal Marmont (1774-1852) había sacado las tropas de los cuarteles, comenzaron a levantarse barricadas en las calles de París en las que confraternizaron —ya en la mañana del miércoles 27 de julio— artesanos, obreros de los barrios de Saint-Marceau y Saint-Antoine, pequeños comerciantes y los alumnos de la Escuela Politécnica, que fueron acogidos jubilosamente por los sublevados. En la noche del 27 los republicanos empezaron a dar al motín un sentido antidinástico: comenzaba a cuajar la revolución.

*Las tres gloriosas*

El 28 ya se luchó en las calles en medio de un considerable desorden. Marmont realizó una defensa detestable y no logró impedir que los insurgentes se apoderaran del Ayuntamiento y de otros edificios públicos. El 29 se tomaron las Tullerías. Antes había sido también ocupado el Louvre. Carlos X había salido de París el día 26, para cazar en Saint-Cloud. Interpretó las primeras noticias como un simple motín sin importancia. Cuando supo de la toma del Louvre, desde Rambouillet envió emisarios a París para anunciar que retiraba las ordenanzas. Pero ya era tarde. En la capital francesa, y en el curso de las tres jornadas gloriosas (27, 28 y 29 de julio) se habían producido mil muertos y más de cinco mil heridos, sumadas las víctimas de los sublevados y las que tuvo el ejército. Pero la consecuencia más importante es que el Poder había quedado en la calle. No había existido ningún plan previo a las protestas de los tipógrafos y al posterior levantamiento popular.

*El miedo al Terror*

Calmada la lucha callejera quedaron en París dos centros de Poder: el marqués de La Fayette (1757-1834), el viejo revolucionario liberal, se encontraba en el Ayuntamiento. Había sido colocado al frente de la Guardia Nacional y parecía inclinarse por la proclamación de la República. Frente a este núcleo popular se había constituido una comisión municipal, integrada por diputados liberales, y que se encontraba reunida en casa del banquero Laffitte. De esta comisión formaban parte Thiers y Mignet. Fue precisamente Thiers el que redactó un cartel (que apareció sin firma) y que cubrió los muros de la ciudad el mismo día 30. En él se lanzaba la candidatura del duque de Orleans y se aseguraba que el duque estaba dispuesto a respetar la Carta y a recibir la corona del pueblo. Lo decisivo era evitar en aquel momento difícil que la situación derivase hacia la República: para la mayoría este régimen seguía siendo sinónimo del Terror.

Todo el problema se centró así en conseguir la adhesión de La Fayette a la solución de Thiers. Cuando esta adhesión se produjo, la situación se consideró resuelta. Sin luchas internas, marginados los republicanos y los bonapartistas que eran los mayoritarios, el partido orleanista —es decir, la burguesía liberal moderada— logró imponer su candidato ante el temor de las clases medias parisinas al desorden y al riesgo que podría comportar la proclamación de la República.

*Luis Felipe I, rey de los franceses*

Luis Felipe de inmediato fue nombrado lugarteniente del reino y dirigió una carta a Carlos X en la que le decía que sólo aceptaba "el Poder de manera temporal y en interés de la casa de Borbón". La contestación del monarca fue abdicar (3-VIII) en su nieto, el duque de Burdeos (el futuro Enrique V, 1820-1883), nombrar a Luis Felipe regente y

embarcarse para Inglaterra. Ese mismo 3 de agosto se reunió la Cámara de diputados (la que había sido disuelta por una de las ordenanzas) junto con una minoría de la Cámara de los Pares, y fue aprobada la revisión en sentido liberal de la Carta de 1814; una revisión hecha apresuradamente por Guizot y el duque de Broglie. Cuatro días más tarde (7-VIII) el duque de Orleans fue llamado al trono en virtud de la soberanía nacional y proclamado "rey de los franceses". Cuando el día 9 Luis Felipe I juró su cargo se pudo considerar que en Francia había muerto el Antiguo Régimen. El 11 de agosto el nuevo rey formó su primer ministerio. Se integraron en él hombres como el banquero Jacques Laffitte —encargado de presidirlo— y Dupont de l'Eure, partidarios de proseguir las reformas, junto con otros como Guizot o Casimir Périer, deseosos ante todo de que se mantuviera el orden.

*La débil reacción internacional*

En el plano internacional la única reacción fue la del zar Nicolás I: su ofrecimiento de intervenir en defensa de los derechos de Carlos X resultó colapsado por el reconocimiento inmediato del nuevo monarca por Gran Bretaña. La revolución se había transformado en una victoria de la burguesía parisina que, una vez más, había dictado su voluntad a toda Francia, a la vez que había derrotado tanto a los ultras como a los republicanos. Con su victoria había logrado la implantación de una monarquía moderada que debía el trono a la soberanía nacional: Luis Felipe no sería rey de Francia, sino rey de los franceses. Y las leves modificaciones introducidas en la Carta de 1814 aseguraban la consolidación de las libertades individuales y parlamentarias. Francia, mediante la revolución de 1830, se lograba colocar de nuevo en la situación de 1791.

## 3. La independencia y la Constitución belgas

*La revolución, en Bruselas*

Apenas consolidada la nueva monarquía francesa surgida de las tres jornadas gloriosas de julio, el 25 de agosto de 1830 se produjo un nuevo brote revolucionario en Europa. A lo largo de todo ese año la situación de tensión, producida en las provincias del sur por el discurso ante los Estados Generales de Guillermo I de los Países Bajos, se había ido agravando. Como había pasado en París en julio, un incidente casi anecdótico —el entusiasmo producido por la representación de la obra de Auber (1782-1871), *La muette de Portici*— provocó unos graves incidentes en Bruselas que sólo terminarían con la proclamación de la independencia de Bélgica.

Los días finales de agosto y primeros de septiembre fueron de lucha en las calles de Bruselas. La burguesía belga se armó a fin de asegurar el orden. Por las calles de la capital pudieron verse agentes franceses que enarbolaban la bandera tricolor que, con la proclamación de Luis Felipe, había sustituido en Francia a la bandera blanca de los Borbones. Católicos y liberales belgas tuvieron ocasión de reafirmar su alianza pues hubieron de enfrentarse a las tropas enviadas por Guillermo I para dominar a los rebeldes. Estas tropas, mandadas por el príncipe heredero, encontraron ya a toda Bélgica en armas. El 26 de septiembre los neerlandeses tuvieron que abandonar Bruselas. Un gobierno provisional proclamó la independencia de Bélgica.

*Las complicaciones internacionales*

Guillermo I solicitó la ayuda de las potencias absolutistas del este de Europa. Austria no pudo hacer nada pues se encontraba en esos momentos retenida por brotes de revoluciones liberales en Italia. Pero accedió a que Prusia y Rusia intervinieran en defensa de Guillermo I. La oposición inmediata de Gran Bretaña y Francia a toda posible intervención militar hizo que Prusia se retrajese. Sólo quedó Nicolás I de Rusia junto a Guillermo. El zar comenzó a formar un ejército en Polonia. Pero en el seno de ese mismo ejército se produjo (29-XI-1830) una grave insurrección que obligó a los rusos a retirarse temporalmente de Polonia.

Los belgas, por su parte, llegaron a proponer su vinculación a Francia. Pero Gran Bretaña no estaba dispuesta a que se produjera esa anexión. En esta tesitura, Palmerston, encargado del *Foreign Office,* sugirió la posibilidad de celebrar una conferencia de embajadores de las grandes potencias en Londres para encontrar una salida a la situación planteada por la insurrección revolucionaria de los belgas. La conferencia —a la que asistieron los embajadores de Francia, Austria, Prusia y Rusia, además del mismo Palmerston— decidió el 20 de diciembre de 1830 un armisticio entre belgas y neerlandeses y el reconocimiento de la independencia de Bélgica unida a la declaración de neutralidad perpetua del nuevo país.

*La redacción de la Constitución*

Pudo así convocarse en Bélgica un Congreso Nacional con objeto de redactar la Constitución. Católicos y liberales belgas permanecieron unidos y se llegó (7-II-1831) a la aprobación de la nueva ley fundamental. La Constitución belga proclamó al país como una monarquía parlamentaria. Existirían dos Cámaras, cuyos componentes serían elegidos por sufragio censitario muy reducido. La Iglesia —que conservaba sus privilegios tradicionales— era separada del Estado. El único punto en que resultaron enfrentados católicos y liberales fue respecto a la orientación de la enseñanza. Lo cual no impidió que la alianza que les había dado la independencia se conservara —bajo la forma de gobierno de coalición— hasta 1847.

*La situación de la Iglesia*

La Constitución de 1831 acogió todas las reclamaciones que durante años los católicos habían hecho frente al despotismo ilustrado de Guillermo I. La Iglesia recibió plena libertad para organizar su culto y su enseñanza, y para que se establecieran en Bélgica las distintas congregaciones religiosas. Los obispos serían nombrados directamente por el Papa sin intervención de la autoridad civil y se les reconocía la libertad de comunicar directamente con Roma, sin ningún tipo de *placet.* También los protestantes se beneficiaron de estas medidas liberales.

*Monseñor Sterckx*

En Roma, el contenido de la nueva Constitución belga produjo no pocas dudas. A Gregorio XVI, que acababa de ser elegido Papa tras la muerte de Pío VIII, tanto liberalismo le pareció sospechoso. Los belgas ni siquiera querían que se nombrara un nuncio, pues el Poder civil renunciaba a toda injerencia en los asuntos eclesiásticos. Afortunadamente los católicos belgas encontraron en esos momentos un dirigente hábil e inteligente en la persona de Engelbert Sterckx (que en 1832 sería nombrado arzobispo de Malinas). Mons. Sterckx (1792-1867) se encargó de demostrar que la Constitución no

implicaba una ruptura total de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya que éste se manifestaba dispuesto a mantener los subsidios: la nueva ley fundamental dejaba un amplio campo para que se mantuviera una *entente cordiale* entre ambos poderes. Para Sterckx la Constitución era la posibilidad de compatibilizar una apertura de espíritu que simpatizaba con las aspiraciones de su tiempo y una lealtad incondicionada hacia la fe católica.

*Consecuencias del nuevo planteamiento*

De hecho la entrada en vigor de la nueva Constitución belga supuso un resurgir de la Iglesia en el país. Creció el número de religiosas. Los jesuitas pudieron crear colegios. La jerarquía se esforzó por poner en marcha una enseñanza de calidad en los niveles primario, secundario e incluso universitario. En 1834 se fundó la Universidad de Malinas que, un año más tarde, fue trasladada a Lovaina. Pero nada de esto pudo eliminar el equívoco profundo que implicaba el planteamiento del unionismo y del que tanto católicos como liberales belgas eran plenamente conscientes. Si para éstos la libertad era, esencialmente libertad individual que llevaba consigo de forma inevitable —mejor aún, querida— la potenciación del Poder central, la libertad para los católicos era ante todo libertad de las asociaciones naturales con la correspondiente debilidad del Estado. Pero todas estas cuestiones sólo se presentarían con toda su fuerza algunos años después. Por el momento se mantenía el entusiasmo del triunfo y, además, había llegado el momento de escoger un rey para la nueva nación.

*La búsqueda de un rey*

En un primer momento la corona fue ofrecida al duque de Nemours (1814-1896), hijo de Luis Felipe I. Gran Bretaña se negó a admitir ni siquiera la posibilidad de que Francia y Bélgica quedaran bajo la misma dinastía. Una de las razones de la prontitud con que el Reino Unido había apoyado la independencia de Bélgica era lo muy conveniente que a los intereses comerciales británicos resultaba que el gran puerto de Amberes, en las bocas del Escalda, no estuviera conectado con el gran Imperio colonial de los Paises Bajos: no se deseaba un gran puerto continental que pudiera hacer sombra al de Londres. Desde esta perspectiva, Gran Bretaña no estaba dispuesta ahora a que Amberes cayera bajo el control francés.

Rechazado el duque de Nemours, el siguiente candidato sí fue ya del agrado de Gran Bretaña. Se trataba del príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha. A pesar de su origen germánico, era súbdito británico pues había estado casado con Carlota Augusta (1796-1817), princesa de Gales, hija única del por entonces monarca británico, Jorge IV. Carlota Augusta había muerto en 1817. La candidatura de Leopoldo fue aceptada por Gran Bretaña el 4 de junio de 1831 y un mes más tarde (4-VII) fue proclamado rey de Bélgica. El nuevo monarca equilibró la situación internacional mediante su segundo matrimonio con una hija de Luis Felipe, la princesa María Luisa de Orleans.

*Las primeras elecciones y la nueva intervención neerlandesa*

El 26 de julio Leopoldo I (1790-1865) convocó elecciones que tuvieron lugar el 29 de agosto. La designación de los 102 diputados y 51 senadores resultó una victoria de los unionistas: la coalición electoral de católicos y liberales. Los partidarios de la casa de Orange resultaron derrotados incluso en Gante, ciudad en la que tenían fuerte arraigo. De modo casi simultáneo a la convocatoria de estas primeras elecciones, Guillermo I

invadió de nuevo Bélgica a cuyo ejército venció en la llamada campaña de los diez dias: del 2 al 12 de agosto de 1831. Ante la gravedad de la situación, la conferencia de Londres –formada por los representantes de Gran Bretaña, Francia, Austria, Prusia y Rusia– autorizó la entrada del ejército francés en Bélgica, a la vez que se movilizó también la escuadra británica. La intervención aliada obligó a replegarse al ejército neerlandés que sin embargo, por el momento, continuó reteniendo Amberes.

*Los tratados*

Los problemas no acabaron aquí. Expulsados los neerlandeses, fue entonces el ejército francés el que mostró una cierta inercia para abandonar el territorio belga, lo que hizo precisa una enérgica intervención de Palmerston. Si el 26 de junio de ese año 31 el tratado de los 18 artículos habia fijado los limites territoriales de Bélgica, con la aquiescencia de las grandes potencias europeas, un nuevo tratado (15-XI-1831) reconoció a Bélgica como miembro del sistema estatal europeo. La ratificación de este segundo tratado no concluyó hasta mayo de 1832. Se incluia en él la cuestión importante de la distribución de la deuda pública belga. Este fue el llamado tratado de los 24 artículos. Guillermo I de los Países Bajos se negó a aceptarlo, pero accedió a evacuar Amberes. Los neerlandeses no reconocieron oficialmente la independencia de Bélgica hasta 1839.

*La burguesía en el Poder*

El proceso revolucionario belga que condujo al nacimiento de una nueva nación guarda muchos puntos de semejanza con los acontecimientos franceses que supusieron un cambio de dinastía. En ambos casos marcó el final del Antiguo Régimen, por cuanto supuso que el Poder político no quedaba reservado tan sólo al rey y a los grandes propietarios territoriales: se extendió a toda la burguesía o clase media. La participación del pueblo en estos acontecimientos fue relativamente importante, por cuanto actuó en ambos casos como masa de maniobra. Pero los beneficios de estos dos hechos revolucionarios fueron en exclusiva para la burguesía. Las clases medias se instalaron en el Poder e incluso crearon una defensa –la Guardia Nacional– frente a sus aliados circunstanciales, como garantia del mantenimiento del orden y de la propiedad.

## 4. La revolución en Polonia

*El reino de Polonia*

En Viena, en 1815, se decidió que con lo que quedaba de Polonia, deducidos los territorios que se habían incorporado Prusia y Austria y la ciudad libre de Cracovia, se formaría un reino independiente cuyo soberano sería el zar de Rusia, Alejandro I (1777-1825). Se dio al nuevo reino una Constitución y se le dotó de una administración separada de la rusa. El Poder legislativo se entregó, de manera conjunta, al rey y a una Dieta formada por dos Cámaras: el Senado, de nombramiento real, y la Cámara de Diputados, elegidos entre la nobleza territorial y la burguesía. El régimen constitucional polaco se demostró inviable; más aún cuando en 1825 Nicolás I (1796-1855) heredó de su hermano Alejandro las coronas rusa y polaca. Partidario decidido de la autocracia, se avi-

no mal con los leves frenos que le imponía la Constitución polaca y peor aún con el patriotismo de sus súbditos, decididos a reclamar a Rusia las provincias orientales —Lituania, Podolia, Volinia y Bielorrusia— de las que se habían ido posesionando a través de los distintos repartos del territorio polaco.

*La oposición a Rusia*

El gobierno directo de Polonia quedó confiado, en calidad de virrey, al gran duque Constantino (1779-1831) —hermano de Alejandro y Nicolás—, que era también comandante supremo del ejército de Polonia. Con ayuda de su ministro Lubecky, Constantino logró recuperar para Polonia la prosperidad material. Pero no pudo impedir que el patriotismo polaco siguiera en su actitud de cerrado rechazo del dominio que, *de facto,* ejercían los rusos. La oposición se centró en la Dieta, por un lado, y por otro —de forma similar a lo que venía sucediendo en otros países europeos— en las numerosas sociedades secretas —la Sociedad Patriótica; la Filaretes; la Unión de Insignias, integrada sobre todo por militares; los estudiantes; etc.— en que se refugiaron los patriotas polacos que querían libertad y liberalismo.

*La revolución: los "blancos" y los "rojos"*

Desde 1826 se comenzó a preparar metódicamente el alzamiento. La revolución francesa de 1830 lo precipitó; pero lo determinante fue la decisión de Nicolás I de organizar un ejército en Polonia para acudir en ayuda de Guillermo I de los Países Bajos: se entendió que esto violaba los acuerdos de Viena y que, por tanto, la sublevación era legítima. El 29 de noviembre de 1830 se produjo la insurrección, que tuvo su origen en la Academia de Cadetes de Varsovia. Los sublevados se apoderaron de la capital y expulsaron al virrey que se retiró, sin lucha, con sus tropas. E inmediatamente se dividieron. Por un lado, los "blancos" —Chlopicki, Radzivill (1778-1850), Czartoriski (1770-1861), etc.— que lograron dominar el gobierno. Por otro, los "rojos", que se hicieron con la mayoría en la Dieta. Los primeros no querían el enfrentamiento con el rey. Sólo deseaban garantías de que la Constitución sería honestamente aplicada. Eran liberales moderados, en todo semejantes a los que se habían impuesto en Francia o a los que acababan de conseguir la independencia de Bélgica. Los "rojos", por lo contrario, querían la independencia total.

*La invasión rusa de Polonia*

El 25 de enero de 1831 la Dieta se impuso sobre el gobierno: declaró destronado a Nicolás I y proclamó dictador —en un intento de conciliación con los "blancos"— al general Chlopicki. Y si esta decisión fue acompañada por la sublevación antirrusa de las provincias orientales, vino también a coincidir igualmente con el inicio de la reacción del zar. Un ejército ruso, a cuyo frente iba el general Paskevich (1782-1856), invadió Polonia. La inferioridad militar de los sublevados era notoria. Ante la situación grave reclamaron el apoyo de las potencias occidentales. Pero no recibieron ninguna ayuda: al margen de la general corriente de simpatía hacia los polacos, Gran Bretaña se declaró neutral y Francia también se inhibió, ante el temor de un enfrentamiento simultáneo con las llamadas "potencias del Norte": Rusia, Prusia y Austria. De hecho, el gobierno prusiano se había incautado de los depósitos de la Banca de Varsovia en Berlín y había

confiscado los bienes de los nobles polacos que luchaban contra Rusia. Con los rusos avanzando sobre Varsovia, los polacos se dividieron aún más: los "rojos" organizaron una verdadera matanza de "blancos".

*"La paz reina en Varsovia"*

La victoria de Paskevich en Ostrolenka (26-V-1831) sentenció a la revolución polaca. En Varsovia, tras la derrota, se produjo un levantamiento popular que entregó el Poder a un demagogo, Krukoviecki. El 8 de septiembre del mismo año 31 los rusos entraron en Varsovia y desencadenaron una represión violentísima. La actitud de las potencias liberales de Occidente, Francia y Gran Bretaña, ante estos graves acontecimientos quedó sintetizada en la respuesta famosa del por entonces primer ministro de Luis Felipe, Casimir Périer. Interrogado en la Cámara sobre los sucesos polacos y los desmanes de las tropas rusas de ocupación, Périer se limitó a decir: "la paz reina en Varsovia".

*La "rusificación"*

Paskevich aseguró esta "paz" mediante la proclamación, en nombre de Nicolás I, del Estatuto orgánico de 1832 que sustituyó a la abolida Constitución polaca de 1815. Polonia fue incorporada plenamente a Rusia como una provincia más del Imperio. Desapareció también el ejército polaco que se fusionó con el ruso. Sólo quedaron leves rastros de autonomía en algunas leyes civiles.

Estas decisiones del zar se completaron en 1833 mediante un decreto por el que se mantuvo el estado de guerra. Se eliminaron así incluso las garantías civiles. Y Paskevich fue encargado de aniquilar el espíritu de independencia y rebeldía de los polacos. Fueron suprimidas las Universidades. Se expurgaron todas las bibliotecas. Los hijos de los rebeldes fueron sometidos a una expresa educación rusa. Toda Polonia quedó sujeta a un régimen autocrático, ortodoxo y rusificador.

*Gran Bretaña y Rusia*

Resultaron así en todo opuestas las soluciones dadas casi por los mismos años por Gran Bretaña y Rusia a conflictos relativamente parecidos. Ante la amenaza de sublevación de los católicos irlandeses, Gran Bretaña cedió en el principio de una única religión de Estado y acabó con esta pieza esencial del Antiguo Régimen. La sublevación real de los polacos —católicos y más o menos liberales— trajo consigo la violenta intervención de las tropas rusas. Y se afirmó el Antiguo Régimen con la autocracia zarista. Es interesante subrayar esta clara disparidad en unos momentos en que comenzaba ya a cuajar una de las grandes rivalidades de los siglos XIX y XX: la que enfrentaría al Reino Unido con la Rusia de los zares.

## 5. Los intentos liberales en Alemania e Italia

*Las revoluciones en Alemania*

Como en Bélgica y Polonia, también las tres gloriosas jornadas parisinas tuvieron su eco en Alemania. Existía un fondo, ya antiguo, de descontento a causa del incremento de la fiscalidad, los rigores de la explotación señorial y la cierta arbitrariedad de los regi-

menes burocráticos y policiales. Los movimientos revolucionarios que agitaron a algunos Estados alemanes recogieron también el impulso liberal sofrenado desde 1820.

Ya en los años primeros de la Restauración algunos príncipes alemanes habían concedido Constituciones más o menos liberales a sus Estados: Sajonia-Weimar, en 1816; Baviera, en 1818; en 1819 en Baden; y el mismo año en Württemberg. A partir de septiembre de 1830 la agitación se hizo presente en Brunswick y Hesse, Hannover —que tenía una unión personal con Gran Bretaña, con un monarca común— y Sajonia. Las dos grandes potencias alemanas —Austria y Prusia— tuvieron comportamientos dispares. La primera, firmemente dirigida por Metternich, no se movió. Prusia tomó firmes medidas militares que ahogaron las manifestaciones liberales. Pero es que incluso donde estos movimientos llegaron a producirse, las peticiones de la burguesía fueron relativamente moderadas por miedo a que pudieran entrar en escena las masas urbanas y rurales. La consecuencia de estos movimientos revolucionarios primeros en Alemania fue la concesión de Constituciones: Sajonia recibió su ley constitucional en 1831; Brunswick, en 1832; y al año siguiente Hannover.

*La especial agitación del sur*

De forma paralela a estos hechos y con ánimo de compensar el cierto fracaso de los primeros intentos de 1830, los liberales alemanes, especialmente en los Estados del sur, organizaron una fuerte acción de propaganda. Eran conscientes de que, aislados, conseguirían poco. Por ello deseaban que fuera la opinión pública la que presionase a fin de lograr las reformas que estimaban precisas. En esta campaña de propaganda contaron con el apoyo de algunos escritores emigrados (como Börne o Heine) y de los claustros de las Universidades de Tubinga y Friburgo.

*La Asociación Patriótica*

Se llegó así a la constitución de la Asociación Patriótica *(Vaterlandsverein)*. Pero de inmediato aparecieron las divergencias: frente a una mayoría moderada que se manifestó dispuesta a contentarse con unas reformas constitucionales negociadas con los príncipes, se alzó una minoría de ideas democráticas y republicanas. En la gran manifestación que tuvo lugar en Hambach, en mayo de 1832, y que reunió a unos 30 mil liberales y patriotas alemanes y extranjeros, se hizo patente la división apuntada. Pero la manifestación causó temor a los príncipes y Metternich, por su parte, hizo adoptar al *Bund* (la Confederación Germánica) una legislación represiva que permitió perseguir a las personalidades liberales.

*El "putsch" de abril de 1833*

El sector radical de la *Vaterlandsverein* y la *Burchenschaften* (la gran asociación general de universitarios) decidió preparar un levantamiento militar contra la Dieta del *Bund*, que se encontraba en Frankfurt. El *putsch* tuvo lugar en abril de 1833 y fracasó. Metternich después de dos conferencias con las autoridades prusianas —Teplitz y Viena (I-1834)— reforzó el dispositivo antiliberal al hacer que el *Bund* recibiera derechos sobre los Estados alemanes, al objeto de que los distintos gobiernos pudieran rechazar las Constituciones impuestas por los liberales. La Confederación Germánica se había constituido el 8 de junio de 1815. Comprendía 39 Estados. Dirigida por una Dieta *(Bundestag)*, el control y la dirección efectivos recaían en el Consejo, dominado por el acuerdo de Austria y Prusia.

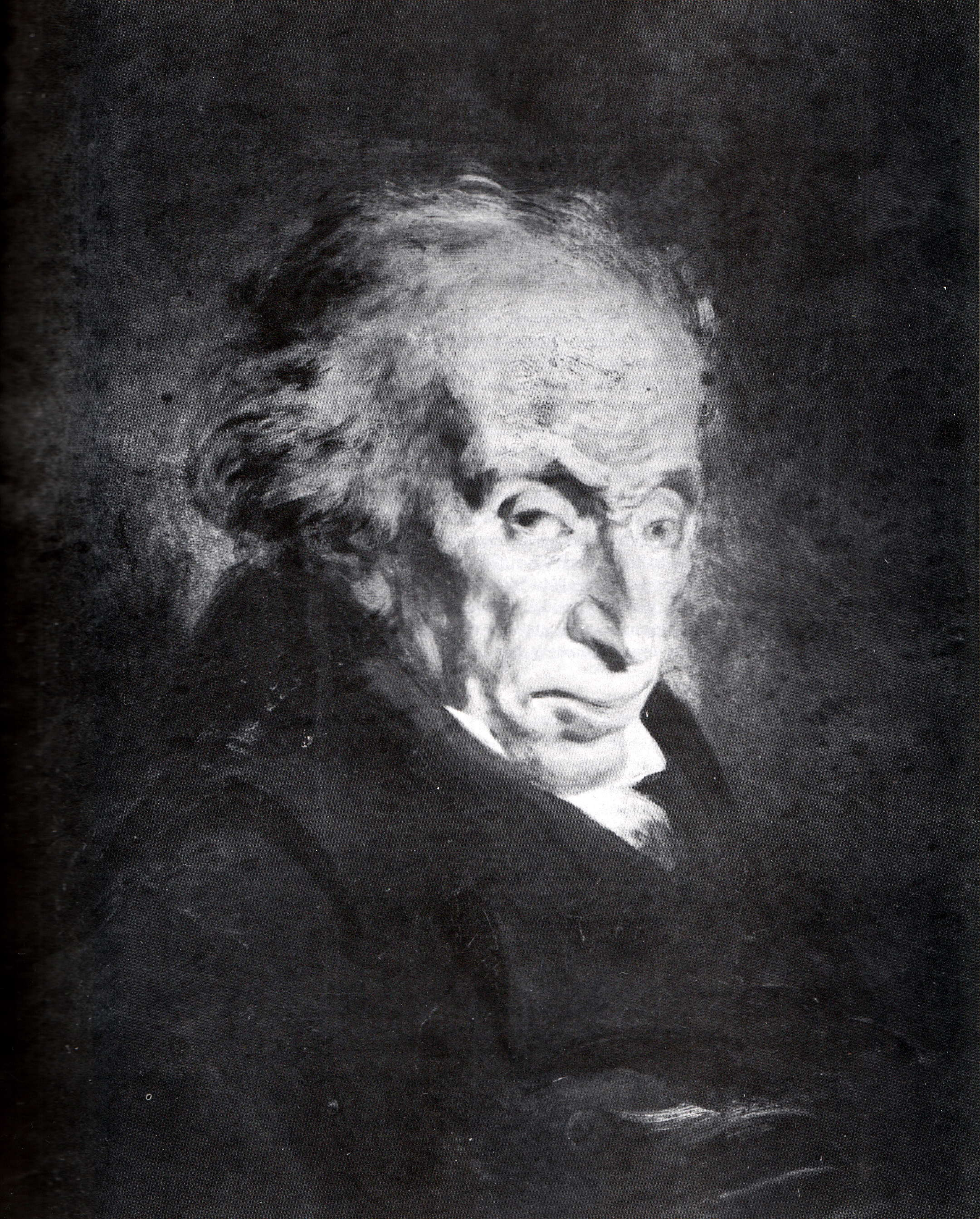
*En Suiza*

También en Suiza y por los mismos años (entre 1830 y 1833) tuvieron lugar pequeñas revoluciones que afectaron a la mayor parte de los cantones pero que, salvo en el caso de Basilea, fueron pacíficas. Como en Alemania, los universitarios (profesores y alumnos) habían preparado el camino hacia las soluciones liberales, mediante la formación de sociedades (por ejemplo, la Sociedad Helvética). Se conservó sin embargo la organización federal anterior y la Dieta procuró no mezclarse en las reformas políticas internas de los cantones. La consecuencia de esta agitación fue, en líneas generales, la variación del régimen político en sentido liberal, con el consiguiente desplazamiento de las viejas familias patricias en beneficio de la burguesía.

*La preparación de la revolución en Italia*

En pocos países europeos fueron precedidos los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en torno a 1830 de una tan larga y misteriosa trama de conspiraciones como en Italia. Aunque igualmente hay que decir que en pocos países europeos estos movimientos tuvieron menos repercusiones que en Italia. Las primeras agitaciones de las sociedades secretas se remontan a 1826, fecha en que Francisco IV de Módena pareció aceptar la dirección de un movimiento liberal-nacionalista. Un poco más tarde, entre 1828 y 1829, Enrico Misley, el autor de la propuesta a Francisco de Módena, logró el

**Filippo Buonarroti, o el conspirador romántico (Pisa, 1761; París, 1837).** *No es ciertamente Buonarroti el único conspirador romántico, pero sí se le puede presentar como arquetipo. Este toscano, al que la Convención nombró, al igual que a Jeremy Bentham, ciudadano francés, expresa el radicalismo de la acción, la decisión de llevar a la práctica sin demora toda la carga revolucionaria liberal. Su primera intervención conspiratoria destacada fue junto a Babeuf, en 1796, apenas la Revolución en Francia pareció que entraba en las aguas más calmas del Directorio. Más adelante, a partir de 1814, fueron los Estados italianos el ámbito habitual de su actividad que vino a culminar en las fracasadas revoluciones de los años 30 y 31. A partir de estas fechas, los conspiradores románticos comenzaron a ser sustituidos por los personajes de más futuro que fueron los primeros agitadores sociales. Dos rasgos de interés presenta la acción de Buonarroti. En primer término, su táctica —la conspiración, el golpe de mano— habla de la confianza de estos hombres en poder introducir variaciones esenciales sin necesidad de poner en movimiento grandes masas de hombres, tan sólo mediante las reducidas sociedades secretas. A la concentración de Poder propia del Antiguo Régimen —que es a lo que combatían estos conspiradores— se respondió con la acción precisa sobre esos núcleos reducidos. El resto de la nación no contaba. Estamos aún en el más neto reconocimiento del valor de la individualidad. Pero si este planteamiento —ideológicamente tan coherente— con frecuencia les falló a los incansables conspiradores, a partir de los años de la Restauración el fallo se dobló con un error: creyeron que seguían luchando contra el Antiguo Régimen sin percibir que contra lo que se esforzaban —y a lo que no pudieron vencer— era el liberalismo doctrinario, la herencia del 91, encarnada en una burguesía que se mostró mucho más resuelta en la defensa de sus intereses que los hombres de un viejo Régimen que ya no existía.* (Giraudon. París.)



apoyo del *Comitato de l'Emancipazione Italiana,* que radicaba en París, y de la "venta" —el equivalente a la logia masónica— carbonaria italiana de Londres. Las discusiones primeras fueron en torno a la personalidad que debería dirigir el alzamiento antiaustríaco y dar así los primeros pasos hacia la unidad política de, al menos, parte de la península. Frente a la propuesta de Misley, los exiliados piamonteses propusieron al príncipe Carlos Alberto de Saboya-Carignano. Pero también se sugirieron los nombres del hijo del emperador Napoleón, el "aguilucho", y del hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais.

*Los esfuerzos revolucionarios de Luis Napoleón*

En las tres gloriosas jornadas parisinas del verano de 1830 estuvieron presentes los carbonarios italianos. Y fue también la Carbonería la que puso en marcha el primer movimiento revolucionario que se produjo en Roma al margen de todos los planes tan laboriosamente trazados. Había ya muerto Pío VIII y el 30 de noviembre se abrió un cónclave que se preveía largo (como así fue: duró hasta el 2 de febrero de 1831, en que resultó elegido Romano Pontífice el cardenal Mauro Cappellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI). El momento, ante la vacación de la autoridad, parecía el adecuado. Y en diciembre de 1830 el príncipe Luis Napoleón Bonaparte (el futuro Napoleón III) intentó sublevar Roma contra la autoridad legítima, con la ayuda de su hermano Napoleón Luis. Fracasaron y fueron expulsados ambos de la Ciudad Eterna.

Ya en enero de 1831, el *Comitato* de los conspiradores exiliados —que estaba controlado por un restringido "directorio ejecutivo", integrado por Filippo Buonarroti, Pietro Mirri y Salfi— decidió organizar una expedición invasora a través de Saboya. La expedición no se pudo siquiera poner en marcha por las discrepancias que surgieron entre los organizadores y por la eficacia demostrada de la policía.

*Ciro Menotti*

La red de conspiraciones sufrió un nuevo golpe cuando el 3 de febrero Francisco de Módena hizo detener a Ciro Menotti, un joven y un tanto ingenuo hombre de negocios que había sustituido en la dirección del movimiento revolucionario a Enrico Misley. Menotti (1798-1831) había fundado, durante el mes de diciembre de 1830, una serie de núcleos revolucionarios en Bolonia, Parma, Mantua y la Romaña. Su lema era *"Independenza, Unione e Libertà"*. Este lema sería poco después recogido por Mazzini para su organización *Giovane Italia.* El plan de Menotti era, después de que tuvieran lugar las sublevaciones, reunir un Congreso en Roma en el que se elegiría el rey. Ante la presumible oposición de algunos sectores, Menotti opinaba que bastaría añadir una cruz a la bandera tricolor (verde, blanca y roja).

*La creación de las Provincias Unidas italianas*

Detenido Menotti, fue condenado a muerte por Francisco IV. Pero la organización preparada por Menotti fue el punto de partida para la sublevación más o menos generalizada que estalló en los Estados Pontificios el 4 de febrero de 1831, dos días después de la elección de Gregorio XVI. Una especie de gobierno insurrecto pasó a controlar las Marcas, la Romaña y la Umbría. En días sucesivos se extendió la revolución a Módena, Reggio y Parma (entre el 4 y el 12 de febrero). Tanto Francisco IV como María Luisa de Austria, la ex-emperatriz de Francia que gobernaba en Parma, fueron expulsados de

sus Estados. En el levantamiento de la Romaña tomó parte de nuevo Luis Napoleón, aunque fue detenido y enviado a la cárcel. Su hermano Napoleón Luis tuvo una suerte peor: murió en un encuentro con las tropas austríacas que acudieron a sofocar la revolución. El resultado de este movimiento afectó a toda la Italia central (excepto Roma y el Lacio). En el mismo mes de febrero se convocó una Asamblea de representantes de las provincias sublevadas que decidieron la destitución del Papa como soberano temporal y la creación de las Provincias Unidas italianas (26-II-1831).

*La intervención de Austria*

Gregorio XVI intentó, en lo que eran los primeros días de su pontificado, arreglar la cuestión con sus propios medios. Al no conseguirlo, pidió ayuda a Austria que accedió con rapidez, una vez conseguido el respaldo de Prusia y Rusia. Para impedir que Luis Felipe se moviera en ayuda de los revolucionarios liberales (lo que, por lo demás, éstos estuvieron siempre esperando hasta el último momento) se amenazó con dejar libertad de movimiento al hijo del emperador Napoleón, el antiguo rey de Roma y actual duque de Reichstadt (1811-1832), y fomentar un partido bonapartista en Francia. La amenaza surtió efecto. Francia se limitó a una protesta, en la que fue fácil ver que estaba más preocupada por el incremento de la hegemonía austríaca en la península itálica que por la suerte de los sublevados.

Estos, por su parte, ya tenían suficientes problemas internos antes de que se produjera la intervención austríaca. Al margen de su apariencia, esta revolución italiana tuvo más de intento de corregir los excesos de los gobernantes en los distintos Estados que de verdadero movimiento liberal. También en Italia la revolución de 1831 fue sobre todo, como en Francia, Bélgica o Polonia, un esfuerzo por suavizar el peso extremado de la Restauración. Fue más una revolución correctora que innovadora.

*El fracaso revolucionario*

Más aún que por la intervención austríaca —que en cualquier caso fue firme y fuerte—, la revolución italiana se hundió por la carencia de unidad al prevalecer *lo spirito municipalistico* (particularmente fuerte en la Emilia). Sólo se consiguió formar un gobierno provisional en Módena y Reggio, bajo la dictadura de Biagio Nardi. Parma y Bolonia se habían declarado autónomas. El 4 de marzo, el gobierno de las Provincias Unidas quedaba limitado a las zonas sublevadas inicialmente.

Fue en este momento cuando llegaron los austríacos. Entre el 9 y el 12 de marzo, las tropas enviadas por el canciller Metternich, bien acogidas por los campesinos, ocuparon Módena, Reggio y Parma. El 26 del mismo mes acabó toda resistencia al rendirse en Rimini el modenés Zucchi. La consecuencia de la intervención austríaca fue la restauración de todos los soberanos que habían sido desposeídos de sus Estados y la instalación de una guarnición en Bolonia, desde la que podían controlar toda la Romaña.

*La nueva intervención austro-francesa*

Gregorio XVI, por imposición de Francia, había tenido que aceptar un *memorándum* que contenía las reformas que debería realizar en sus Estados. El Papa llevó a la práctica parte de las reformas exigidas, pero no pudo evitar que en enero de 1832 nuevos disturbios liberales agitaran sus Estados. Austria intervino de nuevo con dureza y Francia

envió una expedición a Ancona. El Papa hubo de avenirse a la doble ocupación de parte de su territorio a fin de no provocar un conflicto que podría afectar a todo el continente. Austria y Francia mantuvieron sus tropas en los Estados Pontificios hasta 1838. Durante este tiempo Ancona se convirtió en el refugio de los liberales de toda Italia.

Sobre este ambiente tenso de conspiraciones y sublevaciones se había producido la primera intervención internacional relevante de Gregorio XVI. El 9 de junio de 1831, entre la primera y la segunda oleada de revoluciones liberales en sus Estados, había publicado el breve *Superiori anno* en el que condenaba la sublevación polaca. El hecho produjo una viva reacción en Europa. No se entendía cómo el Papa podía oponerse al levantamiento de los católicos polacos en defensa de su libertad contra la autocracia zarista.

Lo cierto es que en el ánimo de Gregorio XVI había pesado decisivamente la actitud de los liberales en sus propios Estados. Además trató de ponerse a bien con Nicolás I a fin de conseguir una revisión de su política hacia sus súbditos católicos pues, en la misma línea de su hermano y antecesor Alejandro I, mantenía una posición extremadamente regalista. Pero las tropas rusas de Paskevich que avanzaban sobre Varsovia lo hicieron difundiendo el breve pontificio, en el que se ampararon para cometer todo tipo de excesos. Gregorio XVI se vio obligado a dirigir a Nicolás I una enérgica carta de protesta. Pero el zar no la publicó y sólo llegaría a conocimiento de la opinión pública europea años más tarde. No fue éste por desgracia el único caso en que la mezcla confusa de liberalismo y nacionalismo produciría daños a la Iglesia.

## 6. El triunfo del liberalismo en España y Portugal

*Las intentonas liberales*

También en España tuvo repercusiones la revolución francesa de julio de 1830. Apenas proclamado Luis Felipe rey, se intensificaron en España las intentonas liberales. Los que habían permanecido dentro del país se dirigieron a las distintas fronteras para unirse con los emigrados liberales que se encontraban en Francia o que comenzaron a llegar desde Gran Bretaña en expediciones subvencionadas por La Fayette y Laffitte, que ya estaba al frente del gobierno francés.

Entre los liberales se reprodujo la vieja cuestión de quién habría de ostentar el mando. Se multiplicaron las divisiones entre los principales cabecillas Espoz y Mina (1781-1836), Torrijos (1791-1831), Quiroga (1784-1841), San Miguel (1785-1862), etc.— y cuando al fin iniciaron la invasión por la frontera navarra (13-X-1830) las tropas gubernamentales, prevenidas y preparadas, pudieron rechazarlos con facilidad. Lo mismo sucedió días más tarde con los intentos de invasión por Cataluña (Miláns del Bosch y Brunet), Aragón (Gurrea y Plasencia) o desde Portugal (Antonio Rodríguez). En febrero de 1831 tuvo lugar un nuevo intento de penetrar en España para levantar a los liberales. Lo realizó Manzanares desde Gibraltar y fracasó. Idéntica suerte corrieron los esfuerzos en Cádiz y San Fernando, o la expedición de Torrijos, en diciembre de 1831. La vía de la imposición por la fuerza de los principios liberales quedó cerrada.

*La cuestión sucesoria*

La solución habría de llegar como consecuencia de las tensiones internas en torno a la sucesión de Fernando VII. Pues el 10 de octubre de 1830, a la vez que se producían los esfuerzos liberales de invasión por el Pirineo, había nacido la infanta Isabel. La publicación en el mismo año de la Pragmática Sanción hizo de esta niña, desde el momento de su nacimiento, la heredera de la corona española. Los realistas o partidarios del Antiguo Régimen, los seguidores del infante don Carlos María Isidro, vieron así cerrado el camino legal para sus proyectos políticos. A principios de 1832 María Cristina dio de nuevo a luz, pero también una niña: la infanta Luisa Fernanda. Muy poco después murió el primer ministro —González Salmón— y fue reemplazado por el conde de Alcudia. Con este hombre al frente de los asuntos de gobierno tuvieron lugar, en septiembre de 1832, los llamados sucesos de La Granja, determinantes para el futuro político español.

*Los sucesos de La Granja*

Enfermo Fernando VII en el palacio de La Granja, a unos 80 km al norte de Madrid, en las estribaciones septentrionales de la sierra de Guadarrama, el 14 de septiembre de 1832 se agravó hasta el punto de temerse por su vida. Se encontraban junto al monarca, la reina, el conde de Alcudia, Calomarde (1775-1842), ministro de Gracia y Justicia, y el embajador del reino de Nápoles en Madrid, Antonini.

Todos ellos eran partidarios de la sucesión femenina, es decir, del mantenimiento de la Pragmática. Pero todos estaban también convencidos de que la aplicación de las previsiones sucesorias en aquellos delicados momentos provocaría la guerra civil. En esta situación, las personalidades que se encontraban en La Granja en torno a un Fernando VII que parecía a punto de morir, dieron los pasos siguientes. En primer lugar se aseguraron de si existía un testamento real. Así era. Fernando VII lo había otorgado en 1830 y en él se nombraba heredera a la infanta Isabel. En segundo término, el 17 de septiembre pidieron a Fernando VII que firmara un decreto autorizando a la reina para el despacho de los asuntos urgentes de gobierno mientras durase la enfermedad del rey. Y —tal fue el último paso— pusieron todos los medios para que el infante don Carlos reconociera oficialmente la sucesión de la corona en la infanta Isabel, su sobrina. En este punto el fracaso fue total. Don Carlos, partidario del Antiguo Régimen, se negó a reconocer las viejas leyes de la monarquía española (ley de las Partidas) y optó por la ley Sálica, introducida en España apenas cien años antes.

*El decreto derogatorio de la Pragmática Sanción*

Enfrentados con la posibilidad nada incierta de la guerra civil, a mediados de la mañana del 18 de septiembre la reina, Alcudia y Antonini se decidieron por la derogación de la Pragmática. Calomarde fue encargado de redactar el decreto que Fernando VII firmó sobre las seis de la tarde del mismo día. Pero en este decreto, que hacía de nuevo heredero al infante don Carlos, se hizo figurar una cláusula que especificaba que no se publicaría ni tendría efecto hasta la muerte de Fernando VII. Pareció resuelta la situación, y asegurada la tranquilidad del reino y el porvenir de la monarquía. Pero no fue así. A partir del día 19 y, sobre todo, del 20, comenzaron a llegar a La Granja las noticias de los sucesos que, desde Madrid, habían desencadenado los liberales para hacerse con el Poder.

*La reacción liberal*

Toda la cuestión giraba en torno al decreto firmado por Fernando VII. En Madrid se había constituido una junta de políticos liberales, moderados y revolucionarios, dispues-

tos a mantener la Pragmática. Estaba integrada por los condes de Parcent, Puñonrostro y Cartagena, los hermanos Juan y Rufino Carrasco y, quizá también, por Juan Donoso Cortés (1809-1853). La junta había elaborado un plan con tanto cuidado que pudo llevarse a la práctica punto por punto.

El primer paso fue, apenas pareció que cedía la gravedad de la enfermedad del rey, organizar unas partidas armadas que se dirigieron desde Madrid a La Granja y recorrieron las calles del Real Sitio al grito de "¡Viva María Cristina!" y "¡Viva Isabel!". A la vez los liberales moderados más destacados acudieron a La Granja para ponerse a disposición de la reina, en defensa de la sucesión de su hija y contra don Carlos.

*El gobierno de transición*

A continuación, y conforme tenía prevista la junta, se formó un nuevo gobierno (1-X-1832). Bajo el patrocinio de la hermana mayor de la reina, la infanta Luisa Carlota, y con la anuencia de María Cristina, el nuevo gobierno estuvo integrado por liberales moderados; era el gabinete de transición por el que los liberales venían luchando desde 1825 y cuyo objetivo debía ser facilitar la sustitución definitiva del Antiguo Régimen por un liberalismo templado. El secretario de Estado del nuevo gobierno fue Zéa Bermúdez, aunque no se incorporó a su puesto hasta un mes más tarde, por encontrarse fuera de España.

El nuevo gobierno se enfrentó con tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, la descalificación de los ministros que habían participado en la derogación de la Pragmática, a los que se intentó inculpar de un delito de lesa majestad. Esto no fue fácil por

**Fernando VII, rey de España.** *Resulta cuando menos sorprendente la mansedumbre con que Carlos IV y toda su familia se expusieron una y otra vez a los tremendos pinceles de Goya. Fernando, el hijo mayor y heredero de Carlos y María Luisa, nació en el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso el 13 de octubre de 1784. En 1808 —no había cumplido aún 24 años— obligó a su padre a que abdicara en él. Poco duró esta primera y breve etapa de su reinado: del 19 de marzo al 10 de mayo del mismo año. En Bayona, ante Napoleón, Fernando devolvió la corona de España a su padre. Este se la entregó a Napoleón. Y el emperador la colocó sobre las sienes de su hermano José, hasta el momento rey de Nápoles. Fernando volvió a ser rey en 1814: rey absoluto hasta 1820; rey constitucional entre esta fecha y 1823; y absoluto de nuevo hasta su muerte en Madrid, el 29 de setiembre de 1833. No fue posiblemente Fernando VII ni mejor ni peor monarca que otros, españoles o no. Quizá su peculiaridad estribe en los difíciles años que le tocaron vivir: y es en las crisis donde se revelan los hombres. El reinado de Fernando VII puso de manifiesto que nada —o muy poco— quedaba de la constitución tradicional de la monarquía. No la destruyó la revolución: ésta se limitó a poner de manifiesto el vacío sobre el que la institución monárquica se asentaba. El Poder absoluto de los reyes de la Edad Moderna la había vaciado de todo su sentido. Y la crisis revolucionaria hizo patente el simple personalismo a que dicho Poder absoluto había quedado reducido en los últimos representantes de la realeza europea. Las monarquías constitucionales fueron así la consecuencia lógica de la falta de convicción en la función de los reyes, una vez evaporado el sentido de su servicio social.* (Giraudon. París.)



lo mismo que los reyes eran los mejores testigos de cómo se había realizado toda la operación. De todas formas, Calomarde hubo de salir de España, pues supo que peligraba su vida. El conde de Alcudia fue nombrado embajador en San Petersburgo.

*El gobierno de María Cristina: indultos y amnistías*

La segunda cuestión a la que se consagró el gobierno fue la neutralización de don Carlos y de los realistas, y el reclutamiento de partidarios dispuestos a defender la sucesión femenina. Esta cuestión se abordó mediante una serie de decretos que fueron apareciendo escalonadamente a lo largo de las dos primeras semanas de octubre. El 6 de octubre se publicó el primero de ellos: la reina era autorizada por Fernando VII a despachar normalmente los negocios públicos (el decreto del 17 de septiembre sólo se refería a los asuntos urgentes). Al día siguiente (7-X) aparecieron los dos primeros decretos con los que se inauguró el gobierno de María Cristina: por el primero —y salvo contadas excepciones— eran indultados todos los presos que se encontraban en las cárceles del reino; el segundo indicaba que se debían abrir las Universidades, cerradas desde 1830 por el temor que inspiró la revolución de julio en Francia y los intentos liberales de invadir el país por el Pirineo. Pero el hecho decisivo fue el decreto del 15 de octubre por el que se concedió una amplísima amnistía a los emigrados liberales. Si con el cambio de las autoridades militares —que habían tenido ya lugar— el gobierno había iniciado el quebrantamiento de las posibilidades de los partidarios de don Carlos, desarticulando su fuerza, este decreto de amnistía buscó y logró plenamente proporcionar a la reina la fuerza que necesitaba en caso de que el infante y sus seguidores se decidieran a actuar contra la situación nacida de este verdadero golpe de Estado, es decir, contra la sucesión de Fernando VII por su hija Isabel.

*El fin del Antiguo Régimen en España*

La obra de los nuevos ministros fue dar el paso que permitió a España franquear la divisoria entre el Antiguo Régimen y el liberalismo; un paso que se afianzó en los días siguientes, antes de que Fernando VII, ya restablecido, asumiera de nuevo el gobierno en enero de 1833; antes incluso de que Zéa Bermúdez pudiera ponerse al frente del despacho ordinario de los negocios tras su llegada a España a mediados de noviembre del 32. A esta empresa coadyuvaron de forma evidentemente involuntaria el fracaso de dos conspiraciones realistas —o carlistas— en los primeros días de noviembre, pues vinieron en cierto modo a ratificar las medidas radicales tomadas por el gobierno. Este, incluso, pudo ahondar en sus planteamientos de renovación total. Así lo hizo mediante tres nuevos decretos (5-XI-1832) por los que, so capa de impulsar una profunda reforma administrativa, puso en manos del ministro de Hacienda nombrado el 1 de octubre —Emiliano Encima y Piedra— todos los ayuntamientos y sus recursos administrativos, esto es, el entero régimen interior del país. Estos tres decretos demostrarían ser el arma más eficaz contra el carlismo y, a la vez, el golpe de gracia al Antiguo Régimen por cuanto implantaron el centralismo liberal.

La llegada a Madrid de Zéa Bermúdez modificó un tanto la orientación del gabinete: las medidas tomadas por la facción más liberal del gobierno habían despertado recelos dentro y fuera de España. Respecto a las potencias extranjeras, Zéa se apresuró a dar instrucciones a los agentes diplomáticos para que hicieran saber a las distintas Cortes europeas el inalterable sistema de la monarquía española. En el interior del país, el

cambio de algún ministro y una declaración de la reina sobre la decisión de mantener "la plenitud de la autoridad" de Fernando VII, suavizaron la tensión y frenaron, al menos de momento, la patente derivación hacia la anarquía que implicaba la excesiva condescendencia con los liberales.

*La Pragmática Sanción*

Hecho esto, el gobierno pudo enfrentarse con el tercero de los problemas acuciantes: la eliminación del decreto firmado por Fernando VII en La Granja por el que se constituía en heredero de la corona a don Carlos, a fin de que nada hubiera ya que obstaculizara la sucesión femenina. Después de un estudio detenido, Zéa Bermúdez comunicó al gobierno el modo mediante el cual Fernando VII anularía el decreto de 17 de septiembre. Con toda solemnidad, a las 12 del mediodía del 31 de diciembre de 1832, el rey leyó el texto de un nuevo decreto, ante el gobierno, los Consejos de Estado, Real, de Indias, de Ordenes, de Hacienda, títulos de Castilla, Diputación de los Reinos, Diputación de la Grandeza, etc. (aunque no ante las personas de sangre real, ni ante el cuerpo diplomático) por el que se declaraba el anterior decreto de 17 de septiembre que había derogado la Pragmática Sanción, "nulo y de ningún valor, siendo opuesto a las leyes fundamentales de la Monarquía y a las obligaciones que como rey y como padre debo a mi augusta descendencia".

*La muerte de Fernando VII y el inicio de la guerra civil*

El 4 de enero de 1833 Fernando VII volvió a asumir el gobierno; pero "quiero —decía el decreto que lo anunciaba— que asista mi muy cara y amada esposa" al despacho de los negocios. Desde este momento hasta el fallecimiento del rey en septiembre, los acontecimientos más destacados fueron la efervescencia de carlistas y liberales, el destierro de don Carlos, los cambios que se introdujeron en el gobierno y la jura de Isabel como princesa de Asturias en junio. Al mes siguiente el monarca recayó de nuevo en su enfermedad. Fernando VII murió el 29 de septiembre de 1833. Cinco días más tarde, el 4 de octubre, el administrador de Correos de Talavera de la Reina levantaba la bandera de don Carlos y comenzaba la primera guerra contra el régimen nacido de hecho en los últimos meses del reinado de Fernando VII. Si en España no hubo propiamente revolución en 1830, los acontecimientos que agitaron al reino tuvieron una transcendencia indudable y se prolongaron además en los horrores de una guerra civil de siete años de duración.

*La guerra civil portuguesa*

Portugal, por un curioso sino, vivió una evolución muy similar a la española. En 1828, doña María de la Gloria se refugió en Londres, junto con sus partidarios más destacados. Los tres años siguientes fueron de guerra civil entre los partidarios de tío y sobrina, cuyo concertado matrimonio no se llegó a celebrar. Los liberales —dirigidos por el conde de Palmella (1781-1850)— tomaron como base de operaciones la isla Terceira, en las Azores. Desde allí, con ayuda británica, lograron derrotar en Praia a la escuadra de don Miguel.

*La vuelta de don Pedro*

Pero más decisiva que esta victoria —dado el arraigo que parecía tener el Antiguo Régimen en Portugal— fue la vuelta a Europa de don Pedro, el padre de María de la Gloria, que había sido obligado en Brasil a abdicar de la corona imperial en su otro hijo, que

pasó a ser Pedro II. Don Pedro logró para su hija el apoyo de Luis Felipe; Mendizábal, desde España, se brindó a financiar las operaciones contra don Miguel; y Gran Bretaña, sin tomar abiertamente partido, permitió que en su territorio se organizasen las fuerzas expedicionarias. Don Pedro consiguió reunir una escuadra y un ejército de desembarco que concentró en las Azores. La invasión del continente tuvo lugar en Mindello y, no mucho más tarde, los partidarios liberales de don Pedro y de doña María de la Gloria conquistaron Oporto con ayuda británica. Pero Lisboa y la mayor parte del país seguía fiel a don Miguel. Incluso la situación de los que ocupaban Oporto llegó a ser desesperada. Fue entonces cuando los liberales se decidieron a dar el golpe audaz de atacar Lisboa. Y el 25 de julio de 1833 lograron entrar en la capital portuguesa.

*El radicalismo liberal*

Los liberales moderados —entre ellos, el conde de Palmella— y el embajador del Reino Unido aconsejaron moderación. Pero don Pedro se inclinó por los exaltados y multiplicó las represalias, los destierros y la confiscación de los bienes de los vencidos; también expulsó a los jesuitas y al nuncio. Poco después, en septiembre de 1833, al tiempo que en España moría Fernando VII y se iniciaba la regencia de María Cristina en nombre de su hija Isabel, colocó a María de la Gloria en el trono y retuvo para él la regencia. Don Miguel resistió aún algunos meses. El 24 de mayo de 1834 se entrevistó con su hermano y firmó las capitulaciones de Evora-Monte, que resultaron más favorables para él de lo que podía esperarse dado el ambiente hostil que su causa tenía en España, Francia y Gran Bretaña y los fracasos militares que había sufrido desde la pérdida de Lisboa. Las capitulaciones incluían la amnistía para todos sus partidarios; el derecho a salir del territorio portugués sin ser molestado y una pensión de 400.000 francos, a condición de mantenerse alejado de Portugal y de sus posesiones ultramarinas. Don Miguel renunció a la pensión y aceptó todo lo demás. Había terminado el Antiguo Régimen en Portugal.

*Münchengrätz: la nueva Santa Alianza*

La resolución de la guerra civil portuguesa fue el momento adecuado para que cuajaran en Europa dos grandes sistemas de alianzas: los países liberales, por un lado; por otro, las grandes monarquías autocráticas, defensoras aún del Antiguo Régimen. En 1833, el emperador austríaco, Francisco I (1768-1835), y el rey de Prusia, Federico Guillermo III (1770-1840), habían ya decidido, tras el fallido *putsch* liberal de Frankfurt, coordinar sus políticas contra el movimiento general revolucionario europeo. En noviembre de 1833, sometida definitivamente Polonia, lograron atraerse a Rusia. Los tres soberanos celebraron una reunión en Münchengrätz (XI-1833) en la que reivindicaron su derecho y afirmaron su decisión de intervenir en los Estados europeos cuando un príncipe legítimo recabara su ayuda para hacer frente a los movimientos revolucionarios. Los acuerdos tomados —en los que se incluía el mantenimiento del orden establecido en Polonia y el restablecimiento de la legitimidad en Alemania— fueron ratificados por un tratado de alianza. La reunión de Münchengrätz dio origen a una segunda Santa Alianza, de constitución y esfera de influencia más reducida que la primera, pero posiblemente más fuerte y homogénea.

*La Cuádruple Alianza*

La respuesta de los regímenes liberales occidentales a los tratados de Münchengrätz fue la firma de la Cuádruple Alianza, que incluyó a Gran Bretaña, Francia, España y Por-

tugal. Se llegó a ella en abril de 1834: aún se combatía en Portugal, pero se veía ya clara la victoria de los partidarios de doña María de la Gloria, la futura María II. Por un momento pudo parecer que los dos núcleos de países podrían llegar a enfrentarse en una guerra general. Pero la tensión fue cediendo. Y es que los bloques eran quizá menos sólidos de lo que parecía. Las fricciones que ya se habían producido entre Gran Bretaña y Francia con ocasión de la conquista de Argelia y de la independencia de Bélgica se renovarían poco más tarde a causa de un problema llamado a tener una larga historia: la cuestión de Oriente.

## Bibliografía

El libro reciente de C. H. CHURCH, *Europe in 1830*. Londres, 1983, ofrece una visión de la situación general europea en el momento en que se producen las revoluciones de 1830-1831. Quizá tenga una preocupación excesiva por subrayar los factores y los protagonismos sociales. La obra de Jacques DROZ, *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*. Madrid, 1974, a pesar de su orientación socialista, puede ser útil pues Droz conoce bien el siglo XIX y el entramado básico de protagonistas, fechas y acontecimientos; está presentado con honestidad. Cosa distinta son sus interpretaciones. El impulso romántico que sostiene en buena parte estas revoluciones se encuentra analizado en *Romantisme et politique, 1815-1851*. "Colloque de l'Ecole Normale Supérieure de Saint-Cloud, 1966", París, 1969; y en J. L. TALMON, *Romanticism and Revolt. Europe 1815-1848*. Londres, 1967.

**1. La revolución en Francia.** La revolución operaba contra la restauración. Se hace imprescindible conocer, en primer lugar, en qué consistió dicha restauración. Un tema no fácil, en ocasiones menospreciado, pero de gran interés. Guillaume BERTIER DE SAUVIGNY lo estudia bien en *La Restauration*. París, 1955. Una síntesis más breve es la que ofrece Jean VIDALENC, *La Restauration (1814-1830)*. París, 1968. Ambas pueden ser completadas por J. H. STEWART, *The Restoration Era in France, 1814-1830*. Princeton, 1968. El liberalismo procuró que las opiniones distintas fueran escuchadas. El cauce habitual para estas opiniones discrepantes fue, en general, un sector de la literatura; pero, mucho más en concreto, la prensa. Esto es lo que estudian Irene COLLINS, *The Government and the Newspaper Press in France 1814 to 1881*. Oxford, 1959; y Charles LEDRÉ, *La presse à l'assaut de la monarchie, 1815-1848*. París, 1970. De nuevo BERTIER DE SAUVIGNY, que analiza cómo se produjo la revolución que eliminó a los Borbones e instauró la monarquía de Luis Felipe: *La révolution de 1830 en France*. París, 1970. Es una obra muy condensada, que brinda una documentación completa, relativa a los hechos clave de la revolución de julio. Paul BASTID, *Les institutions politiques de la Monarchie parlementaire française, 1814-1848*. París, 1954, estudia el funcionamiento, en conjunto, de la monarquía francesa regida por la Carta otorgada por Luis XVIII, más o menos mantenida por Carlos X y reformada para dar cauce a Luis Felipe. Félix PONTEIL se ocupa de la misma cuestión en estas dos obras: *Les institutions de*

*la France de 1814 à 1870*. París, 1966; y *La monarchie parlementaire, 1815-1848*. París, 1970. Y lo mismo hace Jean Jacques CHEVALIER, *Histoire des institutions politiques de la France moderne*. París, 1967. En una línea similar de interés se encuentra Irene COLLINS, *Government and Society in France, 1814-1848*. Londres, 1970.

**2. La independencia de Bélgica.** La separación de Bélgica del reino de los Países Bajos fue la gran consecuencia internacional de las revoluciones de 1830. Jean DHONDT y G. H. DUMONT son autores de sendas obras con el mismo título: *Histoire de la Belgique*. París, 1963; París, 1977. R. DEMOULIN estudia los hechos que produjeron la independencia en *La révolution de 1830*. Bruselas, 1950. La peculiaridad de la situación belga se debió a la presencia del sector político de los llamados "católicos liberales". Su génesis, pensamiento y acción han sido estudiados por Henri HAAG, *Les origines du catholicisme libéral en Belgique (1789-1839)*. Lovaina, 1950; y Roger AUBERT, *Les débuts du catholicisme libéral en Belgique*. Grenoble, 1974. Por último, L. DE LICHTERVELDE se ocupa de la redacción de la Constitución belga en *Le Congrès national. L'oeuvre et les hommes*. Bruselas, 1954.

**3. Polonia, Italia y Alemania.** La revolución polaca puede estudiarse a partir de la bibliografía sobre Rusia que figura en el capítulo III. Respecto a Italia, hay tres buenas historias generales que permiten adentrarse en la complejidad de la vida de los Estados que, por esos años, se reparten el territorio peninsular e insular: la de Luigi SALVATORELLI, *Storia del Novecento*. Verona, 1964; la de Denis Mack SMITH, *The Making of Italy, 1796-1870*. Nueva York, 1971; y la mucho más amplia *Storia d'Italia*. Turín, 1972-1973, 6 vols. Stuart J. WOOLF se ocupa en concreto en esta obra de *La storia politica e sociale* (vol. 3). Una síntesis breve de estos mismos hechos, en Jacques NERÉ, *Précis d'histoire contemporaine*. París, 1973. Philippe GUT se encarga en esta obra de *L'Italie de 1815 à 1914* (cap. XIX). Y Pierre GUILLEN es el que estudia (cap. XVI) *L'Europe centrale de 1815 à 1851*. Un estudio bastante completo del *Reich* es el que ofrece Theodore S. HAMERLOW en *Restoration, Revolution, Reaction. Economics and Politics in Germany, 1815-1871*. Princeton, 1951.

**4. España y Portugal.** En estos dos países, los años en torno a 1830 no cuentan con ninguna revolución equivalente a las que tienen lugar en otros países de Europa. Pero los acontecimientos que en ellos se desarrollan ponen fin al Antiguo Régimen. Empresa no fácil que trajo consigo, en ambos casos, el desencadenamiento de sendas guerras civiles. Para España, en primer lugar, cinco obras generales: Jaime VICENS VIVES, *Burguesía, industrialización, obrerismo*. En *Historia social y económica de España y América*. IV, Barcelona, 1961; Carlos SECO SERRANO, *Historia de España*. Barcelona, 1968[2]; Raymond CARR, *España 1808-1939*. Barcelona, 1970[3]; José Luis COMELLAS, *Historia de España moderna y contemporánea (1474-1967)*. Madrid, 1973[4]; y Vicente PALACIO ATARD, *La España del siglo XIX, 1808-1898*. Madrid, 1979. La azarosa historia política de estos años puede estudiarse en Federico SUÁREZ, *Los sucesos de La Granja*. Madrid, 1953; Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*. En *Historia de España*. XXVI, Madrid, 1968, y *Partidos y programas políticos, 1808-1936*. I *Los partidos políticos*. Madrid, 1974; en Diego SEVILLA ANDRÉS, *Historia política de España, 1808-1973*. Madrid, 1974[2], 2 vols.; y en Luis SÁNCHEZ AGESTA, *Historia del constitucionalismo español*. Madrid, 1974[3]. Este último autor ha editado también las *Constituciones y otras leyes y proyectos políticos de España*. Madrid, 1969, 2 vols. El mismo tema tiene la obra de Javier HERVADA y José Manuel ZUMAQUERO, *Tex-*

*tos constitucionales españoles (1808-1978).* Pamplona, 1980. La economía ha sido estudiada por Jaime VICENS VIVES, con la colaboración de Jordi NADAL, en *Manual de historia económica de España.* Barcelona, 1966; y por Juan Antonio LACOMBA, *Introducción a la historia económica de la España contemporánea.* Madrid, 1972[2], revisada. De las no muy amplias relaciones internacionales se han ocupado Jerónimo BÉCKER, en la obra ya antigua pero que continúa siendo válida, *Historia de las relaciones exteriores de España en el siglo XIX.* Madrid, 1924, 2 vols.; y más recientemente José María JOVER, en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX.* Madrid, 1976. Un tema que conviene conocer, pues en él confluyen muchas de las otras cuestiones indicadas, es el que ha ocupado a R. SÁNCHEZ-MANTERO, *Liberales en el exilio.* Madrid, 1975. Como interpretaciones de conjunto de este período aparecen las cuatro obras siguientes: Eduardo AUNÓS, *Itinerario histórico de la España contemporánea, 1808-1936.* Barcelona, 1940; Antonio RAMOS OLIVEIRA, de orientación socialista, *Historia de España.* México, 1952, 3 vols.; Salvador DE MADARIAGA, con su conocida *España, ensayo de historia contemporánea.* Buenos Aires, 1964[7]; y José María GARCÍA ESCUDERO, *Historia política de las dos Españas.* Madrid, 1975, 4 vols. Es de utilidad para este período el manejo del *Diccionario de Historia eclesiástica de España,* dirigido por Quintín ALDEA, Tomás MARÍN y José VIVES. Madrid, 1972-1975, 4 vols.

# II. El liberalismo censitario (1830-1848)

*Las reformas británicas*

*La monarquía de Luis Felipe en Francia*

*La solución belga*

*Las dificultades del liberalismo en la península ibérica*

*El* Risorgimento *y los Estados Pontificios*

*La cuestión religiosa en Suiza*

*Los países escandinavos*

*El liberalismo en América*

## 1. Las reformas británicas

*Los reformistas y sus objetivos*

La Revolución de julio de 1830 en Francia tuvo resonancia en la vida política inglesa como catalizador de la reforma electoral y parlamentaria. Las elecciones que se celebraron después de la muerte de Jorge IV (26-VI-1830) tradujeron el espíritu político que alentaba a los reformistas de 1830. Los *tories* perdieron 30 escaños. La reforma electoral y la supresión de los derechos de la aristocracia constituían una insistente petición de la Asociación para la Reforma Radical, con sede en Londres, y para la Unión Política, de Birmingham.

El gobierno *tory* de lord Wellington (IX-1830) se resistió al más pequeño cambio político. Una coalición de *whigs* y partidarios de sir George Canning (1770-1827) *(tory)* le pusieron en minoría. Formó nuevo gobierno Grey (1764-1845) *(whig)*. Su filosofía política era de corte tradicional, pero había comprendido la necesidad de las reformas. Pensaba que existía una desadecuación entre el poder político de la aristocracia y la realidad de los grupos sociales, y se decidió a hacer de la reforma política la causa de su gobierno.

*Las agitaciones de los agricultores y de los obreros*

Simultáneamente a las peticiones de reforma electoral se habían producido agitaciones sociales en los distritos agrícolas del sur de Inglaterra. Los agricultores pedían algo elemental: un salario que les permitiera vivir. A estas protestas se unió una agitación política en las grandes ciudades, en las que las primeras concentraciones industriales habían facilitado la formación de asociaciones obreras cada vez más numerosas. La primera asociación que había recogido los deseos de una acción coordinada de los obreros había sido la Unión general de hiladores del Reino Unido; John Doherty, un católico del Ulster, había fundado en febrero de 1830, en Manchester, la Asociación nacional para la protección del trabajo y se proponía unir a todos los obreros; y en 1831 se constituyó en Londres la Unión nacional de las clases obreras para mejorar la suerte de los trabajadores por medio del sufragio universal. Estos grupos se unieron provisionalmente a los *whigs* reformistas.

*El "Reform Bill" de Russell*

Las peticiones laborales se unieron a las de reforma política. El 1 de marzo de 1831, Russell expuso en los Comunes la absoluta necesidad de una reforma electoral. Había que adecuar la representación de los distritos al número de habitantes. Sesenta distritos electorales minúsculos, que suponían 120 diputados, perderían su representación. Los distritos que oscilaban entre dos mil y cuatro mil habitantes no tendrían más que un solo representante: desaparecían 46 escaños. Se crearía 98 escaños repartidos entre las ciudades importantes, cuatro distritos de Londres y diversos condados. El censo electoral debía pasar de 450 mil electores a un millón.

La oposición *tory* consideró el proyecto antisocial. Se destruía uno de los pilares básicos de la estructura social inglesa: el principio aristocrático. La oposición de la Cámara de los Lores fue total. Hubo necesidad de nuevas elecciones, que giraron en torno a la cuestión de la reforma. Los *tories* sufrieron una notable derrota. Se constituyó un gobierno de coalición *whig-tory*. Russell volvió a presentar el *Reform Bill*. Aprobado en los Comunes, fue rechazado por los Lores, lo cual produjo una agitación de matiz revolucionario: incendio del castillo del duque de Newcastle; destrucción del palacio arzobispal de Bristol; amenazas contra veinte obispos anglicanos que habían votado contra el *Bill*, etc.

**El duque de Wellington (1769-1852).** *Es una nota de la política británica contemporánea que las reformas las hacen los que no las quieren, para evitar que las realicen los que las propugnan. Sir Arthur Wellesley, sucesivamente conde, marqués y duque de Wellington, un militar victorioso —las campañas de la India, la guerra peninsular, Waterloo—, un gran terrateniente irlandés, un conservador nato, fue el que arrancó a Jorge IV, desde la presidencia del gobierno* tory, *el* bill *de emancipación de los católicos del Reino Unido (1829), la primera de las grandes reformas políticas del XIX británico. Una medida que, sin exageración, puede calificarse de revolucionaria y a la que el mismo Wellington se había opuesto durante muchos años. Casi de inmediato, dado el primer paso, llegarían las reformas electorales. Y el Reino Unido lograría pasar el siglo XIX sin sufrir las agitaciones violentas que conmovieron a los demás países europeos. No hay que olvidar, sin embargo, que en la historia no hay sorpresas —salvo para los que la ignoran. Los procesos históricos son lentos y de resultado seguro, a no ser que se interponga el empeño decidido de variarlos por parte de aquellos que llegan a entenderlos. Una síntesis apretada pero precisa de la historia británica debe fijarse en tres acontecimientos previos a su evolución en el XIX: en primer lugar, el Concordato que a comienzos del siglo XV puso en manos del rey de Inglaterra la dirección práctica de la Iglesia. Esto ayuda a entender —segundo hecho— que el cisma de Enrique VIII encontrara tan sólo débiles resistencias. Sólo se opuso un obispo —John Fisher—, y fue mártir junto al otro gran oponente, Thomas More. Tercer acontecimiento: las revoluciones del XVII. Si Gran Bretaña pasó sin mayor riesgo el revolucionario siglo XIX fue porque para ella la tradición era la revolución. Y las diferencias políticas, por esto mismo, simple cuestión de grado. El proceso llevaba mucho tiempo en marcha. La única honda discrepancia posible, la única corrección de fondo, fue la actitud de John Henry Newman y del sector del movimiento de Oxford que le siguió en su decisión radical.*



La crisis laboral se unió a la inestabilidad social. La Unión nacional de las clases obreras solicitó el sufragio universal, el parlamento anual, la votación secreta, etc. Russell presentó otro proyecto, ligeramente modificado, para que pudiera ser aceptado por los Lores. El proyecto volvió a ser rechazado. El rey se negó a nombrar nuevos miembros en la Cámara de los Lores tal como le pedía el gobierno, y el ministerio dimitió. Algunos *tories* sugirieron al rey que lord Wellington, que representaba la más radical oposición a la reforma, formase gobierno. La agitación social se desbordó ante esta posibilidad. Grey volvió al frente del gobierno. El *Reform Bill* quedó aprobado el 4 de junio de 1832. La mayoría en la Cámara de los Lores fue de nueve votos.

*Las reformas políticas*

La nueva ley conservaba algunos elementos del Antiguo Régimen: la Cámara de los Comunes se elegiría cada tres años; el derecho al voto seguía siendo un privilegio; y las votaciones no serían secretas. Introducía tres mejoras: redistribución más homogénea de los escaños; regulación uniforme del derecho a voto; y la duración del escrutinio quedaba reducida a dos días. El censo electoral pasó de 450 mil a 650 mil electores. La mayor parte de los obreros quedaban excluidos del sufragio, pues el canon electoral —10 libras de alquiler por su casa— era elevado. La ampliación del censo se dirigía hacia los arrendatarios de tierras, los pequeños industriales, etc.

Las elecciones que siguieron a la aprobación del *Reform Bill* supusieron la victoria de los rentistas, industriales, comerciantes, propietarios agrícolas de posesiones medianas, etc. Llegaron al Parlamento radicales como William Cobbet (1762-1835) y Fielden; y también católicos, como Daniel O'Connell. La reforma política había comenzado. Con ella se había operado un cambio en la estructura social del Parlamento, y en el ámbito de las convicciones cívicas. Muchos dirigentes de asociaciones obreras tomaron conciencia de su fuerza social. Las asociaciones crecieron de forma considerable.

*Los partidos políticos*

Los *whigs,* apoyados por los católicos irlandeses, se mantuvieron en el Poder de 1834 a 1840. Los *whigs* y algunos radicales formaron lo que desde entonces fue el partido liberal. Los *tories* se transformaron en el partido conservador y su jefe, Peel, formuló un principio básico para la transformación política de la sociedad británica: los conservadores estaban dispuestos a aceptar y mantener las reformas, aunque antes las hubieran combatido.

*Las reformas administrativas*

Hecha la reforma política, los liberales procedieron a la reforma de las administraciones municipales. El *Act* de 1835 impuso a los ayuntamientos una organización constitucional. Se reorganizó la asistencia pública. El impuesto para la ayuda a los pobres había llegado a ser una carga muy grande, que se incrementaba por la corrupción habitual de su administración. El Parlamento aprobó, en 1834, una ley basada en tres criterios: salvo a los enfermos, no habría más ayuda a domicilio; todo pobre con capacidad para trabajar, si deseaba ser ayudado, debería inscribirse en una *Work-house* donde recibiría una asignación a cambio de un trabajo; y las unidades administrativas más pequeñas, las parroquias, podrían establecer uniones para distribuir los impuestos de un modo más justo y subvenir a los gastos de las *Work-houses.* El número de pobres disminuyó sensiblemente.

*La enseñanza*

Los liberales también abordaron la cuestión de la enseñanza, llevada hasta el momento por los particulares o por algunas instituciones. Ni la Administración central ni los municipios se ocupaban de ella. Una subvención de 20 mil libras fue distribuida entre asociaciones privadas para fundar escuelas. Una comisión estudió la cuestión escolar, entre 1834 y 1837; el nivel de escolarización era muy reducido. El gobierno presentó en 1839 un proyecto para crear el Consejo privado para la enseñanza. Los obispos anglicanos consiguieron que se reconociera que la enseñanza era una actividad privativa de la iglesia anglicana. Se estipuló que los inspectores de los colegios deberían ser aprobados por los respectivos obispos.

*Las reformas en Irlanda*

La permanencia de los liberales en el Poder supuso algunas reformas beneficiosas para los irlandeses. Estos no querían pagar ni los diezmos al clero anglicano, ni el impuesto para el mantenimiento de los edificios de la iglesia anglicana en Irlanda. El gobierno, por medio del *Irish Church Temporalities* (1833), suprimió doce de los veintidós obispados anglicanos y el controvertido impuesto. Cinco años más tarde, en 1838, un nuevo gobierno liberal logró que los Lores aprobaran una reforma por la que los diezmos serían sólo pagados por los propietarios. Estas reformas, sin embargo, no consiguieron que menguase el odio de los irlandeses por los dominadores ingleses.

*Los orígenes de las reformas religiosas*

Los hombres que contemplaron con sentido de la historia los años que precedieron y siguieron a 1830 no pudieron por menos que preguntarse sobre cuál sería el destino de la iglesia de Inglaterra. Parecía desaparecer toda una sociedad. Muchos de los cambios venían acompañados —e impulsados— por una ideología que se proclamaba positivista en filosofía y agnóstica en religión: triunfaba el materialismo y la incredulidad. La iglesia anglicana establecida se presentaba dominada por una religiosidad formalista y era acusada de monopolizar las conciencias con la ayuda de la ley. Sometida al Poder civil, parecía incapaz de responder a los nuevos planteamientos. Los hechos eran graves: los grupos religiosos disidentes habían conseguido la abolición de las leyes que imponían la confesión de fe anglicana para ocupar puestos públicos; los católicos habían alcanzado la plenitud de los derechos civiles; se habían suprimido algo más de la mitad de los obispados anglicanos en Irlanda; además se difundía una cierta secularización intelectual que había llevado, en 1828, a la fundación de la *London University*, réplica laica a la enseñanza oficialmente confesional de Oxford y Cambridge; y algunos anglicanos cultos se veían afectados por nociones formalmente protestantes sobre Cristo y la Iglesia, y por conceptos inherentes a la crítica liberal que se difundía desde Alemania. Ante esta situación, grupos anglicanos ortodoxos comenzaron a pensar en la necesidad de que la iglesia anglicana se reformase a sí misma y se independizase de la tutela del Estado. Este fue el tema del sermón ("La Apostasía nacional") predicado en Oxford por John Keble, el 14 de julio de 1833.

*El movimiento de Oxford*

Este sermón expresaba los deseos de un grupo de profesores de Oxford y de clérigos anglicanos, cuyo núcleo estaba compuesto por el citado John Keble (1792-1866), John Henry Newman (1801-1890) y Richard Hurrell Froude (1803-1836). Newman y Froude eran *fellows* en Oriel College, y Keble había ganado en 1831 la cátedra de

Poesía. Su proyecto era conseguir una reforma de la iglesia de Inglaterra desde dentro, para volver a los ideales anglocatólicos de defensa del principio dogmático y de la vida sacramental. La actividad de este movimiento de reforma se desarrolló principalmente por medio de sermones, conferencias y tratados, enviados al clero de todas las localidades.

*John Henry Newman*

El inicio real del movimiento de Oxford se suele poner en el sermón pronunciado por Newman el 22 de enero de 1832, titulado "La Influencia personal como medio de difundir la verdad". Newman se veía llamado a una misión de reforma, para la que necesitaba una base doctrinal segura y cierta que superara el ambiente de indiferentismo que comenzaba a insinuarse en sectores del anglicanismo. Esta empresa podría ser realizada por un pequeño conjunto de personas, convencidas de su misión y seriamente comprometidas con ella.

*Los folletos de nuestro tiempo*

Por medio de los *Tract for the Times* (Folletos de nuestro tiempo) abordaron los más importantes temas de la teología cristiana que a ellos les afectaban. Estudiaron la autoridad apostólica y la doctrina de la sucesión apostólica. El fundamento en el dogma era la luz que guiaba al movimiento; su batalla era contra el liberalismo, entendido como "el principio antidogmático y su desarrollo". Se les hizo patente la existencia de una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son canales de la Gracia invisible.

*La "vía media"*

Los hombres del movimiento de Oxford buscaron descubrir la fuente y la localización de la sucesión apostólica, del *corpus* de la doctrina cristiana y de los sacramentos. Newman, un apasionado de la Eclesiología, amplió su campo de investigación a la historia de la Iglesia, y en ella, a los Padres. Creyó encontrar en su lectura la fundamentación dogmática del anglicanismo. Fue su teoría de la "via media": entre el protestantismo que había roto la sucesión apostólica y el catolicismo que se había desviado de la tradición originaria, estaba la posición mantenida por los anglocatólicos; el anglicanismo vendría a ser el verdadero sucesor de la Iglesia fundada en los Apóstoles.

Un texto de San Agustín *(securus iudicat orbis terrarum)* sería decisivo para Newman, pues le llevó a profundizar en el principio de catolicidad. Newman, según manifestó más tarde, no se atrevió a sacar inicialmente todas las consecuencias de este principio y buscó mostrar que la iglesia anglicana había permanecido siempre fiel a la nota de catolicidad. Pero su piedad e investigaciones le acabaron llevando hasta la fe de la Iglesia católica. Keble se contentó con pensar que el fin del movimiento era la difusión de su doctrina.

*El folleto 90*

John Henry Newman publicó en febrero de 1841 el *Tract* 90, sobre la revisión de la relación entre los 39 Artículos Anglicanos con la doctrina católico-romana de Trento. Uno tras otro los obispos anglicanos consideraron el escrito como católico-romano y lo condenaron. Newman no se retractó de la doctrina que exponía en el *Tract* 90. Se retiró del movimiento y se aisló en una existencia semimonástica en Littlemore, un lugar anejo

a la parroquia de Santa María. Después del *Tract* 90, los tractarianos —se les conocía también por este nombre— sufrieron mucho en Oxford.

*Las conversiones*

W. Ward (1812-1882), un miembro del movimiento de Oxford, publicó en 1843 un estudio en el que sostenía que la iglesia anglicana no poseía las cuatro notas de la Iglesia fundada por Jesucristo, mientras la Iglesia romana las poseía todas. La Convocación de Oxford condenó la obra de Ward en febrero de 1845. Ward se convirtió al catolicismo en septiembre de ese año. La evolución espiritual de Newman había seguido adelante. Publicó en 1843 una retractación de todas las acusaciones que había lanzado contra Roma. En 1845 terminaba su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. Desde 1843 había suspendido toda su actividad como párroco anglicano, y renunció a su *fellowship* en Oriel College. El 9 de octubre de 1845 fue recibido en la Iglesia católica. La conmoción fue inmensa. Muchos le siguieron. Otros continuaron siendo anglicanos. Lo que empezó como un movimiento anglicano y antirromano terminaba proporcionando a la Iglesia católica en Inglaterra un grupo de intelectuales prestigiosos. Gladstone afirmó: "Siento como si me hubieran arrancado los ojos". Los anglicanos del movimiento de Oxford siguieron trabajando para afirmar la vida sobrenatural entre los miembros de su iglesia, con un cuidado especial de la liturgia y una insistencia en el carácter divino de la jerarquía y de la doctrina, frente al racionalismo de los liberales.

*La fuerza de las asociaciones obreras*

En un orden distinto, los años transcurridos desde 1830 habían puesto de manifiesto un hecho relativamente nuevo: el poder social de las asociaciones obreras. Las primeras reivindicaciones tuvieron una orientación exclusivamente profesional. La ley de 1825 no les dejaba otro camino. Hasta 1836 se mantuvieron desvinculadas del radicalismo de las clases medias. El soporte ideológico de los dirigentes de las asociaciones era heterogéneo. En ellos habían influido especialmente David Ricardo (1772-1823), con su teoría de la renta; Colquhoun (1745-1820), que había expuesto el enfrentamiento de los intereses del capital y el trabajo (1814); Hodgskin (1783-1869), que propugnaba la generalización de un régimen de trabajo en cooperativas; y Robert Owen (1771-1858), que pensaba que los trabajadores organizados podrían impulsar una transformación social. El nuevo orden se constituiría sobre grupos de trabajadores poseedores de los medios de producción y organizados en corporaciones autónomas. El término socialismo, ya utilizado en 1817, reapareció a partir de 1827 en el *Cooperative Magazine*.

*Las condiciones laborales*

La situación de muchos obreros era trágica. Su vida se desarrollaba en la miseria. Las encuestas oficiales sobre el trabajo de los niños y las mujeres en las minas dieron a conocer la suerte de estas personas. Un décimo de la población de Manchester vivía en sótanos paupérrimos; en Londres, familias de ocho personas se alojaban en una sola habitación. Muchos patronos pagaban a sus empleados por el sistema denominado *truck;* en lugar de un sueldo recibían los artículos básicos para vivir, a un precio bastante elevado que beneficiaba al propietario. La suerte de los trabajadores preocupaba tanto a los conservadores, como a los anglicanos y a los evangélicos. En 1833 se prohibió trabajar más de ocho horas a los niños menores de trece años, a partir de trece años la cifra máxima fue de 60 horas semanales. Se les prohibió el trabajo nocturno.

*El cartismo*

Las asociaciones de obreros recibieron a partir de 1835 el influjo de la filosofía política de Jeremy Bentham (1742-1832), lo que les llevó a entrar en la vida política. Dos dirigentes obreros, William Lovett (1800-1877) y Francis Place (1771-1854), redactaron en 1838 la Carta del Pueblo *(People's Charter)*. Las reformas sociales necesarias se lograrían cuando los trabajadores llegasen al Parlamento. La Carta contenía seis puntos que permitirían la reforma social: el sufragio universal masculino; criterios de igualdad a la hora de hacer los distritos electorales; el cambio en las condiciones de propiedad para ser elegido miembro del Parlamento; una asignación fija para cada diputado; votación secreta; y elecciones anuales. Los cartistas organizaron un gran número de actos populares para dar a conocer sus peticiones. Un Congreso nacional se reunió en el *Westminster Palace Yard,* en 1839. Decidieron solicitar del Parlamento la aprobación de la Carta del Pueblo. Los cartistas estaban dispuestos a llegar a la huelga general si sus reivindicaciones no eran atendidas. El Parlamento rechazó su propuesta, pero los cartistas optaron por no seguir el camino de la violencia.

*La situación británica*

A pesar de la opción moderada, que no ocasionó perjuicios a la economía británica, la situación de ésta comenzó a ser preocupante: el precio del trigo había subido mucho; las exportaciones se habían parado, y los salarios comenzaron a perder valor. Además se mantenían dos guerras: una en China y otra en Afganistán. Había un enfrentamiento con Francia a causa de la cuestión de Oriente; en Irlanda, O'Connell seguía exigiendo un Parlamento autónomo; y la reina era muy joven. Victoria, nacida en 1819, había comenzado su reinado en 1837. Tenía a su favor una gran tenacidad de carácter, la absoluta conciencia de su condición de reina y el respeto a las instituciones políticas inglesas. Victoria era nieta de Jorge III y, como hija del duque de Kent, sobrina de los dos hijos del rey Jorge que se habían sucedido últimamente en el trono del Reino Unido: Jorge IV y Guillermo IV.

*El gobierno Peel*

En esos momentos de inestabilidad, en 1841, Peel, un conservador, accedió al Poder. A su rica y compleja personalidad unía una notable capacidad de trabajo —dirigió personalmente la confección de los presupuestos de 1842 y 1845— y un carácter moderado. Su acción política se mantuvo alejada tanto de las peticiones más radicales como de las presiones de los grandes propietarios agrícolas del partido conservador. Peel consideraba que una vieja sociedad llegaba a su fin y entendía que era necesario hacer reformas para evitar la revolución.

*El presupuesto de 1842*

1841 fue un año de grave crisis económica. La segunda convención cartista se planteó el dilema de optar entre la revolución o un proceso de reforma. Afortunadamente para el gobierno, su falta de unidad impidió toda acción. Peel preparó para 1842 uno de los presupuestos más famosos de todo el siglo XIX. Gravó, durante tres años, toda renta superior a 150 libras en siete peniques por libra, a excepción de Irlanda; aumentó los impuestos sobre los carbones exportados; modificó la tarifa aduanera según un criterio librecambista y redujo los impuestos de entrada sobre algo más de la mitad de los artículos gravados; disminuyó los derechos sobre alimentos básicos importados; y

abrogó los derechos de exportación sobre los productos manufacturados. Peel transfirió el peso fiscal sobre las personas de mejor condición económica y disminuyó el precio de los artículos necesarios para la vida. La situación económica mejoró en 1843 y el año 1845 se cerró sin déficit. A partir de 1845 la libertad económica se hizo casi total. Sólo eran protegidos aquellos artículos muy amenazados por la competencia exterior. Gran Bretaña había entrado en el camino que le llevaría a ser el país más rico del mundo.

*Las "Corn-laws"*

El Parlamento promulgó en 1842 la ley de minas. Trataba de poner remedio a una situación hiriente. Se prohibió todo trabajo subterráneo a las mujeres y a los niños menores de diez años. Un ley de 1844 prohibió que niños de menos de nueve años trabajaran en la industria textil. El gobierno de Peel abordó en 1844 la estructuración del sistema financiero para evitar las crisis de recursos. Posteriormente batalló para abrogar las leyes que impedían la entrada de trigo en las islas: las *Corn-laws*. La importación de trigo se hacía muy necesaria por el hambre en Irlanda. Suponía un abaratamiento de la vida y, en consecuencia, un freno a la elevación de salarios que permitiría el incremento de la competitividad en las exportaciones. La oposición de la gran mayoría del partido conservador fue total. Las *Corn-laws* quedaron abrogadas en 1846. La votación final en el Parlamento fue de 223 liberales y 104 conservadores a favor de la supresión, y 229 conservadores en contra. Lord Wellington hizo aceptar a los Lores la supresión de las *Corn-laws*.

*Las complicaciones irlandesas*

La situación de Irlanda produjo la caída de Peel. La gran masa del país, aunque deseaba la autonomía, se había resignado a mantener una actitud pacífica. Peel había conseguido aumentar la subvención al seminario católico de Maynooth en 1845, a pesar de la fuerte oposición anglicana. Pero 1846 fue el año del hambre en Irlanda. Y, junto al hambre, hubo brotes revolucionarios impulsados por la *Joven Irlanda,* un partido revolucionario que quería la independencia. Peel propuso al Parlamento establecer el estado de sitio en la isla. Ante esta petición, los proteccionistas conservadores encontraron la ocasión para vengarse de la abolición de las leyes del trigo y votaron con los liberales contra Peel, que se retiró al quedar en minoría. El nuevo gobierno, presidido por el liberal Russell, contó con el apoyo de los seguidores de Peel.

*El fin del cartismo*

Los últimos años de la década de los cuarenta fueron años de bienestar económico en el Reino Unido y de relativa paz social. El último coletazo cartista se produjo en 1848. El 4 de abril se redactó una nueva petición de aprobación de la Carta del pueblo por el Parlamento. Se organizó una gran manifestación para presentar la propuesta. El gobierno llamó a lord Wellington, y el viejo general ocupó Londres como si fuera a proceder a una batalla; encuadró a los burgueses de Londres como policías voluntarios —se presentaron 170 mil—, e impidió la manifestación. Sólo los líderes cartistas llegaron con su petición al Parlamento. Pero los diputados no tomaron en consideración sus propuestas. El gobierno, por su parte, envió a los líderes cartistas a Australia. Esta consolidada estabilidad política había permitido al Reino Unido continuar la expansión ultramarina y resolver el estatuto jurídico del Canadá.

*El régimen político canadiense*

Canadá se regía desde 1791 por el *Canada Constitutional Act*. El territorio estaba dividido en dos provincias, con capitales en Toronto y Québec. Cada provincia tenía un Consejo Legislativo nombrado por la Corona y una Asamblea elegida por los habitantes; y estaban regidas cada una por un subgobernador con un Consejo Ejecutivo; este Consejo Ejecutivo no era responsable ante la Asamblea. Existía un gobernador para todo el país. Los católicos tenían garantizada la libertad religiosa.

*El crecimiento de Canadá*

La guerra anglo-americana de 1812 permitió que todos los habitantes de Canadá, tanto de origen británico como francés, ganaran en conciencia nacional. El tratado de Gante de 1814 estableció que todo el Canadá permanecería en la órbita británica. Una fuerte corriente migratoria hizo que Canadá alcanzara el millón y medio de habitantes en 1832. Este crecimiento de población trajo consigo la necesidad de establecer algunas reformas que hicieran más liberal el gobierno y más activa la administración pública. Bentham había escrito en 1793 un libro que llevaba por título *Emancipate your colonies* y que se publicó en Gran Bretaña en 1830. Desarrollaba la tesis de la inutilidad de mantener unas colonias muy alejadas de la metrópoli y entendía que el objetivo debía ser educar a los habitantes de esos territorios de tal forma que pudieran vivir según las leyes y las instituciones políticas británicas. Radicales como George C. Lewis (1806-1863), Joseph Hume (1777-1855), Huskisson (1770-1832) y el propio Bentham difundieron estas ideas.

*Las revoluciones y el autogobierno*

La expansión de la idea de libertad política llevó a las revoluciones internas en las dos provincias de Canadá, durante el año 1837. Los reformadores del Bajo Canadá (Toronto) reclamaron la elección del Consejo Ejecutivo; los reformadores del Alto Canadá (Québec) desearon poder exigir responsabilidades al gobierno. Aunque las revoluciones fueron apagadas, el nuevo gobernador, lord Durham, recibió el encargo de realizar un informe sobre el estado político y administrativo del Canadá. Este informe sugirió el establecimiento de un gobierno responsable para Canadá, con la seguridad de que el autogobierno haría más permanente la unión con la Corona; recomendó también la administración unificada del territorio.

El autogobierno de Canadá fue una realidad a partir de 1848. El nuevo gobernador era, desde 1847, lord Elgin (1811-1863), que pertenecía al grupo político de Peel. Bajo su mandato se celebraron las elecciones que supusieron el triunfo del partido liberal canadiense, la llamada Asociación Constitucional. El tacto político de lord Elgin y del jefe del *Colonial Office,* lord Grey, permitió la formación del primer gobierno parlamentario Baldwin-Lafontaine, el 11 de marzo de 1848.

*El progresivo dominio de la India*

El Reino Unido encontró también un gran campo de acción en Oriente. La Compañía Británica de las Indias Orientales mantenía desde 1600 el monopolio del comercio con la India. Los británicos iniciaron una penetración de tipo político a finales del siglo XVIII y Clive (1725-1774) obtuvo en 1765 el derecho a ocuparse de las finanzas de Bengala, Bihar y Orissa. Los medios financieros para la expansión estaban a disposición de los británicos. La *Regulating Act* de 1773 sometió las llamadas presidencias de

Bombay, Madras y Calcuta a la autoridad de un gobernador general que residía en Bengala. Pitt organizó en 1784 el *Board of Control,* una oficina encargada de controlar las operaciones financieras, administrativas y militares de la Compañía de las Indias. A partir de 1802, Wellington (1769-1852) impulsó la expansión territorial. Los británicos controlaban toda la India en 1819, a excepción de Cachemira, el Punjab y el Sind. Las confederaciones sijs del Punjab llegaron a ser la parte de la India que más resistencia ofreció a los ingleses; pero en 1846 habían sido ya sometidos.

*El control directo*

El dominio británico de la India procuró respetar su civilización peculiar y mantuvo la soberanía del sultán de Delhi, salvo en Bengala, que desde 1835 había dejado de ser administrada en nombre del sultán. La autoridad que mantenía la Compañía de las Indias era la necesaria para controlar el comercio y se apoyaba en contingentes militares pagados por la Compañía y bajo su control.

El proceso de intervención iniciado en 1773 culminó con la ley de 1833 que suprimió el monopolio comercial de la Compañía y la redujo a un organismo puramente administrativo. El gobierno británico controló directamente, a partir de 1846, los distintos pueblos de la India.

*El comercio del opio*

En torno a 1830, el Reino Unido mantenía un importante comercio con China. La necesidad de equilibrarlo llevó a los britanicos a aumentar sus exportaciones de opio a China. El emperador Chia Ch'ing ya en 1800 había prohibido totalmente el consumo de opio. En 1839 el emperador Tao Kwang se decidió a poner fin al consumo del opio por el deterioro social que producía y por la salida de dinero que provocaba. El mandarín Lin Zexu recibió la orden de dirigirse a Cantón y terminar con el tráfico de opio. Lin destruyó más de 20 mil cajones de opio, lo que provocó un choque con los traficantes británicos. Los representantes del Reino Unido en Cantón se negaron a entregar a un marino al que se le acusaba de haber asesinado a un chino. Lin dio órdenes tajantes para impedir la entrada de barcos británicos en los estuarios chinos, lo que llevó a un enfrentamiento entre dos fragatas británicas y más de veinticinco juncos chinos.

*La imposición británica*

Los británicos enviaron soldados para obligar a China a flexibilizar su postura comercial. El gobierno de Pekín no quiso ni oír hablar de negociación con los occidentales, pues la supremacía absoluta del emperador, representante del cielo en la tierra, le impedía pactar con otras naciones. La fuerza expedicionaria británica bloqueó el puerto de Cantón y el estuario del Yangtse y las autoridades chinas rectificaron sabiamente sus decisiones previas. El Reino Unido reclamó un trato de igualdad para resolver las discrepancias; una indemnización; y la cesión de la isla de Hongkong. Los chinos no aceptaron. Reanudada la guerra los británicos conquistaron diversas ciudades y cercaron Nanking. Las autoridades chinas volvieron a avenirse a negociar. El tratado de Nanking (1842) reguló la cesión de Hongkong a Gran Bretaña y la apertura al comercio exterior de cuatro puertos: Amoy, Fuchow, Ningpo y Shanghai. Los cónsules británicos de cada uno de los puertos tratarían de igual a igual con las autoridades chinas; y los súbditos británicos en caso de posible delito serían juzgados por tribunales consula-

res conforme a la legislación británica. El tratado de Nanking impulsó a Francia y Estados Unidos a firmar tratados análogos con China. El tratado francés contenía una disposición por la que se conseguía un régimen de tolerancia para la fe católica. Los tratados de 1842 supusieron la ruptura del aislamiento de China.

## 2. La monarquía de Luis Felipe en Francia

*La reforma de la Carta*

Luis Felipe de Orleans aceptó el título de rey de los franceses y renunció al principio patrimonial de la monarquía absoluta. La Carta –la misma de 1814 convenientemente reformada– sería un pacto entre el rey y el pueblo: la religión católica era considerada como la de la mayoría de los franceses; el rey y las Cámaras se repartirían la iniciativa de las leyes, incluso en materia de impuestos. El rey debería observar estrictamente la Carta constitucional. La Fayette deseaba que la monarquía de julio de 1830 superase a la mejor de las Repúblicas.

**Luis Felipe, rey de los franceses.** *Hay a veces vidas que son el resumen de una época. Tal el caso de Luis Felipe de Orleans, el hijo del regicida* Philippe Egalité, *que llegaría a ser por 18 años rey de los franceses. Nació en París, en 1773. Durante los años agitados de la Revolución, Luis Felipe fue lo más extremoso que se pudo ser: un jacobino. Defendió la República con las armas en Valmy y Jemmapes. Tras la derrota de Neerwinden, y para evitar un Terror que se avecinaba, emigró: Suiza, Hamburgo, Escandinavia, Estados Unidos, Gran Gretaña, Sicilia. Aquí casó (1809) con María Amelia, hija de Fernando IV, rey destronado de Nápoles. La Restauración le permitió entrar de nuevo en posesión de los bienes cuantiosos de su familia. Pero Luis XVIII nunca se fio de él y, después de los Cien Días, no le permitió regresar a Francia hasta 1817. Ya bajo Carlos X, la buena burguesía poseedora que deseaba asegurar su fortuna y su influencia –los banqueros, los políticos constitucionales– pusieron sus ojos en Luis Felipe de Orleans. Para entonces quedaban ya muy lejos los ardores jacobinos de su juventud. La revolución de 1830 le ofreció el trono. Luis Felipe aceptó y pasó a ser rey de los franceses. Se acentuó su moderantismo. Al partido "del movimiento" (Laffitte, el viejo La Fayette), prefirió el partido "de la resistencia" (Casimir Périer, Thiers, Molé y, sobre todo, Guizot). Se amplió un poco el sufragio restringido: el censo bajó de 300 a 200 francos. Y Luis Felipe se opuso reciamente a los legitimistas, pero también a los bonapartistas y, por supuesto, a los republicanos y a los primeros socialistas. Quiso hacer suyo el* motto *tan repetido en la Francia de la década final del XVIII: "La Revolución ha terminado". No parece posible que la revolución acabe mientras sus presupuestos no sean rechazados. Y esto es lo que Luis Felipe no hizo. En 1848 una nueva revolución le barrería, a pesar de sus esfuerzos últimos por vincularse a los restos del Antiguo Régimen –Austria, Rusia– que aún perduraban en Europa.*



*La ley electoral*

La Carta no determinaba quiénes constituían el censo electoral. El proyecto de ley electoral de 1830 admitió 188 mil electores; el impuesto anual que permitiría formar parte del censo fue rebajado de 300 a 200 francos. Fueron también incluidas en él algunas personas —las capacidades— con determinados títulos o cualificaciones profesionales; en este caso el canon impositivo se fijó en 100 francos. Para poder ser candidato se debía haber cumplido 30 años y pagar impuestos por valor de 500 francos. El número total de diputados quedó establecido en 459. Francia iba a tener, como conjunto social de donde extraer su gobierno, una minoría liberal y burguesa en la que primaban los profesionales, los propietarios y los hombres de negocios.

*El partido del movimiento*

Luis Felipe recurrió, en un primer momento, al llamado partido del movimiento cuyos representantes más significativos eran: Jacques Laffitte (1767-1844), La Fayette y Odilon Barrot (1791-1873). Estos políticos consideraban que la revisión de la Carta había sido un buen principio, al que debería seguir un movimiento democrático —de ahí su denominación— que continuase las reformas. El gobierno Laffitte (2-XI-1830 a 13-III-1831) trató de encauzar la revolución durante los primeros meses del reinado de Luis Felipe. Sin embargo, las alteraciones del orden público se sucedieron: huelgas, manifestaciones de los obreros sin trabajo, saqueos y destrucción de iglesias, etc. Además la situación económica se hacía delicada. La burguesía moderada planteó al rey la necesidad de un cambio de gabinete, lo cual tuvo lugar al chocar el rey con la política exterior del gobierno Laffitte. El gobierno quería ayudar a los polacos a intervenir en Italia como manifestación de su política decididamente liberal.

*El partido de la resistencia*

El partido de la resistencia se hizo cargo del gobierno el 13 de marzo de 1831, con la misión de terminar con los desórdenes, asegurar el gobierno de la burguesía liberal y mantener sujetos a los republicanos demócratas: todo esto sin abdicar de su posición constitucional. El hombre que debía realizar esta tarea era también un banquero: Casimir Périer (1777-1832). Triunfaba la tesis de Guizot: la revolución era conservadora, es decir, encaminada a defender y mantener las leyes contra los abusos del absolutismo y frente a las utopías democráticas.

La aristocracia de la riqueza y de la industria tuvo su momento. La actitud de Casimir Périer ante algunos problemas laborales se reflejó, por ejemplo, en los procedimientos empleados para poner fin a la pugna entre los tejedores de Lyon y los propietarios de las fábricas. Los industriales no querían pagar las tarifas acordadas, que no eran muy elevadas, a unos obreros que trabajaban 18 horas al día. Los industriales solicitaron la intervención del ejército para poner fin a los desórdenes. Los tejedores, unidos a la Guardia Nacional, derrotaron al ejército inicialmente. Una posterior intervención del ejército terminó con la sublevación; los métodos empleados fueron muy duros.

*Las distintas oposiciones*

La muerte de Périer llevó a la presidencia del Gobierno a un militar: el mariscal Soult (1769-1851). Sin embargo, la política estuvo dirigida, de hecho, por un noble liberal, el duque de Broglie (1785-1870), un periodista, Thiers (1797-1877) y un historiador, Guizot (1787-1874). La inestabilidad de los gobiernos constituyó su nota característica,

agudizada por la acción de las fuerzas políticas que habían quedado fuera del régimen: los legitimistas partidarios de la restauración borbónica, los bonapartistas, y los republicanos unidos a los primeros socialistas. Los socialistas eran en 1832 un pequeño grupo de jóvenes burgueses y de obreros que se habían separado del partido republicano y que consideraban la República como medio de llegar a la reforma social. Tenían como objetivo, "la distribución por igual de las cargas y de los beneficios de la sociedad, el establecimiento completo del imperio de la igualdad". Adoptaron como enseña la bandera roja.

Los legitimistas se alzaron en la Vendée alentados por la duquesa de Berry. La sublevación comenzó en 1832 y en 1833 había terminado. La primera acción republicana consistente tuvo lugar en París, en abril de 1834. Actuaron unidos las sociedades secretas, los mutualistas de Lyon y los republicanos. La represión indiscriminada que siguió, y que supuso la supresión de numerosos periódicos republicanos y la censura en la prensa, chocó fuertemente con la mentalidad de respeto a los derechos de los ciudadanos y dio origen a nuevas insatisfacciones. Manifestación de este estado de agitación social fue el atentado contra el rey, el 25 de julio de 1835.

Los bonapartistas trataron de aprovechar la situación y Luis Napoleón protagonizó un pronunciamiento en Estrasburgo, en octubre de 1836. La acción fracasó, pero puso de manifiesto que Luis Napoleón tenía muchos partidarios en el ejército, que los republicanos habían visto con buenos ojos la sublevación y que gran parte del pueblo se había sentido atraído por la acción del príncipe.

*Thiers y Guizot*

El ejercicio del Poder por parte del partido de la resistencia condujo a una división política: por una parte, se formó la derecha moderada de Guizot para quien el rey tenía facultad para elegir los ministros; en oposición a este grupo estaba la izquierda moderada de Thiers, que deseaba introducir en Francia el principio *whig* de que el rey reina pero no gobierna. Luis Felipe tomó ocasión de esta división para nombrar, en 1836, primer ministro a Molé (1781-1855). Amigo personal del rey, Luis Felipe pudo intervenir habitualmente en el gobierno y dirigir la política exterior. Ante esta situación de gobierno personal, Guizot y Thiers se unieron para tratar de consolidar el sistema constitucional. La difusión de una mentalidad que reclamaba cada vez con más fuerza la reforma electoral, cuanto menos la ampliación del censo, llevó a los dos políticos a coordinar sus esfuerzos. Thiers, ministro de Asuntos Exteriores, se retiró del gobierno ante las intromisiones del rey. Durante los momentos de máxima tensión de la llamada cuestión de Oriente, Thiers estuvo dispuesto a ir a la guerra a favor de Mehemet Ali (1769-1849), virrey de Egipto, frente a Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia. Llegó a solicitar un crédito para llamar a filas a 500 mil hombres; ante la negativa del rey, dimitió.

*El gobierno de los mejores*

A partir de 1840 la personalidad de Guizot dominó la política francesa. Sus gobiernos duraron hasta 1848. El gobierno siempre tuvo mayoría en la Cámara, y esta mayoría se formó sobre una doble corrupción, electoral y parlamentaria: ganando a los electores por medio de favores personales y otorgando a los diputados intereses en las concesiones de obras públicas, etc. No eran incompatibles la condición de diputado y el ocupar un puesto en la Administración.

Guizot era impermeable a toda idea nueva. Quiso establecer un régimen político sobre aquella clase social que poseía fortuna, inteligencia e independencia. No confundía la igualdad civil con la igualdad política. El derecho que poseían los ciudadanos era el de ser bien gobernados, no el de gobernar. Ante las propuestas de ampliar el censo electoral, respondió: "Enriqueceos por el trabajo y el ahorro y seréis electores". Constituyó el ejemplo más característico del liberalismo doctrinario que rehusaba tanto la soberanía de un rey absoluto como la soberanía popular. Elevó la capacidad —el gobierno de los mejores— a norma suprema de legitimidad. El mejor gobierno posible era el desempeñado por los más capacitados, esto es, las minorías burguesas inteligentes y realizadoras.

*El crecimiento de la riqueza*

Los años que transcurrieron desde 1840 a 1846 supusieron una etapa de estabilidad política y de crecimiento económico. El *déficit* se incrementó año tras año. La necesidad de construir ferrocarriles y llevar a cabo otras obras públicas pesó fuertemente sobre los presupuestos del Estado. El enriquecimiento de Francia y su progreso social se pudo apreciar en los siguientes datos: el censo de electores, es decir, los cabezas de familia que tributaban más de 200 francos, llegó a ser de 241 mil en 1846 (188 mil en 1830); el índice de alfabetización pasó en quince años del 45 % al 65 %; Francia era a mediados del siglo XIX uno de los países más cultos del mundo; el índice de población urbana creció de modo continuo: París alcanzó el millón de habitantes en 1846; el incremento medio de la renta nacional se situó en un 2,4 % anual frente al 1,2 % de la época de la Restauración.

*El proteccionismo de J. B. Say*

Este desarrollo económico se operó con una base doctrinal deficiente y con fuertes tensiones sociales. Se puede tomar como ejemplo a J. B. Say (1767-1832). Antes de la revolución de 1830 había llegado a ser un importante industrial, pues por su mentalidad liberal no quiso colaborar con la Restauración. Nombrado profesor de Economía Política en el colegio de Francia, Say abandonó el carácter político de la economía y sus estudios se dirigieron a determinar cómo se produce, distribuye y consume la riqueza. Say desarrolló una teoría sobre el valor que le llevó a presentarlo como el resultado del concurso de tres factores: trabajo, capital y agentes naturales, retribuidos de acuerdo con los servicios prestados. La demanda y oferta de dichos factores vendría determinada por la de los bienes de consumo. Este proceso otorgaba una gran importancia al empresario, llamado a establecer una adecuación entre las demandas de productos y los factores. Say postuló que toda oferta genera su demanda; esta proposición constituyó el quicio de su teoría de los mercados. Pero esta teoría suponía una economía en equilibrio, que sólo existía si había un total empleo de los recursos productivos; prescindía además del dinero como forma de atesorar riqueza, no daba una explicación adecuada de las posibles criris de superproducción, y presuponía una perfecta flexibilidad al alza y a la baja de los precios y de los factores de la producción.

*El rechazo del librecambismo*

En conexión con esta doctrina se produjo en Francia una cierta resistencia a la difusión de las ideas librecambistas. La acción de F. Bastiat en su defensa, no tuvo buena acogida. Las presiones de los industriales que deseaban ver rebajados los aranceles de entra-

da de algunos artículos en Francia, pero querían mantener una política proteccionista para los productos por ellos fabricados, hizo imposible la implantación de las doctrinas librecambistas. Hasta 1860 no se articuló en Francia una política económica que rompiera los moldes proteccionistas. La causa última de esta política de falta de entusiasmo por el riesgo que entrañaba la libertad económica, residió posiblemente en que la burguesía francesa estaba formada más por propietarios de fincas que por industriales, por más que hubiera algunas singularidades. La burguesía francesa de 1830 a 1846 ahorró más que invirtió; y buscó en la política del Estado la garantía de que sus productos iban a ser adquiridos.

*Los problemas sociales*

La incipiente industrialización repercutió en la agricultura, invitó a que los campesinos abandonaran sus tierras, y ocasionó la ruina de parte de los artesanos. Estos dos gupos sociales constituyeron el núcleo de un incipiente sector obrero. Si la demanda escaseaba, los empresarios bajaban los salarios o disminuían la contratación de mujeres y niños. La crisis económica que tuvo lugar entre 1846 y 1848 llevó a salarios de miseria. A este obrerismo inicial se unieron otros nuevos grupos sociales algo más cultos y que reclamaban más amplios derechos políticos. El futuro dejaba entrever tiempos de crisis política y social.

*La colonización de Argelia*

Respecto a la acción exterior, los primeros gobiernos de Luis Felipe habían decidido no continuar la conquista de Argelia, de modo coherente con sus criterios de establecer una política de paz. Los franceses se encontraban asentados ya en Argel, Orán, Bugía y Bona. Los argelinos decidieron expulsar a los franceses y se produjeron dos levantamientos: el bey Ahmad se sublevó en Constantina y Abd el-Kader (1807-1883) en el Oranesado. El ejército francés derrotó a este último en Tremecén (1836), y posteriormente ocupó Constantina. Una vez que Abd el-Kader reorganizó a sus seguidores, proclamó la guerra santa contra los franceses (1840): en esta situación, el gobierno francés optó por la ocupación total. El mando de las tropas fue confiado al general Bugeaud. Dispuso de un ejército de 100 mil hombres que organizó en fuertes columnas de gran movilidad operativa, lo que le permitió concentrar masas armadas donde la necesidad lo requería. Abd el-Kader sufrió una derrota casi total en 1844 y definitiva en 1847.

Bugeaud inició, de modo simultáneo a las operaciones militares, la colonización de Argelia. Creó una Oficina para asuntos indígenas en 1844 y con la ayuda de sus oficiales procuró una política de paz. La administración colonial construyó grandes mezquitas; el cardenal Lavigerie hablaría años más tarde de que se enseñó el Corán incluso a personas que jamás habían oído hablar de él. Bugeaud impulsó también una política de colonización interior con el asentamiento de colonos franceses. Hacia 1846 habían llegado unos 40 mil. La atención religiosa de estos colonos permitió el establecimiento en Argelia de parroquias católicas y el tímido inicio de una evangelización, aunque la política inicial de la administración francesa no fue nada partidaria de ella.

*La crisis de 1847*

Si la paz imperaba en Argelia, la situación política y social en la Francia de 1847 no era muy halagüeña. La cosecha de 1845 había sido desastrosa; los productos de primera necesidad se encarecieron. De modo simultáneo, se produjo una caída profunda de los

valores ferroviarios. Las Compañías habían abusado del recurso a créditos fáciles y en una situación de crisis económica no podían amortizarlos. La paralización de las obras en los ferrocarriles supuso una tragedia para el ritmo de trabajo en los altos hornos y, como consecuencia, en las minas de hierro y carbón. Creció el paro. La crisis de alimentos se prolongaba y los precios alcanzaban cotas altísimas.

*La resistencia de la burguesía*

La crisis política, de raíz ideológica, se unió a las crisis social y económica. Luis Felipe y Guizot parecían seguros al iniciarse 1848; Guizot disponía de amplia mayoría en la Cámara: ejercía el "poder legal". Sin embargo, un ferviente deseo de libertad política y de igualdad social se extendía por toda Europa, cuanto menos desde 1840, y modelaba los criterios de conducta de una gran parte de la sociedad instruida y de unos incipientes núcleos obreros. La burguesía no había hecho unas reformas que íntimamente le repugnaban; no había querido renunciar al monopolio del Poder; y el habitual espíritu crítico burgués le llevó a oponerse a los gobiernos engendrados por ella y justificó así las censuras de sus adversarios.

Como un ejemplo de esto puede verse el tratamiento que se dio a la cuestión de la libertad de enseñanza. Si Guizot logró que se aprobara (28-VI-1833) la ley correspondiente a la enseñanza primaria, que se entendía como un servicio público y en la que se incluyó la enseñanza religiosa obligatoria, no consiguió que entrara en vigor un nuevo proyecto —aprobado por la Asamblea el 29 de marzo de 1837, pero no por la Cámara de los Pares— que habría de permitir la apertura de establecimientos de enseñanza no estatales.

*El fin de la monarquía de Luis Felipe*

Si los católicos no consiguieron, con los últimos gobiernos Guizot, la libertad de enseñanza que reclamaban con toda justicia, tampoco los políticos de la izquierda dinástica (Odilon Barrot) y de los partidos republicano y socialista (Ledru-Rollin, Arago, Blanc, etc.) vieron satisfechas sus ansias de reforma electoral. Hasta Thiers (centro izquierda) llegó a situarse en una actitud crítica. Todos unidos iniciaron una política de oposición a Guizot para solicitar la reforma electoral. Esta campaña acabó en el destronamiento de Luis Felipe y la proclamación de la República.

## 3. La solución belga

*El unionismo en el Poder*

La conjunción electoral unionista, católicos y liberales, había triunfado en las elecciones que se celebraron el 29 de agosto de 1831 después de la proclamación de Leopoldo I como rey de los belgas. Católicos y liberales decidieron mantener su unión ante la posibilidad de que los Países Bajos pudieran reanudar las hostilidades. Esta colaboración constituía para ellos la garantía de la continuidad de Bélgica como nación, a la vez que aseguraban la estabilidad de su régimen constitucional. Como ya se ha indicado, los católicos belgas aceptaron un sistema político organizado a partir de los principios del liberalismo doctrinario más por sentido de la oportunidad que por motivos ideológicos;

por su deseo de vivir libremente como católicos, ante la opresión que para ellos había supuesto el dominio de la casa de Orange. Su doctrina sobre la sociedad se inspiraba en los principios del tradicionalismo; hubieran deseado un constitucionalismo basado sobre los usos y costumbres nacionales, con una primacía de la sociedad sobre el individuo. Aceptaban el hecho de la desigualdad social y querían fomentar una evolución ordenada. Los liberales optaron por el unionismo porque supuso la expulsión de la casa de Orange, que era absolutista; no claudicaron de su racionalismo individualista ni de su laicismo.

*Los puntos de fricción*

Los primeros gobiernos de coalición no consiguieron una estabilidad prolongada. Las causas fueron diversas: el distinto modo de valorar los créditos para el ejército; los criterios para organizar los municipios y provincias, etc. Los católicos insistían en la libertad de las sociedades naturales y los liberales en la potencia del gobierno central.

*El gobierno Theux*

Leopoldo I se decidió en 1833 a nombrar jefe del gobierno a un católico, Theux (1794-1874), que formó un gabinete unionista. Los ministerios de Justicia y Hacienda los desempeñaban dos liberales. El gobierno Theux dio al país seis años de estabilidad política y gubernamental. Fueron años de desarrollo institucional y de progreso económico. Bélgica recibió una nueva organización provincial y municipal. La representatividad del gobierno quedó asegurada en casi todos los niveles. Los consejos municipales quedaron configurados como verdaderos parlamentos. Los alcaldes eran nombrados por el rey entre los miembros del Consejo municipal. Cada provincia tenía un Consejo electivo; al frente del Consejo estaba el gobernador, nombrado por el rey. Durante el gobierno Theux se reorganizaron también el jurado, el ejército y la enseñanza superior.

*Las dificultades de los católicos*

La actitud de Leopoldo I ante las leyes municipales mostró sus intentos de gobierno personal. El rey deseaba aumentar sus prerrogativas en el gobierno de las provincias y municipios. La oposición de los católicos constituyó un duro golpe para el rey. Los políticos católicos constitucionalistas entendían que un gobierno demasiado autoritario desvanecería su proyecto de difusión de ideas y actitudes católicas en la sociedad. El obispo mons. Sterckx alentaba y aceptaba la posibilidad de hacer compatibles las aspiraciones de libertad política con la fe católica y contribuyó a frenar la actuación del rey. Leopoldo trató de atraerse a los católicos conservadores después de la promulgación de la encíclica *Mirari vos* y llegó a presentar a los católicos constitucionalistas como menesianos. Esta actitud de Leopoldo se debía, en parte, a su formación conservadora; aunque protestante, reconoció siempre los derechos de la Iglesia en el ordenamiento jurídico ante los intentos laicistas de algunos liberales. Además veía en la Iglesia el mejor baluarte contra las tendencias radicales democráticas. La actitud de mons. Sterckx hizo posible la supervivencia de los católicos constitucionalistas.

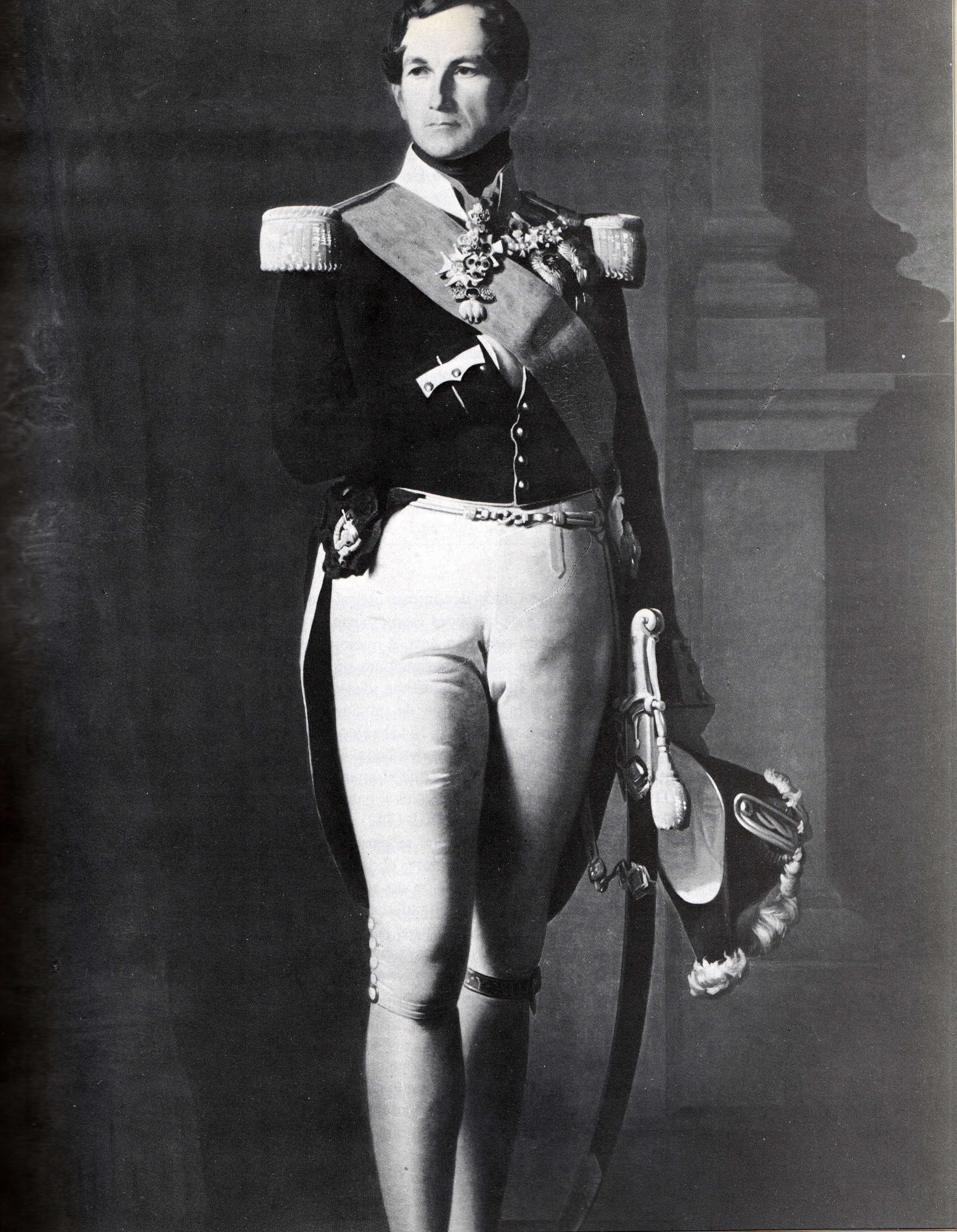
*El desarrollo económico de Bélgica*

La pasión del rey por intervenir en política dio buenos resultados en la gestión internacional y económica. Leopoldo fue un gran negociador y supo hacer presente a Bélgica en los ámbitos internacionales en que podía actuar con influencia. Contribuyó decisivamente a la política económica exterior de Bélgica.

La economía belga recuperó durante los años treinta el ritmo de crecimiento anterior a la revolución. La necesidad de abrir nuevos mercados llevó a los belgas a impulsar el establecimiento de ferrocarriles. Ya el gobierno provisional de 1830 había comprendido su importancia. El primer ferrocarril fue inaugurado en 1836. Era un tramo de la línea proyectada para unir la Renania con Ostende. Se trataba de encauzar por territorio belga el comercio entre la Alemania del sur y Gran Bretaña, y desviarlo de la ruta tradicional que atravesaba los Países Bajos. La expansión industrial y comercial belga fue grande. Se desarrollaron las sociedades anónimas y creció notablemente la industria del carbón y del acero.

La industria textil, especialmente la industria del algodón, progresó sensiblemente a pesar de los gravísimos momentos de crisis en los primeros años de la década de los treinta. Dos rasgos caracterizaron la industrialización de Bélgica: las innovaciones tecnológicas y de organización. Las innovaciones tecnológicas en la industria del vidrio, acero, zinc y maquinaria textil permitieron exportar tecnología. La mecanización de la industria pesada de Valonia hizo posible un alto rendimiento industrial. Las innovaciones agrícolas efectuadas desde finales del siglo XVIII permitieron a la Bélgica de los años cuarenta absorber su alto crecimiento demográfico. Bélgica tenía en la mitad del siglo XIX el segundo nivel de producción industrial de Europa. Sólo le superaba Gran Bretaña. La política económica belga fue hasta 1847 moderadamente proteccionista, pues se firmaron algunos tratados comerciales con diversas naciones de cierto tono librecambista. El tratado firmado con Francia en 1842, que le pérmitió aumentar sus

**Leopoldo I, rey de los belgas (1790-1865).** *Este cuadro de Franz Xaver Winterhalter, el retratista de los grandes personajes de mediados del XIX, recoge a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, al que el Congreso nacional belga le ofreció en 1831 la corona de la nueva nación que acababa de separarse del reino de los Países Bajos. Leopoldo, alemán de nacimiento, que había luchado de joven contra Napoleón en las campañas de 1805-1810 y 1813-1815, estaba naturalizado inglés por su matrimonio (1816) con Charlotte, la hija única y heredera de Jorge IV, que murió sin embargo un año más tarde. Si las revoluciones de finales del XVIII hicieron presagiar, entre tantas otras cosas, el final de las monarquías, los años del siguiente siglo pudieron contemplar que en Europa había más reyes que nunca. Lo cual provocó, de forma inevitable, una elevada demanda de príncipes. Los Estados alemanes se encargaron de enjugar esta demanda. Leopoldo de Sajonia-Coburgo es un caso más: heredero durante un año del Reino Unido, rehusó en 1830 la oferta de la corona de Grecia para aceptar, un año más tarde, la de Bélgica. No fue del todo fácil su tarea. La mayor parte de estos monarcas, educados en las formas del Antiguo Régimen, hubieron de enfrentarse con la tarea de consolidar las Constituciones liberales en los nuevos Estados que se les confiaron. Leopoldo I, rey de los belgas, tuvo sus dificultades derivadas, en buena parte, de que deseaba mandar personalmente. Con el tiempo acabó por aceptar el papel que le correspondía. Y pudo presidir así la paradójica situación de la alianza política de católicos y liberales que, como en tantos otros lugares, acabaría por romperse en torno a la cuestón de la enseñanza.* (Lauros-Giraudon. París.)



exportaciones de tejidos, tuvo como contrapartida la disminución de los derechos de entrada sobre los vinos franceses. Otros tratados comerciales con la Zollverein (1844), los Países Bajos (1846) y Estados Unidos (1846) contribuyeron a su progreso económico.

*La crisis del unionismo*

La firma por Guillermo I de los Países Bajos del tratado de los 24 artículos, en 1838, produjo una crisis en la razón de ser de la colaboración entre católicos y liberales. Garantizada la independencia de Bélgica, católicos y liberales estaban de acuerdo en el régimen constitucional, en el sistema censitario y en el modelo económico. Les separaba el modo de entender las consecuencias de la fe religiosa en la vida social. Paul Devaux (1801-1880), un político liberal, planteó antes que ningún otro la cuestión de fondo. Devaux escribió en 1839 que el porvenir pertenecía al liberalismo; era necesario, por tanto, reiniciar la lucha de las ideas. Los laicistas reaccionaban, de modo coherente con su modo de pensar, ante unos católicos que habían encontrado en la libertad del régimen constitucional unas buenas circunstancias para la difusión de su fe. La actitud de los laicistas más radicales se veía frenada por aquellos liberales que entendían que el partido liberal debía encarnar los ideales de la Constitución y representar un espíritu moderado.

*La continuación de la unión política*

El primer gabinete que se pudo denominar liberal fue formado por Lebeau (1794-1865), el 18 de abril de 1840. Los católicos le apoyaron en las dos Cámaras. Sin embargo, la mayoría unionista perdió cohesión ante el inicio de una política que llevaba consigo el apartamiento de los católicos de las funciones públicas y que amenazó el estatuto de la Iglesia en la enseñanza. El rey, que estaba identificado en gran medida con los ideales del unionismo, encargó la formación de un nuevo gobierno a Jean Nothomb (1805-1881). El gobierno Nothomb (13-IV-1841) se constituyó por la colaboración de liberales y católicos: cuatro liberales y dos católicos. Las elecciones, que se celebraron tras la constitución del gobierno, reflejaron que el cuerpo electoral seguía siendo básicamente unionista. La colaboración entre liberales y católicos hizo posible la aprobación de una ley sobre la enseñanza primaria (24-III-1842) por la que los municipios podían mantener una o varias escuelas, con lo que se garantizaba la posible existencia de escuelas católicas; y se reconocía a los sacerdotes el derecho a vigilar la enseñanza de la religión en cualquier centro. Esta colaboración no se extendió a la enseñanza universitaria. El proyecto de ley que otorgaba personalidad civil a la Universidad de Lovaina, fundada en Malinas en 1834, quedó rechazado por la oposición de los liberales más radicales. En junio de 1842 se aprobó una ley que para algunos supuso una cesión en el espíritu constitucional del sistema político: el poder central podría nombrar a los burgomaestres sin contar con el consejo municipal.

*Los avances liberales*

Las elecciones de 1843 reflejaron un avance de los liberales. El gobierno mantuvo su carácter unionista, aunque sólo había un ministro católico (Obras públicas). Crisis sucesivas pusieron de manifiesto la fragilidad del unionismo. Solamente Theux (31-III-1845) consiguió formar un gobierno unionista que logró dos años de estabilidad gubernamen-

tal. Los liberales comenzaron a prepararse activamente para las próximas elecciones. Crearon asociaciones y comités en todas las circunscripciones desde junio de 1846 y lograron una significativa penetración ideológica en el cuerpo electoral. Defacqz (1797-1871), Gran Maestre de la masonería belga, intervino activamente para fijar algunos puntos básicos del programa electoral: el más deseado era la exclusiva dependencia de la enseñanza pública, en todos sus niveles, de la Administración civil. Los liberales deseaban también una disminución de la cantidad que fijaba el censo electoral, a fin de que aumentara el número de electores. Las elecciones se celebraron en junio de 1847. Venció el partido liberal, que consiguió 57 escaños frente a 55. Rogier formó un gabinete liberal homogéneo.

Si en la Bélgica de 1847 se reflejaba parte de la crisis económica general de Europa, los años previos de expansión económica y su tradición de gobierno constitucional paliaron los efectos del movimiento revolucionario que se extendió por Europa a partir de 1848.

## 4. Las dificultades del liberalismo en la península ibérica

*La importancia del sufragio censitario*

Al igual que en los otros países del Occidente europeo en los que, en torno a 1830, triunfó —o se consolidó— el liberalismo, el régimen liberal español fue un asunto de minorías selectas, que aborrecían la democracia y el gobierno popular. Como ya se ha indicado más arriba, las revoluciones de 1830 fueron en líneas generales la gran revancha de la burguesía ilustrada contra el gobierno absoluto de los monarcas apoyados en la nobleza; pero aún más fue el desquite contra el democratismo extremado de 1793. El arma que les permitió mantener su victoria fue el sufragio censitario. El objetivo, la consolidación de las libertades públicas que descansaban, a su entender, en la libertad de conciencia. De forma casi inevitable estos regímenes liberales tendieron a chocar con la Iglesia.

*Los dueños del régimen liberal*

En España, y a partir del inicio de la regencia de María Cristina de Borbón en nombre de su hija la princesa Isabel —la futura Isabel II—, se pudo considerar implantado —al menos, en teoría— el régimen liberal. Un régimen que se quiso patrimonio exclusivo de un elitista grupo social constituido por tres sectores: en primer lugar, los pensadores doctrinarios que dieron las ideas y configuraron doctrinalmente el sistema. Junto a ellos, los hombres de negocios y los propietarios, que aportaron su fuerza económica y llegaron a confundir la riqueza con el derecho exclusivo al Poder mediante el sufragio censitario. Y en tercer término, los militares. Convertidos en los defensores del régimen a causa de la guerra que se desencadenó a partir de la muerte de Fernando VII, se hicieron pagar debidamente sus servicios de defensa de la corona y de la burguesía.

Todos estos grupos, de forma acorde con su pensamiento y su actitud vital, desconfiaron profundamente de lo popular; más aún: lo despreciaron. Esta incomprensión —muchas veces inconsciente, pero gravísima— se materializó en las distintas formas del capitalismo con la consiguiente explotación del pobre (jornalero del campo, obrero de la

fábrica) por el rico (propietario agrícola, industrial). Este fenómeno socioeconómico desembocaría en la formación del proletariado y daría lugar, a largo plazo, a las grandes subversiones sociales.

*La primera guerra carlista*

Si, desde el punto de vista de la ideología liberal, era preciso tener alejado y sometido al pueblo, en España, el desarrollo de la primera guerra carlista, por lo mismo que tuvo en muchos casos manifestaciones de levantamiento popular, contribuyó a consolidar la desconfianza de los liberales hacia el pueblo.

La guerra se inició en octubre de 1833. Los dos sectores enfrentados se deslindaron rápidamente. Si en un primer momento tuvieron lugar alzamientos en favor de don Carlos —o, más en general, del Antiguo Régimen, de las leyes históricas— en diversos lugares de España, los carlistas sólo lograron formar un frente coherente en el norte del país, en Navarra y las Provincias Vascongadas. Frente a ellos se produjo la alianza estrecha pero no muy lógica de la monarquía y los liberales, sólo explicable por cuanto la defensa de los derechos de Isabel II pareció el único camino para cerrar el paso a don Carlos. Detrás de la reina regente cerraron filas los tres sectores apuntados más arriba, junto con la casi totalidad de la nobleza, una vez que comprendió que el régimen liberal no le cerraba el acceso a los puestos de mando y no se proponía atacar sus propiedades. La causa del liberalismo y de Isabel II contó, además, con el apoyo de Francia, Gran

**María Cristina de Borbón, reina regente de España (1806-1878).** *Otro retrato de Winterhalter, en este caso el de la cuarta mujer de Fernando VII de España —de quien era sobrina, en cuanto hija de Francisco I, rey de Dos Sicilias, y de María Isabel, hermana de Fernando— y la única que dio descendencia —Isabel y Luisa Fernanda— al monarca español. Hay momentos en las vidas de los pueblos en que todo parece complicarse en exceso. Para España, agotada por las guerras napoleónicas y que acababa de perder la mayor parte de su inmenso Imperio, no fue precisamente fácil el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen. Los ya complejos problemas ideológicos se doblaron con las cuestiones sucesorias. María Cristina de Borbón, reina regente desde la muerte de Fernando (29-IX-1833) hasta su abdicación forzada en octubre de 1840, no dudó —muy en contra de sus particulares deseos— en vincularse al liberalismo que se le presentó como la garantía única de salvar los derechos de su hija, frente a las pretensiones del infante don Carlos María Isidro —el titulado Carlos V—, hermano de Fernando VII. No puede posiblemente calificarse de afortunada la gestión de la reina regente. O quizá no pudo hacer más. Un intento de frenar a los liberales en 1836 provocó una breve revolución que puso el poder en manos de políticos aún más radicales. Terminada la guerra carlista, María Cristina no fue ya necesaria: se la expulsó de España. Sólo volvió para la otra desafortunada gestión que fue el matrimonio de sus dos hijas. La revolución progresista de 1854 obligó a María Cristina a abandonar definitivamente el país. Y se retiró a Le Havre —donde murió— junto con su segundo esposo, el antiguo guardia de corps Fernando Muñoz, y los diez hijos que tuvo en este matrimonio morganático.* (Giraudon. París.)



Bretaña y Portugal. Don Carlos, por lo contrario, se vio prácticamente desasistido de ayuda exterior: las "potencias del norte" quedaban muy lejos. El número y el entusiasmo de los carlistas no alcanzó a compensar la escasez de medios con que hubieron de hacer la guerra. Tampoco abundaron entre sus filas las grandes cabezas directoras.

*Las dos fases de la guerra*

El desarrollo de esta primera guerra civil (1833-1839) tuvo dos fases claramente distintas. La primera, mientras los carlistas contaron con el genio militar de Zumalacárregui, se caracterizó por los frentes definidos y las operaciones lentas de objetivos limitados. Zumalacárregui, a pesar de la inferioridad de sus medios, aprovechó inteligentemente todas las ocasiones para ensanchar su base de operaciones. A fin de aumentar el prestigio y el crédito económico de don Carlos, buscó el dominio de una ciudad importante, Bilbao, en cuyo asedio murió. La nota característica de la segunda fase de la guerra (1836-1839) fueron las grandes expediciones carlistas, en un deseo de crear nuevos frentes y de extender el conflicto a toda la península. Una de estas expediciones llegó a alcanzar el Mediterráneo en Málaga; otra, dirigida personalmente por don Carlos, estuvo a punto de entrar en Madrid (1837). Pero en ningún caso estas expediciones supusieron un control efectivo del territorio. El régimen liberal tendía a afianzarse, mientras que el carlista perdía fuerza, minado por constantes disensiones internas. En 1839, el principal general de don Carlos, Maroto, llegó en Vergara a un acuerdo con el general liberal Espartero para poner fin a la guerra, en una paz en la que se quiso que no hubiera ni vencedores ni vencidos. Don Carlos tuvo que abandonar España. Poco después, con el sometimiento de los focos de Cataluña y el Maestrazgo —donde el general Cabrera (1810-1877) resistió hasta el último momento— terminaba la guerra civil.

*El gobierno de los moderados*

Si durante el desarrollo de esta larga y cruel guerra el carlismo prácticamente se deshizo —su escaso contenido ideológico se transformó en un simple y hondo sentimiento romántico—, la evolución de la España liberal tuvo características mucho más definidas. Los hombres que participaron en el golpe de Estado de 1832 y que luego quedaron en torno a María Cristina pertenecían, en líneas generales, al grupo moderado: propugnaban una reforma dirigida desde arriba y se oponían, por supuesto, a toda posible revolución violenta. Zéa Bermúdez, por ejemplo, no tuvo inconveniente en definir su sistema como despotismo ilustrado, tal como se había formulado en los años finales prerrevolucionarios del siglo anterior. Desde esta postura se negó a la cierta evolución política que se le exigía, a través de la convocatoria de Cortes y el establecimiento de un régimen representativo parlamentario. Cuando estas pretensiones se hicieron más exigentes, Zéa Bermúdez prefirió dimitir a transigir.

*El Estatuto Real (1834)*

Su sucesor al frente del gobierno, Martínez de la Rosa (1789-1862) —un antiguo liberal exaltado en las Cortes de Cádiz, muy atemperado ahora por el paso del tiempo y la experiencia—, restableció el sistema representativo por medio del Estatuto Real (1834), una Carta otorgada con muchos puntos de contacto con la que regía en Francia desde 1815 y que había sido simplemente retocada por la revolución de 1830. La doble Cámara que preveía el Estatuto se formaría por sufragio censitario. Las Cortes podrían "aconsejar" y "pedir": pero no tendrían propiamente el Poder legislativo.

*Las matanzas de frailes (1834)*

La oferta de Martínez de la Rosa no satisfizo a nadie. Se produjeron levantamientos dentro de las mismas filas liberales y el presidente del gobierno hubo de avenirse a ellos. En 1834 llegó a España la epidemia de cólera que ya había afectado a otros países de Africa y Europa. Lanzada la especie increíble de que eran los frailes los que habían provocado la epidemia al envenenar las fuentes, el 17 de julio de ese año fueron brutalmente asesinados en Madrid casi cien religiosos, entre franciscanos, mercedarios, jesuitas y dominicos. Las autoridades permanecieron pasivas ante el temor de ser tachadas de reaccionarias. Esta matanza fue una de las primeras manifestaciones externas del profundo cambio social, consecuencia del equívoco —malicioso o no— de identificar un determinado régimen político con la fe cristiana.

A mediados de 1835 Martínez de la Rosa fue sustituido por el conde de Toreno (1786-1843) que intentó acallar las protestas de los liberales exaltados con medidas anticlericales: expulsó a los jesuitas y cerró numerosos monasterios y conventos. Pero continuaron las protestas y en otoño del mismo año hubo de ceder el Poder a un liberal exaltado, Mendizábal (1790-1853), que llegaba precedido de la fama de hombre hábil en la gestión política y económica.

*El "sistema Mendizábal"*

El "sistema Mendizábal" se basaba en el poder del crédito. Cuando se hundió esta "solución", ante el desplome del crédito británico, Mendizábal pasó a enfrentarse con la Iglesia. Mediante tres decretos consecutivos, en 1835 y 1836, todas las propiedades de las órdenes religiosas fueron declaradas bienes nacionales. Fue ésta la importante revolución agraria llamada desamortización. Los llamados bienes nacionales podían ser adquiridos por el que pujase más alto y pagase en el momento de la compra el 20 % del valor del remate; el resto lo debería abonar en un plazo de dieciséis años. También se aceptaba el pago en valores de la deuda del Estado, aunque en este caso el plazo se reducía a ocho años. Los poseedores de títulos de la deuda realizaron un negocio excelente, pues estos títulos estaban muy depreciados: aquellos papeles de escaso valor real les supusieron de repente un gran valor nominal que les permitió quedarse con las tierras.

*Consecuencias de la desamortización*

Las consecuencias de la desamortización pueden ser consideradas desde cuatro puntos de vista distintos. Hacendísticamente, los resultados no fueron tan brillantes como pensaba Mendizábal: el erario público siguió en apuros y no mejoró la marcha de la guerra, que era una de las razones que habían empujado a lo que con razón se ha denominado "un inmenso latrocinio". Desde el punto de vista económico, la investigación actual se inclina igualmente por un balance negativo. Si es cierto que la extensión de tierra cultivada aumentó en un 80 %, esta mejora del sector agrícola produjo un "repliegue sobre la tierra" que frenó el proceso de inversión industrial que por entonces se estaba produciendo en casi todo el Occidente europeo. Las consecuencias sociales fueron también considerables: la desamortización generó una clase poderosa de propietarios, a la vez que el trabajador del campo salió altamente perjudicado. Igualmente importantes fueron las consecuencias políticas: el mismo Mendizábal había declarado que con estas medidas buscaba también la creación de un amplio sector social, incondicionalmente afecto al régimen liberal. Es innegable que esto lo consiguió, en un sentido similar a

como la desamortización francesa de finales del siglo anterior atemperó y afirmó los logros revolucionarios. Pero, también como en este caso, Mendizábal no logró todos sus objetivos: pues la nueva clase poseedora no se vinculó a las filas del liberalismo exaltado, sino al sector moderado. La gestión de Mendizábal supuso un duro golpe para su propio partido, el liberal progresista.

*El moderantismo*

Mendizábal cayó poco después y fue sustituido por Istúriz (1790-1871). Y éste meses más tarde, por Calatrava (1781-1847), un progresista exaltado que avivó las medidas desamortizadoras y antieclesiásticas. Durante su gobierno los progresistas, con mayoría en las nuevas Cortes, aprobaron la Constitución de 1837, más avanzada desde el punto de vista liberal que el Estatuto del 34 y que establecía la soberanía nacional, aunque sus principios electorales continuaban siendo censitarios. Poco después de ser jurada la Constitución cayó también Calatrava. Tras unas nuevas elecciones generales volvieron al Poder los moderados y en él se mantuvieron hasta 1840. Por estos años finales de la década de los treinta, se llamaba moderado al que no era ni carlista ni exaltado. Tras la experiencia de la demagogia de Mendizábal y Calatrava, el moderantismo comenzó a aparecer como un cuerpo coherente y con una altura intelectual de la que carecían sus adversarios. Su punto de inspiración fueron los liberales doctrinarios franceses, como Royer-Collard y Guizot. En España elaboraron la doctrina moderada Antonio Alcalá-Galiano (1789-1865), Andrés Borrego (1802-1891), Juan Donoso Cortés y Joaquín Francisco Pacheco (1808-1865). En síntesis, vinieron a sostener que lo que legitimaba el Poder no era la voluntad popular, sino la capacidad: el gobierno debía ser de los inteligentes o de los buenos. En cualquier caso la autoridad política debía ser usufructo de una minoría: era mejor para todos el gobierno de los mejores que no el gobierno de todos. El moderantismo resultó así una versión ligeramente actualizada del despotismo ilustrado del XVIII.

*La regencia de Espartero*

Antes sin embargo de que los moderados lograran imponerse plenamente, España hubo de pasar por una nueva experiencia del liberalismo progresista. En 1839 se llegó al final de la guerra carlista mediante el convenio de Vergara. Un año después María Cristina perdía la regencia. Ambos sucesos estaban conectados. Si María Cristina se había inclinado por los liberales había sido porque éstos defendían los derechos de su hija. Y si los liberales habían apoyado a la regente era porque esto se entendía condición precisa para impedir el peligro que representaba don Carlos. Desaparecido el pretendiente, María Cristina resultó innecesaria. Fue el general Espartero, un héroe nacional desde que logró terminar la guerra, el que desplazó tanto a María Cristina como a los moderados. Y el general don Baldomero Espartero (1793-1879) pasó a ejercer la regencia en lugar de la reina madre (1841).

Espartero se mantuvo en el Poder durante tres años azarosos. Era posiblemente algo mejor general que político. Pronto logró indisponerse con los mismos progresistas. Acostumbrado a ejercer su autoridad en el ejército, Espartero tendió a un gobierno personalista, marginando a sus propios compañeros de partido. La plana mayor del progresismo, con Salustiano Olózaga (1805-1873) a la cabeza, le abandonó; y hasta acabó dejándole solo el propio jefe del gobierno, Joaquín María López (1798-1855).

*Proteccionismo o librecambio*

Al creciente descontento político —que se tradujo en las inevitables conspiraciones y asonadas— se unió un no menos creciente descontento económico. Se discutían por entonces las distintas posturas proteccionistas y librecambistas. Espartero era un librecambista convencido y aunque no logró imponer por entero sus ideas, estableció unos aranceles muy bajos. Las protestas de los industriales fueron inmediatas, especialmente en Cataluña, donde Barcelona se declaró en rebeldía hasta el punto de que hubo de ser sometida militarmente después de bombardearla desde Montjuich. Estos hechos acabaron por arruinar el prestigio del regente al que se acusó de estar vendido a los británicos. Un nuevo pronunciamiento militar —en el que se unieron moderados y progresistas: Narváez, Serrano, Prim, etc.— derribó a Espartero. Los vencedores, a pesar de lo indicado por la Constitución vigente, declararon a Isabel II (1830-1904) mayor de edad, en noviembre de 1843. La reina tenía trece años. Comenzaba un nuevo reinado y un nuevo período de la historia española.

*La Constitución de 1845*

La revolución llevó al Poder en primer lugar a los políticos progresistas. Pero los moderados, más numerosos e influyentes, no tardaron en hacerse dueños de la situación hasta el punto de lograr gobernar ininterrumpidamente durante una década, mediante hombres como Alejandro Mon (1801-1882), Pedro José Pidal (1800-1865) y el general Narváez (1800-1868), el nuevo hombre fuerte de la situación. Con el Poder bajo su control, los moderados iniciaron una etapa constituyente que desembocó en la aprobación de la Constitución de 1845, muy en línea con el pensamiento doctrinario. La nueva Constitución reforzaba los resortes del Poder gubernamental; mantenía el sufragio censitario (sólo el 1 % de los españoles podía votar); permitía a la corona la designación de senadores; y, especialmente, no admitía el principio de la soberanía popular, al localizarlo en "el rey y las Cortes", de acuerdo —se dijo— con una vieja tradición española.

*La evolución económica*

Una de las preocupaciones constantes del régimen moderado fue la economía. Respondía al lema de Pidal de "convertir la revolución en conservación", es decir, dar por finalizada la era revolucionaria y organizar pacíficamente y con orden el disfrute de los logros de la revolución. La base de la recuperación económica fue la reordenación tributaria que llevaron a cabo Mon y Santillán (1845), y la fusión de los Bancos de San Fernando y de Isabel II en un único Banco estatal, realizada también por Santillán (1847). Entre 1844 y 1848 se obtuvieron avances tanto en el terreno de la Bolsa como en el de la industria, aunque más en el orden de los bienes de consumo que en el de los de producción. El intento de convertir a España en una potencia siderúrgica, tras unos ciertos éxitos iniciales en Andalucía, fracasó. Los logros asturianos en este campo son posteriores a 1848.

*Las "bodas reales"*

La paz y el modesto despegue económico e industrial no encontraron su correspondencia en unas relaciones internacionales aceptables. A finales de los años cuarenta la Cuádruple Alianza estaba ya muy debilitada, y España había quedado al margen. Esta situación penosa se puso de relieve cuando llegó la hora de casar tanto a la reina Isabel II como a su hermana, la infanta Luisa Fernanda (1832-1897). Después de mil proyectos, que provocaron tensiones ya que cada uno de ellos tenía implicaciones bas-

tante más profundas que las meramente sentimentales, las "bodas reales" españolas fueron decididas en la conferencia de Eu que celebraron Luis Felipe y la reina Victoria de Gran Bretaña, en septiembre de 1845. Sin intervención de delegados españoles y a espaldas de España, se decidió no sólo la renuncia de las casas británica y francesa a presentar sus respectivos candidatos, sino que Isabel II debería casarse con un príncipe de su propia familia "para bien de la paz europea".

En septiembre de 1846 contrajeron matrimonio Isabel II con su primo, el infante Francisco de Asís de Borbón (1822-1902), y Luisa Fernanda con Antonio de Orleans, duque de Montpensier (1824-1890) e hijo de Luis Felipe. El matrimonio regio, conforme a lo previsto por la propia Isabel II, fue desgraciado. Y para España no fueron mejores las consecuencias. La amistad con Francia quedó rota a partir de 1848; las relaciones con Gran Bretaña eran muy frías ya desde 1846. El embajador británico, sir Henry Bulwer (1801-1872), aleccionado desde Londres, se convirtió en el motor principal de las conspiraciones progresistas. Este partido radicalizó su actuación subversiva y comenzaron a darse manifestaciones de oposición directa al trono.

*Librecambio y anticlericalismo en Portugal*

Portugal, durante estos mismos años, tuvo una evolución peculiar, aunque no faltaran los puntos de contacto con la marcha general europea. Las primeras reformas económicas y administrativas, paralelas a las políticas, las comenzaron a introducir los liberales portugueses cuando aún se encontraban reducidos al dominio de las Azores (1832). Desde 1834, después de la derrota de don Miguel, parte de estas reformas fueron aplicadas en el continente. Mouzinho da Silveira, un convencido librecambista, decretó en mayo de 1834 el fin de las corporaciones, la supresión de la Junta de Comercio y de las Compañías de monopolio que, a mediados del XVIII, había creado en Portugal el marqués de Pombal. Sí se aplicaron, en cambio, con absoluto rigor las medidas anticlericales.

*El fracaso de la reforma agraria*

Desde el inicio de la regencia de don Pedro fueron suprimidas en Portugal todas las órdenes religiosas y secularizados sus bienes. Estas medidas implicaron la ruptura de relaciones con la Santa Sede. Con los bienes nacionalizados se intentó llevar a cabo una reforma de la propiedad agraria, relativamente similar a las que habían tenido lugar en otros países. Los resultados fueron también parecidos. No se llevó a cabo la reforma pretendida; todo consistió en un simple cambio de manos de la propiedad, que pasó de los religiosos a la nueva nobleza creada por los gobiernos liberales.

*El reinado personal de María II*

La muerte de don Pedro (IX-1834) permitió a María II (1819-1853) iniciar finalmente —a los 15 años de edad— su reinado personal. Sin gran formación política, a menudo mal aconsejada, autoritaria en sus decisiones, agravó frecuentemente a través de sus intervenciones personales la tensión política y las luchas civiles que por estos años conmovieron a Portugal.

*"Cartistas" y "septembristas"*

La unidad de los liberales se quebró poco tiempo después de su victoria sobre los miguelistas. El 8 de septiembre de 1836 tuvo lugar en Lisboa una revolución, apoyada por el ejército, que reclamó, frente a la Carta de 1826, la nueva puesta en vigor de la Constitu-

ción radical de 1822. Los "cartistas" —que nada tenían que ver con sus homónimos británicos de estos mismos años— querían un Poder monárquico fuerte y una representación nacional que favorecía a la aristocracia de sangre o de dinero. Se apoyaban, en general, sobre el mundo de los negocios y de los grandes terratenientes, sobre la gran burguesía comercial y la aristocracia de nuevo cuño enriquecida por las reformas de Mouzinho da Silveira y la venta de los bienes de las órdenes religiosas. Frente a ellos, los "septembristas" encarnaron una corriente racionalista y jacobina, muy influida por el pensamiento francés. Encontraron preferentemente su apoyo en las clases medias artesanas y del pequeño comercio.

*La decadencia de los septembristas*

Manuel Passos (1801-1862) fue el primer gobernante septembrista. Restableció la Constitución del 22 y convocó nuevas Cortes constituyentes. Tanto él como su sucesor —Sá da Bandeira— lograron imponer algunas reformas importantes, en el orden de la educación y en el de la administración de las colonias africanas. Sá da Bandeira abolió en 1836 la trata de negros. Sin embargo, estos primeros gobernantes septembristas hubieron de enfrentarse permanentemente con una situación interior inestable. A partir de 1838 esta corriente ideológica experimentó un retroceso, patente en la decisión de las Cortes de aprobar una nueva Constitución menos radical que la de 1822. Las elecciones de enero de 1842 confirmaron —precisamente en Oporto, plaza fuerte del septembrismo— la recuperación de la corriente cartista. El 10 de febrero del mismo año, António Bernardo Costa Cabral (1803-1889), conde de Tomar —a partir de 1845— y cabeza de los cartistas, restableció la Carta del 26 e inauguró un gobierno dictatorial. Esta victoria del cartismo coincidió con la renovación del tratado comercial luso-británico de 1810, que supuso la eliminación del proteccionismo impuesto por los septembristas en 1837.

*El "cabralismo"*

Costa Cabral se mantuvo en el Poder durante cuatro años, gracias al apoyo y confianza de la reina. Consiguió restablecer las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, aunque sus logros mayores fueron en política interior. Publicó en 1842 el primer Código administrativo portugués. Bajo su gobierno se trazó el primer proyecto de construcción de ferrocarriles. Tuvo el apoyo de la aristocracia liberal, enriquecida como él por medio de las finanzas, el comercio y la venta de los bienes nacionales. Pero el "cabralismo" —que presenta cierto parentesco con el moderantismo coetáneo de Narváez, en España— adoleció de una concepción excesivamente autoritaria del Poder y de un cinismo considerable en materia electoral.

*Los precedentes de la crisis*

Hacia 1846 la crisis política, económica y social que habría de conturbar a toda Europa a partir de 1848, comenzó también a hacerse presente en Portugal. Desde marzo de dicho año, una agitación popular casi permanente produjo el exilio temporal de los hermanos Costa Cabral en España. Esta agitación se transformó, a partir del mes de octubre, en una situación de anarquía generalizada que propició el estallido de una nueva guerra civil, cuando los septembristas se alzaron en diversos puntos del país.

La situación llegó a ser tan grave y tan confusa que el *premier* británico, Palmerston —que veía amenazados los intereses comerciales británicos— se decidió a intervenir.

La *Royal Navy* bloqueó Oporto y con el apoyo de tropas españolas que operaban por tierra, impuso el 30 de junio de 1847 la Convención de Gramido que restableció el *statu quo* anterior.

## 5. El "Risorgimento" y los Estados Pontificios

*La hora del "Risorgimento"*

El fracaso de las sublevaciones que en 1831 conmovieron a diversos Estados del centro de Italia supuso la purificación de los movimientos emancipadores que pudieron pasar así a enfrentarse con la gran tarea de llevar adelante el *Risorgimento.* Pusieron punto final a los intentos de simples correcciones de detalle del Antiguo Régimen y se aprestaron a la empresa de estructurar una sociedad por entero nueva: hacer Italia. Una tarea grande que se doblaba en la mente de muchos de los protagonistas del *Risorgimento* por la tarea aún mayor de una completa reconstrucción de Europa a partir de la nueva y joven Italia.

*La existencia de los Estados Pontificios*

Eran muchas las dificultades que encontraba la realización de este gran proyecto. En primer término, la existencia de los diversos Estados italianos que se sabían llamados a desaparecer si la empresa unificadora salía adelante y que lógicamente se resistían a secundarla. Esta primera gran dificultad incluía el hecho de que era en la península itálica donde se encontraban los Estados Pontificios, considerados por muchos como garantía imprescindible de la libertad de la Iglesia. Los Estados italianos eran Estados católicos; como también eran católicos muy buena parte de los hombres que deseaban impulsar el *Risorgimento.* ¿Cuál sería la actitud de Roma?

*Liberalismo y fe cristiana*

Junto a estos hechos, ya de por sí complejos, la segunda gran dificultad derivaba de que, después de las revoluciones de 1830, Europa había quedado dividida. E Italia se encontraba entre un Imperio austríaco, afirmado en el Antiguo Régimen y por lo mismo partidario del *statu quo* italiano, y una Francia lo suficientemente liberal como para desear cambios que le permitieran extender su ideología y recuperar en Europa el puesto directivo que la Restauración le había negado durante quince años. Enlazada esta dificultad con la anterior daba lugar a una nueva pregunta: ¿sería en Italia posible llegar a un Estado unitario o federal, pero que respetara la fe, o descansaría la reconstrucción querida en la ideología liberal con la consiguiente marginación de los católicos?

Cuestiones evidentemente no fáciles de responder y que permiten hacerse cargo de la pluralidad de proyectos que se albergaron bajo el nombre genérico de *Risorgimento:* los años que transcurrieron en Italia entre los dos ciclos revolucionarios de 1830 y 1848, y salvo momentos aislados de excepción, fueron años tranquilos en lo que se refiere al orden público. La agitación residió en los espíritus. Las energías acumuladas durante estos años se desencadenarían a partir de 1849 en un vivo proceso que sólo habría de culminar con la toma de Roma en 1870.

*Mazzini*

La primera revelación en la Italia de los años treinta fue Giuseppe Mazzini (1805-1872). Había nacido en Génova en 1805, cuando la capital de la vieja república mediterránea formaba ya parte del Imperio de Napoleón. Su padre era un jacobino. Su madre, una mujer profundamente religiosa. Mazzini se formó a partir de las ideas de Rousseau, adaptado por Saint-Simon. Estudió jurisprudencia. Se hizo carbonario. Detenido en 1830, fue en la cárcel donde tuvo la primera revelación de su misión político-religiosa que le llevaría a fundar un año más tarde en Marsella la sociedad *Giovane Italia.* Para Mazzini, Dios había dado a una Italia regenerada la misión de guiar a todos los pueblos hacia la unidad, la fraternidad y el bienestar. Marginado el viejo cosmopolitismo dieciochesco de Buonarroti o La Fayette, que había arrastrado en su fracaso a las sociedades secretas —la masonería, la Carbonería, etc.—, el nuevo ideal era la fraternidad de los pueblos y la fe, de carácter religioso, en la patria individual. La regeneración de Italia —y después de Europa entera: Mazzini fundó en Berna, en 1834, la sociedad *Joven Europa*— debería venir de ella misma, de un gran movimiento popular de emancipación nacional. Giuseppe Mazzini, un hombre melancólico, de carácter difícil, solitario, tranquilo, se convirtió, a través de la difusión de sus ideas, en uno de los individuos más temidos y odiados de Europa. Expulsado de Francia; expulsado también de Suiza, se estableció en Londres desde donde dirigió los movimientos revolucionarios pero, sobre todo, una activa propaganda. Con Mazzini nos encontramos en los albores de la democracia. Por eso mismo, si su postura religiosa —que descansaba en la libertad de conciencia, de innegables raíces jansenistas y protestantes— le llevó a enfrentarse con la Iglesia y los católicos, los mayores y más resueltos enemigos de Mazzini fueron los liberales.

*El sentimiento nacional*

Pues si Mazzini empleó sistemas viejos —levantamientos, insurrecciones, golpes de mano— lo hizo con una mentalidad nueva: todos estos movimientos tuvieron a la vez el sentido profundo de dar a conocer a las masas un programa —unitario, democrático, republicano— que eran las masas las que tendrían que llevarlo a cabo. Hay que reconocer que Mazzini no tuvo mucho éxito y que el eco que alcanzó a levantar su ardiente predicación fue más bien escaso. Mazzini entusiasmó a los ambientes ciudadanos, a la juventud universitaria, a lo que —con cierto anacronismo— podrían llamarse los medios intelectuales. No llegó sin embargo a la burguesía, que prefirió acogerse a los principios del liberalismo doctrinario, y menos aún al pueblo: en su desconexión con las masas campesinas se puede encontrar la explicación del fracaso habitual de todas sus intentonas, por ejemplo, la de 1834 en la que participó, por primera vez, otro de los grandes revolucionarios italianos de estos años: Giuseppe Garibaldi (1807-1882).

*La otra cara del Risorgimento*

En paralelo con la actividad revolucionaria de Mazzini, y en contra de ella, apareció en Italia, durante los años treinta y cuarenta, lo que podría llamarse la otra cara del *Risorgimento:* la pléyade de escritores, pensadores y hombres políticos que, conscientes al igual que Mazzini de la necesidad de una unidad de Italia que fuera algo más que un mero compromiso político, que supusiera una renovación profunda de la ciudadanía capaz de responder a la convocatoria de unos tiempos nuevos, de una nueva sociedad, entendieron en un primer momento que tal renovación podía discurrir por los cauces de un liberalismo no forzosamente reñido con la fe católica.

*Manzoni y Pellico*

Los precursores inmediatos de este sentido del *Risorgimento* fueron Alessandro Manzoni (1785-1873) y Silvio Pellico (1789-1854). El primero escribió, entre 1821 y 1827, *I promessi sposi*. La segunda edición de su gran novela salió después que Manzoni viajara a Toscana para captar el uso vivo de la lengua. El *Risorgimento* tuvo una profunda connotación literaria: si se quería hacer un pueblo se precisaba una lengua común. Pellico, encarcelado por los austriacos en 1820 después de participar en una de las intentonas revolucionarias que tuvieron lugar en esa fecha, recorrió durante más de diez años las cárceles de Santa Margarita, en Milán, *i piombi* venecianos y Spielberg, cerca de Austerlitz. Tras su liberación, en 1832, publicó *Le mie prigioni*. En un tono edificante y humilde, narraba cómo había vuelto a la fe religiosa durante sus años de prisión. El libro, que tuvo un gran éxito, fue unánimemente interpretado como una repulsa del sistema austriaco. Manzoni y Pellico: dos conversos, dos románticos, dos liberales. Se encuentra en ellos una de las claves decisivas del *Risorgimento:* la posibilidad de vincular fe y liberalismo. Una línea que sería seguida por Niccolò Tommaseo (1802-1874), que publicaba en 1835 *Dell'Italia,* una apología ardiente de la unidad de la península, que incluía la obligada expulsión de los austriacos y la fe en que se mantuviera y consolidara la unión del cristianismo y de la libertad.

*Gioberti*

Un año destacado, dentro de esta línea del *Risorgimento,* fue el de 1843. En esa fecha aparecieron dos obras literarias importantes. Vincenzo Gioberti (1801-1852) publicó *Del primato morale e civile degli italiani;* y Cesare Balbo (1789-1853), *Delle speranze d'Italia.* El primero era un sacerdote turinés, profesor en 1825 de la Universidad de su ciudad natal, capellán un año más tarde de la Corte piamontesa de Carlos Alberto. Encarcelado y desterrado por su participación en los movimientos revolucionarios de 1831, entre 1834 y 1845 enseñó filosofía en el Instituto Gaggia, de Bruselas, donde elaboró su ontologismo filosófico. Católico fervoroso, ardoroso anticlerical, llegaría en 1848 a presidir la Cámara de diputados del reino de las Dos Cerdeñas e incluso a dirigir el consejo de ministros piamontés ese mismo año, durante algunos meses. En 1849 fue nombrado embajador del Piamonte en París.

Gioberti fue un declarado adversario del Poder temporal de los Papas, a la vez que plenamente fiel a su autoridad espiritual. En *Del primato* defendía que la regeneración italiana y de Europa entera vendría del Papa, a quien le correspondía presidir la confederación de los Estados italianos. La Iglesia, liberada del poder de los jesuitas —seguía diciendo Gioberti—, se convertiría en el motor de la civilización. Cesare Balbo, por su parte, coincidía con Mazzini y con Gioberti en que Italia era la nación que se debía encontrar espiritualmente a la cabeza del mundo cristiano y en el centro de la Europa mediterránea. Para conseguir la unidad, Balbo no vacilaba en predicar la guerra contra Austria, dirigida por Piamonte, pues era la casa de Saboya —a su entender— la llamada a realizar el deseado proyecto unificador.

*La postura de Gregorio XVI*

El aspecto difícil de toda esta cuestión estribaba en que ni el Papa Gregorio XVI ni sus sucesivos secretarios de Estado —Bernetti (1779-1852) hasta 1836; desde esta fecha, Lambruschini (1776-1854)— parecían sentir el menor entusiasmo ante las incitaciones que les dirigían los católicos y liberales italianos para que, quizá sin olvidar su dimen-

sión espiritual, pero especialmente centrados en una empresa temporal y cultural, encabezaran los esfuerzos que deberían conducir a la unidad política de la península.

Gregorio XVI había llevado a la práctica muy pocas de las reformas que se le pedían en el *memorándum* que, por inspiración francesa, se le había dirigido después de los acontecimientos revolucionarios de 1832. Lo mismo sucedió con las recomendaciones que hizo Palmerston para eliminar la tensión revolucionaria y reforzar el *statu quo*. Gregorio XVI consideró los Estados Pontificos como inalienables. Contra la imagen sombría que de él trazaron precisamente los historiadores del *Risorgimento,* es preciso recordar que no permitió la injerencia de las grandes potencias en Italia; reivindicó con firmeza, allí donde fue preciso, los derechos de la Iglesia frente al Estado; aceptó todos los regímenes políticos (por ejemplo, las nuevas repúblicas de Iberoamérica); y si condenó con firmeza a Lamennais, Bautain o Hermes, igualmente supo acoger paternalmente los intentos renovadores de un Rosmini o los pasos primeros de una reactualización del tomismo. Pero, por supuesto, lo que no hizo Gregorio XVI es convertirse en cabeza de los intentos de una Italia unificada: su tarea era religiosa y no cultural.

*Las críticas a los Estados Pontificios*

Si a esto se añade la crisis financiera, económica y social en que casi permanentemente vivieron los Estados Pontificios durante su reinado, se comprende que la publicística del *Risorgimento* iniciara un giro y se orientara hacia otros horizontes. Cuatro obras aparecidas en 1846 dan testimonio de ello. Giuseppe Torelli (1816-1866) publicó ese año *Pensieri sull'Italia di un anonimo lombardo:* era precisa la expulsión de los austríacos; Italia se debería dividir en tres grandes reinos: Saboya en el norte; el de la Italia central; y el del Mediodía. Roma quedaría como ciudad libre. Giacomo Durando (1807-1884) fue el autor de *Della nazionalità italiana:* se debía respetar al Papa como jefe de la Iglesia; pero había que acabar con los Estados Pontificios. Massimo d'Azeglio (1798-1866), yerno de Manzoni, escribió *Degli ultimi casi di Romagna*. Sus puntos de vista coincidían con los de Cesare Balbo y contenían parecidos ataques a los Estados Pontificios, aunque d'Azeglio se proclamara fiel cristiano. Una postura muy similar fue la mantenida por Leopoldo Galeotti (1813-1884) en *Della sovranità e del governo temporal dei Papi.*

*Vinet*

Si a esto se añade la actividad de los liberales toscanos (G. Vieusseux y G. Capponi) o de los neogibelinos (F. D. Guerrazzi y G. Montanelli) o la más escasa, pero también de interés, de los republicanos federales (G. Ferrari y C. Cattaneo) se comprende que cada vez apareciera como más lejana la posibilidad soñada de una vinculación entre la fe católica y el liberalismo como núcleo posible de una Italia unificada. De hecho, además, el liberalismo en el sentido más estricto del término se había ido afirmando por estos años. En 1842, un pastor protestante ginebrino, Alexandre Rodolphe Vinet (1797-1847), había publicado *Sur la séparation de l'Église de l'État:* siendo la religión —decía— un acto de adhesión espontánea, resultaba inadmisible el concepto de religión de Estado. A partir de este libro, y de sus propias convicciones personales, había elaborado su teoría de las relaciones entre los dos poderes Camilo Benso, conde de Cavour, que por entonces dirigía e inspiraba en Turín el periódico titulado *Il Risorgimento.*

*La elección de Pío IX*

En esta situación, la única solución posible para resolver la tensión existente entre la corriente nacionalista y liberal y la Iglesia, era la altamente improbable de que apareciera un Papa "liberal". Y esto fue justamente lo que pareció suceder en 1846, a la muerte (1-VI) de Gregorio XVI. Contra todas las previsiones, ante el asombro de Metternich, resultó elegido Papa el cardenal Mastai-Ferretti, que tomó el nombre de Pío IX (1792-1878).

Todos aseguraban que era un liberal. No parece exacta, sin embargo, esta afirmación que se basaba en sus notables cualidades humanas de afabilidad; en que se sabía que había leído a Gioberti y que era sensible a los problemas de la unidad nacional; y en las circunstancias de su elección. Los cardenales *zelantes* se inclinaban por Lambruschini, el último secretario de Estado de Gregorio XVI; los moderados, por Mastai-Ferretti; y a éste acabaron votando los cardenales con fama de más liberales, que hasta el momento habían mantenido el nombre de Gizzi (1787-1849). Pío IX, quizá para tranquilizar a los conservadores, confió su encíclica de presentación (9-XI-1846) a Lam-

**Gregorio XVI.** *Nacido en Belluno, en 1765, monje camaldulense, publicó en 1799, el mismo año de la muerte de Pío VI en el cautiverio, en uno de los momentos más sombríos de la Iglesia en los tiempos contemporáneos, una obra titulada* Il trionfo della Santa Sede *que contenía una exaltación de la soberanía del Papa y el desarrollo de la doctrina de la infalibilidad pontificia. Pío VII hizo cardenal, en 1814, a Mauro Cappellari. León XII le confió en 1826 la Congregación* De Propaganda Fide. *Y a la muerte de Pío VIII, en 1831, tras un largo cónclave de más de cincuenta días de duración, el cardenal Cappellari fue elegido Papa y tomó el nombre de Gregorio XVI. Muchas y complejas fueron las cuestiones a las que hubo de hacer frente el nuevo Romano Pontífice: desde las revoluciones liberales en sus propios Estados, hasta los problemas doctrinales que plantearon, entre otros, Lamennais, Bautain o Bonnety. Ante el primero, Gregorio XVI adoptó la postura enérgica que se refleja en sus encíclicas* Mirari vos *(1832) y* Singulari nos *(1834). No consiguió el sometimiento de Lamennais. Por lo contrario los amigos y discípulos de Lamennais, lo mismo que Bautain y Bonnety, sí permanecieron fieles a la Iglesia. Al iniciarse el pontificado de Gregorio XVI, la reclamación de libertades se había convertido en un elemento de confusión. Si había producido, por un lado, la emancipación de los católicos del Reino Unido o de Bélgica, la situación en Polonia no era nada clara. Contra su monarca legítimo, el zar Nicolás I, se habían alzado revolucionariamente los polacos, católicos en su mayoría. Se reclamaban cosas tan dispares que no ha de extrañar que los sublevados, antes de luchar contra los rusos, se hubieran enfrentado sangrientamente entre sí. La intervención de Gregorio XVI, que reclamó de los polacos el sometimiento al zar, a la vez que exigió a Nicolás que respetara la Constitución de 1815, contribuyó a incrementar la confusión de un ambiente apasionado. Gregorio XVI fue mal interpretado, pues el zar no hizo pública la carta que el Papa le había dirigido. Sólo algunos años más tarde (1845) —y esto muestra el cuadro que se reproduce— la visita de Nicolás I a Gregorio XVI permitió que la situación polaca se clarificara, al lograr la Iglesia la firma de un Concordato que salvaguardó los derechos de los católicos súbditos del zar.*



bruschini, que hizo en la *Qui pluribus* una excelente síntesis de las posiciones doctrinales clásicas, unida a la renovada condena del racionalismo, fideísmo y liberalismo religioso, e igualmente de las tendencias socialistas y comunistas.

*Las reformas de Pío IX*

El cardenal Mastai-Ferretti había publicado en 1845 unos *Pensieri relativi all'Amministrazione pubblica dell Stato pontificio*. Ya Papa, los puso en práctica. Se decidió la construcción de un ferrocarril en los Estados Pontificios y la iluminación de las calles de Roma con gas. Pío IX proyectó un Instituto para la mejora de los métodos agrícolas y la educación rural. Garantizó un cierto grado de libertad de prensa. Visitó personalmente las cárceles como parte de un programa de reforma de las prisiones. Se habló de liberalizar el Código Penal. Se simplificaron los trámites administrativos. Se eximió a los judíos romanos de la asistencia acostumbrada a los sermones. Creó el Papa una *Consulta* de juristas elegidos por voto indirecto y presididos por un cardenal. Pero, sobre todo, concedió una amnistía (VII-1846) a sus adversarios políticos, que le convirtió en ídolo de los liberales de toda Italia, y que fue puesta como ejemplo a los otros soberanos italianos. El paso final, ya en 1848, fue la concesión de un Estatuto –una especie de Carta otorgada– para el gobierno temporal de los Estados Pontificios, que incluía el nombramiento de un gobierno del que podrían formar parte laicos, y de dos Cámaras, una de ellas de elección popular.

*Las reformas en Toscana y Piamonte*

Al ejemplo de los cambios introducidos en Roma, el gran duque de Toscana, Leopoldo II (1824-1859), liberalizó en sus Estados la legislación de prensa, creó una Guardia Nacional e inició conversaciones con los Estados Pontificios y el reino de las Dos Cerdeñas para la constitución de una unión aduanera, similar a la que ya vinculaba a parte de Alemania. El gran duque otorgó, también en 1848, una Constitución a Toscana. Carlos Alberto de Saboya no se quedó atrás: liberalizó el régimen de prensa; creó una Cámara de Casación; autorizó la publicidad de los debates judiciales; suprimió viejos privilegios de otros tiempos; y llevó a cabo una profunda reforma administrativa calcada de la vigente en Francia. Fueron estos dos años primeros del pontificado de Pío IX un periodo netamente reformista –no sólo en Roma– que parecieron dar la razón a los neogüelfos que, como Gioberti, pensaban en una posible Italia federal encabezada por el Romano Pontífice.

*Rosmini, en Roma*

Es posible que, de alguna forma, el punto culminante de todo este proceso viniera marcado por la llegada a Roma, en el mismo año 48, de Antonio Rosmini-Serbati (1797-1855) como representante del Piamonte ante Pío IX. Rosmini había nacido en Rovereto (Tirol italiano) en 1797. Ordenado sacerdote en 1821, había acudido poco después a la Ciudad Eterna llamado por Pío VII. Muerto su protector, volvió a Milán donde, en 1828, fundó dos congregaciones religiosas: el Instituto de la Caridad, para sacerdotes y laicos, en el Monte Calvario de Domodossola, y las Hermanas de la Providencia.

Rosmini, animado por Pío VII, había iniciado una reforma de la filosofía. Para evitar el cartesianismo, y después de estudiar detenidamente a Santo Tomás de Aquino, acabó por acercarse al ontologismo que poco antes había sido resucitado en Italia por

Gioberti. Como el tradicionalismo y el fideísmo —las otras concepciones antirracionalistas de la época— tampoco el ontologismo era nuevo. Sus raíces podían encontrarse en el platonismo, en Clemente de Alejandría y Orígenes, San Agustín y San Buenaventura. A finales del siglo XVII había encontrado un gran expositor en Malebranche (tan vivamente combatido por Bossuet a causa precisamente de esta posición doctrinal). En líneas generales, el ontologismo mantiene que Dios y las ideas divinas son el primer objeto de la inteligencia humana; que el hombre tiene una percepción inmediata de Dios; y que la intuición humana de Dios es el primer paso del conocimiento intelectual. La inicial relación amistosa entre Gioberti y Rosmini se fue agriando con el paso del tiempo, precisamente en razón de sus diferencias filosóficas.

*Las expectativas de Rosmini*

Los años más fecundos de Rosmini fueron de 1837 a 1848, en que interrumpió su investigación y estudio para trasladarse a Roma. Aquí prestó destacados servicios a la Santa Sede, de forma especial en las relaciones con el gobierno austríaco. Rosmini, cardenal *in pectore,* del que se habló insistentemente como posible encargado del ministerio de Instrucción dentro del gobierno Rossi de los Estados Pontificios, e incluso como presidente del mismo consejo de ministros, no vio cumplidas ninguna de estas expectativas.

*El pensamiento de Rosmini*

Rosmini, respetado por su vida íntegra y piadosa, pero ya controvertido por sus concepciones filosóficas —que en nada agradaban a Pío IX— publicó a su llegada a Roma dos obras que intentaron encuadrar el problema de la Iglesia dentro del *Risorgimento.* Una de estas obras fue *Della cinque piaghe della Chiesa.* Rosmini lamentaba en ella la separación entre el clero y los fieles en los actos de culto; la insuficiencia de la formación de los eclesiásticos; la ausencia de un verdadero cuerpo episcopal cuyos miembros estuvieran en frecuente contacto entre sí; y la intervención de los monarcas en la elección de los obispos: éstos deberían ser elegidos por el clero y el pueblo (esta afirmación llevó el libro de Rosimini al *Index,* en 1849). Insistía, por último, en la necesidad de una más profunda y real pobreza eclesiástica.

También su otro libro *—La Constituzione secondo la giustizia sociale—* sería incluido en el mismo año en el *Index.* Rosmini, que no era liberal, aceptaba sin embargo el sistema constitucional a condición de que nada tuviera que ver con la Revolución Francesa a la que aborrecía. Rosmini insistía en su obra en que la función esencial de la Constitución de un Estado había de ser salvaguardar el derecho natural y los derechos de la Iglesia. Opuesto a liberales y progresistas, pedía un régimen censitario en el que no se pudiera elegir a los no-católicos, y que protegiera a los más necesitados, a los pobres, pero sin que éstos pudieran intervenir en la gobernación del Estado, pues sería contrario al bien común.

*El fondo de la cuestión*

Rosmini, que aceptó ejemplarmente las decisiones de la autoridad eclesiástica sobre sus dos obras, presentó el problema que entrañaba el *Risorgimento* con toda su crudeza y profundidad. Era algo más que un mero sistema de reorganización política de la península itálica. Lo que el *Risorgimento* ponía en discusión —al margen de los entusiasmos pasajeros del inicio del pontificado de Pío IX o de los sueños anteriores de Gioberti—

era, lo mismo que en otros países de Europa por la misma época, la viabilidad de la Iglesia en el mundo nuevo que el liberalismo estaba alumbrando, salvo que la Iglesia optara por reformas muy profundas que le permitieran, manteniéndose fiel a sí misma, acoger toda una multitud de planteamientos vitales inéditos.

Muy posiblemente éstas eran las dudas e inquietudes de Pío IX, tras sus iniciales pasos reformadores, cuando la revolución de 1848 sacudió a toda Europa y, en ella, a Italia, a los Estados Pontificios y a la Iglesia misma.

## 6. La cuestión religiosa en Suiza

*La estructura de la Confederación Helvética*

Suiza era en 1830 –y desde 1815– una Confederación de Estados soberanos unidos con el fin de garantizar su independencia y mantener el orden público en su interior. El Pacto Federal de 1815 había dotado a Suiza de un órgano de gobierno supracantonal: la Dieta. Cada cantón estaba representado por un voto. El número total de cantones era 22. Los cantones tenían competencias para tratar con otros reinos o repúblicas tanto asuntos económicos como jurídicos. Podían también firmar capitulaciones militares. En los casos de declaración de guerra o firma de paz se exigía en la Dieta una mayoría de tres cuartos. Tres cantones –Zurich, Berna y Lucerna– ocupaban alternativamente la Presidencia de la Dieta *(Vorort),* que carecía de capacidad ejecutiva. Su función equivalía a un secretariado permanente.

*Conservadores y revolucionarios*

A partir de 1815 los cantones se otorgaron las Constituciones que autónomamente decidieron y que estaban inspiradas, por lo general, en los principios del Antiguo Régimen. Un hecho significativo era la prohibición de establecerse en un cantón distinto al de origen. Cada cantón tenía su legislación, su moneda, su ejército y su bandera. Desde 1815 Suiza conoció una era de prosperidad económica y, de modo simultáneo, un florecer de inquietudes políticas. Los cantones suizos se habían convertido en el refugio tanto de exiliados bonapartistas, como de revolucionarios italianos y alemanes, expulsados de sus respectivos países. Muchos de los refugiados alemanes eran universitarios; su trabajo en la enseñanza supuso una gran influencia en la juventud, de modo especial en los cantones de lengua alemana. Metternich, temeroso de que Suiza se convirtiera en un foco revolucionario, obligó a los cantones a imponer severas medidas de control sobre los ideólogos de los tiempos nuevos.

La prosperidad material no significaba que en el interior de los cantones de la Confederación la paz se hubiera alcanzado. Los partidarios del Antiguo Régimen que gobernaban en Lucerna, Friburgo, Soleure, Berna y algunos cantones más pequeños, mantenían una actitud de gran recelo ante el espíritu revolucionario que latía en los núcleos políticos de algunos cantones de lengua alemana.

*El problema religioso*

Las tensiones confesionales volvieron a plantearse, pues algunos cantones católicos habían declarado el catolicismo religión oficial; el Valais (cantón católico) no autoriza-

ba otro culto público; en el cantón de Vaud, por lo contrario, se prohibió el culto católico. En determinados cantones mixtos la actitud ponderada de León XII hizo posible el establecimiento de tratados con la Santa Sede.

Los gobiernos que se sucedieron entre 1815 y 1830 fueron por lo general eficaces y la gran mayoría de los ciudadanos encontraban un modo de vida apacible. Sin embargo la desaparición de las libertades públicas, consecuencia del retorno a formas políticas inspiradas en el Antiguo Régimen, fue para los liberales motivo continuo de intriga política.

Desde 1825 se acentuaron las tensiones de raíz política y religiosa. Los aristócratas y conservadores, tanto protestantes como católicos, se enfrentaron a los liberales partidarios de la igualdad de derechos, propensos a una cierta secularización de la vida social, y opuestos al espíritu cantonalista muy aceptado por los católicos como garantía de autonomía con vistas a la regulación de la enseñanza.

Los profesionales y los hombres de pensamiento estaban afectados por la pérdida de las libertades, a la vez que constataban la debilidad exterior de la Confederación ante las potencias extranjeras. Estos hombres, jóvenes en su mayoría, se habían formado en el ambiente de la Revolución y para ellos el Antiguo Régimen no poseía ningún atractivo. Una gran parte de la juventud de la Confederación estaba animada por un ideal de unidad nacional y libertad. Este ambiente se conservaba, pues los partidarios del Antiguo Régimen habían mantenido la libertad de asociación, de gran tradición en los cantones suizos. La Sociedad Helvética de Ciencias Naturales, la Sociedad Suiza de Utilidad Pública, la Sociedad de Estudiantes, la Sociedad de Carabineros, etc., agrupaban a ciudadanos de todas las confesiones y cantones. La simple afición al tiro fue ocasión para la difusión de la idea de una patria común entre los oficiales de los distintos ejércitos.

*Los ecos de la revolución de 1830*

A finales de 1830 un hálito revolucionario impregnó la vida política de la Confederación. Lucerna, Saint-Gall y Basilea fueron escenario de acciones encaminadas al reconocimiento de los derechos del pueblo. El principio rousseauniano de la soberanía popular fue admitido como fuente última del Poder político. Se convocaron elecciones constituyentes en varios cantones. El régimen aristocrático desapareció en buena parte de Suiza. Se eligieron Grandes Consejos que detentaban la soberanía. Los cantones renovados fueron Zurich, Berna, Lucerna, Soleure, Saint-Gall, Argovia y Thurgovia. El 17 de marzo de 1832 firmaron un acuerdo por el que se garantizaban mutuamente sus Constituciones. No se produjo renovación alguna en Schwytz, Valais, Neuchâtel, Grisons, Ginebra, Uri, Unterwald, Glaris, Zug y Appenzell. La tensión entre liberales y conservadores hizo que en dos o tres cantones se produjeran movimientos de escisión; así sucedió en Basilea, que quedó dividido en dos semicantones soberanos: Basilea-ciudad y Basilea-campo.

*Las nuevas Constituciones*

Las nuevas Constituciones incorporaron un régimen de democracia representativa. El pueblo elegía por sufragio universal al Gran Consejo, con una periodicidad que variaba de un cantón a otro: las elecciones podían ser cada cuatro, cinco o seis años. El Gran Consejo elaboraba las leyes y nombraba a los magistrados.

La revolución de 1831 supuso una gran mutación de las instituciones políticas en los cantones de la Suiza alemana, que habían conservado desde 1815 las instituciones del Antiguo Régimen. Esta nueva concepción de la vida política se llamó "regeneracionismo". Su mayor éxito se logró en el ámbito de la educación, con una reforma muy profunda de la enseñanza primaria, creación de nuevos colegios de enseñanza secundaria y la fundación de las Universidades de Zurich y Berna. Estas decisiones conllevaron una difusión constante del espíritu liberal.

*Las protestas*

El progreso del movimiento regeneracionista no se llevó a cabo sin obstáculos. El pueblo veía desaparecer instituciones tradicionales con las que se sentía identificado y, por otra parte, apreciaba que las reformas escolares suponían una secularización de la enseñanza. El nombramiento como profesor de la Universidad de Zurich del teólogo liberal David Friedrich Strauss (1808-1879) dio lugar en 1839 a una sublevación de los distritos campesinos, en la que actuaron conjuntamente católicos y protestantes, y que llevó consigo la implantación de una administracción política conservadora.

*El regeneracionismo*

Ante los intentos secularizadores de los regeneracionistas, el cantón de Lucerna decidió dotarse de una nueva Constitución (1-V-1841), en la que facultaba a los sacerdotes para supervisar la enseñanza; garantizaba a los conventos que pudieran administrarse con total autonomía; y hacía depender el derecho al voto de la fe católica.

El regeneracionismo no triunfó en todas partes. De algún modo había fracasado en Lucerna, aunque el régimen político fue constitucional y reconociese algunas libertades liberales. Tampoco se produjo en los cantones más antiguos, donde no era estrictamente necesario pues en ellos ya existía una democracia directa, con matices conservadores. Tampoco había triunfado en Neuchâtel, ni en Basilea.

*La aparición de los radicales*

Este fracaso creó profundas tensiones en los liberales, que se dividieron en dos grupos: los liberales propiamente dichos y los radicales. Los últimos se proponían establecer en toda la Confederación Helvética el principio de la soberanía popular y aplicar con todas sus consecuencias regímenes políticos democráticos. Se unían en ellos los ideales de unidad y liberalismo radical y deseaban implantar en Suiza un régimen institucional que diera a la Confederación una mayor cohesión política y garantizara en todos los cantones el triunfo de sus ideas. Todos los intentos de revisar el Pacto Federal de 1815 fracasaron. Los católicos temían que una Confederación en la que el sesenta por ciento de la población era protestante les impusiera sus modos de vida. Lo que se pudo llamar el primer catolicismo liberal suizo tendía al constitucionalismo cantonal para evitar los peligros de una centralización con mayoría protestante. Un hombre como Philip Anton Segesser (1817-1888), que fue en los años cuarenta segundo canciller de Lucerna, tendrá su mayor proyección a partir de 1850. El constitucionalismo de los católicos suizos en los cantones de mayoría católica no les llevó a establecer el respeto a la libertad de conciencia. Los cantones pequeños temían que disminuyera su soberanía.

A partir del inicio de los años cuarenta, los radicales lograron conectar con aquella parte del pueblo suizo que había visto generalizarse los regímenes liberales pero que

subjetivamente experimentaba que el único cambio realizado era el efectuado en las personas que gobernaban sin que se hubiera producido una mayor participación en el poder político de la gran mayoría de los ciudadanos. Los electores comenzaron a girar en torno a los radicales tanto en los cantones protestantes como en los mixtos. Los radicales construyeron cada vez mejor su filosofía política: unificación de Suiza y democracia real, como catalizador de una revolución europea que llevara al establecimiento de repúblicas democráticas.

*El anticlericalismo*

Los radicales iniciaron una política anticlerical; entendían que tolerar la expansión de la doctrina católica era posibilitar la difusión de la mentalidad que había condenado las libertades modernas en la *Mirari vos*. Gobiernos que tenían la libertad como ideal se convirtieron en perseguidores. En Berna la autoridad civil entró en conflicto con el clero católico del Jura. Pero la situación más compleja se produjo en Argovia. Este era un cantón mixto y en su Constitución se habían producido unas modificaciones que disgustaron a los católicos. Se produjo una revolución y fue aplastada militarmente (1841). El gobierno radical culpó a los conventos de haber impulsado la sublevación y suprimió todas las órdenes religiosas. Sin embargo, un artículo del Pacto Federal garantizaba en todos los cantones la existencia de los conventos de religiosos. Los católicos plantearon la cuestión a la Dieta y no se pudo resolver nada, pues el Pacto Federal garantizaba a los cantones plena soberanía para regular sus asuntos internos. La Dieta no tenía capacidad decisoria para imponerse sobre el gobierno de Argovia. Se buscó una solución de compromiso: en Argovia se restablecerían las órdenes religiosas femeninas. Pero esta decisión no tranquilizó a nadie.

*Los jesuitas en Lucerna*

Un acuerdo del Gran Consejo del cantón de Lucerna conmovió poco después a la Confederación. El gobierno formado por católicos, liberales moderados, llamó a los jesuitas para confiarles la enseñanza secundaria. Esta decisión se ajustaba a lo estipulado en el Pacto Federal: el cantón, soberano, tenía un derecho incontestable a llamar a la institución que bien le placiera para confiarle la enseñanza. Otros cantones —como Friburgo o el Valais— habían autorizado desde hacía tiempo la existencia de colegios de jesuitas.

Para los radicales la decisión adoptada en Lucerna tuvo un gran significado político. Lucerna era el cantón católico más importante; cada cuatro años era *Vorort*. Los jesuitas eran considerados por los radicales como el más firme apoyo de un Papa, Gregorio XVI, que había condenado en la *Mirari vos* las libertades modernas. Para los radicales el hecho de confiar a los jesuitas la enseñanza suponía el intento, al menos latente, de una formación que terminara en la implantación de un estado confesional.

*La formación de la "Sonderbund"*

Los cantones protestantes pidieron la expulsión de los jesuitas. La Dieta, en la que no había una mayoría definida, no pudo adoptar una decisión firme. Los radicales organizaron expediciones militares contra Lucerna. Todas terminaron en fracaso. A finales de 1843 los cantones católicos se plantearon abandonar la Confederación Helvética a fin de salvaguardar su fe. Los representantes de algunos de estos cantones propusieron una situación media: protegerse mutuamente para garantizar la defensa de la religión. Se impuso esta opción. Los cantones de Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwald, Zug, Friburgo

y Valais formaron una liga (*Sonderbund*) para la defensa de sus derechos y territorios. La Liga se firmó en 1845 y se mantuvo en secreto hasta 1846.

*Los apoyos internacionales*

La decisión de los cantones católicos no era contraria al Pacto Federal. Si podían firmar capitulaciones militares con otros países, nada impedía que lo hicieran entre sí. Sin embargo entrañaba en el seno de la Confederación un notable riesgo de guerra civil y de ruptura del espíritu de unidad. Los dirigentes de la *Sonderbund* eran conscientes de que su ejército era más pequeño que el del resto de los cantones y solicitaron ayuda a Metternich, Luis Felipe, Prusia y el zar. Tanto Metternich como Luis Felipe les prometieron armas y apoyo; no deseaban el triunfo de los demócratas radicales en Suiza con el consiguiente riesgo de contagio revolucionario.

Los radicales alentaron un gran movimiento de opinión pública en los cantones protestantes y en los cantones mixtos contra la *Sonderbund*. Los cantones católicos manifestaron su firme decisión de resistir. Los gobiernos liberales de los cantones ajenos a la *Sonderbund* fueron cayendo, bien por elecciones o por revoluciones, como sucedió en Lausana y Ginebra. Los radicales obtuvieron la mayoría de la Dieta en 1847. Contaban con el voto de doce cantones. La Dieta declaró a la *Sonderbund* incompatible con el Pacto Federal y exigió su disolución en julio de 1847. Los cantones católicos rechazaron el *ultimátum*. La guerra se hizo inevitable.

*La derrota de la "Sonderbund"*

El ejército de la *Sonderbund* contaba con 30 mil hombres frente a los 50 mil del resto de la Confederación. Además los siete cantones estaban separados entre sí. El general Dufour, que mandó el ejército de los cantones radicales, atacó en primer lugar a Friburgo. Una vez derrotado este cantón se dirigió a Lucerna y la conquistó el 24 de noviembre de 1847. En este momento se pudo decir que la guerra había terminado. El número de víctimas no había llegado al centenar.

La acción de las potencias extranjeras que habría podido detener la guerra fue frenada por Palmerston, que no quiso contribuir al triunfo de las ideas políticas de Metternich. La victoria de los radicales alentó a los revolucionarios de Europa y desprestigió al canciller austríaco.

El triunfo de los radicales supuso la afirmación de Suiza como nación independiente, capaz de resolver sin intervención extranjera sus asuntos internos, y el triunfo de la idea nacional suiza sobre el cantonalismo. Los vencedores iniciaron una revisión del Pacto Constitucional, que fue larga y difícil y que concluyó en 1848.

## 7. Los países escandinavos

*Bernadotte, en Suecia*

Las tres naciones escandinavas, Suecia, Noruega y Dinamarca, son muy semejantes por su origen, su lengua, su religión (luterana) y sus condiciones de vida. Su entrada en el siglo XIX se relacionó con las guerras del Imperio. Los suecos, durante la alianza de Napoleón I con el zar, fueron vencidos por los rusos que les arrebataron el gran ducado

de Finlandia que pasó a ser una provincia rusa. Un general francés, Jean Bernadotte (1763-1844), enviado para ocupar la Pomerania sueca, se ganó la confianza del rey de Suecia y, después de luchar contra Napoleón, se convirtió en heredero del trono. La alianza del rey de Dinamarca con Napoleón le ocasionó la pérdida de Noruega, provincia danesa desde hacia cuatro siglos, y su cesión a Suecia, a pesar de un incipiente intento de independencia bajo el virrey danés que la gobernaba.

*La Constitución sueca*

Suecia contó desde 1809 con una ley constitucional que recibía el nombre de Instrumento de Gobierno. Los principios básicos de esa ley —los dos primeros parecian contradecirse— eran los siguientes: solamente al rey pertenecía el Poder de gobernar el reino; el derecho inmemorial del pueblo sueco de autogobernarse sería ejercido por los Estados Generales reunidos en un *Riksdag;* pertenecía al rey junto al *Riksdag* modificar las leyes penales y civiles; el consejo de ministros era responsable ante el *Riksdag;* y, el *Riksdag* controlaba las finanzas.

Esa ley constitucional permitió a Carlos XIV (1818-1844), el antiguo mariscal Bernardotte, un gobierno absolutista si bien las ideas liberales se podían hacer presentes en el *Riksdag* y en la prensa. La oposición liberal en el *Riksdag* reclamó con constancia reformas y la lucha entre conservadores y liberales caracterizó la vida política sueca entre 1815 y 1845. Al terminar las guerras del Imperio, Suecia se encontró con una situación económica desastrosa. No había política económica y se carecía de comercio exterior. Se adoptaron unas medidas fiscales muy sencillas: impuestos sobre los objetos de lujo y sobre alcoholes importados. En 1834 se efectuó una devaluación, la tercera desde 1775, que permitió alcanzar una cierta estabilidad económica. Entre 1820 y 1830 se puso en marcha una política agrícola que llevó a incrementar la producción de trigo y facilitó la asimilación del notable crecimiento de la población. Suecia pasó de 2.400.000 habitantes en 1810, a 3.500.000 en 1850. A partir de 1820, y hasta 1830, se introdujo en Suecia un procedimiento de forja que hizo progresar la industria. Sus yacimientos de hierro permitieron a Suecia producir maquinaria para la exportación. Carlos XIV impulsó el aprendizaje de nuevas técnicas industriales en Gran Bretaña y fomentó el intercambio con industriales de ese país para potenciar el incipiente desarrollo industrial. A partir de 1823 se discutió ampliamente en el *Riksdag* la excesiva reglamentación del sistema económico, y se inició una liberalización de la economía que no terminó hasta 1864.

*La situación económica*

*Los éxitos de la oposición liberal*

La oposición parlamentaria alcanzó el culmen de su actividad en las sesiones del *Riksdag* de 1840 a 1841. Estaba integrada principalmente por liberales: propietarios de tierras, industriales, comerciantes, algún director de periódico y líderes campesinos. El programa liberal tenía como puntos básicos el aumento de la influencia del *Riksdag* sobre el rey y su consejo, y una reforma del sistema de representación parlamentaria que reflejara las nuevas estructuras sociales y la opinión de la clase media. La capacidad de control que la Constitución concedía al *Riksdag* decidió la forma de actuación de la oposición: no podían enfrentarse al rey, pero sí encausar a los ministros. Habitualmente los motivos de crítica fueron: ser demasiado complacientes con el Poder del rey, no defender los intereses del reino o actuar con exceso de Poder. La oposición parla-

mentaria contó con el apoyo de la prensa liberal. A las medidas de represión contra el principal periódico de la oposición respondieron volviendo a publicar el mismo periódico con un ligero cambio de nombre. Llegó a publicarse *El vigesimo tercer Aftonbladet.*

Los liberales consiguieron, en 1840, introducir una enmienda en la Constitución que les permitió un control permanente sobre las medidas de gobierno y en especial sobre la utilización de los créditos votados por el *Riksdag.* El consejo del rey pasó a ser un consejo de ministros y aumentó la capacidad del *Riksdag* para juzgar la responsabilidad de los ministros. A estas medidas de carácter legislativo se unió el cambio efectivo de los hombres que integraban el consejo.

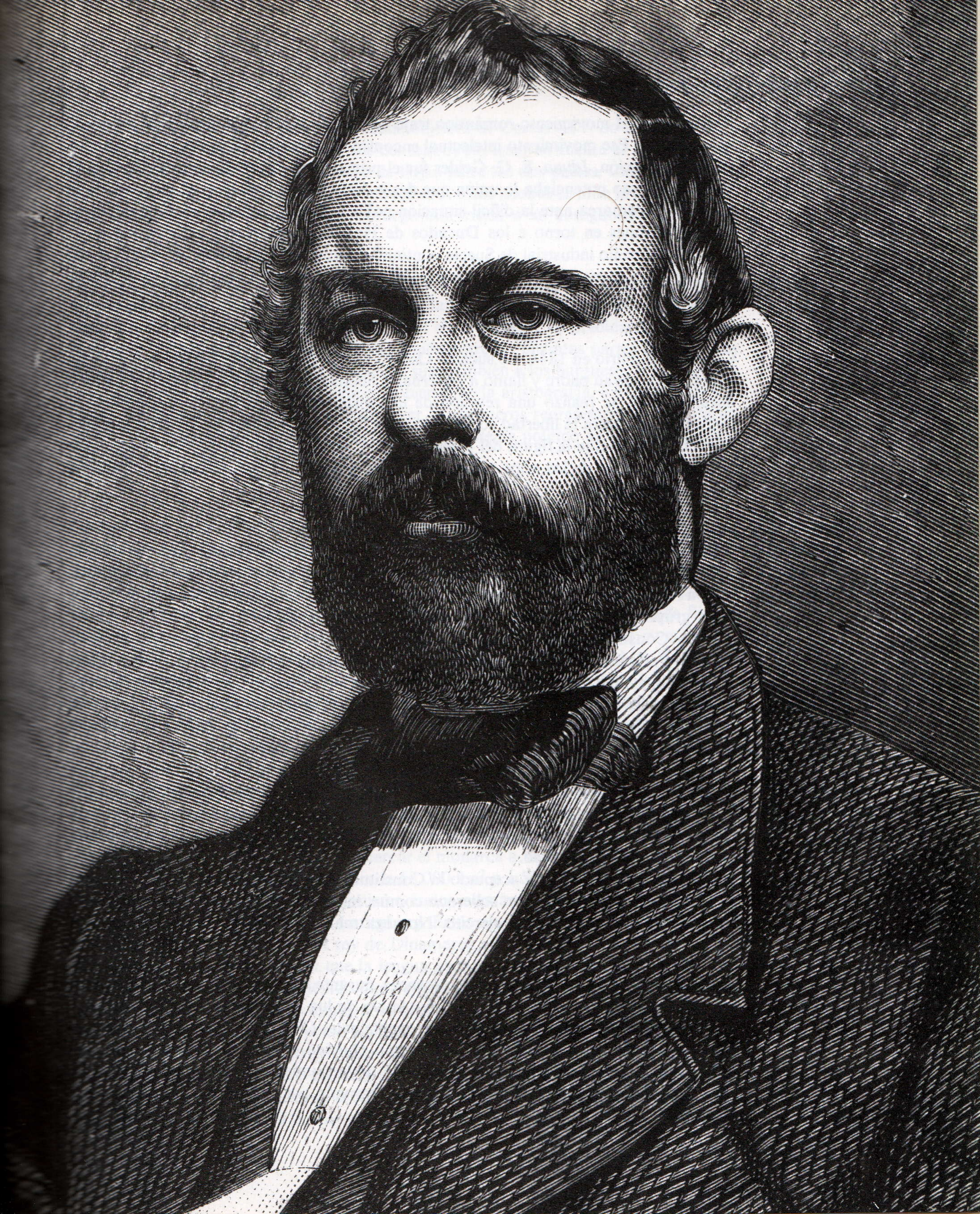
*La representación parlamentaria*

El tema político de mayor debate durante los años cuarenta fue el referente al sistema de representación en el Parlamento. Los liberales trataban de pasar de un sistema de representación por corporaciones a un sistema de representación personal. Habían conseguido algunos logros desde 1823; así por ejemplo, en ese año se admitió que las profesiones liberales pudieran entrar en los escaños reservados al clero; entre 1828 y 1830 pequeños industriales fueron admitidos en los escaños de la burguesía.

Durante los primeros años del siglo XIX se inició un movimiento de renovación religiosa entre los luteranos, entre cuyos fines estaba otorgar recursos morales a la población para luchar contra la mayor lacra social de Suecia, el alcoholismo.

Las primeras décadas del siglo XIX constituyeron en Suecia lo que se ha denominado el Siglo de Oro de la poesía sueca. Baste citar los nombres de Tegner (1782-1846) y C. J. L. Almqvist (1793-1866). El auge literario sueco fue cauce del movimiento llamado escandinavismo. Suecia había dependido casi siempre del influjo intelectual

**Carlos XV, rey de Suecia y Noruega.** *Durante, al menos, la primera mitad del XIX la sombra de Napoleón siguió pesando sobre Europa. Resulta difícil pensar lo que hubiera sido ese siglo sin los cambios profundos que en tantos órdenes de cosas introdujo el emperador francés. Consecuencia de las guerras napoleónicas fue el que un soldado de fortuna, Jean-Baptiste Bernadotte, llegara a ser rey de Suecia. En estas mismas guerras, Bernadotte —ya Carlos XIV— arrebató Noruega a Dinamarca y la unió a su corona, aunque respetara las instituciones propias del nuevo territorio. Los dos reinos mantuvieron una unión personal —un mismo monarca— hasta los años primeros del siglo XX. A Carlos XIV le sucedió su hijo Oscar I. Y a éste, en 1859, Carlos XV, nieto de Bernadotte, que reinó en Suecia y Noruega hasta su muerte en 1872. Carlos XV tuvo sólo una hija, Luisa, que casó con el príncipe heredero de Dinamarca. Las leyes sucesorias suecas impedían reinar a las mujeres. A Carlos XV le sucedió su hermano Oscar II. Las dos notas más destacadas del reinado de Carlos XV fueron la introducción del régimen constitucional en Suecia, en 1865, y la abolición práctica de la pena de muerte en sus reinos, tres años más tarde, al negarse a firmar una sentencia que le presentó su ministerio. El grabado adjunto fue publicado por* La Ilustración Española y Americana *(1-X-1872), con ocasión de celebrarse el milenario de Suecia-Noruega (18-VII-1872), pocos meses antes de que Carlos XV falleciera en Malmö.*



francés, pero el movimiento romántico trajo consigo la inspiración directa en el pasado escandinavo. Ese movimiento intelectual encontró su expresión en la Sociedad Gótica y en su publicación, *Iduna*. E. G. Geider fue el primer historiador moderno de Suecia. El escandinavismo potenciaba la unión que desde 1815 existía con Noruega y alentaba la ayuda a Dinamarca ante la difícil situación política de esta nación como consecuencia de las tensiones en torno a los Ducados de Holstein, Lauemburg y Schleswig.

El desarrollo industrial de Suecia continuó durante toda la década de los 40: de 80 mil toneladas de hierro producidas entre 1820 y 1828, se había pasado a 145 mil hacia la mitad de siglo.

*Oscar I*

Carlos XIV murió en 1844. Le sucedió Oscar I (1799-1859). Su temperamento era más liberal que el de su padre y llamó a gobernar a liberales moderados. A partir de 1846, y durante 1847, se realizó una revisión de la legislación en sentido liberal que llevó a implantar en Suecia la libertad económica en la industria y comercio. En 1848 se introdujo en la legislación la figura del presidente del Consejo de ministros, responsable ante el *Riksdag*. El fin de los años cuarenta en Suecia trajo una consolidación notable del liberalismo político.

*El régimen político de Noruega*

Vinculada a Suecia por unión personal, desde 1815, Noruega era un país que casi no tenía nobleza, pues las clases dirigentes habían sido en su mayoría danesas. La sociedad estaba formada por funcionarios, agricultores, comerciantes, marinos y pastores. Todos estos grupos constituían un cuerpo social bastante homogéneo.

La Constitución de 1814, inspirada en la francesa de 1791, tenía como objetivo hacer al Parlamento independiente del rey. El Parlamento no podía ser disuelto por éste y tenía capacidad para elaborar leyes a pesar del veto regio, que el monarca estaba facultado para ejercer por dos veces. El Parlamento *(Stortig)* era elegido cada tres años, mediante sufragio de segundo grado, por un cuerpo electoral muy extenso, respecto a los usos habituales de la época, integrado por todos los propietarios de tierras, todos los burgueses y cualquier otra persona que tuviera una cierta renta anual; la renta que daba derecho a ser elector no era muy elevada. El rey elegía el Consejo de Estado que tenía el Poder ejecutivo y estaba compuesto por dos ministros y nueve consejeros, que no eran responsables ante el Parlamento. Un ministro y dos consejeros permanecían siempre junto al rey, en Estocolmo.

El rey de Suecia había aceptado la Constitución de Noruega en 1815, y desde ese año las dos naciones tenían un soberano común, la misma bandera, idéntica representación diplomática y el mismo ejército. Noruega mantenía su autonomía política.

*Las fricciones con Suecia*

Los rasgos básicos de la historia de Noruega durante la primera mitad del siglo XIX son los siguientes: en política interior, fue la era de los pequeños cambios en las leyes que llevaron al autogobierno de los entes municipales (1837) y al intento de establecer sesiones anuales en el Parlamento; este último objetivo político no se consiguió hasta 1869. Fue también la época de la formación del sentimiento nacionalista y del inicio del desarrollo económico. Noruega estuvo gobernada por una *élite* de funcionarios y burgueses.

La total anexión de Noruega a Suecia, objetivo de Carlos XIV, no se llegó a realizar. El rey nombró habitualmente a sus consejeros sin tener en cuenta al *Storting;* residió habitualmente en Suecia; y en caso de litigio entre los dos paises, Carlos XIV optó siempre por la solución más favorable a Suecia. A estos hechos se unió la reflexión política de algunos sectores del pueblo noruego con vistas a su autogobierno.

*Religión y política*

Noruega conoció en el primer tercio del XIX un renacer religioso, unido a un movimiento campesino. Su principal promotor fue Hange (1771-1824), que había tratado de hacer del cristianismo una fuerza espiritual del alma popular. La predicación de Hange tuvo gran importancia pues estableció una unión entre las distintas partes del país. Sus doctrinas llegaron no sólo a los campesinos sino también a los burgueses y ayudaron a que maduraran las ideas de oposición al gobierno de la aristocracia, los funcionarios y la alta burguesía. En 1833 consiguieron tener sus primeros representantes en el Parlamento, que trataron de implantar en Noruega un sistema político en el que el consejo real dependiese del *Storting.*

*La conciencia nacional*

La época que va de 1814 a 1850 constituyó un período muy importante para la literatura noruega. El hecho de independizarse de Dinamarca llevó a que se planteara la necesidad de una lengua nacional. En las ciudades se hablaba una mezcla de danés con vocablos, construcciones sintácticas y acento noruegos; en el resto del país coexistían una serie de dialectos muy diferenciados. Después de diversas tentativas, se puede fijar el principio de una lengua noruega en 1847, con la *Gramática del habla común* de I. Aasen (1813-1896). La literatura estuvo dominada por la personalidad de H. Wergeland que propugnaba una ruptura lo más radical posible con Dinamarca y la creación de una literatura genuinamente noruega. El período auténticamente romántico es el comprendido entre 1845 y 1850. La literatura tomó una orientación nacionalista.

*Los problemas de Dinamarca*

Dinamarca atravesó, desde 1814, una situación difícil. Como consecuencia de la paz de Kiel tuvo que ceder Noruega a Suecia y a cambio recibió el ducado de Lauenburg. Aunque el rey de Dinamarca, Federico VI (1768-1839), era un monarca de carácter absolutista, la situación del país sirvió para acercar el monarca a su pueblo. Dinamarca había quedado convertido en un pequeño país de 58.000 km$^2$ y 1.500.000 habitantes, y su unidad estaba amenazada por el antagonismo étnico alemán-danés que existía en Schleswig y en los ducados de Holstein y Lauenburg. Estos dos últimos ducados pertenecían a la Confederación Germánica y el rey de Dinamarca era su soberano a título personal. Schleswig era un territorio en el que la lengua alemana se había extendido mucho. La Dieta de Frankfurt había reconocido que Schleswig no formaba parte de la Confederación Germánica. Los radicales impulsaron distintas agitaciones en los ducados a finales de 1830 con ocasión del momento político europeo. Federico VI decidió en 1834 la creación de cuatro Estados Provinciales Consultivos: las Islas, Jutlandia, Schleswig y Holstein. Los años treinta fueron años de crisis económica, y Dinamarca potenció su agricultura al tener dificultades en el comercio de otros productos. Las exportaciones de trigo aumentaron en un 80 %, de 1824 a 1847.

*La apertura política*

Cristian VIII (1786-1848) sucedió a su padre. No era inclinado a las reformas; sin embargo, las Asambleas provinciales presionaron para llegar a un régimen político más democrático. Los liberales reclamaron decididamente en 1846 el fin del absolutismo real. Sin embargo, la implantación de un régimen más representativo no llegará hasta 1849. El moderado, pero constante, impulso económico y los deseos de regímenes constitucionales llevaron a los ducados de Schleswig y Holstein a sentirse más unidos al reino de Dinamarca.

*Cuestiones religiosas*

Los primeros cincuenta años del siglo XIX fueron una gran época de la literatura danesa. Los influjos más notables se debieron a las teorías románticas alemanas. Durante la primera mitad del siglo XIX estaban todavía vigentes en Dinamarca las leyes que prohibían la entrada a todo sacerdote católico. Podían residir católicos extranjeros, pero los daneses que se convirtieran debían exiliarse. La confesión luterana recibió la reacción pietista y romántica que condujo a una rebelión contra la iglesia establecida y a una teología (N. Grundtvig, 1783-1872), que insistió en la importancia de la comunidad de los creyentes y de los Sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía.

## 8. El liberalismo en América

*El desarrollo político norteamericano*

A partir de los años treinta los rasgos que caracterizaron la sociedad de los Estados Unidos fueron básicamente los siguientes: en primer término, el ajuste entre las facultades de gobierno de cada Estado y los poderes del Estado federal. Estos últimos eran, por entonces, muy reducidos: el presidente de la Unión apenas disponía de una administración eficiente. Junto a esto, un progreso sensible del modo democrático de gobierno; la ruptura diplomática con Europa; un gran desarrollo económico; y la expansión hacia el Oeste.

*El problema de la esclavitud*

El factor de mayor incidencia social y política era la existencia de la esclavitud. Los Estados del sur, esclavistas, que eran iguales en número a los del norte, pusieron de manifiesto, durante los debates previos a la entrada del Estado de Missouri en la Unión, su temor a quedar desplazados dentro del conjunto de la nación. El compromiso de Missouri (1820) fijó los límites de la esclavitud en el paralelo 36° 10', aunque exceptuó al nuevo Estado, que fue considerado esclavista y compensado por la creación del Estado de Maine, en el norte. Sin embargo, este compromiso no previó lo que podría suceder caso de que se incorporasen nuevos Estados. Tocqueville escribió en 1833: "El más terrible de todos los males que amenaza el porvenir de los Estados Unidos nace de la presencia de los negros en su suelo".

*Andrew Jackson*

De 1820 a 1824, gobernaron los republicanos, partidarios de la autonomía de los Estados. Durante el año 1824 surgió un nuevo partido que recibió el nombre de demócrata,

y que había sido organizado por Martin Van Buren (1782-1862) con objeto de disputar la presidencia al antiguo secretario de Estado, John Quincy Adams (1767-1848). La base sociológica del nuevo partido eran los hombres del oeste. Los demócratas eligieron como candidato a un abogado y militar victorioso, Andrew Jackson (1767-1845). El partido demócrata no consiguió la victoria en las elecciones de 1824. Pero la campaña de 1828, llevada inteligentemente por Van Buren, dio la presidencia a Jackson. Un hombre nacido al oeste de los Apalaches llegaba por primera vez a la más alta magistratura norteamericana. Jackson había triunfado en todos los Estados situados al sur y al oeste del Hudson y del Delaware (excepto en Maryland). Jackson y los demócratas habían desarrollado una retórica que apelaba a las esperanzas y dificultades del hombre común. Se exaltaban los valores democráticos del pionero del oeste frente al modo de ser aristocrático de los financieros del norte y de los hacendados del sur. La elección de Jackson supuso un desplazamiento del centro de gravedad político. Fue el primer presidente elegido por una llamada directa a las masas de votantes más que por el apoyo de los notables políticos. La prensa influyó mucho en su elección. Jackson no aludió especialmente a la ampliación del sufragio universal que, por otra parte, ya muchos Estados habían aceptado. Los primeros habían sido los Estados del oeste y, después, Maryland (1810), Carolina del Sur (1810), New York (1818), Massachusetts (1821), Virginia (1830), Carolina del Norte (1836), etc.

*Los nuevos modos presidenciales*

La audacia de Jackson en el modo de ejercer la presidencia transformó el carácter del oficio presidencial. No se consideró simplemente presidente de un órgano administrativo, sino la encarnación de la voluntad popular. Ante dos sucesos importantes —el intento secesionista de Carolina del Sur y la cuestión bancaria— ejerció todos sus posibles poderes y apeló a su derecho al veto y a la opinión pública para conseguir el respaldo del Congreso. La presidencia adquirió una función nacional rectora.

*Poder federal y Poder estatal*

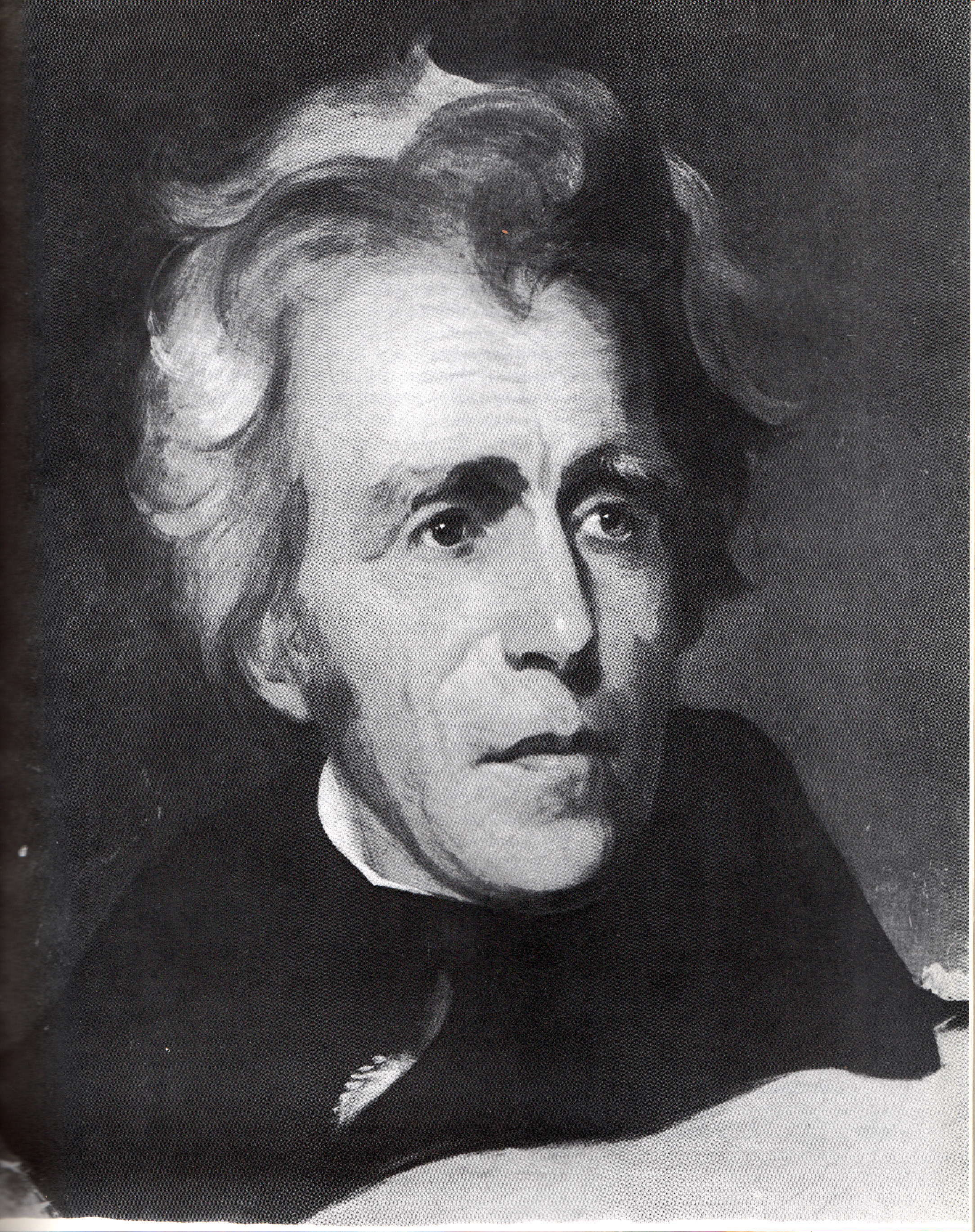
El intento secesionista de Carolina del Sur tuvo su origen en la tarifa aduanera proteccionista establecida por Adams en 1828, que era claramente favorable al norte. Carolina del Sur aprobó una *Exposition and Protest,* en 1829, en la que además de rechazar la tarifa sostenía el derecho de los Estados de rechazar una ley federal si les era perjudicial. Jackson amenazó con enviar el ejército, y las negociaciones entabladas permitieron fijar una nueva tarifa, con la que se volvería gradualmente a la de 1824.

*La "guerra bancaria"*

El enfrentamiento con el Banco de los Estados Unidos —institución privada que tenía el privilegio de manejar los fondos del gobierno federal y controlar los bancos de los Estados— dominó el segundo mandato de Jackson y expresó de modo claro la esencia de la democracia jacksoniana. Las opiniones contrarias al Banco predominaban en el oeste y en el sur. Los motivos eran diversos: el oeste pedía créditos asequibles; el sur la posibilidad de disponer de grandes masas monetarias. A su vez el Banco federal constituía un símbolo del mercantilismo en una época en la que comenzaban a imponerse las doctrinas del liberalismo económico. El Banco era un símbolo del monopolio frente a la libertad de iniciativa. A esto se añadía que era visto por muchos como la expresión de la especulación y de la corrupción.

La "guerra bancaria" fue iniciada por los partidarios del Banco, Clay (1777-1852) y Webster (1782-1852), a modo de maniobra política ante las elecciones de 1832. Clay, al ver que la oposición tenía mayoría en el Congreso, impulsó al presidente del Banco a que solicitase la renovación de su carta de privilegio que no vencía hasta 1837. Si Jackson aceptaba, la piedra angular del sistema económico se haría permanente; si lo vetaba, se ganaría la enemistad de las regiones del norte, y Clay vería reforzada su candidatura a la presidencia. El Congreso aprobó la renovación. Jackson vio el dilema que se le planteaba y decididamente vetó la renovación de la carta de privilegio al Banco federal. Su mensaje constituyó una obra maestra de propaganda política. Apeló a todas las clases sociales y a todos los Estados, denunció el Banco como anticonstitucional y señaló que muchos de sus fondos eran manejados por extranjeros. Jackson venció ampliamente en las elecciones de 1832. Meses después, en 1833, mandó retirar del Banco los fondos federales y depositarlos en algunos Estados (*pet banks* o "bancos favorecidos"). La medida, aplaudida por el pueblo, tuvo consecuencias económicas negativas. Los *pet banks* ampliaron créditos imprudentemente y produjeron un incremento de la inflación.

**Andrew Jackson (1767-1845).** *Los dos mandatos consecutivos (1828-1832; 1832-1836) de este séptimo presidente de los Estados Unidos supusieron un giro interesante en la historia norteamericana: el paso decidido hacia la democracia. Andrew Jackson había nacido en Waxhaw, Carolina, el 15 de marzo de 1767. Muy joven, con 13 años, participó en la guerra de Independencia y fue duramente tratado por los británicos. Su carácter fuerte, a veces casi brutal, quedó marcado por el odio al Reino Unido. Terminada la guerra, estudió derecho y fue magistrado en Nashville, en Tennessee. Jackson fue elegido representante de este Estado, aunque continuó con sus actividades agrícolas y comerciales. Participó también en la segunda guerra de Independencia y en 1815 obtuvo una victoria señalada en Nueva Orleans. Tres años más tarde (1818) dirigió una campaña contra los indios seminolas y ocupó Pensacola, en el golfo de México, provocando las protestas de España. El conflicto internacional se resolvió pronto pues en 1819 Florida fue vendida por España a los Estados Unidos. Andrew Jackson fue el primer gobernador del nuevo Estado (1821) y en 1823 fue elegido senador por él. Por estas fechas era ya este hombre de acción el ídolo de los Estados del Oeste. Derrotado en las elecciones presidenciales de 1824, cuatro años más tarde logró batir a su contrincante, John Quincy Adams, y ocupó la Casa Blanca iniciando lo que posteriormente se ha llamado la era jacksoniana que vino marcada por un cambio profundo: Jackson logró arrebatar el Poder a la oligarquía aristocrática del Este. Fiel a los principios jeffersonianos se convirtió en defensor de los derechos de los Estados. Una de sus grandes batallas políticas fue su enfrentamiento con el Banco nacional, que era un monopolio. Con Jackson se introdujo la práctica de que el partido ganador en las elecciones ocupara todos los puestos de gobierno. Reelegido en 1832 frente a John Clay, Jackson consiguió que al terminar su segundo período le sucediera el que había sido su vicepresidente, Van Buren. Hasta su muerte en Hermitage, cerca de Nashville, el 8 de junio de 1845, Andrew Jackson mantuvo su poderosa influencia sobre los destinos políticos de la Unión.*



Cuando Jackson trató de frenarla y obligó a que la venta de terrenos se hiciera en metálico, cundió el pánico, muchos pequeños bancos quebraron y el gobierno perdió sus depósitos. Sin embargo, en esa fecha —1837— Jackson ya no era presidente. El puesto estaba ocupado por un amigo suyo: Van Buren.

*El nacionalismo popular*

Hasta la época de Jackson el nacionalismo se había vinculado en los Estados Unidos a intereses aristocráticos. A partir de la pugna sobre el Banco federal, las empresas nacionales no serían tales más que cuanto todo el pueblo las sintiese como suyas. En adelante la protección de los valores democráticos sería el objetivo de la política nacional. Van Buren logró paliar la crisis económica. Como las medidas que tomó no fueron populares, perdió la presidencia ante el candidato de un partido al que se había dado el nombre de *whig*. Los fundamentos de ese partido radicaban en su enfrentamiento con Jackson: defendía el proteccionismo industrial del norte, los terratenientes, los aristócratas plantadores y los esclavistas del sur. Sin embargo no era un partido exclusivamente conservador y supo incorporar la técnica electoral de los demócratas. El inspirador del partido era Clay. Las elecciones de 1840 las ganó Harrison (1773-1841), un viejo general, que moría poco tiempo después y a quien sucedió su vicepresidente Tyler (1790-1862), un demócrata jeffersoniano, elegido para vicepresidente como medio de ampliar el atractivo electoral. Tyler se llegó a enfrentar con Clay. En las elecciones de 1844 el interés de las propuestas de los *vhigs* había desaparecido y el pueblo americano se sintió mucho más atraído por el expansionismo que se reflejó en el slogan electoral de los demócratas: "*Texas y Oregón*". Este deseo llevó a la presidencia al demócrata de Tennessee, James K. Polk (1795-1849).

*Texas*

Los Estados Unidos habían firmado en 1828 un tratado con México en el que se reconocía la soberanía mexicana sobre Texas. Poco tiempo después, algunos habitantes de Tennessee habían penetrado en Texas como colonos sin encontrar obstáculos. La emigración había sido tan fuerte que en 1836 la mayoría de población era de origen norteamericano. Los texanos, reunidos en asamblea, proclamaron la independencia y restablecieron la esclavitud; ésta había sido abolida en México en 1823. Derrotados por el general Santa Anna en El Alamo, recobraron su libertad cuando el general tejano Samuel Houston (1793-1863) venció a los mexicanos en San Jacinto. Se dieron una Constitución calcada de la estadounidense y pidieron la anexión a la Unión. En Washington reconocieron la independencia de Texas y rechazaron la anexión. Durante diez años Texas vivió independiente, con una cierta ayuda de Francia y Gran Bretaña. Tyler y Houston firmaron, en 1844, un tratado de anexión de Texas a la Unión, pero fue rechazado por el Congreso. La incorporación de Texas se convirtió en un tema clave de la campaña electoral de 1844.

*La guerra con México*

Durante los años cuarenta el general mexicano —y antiguo dictador— Antonio López de Santa Anna (1794-1876) vivió exiliado en Estados Unidos. Los gobernantes de la Unión pensaron que si devolvían a Santa Anna a México dividirían al país vecino y los mexicanos no podrían ocuparse de Texas. Santa Anna regresó a México (VII-1846)

pero el efecto fue contrario a lo previsto por los estadounidenses: cohesionó a los mexicanos. El Congreso declaró la guerra a México en 1846 y el ejército lo invadió. El general Taylor (1784-1850) derrotó a los mexicanos en Angostura, Churubusco y, finalmente, Chapultepec. W. Scott ocupó la ciudad de México en 1847. La guerra terminó con la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848) por el que México entregó a los Estados Unidos los territorios de los actuales Estados de California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah y gran parte de Colorado y Wyoming. Algunos consejeros de Polk pensaron anexionar todo México a los Estados Unidos, pero el presidente se dio cuenta de que el problema social y político que se creaba podría llegar a ser mayor que el choque de intereses entre norte y sur: y se negó.

Gran Bretaña, que había mantenido una postura neutral en el conflicto, obtuvo de Polk parte del territorio de Oregón, bajo una administración conjunta británico-estadounidense. Los Estados Unidos recibieron los actuales Estados de Oregon y Washington y Canadá se incorporó Vancouver y la Columbia británica.

*Centroamérica y Suramérica*

A excepción de las islas del Caribe y de algunos pequeños territorios en el continente, toda América central y del sur había conseguido su independencia muy pocos años antes. Entre los países nuevos destacaron inicialmente, no sólo por su tamaño, sino también por su desarrollo global, México —la antigua Nueva España—, en Centroamérica; y en América del sur, Brasil, en razón de la forma peculiar en que había alcanzado su independencia de Portugal. Los demás países, anulados los grandes sueños unitarios de Bolívar, no fueron por esos años más que grandes promesas.

*México*

La historia de México desde 1821, final del proceso emancipador, hasta 1858 en que comenzó el gobierno de Benito Juárez, estuvo caracterizada por diversos intentos de consolidación política, frustrados por pronunciamientos militares, que tuvieron habitualmente origen en las ambiciones personales. Fueron años desastrosos para la economía mexicana, que acarrearon la destrucción del comercio y de la minería.

*Iturbide y Santa Anna*

Agustín Iturbide (1783-1824) se hizo proclamar emperador en 1822. Inició un gobierno personal que provocó el pronunciamiento de Santa Anna (1823) y la proclamación de la República. La Constitución de 1824, de corte constitucional y federalista, declaró al catolicismo religión del Estado. Los políticos se dividieron en dos partidos: los moderados pensaron que México no estaba maduro para una política constitucional e implantaron, siempre que les resultó posible, una República autoritaria dirigida por un *caudillo;* y los puros, liberales apoyados por rancheros del norte y sur, propugnaron un federalismo a la norteamericana y la defensa de las libertades locales. Los puros optaron por un liberalismo total y pretendieron la laicización del naciente Estado.

El primer presidente de la República, Manuel Félix Fernández (1789-1843), que se dio el nombre de Guadalupe Victoria, fue sustituido por Gómez Pedraza (1789-1851), a quien en 1829 derrocó Vicente Guerrero (1782-1831); éste fue derrotado y fusilado por Bustamante (1780-1853), quien fue a su vez expulsado por Santa Anna (1832-1836).

Santa Anna instauró en 1836 un centralismo que suprimió la autonomía de los Estados (las Siete Leyes Constitucionales de 1836). Siguieron años de inestabilidad y en 1843 se votó una Constitución más centralista que las leyes de 1836. Un pronunciamiento en 1846 llevó al Poder al general Mariano de Paredes (1797-1849), en la víspera de la guerra con Estados Unidos sobre Texas. La derrota dejó a México empobrecido, reducido su territorio, sin pulso social. Siguieron años de pronunciamientos, y Santa Anna volvió al poder en 1853. Se mantuvo hasta 1855.

*El Imperio de Brasil*

Brasil consiguió su independencia de una forma relativamente pacífica entre los años 1822 y 1825, bajo la regencia del hijo de Juan VI de Portugal, Pedro de Braganza, que se convirtió en el emperador Pedro I de Brasil (1798-1834). Los principales focos de adhesión a Portugal se localizaron en las provincias de Bahía, Maranhao y la Cisplatina, pero fueron acallados antes de finalizar 1824.

*La Constitución de 1825*

Una Asamblea constituyente, convocada en 1822, no consiguió encauzar los problemas institucionales del nuevo Imperio, por lo que Pedro I, de forma un tanto autoritaria, impuso una Constitución inspirada en la filosofía política de Benjamín Constant. La Constitución fue promulgada el 15 de marzo de 1825 y estuvo vigente hasta 1899. La ley fundamental dibujaba un régimen monárquico, constitucional y representativo. Se estableció la separación de Poderes. El legislativo pertenecía a una Cámara elegida por sufragio censitario y a un Senado vitalicio nombrado por el emperador. Este tenía un Poder especial: el moderador, que le permitió ser el regulador supremo de la vida política. El ejecutivo fue ejercido también por el emperador con la ayuda de sus ministros. La administración del país quedó muy centralizada: las provincias no tenían autonomía legislativa y el emperador nombraba a los presidentes de los Estados. Los liberales reprocharon al emperador que la nueva Constitución no había sido aprobada por una Asamblea y los políticos de orientación federalista llegaron a provocar movimientos secesionistas. El más importante de ellos llevó a la configuración de la República del Uruguay, independiente de Brasil y de Argentina.

*La Regencia de 1831*

La oposición brasileña venció en las elecciones de 1830. Su actitud ante el emperador era de crítica; se le achacaba ser portugués de corazón, tener secuestrada la Constitución por su autoritarismo y facilitar una excesiva intervención del ejército en la política. El emperador comprendió la situación política del país y, ante el riesgo de un movimiento republicano, abdicó el 7 de abril de 1831 en su hijo Pedro, que contaba cinco años de edad.

La Regencia de 1831 abrió una nueva fase en la historia del Brasil. Tres partidos políticos se disputaron el Poder: el conservador, el federalista, que quería una república federal, y el liberal moderado. La Regencia demostró ser un instrumento eficaz de gobierno. Sobresalió la figura de P. Feijó; aunque sus ideas eran liberales-radicales, sus modos de actuación fueron moderados y se afanó en mantener la unidad de Brasil; sin embargo, su falta de tacto en las relaciones con Roma le obligaron a dimitir.

*Pedro II*

Las elecciones de 1836 supusieron un triunfo de los conservadores, y el nombramiento como regente del marqués de Olinda. Durante estos años se generalizó entre los liberales una cierta idea de las ventajas de la monarquía como forma de gobierno. En 1840, Pedro II fue reconocido como emperador. Durante su reinado se sucedieron en el Poder liberales y conservadores: los liberales gobernaron de 1840 a 1841 y de 1843 a 1848; los conservadores de 1841 a 1843 y de 1848 a 1853. El emperador ejerció con acierto el Poder que le otorgaba la Constitución. Favoreció la formación en 1854 de un gabinete de conciliación que, presidido por el marqués de Paraná, impulsó la reforma electoral, el fomento de las obras públicas, los ferrocarriles, la enseñanza primaria, creó una escuela de Alta Administración y consiguió unos años de progreso económico. Brasil, que hacia 1820 tenía una población de 4 millones de habitantes, concentrada principalmente en ciudades próximas al mar, a mediados del siglo había doblado su población.

*Argentina*

Los cincuenta primeros años de la historia de la Argentina independiente fueron años de crisis: la oposición entre las provincias y Buenos Aires se dobló con el conflicto entre centralismo y federalismo. Una conjunción de grandes propietarios y comerciantes llevó en 1829 a Rosas (1793-1877) al puesto de gobernador de la provincia de Buenos Aires. Durante veinte años intentó someter al resto de las provincias. Urquiza (1800-1870), vencedor de Rosas, recibió en 1852 el título de Director provisional de la Confederación Argentina, sin que de hecho se lograra por el momento la unidad.

*Las guerras interamericanas*

Chile atravesó desde su independencia en 1818 una casi permanente crisis política. Una revolución de grupos conservadores —abril de 1830— puso fin a la inestabilidad gubernamental, al encontrar en Diego Portales (1793-1837) el artífice del nuevo orden político. La Constitución de 1833 otorgó al presidente unos poderes muy amplios. Tenía derecho al veto. La elección era por cinco años y podía ser reelegido por otros cinco. El sistema de representación era bicameral: los senadores eran elegidos por nueve años, por un procedimiento de votación en segundo grado y los diputados por tres años. El censo electoral era muy restringido.

*Chile*

Chile vivió años de paz sólo rotos por la guerra con la Confederación peruano-boliviana que terminó con la derrota en 1839 del general Santa Cruz, presidente de la Confederación. El general Bulnes (1799-1866) gobernó de 1841 a 1851. Chile estaba dirigido por un solo partido. Los últimos años de la década de 1840 presenciaron el nacimiento de un partido liberal, que disputó el Poder a los conservadores, siempre en un ambiente de paz social. Durante estos años, la expansión hacia el sur se llevó con firmeza: en 1847 se fundaron Fuerte Bulnes y Punta Arenas.

*Bolivia y Perú*

Bolivia fue un ejemplo de república radicalmente inestable con permanentes golpes militares y sucesivas Constituciones. Perú tuvo también una historia agitada. Sólo durante el año 1834 hubo ocho jefes del Poder ejecutivo.

*Colombia* De la muerte de Bolívar, el 27 de diciembre de 1830, se derivó la desmembración de la Gran Colombia: Venezuela y Ecuador se declararon Estados independientes. La república de Nueva Granada (Colombia) tuvo como primer presidente a Francisco de Paula Santander (1832-1837). La política de Santander se orientó hacia el crecimiento económico y la mejora de la enseñanza. Después de la muerte de Santander comenzó un período de inestabilidad institucional que terminó al lograr el Poder el general Herrán, que impuso un régimen autoritario. Durante la presidencia de Herrán (1841-1845) se promulgó una nueva Constitución (1843) que no fue aceptada por los liberales. Sustituido por el general Mosquera (1845-1849), se mantuvo la política de obras públicas, impulso de la economía, atención a la enseñanza, actitud de diálogo con el partido liberal y buena amistad con los Estados Unidos. Un tratado firmado en 1846 por Colombia y Estados Unidos garantizó la soberanía colombiana sobre el istmo de Panamá.

*Venezuela* El primer presidente de Venezuela fue Páez. Entre 1830 y 1846 se vivieron los llamados años de la oligarquía conservadora. Venezuela experimentó un apreciable progreso económico, con la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País (1832) y del primer Banco venezolano (1841). También se firmaron numerosos tratados de comercio internacional. Los gobiernos procuraron impulsar una política educativa en la que influyó el gran humanista Andrés Bello. En 1846 accedió a la presidencia José Tadeo Monagas, uno de los representantes más cualificados de la oligarquía liberal. Su política no estuvo exenta de favoritismo y personalismo, lo que acabó por producir la acción conjunta de conservadores y liberales: la sublevación del general Castro derribó a Monagas, en 1858.

*Ecuador* En Ecuador, al desaparecer la Gran Colombia, ocupó el Poder Juan José Flores. Durante quince años se turnó en la presidencia con el jefe de los liberales, Rocaforte. La tendencia de Flores al autoritarismo produjo la sublevación de marzo de 1845, que ocasionó la expulsión del presidente y la instauración de un régimen de libertad y de un cierto sentido cívico.

## Bibliografía

**1. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.** La peculiar e interesante evolución del Reino Unido durante el siglo XIX —un fenómeno admirado por liberales y conservadores del continente a causa de la mezcla asombrosa de su progresismo industrial, comercial y financiero, con su flexible tradicionalismo social— se puede abordar a través de algunas historias generales como sir James BUTLER, *History of England, 1815-1939.* Oxford, 1963; Asa BRIGGS, *The Making of Modern England, 1784-1867.* Nueva York, 1965; Roland MARX, *Histoire du Royaume-Uni. Les principaux courants.* París, 1967; D. F. MACDONALD, *The Age of Transition: Britain in the Nineteenth and Twentieth Centuries.* Londres, 1967; y Harold PERKIN, *The Origins of Modern English Society, 1780-1880.* Londres, 1969. No se debe olvidar la obra clásica de Elie HALÉVY, *Histoire du peuple anglais au XIXe. siècle.* París, 1974. Su excelente introducción es de 1912. Reeditada la obra completa, sigue siendo un acceso muy válido para la historia británica de la primera mitad del siglo XIX. Las relaciones entre Gran Bretaña y Europa continental han sido estudiadas por James JOLL, *Britain and Europe. Pitt to Churchill.* Oxford, 1967. Para el estudio del tema por excelencia de estos años en el Reino Unido —las reformas— hay que contar con la valiosa obra de Lewellyn WOODWARD, *The Age of Reform, 1815-1870.* Oxford, 1962. Las diferentes corrientes políticas pueden conocerse mediante las obras de S. MACCOBY, *English Radicalism, 1786-1832.* Londres, 1955; Alan BEATTIE, *English Party Politics.* Londres, 1970; y Eugene C. BLACK, *British Politics in the Nineteenth Century.* Nueva York, 1971. Las instituciones dentro de las que juegan estas corrientes han sido analizadas por Ivor JENNINGS, *Parliament.* Cambridge, 1957; Kenneth MACKENZIE, *The English Parliament.* Londres, 1959; y A. S. TUBERVILLE, *The House of Lords in the Age of Reform, 1784-1837.* Londres, 1958. Las reformas específicas que fueron, poco a poco, introducidas en la sociedad británica son estudiadas por D. G. WRIGHT, *Democracy and Reform, 1815-1885.* Londres, 1970; Michael BROCK, *The Great Reform Act.* Londres, 1973; y John CANNON, *Parliamentary Reform, 1640-1832.* Cambridge, 1973. Dentro de estas reformas, y junto a las electorales y económicas, destacan las religiosas: tanto la emancipación de los católicos, como todo lo que supuso el movimiento de Oxford. El tema primero se puede abordar a partir de J. A. REYNOLDS, *The Catholic Emancipation. Crisis in Ire-*

*land.* New Haven, 1954; G. I. T. MACHIN, *The Catholic Question in English Politics (1820-1830).* Oxford, 1964; o David NICHOLLS, *Church and State in Britain since 1820.* Londres, 1971. Una introducción excelente para el tema segundo puede encontrarse en el libro de José MORALES, *John Henry Newman. El camino hacia la fe católica, 1826-1845.* Pamplona, 1978[2], cuya lectura es conveniente completar con la del artículo del mismo autor: *La prehistoria del movimiento de Oxford.* "Theologica", XVII, I-IV, 1983. La obra clásica sobre el movimiento de Oxford sigue siendo la de William R. CHURCH, *The Oxford Movement, Twelve Years, 1833-1845.* Londres, 1891, reeditada en Chicago en 1970. El conocimiento directo de la figura clave de este movimiento –John Henry Newman– se puede conseguir mediante la lectura de *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas hasta 1845.* Madrid, 1977. Existen muchas biografías de Newman. La clásica –y quizá la mejor– es la de Wilfrid WARD, *The life de John H. Cardinal Newman.* Londres, 1912, 2 vols., reimpresa en 1970. Más reciente es la de Meriol TREVOR, *Newman.* I *The Pillar of the cloud.* II *Light in winter.* Londres, 1962, que ha incorporado una documentación muy rica de la que Ward no pudo disponer. En relación al crecimiento industrial británico, puede consultarse S. G. CHECKLAND, *The Rise of Industrial Society in England, 1815-1885.* Londres, 1964. En cuanto a las bases doctrinales del desarrollo se dispone –entre otras muchas– de la obra de Robert SCHNERB, *Libre-échange et protectionisme.* París, 1971. La polémica que marcó el despegue industrial y comercial está recogida en Norman MC CORD, *The Anti-Corn Law League (1838-1846).* Londres, 1968. El movimiento cartista puede conocerse a través de Asa BRIGGS (ed.), *Chartist Studies.* Londres, 1959; o del libro de F. F. ROSENBLATT, *The Chartist Movement in Its Social and Economic Aspects.* Londres, 1967. Para un estudio más amplio de esta cuestión, Henry PELLING, *A History of British Trade Unionism.* Londres, 1963; y M. CHARLOT, *Le sindicalisme en Grande Bretagne.* París, 1970. Los enconados debates en torno a la *Poor Law* son estudiados por J. R. POYNTER, *Society and Pauperism: English Debate on Poor Relief, 1795-1834.* Londres, 1969. Aspectos importantes de los cambios sociales británicos de los años treinta son el objeto de obras como Iorwerth J. PROTHERO, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London. John Gast and His Time.* Londres, 1979; y Craig CALHOUN, *The Question of Class Struggle. Social Foundations of Popular Radicalism during the Industrial Revolution.* Oxford, 1982.

**2. La Francia de Luis Felipe y Bélgica.** Marguerite CASTILLON DU PERRON es la autora de la obra en dos volúmenes *Louis-Philippe et la Révolution française.* París, 1963. Philippe VIGIER estudia de forma sistemática y clara el conjunto del período en *La monarchie de juillet.* París, 1965. Jacques NÉRÉ, en el *Précis d'histoire contemporaine* ya citado, recoge (cap. III) el trabajo de A. J. TUDESQ, *La France sous la Monarchie censitaire.* La monarquía de Luis Felipe es la monarquía burguesa por excelencia. Varios autores se han ocupado de este aspecto de su reinado, y lo han subrayado en los títulos de sus obras: Jean L'HOMME, *La grande bourgeoisie au pouvoir (1830-1880).* París, 1960; E. BEAU DE LOMÉNIE, *Les responsabilités des Dynasties Bourgeoises.* París, 1963-1964; Charles MORAZE, *La Francia burguesa.* Madrid, 1967; y A. DAUMARD, *Les Bourgeois de Paris au XIXe. siècle.* París, 1970[2]. Aspectos más específicos de la monarquía orleanista son tratados por A. J. TUDESQ, *Les conseilleurs généraux en France au temps de Guizot.* París, 1967; y François JULIEN-LAFERRIÈRE, *Les deputés fonctionnaires sous la monarchie de Juillet.* París, 1971. La cierta influencia francesa

sobre la joven nación belga —cuidadosamente contrarrestada por Gran Bretaña— es objeto del análisis de Henri-Thierry DESCHAMPS, *La Belgique devant la France de Juillet. L'opinion et l'attitude françaises de 1839 à 1848*. París, 1956. Pero posiblemente lo más importante de la historia belga de estos años es el comportamiento político de los católicos y sus relaciones con los liberales. Se han ocupado de este tema, con amplitud, A. SIMON, *Le parti catholique belge (1830-1945)*. Bruselas, 1958; y de forma más circunscrita a los años que aquí se estudian, Colette LEBAS, *L'union des catholiques et des libéraux de 1839 à 1847. Etude sur les pouvoirs exécutif et législatif*. Lovaina, 1960.

**3. España.** Es un lugar común aludir a que falta un estudio completo de la España isabelina. Un modo de acercarse a este gran tema es la obra de Carmen LLORCA, *Isabel II y su tiempo*. Madrid, 1973[2]. José Luis COMELLAS es autor de un excelente estudio parcial de este amplio período: *Los moderados en el Poder, 1844-1854*. Madrid, 1970. Para la cuestión concreta de los "matrimonios reales" puede consultarse M. T. PUGA, *El matrimonio de Isabel II*. Pamplona, 1964. La guerra civil —primera guerra carlista— se estudia dentro de Román OYARZUN, *Historia del carlismo*. Bilbao, 1969[3]; y Jaime DEL BURGO, *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX*. Pamplona, 1978[2]. El destacado papel del ejército y de los generales ha sido analizado por M. ALONSO BAQUER, *El ejército en la sociedad española*. Madrid, 1971; José R. ALONSO, *Historia política del ejército español*. Madrid, 1974; y Stanley G. PAYNE, *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*. Madrid, 1977. La fundación de la Guardia Civil, en Francisco AGUADO, *Historia de la Guardia Civil*. I *1844-1854*. Madrid, 1983. Salvador DE MOXÓ ha estudiado con atención la consecuencia inmediata del fin del Antiguo Régimen en *La disolución del régimen señorial en España*. Madrid, 1965. El medio —la desamortización civil y eclesiástica— mediante el cual se llevó a cabo ese cambio revolucionario ha sido objeto de la atención de Francisco TOMÁS Y VALIENTE, *El marco político de la desamortización*. Barcelona, 1971; F. SIMÓN SEGURA, *La desamortización española del siglo XIX*. Madrid, 1973; y Teodoro MARTÍN, *La desamortización. Estudio, notas y comentario de textos*. Madrid, 1973, entre otros muchos más trabajos de menor importancia. También sobre esta cuestión falta aún la obra decisiva. La política eclesiástica de los gobiernos liberales ha provocado estudios interesantes como los de Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles, 1830-1840*. Pamplona, 1975; y Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *La exclaustración, 1833-1840*. Madrid, 1876. Un complemento útil para el conocimiento del período isabelino son los estudios demográficos. Entre ellos, Jordi NADAL, *La población española, siglos XVI al XX*. Barcelona, 1973[3]; y P. ROMERO DE SOLÍS, *La población española en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, 1973.

**4. La Italia del "Risorgimento".** Para esta cuestión sigue siendo de interés la consulta de Luigi SALVATORELLI, *Il pensiero politico italiano del 1700 al 1870*. Turín, 1942. El mismo autor ha publicado, más de veinte años después, *Pensiero e azione del Risorgimento*. Turín, 1963. Cabe, a la vez, la consulta de las *Atti del XLII Congresso di Storia del Risorgimento Italiano*. Roma, 1966. El interés del tema ha producido una bibliografía abundante de la que son testimonio obras como S. J. WOOLF, *The Italian Risorgimento*. Londres, 1969; la obra en colaboración *Il Risorgimento e l'Europa*. Catania, 1969; o Derek BEALES, *The Risorgimento and the Unification of Italy*. Londres, 1971. Un aspecto de importancia evidentemente menor, pero ilustrativo, es el que

analiza Antonio PIOLANTI en *L'Accademia di Religione Cattolica. Profilo della sua storia e del suo tomismo,* Ciudad del Vaticano, 1977.

**5. Suiza y los países escandinavos.** Pueden consultarse Charles GILLIARD, *Histoire de la Suisse.* París, 1978[7]; y Pierre JEANNIN, un especialista en las naciones del norte europeo, que tiene una *Histoire des pays scandinaves.* París, 1971.

**6. El liberalismo en América.** En primer lugar algunos títulos relativos a la historia de los Estados Unidos. En cabeza, el excelente análisis de Alexis DE TOCQUEVILLE, de plena actualidad, aunque su parte primera se publicara en 1835 y la segunda, cinco años después, en 1840: *De la democracia en América.* Hay una edición hecha en Madrid, en 1854. Quizá sea más asequible la que se hizo en México, en 1957. Entre las historias generales se cuenta con Harry J. CARMAN, Harold C. SYRETT y Bernard W. WISHY, *A History of the American People.* Nueva York, 1960; Samuel Eliot MORISON y Henry Steele COMMAGER, *The Growth of the American Republic.* Nueva York, 1962[5]; John M. BLUM y otros, *The National Experience: A History of the United States.* Nueva York, 1963; otra obra de Samuel Eliot MORISON, *The Oxford History of the American People.* Oxford, 1965; la síntesis de Claude FOHLEN, que incluye también a Canadá, *La América anglosajona de 1815 hasta nuestros días.* Barcelona, 1967; las dos obras de André KASPI, *Histoire des Etats-Unis.* París, 1969, y *La vie politique aux Etats-Unis.* París, 1970; y René REMOND, *Histoire des Etats-Unis.* París, 1971. La interesante figura del presidente Andrew Jackson ha sido analizada por Arthur M. SCHLESINGER Jr., *The Age of Jackson.* Boston, 1945; John William WARD, *Andrew Jackson, Symbol for an Age.* Nueva York, 1955; y Lee BENSON, *The Concept of Jacksonian Democracy: New York as a Test Case.* Princeton, 1961. Algunas de las cuestiones capitales en torno al tema de la esclavitud son el objeto de los trabajos de Glover MOORE, *The Missouri Controversy.* Lexington (Kentucky), 1953; y James C. MALIN, *The Nebraska Question, 1852-1854.* Lawrence (Kansas), 1953. La historia de Canadá ha suscitado estudios como los de W. T. EASTERBROOK y Hugh C. J. AITKEN, *Canadian Economic History.* Toronto, 1958; J. Bartlett BREBNER, *Canada, A Modern History.* Ann Arbor (Michigan), 1960; y Kenneth MCNAUGHT, *History of Canada.* Londres, 1970. Respecto a Iberoamérica, se dispone de obras de conjunto valiosas, como las que se indican a continuación: Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Historia universal de América.* Madrid, 1963; Pierre CHAUNU, *Histoire de l'Amérique latine.* París, 1970; Jordi NADAL OLLER, Jaime VICENS VIVES, Rosa ORTEGA CANADELL y Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Historia social y económica de España y América.* V, Barcelona, 1972; Francisco MORALES PADRÓN, *Historia de Hispanoamérica.* Sevilla, 1972; Frédéric MAURO, *L'Amérique espagnole et portugaise.* París, 1975; y Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, *Historia de América.* III *América americana.* Madrid, 1981. La bibliografía correspondiente a la historia mexicana puede encontrarse al término del capítulo 7. Es de utilidad el uso del *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México.* México, 1970[3]. Una obra reciente sobre uno de los personajes de más peso en el México de la primera mitad del XIX es la de R. F. MUÑOZ, *Santa Anna, el dictador resplandeciente.* México, 1983.

# III.
# La persistencia del Antiguo Régimen (1830-1848)

*La Rusia de Nicolás I*

*La decadencia del Imperio otomano y la cuestión de Oriente*

*El Imperio austríaco y el canciller Metternich*

*Prusia y la* Zollverein

*Los Países Bajos*

## 1. La Rusia de Nicolás I

*Los problemas de fondo*

La vida de la sociedad rusa durante el reinado de Nicolás I (1825-1855) estuvo condicionada por el dinamismo ideológico de los grupos rectores. Este bullir de ideas tomó como punto de partida, en gran medida, el fuerte desequilibrio social que llevaba consigo la situación de los siervos, la ignorancia generalizada y la falta de leyes que garantizase el bienestar del pueblo. Estos hechos, aprehendidos desde una mentalidad que no dejaba de ser ilustrada, habían sido la causa de la revolución de diciembre de 1825, en la que habían participado oficiales nobles, muy jóvenes. Su fracaso se saldó con una represión no excesivamente dura, para lo que eran los modos rusos. Los ilustrados y bien pensantes rusos se habían planteado —y se seguían planteando— la gobernación de Rusia desde dos posibles perspectivas: incorporar a Rusia a la visión del mundo que llegaba de Occidente o, en una contraposición que no era total, potenciar los rasgos originarios de Rusia como clave de su plenitud futura.

*La estructura social*

La estructura social de la Rusia de la primera mitad del siglo XIX era muy diferente a la de Europa occidental. La aristocracia constituía un cuerpo de servidores del Estado; el servicio al Estado era la actividad que daba derecho al prestigio social y económico. La nobleza rusa había sido liberada, en 1762, del servicio obligatorio y su misión fundamental consistía en la promoción de sus posesiones rurales. Esta nobleza actuaba de intermediaria entre el Poder central y los campesinos. La burguesía urbana era prácticamente inexistente en la Rusia de los años 1830. Cuarenta y cinco millones de siervos campesinos constituían la gran masa de la población del país. Dos tercios de estos campesinos eran propiedad de 200 mil nobles con título hereditario y de 500 mil oficiales del ejército y miembros del servicio civil. El otro tercio pertenecía al Estado o a la corona. La servidumbre constituyó siempre el primer objetivo de los reformadores y revolucionarios rusos. Antes de la reforma constitucional debería producirse la liberación de los siervos. Este último problema era igualmente sentido por el zar y sus ministros. Nicolás I constituyó en 1828, dentro de la Cancillería Imperial, un departamento para la reforma de la situación de los campesinos del Estado y puso al frente de este nuevo organismo al general Kiselev.

*La autocracia*

Rusia estaba gobernada por un régimen autocrático, sin una base legislativa armonizada: el número de leyes que regían en los distintos dominios del Imperio era muy considerable. El órgano más importante de gobierno era la Cancillería personal de Su Majestad Imperial de donde emanaban sus decretos-leyes *(ukases)*. Los más importantes departamentos de gobierno dependían de esta Cancillería: el departamento para la Codificación de las leyes, la sección III (policía para la seguridad del Estado), el departamento para la reforma de la situación de los campesinos, etc. Un Consejo de Estado, cámara legislativa compuesta por miembros designados por el zar, preparaba los presupuestos y revisaba los proyectos de ley. El Senado desempeñaba las funciones de un Tribunal Supremo.

*El influjo jurídico occidental*

Nicolás I (1796-1855) dirigió a su Imperio mediante su Poder personal. El zar había extraído las consecuencias convenientes de la sublevación polaca de 1825 y de las revoluciones de 1830. Trató de frenar toda idea liberal y revolucionaria procedente de Europa, tarea que fue confiada a la policía gubernamental y a un fuerte sistema de censura.

**Nicolás I (1796-1855).** *Los tres hijos varones del zar Pablo fueron su sucesor el zar Alejandro I; Constantino, virrey de Polonia, que renunció a la corona que le correspondía al morir Alejandro en 1825; y Nicolás I, emperador y autócrata de todas las Rusias durante treinta años, de 1825 a 1855. El mismo día en que recibió la corona (26-XII-1825) estalló la revolución decembrista: un grupo de oficiales nobles intentaron proclamar zar a Constantino, con objeto de implantar en Rusia un régimen constitucional. Este hecho marcó no sólo el inicio del imperio de Nicolás, sino todo su reinado: entendió que no podía apoyarse en la nobleza y la sustituyó, como instrumento de gobierno, por una fiel burocracia. Una solución muy similar a la adoptada pocos años antes en el Imperio austríaco por Francisco I. El Antiguo Régimen, tal como llegó al siglo XIX, fue un gobierno personalista en el que la cabeza del Estado —emperador, rey...— mantuvo en sus manos todos los Poderes. Eliminados los viejos planteamientos estamentales, fue una burocracia adicta la que permitió el ejercicio de este Poder absoluto. Con este planteamiento, todo debía estar sometido al autócrata. Nicolás I, quizá el representante más consecuente de esta forma de gobierno, llevó a cabo una importante unificación legislativa —obra de Spéranski, 1832— y sometió también de forma absoluta a la iglesia ortodoxa. Al frente del santo sínodo colocó a un coronel de húsares. No descuidó —también muy de acuerdo con sus modos autocráticos— el impulso de la industrialización (en 1837 se inauguró la primera vía férrea) y las reformas interiores: fue el zar Nicolás el que dio los primeros pasos para la emancipación de los siervos que se llevaría a cabo bajo su hijo y sucesor, Alejandro II. En política exterior mantuvo los mismos principios, reforzados por el sentido mesiánico de que Rusia debía ser la salvadora de los principios y de los pueblos cristianos. Su continuo intervencionismo acabó por aislar a Nicolás I y le enfrentó, en 1854, con la coalición formada por el Imperio otomano, Gran Bretaña, Francia y Piamonte. El zar murió (2-III-1855) durante el sitio de Sebastopol, que es a lo que en la práctica se redujo la guerra de Crimea.*



Fueron proscritas todas las publicaciones que atacaran la religión ortodoxa o la monarquía. Sin embargo la recopilación de todas las leyes del Imperio, terminada en 1832 por Speranski (1772-1839), permitió la entrada de conceptos jurídicos occidentales en las leyes sobre los contratos y la propiedad privada. Las consecuencias eran importantes porque asentaban un modelo económico de corte occidental y difundían una cierta idea de igualdad ante la ley. Esta última idea subvertía una idea básica de la estructura social de Rusia: la existencia de un servicio obligatorio universal. Cada ruso debía servir al Estado en el lugar que le había correspondido. Era incuestionable la gradación de la autoridad: zar, señor, padre de familia.

*Occidentalistas y eslavófilos*

La difusión de las ideas occidentales no pudo ser totalmente impedida por la censura, a pesar de su notable actividad. Gran parte de la juventud aristocrática rusa había crecido en el ambiente liberal de los finales del reinado de Alejandro I, y se había formado en la filosofía europea del siglo XVIII. Conectaba con las nuevas ideas que llegaban de Europa y veía que a una civilización rusa fundada en su fe religiosa se contraponía una civilización europea basada en la razón. Los rusos cultos comenzaron a orientarse en uno de estos dos sentidos: los occidentalistas, que sufrieron la influencia de Hegel o Saint-Simon; o los que comenzaron a ser conocidos como eslavófilos, que fundaron su política de renovación en la ortodoxia tradicional tanto religiosa como política.

*Tchadaev*

Dentro del movimiento occidentalista destacaron Tchadaev y Herzen. Tchadaev, un aristócrata, había recorrido Europa en los momentos de esplendor de la filosofía romántica alemana y de la filosofía religioso-sentimental francesa de comienzos del XIX. Publicó en 1836 las *Cartas filosóficas*. Rusia constituía para él un país sin cultura. La geografía y la iglesia ortodoxa habían apartado a Rusia de la cultura europea que, impregnada de catolicismo, había tenido un talante creador. Como en la historia rusa el instrumento principal de acción había sido el gobernante absoluto, era necesario "rehacer todo el curso de la experiencia humana" en Rusia y lograr que el Poder se fundase en el derecho. Aunque rechazado por los eslavófilos oficiales, el pensamiento de Tchadaev llegó a estar presente en las reformas de Alejandro II, sucesor de Nicolás I.

*Herzen*

A través de Herzen (1812-1870) llegó a Rusia un cierto eco de las ideas de la "izquierda" hegeliana. Su pensamiento político se basaba en un socialismo utópico, en un materialismo filosófico y en la necesidad de lograr los cambios sociales por medio de la revolución. Consideraba que la sociedad rusa debía organizarse en un régimen de grupos sociales que, bajo la tutela del Estado, armonizasen las propiedades personal y colectiva.

*Uvarov*

Los eslavófilos tuvieron uno de sus más caracterizados representantes en Uvarov, ministro de Instrucción pública desde 1833. Intentó fundar la educación rusa sobre tres principios: la autocracia, la ortodoxia y el espíritu nacional. A la búsqueda de armonizar tradición y progreso, intentó adaptar el ritmo de la civilización occidental al espíritu

nacional ruso. Fue un representante tardío del despotismo ilustrado. Occidentalistas y eslavófilos convivieron en paz hasta 1844. A partir de ese año la actitud intolerante de algunos eslavófilos llevó a los occidentalistas a distanciarse de ellos y a orientarse hacia la revolución.

*Siervos y esclavos*

La política estática que imperó en Rusia durante la primera mitad del siglo XIX no impidió algunas reformas en el estatuto de los siervos, en muchos casos equiparados jurídica y fácticamente a los esclavos. Nicolás I fue el primer zar que dotó al régimen de vida de los campesinos de algunas garantías. La venta pública de siervos fue prohibida en 1833; la prohibición de subastar individualmente a los siervos —que conllevaba la destrucción de las familias— se estableció en 1841; entre 1840 y 1848 se publicaron edictos sobre el derecho de los siervos a adquirir su libertad; en 1844 se permitió la emancipación de los siervos domésticos sin tierras. Los campesinos adquirieron el derecho a comprar sus propios enseres en 1848 aunque ya los señores, desde 1842, podían ceder parcelas de tierra a los campesinos para que pudieran disfrutarlas de por vida.

Estas reformas de la situación jurídica de los campesinos se inspiraron sobre todo en la consideración de la esclavitud como un mal social; aunque también influyeron las ideas económicas inglesas, para las que la mano de obra libre suponía un importante factor de rendimiento económico. Pesó también el temor ante las revueltas de esclavos que tuvieron lugar durante el reinado de Nicolás I.

*Los inicios del desarrollo industrial*

Desde el punto de vista económico, Rusia fue hasta el comienzo de los años cincuenta un país autárquico. Su potencia era notable y los modos de producción, rudimentarios. Hacia 1850 casi un millón de obreros trabajaban en la gran industria; en su mayoría conservaban pequeñas propiedades en el campo. El primer ferrocarril ruso entró en funcionamiento en 1836; unía San Petesburgo con el arrabal de Paulosk. Poco antes de 1850 la nación contaba con tres grandes líneas férreas. El número de talleres industriales —que llegaba a 1.800 en 1830— se aproximaba a los 2.800 en 1850. El zar impulsó una política económica que podría llamarse mercantilista: concedió ayuda financiera a los fabricantes, fundó empresas modelo y permitió que alguno de los primeros trayectos de ferrocarril fueran construidos por una empresa privada. El ejército era la institución más importante de progreso social. Esta institución absorbía cerca del cuarenta por ciento de los gastos nacionales en vísperas de la guerra de Crimea.

*Nicolás I y la contrarrevolución*

La política exterior de Nicolás I se caracterizó por su intención claramente contrarrevolucionaria. Rusia, Prusia y Austria procuraron, por todos los medios, que las nuevas ideas no invadieran ni los países ni los territorios que dominaban. Un reflejo de esta política fue lo sucedido en Polonia tras el fracaso de la sublevación de 1830. Nicolás I anuló la Constitución, y suprimió la Dieta y el ejército. Promulgó un Estatuto orgánico (1832) para asegurar al reino una cierta autonomía y algunos derechos a los ciudadanos; pero el Estatuto no se aplicó: el país quedó sometido a la ley marcial y convertido de hecho en una provincia rusa. Numerosos revolucionarios fueron confinados en Siberia y otros huyeron a Francia, a Gran Bretaña o a la ciudad libre de Cracovia. Las Uni-

versidades de Varsovia y Vilna fueron cerradas y disuelta la Sociedad de Amigos de las Ciencias. Las escuelas polacas quedaron bajo el control del ministerio de Instrucción pública de San Petersburgo. El zar inició una acción rusificadora que le enfrentó con la Iglesia católica.

*Las tensiones con la Iglesia*

Los católicos polacos se dividían en los de rito latino y los llamados griegos unidos (uniatas). La política religiosa de los zares había tendido a absorberlos a todos en la ortodoxia rusa. En 1815 existían un arzobispo y cinco obispos para los católicos latinos rusos, y un arzobispo y dos obispos para los uniatas. Alejandro I había nombrado obispos sin llegar a un acuerdo previo con Roma y había confiado la administración de las diócesis católicas a un colegio semejante al Sínodo de la iglesia rusa. El zar quería que el metropolitano de Vilna llegara a ser el primado de la Iglesia católica en Rusia. Pío VII rechazó la política del zar pues no podía ceder en el ejercicio de su magisterio espiritual.

Sobre esta situación permanentemente tensa recayó el breve *Superiori anno* (9-VI-1831) mediante el que Gregorio XVI desaprobó la sublevación de los polacos contra el zar, que era también su rey. El breve fue utilizado por los soldados de Paskevich en su avance sobre Varsovia. Nicolás I, en cambio, ni hizo pública ni respondió a la enérgica protesta que le presentó el mismo Pontífice pocos días después (29-VI-1831).

*El problema de los uniatas*

La política de rusificación de Polonia, dirigida por el zar tras el aplastamiento de la sublevación, incluyó el intento de aniquilar a la Iglesia católica. Se prohibieron las conversiones, se impuso a los eclesiásticos un juramento de fidelidad al emperador, se suprimieron 202 conventos, las escuelas católicas fueron entregadas a los popes y se despreció la legislación canónica sobre los matrimonios mixtos. Nicolás I trató de controlar a la jerarquía de la Iglesia e intentó que todos los católicos rusos quedaran sometidos a un solo metropolitano. Se negó a cubrir las diócesis vacantes. La sede de Varsovia quedó sin ocupar de 1838 a 1856. El zar, mediante la acción del metropolitano de Lituania que mantenía una actitud dubitativa ante el Papa, se decidió a unir (12-II-1839) los uniatas a la ortodoxia. No obstante las protestas del Papa y la fidelidad de gran parte del clero, no se pudo impedir la unión. Quedó un solo obispo uniata fiel a Roma, en Chelm (Polonia). El zar estableció un arzobispo ortodoxo en Varsovia, cargo para el que nombró a Pawlowski, metropolitano de Mohilev.

*El Concordato*

La actitud del Papa fue firme y el episcopado católico polaco se mantuvo fiel a Roma. Gregorio XVI prosiguió sus protestas públicas. Ante esta situación, el emperador, durante un viaje por Europa, visitó Roma y se entrevistó con el Papa (13-XII-1845). Como consecuencia de este diálogo, Blodow, encargado ruso de Negocios Extranjeros, viajó a Roma en 1846 y, tras laboriosas conversaciones, se llegó a la firma de un Concordato (3-VIII-1847). Respecto a Polonia quedaba todo como lo había establecido Pío VII, en 1818. Los obispos serían nombrados tras un acuerdo entre el zar y el Papa y éste les daría la misión canónica. Todas las diócesis católicas en Rusia quedaban dependientes de un solo metropolitano y los uniatas volvían a la Iglesia católica.

*La rusificación de Polonia*

Durante este tiempo, la organización administrativa de Polonia sufrió cambios profundos a fin de asimilarla a Rusia. Se introdujo la moneda y el Código penal rusos y fueron transferidos al Senado de San Petersburgo las competencias de Consejo de Estado y de la Corte de Justicia. Fue totalmente reprimido todo intento de acción política. Rusia y Austria habían llegado al acuerdo de extradición de refugiados políticos y las policías de Rusia, Prusia y Austria cooperaban para cortar de raíz la más pequeña conspiración. La República de Cracovia, con sus 1.164 km$^2$ y sus 88 mil habitantes, fue despojada de sus instituciones electivas —Senado y Asamblea de Representantes— y quedó bajo el control de una Conferencia de Residentes de las tres potencias autocráticas, Rusia, Prusia y Austria.

*El desarrollo económico polaco y el sentimiento nacional*

A partir de los años cuarenta se produjo en Polonia un progreso de la agricultura y de la industria. La agricultura se desarrolló notablemente en las provincias polacas sometidas a Prusia y en el norte y oeste del reino de Polonia. La industria se centró en las manufacturas textiles de Wrolaw y en las fábricas y minas de la Alta Silesia (carbón y acero). Como el virrey de Polonia, Paskevich (1782-1856), había impuesto un sistema de gobierno que impedía toda acción política, algunos polacos decidieron poner en marcha una acción legal, apolítica, y que debía tener como fin elevar el nivel cultural, social y económico del país. Esta acción se llamó trabajo orgánico. El movimiento tuvo tres focos principales: en primer lugar, la Asociación para la Ayuda Científica, creada en el gran ducado de Poznan; más adelante se crearon las Sociedades Agrícolas; por último la revista *Anales de Economía Nacional,* impulsada por el terrateniente conde Zamoyski, y las instituciones de crédito fundadas por el príncipe Sapieha en Galitzia.

Mientras en Polonia se extendía una acción dirigida a la formación de cuadros sociales, los emigrados polacos, principalmente desde París, impulsaban una actividad tendente a una revolución armada. Lelewel había creado en 1831 el Comité nacional polaco. Desde 1832 funcionaba la Sociedad democrática polaca, alentada por el príncipe Czartoryski (1770-1861), que se identificaba con actitudes constitucionales y liberales. En 1835, Konarski, vinculado a la Joven Polonia, constituyó en Lvov la Asociación del pueblo polaco. Todas estas acciones, en las que participaron hombres como Libett, Dembowski y el general Mierolawski, debían desembocar en una revolución en las provincias sometidas a Austria y Prusia y en Cracovia, en 1846. La acción de la policía prusiana cortó de raíz la sublevación en Poznan y el levantamiento en Galitzia quedó reprimido con rapidez. Solamente en Cracovia se mantuvo durante unos días un gobierno provisional. La ciudad fue ocupada por Austria y anexionada al Imperio.

Si la acción política directa había fracasado, no sucedió lo mismo con el sentimiento nacional polaco. En la afirmación de este sentimiento jugó un papel de primer orden la fe católica: una Rusia ortodoxa que oprimía tanto a la nación como a la Iglesia, no logró impedir que el catolicismo, que daba esperanza y sentido de fraternidad a todos los polacos, se convirtiera en elemento capital del ser de la nación polaca.

*Siberia*

Durante el reinado de Nicolás I continuó la penetración y asentamiento ruso en Siberia. El general Speranski había sido enviado en 1819 como gobernador general a un territorio inmenso, que era poco más que una colonia penal. Speranski fortificó la dependencia administrativa de San Petersburgo, amplió las bases de la autoridad local, se propuso

asimilar a los naturales, etc. Hacia 1840 la población de Siberia era algo superior al millón y medio de habitantes, y estaba compuesta por emigrantes, condenados, exiliados decembristas, polacos y campesinos, tanto libres como sometidos. La colonización inicial se realizó en las zonas intermedias de tierra negra, entre el bosque y la estepa, por la que se abría la ruta que atravesaba el continente. La influencia de Siberia radicó, entre otros hechos, en que para impulsar su colonización se fomentó la empresa privada. Para garantizar la seguridad de Siberia el almirante Nevelskoi ocupó la isla Sajalin en 1848. A partir de ese año, Rusia dispuso de una base naval en el Pacífico.

*El Cáucaso*

El Cáucaso exigió una acción militar rusa casi continua, durante la primera mitad del siglo XIX. En los años veinte se produjo un movimiento de resistencia que recibió el nombre de muridismo, y en el que se mezclaron la afirmación racial y la tradición de libertad política. El muridismo se configuró como una teocracia que logró dominar a las sociedades tribales que ocupaban el territorio entre los mares Caspio y del Azov. El imán Kazimullah declaró la guerra santa en 1829; obtuvo algunas victorias ante los rusos, pero en 1832 fue derrotado y muerto. Otro imán, Shamyl, volvió a levantarse contra las tropas rusas que lo sometieron en 1859. La presencia rusa en el Cáucaso tenía su justificación en la necesidad de frenar la política británica de extender su dominio de la India. El zar pensó en una expansión paralela por el Turquestán y consiguió que el sha Mohamed Mirza aceptase la influencia rusa en 1834. Cuando Gran Bretaña intentó avanzar de nuevo en Afganistán, los persas, alentados por el zar, invadieron el Herat (1837), y se llegó a la guerra, que terminó con un armisticio. Habían comenzado los conflictos por Afganistán.

Al comenzar el año 1848 Rusia era una autocracia en la que el zar simbolizaba el absolutismo que luchaba contra la revolución liberal; y como jefe de un ejército —que parecía el mayor del mundo— se presentaba como el árbitro político de Europa y como el conquistador futuro del decadente Imperio otomano.

## 2. La decadencia del Imperio otomano y la cuestión de Oriente

*Las pérdidas del Imperio*

El Imperio otomano fue uno de los pocos países que no resultó afectado por las conmociones revolucionarias que tuvieron lugar en Europa en torno a 1830, aunque había sido uno de los primeros en los que se había hecho presente la potencia nueva del nacionalismo. En 1812 hubo de admitir la semiautonomía de Serbia, confirmada en agosto de 1830 por el *hatt-i chérif* (carta imperial) que reconocía la existencia de Serbia como un principado autónomo bajo la soberanía del sultán; meses antes, en febrero del mismo 1830, había tenido que acceder a la independencia de Grecia de acuerdo con el tratado firmado en Londres.

*Las reformas interiores*

Por muchas que fueran las diferencias que distinguían al Imperio otomano (todavía muy sólidamente instalado en el viejo continente) de los otros países europeos, es inne-

gable que su evolución presentó indudables puntos de semejanza. También el Imperio por estos años percibió la necesidad de reformas profundas, muchas de las cuales fueron resueltamente acometidas. También el Imperio tuvo que vivir las tensiones entre los partidarios de su particular Antiguo Régimen y los que quisieron una renovación profunda que le situara a la pretendida altura de los tiempos. Con la peculiaridad de que en estos años la decadencia de un Imperio que había dado lugar a tantas coaliciones para oponérsele en sus momentos de esplendor, suscitó acuerdos similares entre los países europeos para mejor repartirse sus despojos.

*La resistencia de los jenízaros*

A Selim III (1789-1807) le sucedió Mohamed (o Mahmud) II (1807-1839). Fue Mohamed el que comenzó a llevar a la práctica con energía las reformas ya planteadas por Selim. El 27 y 28 de mayo de 1826 promulgó un reglamento, aprobado por los altos dignatarios del Estado, en virtud del cual los jenízaros, que tantos problemas habían ocasionado a Selim cuando intentó prescindir de ellos para reformar profundamente su ejército, no eran eliminados por completo pero debían pasar a formar parte de la nueva organización de las fuerzas armadas. Los jenízaros intentaron resistirse, pero Mohamed, apoyado por otras unidades militares y gracias a que los ulemas —las autoridades religiosas— les negaron el respaldo, logró dominarlos. La consecuencia de estos disturbios fue la supresión definitiva del cuerpo de los jenízaros, a la que siguió la de los spahis y la de la secta religiosa de los Bektachi, uno de los núcleos más reacios a las reformas. Otros cambios introducidos por Mohamed II fueron el abandono del traje tradicional y su sustitución por los modos de vestir europeos a los que se añadió el fez. Firmó tratados comerciales con la mayor parte de los países europeos y con los Estados Unidos. En mayo de 1836 creó los ministerios del Interior y de Asuntos Exteriores. Pero Mohamed no pudo terminar las reformas que se había propuesto; esto quedó para su hijo y sucesor Abd ul-Medjid. Mohamed II hubo de hacer frente a los problemas graves que le planteó su gobernador (o bajá) de Egipto, Mehemet Alí (1769-1849).

*Mehemet Alí, en Egipto*

Era éste un albanés que en 1798 se enroló en las tropas enviadas por el sultán a Egipto para combatir a los franceses que, dirigidos por el general Bonaparte, se habían instalado allí con ánimo de ocupar esta provincia y controlar así el istmo de Suez. En mayo de 1805 Mehemet Alí se hizo reconocer como bajá. Años más tarde, con motivo de la sublevación de Grecia, el sultán reclamó los servicios de su vasallo. Mehemet Alí envió un ejército, mandado por su hijo Ibrahim, que reconquistó la Morea. Deshecha la flota turco-egipcia por los franco-británicos en la batalla de Navarino (1827), Grecia alcanzó su independencia pero Mehemet Alí, que por entonces había logrado ya una sustanciosa ampliación de su Poder en Egipto al incluir dentro de su bajalato Sudán y las ciudades santas de Arabia, se dispuso a hacerse pagar por Constantinopla la ayuda proporcionada.

*Las exigencias de Mehemet Alí*

Francia había cultivado cuidadosamente las relaciones con Mehemet Alí. El príncipe de Polignac, el último primer ministro de Carlos X, quiso contar con su ayuda para la proyectada conquista de Argelia. El alto precio que Mehemet Alí fijó para su intervención produjo que la aventura de Argel fuera exclusivamente francesa. Apenas cerrada la

crisis griega, Mehemet Alí planteó sus exigencias a Mohamed II: exigió Siria para su hijo Ibrahim, en lugar de la Morea prometida y perdida. Rehusó el sultán y ofreció la isla de Creta. Mehemet Alí no aceptó la oferta. Y a finales de 1831 un ejército egipcio, mandado por Ibrahim, invadió Palestina y puso sitio a San Juan de Acre.

*Las repercusiones internacionales*

La ciudad cayó en manos de Ibrahim en mayo de 1832. Tomó Damasco en junio; en julio, Alepo; Antioquía, en septiembre. Penetró en Anatolia y llegó hasta Konieh donde derrotó a otro ejército otomano. Ante este derrumbamiento del Imperio, las potencias europeas reaccionaron. No se estaba ya ante un simple conflicto interno de un Estado, sino ante unos acontecimientos que amenazaban con cambiar toda la estructura del Mediterráneo oriental. Austria, dirigida por Metternich, se mostró partidaria de una

**Mehemet Alí, jedive de Egipto (1769-1849).** *El Mediterráneo oriental ha sido siempre una zona vital para Europa —por ser su contacto con Asia— y, por lo mismo, conflictiva. El férreo control que sobre ella ejerció el Imperio otomano, en coincidencia con la expansión europea hacia América, amenguó su importancia entre los siglos XVI y XVIII. El debilitamiento del Imperio, al decaer su fuerza militar, y la nueva orientación mundial de los pueblos de Europa al iniciarse el siglo XIX, situó una vez más en primer plano al Mediterráneo oriental. También en este caso fue Napoleón Bonaparte el que con su expedición a Egipto volvió a plantear la cuestión. De forma indirecta, la aventura napoleónica puso en marcha la historia moderna de Egipto al provocar la llegada a sus costas de un soldado, de incierto origen albanés o turco, que se distinguió en Abukir (1799) y llegó a ser jedive (virrey) de Egipto: Mehemet Alí. Junto a las considerables reformas interiores y a la ampliación de su dominio a la península arábiga y al Sudán septentrional —donde fundó Jartum—, Mehemet Alí, a causa de las tensiones europeas, acabó por convertirse en pieza fundamental de la política de la primera mitad del XIX. Mehemet Alí se encontró con la protección de Francia. Fue esto quizá lo que extendió por Europa, a partir de 1830, la idea de un jedive de Egipto liberal, algo en verdad alejado de la realidad. Pero Mehemet Alí se enfrentó con el sultán. Y el Reino Unido, rival habitual de Francia, era el que alentaba en Constantinopla —muy lejos de sus propias concepciones políticas, pero muy cerca de sus particulares intereses— las tendencias más tradicionales, con vistas a fortificar el Imperio frente a las presiones rusas. La política de Palmerston, en lo que se refiere a Egipto, no fue especialmente clarividente. El constante objetivo británico de asegurar las comunicaciones con la India se entendió que estaba resuelto con la colonia de El Cabo —clave para el comercio marítimo— y las buenas relaciones con Constantinopla que aseguraban el comercio terreste. Es significativo que los primeros estudios modernos para el trazado de un canal que rompiera el istmo de Suez se deban a las sugerencias del general Bonaparte. Y francés fue el canal que, ya avanzado el siglo, en la década de los sesenta, unió los mares Mediterráneo y Rojo. Seis años después de su inauguración, un rápido cambio de la política británica permitió que el Reino Unido reemplazara a Francia en Egipto y en el control del canal de Suez.*



intervención colectiva en defensa del sultán. Actuaba así impulsada por la misma razón que diez años antes le había llevado a reprobar la lucha de los griegos por su independencia: defender el Antiguo Régimen suponía mantener el *status quo*. Gran Bretaña, cuya política exterior estaba en manos de Palmerston, tendió a colocarse, no sin titubeos, junto a Metternich. Francia, en cambio, se manifestó resueltamente al lado de Mehemet Alí. El bajá de Egipto gozaba curiosamente en Francia de fama de liberal. Y Luis Felipe llevaba apenas dos años en el trono.

*La intervención de Rusia y el tratado de Unkiar Skelessi (1833)*

En medio de estas dudas de las potencias occidentales, Mohamed II, apurado, recurrió a Rusia. Y en febrero de 1833, ante la alarma del resto de Europa, desembarcaban las tropas rusas en las playas del Bósforo y una escuadra anclaba ante Constantinopla. En mayo, merced a la intervención rusa, se alcanzaba la paz: Mehemet Alí se retiraba, pero recibía Siria, Adana y Tarso. Sin embargo, la intervención rápida de Nicolás I tuvo una segunda consecuencia de importancia mayor. El 8 de julio de 1833 se firmó entre los dos Imperios —ruso y otomano— el tratado de Unkiar Skelessi. Aparte de confirmar los acuerdos previos entre las dos potencias, el tratado establecía entre ambas una alianza de ocho años de duración, por la cual se comprometían a la defensa mutua en caso de agresión exterior. En un artículo separado, el Imperio otomano quedaba libre de la obligación de enviar ayuda militar y naval a Rusia en caso de guerra, con tal de que cerrara los Dardanelos a los barcos armados, "no permitiendo a ningún navío extranjero entrar bajo ningún pretexto".

*Consecuencias del tratado en la política general europea*

El tratado produjo consternación en el resto de Europa. Se vio en él la concesión de una posición de preferencia a Rusia respecto al Imperio otomano, que podía entrañar que éste quedara en la condición de satélite de San Petersburgo o que, incluso, Rusia pudiera promover el reparto de su territorio. Y aunque Metternich parece que fue completamente ajeno a la gestación del tratado de Unkiar Skelessi, las sospechas francobritánicas crecieron cuando en septiembre del mismo año 33 austríacos y rusos llegaron a los acuerdos de Müchengrätz, a los que también se asociaron los prusianos. La contestación de las potencias occidentales fue la Cuádruple Alianza. La defensa de los regímenes liberales en la península ibérica permitió que cristalizara la división de Europa en dos bloques: liberales y defensores del Antiguo Régimen.

*Los objetivos de Gran Bretaña y de Francia*

No puede decirse que fuera muy sólida esta Cuádruple Alianza. Gran Bretaña tendía a defender al sultán y a apoyar las reformas interiores: no en vano Rusia jugaba en Constantinopla la carta de los defensores de la tradición. Francia, por su parte, seguía al lado de Mehemet Alí. Además los intereses comerciales de Francia y el Reino Unido eran encontrados. Gran Bretaña, desde 1833, comenzó a hacer pruebas para la navegación a vapor por el mar Rojo y el río Eufrates. Tuvieron éxito y se revalorizaron las rutas terrestres hacia sus colonias de la India. Palmerston juzgó que sería temerario que estas rutas —que atravesaban Siria o cruzaban el istmo de Suez— pudieran estar en manos de los rusos o de los egipcios, a los que cada vez se consideraba como más dependientes de Francia.

*La guerra turco-egipcia (1839)*

Por su parte Mehemet Alí consideraba el acuerdo a que había llegado con el sultán —tratado de Kutahya (V-1833)— como algo provisional. No ocultaba que estaba preparándose para la guerra. Y Mohamed II hacía lo mismo. A lo largo de 1838 Palmerston hizo todo tipo de gestiones para conseguir un acuerdo de las grandes potencias que impidiera la agresión mutua. Francia y Austria se manifestaron dispuestas a secundar sus intenciones. Pero Rusia ni siquiera contestó a sus ofertas. Y en esta situación, Mohamed II, sin ningún respaldo internacional, se decidió a atacar a Egipto. En abril de 1839 un ejército otomano invadió Siria. En junio era derrotado por los egipcios en Nezib; pocos días más tarde Capitán pachá entregaba en Alejandría la flota otomana a Mehemet Alí. El 1 de julio, sin haber llegado a conocer este doble desastre, moría en Constantinopla Mohamed II, al que sucedía su hijo Abd ul-Medjid (1823-1861).

*La intervención de las grandes potencias*

Pero Mehemet Alí no pudo disfrutar de sus victorias. El 27 de julio de 1839 se hacía pública una nota de las cinco grandes potencias —Austria, Prusia, Rusia, Gran Bretaña y Francia— en la que anunciaban al sultán su decisión de intervenir en su ayuda; y le pedían que no hiciera ninguna concesión al bajá de Egipto. Fue un innegable triunfo británico, pues el protectorado particular de Rusia sobre el Imperio —derivado del tratado de Unkiar Skelessi— se transformaba en un protectorado colectivo. Pero Rusia curiosamente no estaba tanto interesada en mantener el polémico tratado como en asegurar que los Estrechos —el Bósforo y los Dardanelos— quedaran cerrados. Por eso no sólo se avino a secundar la nota conjunta, sino que procuró estrechar aún más sus lazos con Gran Bretaña a fin de conseguir un arreglo general de lo que ya se llamaba la "cuestión de Oriente".

*La tensión franco-británica (1840)*

Fue en estos momentos cuando Francia dio un paso en falso. Desde marzo de 1840 presidía Thiers el gabinete. La opinión pública francesa era resueltamente pro-egipcia. Y Thiers no estaba dispuesto a enfrentarse con el sentir nacional. Por lo demás no creía que las potencias occidentales llegaran a ponerse de acuerdo. Confiaba incluso que los francófilos británicos lograran imponerse sobre Palmerston a fin de que éste no humillara a Mehemet Alí, el protegido de Francia.

Palmerston actuó en esta ocasión con mucha energía. En su opinión, de no conseguirse un acuerdo rápido que frenara a Egipto, el Imperio otomano renovaría el tratado de Unkiar Skelessi y se produciría una división práctica de su territorio en dos zonas sometidas a las respectivas influencias de Rusia y Francia, lo cual era altamente contrario a los intereses británicos. Palmerston, que dirigía el *Foreign Office,* advirtió a sus colegas de gabinete su decisión de dimitir si no eran admitidos sus puntos de vista, lo que suponía la caída del gobierno *whig*. El gobierno dio su respaldo a Palmerston y el 15 de julio de 1840 se llegó a un acuerdo que, suscrito por Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia, advirtió a Mehemet Alí que tenía un plazo de diez días para abandonar todas sus conquistas y devolver la flota al sultán. Sólo podría retener Egipto a título hereditario y Palestina mientras él viviera, pero sin poder transmitirla a sus hijos.

*La destitución de Thiers*

En Francia la noticia del *ultimátum* produjo una viva emoción. Thiers se manifestó decididamente resuelto a mantener a su protegido. París comenzó a fortificarse. Se

habló de guerra con Gran Bretaña e incluso —aunque no parece que tuviera mucha relación con los acontecimientos motivadores de la crisis— de cruzar el Rin e invadir Alemania. Mehemet Alí, por su parte, seguro del apoyo francés, rehusó el *ultimátum*. Sólo se avino (27-XI-1840) tras el bombardeo de los puertos sirios por la flota británica a lo que siguió la ocupación militar. Pero, sobre todo, porque Luis Felipe, prudente, había retirado su confianza a Thiers en octubre y le había sustituido por un nuevo gobierno presidido por el mariscal Soult y en el que Guizot, partidario convencido del mantenimiento de la alianza con Gran Bretaña, ocupaba la cartera de Asuntos Exteriores.

*Los acuerdos de Londres (1841)*

Resuelta así la crisis, el sultán reconoció por dos decretos (II-V-1841) la nueva posición de Mehemet Alí en Egipto, aunque éste hubo de comprometerse a satisfacer un tributo anual y mantener un ejército limitado, así como leyes y una estructura administrativa similares a las otomanas. El acuerdo decisivo llegó por un nuevo tratado de Londres (13-VII-1841) en el que se abrogaba el acuerdo de Unkiar Skelessi; y se declaraba específicamente que los Estrechos del Bósforo y de los Dardanelos permanecerían cerrados a todos los barcos de guerra mientras la Sublime Puerta —esto es, el Imperio otomano— se mantuviera en paz. Ni siquiera una petición del sultán permitiría cruzar los Estrechos a las flotas en tiempo de paz: sería preciso el consentimiento de todas las potencias signatarias de la convención londinense de los Estrechos. Gran Bretaña tomaba así la revancha sobre Rusia y Francia, que habían firmado juntamente con ella la convención. El camino de la India continuaba seguro. Perdía Rusia, cuya flota del mar Negro quedaba imposibilitada de ganar el Mediterráneo y hacerse presente en los mares cálidos. Pero sobre todo perdía el Imperio otomano que debía admitir la práctica separación de una provincia más —Egipto—, tras la pérdida de Serbia y Grecia.

*La nueva orientación de la política exterior francesa*

La solución provisional de la cuestión de Oriente no mejoró las relaciones entre Gran Bretaña y Francia, a pesar de los deseos evidentes de Guizot por llegar a un acuerdo con lord Aberdeen, que había sustituido a Palmerston, en 1841, en un nuevo gabinete presidido por Robert Peel. A partir de 1843 se presentó el nuevo motivo de fricción de los matrimonios reales españoles. La boda del hijo de Luis Felipe, el duque de Montpensier, con la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, indignó al gobierno británico pues se entendió que Francia había faltado a lo acordado en la entrevista de Eu entre la reina Victoria y Luis Felipe. La política exterior francesa se aproximó a las potencias del Este europeo. Guizot no vaciló en reconocer a Metternich que Luis Felipe se había vuelto más y más conservador; que apenas quedaba en él nada del revolucionario de 1830. Francia admitió inmediatamente la anexión de la república de Cracovia que Austria llevó a cabo en 1846; y llegó incluso a proponer al gobierno de Viena una intervención conjunta en Suiza en defensa de los cantones católicos del *Sonderbund*.

*La carta de Gul-Hané (1839)*

En lo que respecta al Imperio otomano, el sultán Abd ul-Medjid, apenas sucedió a su padre, reemprendió las reformas interiores *(Tanzimat)*. El 3 de noviembre de 1839, en plena guerra con Egipto, ante la Corte, los altos dignatarios del Estado y los embajadores extranjeros, Abd ul-Medjid hizo leer el *hatt-i chérif*, llamado del Gul-Hané. Era una ley fundamental sobre temas judiciales, financieros, administrativos y militares. Todos

los súbditos otomanos eran iguales, cualquiera que fuera su religión o raza —un principio que se encontraba en abierta contradicción con la antigua ley musulmana. Todos los súbditos serían juzgados de acuerdo por la ley establecida; nadie sería condenado o ejecutado sumariamente y sin investigación. Cada uno pagaría impuestos de acuerdo con su fortuna particular. Y cada localidad debería contribuir con unos determinados contingentes militares cuya cuantía sería fijada por una ley posterior. El servicio militar no podría exceder los cuatro o cinco años.

*El fortalecimiento del ejército*

Este conjunto de medidas marcó un cambio considerable en el Imperio, pues además fue acompañado de un control más eficaz del Poder central sobre la administración. El primero en beneficiarse de ellas fue el ejército. La administración tardó mucho más tiempo en adaptarse, hasta el punto de que fue necesario un nuevo rescripto imperial (1856) para que entraran en vigor las decisiones de la carta de Gul-Hané. En lo que respecta al ejército, en 1843 el gran visir (primer ministro) Riza bey hizo promulgar la ley sobre el reclutamiento militar. El reclutamiento se efectuaría por sorteo; la duración del servicio activo sería de cinco años; y se permanecería siete años en la reserva con períodos de entrenamiento de un mes. El ejército estaría formado por 300 mil hombres en activo, divididos en cinco cuerpos de ejército; y 150 mil en las tropas de reserva. Mediante esta nueva organización el ejército otomano se convirtió en el ejército más poderoso de Europa, después del prusiano.

*Otras reformas*

Las otras reformas no se efectuaron sino poco a poco, pues la política internacional cobró a veces tal importancia que todas las otras cuestiones pasaban a segundo plano. En 1847 se modificó el derecho tradicional musulmán y los tribunales religiosos, en lo que se refiere a la administración de la justicia. El derecho penal y una parte del derecho civil fueron secularizados. En un orden distinto, en 1845 se elaboró un proyecto de reforma de la enseñanza, cuyos resultados no se hicieron patentes hasta el reinado del sultán Abd ul-Aziz (1861-1876). Todos los niños desde los siete años debían asistir a las escuelas primarias. Los maestros se convirtieron en funcionarios del Estado. El proyecto contemplaba la creación de seis liceos, pero sólo se llegó a abrir uno (el de Galata-Saray). Escuelas primarias superiores y colegios fueron instalados en las capitales de provincias. E igualmente se decidió la apertura de una Universidad en Constantinopla.

En el orden administrativo, el Poder central fue organizado a la europea con departamentos ministeriales dirigidos por ministros que dependían del gran visir: de todas formas el primer ministro estaba sometido directamente al sultán. En mayo de 1868 se creó un Consejo de Estado y un Tribunal Supremo; de uno y otro formaron parte tanto musulmanes como cristianos. Las provincias fueron también organizadas administrativamente, pero todos sus recursos dependían del Poder central.

*El "hombre enfermo" de Europa*

Entre 1841 y 1852 el Imperio vivió años de paz. Tampoco llegaron a él las revoluciones de 1848. Pero fueron constantes las injerencias de las potencias en su política interior: Rusia siguió apoyando a los elementos más tradicionales, mientras que Gran Bretaña sostuvo a los partidarios de las reformas. Pero al margen del desarrollo posterior de la historia otomana, con la cuestión de Oriente quedó ya claramente marcada la actitud de

las potencias europeas ante un Imperio que intentaba recuperarse, pero que no acababa de conseguirlo: era ya el "hombre enfermo" de Europa. Rusia aspiraba a llegar al Mediterráneo mediante la ocupación de los Estrechos y de Constantinopla. Gran Bretaña y Francia estaban decididas a que esto no ocurriera, por más que discreparan apenas lograban detener a Rusia. Ambas coincidían también en otra cosa: si por el momento no deseaban la desaparición del Imperio, lo cual hubiera creado un vacío que podía ser ocupado por Rusia, tampoco querían que el Imperio se fortaleciera en exceso. Hasta 1848 Austria no intervino en los problemas otomanos, en razón de la defensa del principio de legitimidad que se encontraba en la entraña misma del Antiguo Régimen. El cambio ulterior de su política introduciría un factor más de perturbación en la vida de un Imperio otomano que se desmoronaba.

## 3. El Imperio austríaco y el canciller Metternich

*La revolución y el fin del Sacro Imperio Romano Germánico*

La fecha de 1830 no tuvo especial significación en el Imperio austríaco. El "sistema" establecido por el emperador Francisco I —no tanto la represión, como un control extremado— produjo que el Imperio no resultara afectado por las alteraciones revolucionarias que conmovieron a Europa en torno a esa fecha. Francisco (1768-1835) había sido coronado rey de Hungría y rey de Austria a la muerte, en 1792, de su padre, Leopoldo II. Tenía entonces solamente 24 años y hubo de hacer frente a las guerras de la Revolución francesa y a los conflictos posteriores y prolongados con Napoleón. Dos acontecimientos al principio de su reinado marcaron profundamente al joven monarca: la muerte en la guillotina de su tía María Antonieta y del esposo de ésta, Luis XVI, rey de Francia; y el descubrimiento en 1794 de dos complots jacobinos —uno en Viena y otro en Hungría— dirigidos contra su persona. Francisco, que dirigía el Sacro Imperio Romano Germánico, pasó a denominarse emperador de Austria en 1804. Dos años más tarde, le llegó el fin al Sacro Imperio. Y el emperador Francisco II se convirtió en Francisco I, emperador de Austria.

*El "sistema" de Francisco I*

Partidario decidido y convencido del Antiguo Régimen, Francisco I entendió que el gobierno era simplemente la expresión de la voluntad del monarca; y que el modo de expresar esta voluntad era la actividad de la burocracia. La misión de los súbditos era la de ser buenos súbditos. Y la obligación del monarca hacia ellos consistía en observar rigurosamente la ley y hacérsela cumplir. Francisco I, un hombre virtuoso, modesto, recto, de corta imaginación, fue todo lo contrario de un ilustrado. Su sistema de control absoluto de la vida de su Imperio le llevó a mantener una vigilancia atenta sobre los "intelectuales", los funcionarios y los oficiales del ejército, es decir, sobre los que más especialmente podían alterar la vida de sus Estados. Esto le impulsó a perseguir enérgicamente a las sociedades secretas, especialmente a la masonería. Pero Francisco I no castigó habitualmente a los conspiradores posibles; se contentó con mantenerlos bajo un control atento. Otro punto importante de su sistema fue la censura. Y como comple-

mento de su lucha contra las ideas que entendía como disolventes, puso la enseñanza en manos de la Iglesia, con la particularidad de que era una Iglesia cuidadosamente controlada por él mismo, en razón del "josefinismo" que heredó de su tío José II (1780-1790) y que él mantuvo celosamente. Con Francisco I el siglo XVIII de los déspotas ilustrados se mantuvo en Austria, directa o indirectamente, hasta la revolución de 1848.

*La quiebra de la Hacienda pública*

En 1798 devolvió a los señores todos los privilegios de que habían sido privados. Ya dos años antes, en 1796, se había reimplantado el *robot* en todos los territorios de la monarquía. Con el *robot* (palabra eslava que significa trabajo) se indicaba el trabajo forzado de los campesinos en las tierras de su señor. Salvo en lo que respecta a Hungría, ésta fue la única decisión tomada respecto a los campesinos en el Imperio hasta las vísperas de las conmociones del 48. Junto a esto, otro acontecimiento clave de su reinado fue la quiebra de la Hacienda pública. Su primera manifestación se presentó en 1812, como consecuencia directa del duro tratado de Schönbrunn. Pero la crisis definitiva tuvo lugar en 1816, al término de las guerras napoleónicas. Fue éste un acontecimiento que se recordó en todo el Imperio y cuyo eco se encuentra en las alteraciones revolucionarias que conturbaron en 1848 a Viena y Hungría.

*Metternich*

Desde 1809 Francisco I tuvo a su lado al conde (luego príncipe) Clement von Metternich (1773-1859). Metternich se ocupó primero de los asuntos exteriores del Imperio. Más adelante pasó a ser canciller, puesto en el que se mantuvo hasta su dimisión en 1848. La ayuda de Metternich fue decisiva para el correcto funcionamiento del sistema de Francisco I, que se prolongó durante el reinado de su incapaz sucesor, su hijo Fernando I (1835-1848). Durante estos años estuvieron estrechamente sujetos la prensa, las Universidades y los "intelectuales". Un aspecto de interés que muestra que el Antiguo Régimen no era entendido por la Iglesia como el sistema ideal o único fue que, a pesar de todos los intentos y deseos de Metternich y del apoyo incondicional que prestó en el Imperio a los eclesiásticos, no pudo nunca llegar a un Concordato con Roma.

*Los tres pilares del Estado austríaco*

La acción conjunta de Francisco I y su canciller impidieron que el Imperio resultara afectado por las revoluciones de 1830. La estructura del edificio del Estado estaba bien trabada y descansaba sobre los tres pilares de la aristocracia terrateniente, un ejército potente y una administración minuciosa fiel al Poder central vienés. 1830 fue una confirmación de las intuiciones de Metternich de cuáles eran los peligros para el Imperio: las corrientes liberales alemanas, las corrientes románticas eslavas —tan activadas por los estudios y publicaciones de Herder— y las corrientes nacionalistas italianas. Por lo mismo que todo había sido previsto y todo había podido ser vencido, todo se conservó igual.

*Las conexiones internacionales*

En la Europa dividida posterior a 1830, el Imperio austríaco, por obra de Metternich, contó con la absoluta fidelidad del zar Nicolás I de Rusia y del rey de Prusia Federico Guillermo III (que murió en 1840). Con el paso de los años también se aproximó considerablemente a Austria Luis Felipe I, rey de los franceses. Desengañado de la amistad

con Gran Bretaña, deseoso de que su monarquía fuera reconocida por las grandes potencias legitimistas, Luis Felipe intentó un acercamiento al Imperio, quebrado por su destronamiento en 1848. En política exterior, y durante los años que transcurrieron entre los dos ciclos revolucionarios, el Imperio no tuvo problemas. La cuestión de Oriente no rompió la unidad de las potencias del Este. Cuando Thiers, en el curso de esta crisis y ante la posibilidad de guerra con Gran Bretaña, dejó entrever que podrían ser invadidos los territorios de la orilla izquierda del Rin, Metternich no tuvo que hacer ningún movimiento: la entera Confederación Germánica rechazó la pretensión francesa.

*El papel de la Dieta húngara*

Inmediatamente después de 1830 los únicos problemas —y problemas suaves— que tuvo que resolver el gobierno de Viena fueron los que le planteó Hungría. La Dieta húngara había sido repetidamente convocada por Francisco I durante las guerras napoleónicas. Pero no se había vuelto a reunir entre 1812 y 1825. En este año, las únicas reivindicaciones que Hungría planteó fueron de tipo histórico. La Dieta estaba muy lejos de albergar intenciones revolucionarias. Y no varió en su actitud cuando de nuevo fue convocada en 1830. La Dieta votó rápidamente los subsidios solicitados para evitar que se extendiera la infección revolucionaria.

*Las propuestas de Széchenyi*

El panorama húngaro había cambiado cuando la Dieta volvió a reunirse en 1832, en razón del dinámico carácter de un joven aristócrata, el conde István Széchenyi (1791-1860), que había viajado por Europa occidental y había quedado vivamente impresionado por el contraste entre las condiciones allí existentes y las de su propio país. A su

**El canciller Metternich (1773-1859).** *Klemens Wenzel Nepomuk Lothar von Metternich nació en Coblenza, en el seno de una aristocrática familia de condes imperiales, el 15 de mayo de 1773. Hijo de un diplomático colaborador del canciller Kaunitz, Metternich entró al servicio de la diplomacia austríaca en 1794. En 1809 fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores y en 1821, canciller. En este puesto permaneció hasta que fue expulsado por la revolución vienesa de 1848. Hubo de refugiarse en Londres. Pudo volver a Viena en 1851 y allí murió ocho años más tarde (11-VI-1859). No es fácil entender la vida europea de la primera mitad del XIX sin prestar atención a la figura del príncipe de Metternich. Conocedor como pocos de la dinámica histórica, se vio sin embargo arrollado por unas fuerzas nuevas que ni supo ni quiso comprender: el Romanticismo, el liberalismo, el nacionalismo, la burguesía, la industrialización. La vida política de Metternich es todo un ejemplo de cómo la verdadera tradición, si quiere mantener lo esencial, ha de ser siempre innovadora: que es un grave error identificar la tradición con lo estático. Su esfuerzo formidable por mantener el* status quo *—sus negociaciones con Napoleón, los Congresos, Münchengrätz, su innegable talento— no impidieron que su gestión como gobernante se saldara con el fracaso que fue el estallido de la revolución de 1848: una revolución contra toda la obra paciente de Metternich.* (Giraudon. París.)



regreso, Széchenyi había iniciado una serie de empresas prácticas, entre las que destacó la constitución, en 1829, de la "Sociedad para la navegación a vapor sobre el Danubio". En el orden político, Széchenyi estaba muy lejos de ser un revolucionario; era más bien un liberal templado que quería la renovación de Hungría mediante un movimiento ordenado, paternalmente dirigido desde arriba. La Dieta no hizo mucho caso de sus propuestas, pero Széchenyi fue un punto de partida para acontecimientos posteriores. Antes sin embargo de que la Dieta fuera clausurada –en esta ocasión su actividad se prolongó durante cuatro años– el sistema sufrió un golpe decisivo: en 1835 murió Francisco I y la corona imperial pasó a su hijo Fernando (1793-1875), que era totalmente incapaz de gobernar.

*La incapacidad de Fernando I*

Francisco I había dejado un testamento político en el que ordenaba a su hijo que "no desplazara ninguno de los cimientos de la estructura del Estado"; que "gobernara y no alterara"; y que se pusiera bajo la dirección de su tío el archiduque Luis y de Metternich. Pero los muchos enemigos que el canciller tenía lograron que se añadieran a este Consejo de Regencia (que es lo que era en la práctica, aunque su nombre no lo indicara) dos personalidades más: el archiduque Francisco Carlos, hermano de Fernando, y padre de Francisco José, presunto heredero de la corona pues se pensaba que Fernando I no tendría descendencia, y el conde Franz Kolowrat-Liebsteinsky (1778-1861), un aristócrata bohemio que llevaba años ocupado de la administración interna y la Hacienda de la monarquía. Kolowrat era un reconocido enemigo de Metternich. Su inclusión en el Consejo de Regencia supuso que Metternich y Kolowrat se neutralizaran mutuamente, con lo que la vida del Imperio se estancó aún más.

*El lento desarrollo industrial*

Estos sucesos fueron un grave contratiempo para la monarquía del *Vormärz* (nombre que se suele dar a los años que precedieron a la revolución de marzo de 1848). El Imperio, en coincidencia con la grave crisis de la Hacienda que culminó en 1816, había visto estancarse su leve desarrollo industrial. La máquina de vapor llegó a Austria ese mismo año 16, pero durante tiempo fue poco más que una curiosidad. Además, el Imperio, como tantos otros países de la Europa continental, sufrió a partir del final de las guerras la invasión de las manufacturas británicas. Sin embargo, desde 1830 comenzó una cierta transformación interior, por más que no fuera tan intensa y rápida como la de otros países germánicos. No todos los territorios imperiales experimentaron esos cambios. Pero en 1840 –el mismo año en que se creó el *Lloyd* austriaco– había desaparecido el hilado a mano en la industria textil de Bohemia, sustituido por la maquinaria de vapor. Una industrialización algo más intensa tuvo ya lugar en los años cuarenta: fabricación de hierro, producción de azúcar, etc.

*Los cambios en la agricultura*

De forma similar, en los mismos años treinta se había iniciado una cierta transformación agraria. Si la restauración de los derechos feudales en 1798 produjo que muchas tierras ricas se mantuvieran en un régimen de producción subdesarrollada hasta mediados de siglo, es igualmente cierto que muchos propietarios habían comenzado ya a impulsar los cultivos rentables en gran escala e incluso una reforma agraria. Fueron

estos mismos propietarios los que comenzaron a caer en la cuenta de que el trabajo forzado de los campesinos *(robot)* en las tierras de los señores era poco productivo. Razones análogas a las que contribuirían a poner fin al régimen señorial en Rusia o a la esclavitud en los Estados Unidos veinte años más tarde. Fueron los señores más progresistas los que comenzaron a reclamar la liberación de los campesinos y consiguieron la ley de 1846 que suavizó el régimen señorial. Pero más grave que este problema fue el de una numerosa clase agraria a la que el rápido crecimiento demográfico había disminuido sus posesiones por debajo del nivel de subsistencia e incluso había dejado sin tierras. Sobre ellos cayeron además las hambres producidas por las muy malas cosechas que se registraron en 1846 y 1847. El febril desarrollo de la industria textil chocó con una retracción de la demanda. En vísperas de los acontecimientos revolucionarios el Imperio se vio conmovido por alborotos y destrozos de maquinaria, y los suburbios de Viena, Praga y otros centros industriales se llenaron de mendigos hambrientos y desesperados.

*La burguesía de negocios*

Esta crisis tuvo también su reflejo en la inquietud de la burguesía que había ido creciendo a medida que se desarrollaba el mundo de los negocios. Como en tantos otros países, en Austria había tenido especial importancia para su desarrollo la construcción de ferrocarriles, que había además permitido poner en funcionamiento otras muchas industrias relacionadas con ellos e impulsar en gran escala la industria pesada y la minería. Este incremento de la burguesía se tradujo en la creación de múltiples asociaciones —especialmente en Viena— que acogieron, junto con estos burgueses que reclamaban una participación en el gobierno, a otros elementos liberales (juristas, universitarios, estudiantes) unidos en la reclamación de una Constitución.

*Las contradicciones estructurales*

El Imperio austríaco, arquetipo del Antiguo Régimen en la Europa civilizada, se encontró en vísperas del 48 con un problema de muy difícil solución. El sistema de Francisco I, seguido por pura inercia por su hijo y sucesor Fernando I, estaba orientado hacia el mantenimiento de una sociedad que el mismo Estado, sin embargo, contribuía a que cambiara al impulsar el desarrollo industrial. Pues la industria generaba de forma inevitable nuevos grupos sociales —burguesía, campesinos libres— no previstos por las estructuras del Antiguo Régimen. La estrecha alianza que, desde su josefinismo, el Imperio procuró mantener con la Iglesia durante estos años —a pesar de las diferencias ya apuntadas con Roma— muestra que los gobernantes, con Metternich a la cabeza, eran muy conscientes de la necesidad de mantener un firme lazo de unidad, como base del mismo Antiguo Régimen que se intentaba conservar. Esto, por lo demás, era compatible con la tolerancia respecto a los grupos no muy fuertes de protestantes —los calvinistas húngaros, por ejemplo— o de judíos —especialmente en la misma Viena. El problema residía en las libertades que reclamaban los sectores intelectuales y burgueses. ¿Hasta dónde llegarían en sus peticiones o exigencias?

*La triple proyección del Imperio*

Pero el Imperio austríaco tenía un problema más: la reclamación de las libertades individuales se doblaba, en razón de su peculiar estructura, por las de las libertades colectivas de las distintas nacionalidades que se yuxtaponían en su seno. Austria era un Imperio multinacional. En el complejo entrecruzamiento de razas, pueblos y territorios,

característico de Europa central, había venido representando un papel directivo y aglutinador. En los tiempos de la monarquía del *Vormärz* el Imperio realizaba su papel estructurador en tres direcciones. Sostenía, en primer término, la Confederación Germánica, el conjunto de los 39 Estados alemanes surgidos del Congreso de Viena. Su segunda proyección era sobre Italia. El norte de la península estaba ocupado por el reino lombardo-véneto desde el que Austria mantenía el *statu quo*, actuando con energía contra cualquier intento liberal de alterar el orden tradicional y legítimo. Su tercer ámbito de proyección estructuradora era la cuenca danubiana. La monarquía austríaca dotaba a húngaros, checos, eslovacos, serbios, croatas, eslovenos y rumanos de una unidad supranacional. Era el Imperio austríaco un delicadísimo equilibrio. Se podrá estar o no de acuerdo con el mandato de Francisco I a su hijo de que "gobernara y no alterara". Pero se comprende el sentido de estas palabras: era imprevisible lo que podría suceder si se introducían cambios. Por lo demás, ésta fue la convicción profunda del mismo Metternich.

*Las reivindicaciones nacionalistas*

Pero los cambios eran inevitables. Ya se ha indicado la suavización del régimen señorial que tuvo lugar a partir de 1846. De forma paralela comenzaron a presentarse también las reivindicaciones nacionalistas. Unas a partir de los derechos históricos. Pero otras desde la perspectiva nueva del principio nacional. La dificultad estribaba en que no había correspondencia entre grupo histórico y grupo étnico: el problema era casi insoluble.

Y a su vez las clases populares, que nutrían los núcleos industriales que poco a poco se habían ido formando, reclamaban igualmente la emancipación nacional, política y social. Pero la nobleza de los territorios más tradicionales —y también más desarrollados— quería tan sólo el respeto a los derechos históricos. Tal era el caso de los húngaros o de los checos.

*Kossuth, en Hungría*

Austria vivió en estos años un entrecruzarse de problemas muy difíciles. En Hungría, la crítica iniciada por Széchenyi fue recogida y amplificada por la generación más joven que, a partir de 1836, comenzó a agruparse en torno a Lajos Kossuth (1802-1894). Más radical que Széchenyi, Kossuth habló de la necesidad de limitar al mínimo indispensable las relaciones con Viena, como un postulado del derecho de Hungría a la independencia y un preliminar indispensable para cualquier ulterior reforma política, social, económica o cultural. Este planteamiento nuevo de los asuntos húngaros —reprimido o permitido por el gobierno vienés de acuerdo con los vaivenes de la política exterior— llevaba consigo otros problemas de no menor cuantía. Pues la aspiración profunda de Hungría, lo que la empujaba a mantener distancias con Viena, era su ambición de restaurar el antiguo reino de la Corona de San Esteban; lo cual implicaba un acentuado proceso de magyarización de otros pueblos —croatas, serbios, eslovacos, rumanos— también incluidos en el Imperio y por lo mismo a salvo hasta el momento de las extremas pretensiones húngaras.

*Italia y la Confederación Germánica*

Los problemas italianos comenzaron a tomar mal cariz en la medida en que la aspiración a la unidad, sustentada por el *Risorgimento*, comenzó a ser un sentimiento cada vez más ampliamente compartido. Es cierto que por el momento no parecía bien defini-

da la cabeza de esa unidad posible. No lo sería evidentemente el Papa. Pero cada vez más ojos italianos comenzaban a estar pendientes de lo que Carlos Alberto hacía en Piamonte. Algo relativamente similar ocurría en Alemania. Prusia parecía contentarse con agrupar en torno a su unión aduanera (*Zollverein*) el mayor número posible de Estados alemanes. No parecía tener por el momento ambiciones políticas de unidad. Pero sí existían núcleos de patriotas alemanes que, a pesar de la actitud de Federico Guillermo IV, veían en Prusia la posibilidad de lograr a la vez la unidad nacional y la separación de un Imperio austríaco que encarnaba un Antiguo Régimen, enteramente opuesto a sus ambiciones liberales.

*Bohemia*

No supuso ningún problema para el Imperio controlar la revolución que, en febrero de 1846, intentó fomentar en Galitzia y con bases en la República de Cracovia, la Junta nacional polaca que radicaba en París. Los campesinos no secundaron la revolución y el único resultado positivo de esta aventura fue que Austria pudo anexionarse Cracovia sin que las potencias protestaran. Consecuencias más hondas tuvo, por lo contrario, la agitación que, a semejanza de la húngara, se comenzó a producir en Bohemia, también en los años cuarenta. Inicialmente, y es un punto más de semejanza con Hungría, se reclamaron tan sólo los derechos históricos: se pedía el autogobierno contra el despotismo burocrático centralizado. Pero poco a poco Bohemia y Moravia se convirtieron en el escenario de un vigoroso resurgimiento nacionalista, no sólo lingüístico y cultural, sino también marcadamente político. Se tendía a un Estado nacional checo (por supuesto, dentro del Imperio) que comprendiera los territorios de la antigua corona bohemia y, además, las áreas eslovacas del norte de Hungría.

*El liberalismo austríaco*

De todos los pueblos que integraban la monarquía, los alemanes fueron los más divididos políticamente. Aparte de los estudiantes universitarios, apenas fueron afectados por el nacionalismo romántico que intoxicaba a húngaros, croatas o checos. Por lo demás todo el sistema austríaco descansaba sobre una burocracia y un funcionariado integrado en su mayoría por alemanes de nacimiento o adopción. Por esta razón la inmensa mayoría de los integrantes de este grupo nacional permanecieron fieles a la monarquía; incluso un gran número apoyaban su carácter centralizador.

Sin embargo era también alemana —o judía de habla alemana: los judíos por esos años habitualmente se identificaban con los alemanes— la parte mayoritaria de la clase profesional y empresarial del Imperio austríaco, fuera del reino lombardo-véneto. Y fueron los hombres de negocios y los financieros alemanes o judío-alemanes los más irritados por el peso muerto de la burocracia; y los intelectuales alemanes o judío-alemanes los que encontraron más insoportable la censura. Viena acabó por convertirse en el centro de un movimiento vigoroso de protesta y reforma, que debido a la condición social y económica de sus miembros tuvo una importancia desproporcionada a su número. Su debilidad residió —y esto se comprobaría pronto— en la dificultad de conciliar las aspiraciones liberales y nacionalistas.

*Las dificultades de un cambio inevitable*

En vísperas de las agitaciones de 1848 eran innegables los no pocos resultados positivos del sistema estructurado por Francisco I y tan enérgicamente secundado y aplicado por el canciller Metternich. Como también eran innegables las muchas incógnitas que plan-

teaba su futuro. Una cosa era mantener a ultranza el Antiguo Régimen —y estos hombres lo habían conseguido en el ámbito no fácil de una Europa profundamente turbada— y otra procurar, sin alterar su esencia, las adaptaciones que parecían reclamar los tiempos nuevos. No parece que se alcanzara a percibir el profundo proceso de transformación promovido por la economía y la técnica, que desencadenaría el problema de hacer frente a una nueva estructura social. Al no haber sido abordado en su momento —no tanto por mala voluntad como posiblemente por desconocimiento— en el Imperio quedaba una puerta abierta a las revoluciones burguesas, liberales, nacionalistas y socialistas.

## 4. Prusia y la "Zollverein"

*El Antiguo Régimen en Alemania*

El venerable Sacro Imperio Romano Germánico fue sustituido en 1806, por deseo de Napoleón, por una nueva estructura a la que se puso fin en el Congreso de Viena. A partir de 1815, el *Reich* quedó constituido por 39 Estados, que formaron la Confederación Germánica dirigida por la diarquía: el Imperio de Austria y el reino de Prusia. Si durante los años de la resistencia contra Napoleón algunos sectores alemanes habían podido soñar en que se lograra, una vez alcanzada la victoria, algún tipo de unión nacional, la formación de la Confederación Germánica (*Bund*) hizo patente la inconsistencia de su esperanza. Como también se desvaneció en 1815 el otro sueño de que los soberanos alemanes dieran a sus súbditos Constituciones liberales. El ejemplo del Imperio austríaco y la firme dirección política de Metternich fueron suficientemente eficaces como para que todo volviera en Alemania a como estaba antes; para que se afianzara el Antiguo Régimen. En este sentido las conmociones revolucionarias que agitaron en 1830 a algunos de los Estados alemanes tuvieron repercusiones escasas. Si en algunos de estos Estados los príncipes se decidieron a otorgar leyes fundamentales, fue éste un hecho de escasa repercusión que no produjo ninguna alteración decisiva en el conjunto del panorama alemán. Como ejemplos de la firmeza con que se mantuvo en Alemania el Antiguo Régimen hasta la revolución del 48 baste citar que, en 1835, fueron prohibidas en Prusia las obras del exiliado Heine y de otros escritores de la Joven Alemania; o que en 1837 siete profesores de la Universidad de Gotinga fueron privados de sus cátedras por haber protestado de la violación de la Constitución llevada a cabo por el nuevo rey de Hannover, Ernesto Augusto (1771-1851), antiguo duque de Cumberland, que había sucedido en el trono a su hermano Guillermo cuando éste heredó la corona del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, a la muerte del hermano mayor de ambos, Jorge IV. Fue en 1837 cuando terminó la unión personal entre Gran Bretaña y Hannover.

*Las dificultades económicas*

Pero posiblemente por estos años tuvo más importancia que la renovación de las discusiones políticas —nacionalistas y liberales—, la transformación económica que supuso la formación de la *Deutscher Zollverein*, en 1834. Los años que siguieron inmediatamente al final de las guerras del Imperio fueron de postración económica en Alemania. Los tímidos inicios industrializadores que se habían producido en el tercio final del XVIII

—y en regiones muy concretas— estuvieron a punto de colapsarse, debido a la fuerte competencia de los productos industriales británicos y belgas y al dominio indiscutido que la aristocracia ejercía sobre la agricultura y los viejos gremios sobre el ámbito industrial. Es cierto que, ya a partir de 1815, comenzaron a introducirse algunos cambios en la propiedad del suelo, a causa —especialmente en Prusia— del fin del régimen señorial. El siervo que ocupaba tierras con posibilidad de transmitirlas a sus hijos pasó a ser propietario, aunque tuvo que ceder un tercio a su antiguo señor. Esta cesión llegó a ser de la mitad cuando se trataba de siervos que no gozaban del derecho de transmisión hereditaria. De esta forma los señores llegaron a poseer la cuarta parte del suelo y, con frecuencia, se convirtieron en propietarios-modelo, lo que poco a poco les llevó a una mentalidad liberal en política comercial (necesitaban exportar sus granos) aunque mantuvieran el carácter autoritario en la organización de sus explotaciones. De forma paralela a estos cambios también se produjo una cierta atenuación de la rígida estructura gremial.

*Friedrich List y los orígenes de la "Zollverein"*

El punto de partida cierto de la renovación económica alemana vino de Prusia; más en concreto, de la necesidad en que Prusia se encontró de estrechar los lazos entre los territorios patrimoniales del noreste alemán y las nuevas provincias (Westfalia y Renania: los antiguos territorios de los obispos-príncipes electores) que el Congreso de Viena le entregó en el suroeste del *Reich.* Los primeros pasos para la supresión de las aduanas interiores se dieron en 1818, dentro de los mismos distintos territorios que integraban el reino. La teoría económica que sustentó estas medidas fue proporcionada por Friedrich List (1789-1846): a su entender, la causa del retraso de la evolución económica alemana era debida a la existencia de una multiplicidad de aduanas que separaban a los distintos Estados alemanes y provocaban una considerable diversidad de tarifas. Maasen, el ministro prusiano encargado de la economía, suprimió las barreras interiores y permitió todo tipo de importaciones y exportaciones.

*La "Deutscher Zollverein" (1834)*

El paso siguiente en la ampliación de la Unión aduanera fue dado entre 1819 y 1826. Prusia englobó en su sistema económico a los principados alemanes independientes que se encontraban entre el territorio nacional propiamente dicho y las provincias del oeste. A cambio de su unión les ofreció importantes compensaciones económicas. Los ministros de Hacienda de estos pequeños principados se convirtieron así en los principales instigadores de la Unión. En 1828 el gran ducado de Hesse-Darmstadt se incluyó en la *Zollverein:* fue la Unión aduanera pruso-hessiana. Vistos los buenos resultados económicos de la nueva estructura, en el *Reich* comenzaron a aparecer otras *Zollverein.* En el sur se unieron Baviera y Württemberg. Más adelante se les añadió el Palatinado. Sajonia, junto con Turingia, Hannover y el electorado de Hesse formó la *Zollverein* de Alemania central. En 1831, este último Estado abandonó a sus asociados y se vinculó a la *Zollverein* patrocinada por Prusia. Se debilitaron las otras Uniones y sus componentes se fueron poco a poco vinculando a la *Zollverein* primera. Y fue así como el 1 de enero de 1834 entró en funcionamiento la *Deutscher Zollverein,* o Unión aduanera alemana.

Dentro de ella se integraron la mayor parte de los Estados alemanes, con algunas excepciones. De los Estados del norte quedaron fuera los ducados de Schleswig y Hols-

tein —que dependían de Dinamarca—, Hannover, Oldenburg, Brunswick y las ciudades hanseáticas. Fiadas estas últimas del dominio que tenían de las comunicaciones marítimas y del apoyo británico, formaron con los otros tres Estados (Hannover, Oldenburg y Brunswick) una organización rival de la *Zollverein:* la Unión tributaria, o *Steuerverein.* Con el tiempo, las ventajas del sistema prusiano resultaron demasiado evidentes y la *Steuerverein* desapareció. Brunswick se vinculó a la *Zollverein* en 1844; Hannover, en 1851; y Oldenburg, en 1852. Sólo Hamburgo y Bremen continuaron como puertos de libre comercio hasta 1888. En lo que respecta a los Estados del sur del *Reich,* sólo quedaron fuera de la *Deutscher Zollverein* Baden y el Imperio austriaco.

Conseguido el amplio mercado nacional asentado en el librecambio interior, la *Zollverein* puso en práctica la segunda de las recomendaciones de List: se produjo la elevación de los aranceles en los límites de su territorio a fin de proteger la industria

**Friedrich List (1789-1846).** *Las palabras, cuando no se conoce bien lo que encubren, pueden jugar malas pasadas. Parece obvia la oposición entre librecambismo y proteccionismo. Alude la primera a un sistema económico cuya única ley sea la libertad plena de comercio, con una mínima o nula intervención estatal, dejado todo al riesgo y audacia de los individuos particulares. Es en este sentido la versión económica innegable y adecuada del más depurado liberalismo. El proteccionismo económico, al exigir la intervención del Estado, parece que guarda relación con formas más antiguas, con el mercantilismo, por ejemplo. Cuando se profundiza en los hechos se ve que la semejanza —mercantilismo y proteccionismo— es engañosa y la oposición —proteccionismo y librecambismo—, inexistente. Pues la raíz de estas dos últimas formas económicas es la misma. Una raíz común y doble: ambos sistemas entienden que los valores económicos son los primeros y decisivos; y que la consecución de esos valores ha de ser patrimonio de los individuos, de la concepción del hombre lanzada por la ideología liberal. Su diferencia es una mera cuestión de grado: el proteccionismo es el sistema al que se acogen los que aún no pueden vivir el librecambio, pero precisamente para poder llegar a vivirlo. Gran Bretaña fue rígidamente proteccionista hasta que su potencia económica le exigió el librecambio. Como Prusia —y ésta es la obra de Friedrich List— fue proteccionista, hacia el exterior del* Reich, *mientras no pudo ser librecambista; pero en el* Reich *impuso el librecambio, y eso fue la* Zollverein. *Friedrich List, autodidacta, funcionario, profesor en Tubinga, periodista liberal, fundó en 1819 la Asociación general de industriales y comerciantes alemanes para la expansión económica del* Reich. *Lanzó así la idea de la* Zollverein. *Emigrante en los Estados Unidos (1824), hizo allí una fortuna en las minas de antracita y volvió a Alemania en 1830. En 1833 se convirtió en pionero de los ferrocarriles al impulsar la línea Leipzig-Dresde. Siete años más tarde publicó su obra capital:* Das nationale System der politischen Oekonomie. *Era necesario el proteccionismo en Alemania para defenderse de la industria británica. A partir de 1844 inició una serie de viajes por Austria y Hungría con vistas a lograr una cooperación económica de toda la Europa central. En 1846 se arruinó, enfermó y se suicidó. Si se entiende que la vida no es más que los valores materiales —salud y dinero—, cuando éstos faltan quedan en verdad pocas salidas.*



naciente frente a la competencia exterior, especialmente británica. La *Zollverein* se convirtió en el desafío más eficaz al expansionismo comercial del Reino Unido.

*La marginación del Imperio austríaco*

Se pueden señalar al menos tres razones que ayudan a entender por qué Austria no se vinculó en 1834 a la *Deutscher Zollverein.* En primer término, la rivalidad con Prusia. Incluirse en la Unión aduanera hubiera equivalido a reconocer en cierto modo la primacía prusiana en el *Reich:* y esto era algo a lo que Austria no estaba dispuesta. Junto a esta razón política pesó también la casi constante crisis financiera del Imperio que le llevaba a mantener una rigurosa política económica proteccionista. Quizá a la larga los beneficios de la Unión fueran mayores que los riesgos. Pero en 1834 los riesgos eran verdaderamente grandes. En tercer término, la considerable diversidad de los territorios que se integraban en el Imperio no hizo en modo alguno fácil su vinculación global a la *Zollverein.* A esto hay que añadir que muchos de los que en Alemania deseaban la Unión aduanera con Austria no estaban ya tan seguros de desear esa misma unión con el entero Imperio austríaco.

En 1841-1842 tuvieron lugar negociaciones para conseguir la unión económica con Austria. Los más interesados eran los Estados meridionales del *Reich:* buscaban en la presencia austríaca un contrapeso al excesivo predominio prusiano. Pero los gobernantes del Imperio no acabaron por decidirse. Su desarrollo interior estaba muy por debajo del de los países avanzados. Y además, tanto los industriales austríacos como los nacionalistas húngaros presionaron para que no se produjera la vinculación a la *Zollverein.* Mientras, la Unión aduanera seguía desarrollándose. Junto a los Estados más arriba citados, en 1836 entró en la *Zollverein* Baden; Nassau, en 1836; Waldeck, en 1838; y en 1842, Luxemburgo.

*La estructura de la "Zollverein"*

Al margen de estas nuevas vinculaciones, la Unión aduanera siguió con su desarrollo interior. En 1838, en la conferencia de Dresde se adoptaron medidas para la unificación monetaria de Alemania. Una unificación que tardaría más de treinta años en producirse, pero para la que ahora se dieron los pasos primeros como muestra de la consistencia que había ya logrado la *Deutscher Zollverein.* En víspera de 1848 la Unión comprendía a todos los Estados alemanes, menos Austria y las ciudades hanseáticas. Se regía por un Parlamento consultivo. Las decisiones prácticas las desarrollaba un comité ejecutivo de coordinación, que precisaba de la unanimidad de sus miembros para que se transformasen en operativas sus resoluciones. Los logros de la *Zollverein* eran indiscutibles. Se había logrado el amplio mercado nacional exigido por List, gracias al desarrollo de los ferrocarriles. La primera línea férrea se inauguró entre Nuremberg y Fürt, en 1835. Quince años más tarde el *Reich* disponía de 8.500 km de ferrocarriles, seis mil de los cuales se encontraban dentro de la *Zollverein.* La mejora de las comunicaciones interiores —y a los ferrocarriles hay que añadir las nuevas carreteras, la red de canales y la navegación fluvial— había permitido, entre otras cosas, poner en explotación intensiva el hierro y el carbón del Rhur y de la Alta Silesia. Y en todo este conjunto de mejoras había jugado un papel primordial la actividad estatal prusiana, un rasgo interesante que marca la diferencia entre el desarrollo alemán y, por ejemplo, el británico, obra fundamentalmente de la iniciativa privada.

*Campesinos y artesanos*

Aunque, a pesar de todo lo indicado, hacia mediados de siglo el *Reich* seguía siendo eminentemente agrícola, habían aparecido ya dentro de él zonas industriales en rápida expansión: Renania, Westfalia, Sajonia, Silesia, Bohemia, y los núcleos fabriles en torno a las dos grandes capitales, Viena y Berlín. Fue éste un hecho que tuvo consecuencias múltiples. Dio lugar, en primer término, a crisis inevitables, como por ejemplo la del artesanado. Crisis que tuvieron incluso manifestaciones violentas: entre otras, la revuelta de los tejedores, en Silesia y en 1844, que exigían el respeto a las viejas organizaciones corporativistas y la desaparición del librecambio dentro del *Reich,* que les arruinaba. Otra consecuencia del proceso industrial al que tanto contribuyó la consolidación de la *Zollverein,* fue la estrecha unión que se produjo entre los dos núcleos, tan distintos, que desde 1815 formaban Prusia. Es posible que todo —en lo que respecta a la unificación de Alemania— hubiera sido más difícil si Prusia hubiera continuado confinada en sus Estados patrimoniales del noreste alemán. Pero, al menos legalmente, también eran Prusia la Renania y Westfalia; por lo demás, territorios particularmente bien dotados.

*La incorporación de la burguesía*

Una tercera consecuencia de interés fue que, con el desarrollo comercial y económico, entraron en el juego político personalidades que no procedían de la vieja nobleza ni estaban insertadas en la burocracia estatal, aunque a la larga acabaran por amalgamarse con ellas. Es ésta la generación de los David Hansemann y los Ludolf Camphausen, la generación de las nuevas fortunas edificadas sobre el desarrollo de los ferrocarriles y de la industria. Su programa político era sencillo: desaparición de las restricciones para el comercio, participación de la clase media en el gobierno y en la administración, y debilitamiento del Poder de la antigua nobleza prusiana. Un programa netamente burgués que pareció a punto de imponerse cuando, en 1840, murió Federico Guillermo III y pasó a ser rey de Prusia su hijo, Federico Guillermo IV (1795-1861).

*La "cuestión de Colonia"*

Su reinado no pudo iniciarse bajo mejores augurios pues logró dar cauce y solución al que fue, posiblemente, el único problema que puso en entredicho la unidad entre los dos grandes núcleos de su reino. Este problema —ya antiguo, surgido en los años inmediatos al comienzo de la unión— se conoce con el nombre de la "cuestión de Colonia" y se refirió a la legislación que debía regir sobre los matrimonios mixtos celebrados en los territorios prusianos. El Papa León XII ya tuvo que enfrentarse con el tema. Desde el punto de vista de la Iglesia, la cuestión quedó zanjada por el breve apostólico *Litteris altero abhinc anno* (25-III-1830), promulgado por Pío VIII. Pero este breve descontentó a Federico Guillermo III, protestante firme de mentalidad estrecha, que exigió cambios en la legislación. Había ya fallecido Pío VIII y correspondió a su sucesor, Gregorio XVI, negarse a las pretensiones regalistas del rey de Prusia.

La presión estatal se acentuó sobre mons. Spiegel (1764-1835), arzobispo de Colonia, que acabó cediendo en secreto a los deseos de Federico Guillermo III, y arrastró con su actitud la de los demás obispos. Enterado Gregorio XVI, formuló una protesta muy enérgica y, antes de que Prusia hubiera respondido, Spiegel falleció.

*El encarcelamiento de los obispos*

De común acuerdo, la Iglesia y Prusia elevaron a la silla arzobispal de Colonia a Klemens-August von Droste zu Vischering (1773-1845). Pertenecía a la antigua nobleza y Federico Guillermo confiaba en controlarle, lo mismo que a su antecesor. Pero la

primera medida de gobierno de Droste-Vischering fue la denuncia del acuerdo secreto, en 1834. La única autoridad en materia matrimonial era la Santa Sede. Había que volver a Pío VIII.

El arzobispo fue encarcelado (1837). Gregorio XVI protestó con energía y logró que la opinión mundial le respaldase: era un atentado contra la libertad religiosa. Se produjeron manifestaciones en toda Alemania; se movilizaron los católicos en los Estados Unidos; y mons. Dunin (1774-1842), obispo de Posen, solidarizado con Droste-Vischering y fiel al Papa, fue también a la cárcel. Junto al gobierno prusiano se situaron algunos católicos disidentes –los hermesianos– y los hegelianos, tanto la "derecha" –que se enfrentó con la Iglesia en nombre de la esencia racional del Estado– como la "izquierda", que ya comenzaba a inspirar la futura revolución social. En 1842, el joven Karl Marx (tenía entonces 24 años) se manifestó en todo conforme con el Estado prusiano en el conflicto que le había enfrentado con la Iglesia.

*La renovación del catolicismo alemán*

La "cuestión de Colonia" tuvo una incalculable importancia para el catolicismo alemán. Le permitió entrar en contacto con los movimientos libertadores de la Iglesia en los países occidentales (Francia, Bélgica) y, distanciándole de la autocracia prusiana de un modo similar al despego que se manifestaba por esos mismos años frente al Antiguo Régimen austriaco, le preparó para acomodarse a futuras formas democráticas. Supuso a los alemanes católicos tanto la lucha por la libertad como la defensa de la fidelidad dogmática.

*La intervención de Federico Guillermo IV*

La situación cambió con la entronización de Federico Guillermo IV. Sentía el nuevo rey una inclinación romántica por el catolicismo. Seguía, por ejemplo, con gran interés las incidencias del movimiento de Oxford. Liberó a Droste-Vischering (que, de acuerdo con Roma, fue sustituido por un obispo coadjutor) y a Dunin. Y firmó la Convención de 1841 que reguló las relaciones con la Iglesia. Los obispos tendrían plena libertad de comunicación con Roma; se aceptaba la disciplina canónica sobre matrimonios mixtos; se daban seguridades contra el hermesianismo y se creaba en Berlín una Dirección de Cultos católica. Como una manifestación práctica de su buena disposición hacia la Iglesia, Federico Guillermo IV prestó todo su apoyo para completar lo que faltaba de la catedral de Colonia. En 1840 se había constituido la *Domverein* (Unión de la catedral) a fin de terminar las obras de acuerdo con los planes originales descubiertos en 1814 y 1816. Y desde 1842 a 1889 la monumental construcción fue surgiendo por encima de los tejados de la ciudad medieval.

*Origen de los sindicatos y partidos católicos*

Tras la reconciliación de la Iglesia y el Estado en los Estados prusianos, los católicos tuvieron un creciente papel en la vida pública. En 1845, Johann Breuer creó una asociación de artesanos católicos que su capellán, Adolf Kolping, convirtió en 1847 en una red de sindicatos que se extendieron rápidamente por todo el *Reich*. Y en 1848 se constituyó la Asociación católica de Alemania, al margen de las controversias políticas del momento y que tuvo como objetivos la lucha por la independencia de la Iglesia y la libertad de enseñanza, y –como indicaban sus estatutos– "trabajar para resolver el

gran problema presente, la cuestión social". Este es el origen remoto del futuro partido del *Zentrum*.

*El liberalismo burgués*

Alemania, al margen de las formas de gobierno en las que predominaba aún el estilo del Antiguo Régimen, había ido entrando en el momento decisivo del gran cambio de la sociedad. Junto a un amplio sector que representaba el sentir tradicional —en él se incluía por ejemplo la casta rectora de los *Junkers*— convivían en Alemania otros nuevos grupos que una caracterización sumaria permite reducir a tres fundamentales. Por un lado, el liberalismo burgués, integrado por los hombres de negocios, los intelectuales, los universitarios, etc. No querían la desaparición de lo existente, sino un conjunto de reformas graduales que permitieran la participación de la burguesía en el Poder: las garantías constitucionales, en definitiva. Eran partidarios decididos de un Estado nacional que habría de conseguirse no por la fuerza, sino mediante acuerdos entre los príncipes soberanos. El liberalismo burgués rechazaba decidido la vía revolucionaria, tanto por el idealismo y juridicismo propio de los intelectuales, como por la desconfianza ante unas masas de respuestas imprevisibles.

*Los radicales demócratas*

Frente a este primer grupo se encontraba la corriente radical que, aparecida a comienzos de los años treinta, sostuvo los principios democráticos: soberanía popular e igualdad de derechos políticos, lo que comportaba la desaparición de las viejas monarquías. Alemania debería transformarse en una federación de repúblicas. En esta corriente se incluían los jóvenes hegelianos y los políticos demócratas de Alemania del sur, a los que aún llegaba la antigua influencia francesa. Eran poco numerosos. Las masas —ya fueran las campesinas o los recientes núcleos de obreros industriales— no les seguían. Su apoyo estaba en la pequeña burguesía artesanal y comercial.

*Las dos corrientes socialistas*

Manteniendo cuidadosamente las distancias con uno y otro grupo, había aparecido también en Alemania por estos años un socialismo doctrinario. Si Hegel podía orientar a los funcionarios del Estado prusiano, también podía servir de inspiración a la revolución. La doctrina de que el Estado era la encarnación de la razón podía trocarse por la de que si el Estado existente no encarnaba la razón, debía ser arrasado. Este socialismo doctrinario afectaba tan sólo a un pequeño grupo de iniciados, sostenidos por los pensadores de la izquierda hegeliana. Pero, en desconexión con él, había surgido un socialismo paralelo en la emigración, en el que formaban refugiados políticos o artesanos que trabajaban temporalmente en Suiza, Londres o París. En 1838 diversas asociaciones ya existentes se fusionaron en la Liga de los Justos, que proclamó la solidaridad internacional de los trabajadores en lucha por su liberación, en una revolución que debería ser a la vez social y nacional.

*Inicio de la actividad de Karl Marx*

Uno de los lazos de unión más eficaces entre uno y otro grupos sociales fue *Die Rheinische Zeitung*, que comenzó a publicarse en 1842, duró 15 meses, y tuvo como uno de sus principales colaboradores a Karl Marx. Defendía el derecho de la Nación —los ciudadanos— a controlar la gestión financiera del Estado; que se diera publicidad a las reu-

*Preludio de la revolución*

El descontento no era sólo patrimonio del reino de Prusia. La crisis económica europea, que se había iniciado con las malas cosechas de 1845 y había recibido el refuerzo de unas graves dificultades financieras originadas en Gran Bretaña, afectaba a toda Alemania. El fracaso de la Dieta (*Landtag*) unida no contribuyó evidentemente ni a serenar los ánimos ni a generar esperanzas. Los liberales desencadenaron una gran campaña de prensa y constantes manifestaciones que tenían como objetivo arrancar a los príncipes las garantías constitucionales y la reforma de la Confederación (*Bund*). En septiembre de 1847 también se movilizaron los radicales en la Alemania del sur (reunión de Offenburg): redactaron un programa democrático e iniciaron la formación de grupos armados. Toda esta agitación hizo pensar a Marx y Engels que la situación estaba madura para la gran revolución social. Intentaron una reagrupación de sus partidarios y la Liga de los Justos recibió el nuevo nombre de Liga de los Comunistas y un programa de acción: el "Manifiesto del Partido Comunista", redactado en enero de 1848. Al empezar este año, todo parecía estar preparado en el *Reich* para una gran conmoción social revolucionaria.

## 5. Los Países Bajos

*La nueva configuración del reino*

El temperamento autoritario de Guillermo I le impidió aceptar el tratado de los Catorce Artículos, firmado por Bélgica el 15 de noviembre de 1831, y que supuso la independencia de esta nación. Las potencias participantes en la Conferencia de Londres optaron por imponer el tratado mediante las armas. Las flotas francesa y británica bloquearon los puertos de los Países Bajos. La ciudad de Amberes fue sometida a asedio por el mariscal francés Gérard. La plaza cayó el 23 de diciembre de 1832. Guillermo se obstinó en no reconocer la independencia de Bélgica y mantuvo su ejército de ocupación; sólo cedió en 1839. El reino de los Países Bajos quedó formado por las antiguas Provincias Unidas, una parte del Limburgo belga, de forma que los antiguos enclaves de Venlo y Maastrich quedaron vinculados territorialmente al reino, y el ducado de Luxemburgo, que formaba parte de la Confederación Germánica y estaba unido a los Países Bajos en la persona de Guillermo I.

*Las críticas al rey*

Desde 1830 a 1839 la vida política en los Países Bajos fue casi nula. Los ministros no eran responsables ante las Cámaras y la administración de las colonias quedaba fuera de cualquier control. La ley fundamental del reino establecía que las colonias dependían exclusivamente del rey.

La decisión de Guillermo I de llevar hasta el final la lucha por la reconquista de Bélgica, había paralizado la política económica del país. Los gastos inherentes al mantenimiento de las tropas habían incrementado notablemente la deuda pública. El rey también sufría críticas por la política seguida por el gobernador general de las colonias neerlandesas, Van den Bosch, que había puesto en vigor, bajo el nombre de "sistema de cultivo", unos procedimientos laborales muy próximos a los trabajos forzados. La Compa-

ñia de Comercio Neerlandesa no era ajena a este sistema de trabajo; el rey, que habia fundado esa compañia, era su primer accionista. Estos hechos daban lugar a numerosas críticas contra el soberano.

*La petición de la reforma constitucional*

Los políticos de orientación liberal reclamaban insistentemente una revisión constitucional y, aunque Guillermo I no accedió a ello, sí permitió ligeros retoques en la ley fundamental. El presupuesto pasó a ser bianual, se establecieron garantias para el empleo de los ingresos procedentes de las colonias, y se aceptó una responsabilidad restringida de los ministros ante las Cámaras. Estas concesiones, que presagiaban un auténtico control del gobierno por los Estados Generales, los fracasos políticos y un proyecto matrimonial, llevaron al rey a abdicar el 7 de octubre de 1840. Le sucedió su hijo Guillermo II.

El nuevo rey mantuvo, en un principio, la misma política que su padre. Los liberales que habian formado en la segunda Cámara un grupo en torno a Thorbecke (1798-1872), profesor de Derecho Político, pidieron en 1844 una revisión constitucional. La Cámara, dominada por una mayoría conservadora, rechazó la propuesta. Durante ese año 1844, el ministro de Finanzas, Van Hall, inició una política económica dirigida a reducir la deuda pública; su intento se vio muy favorecido por los cuantiosos ingresos que Van den Bosch (1780-1844) obtenía en las colonias.

**Guillermo I de los Países Bajos (1772-1843).** *Como su rival Leopoldo I, Guillermo de Orange, militó en las filas del ejército prusiano y con el grado de general, también luchó contra Napoleón. Pero a diferencia del rey de los belgas, Guillermo, hijo del último estatúder, y al que el Congreso de Viena había hecho en 1815 rey de los Países Bajos y duque de Luxemburgo, nunca se avino a gobernar como rey constitucional. Antes de aceptar estas cortapisas, prefirió abdicar (1840) en su hijo, Guillermo II. El primero y último rey de todos los Países Bajos se retiró a Berlín, con el título de conde de Nassau, y allí vivió hasta su muerte. Guillermo de Orange representó en la primera mitad del siglo XIX un papel de perfecto "déspota ilustrado" dieciochesco. Celoso del bienestar material de sus súbditos, habilísimo negociante, con una notable capacidad de trabajo, quiso retener en sus manos todos los resortes del Poder. Donde posiblemente quedó más de manifiesto su talante de rey absoluto a la antigua usanza fue en el cuidadoso regalismo con que trató los asuntos de la Iglesia; una actitud que le resultó funesta pues, no muy a la larga, provocó el enojo de los católicos de los antiguos Países Bajos —la Bélgica actual— que no vacilaron en aliarse con los liberales, igualmente molestos por el celoso despotismo de Guillermo. Los acontecimientos revolucionarios de 1830 fueron la ocasión de poner en práctica la alianza y alcanzar la independencia. El nuevo reino de Bélgica se convirtió en una especie de ensayo de laboratorio: se pudo estudiar en él hasta qué punto eran compatibles o no la libertad cristiana y las libertades liberales. A no tardar pudo verse que la convivencia no era precisamente fácil.* (Giraudon. Paris.)



*La nueva Constitución*

La política de Guillermo II respecto a la Iglesia católica se orientó a la consecución de un nuevo Concordato, pues el de 1828 había quedado prácticamente anulado. No se llegó a firmar; pero durante su reinado los tres vicarios apostólicos fueron consagrados obispos y los católicos consiguieron en 1842 el derecho a abrir escuelas. La acción de los liberales para conseguir una revisión constitucional se incrementó durante el año 1847. Al año siguiente, el rey, influido sin duda por las revoluciones generalizadas, nombró una Comisión encargada de preparar un proyecto de Constitución; Thorbecke y tres liberales formaban parte de esa comisión. El rey convocó a los Estados Generales y la nueva Constitución quedó aprobada. El reino de los Países Bajos entró en una nueva fase de su historia en noviembre de 1848.

## Bibliografía

**1. Rusia.** En castellano, aunque ya es obra antigua, se dispone de Edward KRAKOWSKI, *Historia de Rusia.* Barcelona, 1956. La historia rusa del siglo XIX y comienzos del XX, hasta la revolución, se encuentra en una obra como la de Hugh SETON-WATSON, *The Russian Empire, 1801-1917.* Oxford, 1967. Los cambios profundos que experimentó el Imperio de los zares han sido estudiados por Otto HOETZSCH, *The Evolution of Rusia.* Londres, 1966. La base sobre la que actuaron dichos cambios es presentada por Roger PORTAL, *Les slaves. Peuples et Nations.* París, 1965. Un libro breve, pero claro y profundo, sobre todas estas cuestiones es el de Alain BESANÇON, *Etre Russe au XIXe. siècle.* París, 1974. Otro historiador conocido, Lionel B. SCHAPIRO, se ha ocupado de las bases ideológicas de la evolución política rusa, en *Rationalism and Nationalism in Russian Nineteenth Century Political Thought.* Yale, 1967. Respecto a la expansión asiática del Imperio, tres obras recogen aspectos distintos, aunque todos ellos de interés: François-Xavier COQUIN, *La Sibérie. Peuplement et immigration paysanne au XIXe. siècle.* París, 1969; Derek HOPWOOD, *The Russian Presence in Syria and Palestine, 1843-1914.* Oxford, 1969; y David GILLARD, *The Struggle for Asia, 1828-1914: A Study in British and Russian Imperialism.* Londres, 1977.

**2. El Imperio otomano.** Uno de los antagonistas habituales de Rusia fue el Imperio otomano. Las líneas generales de su historia en el siglo XIX se pueden estudiar en la síntesis de Robert MATRAN, *Histoire de la Turquie.* París, 1975; o en la obra considerablemente más amplia de Stanford J. SHAW y Ezel Kural SHAW, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey.* II *Reform, Revolution and Republic. The Rise of Modern Turkey, 1808-1975.* Londres, 1977. Otro análisis del mismo tema, pero en conexión directa con los problemas balkánicos, es el de George G. ARNAKIS, *The Near East in Modern Times.* I *The Ottoman Empire and the Balkan States to 1900.* Nueva York, 1961. La cuestión de Oriente ha ocupado a M. S. ANDERSON en *The Eastern Question. 1774-1923. A Study in International Relations.* Londres, 1966. Los pueblos balkánicos, con toda su compleja diversidad, son presentados por René RISTELHUEBER, *Histoire des peuples balkaniques.* París, 1950; y L. STAVRIANOS, *The Balkans since 1453.* Nueva York, 1958. Un complemento actualizado de estos estudios es el realizado por Peter F. SUGAR y Emil LEDERER, *Nationalism in Eastern Europe.* Washington, 1970. A todo esto puede añadirse C. M. WOODHOUSE, *The Story of Modern Greece.* Londres, 1968.

En lo que respecta a la crisis turco-egipcia y a su repercusión en las potencias europeas, pueden verse algunas de las cuatro obras siguientes: C. J. BARTLETT, *Great Britain and Sea Power, 1815-1863*. Oxford, 1963; Charles K. WEBSTER, *The Foreign Policy of Palmerston, 1830-1841. Britain, the Liberal Movement and the Eastern Question*. Londres, 1969, 2 vols.; Jean DUHAMEL *Louis-Philippe et la première entente cordiale*. París, 1970; o R. BULLEN, *Palmerston, Guizot and the Collapse of the Entente Cordiale*. Londres, 1974.

**3. El Imperio austríaco.** Peter BERGLAR ha realizado una interesante y clarificadora aproximación a la figura del canciller austríaco en *Metternich, conductor de Europa*. Madrid, 1979. Para la historia del conjunto del Imperio de los Habsburgo pueden verse C. A. MACARTNEY, *The Habsburg Empire, 1790-1918*. Londres, 1968; o Robert A. KANN, *A History of the Habsburg Empire (1526-1918)*. Berkeley, 1977. La historia específica de Austria se encuentra en Fritz KREISLER, *Histoire de l'Autriche*. París, 1977; y la de Hungría, en Henry BOGDAN, *Histoire de la Hongrie*. París, 1966.

**4. Alemania y los Países Bajos.** La evolución de los distintos Estados alemanes que, junto con el Imperio austríaco, formaban el *Reich*, se puede seguir en Robert-Hermann TENBROCK, *Historia de Alemania*. Munich, 1968; o en la obra del mismo título, en dos volúmenes, dirigida por Jacques DROZ, Barcelona, 1973. Los pasos primeros hacia la formación de la *Zollverein* están analizados en Arnold H. PRICE, *The Evolution of the Zollverein. A Study of the Ideas and Institutions Leading to Germany Economic Unification between 1815 and 1833*. Ann Arbor (Michigan), 1949. Un estudio de conjunto de la *Zollverein* en W. O. HENDERSON, *The Zollverein*. Londres, 1968. Para la historia de los Países Bajos, después de la pérdida de Bélgica, se dispone de la clara y elemental *Histoire des Pays-Bas*, de Maurice BRAURE, París, 1966.

# IV.
# La cultura romántica

*Las corrientes de ideas*

*Las artes y los valores artísticos del Romanticismo*

*La Iglesia, los católicos y la nueva cultura*

*La extensión de la revolución industrial*

*Los cambios económicos y los proyectos sociales*

*El alma romántica: individualismo y evolución*

Entre 1790 y 1810, en casi rigurosa coincidencia cronológica con la Revolución francesa y el Imperio napoleónico, tiene lugar en el *Reich* alemán otra revolución poderosa de similares o, incluso, más profundas consecuencias: el Romanticismo. No es preciso aludir aquí a los precedentes de este movimiento. Son por demás conocidos. Su historia se ha hecho muchas veces, también en las páginas de los Tomos anteriores. No es el momento aún de apuntar sus, en apariencia, resultados dispares. Se expondrán los más inmediatos en las páginas siguientes. Y se seguirá —es obligado, pues la esencia del Romanticismo se mantiene— en los Tomos sucesivos: a pesar de todas las crisis vivimos hoy aún en plena cultura romántica. Baste por el momento aludir a la fuerza del movimiento que nace, con sus dos notas definitorias decisivas: individualismo y evolución.

*La esencia romántica del arte*

Si el Romanticismo es inicialmente y de manera esencial una cuestión de pensamiento, un asunto de ideas, su potencia formidable se verterá de inmediato en el mundo del arte. La concepción romántica del arte se impondrá de forma que sin temor puede calificarse de absoluta. Podrá, a lo largo de los siglos XIX y XX, cambiar la temática, sustituirse unas perspectivas artísticas por otras. Por debajo de estas variaciones accidentales, anecdóticas —por más que muchas veces desconcierten—, se mantendrá invariable la actitud esencial del arte romántico: la primacía del sentimiento individual. Y como ninguna de las artes recoge mejor esto que la música —así se dice y se escribe hasta la saciedad—, será la música el arte modular de todas las otras artes.

*El saber de la Iglesia*

La concepción del hombre como individuo que cambia en el tiempo, si no es original del Romanticismo, sí recibe de este poderoso movimiento una fortaleza de la que antes carecía. Y chocará frontalmente con el modo —el saber— que tiene la Iglesia de lo que es el hombre. No ha de extrañar así que la concepción antropológica romántica —el hombre liberal— sea analizada y condenada por la Iglesia. Nada tiene que ver esto con un miedo al progreso y sí mucho con la denuncia de una forma errónea de autocomprensión humana que, pasada la embriaguez primera, hará pronto patente su indigencia radical. Pues el Romanticismo encierra un ansia de infinito que se quiere satisfacer con medios tan sólo naturales.

*La industria, la técnica y los obreros*

Al tiempo que todo esto sucede y con independencia del fenómeno romántico, el Occidente europeo se va a ver conmovido por un hecho de signo distinto: la extensión de la revolución industrial. Un hecho en sí mismo excelente en cuanto que es un paso más —y paso importante— en el dominio sobre un mundo que se le ha confiado al hombre. El progreso técnico, sin embargo, traerá consigo la aparición de unos grupos humanos hasta entonces inéditos: los obreros industriales. Los intentos primeros de darles cabida en el orden social existente se moverán por la línea de la reforma de la sociedad. Intentos primeros destinados al fracaso, tanto por la fantasía de que adolecen en su concepción como por la resistencia de los hombres romántico-liberales que entienden que el individuo es el todo.

*El voluntarismo revolucionario*

Serán también estos años escenario de otro hecho sorprendente: el de la alianza del progresismo social —derivado por paradoja de un Romanticismo que en sí mismo rechaza el progreso colectivo e histórico pues sólo plantea el perfeccionamiento individual— con esos grupos humanos inéditos, tan alejados del fenómeno romántico, que son los obreros de la nueva industria técnica. Hacia mediados del siglo XIX aparecerán en Europa las formulaciones primeras, decididamente revolucionarias, que propician un orden nuevo a partir de los hombres nuevos que la industrialización ha producido. Dos fenómenos en sí mismos distintos que se vinculan en razón de un despliegue poderoso de voluntarismo, que poco tiene que ver con las pretendidas dialécticas internas de la materia o de la historia.

## 1. Las corrientes de ideas

La simple consideración de lo que el Romanticismo significa —el hombre, como un individuo que evoluciona— impide lógicamente hablar de él como una escuela unitaria de pensamiento. Por eso parece preferible aludir, a la hora de intentar captar lo que el Romanticismo es y significa, a las diversas corrientes de ideas que en él se integran y que al mezclarse, relacionarse u oponerse acaban por constituirlo.

*La religiosidad natural*

Quizá hubiera bastado, cara a la determinación de estas corrientes de ideas, tener en cuenta la doble coincidencia de espacio y tiempo que en ellas se hace presente: el *Reich* alemán, en los años finales del XVIII y en la década primera del siguiente siglo. Pero hay otro factor, cuya importancia es imposible exagerar, que presente en todas estas corrientes las dota de un sentido muy determinado: el fuerte componente religioso que anima lo más íntimo de las corrientes de ideas que acabarán por estructurar el Romanticismo. Es ésta una afirmación que debe tomarse en el más amplio de los sentidos posibles. No hace referencia a ninguna religión positiva: al menos inicialmente y de modo general, todos los románticos reaccionan contra las religiones positivas en nombre precisamente del espíritu religioso. Su religiosidad es así esencialmente natural, individual y libre. Se puede añadir que, también de modo general, su religiosidad es eminentemente

sentimental. Este conjunto de notas permite, por un lado, entender una de las afirmaciones decisivas del hombre que es la suma de estos años en los que se gesta el Romanticismo —Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832)—, y que dice así: "El tema único, peculiar y más profundo de la historia del mundo y de los hombres, al que todos los demás están subordinados, es, únicamente, el conflicto de la incredulidad y de la fe". Por otro lado, estas notas apuntadas llevan a fijar cuál es la religiosidad que subyace poderosa en el movimiento romántico: el pietismo, un intento de corregir y potenciar los presupuestos de la Reforma luterana.

*La determinante influencia del pietismo*

Desde el momento en que la Cristiandad fue rota por los reformadores del XVI quedaron constituidos dos mundos religiosos: la Iglesia, por un lado; por otro, las distintas confesiones protestantes, edificadas sobre el libre examen. Dos mundos que vivieron separados, distanciados, pero quizá no tanto como a veces puede parecer. Pues las influencias fueron mutuas. La gran influencia protestante sobre los católicos se llamó el jansenismo. El eco de la piedad católica en el mundo de la Reforma fue el pietismo: un deseo de compensar la sequedad intelectual, el pesimismo y el estructuralismo religioso de las confesiones reformadas, tal como se hicieron patentes ya a mediados del XVII, una vez superados los años primeros de fervor. Iniciado por Spener (1635-1705) y Francke (1663-1727), encontró un gran promotor en Zizendorf (1700-1760). Antidogmático por antiintelectual, se volcó sobre una piedad sentimental que, sin abandonar el principio del libre examen, buscó desarrollar la convicción consoladora de la relación individual con Dios. Al margen de las consecuencias que esta actitud de piedad sentimental haya podido tener en los individuos determinados —cuestión de valoración imposible— el pietismo logró enfrentarse y vencer en buena parte las tendencias racionalistas de la *Aufklärung*. La evolución del alma alemana en el XVIII fue profundamente distinta —opuesta, incluso— a como, por ejemplo, discurrieron las cosas en Francia. Fue en este ambiente del pietismo alemán donde la música religiosa logró el desarrollo admirable que presenta en Georg Friedrich Händel (1685-1759) o, más aún, en Johann Sebastian Bach (1685-1750).

*Los seminaristas*

Es conocida la influencia pietista —proclamada por ellos mismos, reconocida en sus obras pero más aún en sus concepciones vitales— en hombres capitales del Romanticismo alemán como Immanuel Kant (1724-1804), Johann Gottfried von Herder (1744-1803), Goethe, Friedrich von Schiller (1759-1805), August Wilhelm von Schlegel (1767-1845), Friedrich Schleiermacher (1768-1834), Georg Freidrich Wilhelm Hegel (1770-1831), Friedrich Hölderlin (1770-1843), Novalis (1772-1801) o Friedrich Wilhelm Schelling (1775-1854). Posterior a todos estos hombres, aunque en estrecha conexión con ellos, Harry Heine (1797-1856), judío, se hará protestante en 1825 y cambiará su nombre por el de Heinrich por considerar que ese bautizo es el "billete de entrada para la cultura europea". Muchos de estos hombres fueron además, en etapas más o menos largas de su vida, seminaristas. Schiller intentó ser pastor aunque su príncipe —el duque de Württemberg— no se lo permitió y le obligó a estudiar Medicina. No tuvieron sin embargo estas dificultades A. W. von Schlegel, Schleiermacher, Hegel, Hölderlin y Schelling. De todos ellos, sólo Schleiermacher llegó a ser pastor.

*Hegelianos y conversos*

La intensidad de la componente religiosa en el origen y desarrollo del Romanticismo alemán se hace igualmente patente en que los discípulos de Hegel —a quien Heine consideraba el fundador del ateísmo moderno— se dividieron en las famosas "derecha" e "izquierda" precisamente en relación a cómo había que entender la cuestión de la historia evangélica, y no respecto a materias políticas o sociales. En un orden distinto, pero que permite también ver la importancia del hecho religioso, hay que recordar las renovaciones religiosas de Fichte o Schelling, tras sus respectivas crisis, la acentuada aproximación al catolicismo de Novalis o Hölderlin, o las conversiones de Friedrich von Schlegel (1772-1829) o Clemens Maria Brentano (1778-1842), en 1808 y 1817 respectivamente, en la línea iniciada por uno de los grandes precursores del Romanticismo —Johann Joachim Wickelmann (1717-1768)— y seguida después por los "nazarenos", los pintores románticos alemanes establecidos en Roma en los años primeros del XIX (Overbeck, Veit, Pforr, etc.).

*Romanticismo y Revolución*

La importancia del factor religioso —por más que entendido en sentido amplio y predominantemente naturalista— fue posiblemente uno de los aspectos que permitió al Romanticismo alemán marcar distancias respecto a la Ilustración y la consecuencia mayor de la Ilustración, la Revolución que conmovió a Francia en los años mismos en que cuajó el Romanticismo. La filosofía de la historia de la Ilustración entendió que los valores culturales derivaban, no de Revelación alguna, sino del despliegue de una razón inmutable en la historia que se dirigía a una meta previamente discernible a través de una continuidad rectilínea. Los hombres del Romanticismo despreciaron esta concepción de una razón intemporal, que no percibía que se encontraba encerrada en el limitado horizonte de un presente. Fue posiblemente esta interpretación la que, frente al iusnaturalismo inmanentista de los ilustrados franceses y de sus herederos los revolucionarios, hizo que para los románticos adquiriera cada vez mayor atractivo la evocación de la Edad Media: no en razón de un conservadurismo que les hiciera anhelar volver a ella, sino para conocer mejor el desarrollo orgánico en el que se consideraban insertos y que les permitiría —así lo entendieron— dar en su tiempo una respuesta no menos revolucionaria que la francesa, aunque considerablemente distinta. Si algunos hombres del Romanticismo alemán admiraron la Revolución francesa como formidable esfuerzo de voluntad por subvertir el orden de la historia (tal fue el caso de Schelling o Beethoven), no fueron menos —quizá el ejemplo típico sea el de Goethe— los que la despreciaron profundamente.

*La obra de Savigny*

Un ejemplo significativo de esta postura es el de uno de los grandes hombres de la generación creadora del Romanticismo alemán: el gran jurista Friedrich Karl von Savigny (1779-1861). Inició su docencia en la misma Universidad —Marburgo— en la que se había doctorado en 1800. Llamado a formar parte de la comisión que redactó los estatutos de la Universidad de Berlín, pasó a explicar allí Derecho romano en 1810 y fue su segundo rector (1812-1813), después de Wilhelm von Humboldt (1809-1811), su fundador y rector primero. El programa de la escuela histórica del Derecho lo expuso Savigny en 1815: contra el iusnaturalismo racionalista que reducía el Derecho a idea, defendió que el Derecho, fruto del *Volkgeist*, se encontraba sujeto a supuestos históricos pre-

vios. En nombre de estos principios se había opuesto el año anterior —cuando al calor de la victoria sobre Napoleón se intentó la unificación alemana— a que se redactara una codificación para el *Reich,* pues esto hubiera supuesto tomar como modelo al iusnaturalismo y al Código civil que Napoleón había redactado en buena parte y promulgado en 1804. Se impuso el criterio de Savigny. La codificación sólo se inició en 1874, creado ya el II *Reich,* y en 1900 entró en vigor el Código civil alemán que puede llamarse, en rigor, Código de la escuela histórica.

*La concepción de la historia*

Frente al radicalismo racionalista de la Ilustración, los hombres románticos entendieron la historia —y en esto fueron grandes deudores de Johann Gottfried Herder (1744-1803)— como el gran juego que se desarrolla entre las tres únicas instancias existentes: el individuo, el *Volkgeist* y el *Weltgeist.* Herder aportó, en el *Boceto* de 1744 (*También una filosofía de la historia para la educación de la humanidad*), una precisión de gran interés al hablar de la individualidad de las grandes potencias colectivas de los espíritus del pueblo (*Volkgeist*) y de la época, sin olvidar otra de sus concepciones claves, la unidad de la cultura humana (*Weltgeist*). Una línea de pensamiento por la que le seguiría su gran amigo Goethe: únicamente todos los hombres constituían la humanidad; la humanidad reunida era el verdadero hombre. No es fácil exagerar la importancia de este punto de vista respecto a desarrollos posteriores, ya en el siglo XIX. Schiller, otro de los grandes amigos de Goethe, pudo así llegar a hablar de la historia como del "proceso de la libertad del espíritu en su lucha dialéctica contra las fuerzas adversas del destino". Pues fue el concepto de destino otro elemento de gran importancia en la visión romántica del mundo y de la historia: individuos —ya individuos singulares, ya pueblos o la humanidad individualizada—, agitados por un destino en cuyo seno y bajo cuyo influjo evolucionan. Lucha de los individuos con su destino que llevará a admirar los caracteres vigorosos, extremados en su choque con el destino. No puede extrañar la admiración del Romanticismo por el mundo de los caracteres shakespearianos. Fue Herder uno de los grandes introductores de Shakespeare en la Alemania en que se preparaba la eclosión romántica. Fue Herder el que puso al joven Goethe, en sus años universitarios de Estrasburgo, hacia 1770, en contacto con Shakespeare.

*Un momento histórico de excepción*

No ya cómo sino por qué se relacionan los individuos entre sí es cuestión que para los románticos vino explicada por el destino misterioso que gobernaba sus vidas. En sus propias vidas, en la génesis del Romanticismo, les pareció encontrar la mejor confirmación de esta intuición. Quizá tan sólo en otros dos momentos de la historia universal —la Atenas de Pericles, la segunda mitad del siglo XIII con el hervor intelectual de la vida universitaria— se ha producido una concentración similar de personalidades relevantes. En los veinte años que van de 1790 a 1810 coincidieron y se trataron en Alemania Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Schopenhauer; los hermanos Humboldt; los hermanos Schlegel; Möser, Herder, Goethe y Schiller; Schleiermacher; Savigny; Wackenroder y Tieck; Novalis y Hölderlin; Franz Joseph Haydn y Ludwig von Beethoven. Ranke, Schubert y Heine vivían por esos años su adolescencia. Coincidieron y se trataron; hubo entre ellos grandes amistades y envidias, odios y reconciliaciones, admiraciones ilimitadas y desprecios.

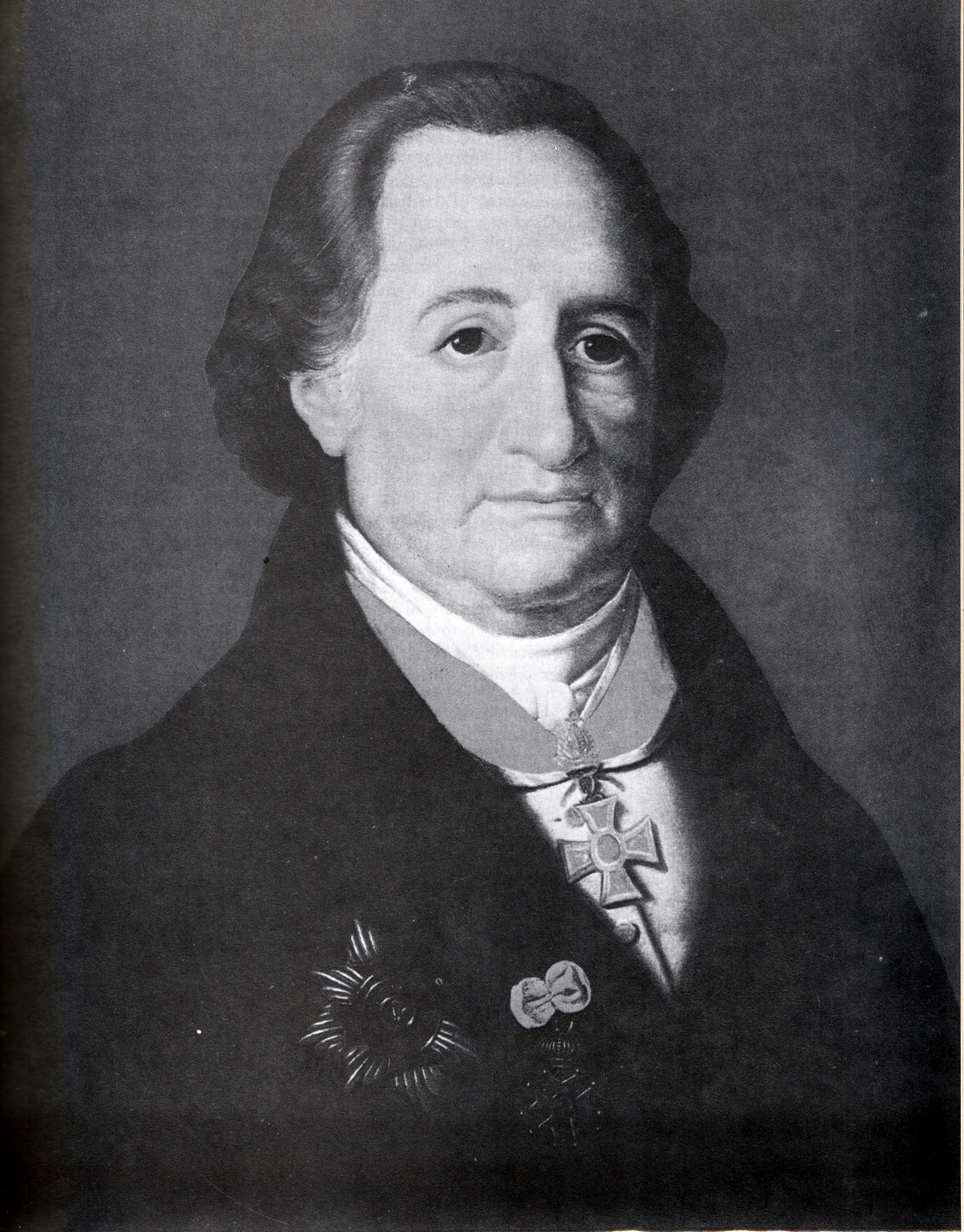
*Las amistades románticas*

De la estancia en el seminario de Tubinga, entre 1788 y 1793, provenía la amistad de Hölderlin, Schelling y Hegel. Novalis (pseudónimo de Georg Friedrich von Hardenberg, 1772-1801) fue alumno de Schiller en Jena, en 1790. Lo conceptuó como "el educador del siglo futuro". En Leipzig siguió las lecciones de Fichte e hizo amistad con Friedrich von Schlegel (1772-1829). En 1799 los Schlegel le pusieron en contacto con Johann Ludwig Tieck (1773-1853) y Schelling. Tieck fue el amigo íntimo de Wilhelm Heinrich Wackenroder (1773-1798). En Jena conoció a los Schlegel, Fichte, Schelling, Novalis y Brentano. Este último fue amigo de Wieland y Savigny, de los Schlegel por supuesto, de Herder y de Goethe. En 1790, Fichte, preceptor en Varsovia, se fue andando hasta Königsberg para conocer a Kant. Entre 1801 y 1804 trató en Berlín a Friedrich von Schlegel, Friedrich Ernst Schleiermacher (1768-1834) y Tieck. Schelling conoció a Fichte en 1794; cuatro años más tarde, en Dresde, entró en contacto con A. W. von Schlegel, Novalis, Schiller y Goethe. En 1800 murió su prometida, Augusta, hija de A. W. von Schlegel. Y en 1804 se unió con la esposa divorciada de A. W. von Schlegel, Karoline Michaelis. Sucedió a Hegel, en 1831, en su cátedra de Berlín, donde tuvo como alumnos a Feuerbach, Bakunin y Kierkegaard. Alumno de Hegel en Berlín, hacia 1820, fue Heine; luego, en París, en 1843, conocería a Karl Marx, un discípulo de Ludwig Feuerbach.

*Goethe y Schiller*

Pero si hubiera que buscar un centro de todas estas relaciones, la elección indudablemente recaería sobre Goethe. La amistad de Herder con Goethe. La amistad de Sche-

**Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832).** *En 1932, en el centenario de la muerte de Goethe, escribió Ortega un ensayo memorable (*Pidiendo un Goethe por dentro, *"Revista de Occidente", IV-1932) en el que calificaba a Goethe —siempre la palabra justa— de "gran seductor". No es quizá del caso aludir por menudo, aquí y ahora, a esas páginas perspicaces, aunque quizá en exceso dependientes de la peculiar situación vital de Ortega en ese año. Basta recoger la precisión del juicio. Goethe, "gran seductor". La seducción viene definida por dos notas. El que seduce, por supuesto, quiere atraer, quiere llamar la atención sobre su persona. Pero —y es la nota segunda— se ejerce la seducción cuando no se está seguro del valor de los principios sobre los que se ha edificado la propia personalidad; cuando se teme que la atracción no surja de forma espontánea. El seductor busca seducir para compensar con la admiración de los seducidos la inseguridad íntima que punza su corazón. Esto es el olimpismo de Goethe. Si el hombre no fuera más que pura Naturaleza abandonada a sí misma, qué duda cabe que el proyecto goethiano de vida sería admirable; una alta cota hacia la que tender. Pero en Goethe, en la potencia de la personalidad y de las obras de Goethe, faltan cosas. Hay como huecos oscuros, carencias, que el poeta intenta ocultar con sus gestos espléndidos. Pero que no logra hacer desaparecer. Ortega lo diagnostica con certeza cuando dice "Tenemos, sin duda y cada vez más, que vivir* con *ideas —pero tenemos que dejar de vivir* desde *nuestras ideas y aprender a vivir desde nuestro inexorable, irrevocable destino. Este tiene que decidir sobre nuestras ideas y no al revés". Y se intuye, hasta con dolor, que el maestro Goethe no dio a su destino sino "una larga cambiada".*



lling con Goethe. La amistad de Wilhelm von Humboldt (1767-1835) con Goethe. Novalis conoce a Goethe. Brentano visita a Goethe. A Goethe no le gusta la obra primera de Schelling. Ni la música de Ludwig von Beethoven (1770-1827). Y devuelve casi sin abrir los paquetes de canciones que Franz Schubert (1797-1828) ha compuesto a partir de sus poemas. O, ya anciano y muy a tono con su clasicismo, acoge gozoso al joven Felix Mendelssohn (1809-1847). Goethe está siempre en el centro de este denso mundo del Romanticismo. Aunque quizá sea más preciso decir que el Romanticismo no tuvo un centro sino un eje: Goethe-Schiller.

*La unidad de la Naturaleza natural*

Todos estos hombres, que entendieron que sus vidas habían sido anudadas por el destino, participaron en la vivencia común de la identificación del individuo y la Naturaleza. El papel de Goethe en este proceso fue capital. En 1783, al volverse a reunir con Herder en Weimar —Goethe era ya ministro desde cuatro años antes— coincidieron, recordando sus años de Estrasburgo, en el profundo anhelo hacia la Naturaleza, hacia lo divino en la Naturaleza: hacia la unidad de sentimiento con la Naturaleza, nacida de Dios y animada por Dios. Para Goethe la Naturaleza llegó a ser el denominador común del alma individual, la naturaleza física y el cosmos. La humanidad y la Naturaleza se pertenecían una a otra. Este fue su humanismo: la unidad armónica del hombre, el concierto profundo entre Naturaleza y espíritu. Goethe buscó las huellas de la divinidad en los misterios de la Naturaleza. En su poema *Ganymed* (1774) expresó su anhelo absoluto de entrega a la divinidad-Naturaleza y su afán de integrarse con ella. Por eso trató los fenómenos históricos como producto de la Naturaleza: la historia era una esfera de lo natural. Desde esta perspectiva se entiende el desagrado profundo que el azar produjo a Goethe. Todo debía ser previsible en función de la profunda armonía natural.

*La incomprensión del cristianismo*

Este radical naturalismo goethiano le llevó a un choque frontal con el cristianismo. Si Voltaire lo había considerado antirracional, Goethe lo rechazó por antinatural. El cristianismo, la posibilidad de la fe, fue para Goethe desazonante; la cruz, una abominación; le espantó la corrupción y la muerte. Herder, tras una etapa de fervor pietista o quizá a causa de esta etapa fervorosa, pensó lo mismo. Para Herder, Jesucristo no había sido sino la expresión de la más genuina humanidad. Esto sería también para Schleiermacher en su obra dogmática, *La fe cristiana,* publicada en 1821. Tras proclamar el sentimiento como vía única de acceso a la divinidad, Schleiermacher, cabeza de la renovación luterana en torno al tercer centenario de la Reforma, expuso que Jesucristo era un simple ejemplo y modelo, un eslabón más en la historia de los grandes genios religiosos. Estas afirmaciones recibieron un tratamiento considerablemente más extremado y radical en la filosofía hegeliana.

*La identificación de Naturaleza y Dios*

No tardaría en ampliarse esta identificación hasta fundir a Dios con la Naturaleza. Justus Möser (1720-1794), otro de los grandes precedentes del historicismo romántico, ya había dicho que el hombre, cuando obedece a las necesidades de la Naturaleza, obedece asimismo a Dios; que en la Naturaleza actúa una razón divina. Si la *Aufklärung* había

emancipado a la razón humana de todo dogma y tradición, por esto mismo había desatado irremediablemente las fuerzas irracionales del alma. Fue el movimiento *Sturm und Drang,* prólogo del gran Romanticismo, impulsado también por Johann Wolfgang von Goethe, el que en los años finales del XVIII vino a subrayar la unidad profunda de todas las fuerzas del alma en la individualidad singular; la unidad de todas las individualidades a partir de la Naturaleza infinitamente creadora, animada por la divinidad; a partir del Universo.

*"Todo es bueno"*

Conclusiones evidentes que se desprenden de este planteamiento, llamado a tener consecuencias formidables en los tiempos siguientes, son que todo es bueno; que no hay nada en el hombre que lo perturbe en su esencia íntima: que no hay pecado. Para Goethe, negador del progreso, lo que hay —en su terminología— es "circulación" o "superación": un como crecer en espiral del individuo que le permita purificar su naturaleza para llegar a ser bueno. Bondad que podrá alcanzarse en la medida que el individuo se funda con lo natural y lo reconozca como norma única. Los poemas juveniles de Hölderlin, los himnos a los grandes ideales de la humanidad —la libertad, la armonía, la belleza, la inmortalidad, la audacia—, escritos en torno a 1800, antes de que comenzaran a aparecer en él los síntomas primeros de demencia, son muestra de la vivencia que descubre en las fuerzas de la Naturaleza la presencia de la divinidad.

*La fuerza del sentimiento*

Hay que dar un paso para percibir de qué forma puede el individuo romántico entrar en contacto con esta cosmovisión. Tiene un órgano preciso para ello: el sentimiento. Un sentimiento no contenido fue el que llevó a Herder y Goethe a leer en Estrasburgo, en 1770, entre lágrimas, una de las primeras novelas del romanticismo inglés, *El vicario de Wakefield,* de Oliver Goldsmith.

*La vida individual, norma única*

*Los discursos sobre la religión,* de Schleiermacher (1799), presentaron a la filosofía renovada de la religión en conexión íntima con el descubrimiento romántico del sentimiento. En *La fe cristiana* se haría consistir la religiosidad en el sentimiento de dependencia absoluta, por lo demás muy en la línea de las afirmaciones primeras de Lutero. Y el que quizá es el más grande de los historiadores "historicistas", Leopold von Ranke (1795-1886), podrá llegar a escribir su frase famosa: "Pero yo afirmo: toda época está en relación con Dios y su valor reside, no en lo que resulta de ella, sino en su propia existencia, en su propio yo". Una afirmación que es casi transposición literal de la enseñanza goethiana de que la única tarea del hombre es vivir con la mayor naturalidad posible la propia vida, lejos de toda norma que no se derive de la vida misma. Este es el humanismo de los hombres nuevos. Lo que igualmente proclamará Fichte al encarecer el "sé tú mismo". La imagen de la edad nueva que el Romanticismo predica será Prometeo. Tal es el héroe del himno de rima libre que Goethe escribe en 1774, y en el que canta al gran rebelde que desafía a los dioses y al destino. Tal, el transfondo del joven Werther cuyas cuitas publica también Goethe ese mismo año. *Las criaturas de Prometeo* fue el título de un ballet cuya música se encargó a Beethoven, en 1801.

*El gran modelo: Grecia*

A la agudeza extrema de Goethe no le podía pasar inadvertido el cúmulo de conflictos prácticos que el sujetarse tan sólo a la sensibilidad como norma única llevaba consigo. En 1809, en *Las afinidades electivas,* planteó precisamente el conflicto entre la ley del instinto y la ley moral. El gran encantador lo resolvió recomendando la renuncia. El *Fausto,* que apareció un año antes, en 1808, es en definitiva la tragedia del hombre obligado a captar el absoluto a través de las relatividades de la vida. La compleja vida sentimental de Goethe, un constante enamorado, marca un cierto contrapunto con sus afirmaciones literarias. Quizá por esto mismo Goethe entendió que era precisa una educación sentimental del hombre, una formación estética del individuo, una visión que Friedrich von Schiller compartió sin fisuras con su gran amigo. Schiller escribió en 1795 sus *Cartas sobre la educación estética del hombre,* que produjeron en Hegel tanto entusiasmo, hasta el punto de calificarlas de "una obra maestra". Para Schiller, "No hay otra manera de volver racional al hombre sensual que hacerlo estético primero". Pero una educación precisa un modelo. Y Goethe, y Schiller, y Hölderlin, y August von Schlegel, y Wilhelm von Humboldt, y tantos y tantos más, llegaron de la mano de Winckelmann al mundo clásico: llegaron a Grecia.

*La voluntad, raíz de la moralidad*

Goethe explicó este hallazgo al decir que Winckelmann se unió al mundo antiguo y pagano en razón de una interna afinidad electiva. Que —nada menos— era un rasgo de la interioridad germano-protestante la compenetración íntima con el arte griego. Schiller llegó desde la filosofía de Kant al planteamiento de sus *Cartas* y así afirmó la fundamentación estética del orden moral sobre el principio de la auto determinación. La raíz de la moralidad estaba en la voluntad. Años más tarde (1818), *El mundo como voluntad y representación,* la obra primera de Arthur Schopenhauer que no despertó la menor atención, recogería estas ideas, las radicalizaría y pondría así la base de la profunda corriente pesimista que también recorre el siglo XIX. Pero sin llegar por el momento a este reverso radical de Schiller, no se puede negar una cierta incongruencia en el entusiasmo que el descubrimiento de la Grecia clásica produjo en estos grandes románticos. Pues presentó una norma absoluta en un mundo de valores individuales sentimentales, de valores inevitablemente relativos. Por supuesto que Schiller ya cuidó de decir que la restauración de la armonía total de la naturaleza humana no equivalía a volver sin más a los griegos, sino a algo más alto pues se habrían de conservar "los progresos que el sacrificio de tal armonía en los siglos transcurridos ha hecho posibles". No pasó, sin embargo, a los herederos espirituales de Goethe y Schiller el culto a la Grecia clásica. Sí, en cambio, la consideración de la individualidad como única fuente posible de valores.

*La "Ifigenia", de Goethe*

De todas formas una de las obras más altas de Goethe fue su *Ifigenia,* que terminó de escribir muy significativamente en Roma, en diciembre de 1786, en el curso de su famoso viaje a Italia. Frente a la *Moralität* kantiana, triunfo máximo de la razón, que entiende que una obra es moral cuando se ejecuta tan sólo por cumplimiento del deber, Goethe presentó su *Ifigenia,* una personalidad ética completamente armoniosa, que hace patente el amor y la humanidad contra la crueldad y el odio. Toda *Ifigenia* es claridad y mesura, paz interior y dominio moral. Hegel, que desde sus inicios rechazó junto a Kant

toda religiosidad suprarracional y estatutaria, aceptó incondicionalmente la concepción nueva de la moral goethiana. Al margen de las muchas diferencias que separan a Goethe y Hegel, y entre las que no es la menor el disgusto de aquél por el lenguaje abstruso que éste emplea, hay entre ellos una coincidencia profunda que les distingue del ilustrado Immanuel Kant: su amor a Grecia, su pasión por el mundo clásico.

*La necesidad de la educación estética*

Grecia se convirtió en el punto de referencia obligado y único. Schiller escribió, en 1788, *Los dioses de Grecia,* una obra en la que —acercándose a Goethe— mostró su entusiasmo por la belleza y sensualidad del mundo griego. Al año siguiente, en su nueva obra *Los artistas,* llegó aún más lejos: la misión del arte era disolver las disarmonías de la naturaleza humana. El arte educaba mediante la belleza sensible y conseguía la moralidad de los instintos del hombre. Por eso el arte era principio y fin de la cultura humana, de la misma forma que la belleza era principio y fin de la vida. Estas dos obras de Schiller fueron el precedente inmediato de sus *Cartas sobre la educación estética.* Hölderlin, uno de los líricos más profundos de la literatura alemana, sintió lo mismo y se propuso fundir el ideal estético de la antigua Grecia con la filosofía idealista de su tiempo. Cifró su añoranza de Grecia en que allí la Naturaleza era lo divino. Igual le sucedió a Friedrich von Schlegel. En 1794, a los 22 años, publicó *De las escuelas de la poesía griega.* Un año más tarde, *Sobre el estudio de la poesía griega.* Para Friedrich von Schlegel, como para su hermano August Wilhelm, el arte y la humanidad griegas habían sido la representación más perfecta, unitaria y armónica de la imagen humana. De esta forma se fue acuñando la gran fórmula innovadora: si para el clasicismo, lo verdadero era bello, para los románticos —invertidos los términos— lo bello fue verdadero.

*La Universidad de Berlín y sus rectores*

Wilhelm von Humboldt se encargó de crear el cauce académico para la transmisión de la nueva *Weltanschauung.* En plenas guerras napoleónicas recibió de Federico Guillermo III de Prusia la misión de fundar sobre bases nuevas, modernas, la Universidad de Berlín. Con ayuda, entre otros, de Schleiermacher y Savigny se redactaron los estatutos y los primeros cursos pudieron darse en 1809-1810. Humboldt fue su primer rector. Luego ocupó este puesto Savigny. Hegel fue llamado muy pronto a la nueva Universidad, pero sólo pudo incorporarse, en razón de compromisos académicos previos, en 1818. Entre 1829 y 1830 también ocuparía el rectorado. En él le había precedido Fichte. No todos triunfaron en la nueva Universidad. Arthur Schopenhauer (1788-1860) recibió permiso para ejercer la docencia libre en 1820. Exigió dar sus cursos a la misma hora que los daba Hegel. El fracaso de Schopenhauer en Berlín fue total. No tuvo apenas discípulos. Hegel era el filósofo de moda y los berlineses llenaban sus cursos.

*La creación de un hombre nuevo*

La esencia perdurable del Romanticismo alemán, que no sólo se enseñó en la Universidad de Berlín, fue obra de Goethe y Schiller. Se quiso crear un hombre nuevo —el viejo y constante objetivo de todos los grandes momentos de la historia. El punto de partida fue una Naturaleza divinizada, intuición que permitió deducir que si la Naturaleza en torno al hombre era toda ella buena, buena tendría que ser igualmente la naturaleza humana. Las disfunciones, las disarmonías quedarían superadas mediante la educación

estética, mediante la formación de la sensibilidad. Schiller escribió que el hombre, por su libertad, era capaz de apropiarse el ideal de belleza, de armonía natural, obrando moralmente. La verdadera dignidad humana sería consecuencia de la armonización del apetito sensible con la tendencia racional al bien. Para Schiller, el "heroísmo moral" equivalió a la autodeterminación ética del individuo, a fin de realizar en él lo absoluto y divino. El arte —y Grecia era el gran modelo— haría a los hombres mejores.

*La vida como obra de arte*

La nota última y decisiva de esta nueva conformación del hombre la aportó Goethe. Indiferente a la idea de un progreso colectivo —tal como, por ejemplo, lo habían proclamado fervorosamente los ilustrados que habían desencadenado la Revolución en Francia— cifró todo en la perfección de la vida individual: la vida como obra de arte. August Wilhelm von Schlegel, fundador en torno a la revista *Athaeneum* junto con su hermano, Novalis y Schleiermacher del movimiento romántico, precisó —si cabe hablar así— el pensamiento goethiano al decir que la Naturaleza, que es sólo materia, no es completa, no es ejemplar. Precisa la forma que le viene dada por el sentimiento estético, por el arte. Y no había más arte que el gran arte clásico. Correspondió, paradójicamente, al fracasado Schopenhauer orientar aún más decididamente esta actitud al precisar que, entre todas las artes, en los tiempos modernos la gran arte formadora habría de serlo la música. El lenguaje musical suponía la objetivización más directa del principio irracional que dominaba al mundo.

*El juego de la polaridad*

También correspondió a Goethe expresar de qué manera se produciría este enriquecimiento del individuo que le habría de permitir una purificación constante hasta alcanzar la divina armonía natural. No se trataba —ya se ha apuntado— ni de un puro desenvolvimiento inevitable a partir de unos gérmenes primeros, ni del progreso de la Ilustración orientado hacia una perfección racional determinada previamente. Goethe vio la perfección individual a través del juego de la polaridad, otra de sus grandes teorías: pertenecía a la naturaleza más honda de la evolución histórica que ésta sólo pudiera manifestarse a través de la polaridad, o movimiento pendular de la Naturaleza, mediante una ininterrumpida tensión de tendencias contrapuestas. Unidad y diversidad se correspondían con los conceptos de Naturaleza y cultura. Estos eran los dos polos cuya identificación última estaba en relación con la unidad de un Dios-Naturaleza. Todo, en la Naturaleza natural como en la humana, era bueno. No se hacía preciso renunciar a nada. Schiller lo expresó así en su *Carta sexta:* "Para desarrollar los múltiples dones humanos no existe otro medio que oponerlos entre sí: este antagonismo de fuerzas es el gran instrumento de la cultura; pero, a la vez, no es más que un instrumento, pues, mientras persista uno se encuentra solamente en camino hacia ella...".

*Los idealismos dialécticos*

Esta dinámica de la polaridad, patente en Goethe y Schiller, encontró durante esos mismos años la expresión mayor y extremada que fue la filosofía dialéctica del idealismo alemán. Lo que aún quedaba de matización y claroscuro en esos dos autores fue radicalizado en el idealismo "subjetivo" de Fichte, en el idealismo "objetivo" de Schelling y, mucho más aún, en el idealismo "absoluto" de Hegel. No es éste lugar adecuado para

una exposición de estos sistemas filosóficos. Sólo es quizá preciso apuntar que los tres filósofos del idealismo alemán no aparecieron de manera imprevista; fueron de alguna manera consecuencia lógica de unos planteamientos que acabaron por incitarles, a cada uno en particular, a pensar la totalidad, el conjunto completo del ser y del destino históricos del hombre.

Fue Fichte el que introdujo en la filosofía alemana los conceptos de tesis, antítesis y síntesis. Schelling los recogió y usó. Y lo mismo hizo Hegel en algunos de sus escritos juveniles para luego abandonarlos, sin renunciar por esto, como es sabido, al planteamiento dialéctico. Hegel reconoció la influencia que —al igual que en el caso de Schelling— había tenido sobre su sistema la filosofía panteísta de Jakob Böhme (1575-1624), a quien atribuyó expresamente la concepción de la dialéctica como proceso de síntesis de los opuestos mediante la mediación de la negatividad.

*El devenir del ser y la muerte de Dios*

En Hegel —tal como lo expone en la *Fenomenología del espíritu,* publicada en 1807, un año antes de que apareciera el *Fausto* de Goethe— la razón, el espíritu humano es entendido en la plenitud de sus actividades espirituales, en la totalidad de sus momentos culturales y de sus períodos históricos: el "ser" que constituye el contenido de la verdad es precisamente el "devenir" de ese espíritu. Y la filosofía, la consideración de ese devenir. La culminación del proceso es el espíritu objetivo o Absoluto que puede ser considerado —permaneciendo siempre el mismo— con tres distintas intensidades, con una luz progresivamente mayor, como arte, religión y filosofía. El espíritu Absoluto es el espíritu del mundo *(Weltgeist),* el único individuo de la historia. A este espíritu Absoluto se encuentra subordinado el espíritu de cada pueblo *(Volkgeist).* Y a éste, cada individuo. En la misma *Fenomenología,* Hegel escribe: "el sentimiento sobre el que descansa la religión de los nuevos tiempos: Dios mismo ha muerto". Lo de ha hecho ya se insinúa en los planteamientos goethianos se lleva aquí a su culminación. Podría decirse que, de alguna forma, Hegel es optimista frente a la interpretación que de su misma afirmación de la "muerte de Dios" hará, años después, Friedrich Nietzsche. Pues el motivo central de la *Fenomenología* es que si toda postura finita ha de ser destruida, por trágica que sea esta destrucción está al servicio de una finalidad positiva pues conduce a un bien mayor. Esto se consigue asimilando todo —según Hegel— o experimentando todo —conforme Goethe escribe en el *Fausto.* La empresa que planteó la filosofía romántica del idealismo alemán fue tan ambiciosa que es sostenible que Hegel llegara a pensar que la historia, en particular la de la filosofía, acababa con él.

*La eliminación de los valores absolutos*

Lo que de hecho pasó a las generaciones siguientes de todos estos planteamientos fue una concepción del mundo que descansaba en la convicción de que no existía ningún valor absoluto, pues todo se encontraba subordinado a la individualidad de cada cual. Con el agravante de que también en lo íntimo de cada individuo todo se veía como problemático. La vida no presentaba un correlato lógico ni unas alternativas claras entre las que elegir, sino que era un conjunto de hechos opuestos que debían ser experimentados a la par. Las dotes personales de Goethe no eran transmisibles a sus descendientes ideológicos, los románticos. Si Goethe ya experimentó desgarraduras que procuró superar con su postura olímpica, no todos los que vinieron detrás de él lograron colocarse en

una actitud de similar distanciamiento; no todos lograron —como el mismo Goethe dijo— escribir, transformar en imagen lo que les preocupaba "a fin de quedarme así en paz conmigo mismo y tranquilizado en mi interior". La excelsa armonía natural de Goethe y Schiller dejó en herencia el desgarramiento del alma romántica.

*El Romanticismo literario*

Tuvo también el Romanticismo alemán otra vertiente, que podría decirse más práctica y concreta. La muerte de Novalis, en 1801, produjo la disolución del círculo romántico original. August Wilhelm von Schlegel se trasladó a Berlín ese mismo año y dictó sus *Cursos sobre bellas letras y arte,* que se consideran como la primera gran manifestación pública del movimiento literario romántico. En 1805 publicó *Sobre arte dramático y literatura,* obra en la que bebería durante años el Romanticismo. Contra las normas canónicas del clasicismo francés exaltó a Shakespeare y Calderón, Dante y Camoens. En todo este esfuerzo renovador fue acompañado por su hermano Freidrich, filósofo de la cultura y del arte, crítico literario. Johann Ludwig Tieck, después de su "conversión" al Romanticismo por medio de su amigo Wackenroder, se volcó en el teatro y en la novela histórica. Similar apartamiento de los anhelos románticos primeros fue el vivido por Clemens Maria Brentano que cultivó la prosa, el drama y especialmente la lírica. Pero si formalmente se disolvió el cenáculo romúnico de Jena, perduró su espíritu. Así se pudo ver, entre otros, en Heinrich Heine (1797-1856) que en 1827 publicó el *Cancionero* en donde se hicieron presentes los temas usuales del Romanticismo: ensueño amoroso, anhelo, dolor... A muchas de las canciones de Heine les pusieron música Schubert, Schumann y Mendelssohn. Temas tratados por Heine inspirarían a Wagner *El holandés errante* o *Tannhäuser.*

Pero es bien sabido que no fueron únicamente literarias las repercusiones del Romanticismo. Las líneas maestras de esta concepción vital se harían presentes en prácticamente todas las posibles dimensiones artísticas, dando lugar a nuevos valores o poniendo en primer término —quizá sea esto más exacto— valores ya antiguos y conocidos pero que ahora, a consecuencia del influjo poderoso del Romanticismo, recibieron una consideración predominante.

## 2. Las artes y los valores artísticos del Romanticismo

*La inalterable afirmación de la individualidad*

A veces, al tratar las cuestiones relativas al Romanticismo, la Revolución francesa, la Restauración, la influencia creciente del liberalismo en Europa a través de las nuevas manifestaciones revolucionarias, etc., es frecuente establecer distinciones que puede ser que no impliquen sino una consideración un tanto superficial de estos temas o un afán de encerrar los hechos históricos en el inevitable y único proceso dialéctico. Se habla en este sentido de un pre y un postromanticismo, separados por los revolucionarios años finales del XVIII. O del Romanticismo conservador de los años primeros de la Restauración que, hacia 1824, iniciaría un cambio del que saldría, casi como una manifestación más de las revoluciones de 1830, el —por así decirlo— clásico romanticismo liberal. Todo esto no parece del todo cierto. Los planteamientos profundos del *Sturm und*

*Drang,* del prerromanticismo, pasaron sin solución de continuidad al Romanticismo posterior, tanto fuera éste conservador como liberal. Pudieron cambiar las actitudes meramente externas de los hombres románticos: a favor o en contra de la Revolución, deseosos de volver a los encantos del Medievo —encantos que tuvieron mucho que ver con el desconocimiento de esta época histórica—, a la claridad armoniosa de la Grecia clásica —de la que puede decirse lo mismo—, o que por lo contrario se manifestaron decididos amantes de su tiempo histórico. Todas estas posibles elecciones tuvieron como factor común la afirmación de la individualidad y de los criterios individuales —la sensibilidad, la fantasía, lo espontáneo, lo privativo y específico de cada hombre y de cada pueblo— como únicos criterios válidos. Los cambios históricos, en los que los románticos —a pesar de sus deseos— no tuvieron mucho que ver, fueron los que condujeron a los artistas a un lado u otro de las barricadas que con tanta frecuencia cortaron las calles de las ciudades europeas por estos años.

*Liberalismo y Romanticismo*

Cuando Victor Hugo afirmó en el prólogo de *Cromwell* (1827) que el Romanticismo era el liberalismo de la literatura no descubrió nada nuevo: se limitó a constatar un hecho evidente. Ambos, liberalismo y Romanticismo, tenían de tiempo atrás en común la consideración de la individualidad como norma única. Apenas calmadas las aguas que tan furiosamente habían sido agitadas por los ímpetus revolucionarios, las ya antiguas coincidencias radicales no hicieron sino quedar de manifiesto para todos.

*Desarrollo y objetivo*

Algo similar cabe decir de la evolución posterior de las artes. Es también corriente distinguir períodos y estilos y, en general, actitudes aparentemente distintas. Y puede, quizá, ser esto útil cara a una clasificación simplificadora. Pero no se ha de olvidar que todo el arte del siglo XIX, desde sus orígenes románticos tendió, sin solución de continuidad alguna, hacia la gran explosión de los años previos a la I Guerra Mundial. Se ve claro si se atiende a una de las artes —la pintura—, considerada como una de las más aptas para expresar el alma romántica. Desde 1815 —por escoger una fecha tópica— todo fue un avanzar hacia los posteriores impresionismos y expresionismos, que acabarían por sublimarse en las pinturas cubista y abstracta. Una marcha de algún modo inevitable por cuanto, a lo largo de todo el siglo, ningún pintor renunció a la libertad artística individual, esencia misma de la estética romántica.

*La pobreza de la arquitectura y de la escultura*

Ni la arquitectura ni la escultura fueron medios artísticos aptos para que en ellos se encarnasen los valores propios del arte romántico. La primera quedó casi bloqueada en la imitación de estilos anteriores con un afán historicista que sólo llegó a romperse cuando la aparición de nuevos materiales de construcción —el cristal, el hierro, el hormigón armado— comenzó a abrir nuevas perspectivas, a plantear y resolver problemas nuevos. Pero al margen de algunas escasas anticipaciones, nada tendría lugar de forma plena hasta los años finales del siglo, fuera ya del límite propio de estas páginas. También a la escultura le sucedió algo similar, si bien en este caso la dificultad fue aún mayor por el peso aplastante que supuso la formidable estatutaria de la Grecia clásica. Hay prácticamente que esperar a Auguste Rodin (1840-1917) para que se produzca

la ruptura con el academicismo y la escultura pueda abrirse a nuevos horizontes creadores.

*Los tres puntos de partida de la pintura romántica*

Nada de esto sucedió en la pintura. Pudo ser aquí el sentimiento punto de arranque firme de la creación artística. Pudo aquí —más que en las otras artes— proyectarse el artista en la obra. En el desarrollo de la pintura que va desde 1815 a 1870 es fácil observar, al margen de los anquilosamientos clasificatorios de las escuelas nacionales, tres grandes líneas a las que se les puede atribuir, respectivamente, tres puntos de partida distintos pero todos ellos insertos en lo más íntimo de la estética romántica: la pintura de la Naturaleza, la pintura simbólica y la pintura de caracteres humanos extremados. Sería sin embargo erróneo entender estas tres direcciones como mundos cerrados: existen conexiones evidentes entre ellas o, mejor aún, entre los pintores que las cultivan. Es igualmente sencillo percibir la lógica obsesión constante de la pintura —forma y color— que va tomando cada vez más fuerza bajo los temas más diversos y los temperamentos más diferentes.

*Los pintores de la Naturaleza*

Los primeros pintores que se centran en el nuevo sentido que la Naturaleza recibe con el movimiento romántico deben ser también incluidos en la gran generación que apareció en torno a 1800. Philipp Otto Runge (1777-1810), amigo de Johann Ludwig Tieck, asoció a sus paisajes un profundo sentido religioso. Pudo así afirmar que "el arte nuevo debe representar la vida espiritual del hombre por medio de la Naturaleza". Un contemporáneo suyo, Caspar David Friedrich (1774-1840), fue más radical aún al prescindir de la figura humana. Para Friedrich el paisaje era algo sagrado: Dios en la Naturaleza. Sus cuadros buscaron expresar lo que podrían llamarse los estados emocionales de la Naturaleza, en estrecha relación con los estados emocionales propios, de acuerdo con lo que el mismo Friedrich escribió: "El pintor no debe pintar sólo lo que ve fuera, sino también lo que ve en sí mismo".

*Constable y Turner*

Con una fundamentación filosófica posiblemente menor pero a la búsqueda de unos objetivos similares, se encuentran dos pintores ingleses, también de la primera mitad del XIX: Constable y Turner. John Constable (1776-1837) empleó una técnica acuarelística para captar rápidamente los aspectos cambiantes de la realidad. "La pintura es para mí sinónimo de sentimiento", escribió; y se esforzó en sentir la Naturaleza, hasta el punto de que en su pintura aparece una Naturaleza nueva. A la búsqueda de lo relativo y cambiante, en sus *Catedrales de Salisbury* el mismo paisaje quedó diluido, en la medida en que Constable intentó captar la luz y sus cambios. Un paso más en esta misma línea puede verse en William Turner (1775-1851). En sus cuadros de paisajes, las formas tendieron a esfumarse en beneficio de la luz. Sus obras últimas fueron casi exclusivamente "efectos" (de la luz sobre el agua, etc.). Con justicia puede decirse que Turner fue un protoimpresionista.

*La escuela de Barbizon*

En Francia el estudio exclusivo del paisaje es algo más posterior. Hay que esperar a 1846 para que se constituya la escuela de Barbizon, junto al bosque de Fontainebleau, y en la que se integraron Théodore Rousseau (1812-1867), Charles François Daubigny

(1817-1878) y Narcisse Virgile Díaz de la Peña (1807-1876). Analizaron con pasión la realidad que pintaban. Quisieron retratar la Naturaleza. E inevitablemente proyectaron sobre la Naturaleza su sensibilidad. En contacto con esta escuela se mantuvo Camille Corot (1796-1875). Su larga vida le habría de permitir convertirse, al final de ella, en patriarca de los jóvenes impresionistas. Como Constable y Turner, Corot tomó el paisaje como pretexto para tratar la luz. Las *Catedrales de Salisbury* tuvieron su correspondencia francesa en las distintas interpretaciones que Corot realizó de la *Catedral de Chartres.*

*El simbolismo de los "nazarenos" y de los prerrafaelistas*

La segunda gran línea de la pintura romántica fue la simbólica. En el primer decenio del siglo se instalaron en Roma un grupo de pintores alemanes, la mayoría de ellos conversos al catolicismo, que fueron denominados los "nazarenos". Formaron este grupo Johann Friedrich Overbeck (1789-1869), Philipp Veit (1793-1877), Franz Pforr (1788-1812), Julius Schnorr von Carolsfeld (1794-1872) y Peter von Cornelius (1783-1867). Más adelante mantendría la misma línea un artista más joven como Eduard von Steinle (1810-1886). Los "nazarenos", que mantuvieron un fondo religioso exaltado, casi apocalíptico, despreciaron el color y valoraron en cambio mucho la forma. Sus modelos fueron los pintores del *Quattrocento* italiano, precursores de Rafael. Años más tarde, en 1848, se constituyó en Inglaterra la Cofradía de los Hermanos Prerrafaelistas, con unos objetivos, unos ideales y unos modelos similares a los de los "nazarenos" alemanes. En sus escritos, pues algunos de los prerrafaelistas fueron más poetas que pintores, defendieron su postura de evasión, frente al materialismo, hacia algo más elevado y más noble. Los prerrafaelistas —Holman Hunt (1827-1910), Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) y John E. Millais (1829-1886), el más técnico de los tres— contaron con la defensa apasionada de su movimiento que realizó uno de los críticos artísticos más importantes del momento, John Ruskin. Como en el caso de la nueva concepción del paisaje, también en Francia se registraría un eco de esta corriente simbólica de los "nazarenos" y los prerrafaelistas, aunque algo más posterior, con nombres como Pierre Puvis de Chavannes (1824-1898), Gustave Moreau (1826-1898) y Odilon Redon (1840-1916), que llegarían a enlazar con los postimpresionistas de finales de siglo.

*Géricault y Delacroix*

En contraste con lo expuesto hasta el momento los hombres más importantes de la tercera línea de la pintura romántica fueron franceses. Quizá pueda esto deberse a la tradición pictórica de los años de la Revolución y del Imperio que preparó la exaltación de caracteres y actitudes —manifestaciones extremadas de las individualidades— que supieron recoger Théodore Géricault (1791-1824) y Eugène Delacroix (1798-1863). Géricault, un temperamento ardiente, cultivó el cuadro de gran estilo, a escala heroica, que le permitió dotar a la anécdota de una significación universal. Un ejemplo de esto puede verse en *Los náufragos de la Medusa,* de 1819. Para Delacroix, el color —un color encendido, a lo Rubens, manejado con imaginación, alejándose de la Naturaleza— fue la fuerza motriz de la pintura. El color y el movimiento: *Matanzas de Quíos* (1824), inspirado en las luchas por la independencia griega, o *Muerte de Sardanápalo* (1827). Delacroix encarnó la ofensiva declarada contra el academicismo clasicista, representado por Jean Auguste Domenique Ingres (1780-1867). El Salón de París de 1824 reco-

gió, a la vez, las *Matanzas* y *El voto de Luis XIII,* de Ingres. Para éste, la perfección sólo estaba en los griegos. Delacroix, por lo contrario, fue el defensor del sentimiento. No podían ponerse ataduras a la imaginación creadora: para el artista no había otras normas que las dictadas por su propia individualidad. La postura de Delacroix se acentuaría después de su viaje al norte de Africa, en 1832, y acabaría por imponerse. En 1846, con motivo del Salón de ese año, Charles Baudelaire (1821-1867) escribiría: "Quien dice romanticismo dice arte moderno, es decir, intimidad, espiritualidad, color, aspiración hacia lo infinito, expresados por todos los medios de que disponen las artes".

*La expresión de las individualidades humanas*

En esta misma línea de la pintura de caracteres, Honoré Daumier (1808-1897) llevó a cabo una exaltación brutal de la realidad, casi hasta la caricatura. Años después lo estudiarían Rouault y los expresionistas alemanes. Gustave Courbet (1819-1877), muy a tono con el materialismo desidealizado de mediados de siglo, intentó programáticamente la exaltación del mundo del trabajo. Sus obras tuvieron interés en la medida en que olvidaron el "programa". Deudor de la escuela de Barbizon, Courbet rozó el genio cuando se entregó sencillamente a la pintura de la Naturaleza. Los campesinos idealizados de los cuadros de Jean François Millet (1814-1875) son de algún modo contrapunto de la pintura sombría de Courbet. Pero al margen de la temática, Daumier, Courbet y Millet se mantuvieron en la gran línea abierta por Géricault y Delacroix: la expresión de las individualidades humanas.

*Edouard Manet*

El paso final y decisivo de estos años en la pintura correspondió a Edouard Manet (1832-1883) que se adentró resueltamente en la experimentación de una nueva técnica, inspirada en la pintura japonesa, de yuxtaposición de colores puros. Los temas, los personajes, fueron para Manet simple soporte físico de su pintura: pues fueron los colores el verdadero centro de sus cuadros. Esta es la gran aportación de Manet, muy al margen de los escándalos que pudieron producir algunas de sus obras —*Desayuno en el campo* (1863), u *Olimpia* (1865). Si los impresionistas recibieron este nombre genérico en 1874, ya desde 1872 Manet estaba pintando en impresionista.

*Los cuadros de historia*

Muy en consonancia con la revalorización del pasado, tan propia de una de las manifestaciones superficiales del Romanticismo, dentro de esta tercera gran línea de la pintura, aunque indudablemente también conectada con la simbólica, se pintaron durante estos años enormes cantidades de cuadros de historia. Si los mismos Delacroix y Manet no se recataron de utilizar este género para sus fines pictóricos propios, este mismo hecho marca ya la distinción nada sutil, sino bien patente, que se produjo en esta temática: la obsesión por la verosimilitud y el detalle, por un lado, que dejó reducidas tantas obras a lo meramente anecdótico, sin mayor valor; y por otro, los pintores de genio para los cuales la pintura de historia no fue sino pretexto en el que volcar su real capacidad de artistas. Entre estos últimos, por ejemplo, se encuentra Eduardo Rosales (1836-1873) que, despegándose de los simples temas, hizo marchar su pintura por unos caminos similares a los de Manet.

*El nacionalismo en la literatura*

En lo que respecta a la literatura romántica, es obligado aludir a algunos rasgos que la diferencian de las otras artes hasta el momento analizadas. Ante todo el hecho del idioma, que hizo que la literatura fuera obligadamente más nacional. Sin negar que muchas veces en la arquitectura, escultura y pintura se hicieron presentes rasgos distintivos de las diversas nacionalidades, no precisaban traducción. No así la literatura. El francés, la lengua culta de los siglos XVIII y XIX, se convirtió en un vehículo cómodo para la difusión de su literatura. Pero al gran público, un sector cada vez más amplio conforme fue avanzando la alfabetización, le resultó habitualmente difícil entrar en contacto con otras literaturas que no fueran la nacional.

*El arte y el genio*

Así pues el problema de las traducciones quedó de alguna manera compensado por el incremento de la alfabetización. Pero la literatura tuvo otros dos tantos a su favor. En primer término, el avance del siglo XIX coincidió con el desarrollo, consciente o no, del sentimiento nacional. A partir de 1850 toda Europa registró un reflorecimiento de literaturas nacionales, algunas casi olvidadas. Sin necesidad de llegar a esto, el nacionalismo supuso un fuerte impulso para las distintas literaturas ya consolidadas. Lo cual también es cierto a la inversa: la literatura se convirtió en un eficaz punto de apoyo para la exaltación de las distintas conciencias nacionales. La otra ventaja de la literatura residió en la mayor facilidad que la palabra tiene para expresar lo que se intenta decir. Se precisa, en líneas generales, una menor preparación para entender un libro o seguir una representación teatral que para apreciar el valor de, por ejemplo, un cuadro. Afirmaciones todas éstas elementales pero que pueden ayudar a entender el desarrollo considerable de la literatura en el Romanticismo. A todo lo cual se debe añadir un último hecho: la nueva perspectiva artística había subrayado hasta la saciedad que lo decisivo era la expresión individual; que el arte —se dijo— no era patrimonio del genio, sino algo que se encontraba a disposición de cualquier hombre. Los cientos de cuadros de historia no fueron así nada ante el diluvio de poemas, novelas u obras teatrales. Para comprobar a la larga que el arte sí era patrimonio del genio.

*Individuo y tiempo*

En la literatura romántica no se produjeron unas distinciones tan netas como en el caso de la pintura. Se hicieron, por supuesto, presentes las tres líneas aludidas. Pero con alguna frecuencia mezcladas en la misma obra. Menos aún que en la pintura cabe hablar aquí de especializaciones en los escritores. No tanto porque no se dieran en ocasiones, cuanto porque, también con alguna frecuencia, el mismo autor —con fortuna varia— pudo intentar la lírica, la novela y el teatro. Sin olvidar nada de esto, puede afirmarse que durante estos años la literatura siguió intentando responder a dos cuestiones eternas, susceptibles de ser recogidas en dos interrogantes: qué me pasa y qué pasa. La primera cuestión escogió habitualmente el cauce de la poesía lírica. Para responder a la segunda, los medios fueron más bien la novela y el drama. De esta forma encontraron expresión dos de los grandes temas de fondo planteados por el Romanticismo: la expresión del alma individual y el problema del tiempo. El hombre —para el Romanticismo historicista, un individuo que evoluciona— desnudó su alma individual e intentó hacerse cargo de dónde venía —los romances y las novelas históricos— y qué era el tiempo que le había tocado vivir y que tan poderosamente influía en su evolución individual.

*La lírica* La poesía lírica del Romanticismo es casi un mar sin orillas: Foscolo (1778-1827) y Leopardi (1798-1837), en Italia; en España, Espronceda (1808-1842) y Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870); los portugueses Almeida Garrett (1799-1854) y Alejandro Herculano (1810-1877); Lamartine (1790-1869), Hugo (1802-1855) y de Musset (1810-1857), en Francia; Keats (1795-1821) y Byron (1788-1824), Wordsworth (1770-1850) y Coleridge (1772-1834), en Gran Bretaña; al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos, los dos polos opuestos de Edgar Allan Poe (1809-1840) y Walt Whitman (1819-1892); y Puschkin (1799-1837), en Rusia... Ya casi en los límites del período estudiado en estas páginas, y con el precedente de Charles Baudelaire, aparecerían en Francia Paul Verlaine (1844-1896), Stéphane Mallarmé (1842-1898) y Arthur Rimbaud (1854-1891).

Sin que no falten excepciones, sorprende en general la brevedad de sus vidas. Pudo influir en esto la enfermedad o el afán de aventura. Pero pesó también mucho el cierto desenfreno personal que, precisamente al calor e impulso del Romanticismo, durante estos años comenzó a verse como patrimonio exclusivo y disculpable del artista. Si se habían rechazado todas las normas posibles, si todo residía en la expresión aguzada de la individualidad, cuanto contribuyera a esta agudización era bueno y conveniente. El complemento de este doble hecho —rechazo de toda norma posible, expresión extremada— fueron casi inevitablemente —no es por supuesto éste el caso de Walt Whitman— las visiones pesimistas que acabaron por quemar tantas espléndidas vidas jóvenes, no sin que antes muchos dieran testimonios excelentes de su sensibilidad.

*El romance y la novela histórica* El sentido historicista, nunca ausente del mundo romántico, encontró los cauces abiertos del romance —el duque de Rivas, Zorrilla, Byron, Longfellow (1797-1882)— y de la novela histórica. De esta última fue maestro indiscutible, mil veces imitado, Walter Scott (1771-1832). La novela histórica, en su aparente sencillez, tuvo también mucho de simbólica. Si en ocasiones el pasado fue estudiado con afán estricto de erudición reconstructiva, con más frecuencia aún se acudió a él para exponer lo que se entendía que faltaba en el momento que se le había dado vivir al artista. No cedió fácilmente la vigencia de la novela histórica, pero pronto vio aparecer junto a ella otro tipo de novela —la de costumbres— que, junto con la poesía lírica, se convertiría de inmediato en uno de los grandes exponentes literarios del siglo XIX.

*La gran novela del XIX* Lograron análisis profundos de los hombres y de la sociedad de su tiempo que, con independencia de los criterios empleados —o de la ausencia de estos criterios, a tono con el espíritu romántico—, han quedado como referencias obligadas para conocer el siglo —o, al menos, para hacerse cargo de cómo estos hombres entendieron a su siglo. Sus nombres son Stendhal (1783-1843), Honoré de Balzac (1799-1850), Nikolai Gogol (1803-1852), el gran Charles Dickens (1812-1870), Ivan Turguenev (1818-1883), Gustave Flaubert (1821-1880), Fedor Dostoievsky (1821-1881), Lev Tolstoi (1828-1911)... Los últimos indudablemente basculan ya hacia tiempos más modernos. Pero arrancaron del Romanticismo y aunque se las hubieron de ver con nuevas cuestiones, nunca abandonaron el ansia de abarcar todo, de intentar explicar el juego de contradicciones profundas que captaron en el alma humana.

*El drama y la ópera*

Frente a estos escritores no es mucho lo que puede aportar el drama romántico. Byron, Hugo, el duque de Rivas (1791-1865), Zorrilla (1817-1893) lograron algunas obras valiosas que, en un plano indudablemente distinto, encontraron el complemento del drama musical —la ópera— un mundo controlado por los italianos —Rossini (1792-1868), Donizetti (1797-1848), Bellini (1801-1835), Verdi (1813-1901)—, aunque se produjeron algunos intentos de óperas nacionales —Weber (1786-1826), en Alemania; Berlioz (1803-1869), en Francia—, hasta la gran renovación que supuso el empeño de Richard Wagner.

*La música, arte romántico primero*

El análisis del arte romántico y de los valores artísticos que éste puso de relieve resultaría incompleto —quizá, en el fondo, casi incomprensible— sin una alusión expresa a la música. Pues si hubo algún arte romántico por excelencia, lo fue —lo es— la música. Fue quizá el gran valor artístico que aportó el Romanticismo. Y esto es tanto más notable si se tiene en cuenta cómo consideraba la música uno de sus grandes creadores, Johann Sebastian Bach (1685-1750). Para Bach, la música "no debe tender sino al honor de Dios y a la recreación del espíritu". No muy lejos de esta opinión se encuentra Kant que, en la *Crítica del juicio* (1790) que contiene su estética, considera a la música como la última de las artes, por cuanto opera con lo más elemental, con el sonido. No mucho más tarde, a comienzos del siglo XIX, estas afirmaciones resultarían inconcebibles. Tras un cambio radical, se abriría un tiempo nuevo en el que la música quedaría colocada a la cabeza de todas las artes, como arte primero y modular de las demás artes.

*Wackenroder*

Se pueden seguir los pasos claves de esta evolución sorprendente en las obras dispares de cuatro grandes hombres del Romanticismo alemán: Wackenroder, Schelling, Hegel y Schopenhauer. Todas las afirmaciones de Wilhelm Heinrich Wackenroder, que se contienen en la obra publicada después de su muerte temprana —a los 25 años— por su amigo Tieck, *Fantasías sobre el arte de un monje amante del arte,* pueden sonar hoy a cosas conocidas y muy repetidas, casi lugares comunes. Tienen sin embargo el interés de que fue Wackenroder el primero que las dijo.

Para Wackenroder —que no fue un experto o un crítico, sino un observador entusiasta, hipersensible, perdido en la contemplación— el medio del que el hombre disponía para acceder a la obra de arte no era el intelecto, sino el sentimiento. Un sentimiento —escribió— que "no puede ser captado ni comprendído sino con el sentimiento". Si todas las artes eran medios privilegiados para manifestar los más profundos sentimientos, la música era el arte por excelencia, superior a cualquier otra arte por su capacidad expresiva. Wackenroder afirmó que el lenguaje musical era el lenguaje original de los sentimientos; que existía una afinidad secreta entre sonido y sentimiento. Un sentimiento que era el medio de acceso privilegiado para los más íntimos secretos del mundo, para la esencia de las cosas, para llegar a Dios mismo. La música era la ventana entreabierta al misterio. Lo que no se podía expresar por el lenguaje normal, conceptual, se expresaba por el sonido aconceptual de la música. Si para Jean-Philippe Rameau (1683-1774) la armonía de la música tenía una fundamentación racional —y Rameau fue el apoyo de toda la música romántica, al menos hasta Wagner—, Wackenroder entendió que la armonía era un elemento irracional, mágico, religioso.

*Las estéticas románticas: Schelling*

Estas exultaciones de Wackenroder posiblemente hubieran tenido una importancia no más que relativa en la historia del Romanticismo si no hubieran encontrado el respaldo de las afirmaciones mucho más elaboradas que sobre la música hicieron Schelling, Hegel y Schopenhauer. Schelling, aún muy cercano a la estética de Kant, dividió las artes en reales e ideales. Estas últimas eran las más elaboradas. Entre ellas figuraba, por ejemplo, la poesía. Entre las primeras situó a la música que descansaba en el sonido, lo más material. Pero —y aquí está el salto grande de Schelling— el sonido conectaba con la conciencia del hombre más que cualquier otro objeto natural capaz de elaboración artística. El sonido era lo más bajo pero iba directamente al corazón, a la conciencia. Y Schelling concluyó que la música era el ritmo mismo del Universo, perceptible gracias a la solidaridad de la música con el espíritu humano.

*Hegel*

La postura de Hegel sobre este tema fue, posiblemente, más extremada. La música no se encontraba en primer término dentro de las artes; el primer lugar lo ocupaba la poesía, que hablaba al espíritu. Pero como el arte debía hablar directamente al sentimiento, la poesía —en cuanto forma de conocimiento racional— era un arte impuro. La conclusión a la que llegó Hegel fue que la música era la forma más alta del arte. Hegel fue uno de los primeros en distinguir las dos líneas posibles de consideración de la música: la estética formalista, que alude a la construcción técnica, a la formulación del lenguaje, y la estética que podría llamarse descriptiva: qué dice la música y cómo lo dice. Dentro de su sistema de ideas, Hegel sólo atendió a la música instrumental, pues la vocal la situó dentro de la poesía. En definitiva, la alta valoración de la música en Hegel derivó de que era el arte que más íntimamente conectaba con el carácter temporal del hombre.

*y Schopenhauer*

El paso último de este cambio tan decisivo en la valoración de la música estuvo a cargo de Arthur Schopenhauer. Lo que para Hegel fue la idea, el espíritu, la razón, fue para Schopenhauer la voluntad. Y el espejo inmediato de la voluntad era la música, en cuan-

**Ludwig van Beethoven (1770-1827).** *En 1812, el año en que Beethoven creó su 7.ª* Sinfonía, *se encontró casualmente con Goethe. Era éste ya el autor de* Götz von Berlichingen, *del* Joven Werther, *de* Egmont *e* Ifigenia, *de* Wilhelm Meister. *Cuatro años antes, en 1808, había publicado la primera parte de su* Fausto. *Goethe y Beethoven no simpatizaron. Lo cual no es de extrañar. No es preciso acudir para entenderlo al clasicismo de Goethe herido por las audaces innovaciones beethovenianas. Es quizá algo más simple y, por lo mismo, más hondo. No es fácil la relación entre la aparente plenitud satisfecha y la búsqueda. Goethe —podría decirse— quiso ser una cima. Beethoven, un camino. Las soluciones que Goethe brindaba, con toda su belleza formal, no eran tales soluciones para el intuitivo potentísimo que fue Beethoven. La vida era más, mucho más. En este encuentro casual de 1812 se encuentra ya, como en germen, toda la tragedia de la cultura de la Modernidad europea. Si Beethoven no dio la solución —no podía darla— al menos supo que era preciso seguir buscándola.*



to expresión misma del mundo. Las otras artes no expresaban más que la sombra; la música hablaba directamente del ser. Schopenhauer entendió la música no sólo como la primera de las artes —y coincidió en esto con Hegel— sino como la única capaz de unir a todas las demás artes en lo que denominó la obra de arte total. Richard Wagner recogería en su momento estas ideas para crear la concepción nueva de la ópera.

*Los creadores: Beethoven*

Esta fue la fundamentación teórica de la estética musical del Romanticismo. Pero poco hubiera podido hacer la filosofía de no contar con el puñado de creadores geniales que fueron los músicos románticos. El primero de ellos, la gran fuente de la que manan prácticamente todas las ideas grandes posteriores, Ludwig von Beethoven (1770-1827). Beethoven fue un kantiano, conocedor profundo de los filósofos que fueron sus contemporáneos, en especial de Schelling. Reflexionó mucho sobre su obra y dio un valor muy destacado al individuo creador, hasta el punto de exigir para el artista una independencia total: no debía estar atado por ningún lazo moral ni material, a fin de que pudiera expresar sin dificultad todo lo que llevaba dentro.

Beethoven fue técnicamente el músico más grande, capaz de sacar partido a todo lo que encerraba el mundo musical de Viena, en el que contaban nombres tan destacados como Haydn y Mozart. Lo recogió y lo potenció en sus sonatas, sinfonías y oberturas, de las que en su momento se derivarían los poemas sinfónicos. Rompió con la forma clásica de la sinfonía al introducir en ella más movimientos o, por lo contrario, fundirlos. Todos los compositores posteriores a Beethoven, al menos hasta Brahms, dependen de él y, en especial, de su 9.ª sinfonía.

*y Franz Schubert*

En arte como en tantas otras cosas —a excepción de la técnica— no cabe hablar de progreso. Las alturas alcanzadas por Palestrina, Bach o Beethoven siguen ahí, inalteradas e inamovibles. Cabe aludir, por supuesto, a desarrollos posteriores de determinados comportamientos musicales que se encuentran ya —implícitos o explícitos— en los grandes creadores, y que pueden ser desarrollados también por hombres geniales. Quizá sea éste el caso de Franz Schubert (1797-1828). Existen por así decir dos Schubert: el de los *lieder* delicados y alegres, cargados de sentimiento, que acompañan a poemas de Goethe o de Heine. Pero también existe el Schubert, verdadero creador, el grande junto a Beethoven, de donde saldrá todo lo que posteriormente expondrán, con mayor o menor perfección, Schumann, Liszt o Brahms.

*Los músicos románticos*

Sobre estos dos hombres, Beethoven y Schubert, descansaron los propiamente dichos músicos románticos, un francés, dos alemanes y un húngaro: Berlioz, Mendelssohn, Schumann y Liszt. Hector Berlioz (1803-1869), si estudió en Italia —donde conoció a Mendelssohn y Glinka— tuvo una formación musical esencialmente germánica, en la que pesaron mucho Karl Maria von Weber y Beethoven, Shakespeare —tan amado de los románticos alemanes— y Goethe.

*Berlioz*

Con alguna frecuencia se ha considerado a Berlioz casi un paradigma de la música programática. No parece que sea así. Sus obras no fueron música descriptiva. Es curioso

ver la soltura con que Berlioz cambió los títulos de sus composiciones. La titulada inicialmente *La torre de Pisa* pasó a denominarse después *El corsario*. Para Berlioz, el oyente no tenía que exigir explicaciones al compositor: sólo se le pedía que se conmoviera. Berlioz, que —según sus propias palabras— "tomó la música donde la había dejado Beethoven", fue especialmente fiel al lema que éste había puesto a su 6.ª sinfonía: "más expresión del sentimiento que descripción".

*El drama y la "idée fixe"*

El núcleo de la música de Berlioz es el drama, que descansa en el concepto tan goethiano de la acción. Sus sinfonías fueron composiciones dramáticas, tras los pasos de Shakespeare y de la tragedia griega. Posiblemente la otra gran aportación de Berlioz a la música romántica fue el concepto de *idée fixe* que, a través de Liszt, se convertiría en el *leit-motiv* wagneriano, en la llamada "melodía infinita". Berlioz con la *idée fixe* creó una nueva manera de composición, a partir de los planteamientos musicales de la Grecia clásica. En Grecia se entendía la música integrada por dos componentes, el *mélos*, la melodía, a la que se atribuía un carácter femenino, y el ritmo —para Schelling, la música dentro de la música—, de carácter masculino. A partir de Berlioz, Wagner llegó a un desarrollo extenso del *mélos*, al que dotó de todas las posibilidades armónicas hasta que éstas fueron rotas en el *Tristán*, que se convirtió así en el punto de arranque de la atonalidad.

Berlioz, que no tuvo mayor interés por las llamadas músicas nacionales, influyó sin embargo mucho en ellas. La música nacional estuvo siempre compuesta de acuerdo con los cánones habituales, salvo que su punto de partida pudo ser una melodía popular. La música en el XIX tuvo una gran corriente única. También Berlioz marcó a los impresionistas de finales de siglo, Debussy, por ejemplo.

*Mendelssohn*

Dentro de este mismo período, en contacto estrecho con los otros compositores, también músico romántico pero a la vez peculiar y distinto a causa de su acentuado clasicismo, se encuentra Felix Mendelssohn (1809-1847). Los desdenes de Goethe por Beethoven y Schubert se cambiaron en la acogida cordial que dispensó al joven Mendelssohn. Fue éste el primero que ofreció una audición pública de Bach, en 1829, al dirigir en Berlin la *Pasión según San Mateo*, lo que supuso el redescubrimiento del gran maestro del XVIII. Mendelssohn fue también el que recogió y dirigió a Mozart y Schubert. Con Schumann, Mendelssohn compartió la esperanza de que la música lograra hacer mejores a los hombres. Era el de la música el único lenguaje universal. En una carta de 1842 escribió: "las mismas palabras no significan siempre lo mismo para individuos distintos. Sólo el canto puede significar lo mismo. Puede suscitar los mismos sentimientos tanto en una persona como en otra". Para Mendelssohn, romántico profundo, la música era el lenguaje de los sentimientos. Por eso, como un eco de Herder y Hegel, Mendelssohn intentó ligar en sus *Romanzas sin palabras* la poesía —que más bien habla al entendimiento— y la música —que habla al sentimiento directamente. Estas obras de Mendelssohn fueron poco menos que consideradas el manifiesto de la nueva poética romántica. Para superar a la razón que divide y llegar al sentimiento que une, se intentaron "romanzas" "sin palabras", lo mismo que a partir de Liszt se compusieron "poemas" "sinfónicos". Se encuentra aquí uno de los puntos de referencia más precisos y fecundos

para las otras artes, por estos años y en los siguientes. En el tercio final del XIX y a comienzos del siglo siguiente, este esfuerzo titánico de los músicos románticos por autonomizar radicalmente sus composiciones llevaría al doble influjo de los distintos "purismos" –"poesía pura", "pintura pura", etc.– y de la "poesía como música", puro sonido, o los cuadros de Kandinsky con denominaciones musicales.

*Schumann*

Robert Schumann (1810-1856) fue, como Mendelssohn, otro convencido del valor redentor de la música, de la comprensión de la música como arte supremo, casi –o sin casi– un saber de salvación. Excelente crítico musical, llamó la atención sobre Berlioz, Liszt o Brahms, a la vez que condenó sin paliativos a Meyerbeer. Como Schubert o Mendelssohn compuso también *lieder* a partir de poemas de Goethe, Heine o Jean-Paul (1763-1826). Schumann rompió con la forma clásica en sus piezas de un solo movimiento (*Fantasías*) a partir del punto de apoyo que le brindaron las *Bagatelas* y oberturas beethovenianas. Robert Schumann no logró culminar su obra creadora, pues se volvió loco.

*Liszt*

Quizá la gran aportación de Franz Liszt (1811-1886), entre el bosque inmenso de su producción instrumental, fue el poema sinfónico. Como Schumann partió también de las *Bagatelas* de Beethoven y de sus sinfonías de movimientos fundidos, como la 5.ª y la 9.ª. A esto se unió la presencia de Berlioz, Paganini y Chopin en el universo de Liszt. De Berlioz tomó –y trabajó de manera personal– la *idée fixe* o *leit-motiv,* con lo que contribuyó al desarrollo extremado de esta nueva manera de composición musical que habría de culminar en Richard Wagner.

*Richard Wagner y la "Gesamtkunstwerk"*

Si con Wagner (1813-1883) culmina la música romántica, también con Wagner se abre la música moderna. La simple enumeración de las influencias que supo recibir e integrar, muestra hasta qué punto es justo el puesto que ocupa en la música del XIX. Se reconoció deudor de Palestrina, de Bach y de Mozart. La audición de la 9.ª sinfonía de Beethoven y de la obertura de *Fidelio* fueron para Wagner acontecimientos decisivos. Para la realización wagneriana del ideal romántico de fundir música y drama, el punto de referencia constante fue la música compuesta por Beethoven no para la *Oda a la alegría,* de Schiller, que incluyó en su 9.ª sinfonía, sino a partir de ese poema. Wagner entendió que así realizaba los ideales estéticos de Herder y Hegel; así como las ideas musicales de Mendelssohn. Su nuevo concepto de ópera fue deudor también de los esfuerzos de Karl Maria von Weber. Pero quizá lo que más le influyó fue la apertura a la Grecia clásica, recreada por Nietzsche, las sinfonías dramáticas de Berlioz y las ideas de Schopenhauer sobre la música como sustentadora de todas las artes, única inductora posible de la *Gesamtkunstwerk* que quiso ser la ópera de Richard Wagner.

Wagner buscó la fusión de la orquesta y el canto, en un intento de dar nueva vida al concepto griego del *mélos*. Que la poesía fuera tan musical, como la orquesta dramática. Fue en el *Tristán e Isolda* donde Wagner rompió con la armonía tradicional codificada por Rameau, dando origen a la atonalidad, recogida por Mahler y sobre la que Schönberg intentaría construir una codificación nueva.

*¿Un objetivo alcanzado?*

La puesta en práctica de los principios románticos fue profunda y muy decididamente realizada por los artistas creadores que, en todos los campos, llenaron el siglo XIX. No se puede negar la densidad artística de estos años en los que la música ocupó un tan destacado puesto. Cosa distinta es que a través de este esfuerzo innegable y sostenido se llegara a alumbrar la armónica individualidad natural con la que, en torno a 1800, soñaron Goethe, Schiller y otros.

## 3. La Iglesia, los católicos y la nueva cultura

*Sentimiento religioso y fe*

La afirmación de que la Iglesia resultó beneficiada por la cultura romántica que se adueñó de Europa en coincidencia con la Restauración, encierra algo de verdad y una considerable carga de error. Es cierto que su prestigio, al menos entre los sectores dirigentes, resultó remozado. Como es cierto también que se produjo una renovación, patente en el incremento de la práctica religiosa, en el éxito y extensión de las misiones populares, etc. Si a esto no contribuyó tan sólo el Romanticismo —no hay que olvidar, por ejemplo, el papel de Pío VII en la lucha contra Napoleón, o la importancia de la fe en los levantamientos populares contra el emperador— es obligado reconocer que fue el Romanticismo el que, con su actitud antirracionalista, potenció la vuelta a un pasado en el que todos sabían que la Iglesia había jugado un gran papel. Como un ejemplo entre mil bastaría fijarse en el nuevo juicio favorable al arte gótico —el llamado arte de la Cristiandad— después de los muchos años en que este estilo fue denostado y considerado como bárbaro y oscuro. Pero si el Romanticismo produjo una revalorización del sentimiento religioso frente a la sequedad racionalista de la Ilustración, si este sentimiento pudo de alguna forma impulsar la renovación de la vida católica, nada de esto puede hacer olvidar que, en el fondo, lo que resultó potenciado fue el sentimiento religioso de raíz protestante y no la profundización en la fe revelada. El Romanticismo se convertiría a no tardar en la causa de alguno de los problemas más graves que afligieron a la Iglesia a lo largo de todo ese siglo y en el siguiente.

*Las confusiones religiosas románticas*

Es de innegable raíz romántica el formalismo religioso en que muchos católicos llegaron a ver la expresión externa de su fe y que condicionó tantas formas de la piedad del XIX. Como se deriva igualmente del Romanticismo el individualismo exacerbado que se convertiría en dificultad grande para entender el sentido social de la práctica de esa misma fe: carencia de un sentido social que produciría tantas confusiones. No es la menor de ellas que, cuando en su momento se trató de compensarlo, por huir de un erróneo individualismo se cayera en un no menos erróneo colectivismo. Pero por los años en que parecieron darse la mano Romanticismo y Restauración hubiera bastado fijarse en una cuestión que se planteó de inmediato, aunque por entonces quedara casi oculta por la acumulación de otros problemas hasta el punto de que pudiera ser considerada casi una simple "cuestión romántica": el papel del Romano Pontífice dentro de la Iglesia católica.

*Los ultramontanos*

Por supuesto no a todos pasó inadvertido. Testigos de ello son los que, un tanto despectivamente, fueron calificados de "ultramontanos": los hombres que intentaron —o consiguieron— mantener sus miradas, no en la inmediata realidad nacional, sino "más allá de las montañas", en Roma, en el Papa. Fue fácil acumular sobre ellos burlas, ironías, cuando no persecuciones declaradas. Aquí está el origen de la injusta acusación que intentó descalificar a los católicos, en plena embriaguez nacionalista, como malos patriotas por encontrarse —se dijo— sometidos a una doble obediencia: la de la autoridad de la Iglesia y la de las autoridades civiles de su país, que debería —también se dijo— ser todo para ellos.

*Los débiles planteamientos doctrinales*

No se puede olvidar, a la vez, que en muchos casos los ultramontanos contribuyeron con su conducta —quizá, más aún, con sus ideas— a esta incomprensión. Pues con frecuencia penosa el ultramontanismo se presentó excesivamente vinculado al tradicionalismo y al fideísmo; a un rechazo generalizado de todo lo existente, a un miedo profundo a la razón. Sin olvidar nada de esto, aunque dejándolo por el momento de lado para volver más adelante de nuevo a ello, la dificultad para entender el valor y lugar precisos que el Papa tenía dentro de la Iglesia fue la manifestación más importante de la presión del espíritu romántico. Se convirtió en un tema decisivo, en la clave de las distintas actitudes que los católicos mantuvieron durante estos años respecto al liberalismo.

*La figura del Papa*

El Romanticismo —aparte de sus connotaciones anecdóticas historicistas que, por lo demás, pronto se olvidaron— significó centrar todo en el individuo y en aquello que en el individuo parecía la expresión máxima de su originalidad única: su sentimiento. De manera inevitable esta visión llevó aparejada la de evolución y cambio. Pues los sentimientos imprevisibles —y esenciales para la expresión de la individualidad— no podían quedar regulados por nada que no fuera la original individualidad misma. En este cuadro no sólo cabían sino que eran exigidos los sentimientos religiosos. Pero tan sólo en la medida en que estos sentimientos no fueran regulados por nada, es decir, que los sentimientos escaparan de todo posible dogmatismo. La pretensión católica de que el Papa fuera el Vicario de Cristo en la tierra, administrador por tanto del depósito revelado, inmutable en su misma condición de recibido, trajo consigo de manera inevitable el intento de rechazar su figura y su misión, que para los románticos de —en su opinión— hondos sentimientos religiosos se presentó como coacción para el desarrollo de la personalidad, cuando no como miedo a enfrentarse con el apasionado destino individual.

*La libertad de conciencia*

En el fondo y por grandes que fueran sus diferencias externas, liberalismo y Romanticismo poseyeron la raíz común de considerar al hombre como un ser autónomo, generador de sus propias leyes. Esto fue precisamente el liberalismo: la proclamación de la autonomía individual. Por todo esto, como ya se ha dicho, la actitud frente al Pontífice Romano se convirtió en decisiva a la hora de valorar las distintas posturas que los católicos, en los años románticos, adoptaron respecto al liberalismo. Pues lo que el Romanticismo vino, en definitiva, a plantear —no se ha de olvidar la fecha de 1817— fue, envuelta en la oleada del sentimentalismo religioso, la cuestión de la libertad de conciencia. Mientras del liberalismo se admitió la reclamación de determinadas libertades bien

concretas como rechazo del excesivo autoritarismo de los precedentes despotismos ilustrados, todo fue bien. Tampoco, posiblemente, hubiera sido difícil llegar a un acuerdo incluso en un tema tan espinoso como el de la desamortización (dicho sea sin olvidar la torpeza de que habitualmente hicieron gala los gobiernos liberales de tantos países respecto a esta cuestión). Y lo mismo puede decirse de la existencia de unos Estados Pontificios que no se adecuaban del todo a unos cambios sociales que parecían inevitables. Y es que nada de esto fue lo decisivo: todo el problema giró en torno a la libertad de conciencia, entendida como una gran conquista. Si se aceptaba una absoluta libertad de conciencia, sobraba la figura del Papa. Esta fue la piedra de toque.

*Los otros problemas*

Junto a este gran tema, otros dos también de interés fueron los que centraron la atención de la Iglesia en la primera mitad del siglo XIX. En estrecha relación con lo expuesto hasta el momento, la cuestión primera fue establecer las relaciones precisas entre la fe y la razón, es decir, delimitar claramente la fundamentación filosófica del conocimiento sobrenatural, en el caso —claro está— de que se tratara de un conocimiento y no de un simple impulso sentimental. Luego, conforme fue avanzando el siglo —y tal fue una de las consecuencias importantes de las revoluciones de 1830—, apareció la segunda gran cuestión: la de las relaciones entre la Iglesia y el nuevo Estado liberal. Si de este problema ya se hubo de ocupar Gregorio XVI, el Papa que rigió la Iglesia entre 1831 y 1846, fue su sucesor Pío IX (1846-1878) quien tuvo que tomar las medidas pertinentes que, más adelante, serían desarrolladas, precisadas y completadas por León XIII (1878-1903).

*La renovación teológica*

La renovación del pensamiento católico en los años de la Restauración se inició en Alemania y tuvo como protagonistas primeros a Johann Michael Sailer (1751-1832) y la escuela de Teología histórica de Tubinga. El pensador más destacado de esta escuela fue Johann Adam Möhler (1796-1838). Si se tiene en cuenta la renovación protestante que se produjo por esos años en torno a la figura de Schleiermacher, se comprenderá mejor la temática que ocupó a Möhler. En 1825 publicó *La unidad en la Iglesia* y en 1832 apareció su *Simbólica,* un estudio sobre los credos o símbolos de la fe. Analizó cuidadosamente en esta obra las diferencias entre católicos y protestantes, sin ánimo polémico, al tiempo que rectificaba algunos planteamientos suyos anteriores influenciados por criterios protestantes. Subrayó que Cristo había fundado una sociedad visible, la Iglesia católica, y que tal fundación correspondía a las necesidades y aspiraciones de los hombres. De acuerdo con la escuela católica de Tubinga, Möhler entendió la tradición como dinámica y orgánica. La obra del teólogo alemán tuvo muy amplia repercusión: confirmó la fe de los católicos y produjo abundantes conversiones entre los protestantes.

*La historia eclesiástica*

Junto a la escuela de Tubinga, en Munich se cultivó especialmente la historia eclesiástica. La escuela de Munich tuvo como representantes más destacados a Johann Joseph Görres (1776-1848) y a su discípulo Ignaz Döllinger (1799-1890). Görres, educado en el racionalismo sofocante de la *Aufklärung,* se convirtió al catolicismo en 1819 y, ocho

años más tarde, llegaba a ser profesor de Historia eclesiástica en la Universidad de Munich. Su enseñanza fue una vigorosa apología de la Iglesia romana.

*Los intentos de fundamentación doctrinal*

Esta línea prometedora de renovación y actualización del pensamiento católico quedó, si no interrumpida, sí un tanto amortiguada por toda una serie de pensadores —filósofos y teólogos— que en los años de la Restauración o en los inmediatamente posteriores intentaron dotar a los católicos de unos planteamientos doctrinales adecuados que les permitieran situarse dentro de la nueva cultura. No todos, pero sí buena parte de ellos, quisieron buscar fundamentos para su empresa en las filosofías por entonces imperantes. El fracaso que les acompañó —y que por fortuna no les llegó a afectar personalmente, en la mayoría de los casos— fue buena muestra de que la base última de la que derivaban el Romanticismo y el liberalismo no era compatible con la fe católica precisamente a causa de su talante inmanentista. El fracaso de tantos bienintencionados pensadores contribuyó a hacer patente la necesidad de renovar los planteamientos filosóficos clásicos.

**Félicité Robert de Lamennais.** *Bretón, nacido en Saint-Malo en 1782; converso al catolicismo en 1804; ordenado sacerdote en 1816; apóstata en 1834; muerto al margen de la Iglesia en 1854. Estos breves datos fríos no logran poner de manifiesto la fuerza turbulenta que encierra la vida de este hombre. De temperamento apasionado, volcó su energía —tan sólo equiparable a su escasa formación teológica— en una violenta defensa apologética de la fe católica, y en un similar violento ataque contra ella una vez que los postulados básicos de su pensamiento fueron condenados tanto por la encíclica* Mirari vos *(1832), como por la* Singulari nos *(1834). Lamennais asentó sus planteamientos doctrinales en el fideísmo y en el tradicionalismo, con desprecio evidente del valor de la razón humana y desconocimiento, igualmente evidente, de las construcciones teológicas de la escolástica (aún no recobrada en su tiempo de una postración de siglos). En Lamennais, un representante extremado de los presupuestos antropológicos del Romanticismo, predomina el sentir sobre el pensar. No cabe así hablar tanto de un cambio de su postura en relación a la Iglesia, como de una progresiva radicalización de unos planteamientos iniciales que le habían de llevar a enfrentarse inevitablemente con lo que tan ardorosamente había defendido hasta el momento: tan autónoma es la conciencia menesiana cuando rehúsa todo planteamiento racional para abrazarse de forma única a la creencia que la tradición le ofrece, como cuando defiende, pocos años después, los planteamientos liberales y desea que se inserten de forma plena en la misma estructura, disciplinar y dogmática, de la Iglesia de Cristo. No es posible, por supuesto, cuestionar los impulsos íntimos del corazón del hombre, ni realizar un juicio de sus intenciones. Es sin embargo obligado destacar la falta de equilibrio del pensamiento menesiano, que le lleva, sin solución de continuidad, de un extremo a otro. Las cuestiones que Lamennais apuntó, sólo encontrarían respuesta adecuada a partir del planteamiento sereno que lograra aunar, sin contraponerlos, libertad y gracia, razón y fe, naturaleza humana y elevación sobrenatural del hombre.*



El estudio de conjunto de estas diversas empresas intelectuales puede hacerse a través de una caracterización sumaria que permite agrupar a estos hombres en dos grandes sectores: el de los que tuvieron miedo a la razón y el de los que concedieron a la razón un papel excesivo hasta desembocar en el racionalismo. Entre estos dos grupos cabe situar al de los que, con similar buen deseo y pareja mala fortuna, intentaron la renovación del camino viejo del ontologismo.

*El miedo a la razón: fideísmo y tradicionalismo*

Dentro del primer grupo —el de los hombres que nada quisieron saber con una razón humana causante en su extremosidad de las catástrofes revolucionarias— aparecieron los fideístas y los tradicionalistas. Para ellos las fuentes de certeza eran la fe o la tradición; en modo alguno la razón. No resulta ni difícil ni forzado enlazar estas posturas con el protestantismo luterano y con las manifestaciones primeras del Romanticismo alemán. Una manifestación de esto se puede encontrar en el *Ensayo sobre la indiferencia en materia religiosa,* cuyo primer tomo publicó Félicité de Lamennais en 1817. En él se calificaba a la razón como "débil y vacilante luminaria", por lo que resultaba obligado recurrir a la razón absoluta o inteligencia divina, manifestada primordialmente en la Sagrada Escritura. El primado de la fe sobre la razón les parecía manifiesto a los fideístas: aquélla ponía al hombre en relación con las verdades supremas, mientras que la razón se limitaba al campo de lo fenoménico, de lo aparencial. El fideísmo resultaba así enlazado con el criticismo kantiano, por más que no se aceptaran todos los análisis y conclusiones del filósofo alemán.

*La actitud de Lamennais*

En el *Ensayo* menesiano se defendía con lujo de pruebas la verdad católica; pero lo que se aducía con más fuerza era el consentimiento universal de las "sociedades de todos los tiempos y de todos los lugares". El rechazo de la razón ilustrada, que había llevado a Lamennais al fideísmo, le empujaba igualmente hacia el tradicionalismo filosófico. Si a esto se añade que también en el *Ensayo* aparecían afirmaciones netas de ultramontanismo, en la línea marcada por Joseph de Maistre (1753-1821) y Louis de Bonald (1754-1830), no resulta difícil comprender que el entusiasmo despertado por la publicación de esta primera gran obra de Lamennais sólo encontró parangón adecuado en la confusión que a la larga produjo el desarrollo de las líneas de pensamiento que en la obra se contenían.

*Ultramontanismo y liberalismo*

Lamennais fue uno de los protagonistas destacados de la Francia de la Restauración, y logró agrupar en torno a él a un puñado de personalidades llamadas a ejercer gran influencia en los años posteriores de la vida francesa: Lacordaire (1802-1861), Montalembert (1810-1870), Guéranger (1805-1875), Rohrbacher (1789-1856), etc. Hacia 1826 Lamennais inició la deriva hacia un cierto liberalismo, pues comenzó a escribir que la Iglesia debía definirse sin equívocos en relación a la libertad, manifestándose dispuesta a desvincularse de los regímenes que aún encarnaban el Antiguo Régimen: si la Iglesia quería libertad (ante el galicanismo, regalismo, etc.) debía convertirse en la defensora radical de la libertad. Apenas si es preciso subrayar el equívoco grave que se encerraba —posiblemente sin mayor mala voluntad— en estas palabras, que suponía la equi-

paración sin más de la verdadera libertad con la visión que de ella tenían los liberales. Lamennais había llegado a esas conclusiones a partir de su postura ultramontana. Quería una Iglesia profundamente espiritual, dirigida firmemente por el Vicario de Cristo, y por tanto no sometida a las presiones temporales. Si esto era lo que parecía ofrecer el liberalismo, la Iglesia debería ser liberal.

*Las revoluciones de 1830*

El punto crítico de la evolución menesiana se produjo con ocasión de las revoluciones que se abatieron sobre Europa en torno a 1830. En nombre de la libertad los católicos irlandeses acababan de conseguir su emancipación. Era la libertad la que había permitido que los católicos belgas alcanzaran la independencia y se sacudieran el regalismo agobiante de Guillermo I. Y si en Francia la revolución contra el Antiguo Régimen de Carlos X había renovado los desmanes anticlericales y anticristianos de finales del siglo anterior, los católicos polacos por su parte se habían lanzado a la lucha para defender su fe y su patria contra los rusos. Si alguna duda podía caber a Lamennais y su grupo de que la causa de la Iglesia era la causa de la libertad liberal, estos acontecimientos la disiparon. Pero como en Francia su actitud era vista con manifiesto recelo por una parte importante del episcopado y del clero, los menesianos, acordes con su ultramontanismo, decidieron acogerse al juicio último y decisivo de Roma.

*La encíclica "Mirari vos" (1832)*

Correspondió a Gregorio XVI emitir la sentencia mediante la encíclica *Mirari vos* (15-VIII-1832), el documento inaugural de su pontificado que llegaba con un retraso de año y medio a causa de las perturbaciones liberales que habían tenido lugar en los mismos Estados Pontificios. Expuso Gregorio XVI lo que suponía la autoridad divina de la Iglesia y lo que representaba la revolución que había surgido, "roto el freno de la religión santísima", con un inmoderado afán de cambio. Reprobó en ella el galicanismo o cualquier clase de regalismo, así como la petición de reformas en la estructura y misión de la Iglesia, "con cuyo intento —se añadía— pretenden los innovadores echar los fundamentos de una institución humana moderna", dando al olvido la voluntad fundacional de Jesucristo. De igual modo el Papa denunciaba al indiferentismo que tenía como consecuencia directa la exigencia —decía la *Mirari vos*— de la "libertad de conciencia. Este pestilente error se abre paso escudado en la inmoderada libertad de opiniones que, para ruina de la sociedad religiosa y de la civil, se extiende cada día más por todas partes, llegando la imprudencia de algunos a asegurar que de ella se sigue gran provecho para la causa de la religión".

Al margen de la retórica prosa de la Curia, el contenido de la encíclica no dejaba lugar a duda: era la condena de los principios doctrinales del liberalismo. Se hacía en la *Mirari vos* una crítica severa de la soberanía popular, de la separación de la Iglesia y el Estado, y de la libertad de cultos y prensa, por cuanto todo ello —tomado en su conjunto— conducía de forma inevitable al indiferentismo. A estos criterios había que oponer la doctrina católica sobre el origen del Poder, la colaboración que el Poder civil debía prestar a la Iglesia y la necesidad social de la verdad.

*La apostasía de Lamennais*

Lamennais pareció inicialmente dispuesto a aceptar la explícita indicación de Roma. Pero pronto su posición comenzó a endurecerse. Secularizado de tiempo atrás, abando-

nó sus creencias católicas y, sin manifestar arrepentimiento, murió el 18 de enero de 1854. Por fortuna no fue acompañado en su defección por ninguno de sus discípulos. La misma fidelidad mantuvo el que, junto a Lamennais, fue el otro gran representante del fideísmo, Louis Bautain (1796-1867).

*Louis Bautain*

En una línea parecida a la que mantenían por esas fechas algunos teólogos católicos en Alemania —Sailer había buscado la cristianización de Schelling; Möhler se había apoyado en Hegel y Schleiermacher en unos primeros escritos que luego rectificó—, Bautain, en un intento de completar los postulados kantianos, publicó en 1835 *La filosofía del cristianismo*. Sostenía que la fe en Jesucristo era el único fundamento a partir del cual el hombre podía alcanzar una concepción coherente del mundo y de su destino personal. Condenada por la Iglesia esta formulación, así como sus contactos iniciales con el idealismo alemán, Bautain se avino a suscribir por tres veces un conjunto de proposiciones antifideístas (1835, 1840, 1844).

*El ontologismo*

Como a medio camino entre el fideísmo y el tradicionalismo y los planteamientos racionalistas, apareció por las mismas fechas el ontologismo, bajo el impulso inicial de Vincenzo Gioberti (1801-1852) y con las muy sustanciales matizaciones que en él introdujo Antonio Rosmini-Serbati (1797-1855). El ontologismo sostenía que el Ser infinito y absoluto, Dios, y las ideas universales, eternas, infinitas y absolutas eran el objeto primero de la inteligencia humana; que el hombre tenía una percepción inmediata de Dios y que la intuición de Dios era el primer paso del conocimiento intelectual. En la formulación giobertiana, el ontologismo era un intento de superar el subjetivismo moderno, iniciado por Descartes. En Rosmini tuvo formulaciones distintas, hasta el punto de que es discutible su plena adscripción a esta escuela de pensamiento. Sin embargo la condena del ontologismo tuvo lugar a partir de la obra rosminiana. Iniciado el análisis de sus obras en 1854, treinta y cuatro años después (1888) el Santo Oficio condenó cuarenta proposiciones sacadas de las obras de Rosmini.

*El racionalismo teológico: Hermes*

Si el fideísmo y el tradicionalismo habían cuajado principalmente en Francia; si el ontologismo encontró sus defensores en dos clérigos italianos; las desviaciones racionalistas se presentaron en el área cultural alemana, dominada por la filosofía kantiana y el idealismo que de ella se había derivado. Los primeros pasos para la renovación del pensamiento teológico católico se intentaron dar a partir de estos supuestos. Georg Hermes (1775-1831) buscó la conciliación del cristianismo con el racionalismo de la *Aufklärung*. Profesor de Dogmática en Bonn, su horizonte filosófico fue la gnoseología criticista kantiana; su problema central, la fundamentación racional de la fe; su punto de partida metodológico, la duda universal; su aspiración, superar el agnosticismo kantiano; el resultado, una fe naturalizada, simple asentimiento intelectual necesario determinado por la demostración racional de la verdad. En torno a Hermes se formó una influyente escuela que provocó duras polémicas (con Möhler, por ejemplo). Muerto ya el maestro, Gregorio XVI condenó los abundantes errores de sus doctrinas —sobre la Escritura, la Tradición, el Magisterio, Dios, la Gracia, el Pecado— mediante el breve *Dum acerbissimas* (26-IX-1835).

*y Günther*

Un intento relativamente similar fue el del teólogo austriaco Anton Günther (1783-1863). Muy influido por Descartes, Kant, Hegel y Friedrich von Schlegel, Günther intentó una comprensión idealista de los principios del cristianismo sobre bases antropológicas, a la búsqueda de un triple resultado: superar el monismo panteísta hegeliano y el semipanteísmo del que estimaba taradas a la Patrística y a la Escolástica; demostrar racionalmente los misterios cristianos (de modo especial a partir de la dialéctica hegeliana); y solventar el conflicto que desde su punto de vista se daba entre la razón y la fe. Pío IX condenó el güntherianismo con el breve *Eximiam suam* (15-VI-1857). Anton Günther aceptó la condena romana, no escribió más, y mantuvo su devoción a la Iglesia y su piedad personal hasta su muerte. No sucedió lo mismo con algunos de sus discípulos que, tras el Concilio Vaticano, se adhirieron al cisma viejo-católico.

*El inicio de la renovación tomista*

Justamente en el documento en que se condenaban las doctrinas de Anton Günther, hizo Pío IX la primera alabanza pública de la restauración tomista. Fue este Papa el primero que en los tiempos modernos reparó en esta necesidad. En la enseñanza de Santo Tomás se inspiró para los actos principales de su magisterio: desde su encíclica inaugural —*Qui pluribus,* 1846— hasta la evidente presencia del Aquinate en las formulaciones dogmáticas del Concilio Vaticano. Pío IX favoreció el renacimiento tomista y entre las órdenes religiosas —principalmente entre los jesuitas y los dominicos— mediante la creación de centros como los Ateneos, Colegios y Academias tomísticos.

*Las relaciones de la Iglesia con los Estados*

La otra gran cuestión con la que, ya en tiempos de Gregorio XVI, hubo de enfrentarse la Iglesia fue la de las relaciones entre la Iglesia y los distintos modelos de Estado. En primer término, con los gobiernos liberales del Occidente europeo. Con ellos se llegó, en líneas generales, a un *modus vivendi,* ocasionalmente perturbado por el intento de completar la obra secularizadora de la desamortización y por los conflictos que comenzó a plantear el tema de la enseñanza. Con los países que en el Este europeo intentaron perpetuar el Antiguo Régimen —Austria, Prusia, Rusia— las relaciones fueron habitualmente tensas, por lo mismo que los monarcas de estos países intentaron mantener un control férreo sobre sus súbditos en todos los ámbitos, también en el religioso. Pero para disponer de un cuadro completo de la vida de la Iglesia en estos años hay que tener en cuenta otras dos posibilidades que también se presentaron: las insurrecciones en nombre de la libertad contra los gobiernos autocráticos —a partir de los ejemplos ya conocidos de Irlanda, Bélgica y Polonia— y las rebeliones autocráticas —intentos más o menos velados de restaurar el Antiguo Régimen— contra los gobiernos liberales, como sucedió por ejemplo en España y Portugal. Cabe añadir una quinta cuestión ya estudiada: los problemas sociopolíticos que se le presentaron al Papa en los Estados Pontificios.

*Las alternativas posibles*

Por todo esto, la Iglesia durante estos años hubo de enfrentarse con una multiplicidad de cuestiones que podrían resumirse así: ¿había de permanecer la Iglesia junto a los gobiernos, en cuanto legítimos, pero que si eran liberales tendían a rechazar los princi-

pios fundamentales de la vida cristiana y, en caso de ser autocráticos, solían impedir la libre acción? ¿O debía alinearse la Iglesia con los rebeldes —tal fue, por ejemplo, el proyecto de Lamennais— que, en muchas ocasiones, se enfrentaban con la autoridad legítima en defensa de los principios cristianos pero con una hipertrofia de la libertad, o con aquellos otros que, partidarios de la estrecha vinculación entre el Trono y el Altar, acababan por ser una rémora considerable en el proceso lógico de autogobierno, temporal y espiritual, de la Iglesia? Frente al doctrinarismo liberal como frente a los distintos doctrinarismos socialistas incipientes, cabría dar también una respuesta doctrinaria: la Iglesia no estaba contra nadie, pues debía estar con todos.

*La Iglesia en la Francia de Luis Felipe*

Como un ejemplo revelador de la actitud seguida por la Iglesia ante los problemas derivados del liberalismo en los tiempos de Gregorio XVI, se puede aludir a cuáles fueron sus relaciones con la monarquía de Luis Felipe. La violenta reacción antirreligiosa que se produjo en la revolución de 1830 volvió a poner en precario los títulos de propiedad territorial de la burguesía francesa que se derivaban en muy buena parte de la desamortización. Esto influyó evidentemente en la prontitud con que se restablecieron las relaciones con la Iglesia. Además la monarquía orleanista tenía prisa por resolver una cuestión de especial interés: la orientación de la enseñanza que debería generar buenos ciudadanos.

*La ley Guizot (1833)*

Los presupuestos liberales moderados sobre los que descansaba esta monarquía hubieran debido, en buena lógica, negar a la Iglesia el derecho a la enseñanza. Sin embargo, bajo Luis Felipe, se llegó a un rápido acuerdo, concretado en la ley Guizot sobre la instrucción pública primaria (28-VI-1833). Se reconoció la enseñanza religiosa obligatoria y se dio plena libertad a las órdenes religiosas dedicadas a la educación primaria. Fue muy comprensible este acuerdo. Para la Iglesia era vital llegar a él por fidelidad a su propia misión. También es comprensible la actitud del Estado. Se trataba, en primer lugar, de evitar un nuevo choque con la Iglesia: la cuestión de los bienes nacionales seguía siendo una pesadilla para los buenos burgueses. Había además una razón eminentemente práctica: el Estado no disponía ni de los profesores necesarios ni de los recursos precisos para hacerse cargo en exclusiva de la instrucción global del país. Pero quizá una tercera razón pudo ser la decisiva: el Estado liberal —muy en la línea del filantropismo volteriano— necesitaba que al pueblo se le predicaran los principios morales, como un medio más de consolidar su paz social.

Las consecuencias de la ley Guizot fueron muy beneficiosas para Francia: aunque la enseñanza no era obligatoria ni gratuita —se pagaba mediante un impuesto municipal, pues corría a cargo de los ayuntamientos mantener las escuelas—, casi se duplicó el alumnado (3,5 millones en 1848, frente a los dos de 1832) y también se incrementó el número de Normales. Este éxito animó al gobierno a enfrentarse con el tema de la enseñanza secundaria, hacia 1836. Pero aquí la oposición católica se planteó con más fuerza. La Iglesia tenía fuertes agravios respecto a la centralizada Universidad napoleónica. Discrepaba del indiferentismo doctrinal que se enseñaba por un profesorado que, en buena parte, se manifestaba personalmente alejado de la fe.

*La reclamación de la libertad de enseñanza*

Charles de Montalembert planteó la batalla reclamando —en buena lógica liberal— la plena libertad de enseñanza. Pero Villemain, ministro de Instrucción Pública en 1841, no estaba dispuesto a concederla. La Universidad debía mantener su monopolio. La polémica sobre la libertad de enseñanza alcanzó un tono muy agresivo. Montalembert, que contó con el apoyo de los viejos amigos menesianos y también con el de los católicos tradicionalistas, como Louis Veuillot (1813-1883), publicó un ardiente manifiesto: *Del deber de los católicos*. Llegó a sugerir la posibilidad de un partido católico, uno de cuyos objetivos sería conseguir el fin del monopolio educativo de la Universidad y, en consecuencia, la libertad de enseñanza. Ante algunas reticencias episcopales que veían en ese posible partido un rebrote del catolicismo liberal, Montalembert constituyó en 1845 el Comité para la defensa de la libertad religiosa. A pesar de su esfuerzo no acabó de cristalizar la oposición católica. Aunque también hay que decir que no se aprobó la ley de enseñanza secundaria. Estos enfrentamientos trajeron consigo que la Iglesia tomara distancias respecto a la monarquía de Luis Felipe. Tanto es así que en las revoluciones de 1848 no se produjo ningún tipo de marejada anticlerical ni antirreligiosa.

Si todo esto no fue lo único que sucedió en estos años —ya se ha aludido en capítulos anteriores a otros temas relativos a la vida de la Iglesia y podría añadirse ahora la aparición de órdenes y congregaciones religiosas que muestran que el XIX no fue en modo alguno un siglo descristianizado— es innegable que fueron todas ellas cuestiones de interés. Acontecimientos paralelos, de origen y signo distintos, que se estudian a continuación, contribuyeron a aumentar la complejidad de una situación ya considerablemente llena de matices.

## 4. La extensión de la revolución industrial

*Un proceso histórico acelerado*

El período histórico estudiado en este Tomo corresponde, con todos los matices cronológicos y de localización geográfica que se considere oportuno hacer, a los años en los que se sitúa el centro de gravedad de la revolución industrial. Se utiliza el término revolución en el sentido que le asignaba Saint-Simon de muchos cambios en poco tiempo. Quizá sea conveniente sustituir la palabra revolución por la expresión *evolución acelerada,* o, incluso, por la de *proceso histórico acelerado.* Este proceso histórico acelerado se produjo en los modos de producción de tal forma que llevó consigo una modificación de gran alcance en las condiciones de vida y trabajo del hombre.

*La aplicación de los inventos*

Si se quiere comprender mejor el proceso histórico que es la revolución industrial, es preciso distinguir entre la invención de máquinas capaces de transformar el mundo y la transformación del mundo por esas máquinas. Entre la aparición de un instrumento y su uso generalizado transcurrieron en algunos casos una, dos o hasta tres generaciones, distancia cronológica capaz de provocar sensibles confusiones históricas. El gran desarrollo industrial que tuvo lugar en algunas naciones, entre 1830 y 1870, se produjo a

partir de presupuestos y técnicas descubiertos en el siglo XVIII, y en algún caso en el XVII. La máquina de vapor había sido ideada por Newcomen en 1711; pero apenas se le pudo hallar aplicación práctica hasta que James Watt (1736-1819), en 1769, le adicionó el condensador independiente. El proceso de mecanización de la industria textil se inició en 1733, pero hasta 1830 no comenzó en Gran Bretaña la era de la plena mecanización. En esta fecha se utilizaron ya sistemas mecánicos muy perfeccionados, tanto para hilar como para tejer.

*La hulla y el hierro*

El desarrollo industrial de la primera mitad del siglo XIX se produjo sobre todo en el campo de la siderurgia por la perfecta utilización de la hulla y el hierro. El alto horno experimentado en el XVIII recibió en el primer tercio del XIX progresivas mejoras técnicas, que aumentaron su capacidad y rendimiento. La aplicación de la hulla, y muy especialmente del cok, mejoró incuestionablemente sus posibilidades, al permitir más elevadas temperaturas con menor cantidad de combustible, y una mayor duración en el proceso de combustión para una determinada cantidad de combustible. El empleo del carbón mineral sustituyó con ventaja a la leña. Todos los altos hornos británicos se alimentaban en 1830 de carbón mineral, mientras que en el continente seguían abundando los de leña. En un proceso que va aproximadamente de 1800 a 1830 se perfeccionó la distribución de carga, el sistema de encendido, y se aumentó su tamaño y capacidad. Hacia 1830 se introdujeron el procedimiento de insuflado de aire y el método de pudelado húmedo de sir James Hall (1761-1832). Hacia 1840 la técnica del alto horno había alcanzado una notable perfección tanto en Gran Bretaña como en Francia. En 1856, Bessemer patentó su convertidor que comenzó a difundirse en torno a 1870. Mayor éxito técnico consiguió aún el complejo de modelos Siemens-Martin, que se empezó a aplicar en la década de los sesenta.

*La navegación a vapor*

La técnica de la fundición, pudelado, preparación y laminación del hierro pasa por ser el símbolo más característico de la revolución industrial, tanto por los capitales invertidos, como por la cantidad de actividades subsidiarias arrastradas por ese sector del desarrollo y por los avances técnicos de todo tipo a los que dio lugar. Resultado de la feliz simbiosis entre carbón y hierro fue el perfeccionamiento de la máquina de vapor, que alcanzó sus usos más notables en la navegación a vapor y en el ferrocarril. La aplicación a la navegación se hizo por primera vez en 1803, por el norteamericano Robert Fulton (1765-1815). Las hazañas del *Sirius,* que cruzó el Atlántico en 18 días, y del *Great Western,* que hizo lo mismo en 15, tuvieron lugar en 1838. Estas marcas no significan en sí nada extraordinario, porque eran igualadas o superadas por los más modernos buques de vela de diez mil toneladas y dieciocho nudos de andar cuando el viento lo permitía. Sin embargo el invento de la hélice (Sauvage y Ericsson) representó un triunfo sensacional para la navegación a vapor al permitir un menor tamaño de la maquinaria, un método de propulsión más rápido y racional y la supresión de los molestos tambores laterales. El *Great Eastern,* barco de vapor puesto en servicio en 1858, era un gigante de dieciocho mil toneladas, que alcanzaba los 13 nudos. Si en 1880 la mitad del tonelaje marítimo del mundo navegaba todavía a vela, el triunfo del vapor estaba asegurado desde mucho tiempo antes.

*La locomotora*

El éxito de la máquina de vapor más reconocido por la opinnión —y probablemente también el más rentable— fue su aplicación al ferrocarril. El tirón que la demanda ferroviaria provocó en las industrias minera y siderúrgica hizo progresar decisivamente a los sectores más representativos de la revolución industrial. La máquina de vapor de alta presión, patentada por Thavistick en 1802, se prestaba especialmente a su aplicación a la locomotora. Por entonces ya funcionaban las primeras máquinas de tracción automotriz en las minas británicas. La primera locomotora propiamente dicha fue patentada por George Stephenson (1781-1848) en 1817, y aplicada en 1825 a la línea Stockton-Darlington, pocos kilómetros de trayecto entre una mina y un puerto. El primer ferrocarril merecedor de tal nombre se inauguró en 1830, y cubría la línea Liverpool-Manchester: un puerto y una importante ciudad industrial separados por 65 kilómetros. La locomotora era un modelo *Rocket* —cohete— fabricado por el hijo de George, Robert Stephenson (1803-1859), que alcanzaba una velocidad de 40 km/hora.

*Los tendidos ferroviarios*

A principios de los años treinta se construyó la línea Londres-Birmingham y en 1840 había ya 3.500 km de vía. Durante el período 1844-1847 el Parlamento británico aprobó 628 concesiones ferroviarias por un total de 13 mil km. En 1850 se habían tendido en Gran Bretaña 10 mil km de ferrocarril (tanto como en España en 1900). El continente marchó un poco a la zaga, pero la fiebre ferroviaria se impuso sobre todo entre los años 1840 y 1850. La *Carta de los caminos de hierro,* norma básica para los tendidos ferroviarios franceses, se publicó en 1842. Las líneas francesas alcanzaban los 2.915 km en 1850, menos de un tercio de las británicas y sólo dos tercios de lo hecho en Alemania, pero por encima del resto de los países europeos. Bélgica fue una nación pionera en los ferrocarriles y el país en que más pronto se cubrieron las necesidades ferroviarias. Alemania comenzó con más lentitud, pero hacia 1860 tenía la red más extensa de Europa. La *Zollverein,* que abarcaba la casi totalidad del territorio alemán desde 1834, fue un acicate para la construcción de ferrocarriles; esta construcción, que obligó a los distintos Estados a ponerse de acuerdo, contribuyó a una colaboración más estrecha. Friedrich List preconizó la unión alemana a partir de una red ferroviaria común. El progreso estadounidense fue espectacular. En 1840 había 4.500 km de ferrocarril; en 1850, 14.500 —más que en Inglaterra—; y en 1860 nada menos que 48 mil. La *Union Central Pacific* comenzó a construirse en 1862 y en 1869 se logró el ansiado objetivo de unir las dos costas continentales. La gran conquista del Oeste era un hecho tangible.

*Revolución industrial y capitalismo*

La revolución industrial fue indisolublemente unida a un fenómeno: la consagración del capitalismo, del "gran capitalismo", en cuanto apoyatura imprescindible del poderoso desarrollo de la técnica y el maquinismo. La mecanización de los transportes y del trabajo supuso un ahorro inmenso de esfuerzos en proporción al rendimiento desarrollado, pero supuso al mismo tiempo un volumen de inversiones como no se había visto hasta entonces en el mundo. No era posible poner en marcha una factoría utillada de centenares de artefactos, o una empresa de ferrocarriles con sus inmensas obras de ingeniería, su tendido viario de centenares de kilómetros, sus locomotoras, vagones y edificios, sin la aportación de enormes masas de capital. Por eso es difícil comprender todo el proceso de la revolución industrial sin los procesos concomitantes del liberalismo económico y el dominio del orden capitalista en el mundo civilizado.

*Las sociedades anónimas*

Muchas empresas fueron factibles tan sólo por la confluencia de capitales diversos en forma de sociedades anónimas o comanditarias. La sociedad anónima, resentida por los quebrantos de fines del siglo XVIII, resurgió casi por necesidad ante las condiciones impuestas por la *railway age;* y aunque las quiebras menudearon por el exceso de competencia y fallos de cálculo, en general resistió bien la fiebre de los nuevos tiempos y se impuso como sistema, después de triunfar en los ferrocarriles, también en numerosas empresas industriales o de servicios. La emisión de acciones o de obligaciones revalorizó el papel de las Bolsas —las viejas de Londres y Amsterdam, pero también las de París, Ginebra, Frankfurt, Viena, Madrid, Nueva York— que se convirtieron en campos de lucha y especulación, en que los valores, movidos por la ley de la oferta y la demanda tanto como por los impulsos personales de los jugadores, subieron o bajaron, de forma brusca e impredecible. La dinámica bursátil de 1840 ó 1850 hubiera parecido alocada a los inversores de hoy, pero fue, con su espíritu de riesgo y su confianza ilimitada en el porvenir, elemento impulsor de primer orden en el proceso de industrialización y tecnificación del mundo.

*El reparto del capital*

Las sociedades por acciones tuvieron la ventaja de aunar esfuerzos y repartir cargas: también en ocasiones de distribuir mejor los beneficios, aparte de estimular el ahorro y encauzarlo en una dirección útil. Especialmente en Gran Bretaña el capital social llegó a estar repartido entre miles e incluso decenas de miles de suscriptores, sin que éste sea el caso general, y sin que los paquetes mayoritarios dejasen de estar en manos de firmas muy concretas que no querían perder el control del negocio. Las sociedades anónimas eran ya frecuentes en Gran Bretaña por 1820, se extendieron ampliamente por Francia y Bélgica tras la revolución de 1830, por Alemania hacia 1840, y por el resto de Europa a partir de 1850.

*La Banca*

Pero el ahorro y la libre concurrencia de particulares, incluyendo algún elemento adinerado, no bastaban con frecuencia para levantar los enormes capitales que eran precisos para poner en marcha las grandes empresas. El recurso al préstamo fue prácticamente obligado, y más que nunca en una época que vivía a expensas de la confianza en su propio futuro. Es así como con harta frecuencia la riqueza virtual, la riqueza que aún no existía, pero se tenía la seguridad de que muy pronto iba a existir, jugó en forma de confianza, de fiducia, de crédito, de aval, un papel que pudo ser en ocasiones más importante o decisivo que la propia riqueza real. Por este mismo exceso de confianza fueron frecuentes, en medio de los triunfos, las quiebras, o las cadenas de quiebras, como las que se registraron en 1847, en 1857 o en 1873. Fue lógico que las necesidades de dinero adelantado y el recurso masivo al futuro modificaran sustancialmente las formas de crédito y su propio volumen, y que el período 1820-1850 presenciara la aparición de la *Haute Banque* en un grado absolutamente inimaginable años antes.

*La concentración bancaria*

En un principio, las entidades de crédito estaban sumamente dispersas, y eran, cada una de por sí, insuficientes para atender las nuevas necesidades. Por ejemplo, en una ciudad mediana como Nevers había 12 bancos, y todavía en provincias los más importantes prestamistas eran los notarios. Pero pronto comenzó a cambiar este panorama. Ya se

ha aludido en el Tomo anterior al proceso tesaurizador de capitales que se dio en Europa occidental durante la etapa deflacionaria de la Restauración. En cuanto la coyuntura insinuó el primer cambio, y comenzó a aconsejar las inversiones, estos capitales acumulados se pusieron en circulación en bien estudiados movimientos. Sirvieron para financiar la revolución industrial, pero también para participar directamente en ella, según lo aconsejara el caso.

Los grandes banqueros prestaron, fiaron, adelantaron, participaron o promovieron directamente, y en cada operación trataron de sacar provecho. No siempre las grandes organizaciones de crédito supieron jugar correctamente las inmensas posibilidades que les ofrecía la coyuntura; la necesidad del riesgo y el mismo espíritu romántico abocaban también a las grandes catástrofes. Prueba de los peligros corridos es que una buena parte de las casas de banca que en 1830 parecían las dueñas del mundo no lograron sobrevivir a 1870, o habían tenido que dejarse absorber por otras sociedades más afortunadas. Pero su papel, en líneas generales, fue inmenso, y desbordó en ocasiones el mundo de la economía, para decidir la suerte de los reyes, de los gobiernos, de los partidos políticos. No hubo imperio político que no se viera obligado a parlamentar, y a veces en condiciones de inferioridad, con los imperios económicos.

*Los Rothschild*

Muchos de estos imperios nacieron del éxito en las finanzas de determinadas familias adineradas —con frecuencia judías— en los que al principio socios y parientes fueron una misma cosa, y que llegaron a extender su zona de influencia por toda Europa. Una de estas familias fue la de los Rothschild, de origen judío-alemán. Anselm Rothschild (1743-1812) nació y se enriqueció en Frankfurt; a su muerte dejó toda una dinastía bien repartida por Europa entera: Anselm (1773-1855) en Frankfurt, donde siguió la casa central; Nathan (1777-1836), en Londres; James (1792-1868), en París; Salomon (1774-1855), en Viena; Karl (1788-1855), en Nápoles: aparte de múltiples representaciones que iban de Madrid a Nueva York. Los Rothschild financiaron, pero también se introdujeron hábilmente en explotaciones ferroviarias, mineras, industriales y comerciales. Llegaron a ostentar títulos de nobleza de varios países, o a actuar como consejeros de distintos monarcas o gobiernos.

*Otros grandes banqueros*

Muy duradera fue también la dinastía fundada por sir Francis Baring (1740-1810), en Londres, que financió el equipamiento industrial de numerosas empresas, colaboró en la construcción de ferrocarriles en Gran Bretaña, y luego pasó a negocios de alcance mundial en ultramar. Los Laffitte, aprovechando las necesidades de los Estados de la Restauración, comenzaron concediendo préstamos a las Haciendas exhaustas, siempre con buenos intereses; influyeron en la política, y hasta patrocinaron revoluciones. En 1825, Jacques Laffitte (1767-1844) fundó la *Société Commanditaire de l'Industrie,* el primer banco industrial propiamente dicho que existió en el mundo y motor fundamental de la revolución industrial francesa a partir de 1830. Su objeto quedó claro en los estatutos fundacionales: "contribuir y participar en el éxito de cualquier empresa, invento o mejora relativa a la agricultura, la industria o el comercio". En 1835 se unió a la *Société Générale* belga, y en 1837 fundaba la *Caisse Générale du Commerce et de l'Industrie,* que realizó las más vastas operaciones.

*La "Société Générale" de Bélgica*

La *Société Générale* fue fundada en Bruselas en 1822, cuando todavía Bélgica y los Países Bajos formaban parte de una sola soberanía. Su objeto fue "favorecer los intereses de la agricultura, de las fábricas y del comercio, y adelantar en cualquier momento, a un interés moderado, las sumas necesarias para alimentar y extender estas ramas importantes de la industria nacional". Como en el país había una aristocracia y una burguesía adineradas, pudo capitalizar abundantes fondos sin dificultad. Cuando Bélgica se independizó en 1830, la *Société Générale* ayudó al naciente Tesoro de la monarquía de los Coburgo, a cambio de las inevitables concesiones. La nueva administración puso en el mismo año 1830 al frente de la empresa a Ferdinand Meeus, un joven abogado y economista de 32 años, audaz e inteligente a un tiempo, que se lanzó a las más ambiciosas aventuras, casi siempre con pleno éxito. Uno de sus principios consistió en aumentar el capital social a base de las más amplias participaciones posibles. Tuvo un papel decisivo

**James Rothschild (1792-1868).** *El punto de arranque de esta familia de judíos alemanes es Meyer Amschel Rothschild (1743-1812), que en 1804 se estableció en Frankfurt y durante las guerras napoleónicas gestionó importantes empréstitos para Dinamarca y prestó grandes servicios al Reino Unido. A su muerte la Banca Rothschild se encontraba ya instalada en las principales capitales europeas, gracias a la actividad de sus cinco hijos, que en 1815 fueron ennoblecidos por el emperador de Austria, Francisco I, y en 1821 creados barones. El mayor, Amschel Meyer (1773-1855), desarrolló el negocio paterno en Frankfurt. El siguiente, Salomon (1774-1855), fundó en 1821 la rama de Viena. Nathan (1777-1836), establecido inicialmente en Manchester (1798), se trasladó a Londres. La base de su fortuna fue la batalla de Waterloo. Gracias a un correo particular de su Banca, se enteró de la derrota del emperador 24 horas antes que el gobierno británico. En el breve intervalo, vendió todas sus propiedades e hizo creer que Napoleón era el victorioso. Provocó el pánico y recompró a la baja. El cuarto Rothschild fue Charles (1788-1855), que se estableció en Nápoles. Y el quinto —el que recoge la cromolitografía de la época— Jacob (1792-1868), que cambió su nombre por el de James. Llegó a París en 1811 con un capital de un millón de francos. En 1817 fundó la rama francesa de la familia que llegaría a ser el centro principal de los negocios familiares. A su muerte se calculó su fortuna en dos mil millones de francos/oro. James Rothschild fue el banquero de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe I. Este último le hizo gran oficial de la Legión de Honor. Su casa de Banca gestionó habitualmente los empréstitos oficiales. Pero su auge corresponde al II Imperio. Del brazo de James Rothschild entró Eugenia de Montijo en el baile de las Tullerías, en enero de 1852, donde conoció al entonces príncipe-presidente de la II República francesa, Luis Napoleón Bonaparte. El hijo de James, Alphonse (1827-1905), desde 1855 regente de la Banca de Francia, obtuvo —asociado a su primo Lionel, hijo de Nathan— unos beneficios de 75 millones de francos por colocar los empréstitos que hubo de hacer el gobierno francés (1871-1872) para pagar la indemnización de guerra a Prusia. El mismo Lionel fue el que adelantó al gobierno británico, que presidía Disraeli, los 99 millones de francos/oro precisos para comprar al jedive Ismail de Egipto sus acciones de la Compañía del canal de Suez (1875).*



en el rapidísimo desarrollo de los ferrocarriles belgas, y más tarde se dedicó fundamentalmente a inversiones industriales. En 1835-1838, en colaboración con James Rothschild, promovió hasta 31 sociedades anónimas, hulleras, metalúrgicas y mecánicas. No tanta fortuna tuvo el Banco de Bélgica, creado en 1835 como entidad no estatal, pero con una estrecha protección del Poder público. Sus estatutos y finalidad eran muy parecidos a los de la *Société Générale,* pero adelantó demasiado dinero a la vez, y quedó casi paralizado pocos años más tarde.

*La Banca, la industria y la felicidad del género humano*

Los hermanos Peréire, Jacob Emile (1800-1875) e Isaac (1806-1880), comenzaron a medrar en París poco más tarde, pero hasta 1852 no establecieron el *Crédit Mobilier,* una de las entidades de crédito más poderosas del mundo, y, junto a la casa Rothschild, de las más activas impulsoras de construcciones ferroviarias. Teóricos de la economía y saintsimonianos ideológicos, estaban convencidos del dogma del progreso necesario e indefinido del mundo, y del papel providencial del capital en la felicidad del género humano. La industria y los ferrocarriles serían la base del nuevo paraíso terrenal. Se especializaron en préstamos a largo plazo, y su emisión de obligaciones aconsejó invertir a muchos ahorradores. Los Peréire llegaron a poseer un inmenso imperio económico, paralelo en cierto modo al de Napoleón III. Financiaron empresas en Francia y en todo el mundo. Gran parte de los ferrocarriles españoles —sobre todo la Compañía del Norte— y los Ferrocarriles Imperiales Otomanos se hicieron con capital de los Peréire.

*La primacía del desarrollo industrial británico*

En lo que respecta al conjunto de la renovación industrial, Gran Bretaña tomó la delantera en Occidente, y fue seguida por la Europa continental; pero este proceso no afectó de momento a toda Europa, sino a su zona noroeste, es decir, la más cercana a las Islas Británicas. Pierre Caron ha precisado que "la Francia del norte y del noreste forma parte, con la región renowestfaliana, Bélgica y Suiza, de un conjunto regional que fue una cabeza de puente a la vez que un enlace para la penetración de las innovaciones insulares". La idea de "conjunto regional" resulta aceptable, y parece útil a la hora de hacer dos precisiones complementarias: una, que ese núcleo industrializador y capitalizador abarca varias naciones a la vez; otra, que en ese "conjunto regional" queda inmersa no la totalidad de esas naciones, excepto el caso de Bélgica, sino el noreste de Francia, el oeste de Alemania, el norte y el oeste de Suiza. Podríamos añadir el sur y centro de Gran Bretaña. Las salpicaduras de la revolución industrial alcanzan, aún antes de 1850, a otras zonas de esos países, e incluso a otros países, como los Países Bajos, España, Austria o Italia: pero en un grado más modesto y menos adecuado para la pretenciosa expresión "revolución industrial". En ninguna de las zonas geográficas anejas al núcleo central en principio mencionado dejó de ser el sector agrícola el más importante del producto interior bruto, y por regla general con gran diferencia, por lo menos hasta 1870.

*La cierta originalidad del proceso continental*

Quizá convenga precisar también que la expresión "cabeza de puente" puede ser aceptada como núcleo de enlace con la más temprana expansión británica, y hasta como zona de recepción de técnicas y capitales procedentes de las islas; pero no parece que la totalidad del proceso de industrialización del continente, que reviste en muchos casos

rasgos autóctonos, pueda ser considerada como simple producto de un "desembarco" de la tecnología y el capital británicos en la Europa continental. Habría que relacionar el hecho también y muy principalmente con la abundancia en esa zona de ricas cuencas hulleras, aparte de la tradición industrial que de antes en ellas existía.

*La industria algodonera*

Los que defienden que la revolución industrial comienza con anterioridad al siglo XIX están pensando, fundamentalmente, en Gran Bretaña. Se entiende mejor esta opinión si se admite que durante el siglo XVIII se produjo una oleada de innovaciones técnicas, cuya generalización en el sentido más amplio —o cuya plena mecanización— fue más tardía. Con todo, las cifras de producción textil, y especialmente en el campo algodonero, aunque no alcanzan volúmenes dignos de compararse con los del siglo XIX, registran ya en el XVIII una secuencia progresiva que tiene mucho de revolucionaria. Tomando como base el año 1700, se tienen las siguientes proporciones en números índice:

| | |
|---|---|
| 1700 — | 100 |
| 1770 — | 400 |
| 1780 — | 2.700 |
| 1790 — | 5.000 |
| 1800 — | 9.500 |

La producción algodonera era, pues, 150 veces mayor en 1820 que en 1700: incremento proporcional que no se registra en el siglo XIX. El salto más impresionante, en verdad sin precedentes, se registra en 1770-1780, con un incremento de la producción de un 675 por 100 en sólo diez años. Unicamente si se tiene en cuenta el nivel francamente bajo del punto de partida, se percibirá que los volúmenes del siglo XIX son realmente mucho más aptos para invadir todos los mercados del mundo y hablar así de una verdadera revolución, que los de la centuria anterior. Aun así, la capacidad productora de la Gran Bretaña en el campo de las cotonerías hacia 1800 era prácticamente incontestable por el resto del mundo: más aún, por supuesto, en 1820, en que se alcanza un índice de 15.000.

*El gran desarrollo*

Sin embargo, es en el decenio 1831-1841 cuando se alcanza en Gran Bretaña *the peak period of growth* por lo que se refiere a la producción algodonera. En 1836, el manual de James Montgomery *The theory and practice of Cotton Spinnining,* recomendando los telares mecánicos, fue al mismo tiempo un cántico y un aliento al progreso. Por todas partes se impusieron las selfactinas, que permitían a un solo hombre, con ayuda de dos o tres aprendices, accionar a la vez 1.600 husos. El número de husos de algodón pasó de 7 millones en 1820 a 20 millones en 1845, y el número de telares mecánicos era de 14 mil en 1820, de 80 mil en 1830 y de 225 mil en 1845 (por el contrario, y esto es igualmente significativo, los telares a mano cayeron de 240 mil en 1825 a 60 mil en 1845: pero esta baja apenas se muestra representativa en el prodigioso aumento del volumen total de producción). En 1870 Gran Bretaña contaría ya con 36,7 millones de husos y 475 mil telares mecánicos. En 1830 había exportado manufacturas de algodón por valor de 19 millones de libras, y en 1870, pese al pleno desarrollo de la competencia

europea y americana, lo hizo por importe de 56 millones. Si la proporción de aumento no supera los cocientes propios del siglo XVIII —cuando es posible establecerlos, porque en punto a mecanización no hay término de comparación posible— las cifras de volumen real representan ahora cantidades aplastantes, y por supuesto no imaginables en el siglo anterior.

*La lana*

Más tardía y menos espectacular fue la revolución en la industria de la lana, en la cual Gran Bretaña poseía una viejísima tradición. En parte por razones de este mismo conservadurismo, en parte por la más fácil adaptación de las técnicas de hilado a las fibras de algodón, la mecanización fue bastante más tardía. En 1835, cuando había 100 mil telares de algodón, sólo existían cinco mil de lana; y en 1850, cuando los algodoneros se acercaban al medio millón, los de lana no pasaban de 45 mil. La mecanización masiva sólo vendría más tarde. De hecho, Gran Bretaña nunca dejó de ser, igualmente, la primera productora de tejidos de lana en el mundo.

*La siderurgia*

En el campo de la siderurgia, aunque ya existía una tradición nada despreciable en la época dieciochesca, los setenta primeros años del siglo XIX representan la edad de oro de las fundiciones británicas, que supuso otra induscutida primacía mundial. A principios de siglo no se extraían en Gran Bretaña más de siete millones de toneladas de carbón al año; en 1820 se llegó a 36 millones; en 1830 a los 40 millones, y en 1870 a los 110 millones. De ellos el consumo maquinista se llevaba una buena parte, incluyendo los ferrocarriles; pero el consumo siderúrgico sufrió también un fuerte incremento, que pasó de 600 mil toneladas en 1820 a 1,2 millones en 1840, y 2,2 millones en 1850: sobre todo si tenemos en cuenta que la industria siderúrgica reclamaba carbones de primera calidad.

*Las mejoras técnicas*

Ya se han apuntado en páginas anteriores las mejoras técnicas de que fueron objeto los altos hornos, desde su adaptación a modelos de grandes dimensiones hasta los sistemas de pudelaje: todas estas mejoras fueron introducidas por técnicos británicos. En el período 1823 el número de altos hornos aumentó en un 73 por 100, y la producción en un 367 por 100: índice claro del aumento de la capacidad de fundición, tanto por el tamaño de las unidades como por la productividad. Así nos explicamos la impresionante serie de producción de arrabio:

| | | |
|---|---|---|
| 1789 — | 70.000 | tons. |
| 1806 — | 160.000 | ” |
| 1830 — | 700.000 | ” |
| 1848 — | 2.000.000 | ” |
| 1870 — | 6.000.000 | ” |

En 1860, cuando en Europa occidental y Estados Unidos la revolución industrial era un hecho consumado, Gran Bretaña seguía produciendo la mitad del hierro fundido del mundo.

*Las explicaciones posibles del desarrollo británico*

El milagro británico admite muchas explicaciones. No hay que despreciar la tradición previa —especialmente la del siglo XVIII— que le permitió llegar a la era de la revolución industrial propiamente dicha mejor preparada que nadie. Tampoco la simbiosis entre fabricantes, técnicos y científicos, que permitió un más rápido proceso desde el momento de la invención al de la aplicación que en otras partes del mundo. La inventiva británica fue de una fertilidad en verdad asombrosa: en el período 1820-1829 se registraron 1.462 patentes; en 1830-1839, 2.542; y en 1840-1849, nada menos que 4.581. Tampoco se ha de olvidar el incremento demográfico, más rápido que en la mayoría de los países del continente, y que llevó a Gran Bretaña de 12 millones de habitantes en 1800 a 20 millones en 1851, con la correspondiente abundancia de una mano de obra que, por consecuencia del liberalismo contractual imperante entonces, tenía que resultar forzosamente barata. O el dominio marítimo de las rutas del mundo, conseguido en Trafalgar e indiscutido hasta 1870 ó 1880, que permitió a los británicos acaparar los mejores mercados —y las mejores fuentes de producción de materias primas— en los cinco continentes.

La Exposición Universal de 1851 fue el auténtico festival del desarrollo británico, de un país que con su inteligencia, su laboriosidad, su fértil iniciativa, sus habilidades —para algunos, también, su falta de escrúpulos en términos generales— se había convertido en "el Taller y el Banco del Mundo". Como comenta P. Caron, "Gran Bretaña propone al mundo entero, en la primera mitad del siglo XIX, un 'modelo' que unos admiran, que otros detestan, pero que todos, en realidad, envidian".

*Los titubeantes inicios de la industrialización francesa*

Francia tuvo que tropezar con mayores dificultades iniciales, y se industrializó con más lentitud, sobre todo en el período 1830-1850: a partir de entonces —sobre todo tras el establecimiento del Segundo Imperio— lo hizo mucho más rápidamente, de modo que el desarrollo en términos generales durante los años 1850-1870 es similar al de los cuarenta años anteriores. El crecimiento medio anual en el período 1810-1851 se estima en un 3,5 por 100 y en el período 1850-1870 en un 5 por 100. T. J. Markovitch da los siguientes números índice para la producción industrial francesa:

| | |
|---|---|
| 1815-1824 | — 16,3 |
| 1825-1834 | — 21,5 |
| 1835-1844 | — 28,5 |
| 1845-1854 | — 33,7 |

En la última entrada se echa de ver el efecto ligeramente ralentizador de la grave crisis de 1847-1848; pero a partir de entonces el proceso se hace más rápido que nunca, y para el decenio siguiente puede evaluarse sin riesgo que el índice alcanzó el valor 50.

*El freno de la ruralización*

El relativamente débil arranque de la industrialización francesa se ha explicado por muchas causas, de las cuales se enumeran aquí las más repetidas. En primer lugar, hay que contar con el trauma casi continuado de las guerras revolucionarias y napoleónicas, entre 1789 y 1815 —que tan bien vinieron a Gran Bretaña— y que no sólo agotaron a Francia, sino que le hicieron perder sus ricos mercados ultramarinos de antaño. Por otra parte, era Francia —salvo el caso excepcional de París— una nación relativamente

poco urbanizada, en que sólo una segunda ciudad, Lyon, alcanzaba los 100 mil habitantes. La tan repetida definición de Francia como "una gran aldea donde viven treinta millones de campesinos franceses" es a todas luces exagerada; pero el panorama no admite, desde luego, comparación con Gran Bretaña. El impulso reformista de la Revolución no vino a alterar esta particularidad, sino en todo caso, lo contrario. Aun sin necesidad de aceptar la discutida tesis de la ruralización de los recursos franceses con motivo de los repartos de tierras, está claro que el país de pequeños o a lo sumo medianos propietarios que resultó del proceso de la Revolución no favoreció el desarrollo de grandes capitales. Salvo excepciones, faltan las concentraciones de dinero a que llegaron con facilidad británicos o belgas, o hasta los mismos alemanes. La Banca estaba muy dispersa, la fuente de los préstamos enormemente diversificada, y la colaboración entre la tecnología y la inversión fue rara, al contrario de lo ocurrido en Gran Bretaña. Los historiadores franceses hacen hincapié en que ello no se debió a falta de excelentes científicos o técnicos, sino a la poca ayuda o incomprensión de que fueron objeto.

*Un utillaje anticuado*

Por eso, aunque Francia llegó a estar relativamente industrializada, el utillaje fue durante mucho tiempo anticuado. Por ejemplo, en 1845 la industria del algodón contaba con 462 máquinas hidráulicas y sólo 243 de vapor, o, en el caso de la seda, 435 hidráulicas por 143 de vapor. Lo mismo puede decirse de la concentración industrial. Para el año citado tenemos la referencia de 74.500 establecimientos con un total de 1,2 millones de obreros, es decir, un promedio de 16 obreros por fábrica: cuando en Gran Bretaña andaban por los 400. Y estos datos se refieren tan sólo a la *Grande Industrie:* es fácilmente imaginable el nivel de fragmentación de la pequeña. Era frecuente todavía por entonces el trabajo repartido por casas, aun dependiendo de un mismo capitalista, o *domestic system.*

*Noreste y norte*

Fue Alsacia la región que más tempranamente recurrió al moderno utillaje y a la concentración de capitales y de centros de trabajo. Hacia 1825 se inició el proceso de mecanización de las manufacturas textiles, aunque todavía en 1830 en Haute-Rin había 55 mil telares a mano y sólo dos mil mecánicos; en 1846, los movidos a mano eran 15 mil y los mecánicos 20 mil con una producción cuatro veces mayor. Por entonces se afirmaba que "la industria alsaciana no tiene nada que envidiar a Inglaterra". En Mulhouse, la compañía Dollfuss-Mieg, por el año 1867, empleaba tres mil obreros. El algodón se trabajaba sobre todo en el departamento del Nord, y en especial en la ciudad de Lille, que contaba en 1833 con 600 mil husos, y se fue desarrollando a partir de entonces con creciente rapidez.

*La seda lionesa*

Más lento fue, por su propia naturaleza, el laboreo de la seda, reservado a un tipo de trabajo artesano de gran calidad y altamente especializado. Lyon siguió siendo el centro sedero por excelencia, de Francia y de toda Europa occidental. El telar de Jacquard fue un invento destinado expresamente a la manufactura sedera, aunque por paradoja acabó imponiéndose con más rapidez en otros ramos textiles. La concentración de las factorías sederas fue efectuándose con cierta lentitud, como lo demuestra el hecho de que

en 1830 hubiera 750 fabricantes y en 1860 unos 450, con un total de obreros sólo un poco mayor.

*El crecimiento de la siderurgia*

La siderurgia tropezó con una dificultad más, como fue la abundancia de fósforo en el mineral de hierro francés, poco aprovechable hasta la generalización del método Thomas. Por otra parte, el carbón que podía extraerse en la parte francesa de la cuenca noreste y en la cuenca central de Saint-Etienne ni resultó suficiente para el consumo interno —en los momentos de mayor impulso siderúrgico Francia necesitó importar casi un tercio del carbón que le era preciso—, ni resultaba tan fácil de reducir a cok como la hulla inglesa. El consumo de carbón pasó de 2,5 millones de toneladas en 1830 a 21,5 millones en 1870, de los que unos 14 se obtenían en la propia Francia.

Antes de la Revolución, las factorías de Le Creusot habían sido el mayor complejo siderúrgico del continente. Durante el período revolucionario aquellas magníficas instalaciones habían quedado paralizadas, y los esfuerzos napoleónicos por relanzarlas habían resultado baldíos. En 1836 la poderosa casa Schneider et Cie. se hizo cargo de Le Creusot, y con ayuda de la banca Seillère logró reconvertir aquel complejo en uno de los principales centros siderúrgicos de Francia. En 1845, Le Creusot-Schneider empleaba seis mil obreros, y 10 mil en 1870, contando por entonces con 15 altos hornos, 160 hornos de cok, 41 hornos de laminado y 85 máquinas de vapor, siendo en conjunto uno de los complejos siderúrgicos más importantes de Europa. También adquirieron gran importancia las factorías metalúrgicas de G. Duffard o el grupo Wendel. A partir de 1840 los Rothschild se dedicaron a promocionar e incluso a intervenir directamente en la industria del metal. En conjunto, los resultados fueron muy notables, sin llegar a niveles tan espectaculares como en Gran Bretaña o en la misma Alemania. En 1830, Francia producía 300 mil toneladas de hierro en lingotes, cantidad que se incrementó a 1,4 millones en 1870.

*Bélgica, a la cabeza del continente*

Bélgica constituye un caso excepcional en el continente. Fue el segundo país de Europa, después de Gran Bretaña, que alcanzó un grado de plena industrialización. La explicación puede estar en su ya antigua tradición industrial (especialmente en el ramo textil), en la existencia de fuertes capitales, bien canalizados por la *Société Générale,* en la ayuda de un Estado que desde la secesión respecto de los Países Bajos, en 1830, vivió pendiente de la prosperidad económica, y a una privilegiada situación en Europa, dotada de excelentes comunicaciones tanto interiores como con el exterior. Muchos autores aluden a la temprana dotación de ferrocarriles, que habrían actuado como elemento impulsor de todo lo demás; si bien es cierto que el desarrollo se manifiesta paralelo en todos los sectores.

*Los textiles*

La industria textil partió de un nivel ya muy aceptable pero experimentó un temprano impulso ya por 1825-1830. Por ejemplo, Gante, la ciudad algodonera por excelencia, contaba con 150 mil husos en 1825 y nada menos que con 280 mil en 1830, al tiempo que se operaba un muy rápido proceso de mecanización. El algodón empleaba por entonces a 20 mil obreros ganteses. La competencia británica, muy fuerte en aquella

zona, fue compensada en parte por el mercado reservado de las Indias orientales neerlandesas. Perdida esta zona de influencia por la escisión estatal de 1830, las cotonerías belgas sufrieron las consecuencias en los años siguientes, pero lograron superar la crisis gracias a un nivel muy alto de competencia en Europa.

La capital de la lana, también con una fuerte tradición en el sector, era Verviers, considerada como el primer centro continental en esta manufactura. Contrariamente a lo ocurrido en otros puntos de Europa —e incluso contrastando con la relativamente lenta mecanización de las lanerías británicas— las innovaciones técnicas fueron aquí continuas, y la máquina de vapor se impuso con rapidez, al mismo tiempo que se desarrollaba el inevitable proceso de concentración fabril. En 1789 habia 150 factorías; en 1810 eran 114, y en 1850 sólo 50: pero su producción era tres o cuatro veces superior.

*El progreso de la metalurgia*

Quizá, sin embargo, el grado más considerable de industrialización en Bélgica se dio en el campo siderúrgico, y en el metalúrgico en general. La existencia de abundantes yacimientos de excelente hulla en la cuenca del Mosa y en el Hainaut fue, desde luego, un factor sumamente favorable en el proceso. En ocasiones, el arranque se hizo con capital británico, pero con una rápida recuperación nacional. En 1805, W. Cockerill y su yerno J. Hodson instalaron en Verviers una fábrica de maquinaria textil y de máquinas de vapor, que inició un desarrollo en cadena en la industria del metal y en la extractiva, singularmente en la región de Lieja. La *Société Générale* tomaría parte activa en el proceso, y en 1829 Hodson montaba el primer alto horno para cok en el continente. En 1860 funcionaban 20 altos hornos en Lieja y 25 en la región de Hainaut, y Bélgica era uno de los países más prósperos y más equilibrados de Europa.

*Los lentos avances de Alemania*

La institución de la *Zollverein,* prácticamente inscrita en el mapa alemán desde 1834, casi permite hablar de un proceso homogéneo, aunque no puede olvidarse que Alemania estaba dividida en múltiples soberanías, y que no siempre las relaciones fueron perfectas. Atendiendo a cifras posteriores, no cabe duda de que el "primer milagro alemán" —excepto por lo que se refiere a los ferrocarriles— se opera a partir de la unificación total, es decir, de 1870. Ello no quiere decir que lo logrado en el período que ahora se comenta fuese despreciable, que no lo fue, y sobre todo en el decenio 1860-1870. En suma, cabe decir que la revolución industrial en Alemania fue relativamente tardía, pero en aceleración, hasta llegar en los estadios finales a un desarrollo espectacular. En 1870 sería Alemania la segunda potencia industrial de Europa y la primera del continente. Dos circunstancias favorables fueron su abundancia en hulla y lignito de excelente calidad —tanto en el Rhur como en Silesia— y un desarrollo demográfico que, al permitir una mano de obra abundante y barata, favoreció la empresa capitalista.

*El algodón*

La manufactura del algodón se había iniciado tímidamente en los tiempos del bloqueo continental y ya no fue abandonada, aunque sus rendimientos fueron por mucho tiempo sensiblemente modestos. La mayor parte de la maquinaria era de movimiento manual y más tarde impulsada por fuerza hidráulica, ya que la introducción de la máquina de vapor fue en este campo tardía y más bien lenta. En 1836 se manejaban en Alemania

unos 625 mil husos; en 1850, en lento crecimiento, habían llegado a 940 mil y sólo desde entonces el progreso se hizo más notable, para llegar a 2,5 millones en 1863. Aun por entonces una buena parte de la maquinaria textil —en Sajonia, Silesia, Renania, Westfalia— era manual.

*El notable crecimiento siderúrgico*

En el campo siderúrgico, el avance fue más notable y más emparentado también con el perfeccionamiento técnico. En 1800 se extraía en Alemania poco más de un millón de toneladas de carbón; en 1820, millón y medio; en 1840, 3,5 millones; en 1855, 16 millones, y en 1870, 37 millones. Un desarrollo en progresión geométrica todavía más espectacular se registra en la fundición de hierro en lingotes:

| | | |
|---|---|---|
| 1820 — | 40.000 | tons. |
| 1840 — | 190.000 | ” |
| 1850 — | 220.000 | ” |
| 1860 — | 500.000 | ” |
| 1870 — | 1.800.000 | ” |

Es impresionante el salto de la última década; pero más aún lo es el experimentado en los años siguientes, ajenos ya al marco cronológico que aquí nos corresponde tratar. En 1837, el 90 % de los hornos eran todavía de carbón vegetal; en 1862, sólo el 25 %. Por 1855 existían 25 altos hornos en la región del Rhur, y otros tantos en Silesia. Un rasgo frecuente en Alemania es la tendencia a la concentración en grandes firmas. Por 1855, cinco grandes empresas producían el 80 % de la fundición del Rhur: la más poderosa de ellas era la *Phönix A. G.* Otras tardaron más en concentrarse, pero al cabo lo consiguieron, o fueron absorbidas por otras más poderosas. Un caso excepcional lo constituye la casa Krupp, que comenzó en 1826 con cuatro obreros; en 1846 tenía 122 operarios; en 1867 llegaba a los 15 mil y con sus 71 mil toneladas de producción anual era ya la primera industria siderúrgica del continente: aunque todavía le faltaba mucho para alcanzar los 70 mil empleados de que dispondría a principios del siglo XX.

En 1870 Alemania era ya una gran potencia industrial; pero sus posibilidades estaban todavía a medio desarrollar: el 64 % de su población pertenecía aún al sector agrícola. El gran salto hasta igualar o incluso superar en determinados campos —tal el siderúrgico— a Gran Bretaña se daría entre 1870 y 1914.

*El fracaso de la industrialización española: la falta de capitales*

En el caso de España, más que de falta de revolución industrial conviene hablar de fracaso en el intento de realizarla. Hay que partir de las duras condiciones en que España comenzó el siglo: destrozada por la guerra napoleónica y perdidas las inmensas posesiones ultramarinas. El país estaba arruinado interiormente. Los apuros del erario obligaron a un fuerte endeudamiento exterior e impulsaron al Estado a una política de recuperación de capitales —enjugar deudas— que condicionó la política económica de los gobiernos y la economía del país. La operación más importante en este sentido, las desamortizaciones (cuyos máximos se registran en 1837-1843 y 1854-1856) supusieron ante todo una operación hacendística y no una reforma agraria. Las tierras de la Iglesia y de los municipios fueron entregadas, mediante subasta, a los particulares más adinerados o provistos de papel de Estado. La propiedad no se distribuyó mejor y el escaso

capital existente se dedicó en su mayor parte a la adquisición de propiedades agrícolas y se retrajo de otras posibles formas de inversión. Se alcanzó una estructura más afincada en el sector primario que la que se prometía en el siglo anterior.

*Las concesiones mineras*

Tuvo, posiblemente, una importancia decisiva la llamada "desamortización del subsuelo". Las necesidades de la Hacienda condujeron a la equivocada política de concesiones mineras a grandes compañías extranjeras. España contaba con los principales yacimientos de Europa en hierro, cobre y mercurio, y otros de considerable importancia en plomo, estaño y zinc. Salvo el hierro que quedó parcialmente en poder de los vascos, aunque fue exportado en su mayor parte, todos los minerales pasaron a manos de compañías británicas, franco-belgas, alemanas, etc. Unicamente el carbón permaneció casi íntegramente bajo el control de capitales y empresas españolas; pero el carbón asturiano —y más el de otras regiones— era de baja calidad y difícilmente coquificable, con lo que el rendimiento de la siderurgia fue bajo. Este hecho, según algunos autores, es suficiente para explicar el fracaso de los intentos de revolución industrial en España.

*Los progresistas y el capital extranjero en los ferrocarriles*

La fuerte depresión económica y las guerras civiles impidieron un temprano impulso en la instalación de ferrocarriles. La política ferroviaria comenzó tímidamente durante la década moderada (1844-1854). Los moderados prefirieron ir despacio y apoyarse en capitales españoles. Los progresistas promulgaron en 1855 dos leyes de gran transcendencia: se dio la máxima libertad a las entidades financieras, aunque estuvieran constituidas por extranjero, y se primó a las compañías constructoras con toda clase de ayudas y exenciones. El ritmo de construcciones se hizo rápido, pero el 85 % de las inversiones ferroviarias se hicieron con capital extranjero, y las grandes compañías foráneas trajeron de fuera hasta la última plancha y el último tornillo; incluso las traviesas de madera fueron importadas. El gobierno moderado de 1865 elaboró una ley proteccionista. Pero, llegó demasiado tarde y la crisis de 1866-1868, junto con el turbulento período revolucionario que siguió, dio al traste con el proteccionismo y los proyectos.

Las manufacturas algodoneras catalanas rindieron resultados más que aceptables en sus intentos industrializadores. Las fábricas catalanas acaparaban en 1860 más de ocho mil de los 14.300 caballos de vapor instalados en España.

*El retraso de la siderurgia*

Tampoco en la siderurgia faltaron intentos industrializadores, aunque no se vieran acompañados por el éxito. España dependió de la hulla británica por falta de carbón de calidad. Sirvan de muestra estas cifras de importaciones:

| | | |
|---|---|---|
| 1838 – | 5.043 | tons. |
| 1860 – | 300.000 | " |
| 1880 – | 1.100.000 | " |

Un industrial malagueño montó en 1832 las primeras factorías siderúrgicas de envergadura que hubo en España, dotadas de altos hornos de excelente calidad pero alimentados con carbón de leña. No había posibilidad de conseguir carbón barato y de calidad. Si Andalucía producía en 1844 el 85 % de hierro colado de todo el país, el cos-

to era muy elevado y la imposibilidad de obtener carbón a bajo precio llevó a un callejón sin salida. En 1868 Andalucía producía sólo el 5 % del hierro colado de España. De 1848 a 1868 se había elevado la siderurgia asturiana, donde el carbón era barato aunque de baja calidad. El primer alto horno se instaló en Mieres en 1848. La producción se sextuplicó entre 1857 y 1862, mientras caía verticalmente la andaluza. Pero como no había pedidos de las compañías ferroviarias, la industria siderúrgica de Asturias no pudo alcanzar un gran nivel de producción. Desde la crisis de 1866-1868 el complejo de La Felguera vegetó, y acabó siendo superado en el último cuarto de siglo por la siderurgia vizcaína, que gozaba de la ventaja de poder exportar a Gran Bretaña notables cantidades de mineral de hierro, e importar carbón de Cardiff en el flete de retorno. El primer alto horno vasco se montó en 1849, y el primero de cok en 1865, pero el desarrollo de la siderurgia vizcaína fue posterior a la segunda guerra carlista, terminada en 1878. A pesar de su alto nivel, ya era demasiado tarde para que España pudiese tomar, con todas sus consecuencias, el tren de la revolución industrial.

## 5. Los cambios económicos y los proyectos sociales

*La Restauración de los ilustrados*

El intento de restauración que vivió Europa desde el final de las guerras del Imperio supuso el abandono por buena parte de sus dirigentes de los planteamientos racionalistas y radicales que habían sido el núcleo de la Revolución en Francia. Es cierto que a la victoria militar no correspondió una similar victoria sobre las ideas revolucionarias: la Restauración careció de un sistema de ideas adecuado a la gravedad del momento. Más aún: muchas de las ideas decisivas de la Ilustración fueron asimiladas por los restauradores —a pesar de los intentos en contrario de tradicionalistas o legitimistas—, bien por inadvertencia, bien por convicción. En este sentido, las revoluciones de 1830 marcaron —al menos en Francia— el intento deliberado de reanudar el proceso que se quebró en los años inmediatamente siguientes al 89, por un vértigo de radicalismo. Frente a esto se procuraron tomar precauciones. Tal fue la razón del sufragio censitario que redujo a un pequeño número de ciudadanos la posibilidad de intervenir en la dirección del Estado. Se quiso evitar por todos los medios la presión —o el posible dominio— de unas masas que se habían mostrado incontrolables.

*La revolución industrial y las masas*

Pero en el siglo XVIII había tenido lugar otro cambio importante cuyas consecuencias —inicialmente casi restringidas a Gran Bretaña— comenzaron a hacerse notar en el continente en coincidencia con los intentos de restauración ideológica. Ya se ha expuesto en el apartado anterior cómo se extendió la revolución industrial. También se ha apuntado ya la debilidad íntima del intento de restaurar un Antiguo Régimen que había sido desposeído de su piedra angular: una común religión dentro de cada Estado que sostuviera el delicado entramado de derechos y obligaciones históricos, característicos de esta determinada estructura social. Pero, incluso dejando de lado la eliminación de punto tan capital, fue otra dimensión esencial del Antiguo Régimen la que —en este caso, de forma no deliberada— habría de resultar alterada por los mismos años en que se asegu-

raba oficialmente el intento de restaurarlo. El Antiguo Régimen descansaba sobre una sociedad agraria, en donde era lógicamente decisiva la propiedad territorial. En el Antiguo Régimen, por ésta su misma estructura histórica, no hubo masas, salvo en los casos excepcionales de algunas ciudades europeas populosas, como fue el caso de París. Estas masas, peligrosas para la estabilidad de las nuevas organizaciones estatales restauradas, resultaron generadas precisamente como una consecuencia no buscada de la revolución industrial. Todo lo cual produjo la paradoja no pequeña –y, a la larga, de imposible solución– de un liberalismo que quiso ser moderado en el orden político, a fin de evitar que el Poder se escapara de sus manos, pero que en el orden económico no se impuso límite alguno. Si es verdad que por estos años la actividad artesanal fue aún considerable en Europa, no lo es menos que el sentido del progreso económico se inclinó abiertamente por el desarrollo de la industria.

*La aparición de las luchas sociales*

Con palabras distintas se puede expresar la misma idea diciendo que se quiso aunar el progreso político con la inmovilidad de la nueva organización de la sociedad. Se buscó con ahínco la inmutabilidad –al estilo del Antiguo Régimen– de la nueva estructura social que era resultado de los cambios sustanciales introducidos en el Antiguo Régimen. La consecuencia inmediata fue la aparición de las luchas sociales, algo en principio teóricamente incongruente con la contextura liberal.

*El liberalismo económico y sus consecuencias*

No deja de ser interesante subrayar que para la mayor parte de los dirigentes de las sociedades europeas de la primera mitad del XIX el liberalismo fue sobre todo liberalismo económico o economía liberal. Los dos conceptos se presentaron estrechamente unidos. Sin desconocer que para muchos el liberalismo apareció como una exaltación de la libertad frente al mundo en exceso reglado del Antiguo Régimen –y no es del caso ahora que tuvieran razón o no en su apreciación–, para los más el liberalismo fue interpretado y vivido como la eliminación de las normas que venían regulando una actividad económica que no había logrado dar la adecuada satisfacción a las necesidades materiales de los hombres. En un mundo en el que la fe religiosa, por razones diversas, se encontraba en quiebra precisamente en esos sectores dirigentes, pareció solución adecuada –corroborada, por lo demás, por el avance prodigioso de Gran Bretaña– poder disponer de una plena libertad en las relaciones económicas, capaz en apariencia de dar respuesta a todas las necesidades. Al menos tendencialmente, el liberalismo económico –que supo tallarse el instrumento eficaz de la industrialización– fue siempre universalista: aspiró al libre cambio. Incluso el proteccionismo no fue sino un librecambio reducido al ámbito nacional. Y siempre con pretensiones de que ese proteccionismo permitiera salir a la industria nacional a mercados más dilatados, al mundo entero si fuera posible. No fue esto sino la consecuencia práctica de la aplicación de la ley básica del liberalismo económico: la ley de la oferta y la demanda. El librecambio la extendió al mundo entero. El proteccionismo la restringió a cada país. En cada empresa, en cada industria, la aplicación de esta ley supuso el juego libre de los salarios, de las formas de contratación, etc. La consecuencia fue una profunda injusticia sólo paliada, en unos, por la vaga esperanza de que al final –un final un tanto impreciso– todo se armonizaría; en otros, quizá ni apreciada a causa del egoísmo que el planteamiento de la economía liberal presentaba como motor de todo el proceso.

*La doble opresión de los obreros*

El nuevo grupo social formado por los obreros industriales —algo en sí mismo ni malo ni bueno, pero de existencia innegable— se encontró doblemente apresado. El liberalismo moderado, por un lado, le impedía —a través del control del sufragio— influir sobre la sociedad. Por otro, la aplicación estricta de los principios de la economía liberal remitía *ad kalendas graecas* la tan pregonada armonía social. En las sociedades industriales más avanzadas —tal fue, por ejemplo, la evolución de Gran Bretaña— los obreros intentaron, de forma sucesiva, los dos métodos de acción: en el plano político a través de la alianza con los grupos más radicales o más conscientes. En el orden estrictamente laboral —cuando falló la vía política—, mediante organizaciones de clase y con el recurso a la huelga, etc.

*Los pensadores sociales*

En la primera mitad del XIX, y salvo contadas ocasiones, la crítica de la situación nueva producida por la revolución industrial no estuvo a cargo habitualmente de los trabajadores. Fue más bien obra de pensadores con un contacto tan sólo relativo con el mundo de la industria. Junto a los partidarios a ultranza del orden conseguido —tanto en el plano político como en el de las relaciones laborales— para los que los trabajadores que se defendían de las duras condiciones en que tenía que desarrollarse su vida fueron con frecuencia equiparados a bandidos de derecho común, las dos líneas por donde se planteó el cambio posible fueron o bien a través de la mejora de las formas externas de la vida obrera, o bien a través de una reforma profunda de la estructura social, entendida como prolongación y acabamiento de los principios que, por un tiempo, se habían logrado imponer a finales del siglo anterior. Si los liberales moderados se propusieron volver a 1791, los radicales desearon regresar a 1793. Las revoluciones sociales, algo por entero distinto a lo hasta por el momento apuntado, sólo encontrarían su hora pasado ya el filo del medio siglo. Tiempo habrá de ocuparse de ellas.

*Una nueva esclavitud*

La incorporación de los obreros industriales a la sociedad existente se hizo en condiciones particularmente ingratas pues, ante el deseo patronal de mayores beneficios, hubieron pronto de sufrir disminución de salarios y aumento de las horas de trabajo. La defensa frente a estos excesos fue prácticamente inexistente: la mano de obra era abundante; no había lugar para imponer condiciones. Los hombres que se integraron en la industria lo hicieron en condiciones muy similares a la esclavitud, precisamente en unos momentos en que se iniciaba el proceso de liquidación de la trata de negros. Si ya en el Congreso de Viena había sido condenada la esclavitud, el primer golpe decisivo se dio en 1833 cuando quedó abolida en todas las colonias británicas. A partir de 1841 las cinco grandes potencias —Gran Bretaña, Francia, Austria, Prusia y Rusia— se otorgaron el derecho de visita sobre presuntos navíos negreros. Puede decirse que, en torno a 1870, la esclavitud dejó de existir aunque, como en el caso de Brasil, persistieron hasta 1888.

No hay que olvidar, sin embargo, que en muchos casos la eliminación de la esclavitud —y algo similar sucedió con el fin de la servidumbre en Europa oriental por estos mismos años— no obedeció a razones religiosas o humanitarias sino al mayor rendimiento del trabajo asalariado, especialmente si se le lograba mantener en las duras condiciones de la época.

*Las condiciones del trabajo*

Las jornadas de trabajo oscilaban entre las 13 y 14 horas; los locales eran habitualmente malsanos; las retribuciones, por lo común más bajas que el nivel medio de la vida. Esto último obligaba a que en el trabajo industrial participaran mujeres y niños; no existía ninguna ley de previsión social. Pero más irritante aún resultaba la condición anímica a la que se encontraron sometidos los primeros obreros: el trabajo se convirtió para ellos en algo maldito; mera ocupación material que agotaba y permitía tan sólo malvivir. La empresa, en esta perspectiva, se convirtió en algo íntimamente hostil. Cierto es que, en otros aspectos, algo mejoró la situación de aquella masa de artesanos despojados y campesinos empobrecidos: en el alimento, quizá también en el vestido y en el mismo índice de mortalidad, en constante descenso a lo largo del siglo; la población total europea pasó de 188 millones, en 1800, a 267 en 1840 y 308, en 1870. Pero a través del hacinamiento en los barrios industriales, consecuencia de la afluencia a las ciudades la aparición de los obreros de la industria vino a marcar una verdadera crisis de civilización.

*Los primeros conflictos laborales en Gran Bretaña*

En Gran Bretaña, la formación de núcleos industriales, hacia 1760, coincidió con los primeros conflictos laborales. Fueron huelgas violentas, sin organización sindical de ningún tipo: levantamientos provocados por el hambre y la opresión. En las dos últimas décadas del siglo XVIII comenzaron a revigorizarse unas antiguas instituciones británicas —las *Trade Unions*— a las que la afluencia de obreros industriales dotó de un nuevo carácter. Las tensiones a que dieron lugar provocaron la aprobación de la ley de 1799 que prohibió cualquier intento de asociación en busca de un incremento de salario o de reducir las horas de trabajo. La aplicación de esta ley produjo fuertes protestas, hasta el punto de que tuvo que ser sustituida, en 1800, por la llamada ley de asociaciones. Su contenido, sin embargo, fue muy similar a la anterior: las coaliciones obreras fueron prohibidas y las asociaciones quedaron fuera de la ley. Se las pudo perseguir, no en nombre del Estado, sino en cuanto suponían un desafío a los patronos.

*"Tories" y "whigs"*

Esta legislación laboral restrictiva, rechazada por los obreros que se sometieron a la fuerza, trajo también consigo un nuevo motivo de división entre los partidos políticos. Para los *tories* la culpa la tenía la nueva burguesía industrial que explotaba a los obreros. Se llegó así a la curiosa alianza de los obreros revolucionarios y los conservadores británicos, unidos en un común rechazo del proceso industrializador. Los *whigs* por su parte entendieron que todo el malestar residía en el elevado precio del trigo, que producía el encarecimiento general de las subsistencias. Dentro de los liberales apareció un ala radical —demócratas inspirados en los principios de la Revolución francesa— cuyo objetivo fue la reforma del sufragio, a fin de desbancar a los *tories* y llevar la economía de las islas al pleno librecambio. Lo lograrían a partir de 1832.

*La libertad de asociación*

Al compás de la favorable coyuntura económica de los años veinte aflojó un tanto la presión patronal. En 1823, una campaña perseverante llevada a cabo por discípulos de James Mill consiguió que el Parlamento aprobara la libertad de asociación. Aparecieron de inmediato muchas asociaciones obreras, hasta el momento clandestinas. Tantas que

los patronos intentaron la revocación del acuerdo. Pero el Parlamento ratificó la libertad promulgada. El inicio de una nueva recesión económica, en torno a 1826, llevó a que el mundo obrero abandonara provisionalmente los objetivos estrictamente económicos —libertad de asociación y aumento de salarios— y se asomara a la política: las reformas sólo llegarían con la conquista del sufragio. En este movimiento obrero confluyeron muy distintas corrientes. Una de ellas fue la representada por Robert Owen (1771-1858), industrial y uno de los primeros pensadores sociales.

*Las críticas a la economía liberal*

Antes de Owen, y en relación lógica con los primeros economistas, aparecieron en Gran Bretaña críticos de las soluciones dadas por éstos. Tal es el caso de William Godwin (1756-1836), autor de la *Encuesta respecto a la justicia social* (1793) que Malthus intentó refutar en su obra famosa. O el agudo William Thompson (1785-1833) que en su *Investigación de los principios de distribución de las riquezas* (1824) analizó el fenómeno de la plusvalía. Marx utilizó a Thompson en los trabajos de investigación económica que realizó en Londres, después de 1850. Pero quizá el más conocido de estos primeros pensadores sociales sea Robert Owen, por lo mismo que añadió a sus libros el intento de poner en práctica sus ideas en colonias modelo establecidas en Gran Bretaña y Estados Unidos.

*El reformismo de Robert Owen*

Owen no fue un revolucionario, sino un reformista. Tanto su pensamiento como sus experimentos sociales se orientaron hacia un desarrollo de la producción que asegurara un mayor bienestar a los trabajadores. Otro punto capital de su pensamiento fue el rechazo del maquinismo. Como otros muchos de los pensadores sociales de esta primera época, en Owen se presenta un vago anhelo de un Antiguo Régimen, muy conectado con la tierra, y poseedor de un orden interno que la revolución industrial había alterado dolorosamente. Es curioso observar que estos primeros pensadores sociales —Owen, Saint-Simon, Fourier, etc—, al igual que había sucedido durante la Revolución francesa con Babeuf, Buonarroti y su "conspiración de los iguales", estimaron que la culpa de las alteraciones sociales la tenía el único elemento neutro, aséptico y positivo que se contenía en la revolución industrial: la máquina. La constatación de este simple hecho hace que su perspicacia quede un tanto en entredicho.

*Las colonias industriales modélicas*

Rechazo del maquinismo, vuelta a la agricultura, nostalgia del Antiguo Régimen y afán de reforma moral son características comunes que seguirán estando presentes en los pensadores sociales, británicos o franceses, por lo menos hasta la mitad del siglo XIX. En el caso de Owen el deseo de reforma moral se conectó estrechamente con su idea de que el hombre dependía por completo del medio social. Había que empezar por cambiar ese medio para conseguir el cambio del hombre. A esto se entregó Owen en su fábrica modelo de Mid Lanark, en Escocia, y luego en la nueva colonia industrial también modélica —*New Harmony*— que puso en marcha en Norteamérica. Los dos intentos fueron otros tantos fracasos. Robert Owen volvió a Europa y apoyó a los radicales en la campaña que éstos realizaron en pro de la ampliación del sufragio. En 1832 se aprobó la reforma electoral que ampliaba el número de electores a 400 mil personas en todas

las islas. El obrero fue proclamado no elegible. Dos leyes votadas a continuación (1833 y 1835) retocaron el sistema, que supuso el paso del gobierno del país de manos de la aristocracia terrateniente a unos nuevos cuerpos de representantes abiertos a las clases medias.

*La "Poor Law"*

Las primeras asociaciones obreras británicas se constituyeron por estos mismos años: *General Labour Union,* en 1833, y *Grand National Consolidated Trade Union.* En la formación de esta última intervino Owen. Las asociaciones se tuvieron que enfrentar con el conflicto derivado de la aprobación parlamentaria de la *Poor Law.* Hasta el momento, tanto los pobres auténticos como los obreros que ganaban un jornal insuficiente a juicio del juez de paz, debían ser sostenidos por la parroquia (circunscripción administrativa británica). La nueva ley, para eliminar un pauperismo profesional, traspasó la responsabilidad a un organismo nacional, el *Board of Guardians.* Este levantó en todo el país las *Work-houses,* donde se acogía a los pobres, se les alimentaba y se les obligaba a trabajar, con una disciplina muy dura y salarios inferiores a los del obrero peor retribuido de la región. Es el mundo de Oliver Twist.

*La pobreza, como crimen*

La ley se aprobó con el apoyo de los radicales y los propietarios. Estos no querían pagar a la parroquia. Los radicales, que aborrecían la mendicidad, entendían que el trabajo duro era lo único que ennoblecía al hombre. Con Malthus y Ricardo pensaban que la mendicidad era una consecuencia de la superpoblación. No había que ayudar a los necesitados, a fin de incitarles a trabajar y a que tuviesen menos hijos. La oposición a la ley recayó en los *tories* y en las asociaciones obreras recién creadas.

*La grave agitación social británica*

Las dos *Unions* trataron de oponerse a la aplicación de la *Poor Law.* Detenidos sus dirigentes, se declaró la huelga. Los adherentes sumaban casi medio millón. Pero mal organizadas, sin contar con fondos de resistencia, acabaron por desplomarse. La política económica juiciosa de las *Trade Unions* posteriores a 1850 hace olvidar a veces la agitación social grave en que vivió Gran Bretaña entre 1830 y 1850. El hundimiento de las *Unions* produjo la aparición de un movimiento obrero puramente político, cuyos dirigentes fueron hombres como Bronterre O'Brien, Lovett, Feargus y O'Connor. Este movimiento, cuyo núcleo estuvo en la *Workingmen's Association* formada en Londres en 1836, redactó y presentó al Parlamento (8-V-1838) la *People's Charter* (la Carta del Pueblo, como recuerdo de la Carta Magna que en el siglo XIII había permitido a la aristocracia inglesa limitar las prerrogativas regias). Este fue el llamado cartismo.

*La "People's Charter" y el fin del movimiento*

Sus peticiones eran las siguientes: sufragio universal; voto secreto; reunión anual del Parlamento; reparto más justo de las circunscripciones electorales; concesión de dietas a los diputados (a fin de que los posibles representantes obreros pudieran sostenerse); aumento de salarios; y reforma de la *Poor Law.* El gobierno *whig* se negó a escuchar tales peticiones. Al mismo tiempo, en el norte de Inglaterra, apareció un nuevo movimiento obrero, más miserable que la *Association* londinense, y que reclamaba el sufra-

gio universal como medio para una transformación social completa. Ambos movimientos se reunieron en una convención en 1839. Entonces intervino el gobierno. Detuvo a los dirigentes obreros y los deportó a Australia. Los movimientos, sin cabezas, se hundieron. Tan sólo en 1848, y al calor de la general revolución europea, se intentó una resurrección del cartismo. No consiguieron nada. El primer movimiento obrero en Gran Bretaña, en el que habían coincidido la rebelión sentimental conservadora contra la gran industria y el esfuerzo de los trabajadores, desapareció. A partir de mediados de siglo, el auge económico invitaría a los obreros británicos a volver a las simples reclamaciones económicas.

*Las cooperativas y la primera legislación laboral*

Algo, sin embargo, se había conseguido. Se habían puesto en marcha, aunque no con facilidad, las cooperativas que tanta eficacia habrían de tener, en una línea no revolucionaria, para la dignificación obrera. Se habían conseguido las primeras leyes protectoras del trabajo: la jornada laboral quedó limitada, en 1833, a nueve horas para los menores de 13 años y 12, para los menores de 18. En 1845 se fijó la jornada legal de trabajo para los adultos en diez horas. Una ley de 1844 protegió el trabajo femenino. Con su participación en la revolución industrial las mujeres habían iniciado un movimiento de independencia respecto a los hombres. Y con la instalación de fábricas en las ciudades se había suavizado un tanto la dependencia del obrero respecto al patrono; pero especialmente se comenzó a hacer presente la espantosa miseria obrera que, en buena parte, había permitido lanzar la revolución industrial. Se pudo empezar a hablar de asociaciones o sindicatos, y a contar con la opinión pública (las confesiones religiosas y la prensa) en la lucha contra los abusos de unos patronos imbuidos de liberalismo individualista.

*Las teorías sociales continentales*

El contraste de los ambientes continentales con el mundo laboral británico fue muy acentuado. La existencia aquí de núcleos obreros reales, con problemas concretos por resolver, ayudó a que el pensamiento social discurriera por cauces más pragmáticos. No se elaboraron complejas teorías; se buscaron resultados asequibles. En Francia las cosas fueron muy distintas. Los primeros proyectos de una nueva sociedad aparecieron al filo del pensamiento ilustrado o de las elucubraciones revolucionarias.

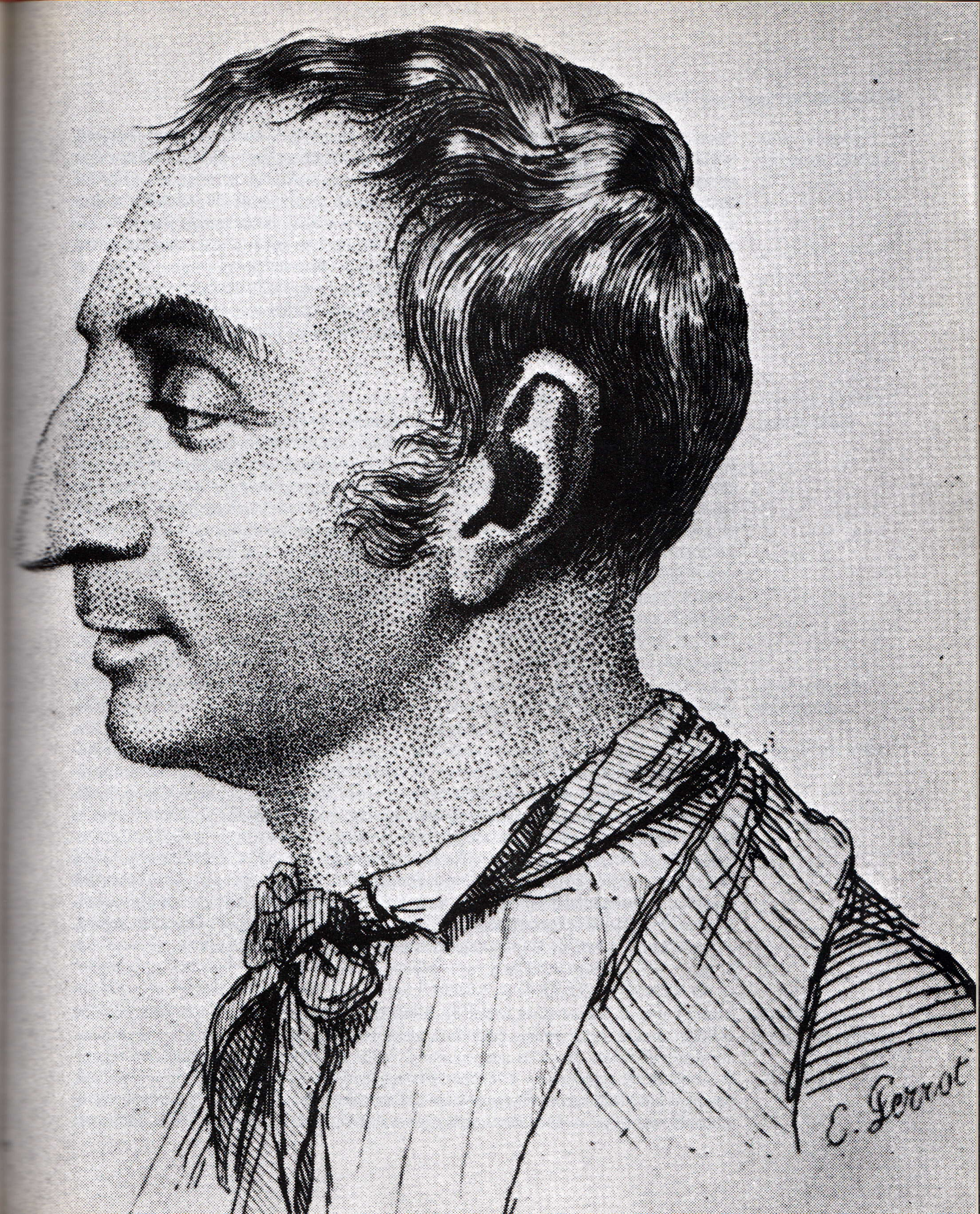
*El liberalismo contra el asociacionismo*

Dos elementos influyeron en el retraso de los movimientos sociales franceses: la lentitud con que se inició la revolución industrial, y la fuerte legislación represiva contra el asociacionismo, tal como se hizo patente en la ley Le Chapelier (1791) o en los artículos del Código civil napoleónico. Tan sólo a partir de 1830 comenzaron a aparecer algunas sociedades obreras de socorros mutuos que, en determinados momentos, llegaron a transformarse en sociedades de resistencia. Fue por entonces cuando comenzó a emplearse la palabra "socialismo". "Proletario" se escribió por primera vez, en el sentido que luego tendría en Marx, en 1817. Pero incluso en los años de Luis Felipe más debe hablarse aún de artesanos que de verdaderos obreros industriales. Por lo demás, en este período la lucha obrera no mantuvo unos objetivos específicos sino un enfrentamiento generalizado contra el orleanismo, a partir de una cándida fe republicana que les situaba codo a codo con la pequeña burguesía o burguesía radical.

*La renovación de la tradición revolucionaria*

Estos años, sin embargo, ofrecieron una gama relativamente amplia de pensadores sociales. Fue posiblemente aquí donde se refugió la tradición revolucionaria francesa, aplastada por los intentos restauradores o por los simples objetivos de volver al liberalismo templado de 1791. A partir de una común visión materialista —que podía coexistir con vagos y fantásticos sentimientos de religiosidad— la nueva forma de producir se convirtió en pieza clave de los proyectos sociales. La sociedad debería estructurarse sobre el hombre nuevo que era el trabajador industrial. Sin embargo, no hay que pensar que se pueda encontrar en los pensadores sociales de los años de la Restauración o de la monarquía orleanista sistemas plenamente coherentes, por más que muy en líneas generales respondan a lo apuntado: junto a aspectos vistos con claridad, e incluso con una cierta profundidad, lo que abundan en ellos son las soluciones descabelladas que, en más de un caso, hacen dudar del estado de la mente de estos hombres.

**Claude-Henri de Rouvray, conde de Saint-Simon (1760-1825).** *Frente al radical pragmatismo de, por ejemplo, los Rothschild, la ideología liberal provocó en el siglo XIX otra línea algo distinta de hombres: la de los no menos radicales arbitristas y soñadores sociales, encabezados por Saint-Simon. Nacido en París el 17 de octubre de 1760, ingresó en el ejército en 1777 y tomó parte de la guerra de Independencia americana (1779-1783). Vinculado desde el primer momento a la revolución, abandonó su título nobiliario y se aplicó a reconstruir su fortuna —lo que consiguió— mediante la especulación con bienes nacionales. Encarcelado durante el Terror, su prodigalidad le llevó a arruinarse por los tiempos del Directorio. En 1800, a los cuarenta años, decidió reanudar su formación y asistió a algunos cursos en las Escuelas de Medicina y Politécnica. Cinco años más tarde hubo de acogerse a la protección de Diard, un antiguo criado de su familia, dada la miseria absoluta en la que se encontraba; y a su sombra se mantuvo hasta la muerte de Diard, en 1810. Luego Saint-Simon vivió de las subvenciones que lograba de sus amigos banqueros e industriales. En marzo de 1823, desesperado, intentó suicidarse. Fue uno de sus admiradores, el banquero Olinde Rodrigues, el que le salvó y protegió generosamente hasta su muerte, el 19 de mayo de 1825. La idea central de Saint-Simon durante estos duros años fue lograr poner fin a la crisis revolucionaria mediante la restauración de un orden social que debería descansar sobre la ciencia y la industria. Si en sus primeros trabajos (1802-1808), Saint-Simon se propuso reemplazar los dogmas religiosos por una síntesis científica fundada en la ley de gravitación universal, pronto pasó de la filosofía científica a la filosofía de la historia. En 1814 se apasionó por el problema industrial. En los últimos años de su vida centró todo su esfuerzo en la elaboración de una nueva religión universal. A su muerte, la dirección de la iglesia saint-simoniana quedó en manos de sus discípulos hasta su desaparición, en 1832. Saint-simonianos destacados fueron Auguste Comte y Augustin Thierry —ambos secretarios del maestro— y otros que llegaron a triunfar en las finanzas y en la técnica: los banqueros Olinde y Eugène Rodrigues, los también banqueros hermanos Peréire, Buchez, Hyppolite Taine, Ferdinand de Lesseps, etc.*



*La intervención contra el desorden*

Pero —al margen del rechazo del maquinismo, del intento de volver a la tierra, de la nostalgia del Antigio Régimen, rasgos ya todos ellos subrayados— hay que añadir dos notas más de interés. En primer término tuvieron el mérito de percibir, en medio de todas sus confusiones considerables, que se estaba en presencia de un problema, de una cuestión a resolver. No era admisible —pensaron— una actitud meramente pasiva: habia que intervenir. Y, en segundo lugar, que esa intervención deberia tener como objetivo poner orden en la profunda confusión que en los hombres y en los conjuntos sociales habia introducido el individualismo liberal. Que a veces este afán de orden se confundiera con el autoritarismo extremado hace que en muchos casos sus soluciones fueran tan malas como la situación que trataban de remediar. Pero su interés mayor reside en que advirtieron el desorden y lo denunciaron.

*Saint-Simon*

Desde un punto de vista cronológico, el primero de estos pensadores sociales fue Claude-Henry de Rouvray, conde de Saint-Simon (1760-1825). Descendiente —según él— de Carlomagno que —también según él— se le apareció en una visión, Saint-Simon se sintió desde muy joven destinado a una gran empresa, aunque no supo durante mucho tiempo a cuál, hasta que cayó en la cuenta de que era la reforma de la sociedad. A la vista de sus escritos —que son abundantes y entre los que destacan el *Catecismo de los industriales* (1823-1824), algunas de cuyas partes son de su discípulo Comte, y el *Nuevo Cristianismo* (1825)— se observa en Saint-Simon una cierta megalomanía que le condujo casi inevitablemente a ser fundamentalmente un autor de programas, más que de soluciones prácticas y puntuales.

*El moralismo naturalista*

Saint-Simon fue más un filósofo que un economista, considerablemente influido por la idea de progreso, tan característica de los ilustrados del XVIII. Creyó en la perfectibilidad humana; aunque profesó la necesidad de introducir el método científico en el estudio de las circunstancias sociales, el problema social siguió estando, a su juicio, dominado por el problema moral y, éste, por el problema religioso. Al igual que su contemporáneo Jeremy Bentham, de forma similar a su sucesor Charles Fourier, Saint-Simon declaró la guerra al ascetismo cristiano. Basó su moral en la rehabilitación de la carne, la legitimidad de la persecución de los goces terrenales, y la apología de la riqueza y el bienestar. Pero entendió que no se podía abandonar a los caprichos individuales la nueva organización. Todo lo que concedió al individualismo lo compensó con un rígido orden social; a fin de impulsar el progreso, que se había de conseguir mediante la industrialización, el Poder debía ser entregado a los industriales y los sabios. Saint-Simon fue rigurosamente antidemócrata: sólo los elegidos podían aspirar al gobierno.

*Autoritarismo y lucha de clases*

Saint-Simon no parece nada socialista, a diferencia de sus discípulos que dedujeron de sus doctrinas todo un sistema cuidadosamente programado. Las dos grandes aportaciones de Saint-Simon fueron el autoritarismo —sería la autoridad la encargada de organizar la sociedad económica— y la idea de la oposición de clases: por un lado los ociosos, por otro los productores. Por entender que la clase primera venía engendrada por la herencia, consideró a ésta una institución funesta y abogó porque fuera el Estado el

heredero único de los capitales y el encargado de distribuirlos entre los más aptos y mejores. Su regla de producción fue "a cada cual según su capacidad"; su regla de distribución, "a cada capacidad según su labor". En el fondo, el saint-simonismo fue un industrialismo a ultranza. No es de extrañar que entre sus seguidores se encontraran tantos que llegarían a ser importantes hombres de negocios, ingenieros, banqueros, especuladores, constructores de canales y ferrocarriles, etc., con nombres como Comte, Lesseps —el constructor del canal de Suez—, Saint-Beuve, Enfantin —director de ferrocarriles—, los hermanos Peréire —fundadores de una importante institución de crédito, el *Crédit Mobilier*—, o Chevalier —senador bajo el II Imperio y firmante, junto con Cobden, del tratado comercial con Gran Bretaña de enero de 1860.

*Charles Fourier*

Ligeramente posterior a Saint-Simon, otro de los pensadores sociales notables fue Charles Fourier (1772-1837), campeón del socialismo liberal o asociacionismo, que buscó la solución en la asociación voluntaria y no en la asociación impuesta. No fue éste el único punto de discrepancia de Fourier con Saint-Simon; frente al industrialismo extremado, Fourier reaccionó en sentido agrario, hasta el punto que se le puede considerar como un fisiócrata retrasado. Pero sí coincidió con Saint-Simon en el moralismo. Fourier insistió sin cansancio en la multitud de sus libros —de tan pintorescos títulos— en que todas las pasiones humanas eran buenas y que, con tal que se pudieran desarrollar libremente, tendían hacia la armonía. El trabajo —un trabajo que debería llegar a ser atractivo, y con el que no se intentaba tanto remediar la desigualdad como la insuficiencia de la riqueza— permitiría la satisfacción de todas las pasiones. Por entender que la organización social de su tiempo era un obstáculo para realizar este sencillo presupuesto, diseñó de forma acabada, hasta los últimos detalles, los nuevos núcleos sociales que denominó falansterios.

*Los falansterios*

No es del caso describir con detalle la organización de estas originales instituciones que, contra lo que pueda pensarse, Fourier concibió como protectoras del ultraindividualismo en el que creyó. El tránsito de la sociedad de su tiempo al régimen falansteriano no le pareció difícil a Fourier. Escribió que, en caso de conseguir el capital necesario, estaría en condiciones de poner en marcha el primer falansterio en dos años. Con el tiempo toda Europa llegaría a formar una amplia federación de falansterios, con la capital en Constantinopla. Se dice que Fourier, durante doce años, se encerró en su habitación durante una hora diaria, a la espera del filántropo millonario que le entregara los medios para su experimento social. El socialismo de Fourier es preciso buscarlo, no tanto en sus locas fantasías, cuanto en la proclamación del derecho de todos a la existencia y al bienestar garantizado, sin ningún tipo de condiciones —hasta sin trabajo—, y también en la supresión del salario. Realmente lo que en Fourier se encuentra es el cooperativismo, pero un cooperativismo insensato, de grandes vuelos.

*Los fourieristas*

En Norteamérica, al igual que en Francia, se constituyeron falansterios. Entre los discípulos de Fourier figuraron Victor Considérant, propagandista y vulgarizador de sus doctrinas, y que representó un papel interesante en la revolución de 1848 al defender el

derecho al trabajo, en cuanto corolario y compensación del derecho de propiedad; y Luis Napoleón Bonaparte, el futuro emperador —aunque es cierto que tan sólo en calidad de discípulo temporal. También fue fourierista el novelista Emile Zola.

*Leroux, Blanqui y Cabet*

En víspera del 48, los proyectos sociales franceses si, por un lado, se hicieron algo más cercanos a la realidad, por otro acentuaron aún más el carácter vago y subjetivo de sus ideas e integraron su teoría económica y social en confusas cosmogonías. Pierre Leroux, por ejemplo, fue autor de disertaciones teosóficas y humanitarias, de las que no se puede destacar otra contribución económica que su fe en el principio de asociación y su predicación de la solidaridad. Auguste Blanqui, a pesar de la exposición de una desaforada doctrina metafísica, fue un socialista de los más activos, al que su propaganda llevó de barricada en barricada y de cárcel en cárcel. A Blanqui se debe la idea, posteriormente recogida por Marx, de que la sociedad humana evoluciona hacia el comunismo desde su origen y que los abusos del capitalismo aceleran su marcha. Cabet fue un comunista convencido. Si defendió inicialmente la asociación voluntaria, la preocupación de que reinara la igualdad en las sociedades —como aplicación de su obra *Viaje a Icaria,* hubo colonias icarianas en Estados Unidos— le obligó a suprimir la libertad e instalar en su lugar un despotismo insoportable.

*Louis Blanc*

Con Louis Blanc (1811-1882) apareció, por fin, un socialismo algo más práctico, más conectado con las realidades de la vida. Blanc fue hombre de un ideal, que le brindó el título de su obra más caracteristica: *La organización del trabajo* (1839). Mientras intentaba llevar a la práctica su proyecto, le sorprendió la revolución parisina de febrero del 48. Nombrado miembro del gobierno provisional y de la comisión del Luxemburgo pudo poner en práctica sus proyectos en el desgraciado experimento de los Talleres Nacionales.

*La eliminación de la competencia*

El punto de partida del pensamiento de Louis Blanc fue la convicción de que la revolución se habia detenido a mitad de camino y era preciso llevarla hasta su final. Desde su punto de vista, la propiedad era de derecho natural, pero en el sentido de que tal derecho deberia pertenecer de hecho a todos. Era condición para la realización de la libertad; pero en la realidad la propiedad sólo la tenían algunos, lo cual era un obstáculo evidente para que todos pudieran vivir las libertades.

El origen de todos los males, incluso para la burguesía liberal, era la competencia. El régimen económico deberia basarse en el principio opuesto de la asociación. Blanc entendió esta asociación en la doble forma de taller social y colonia agrícola. Inicialmente partidario de la libertad individual —sus asociaciones tenían como objetivo facilitar a los individuos una propiedad que les permitiera realizar las libertades— acabó inevitablemente propiciando la intervención absoluta del Estado, a fin de que pudiera reglamentar el que no se produjera la, para él, nefasta competencia. Junto con Robert Owen, Louis Blanc fue el único de estos primeros creadores de proyectos sociales que pudo llevar a la práctica sus ideas. El estudio, en su momento, del desarrollo de las revoluciones francesas de 1848 permitirá completar lo aquí expuesto.

*Nuevas orientaciones*

A partir de 1850 todos estos reformadores iniciales comenzarían a ser olvidados. Su recuerdo casi desaparecería bajo la obra considerablemente más radical de los anarquistas —Stirner, Proudhon, Bakunin— o del llamado socialismo científico —precisamente para diferenciarlo de las ensoñaciones previas— cuyos portavoces fueron Karl Marx y Friedrich Engels. Cuestiones todas ellas de interés y que se encuentran analizadas en el Tomo siguiente.

*De la libertad absoluta al control estatal*

Puede ser, sin embargo, conveniente apuntar aquí dos notas derivadas de los cambios económicos que Europa vivió en la primera mitad del XIX y que trajeron aparejados los proyectos sociales a los que se ha aludido. En primer lugar, dejadas de lado las consecuencias prácticas considerables que en el orden del maquinismo trajo consigo la revolución industrial, en el plano de la concepción de la sociedad en un primer momento no se experimentó ningún cambio profundo. Las ideas se siguieron moviendo dentro de las consecuencias de la aparición y expansión de los principios de la ideología liberal. Pero —y es la segunda nota— comenzó a hacerse presente, junto a la aceptación sincera de los principios liberales, una tendencia progresivamente acusada hacia el autoritarismo y, en concreto, hacia el autoritarismo del Estado. Los más ardientes partidarios de las libertades individuales tuvieron que vivir en sí mismos la paradoja de pasar a defender, para que esas libertades pudieran ser vividas, un ejercicio cada vez más poderoso de la autoridad.

*La postura de la Iglesia*

Una cuestión queda aún por abordar, y es la relativa a la actitud de la Iglesia en relación a las variaciones que en la estructura de la sociedad produjeron los cambios económicos que tuvieron como punto de partida la revolución industrial. La Iglesia cumplió perfectamente su misión al insistir —véase, por ejemplo, la encíclica *Mirari vos,* publicada por Gregorio XVI en 1832— en que el problema era la errónea concepción del hombre, no el progreso excelente del maquinismo. La revolución industrial era, en sí misma, neutra; o, mejor, algo positivo, un paso más en el progresivo dominio del hombre sobre el mundo. El problema estribaba en cómo se debería poner en práctica una tal revolución. Y esto se reducía al concepto que el hombre tuviera de sí mismo. También los fantásticos autores de los nuevos proyectos sociales captaron, como entre nieblas, este mismo hecho. Pero por lo mismo que no abandonaron los presupuestos liberales, lo único que pudieron aportar fue la necesidad de reforzar la autoridad del Estado. Que todo esto no fuera captado o entendido por algunos cristianos —eclesiásticos o laicos— puede resultar lamentable, pero no empaña la claridad con que la Iglesia detectó el problema y procuró resolverlo. Por lo demás no hay que olvidar el desarrollo impresionante de las obras de caridad con que se acudió a remediar en los órdenes más distintos —la enseñanza, los enfermos, los pobres, los niños, etc.— los desmanes del liberalismo. Como un ejemplo entre mil puede citarse la pastoral que, en 1845, publicó el cardenal Giraud, arzobispo de Cambrai, y que fue una protesta firme sobre la injusticia social que permitía la "explotación del hombre por el hombre". Una explotación que poco tenía que ver con los nuevos métodos industriales de trabajo y sí mucho con una ideología que encerraba a cada individuo en sí mismo y llevaba a ver en los otros hombres o rivales o simples instrumentos.

## Bibliografía

**1. El Romanticismo.** La proximidad de la aparición del Romanticismo respecto a nuestro tiempo —no más de dos siglos—, su importancia considerable, su extensión casi universal y su permanente actualidad han multiplicado lógicamente los estudios sobre este profundo y denso movimiento, hasta el punto de hacer difícil una selección breve de las obras más adecuadas. Por esta causa, tan sólo a título de ilustración se indican los cuatro libros siguientes: Carmelo CAPUCCIO, *Critici dell'età romantica.* Turín, 1968; F. GARRIDO PALLARDO, *Los orígenes del romanticismo.* Barcelona, 1968; J. P. RICHARD, *Etudes sur le romantisme.* París, 1970; y John B. HALSTEAD, *Romanticism.* Nueva York, 1971. Es casi obligado añadir, aunque sea respecto a un campo más reducido, el nombre de Paul VAN TIEGHEM y su *Le romantisme français.* París, 1966. Pero si todo lo que se conoce bajo el nombre de romántico importa en el período estudiado, obviamente importa aún más el historicismo, es decir, la peculiar percepción romántica de la historia. También los títulos abundan. Pero ciñéndonos a lo esencial cabe citar, para una visión de conjunto, a H. WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe.* Baltimore, 1975. Como el historicismo tiene su cuna en Alemania y alemanes son buena parte de sus cultivadores más destacados, convendrá ver Georg G. IGGERS, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present.* Middletown, Connecticut, 1968. Circunscrita espacial y temporalmente al *Reich,* L. MARINO tiene una obra de interés: *I maestri della Germania. Göttingen 1770-1820.* Turín, 1975. El libro de Walter KAUFFMANN, *Hegel.* Madrid, 1972, restringe en apariencia aún más el campo. No es así exactamente pues Kauffmann no se reduce a la crítica de Hegel, sino que le pone —es un buen conocedor de esta época cumbre— en contacto con todos los otros grandes pensadores de su momento. Inmediatamente hay que pasar al autor que, en tiempos muy inmediatos ya a los nuestros, pasa por ser el mejor conocedor del historicismo y, quizá, el último de los historicistas: Friedrich MEINECKE. En primer lugar sus obras más conocidas: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna.* Madrid, 1959; y *El historicismo y su génesis.* México, 1943. La versión inglesa de esta última obra de Meinecke *(Historism. The Rise of a New Historical Outlook.* Londres, 1972) tiene un prólogo de Isaiah Berlin y una introducción de Carl Hinrichs que merecen ser conocidos para penetrar en la visión historicista de Meinecke. Junto a esto, dos buenos estudios sobre Friedrich Meinecke

son los de E. N. ANDERSON, *Meinecke's "Ideengeschichte" and the Crisis in Historical Thinking.* En *Medieval and Historiographical Essays in Honor of James Westfall Thompson.* J. L. CATE y E. N. ANDERSON (eds.), Chicago, 1938, 361-396; H. HERZFELD, *Friedrich Meinecke, el pensador de la historia,* en la obra dirigida por R. DIETRICH, *Teoría e investigación históricas en la actualidad.* Madrid, 1966. El fin de la corriente historicista ha sido analizado por Georg G. IGGERS, *The Dissolution of German Historism.* En *Ideas in History.* R. HERR y H. T. PARKER (eds.), 288-329. Durham (Carolina del Norte), 1965. En una línea distinta, aunque también en relación con el fenómeno romántico, puede consultarse Fritz VALJAVEC, *Orígenes del pensamiento conservador europeo.* Madrid, 1954. Para una comprensión más acabada de todos estos hechos, es útil el manejo de obras como las dos de Roger VERNAUX, *Historia de la Filosofía moderna.* Barcelona, 1966, e *Historia de la Filosofía contemporánea.* Barcelona, 1969; y del valioso estudio de Leo STRAUSS, *Natural Right and History.* Chicago, 1971[7].

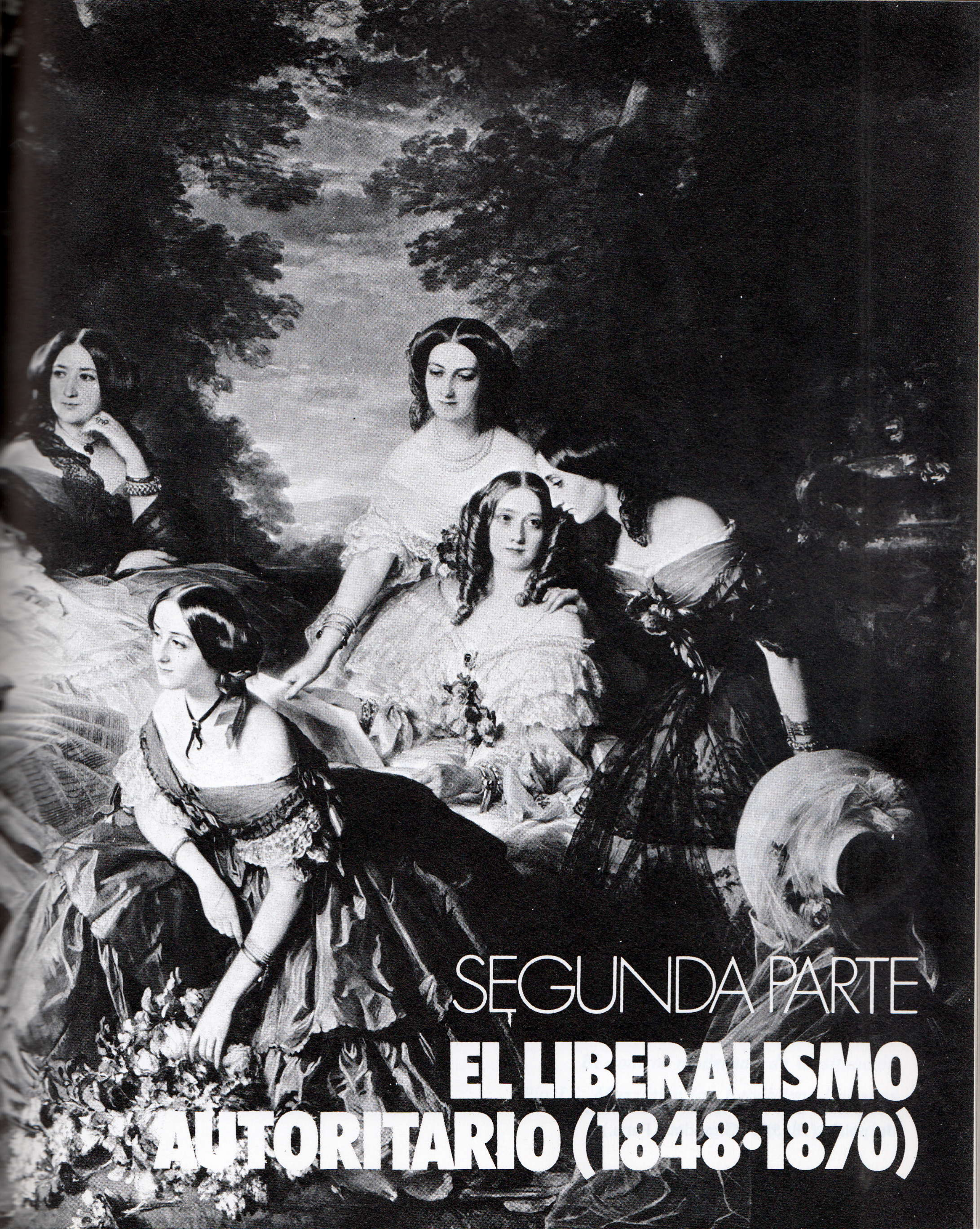
**2. Las artes y los valores románticos.** Las teorizaciones de los pensadores del Romanticismo encontraron su plasmación en las distintas artes. Penetrar en estas manifestaciones permite captar mejor lo que supuso el mensaje —la *Weltanschauung*— romántico. La bibliografía sigue siendo considerablemente abundante. Se indican, como en el apartado anterior, algunos libros en razón de su calidad reconocida, de su carácter de síntesis aceptable o, y es una tercera razón, por ser de edición reciente y contener lo esencial de lo que hasta el momento se ha dicho sobre estas cuestiones. En lo que respecta a una visión general del arte del Romanticismo pueden consultarse algunas de las obras siguientes: P. COURTHION, *Le romantisme.* Ginebra, 1961; E. KEYSER, *El Occidente romántico, 1789-1850.* Barcelona, 1965; Marcel BRION, *Art of the Romantic Era.* Londres, 1966; A. THORLBY, *The Romantic Movement.* Londres, 1966; H. PEYRE, *¿Qué es verdaderamente el Romanticismo?* Madrid, 1972; H. HONOUR, *El Romanticismo.* Madrid, 1981; o M. GRAS BALAGUER, *El Romanticismo.* Barcelona, 1983. La arquitectura del XIX se puede abordar con Nikolaus PEVSNER, *Art and Architecture (1830-1870).* Cambridge, 1967; H. E. HITCHCOCK. *Architecture Nineteenth and Twentieth Centuries.* Londres, 1968; o Leonardo BENEVOLO, *Historia de la Arquitectura moderna.* Barcelona, 1974. La escultura, con M. RHEIMS, *La sculpture au XIXe. siècle.* París, 1971; y F. NOVOTNY, *Pintura y escultura en Europa, 1780-1880.* Madrid, 1979. Sólo ya la pintura con Marcel BRION, *Peinture romantique.* París, 1967. A esto pueden añadirse otros libros que aluden al arte romántico en determinados países, como F. CUMMINGS, *Romantic Art in Britain. Painting and Drawings, 1760-1860.* Filadelfia, 1968; Pierre FRANCASTEL, *Historia de la pintura francesa.* Madrid, 1970; y R. NAVAS RUIZ, *El romanticismo español.* Salamanca, 1971. El cuadro puede quedar más o menos completo con estos otros dos títulos: L. NOCHLIN, *Realism.* Londres, 1971; y F. D. KLINGENDER, *Arte y revolución industrial.* Madrid, 1980. Para la literatura romántica es obligada la utilización de Paul VAN TIEGHEM, *El romanticismo en la literatura europea.* México, 1958. La obra de Walter MUSCHG —*Historia trágica de la literatura.* México, 1965— contiene algunos puntos de vista interesantes. Resulta innecesario añadir que, de todas formas, el conocimiento de la literatura romántica exige la lectura directa de sus autores —al menos, de algunos de ellos. Una aproximación a la cuestión amplísima —y tan crucial— de la música romántica se puede conseguir mediante algunas de las obras que se citan a continuación: René Leibowitz, un discípulo de Schön-

berg, *La evolución de la música de Bach a Schönberg*. Buenos Aires, 1957; es también valiosa la obra del mismo Arnold SCHÖNBERG, *El estilo y la idea*. Madrid, 1963; A. ROBERTSON y D. STEVENS, *Historia general de la música*. Madrid, 1968, 3 vols.; *Dictionnaire de la musique*. París, 1970, 2 vols., publicado bajo la dirección de Marc HONEGGER; así como la *Enciclopedia de la música, de* Fred HAMEL y Martin HÜRLIMANN, Barcelona, 1970. Por último, el buen trabajo de Enrico FUBINI, *La estética musical del siglo XVIII a nuestros días*. Barcelona, 1971.

**3. La Iglesia, los católicos y la nueva cultura.** Junto a las obras de carácter general ya citadas más arriba, la lectura de Kenneth Scott LATOURETTE, *Christianity in a Revolutionary Age*. Nueva York, 1958, 5 vols.; y Pierre POURRAT, *La spiritualité chrétienne*. París, 1947, 4 vols., ayudarán a completar la visión de la densa vida de la Iglesia y de las confesiones cristianas en un siglo XIX que las investigaciones recientes van mostrando cada vez más como un tiempo profundamente religioso, en contraste con versiones superficiales empeñadas en negarlo. Para conocer la actividad del magisterio, Pascual GALINDO, *Colección de encíclicas y documentos pontificios (Vaticano II)*. Madrid, 1967[7]. Y para comprender la postura ardorosa y equívoca de los católicos liberales puede ser oportuna la consulta de cualquiera de estas obras: R. AUBERT, J. B. DUROSELLE y A. JEMOLO, *Le libéralisme religieux au XIXème. siècle*. En *Relazioni del X Congresso internazionale di Scienze Storiche. Storia Contemporanea*. V, Florencia, 1955. Marcel PRELOT y Françoise GALLOUEDEC GENUYS, *Le libéralisme catholique*. París, 1969; o Roger AUBERT, *Les catholiques libéraux au XIXe. siècle*. Grenoble, 1974.

**4. La industria, la economía y los proyectos de cambio social.** La bibliografía sobre estas cuestiones es otro mar sin orillas. Una visión general y completa de los procesos industriales, comerciales y económicos se encuentra en Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, *Historia económica mundial*. Madrid, 1981[6], 2 vols., revisada; y de forma más restringida, en Jean-Alain LESOURD, *Histoire économique XIXe.-XXe. siècles*. París, 1971[5]. Si se quieren estudios referidos específicamente a las revoluciones industriales, se pueden manejar cualquiera de los siguientes: el ya antiguo, pero aún válido, de John U. NEFF, *La naissance de la civilisation industrielle*. París, 1954; Max PIETSCH, *La revolución industrial*. Barcelona, 1965, 2 vols.; y la amplia *Historia general del trabajo*, dirigida por Louis-Henri PARIAS, Barcelona, 1965, 4 vols. En esta última obra Claude FOHLEN y François BÉDARIDA se ocupan de *La era de las revoluciones (1760-1914)*. André PHILIP, desde su perspectiva socialista, ha publicado *Historia de los hechos económicos y sociales de 1800 a nuestros días*. Madrid, 1967. A pesar de su orientación, tiene aspectos bien comprendidos. A. E. MOUSSON y Eric ROBINSON han escrito *Science and Technology in the Industrial Revolution*. Toronto, 1969. En *The Fontana Economic History of Europe*, S. LILLEY se ha ocupado de *Technological Progress and the Industrial Revolution, 1700-1914*. Londres, 1970. Un complemento adecuado de este planteamiento es el que presenta R. HILLS en *Power in the Industrial Revolution*. Manchester, 1970. Claude FOHLEN es el autor de una síntesis valiosa: *Qu'est-ce que la révolution industrielle?* París, 1971. Y Jean-Pierre RIOUX trazó la historia del primer siglo de industrialización en *La révolution industrielle, 1780-1880*. París, 1971. Un objetivo similar es el de Ronald M. HARTWELL, *The Industrial Revolution*. Nueva York, 1971. En castellano, se dispone de la interpretación personal, algo complicada en su exposición, de Phyllis DEANE, *La primera revolución industrial*. Barcelona, 1972. Los cambios sociales han ocupado a Thomas C. COCHRAN, *Social Change in Industrial Socie-*

*ty*. Londres, 1972. Finalmente, y dentro de estos estudios de carácter general sobre la revolución industrial, pueden consultarse obras más recientes, como las tres que se indican a continuación: Tom KEMP, *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*. Barcelona, 1974; Maurice NIVEAU, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Barcelona, 1974[4]; y Carlos CIPOLLA y otros, *Historia económica de Europa. La revolución industrial*. Barcelona, 1979. En muy directa conexión con esta revolución se encuentra la que también experimentó la agricultura. Este es el tema tratado por J. D. CHAMBERS y G. E. MINGAY, *The Agricultural Revolution, 1750-1880*. Nueva York, 1966. En lo que se refiere a países concretos, hay que aludir en primer lugar al Reino Unido. La obra de T. S. ASHTON, a pesar de su antigüedad relativa, sigue siendo una buena introducción: *La revolución industrial, 1760-1830*. México, 1950; se hace preciso completarla con obras como Roland MARX, *La révolution industrielle en Grande Bretagne*. París, 1970; o Peter MATTHIAS, *The First Industrial Nation*. Nueva York, 1971. Sobre la expansión de los ferrocarriles se puede ver Jack SIMMONS, *The Railways of Britain: An Historical Introduction*. Londres, 1968. Los inicios de la industrialización en el continente han sido estudiados por W. O. HENDERSON, *The Industrial Revolution on the Continent. Germany, France, Russia, 1800-1914*. Londres, 1967. Los enfoques distintos desde los que se interpretó el industrialismo están analizados por René GONNARD, *Historia de las doctrinas económicas*. Madrid, 1956; y Arthur BIRNIE, *Historia económica de Europa, 1760-1939*. Barcelona, 1957. Estas dos últimas obras se pueden completar con la lectura del informe de G. BOURGIN, D. DEMARCO y J. MAÎTRON, *Les problèmes sociaux au XIXème. siècle*, en las *Relazioni* ya citadas, Florencia, 1955; y con William H. SEWELL Jr., *Work and Revolution in France. The Language of Labour from the Old Régime to 1848*. Cambridge, 1980. La evolución y resolución de un problema paralelo —la esclavitud— puede verse en obras como las de Howard TEMPERLEY, *British Anti-Slavery, 1833-1870*. Londres, 1972; y Roger ANSTEY, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition*. Londres, 1975.



SEGUNDA PARTE

# EL LIBERALISMO AUTORITARIO (1848-1870)

**Fragmento de Franz Xaver Winterhalter, "L'Impératrice Eugénie entourée des dames du palais (1855)".** (Giraudon. París.)

# V. La Revolución de 1848

*El planteamiento de la crisis: los factores políticos, sociales y económicos*

*El impulso inicial revolucionario*

*El control moderado de la situación*

*Pío IX, Mazzini y las Repúblicas italianas*

*Los regímenes de autoridad*

## 1. El planteamiento de la crisis: los factores políticos, sociales y económicos

*El área de la acción revolucionaria*

En la primera mitad del año 1848 se produce el último de los grandes ciclos revolucionarios en Europa central y occidental, en el que resultan afectados Francia, Austria, los Estados alemanes incluida Prusia, Bohemia, Hungría, Italia —incluidos de nuevo los Estados Pontificios— y España. Las salpicaduras llegan de una forma u otra a casi todos los países del continente. La revolución tiene un carácter más bien demócrata en los países donde ya estaba implantado el liberalismo, y un carácter más bien liberal en aquellos que aún no habían alcanzado plenamente este régimen. También puede hablarse de una finalidad política y social en el oeste de Europa y de un fuerte componente nacionalista —que no oscurece del todo los otros objetivos, pero que puede desviarlos— en los países centrales.

*Las interpretaciones*

Como siempre que ocurre un ciclo revolucionario, nos encontramos con que los historiadores se dividen entre los partidarios de la *tesis de la espontaneidad* y los de la *tesis del complot,* entendiendo por tal el previo acuerdo de los revolucionarios de diferentes países para descargar una serie de golpes simultáneos o casi simultáneos, cada cual en su respectiva esfera de acción. Que existe un mínimo de correspondencia entre los autores de la revolución es un hecho comprobado, pero, a juzgar por lo que hasta hoy conocemos, no parece que tal forma de comunicación permita hablar de un fenómeno mancomunado. Más que una coordinación intencionadamente conjunta —que no parece haber existido— lo único que se puede constatar es el mutuo conocimiento de la existencia de proyectos revolucionarios. Así, los conspiradores italianos o españoles acordaron no sublevarse "hasta que lo hubieran hecho los franceses". Pero tenemos el hecho de que hubo en Italia intentonas en enero de 1848, antes que en Francia, prueba de que ni siquiera todos los italianos estuvieron de acuerdo con tal consigna. Hoy se tiende a hablar sobre todo de un fenómeno de mimetismo, de eco o resonancia, de acuerdo con el cual la revolución llama a la revolución, y el ejemplo arrastra, siempre que en los distintos países se den una serie de "precondiciones" revolucionarias, un triple haz de causas políticas. Aunque la situación en los distintos países de Europa no puede compararse, por la diferencia existente entre unas y otras sociedades, entre unas y otras culturas, entre unos y otros regímenes, cabe admitir que los problemas políticos, económicos y

sociales se agudizan en casi todas partes en los años inmediatamente anteriores a 1848. Vamos a examinar la incidencia de estos tres factores posibles.

*La crisis agrícola*

El bache económico comenzó con una plaga de la patata, que destruyó las cosechas, especialmente en Irlanda, norte de Francia, Países Bajos y Alemania. La falta de la patata, artículo entonces de consumo tan elemental como el pan, encareció a su vez el precio del trigo, al que acudieron todas las demandas. Y para colmo de males, la sequía de la temporada 1846-1847 y el calor prematuro de la primavera de este último año, agostaron las mieses, y se produjo una de las peores cosechas del siglo. El precio del pan se duplicó en algunas partes sobre su valor normal.

*La crisis financiera*

En una Europa que todavía descansaba fundamentalmente sobre el sector primario —y en especial por lo que respecta a la población ocupada— la catástrofe agrícola arrastró tras de sí a casi todo lo demás. Los Estados hubieron de detraer de sus presupuestos partidas extraordinarias para proceder a la importación de artículos de primera necesidad, con el consiguiente perjuicio del ahorro público y la tendencia a una mayor presión fiscal, justo cuando el sector privado tenía menos dinero para pagar. Los ahorradores retiraron por necesidad o por miedo sus depósitos, se produjo el pánico y quebraron numerosas casas de Banca, en especial medianas y pequeñas. La gente se vio obligada a desviar la práctica totalidad de sus gastos a la adquisición de los encarecidos productos primarios, con la consiguiente falta de demanda de artículos manufacturados.

*La crisis de las inversiones*

El primer sector industrial en resentirse fue el textil, el de mercado más amplio y más dirigido al comprador modesto. Se calcula que en 1847 la adquisición de paños se redujo en un 30 por 100 en la mayor parte de los países de Europa central y occidental: lo suficiente para provocar un fuerte colapso. Hubo fábricas que tuvieron que cerrar, y otras se vieron obligadas a reducir plantillas o rebajar los salarios: en suma, paro y disminución de los ingresos en el momento en que los precios de los artículos elementales estaban más caros que nunca. Se discute si el colapso de la industria pesada fue un eslabón más en la crisis general u obedece a causas endógenas simultáneas. Es evidente la retracción del crédito en 1846-1848, no sólo por efecto de las retiradas de fondos, sino por un súbito fenómeno de falta de confianza. El pánico se extiende como un reguero de pólvora, y a veces por causas difícilmente discernibles. Parece que se operó por entonces el "descubrimiento" de que se había llegado demasiado lejos en la ilimitada fe en los ferrocarriles; se había dado por axiomático el éxito de explotación de todas las líneas, hubieran sido o no objeto de un previo estudio racional, y se habían multiplicado considerablemente las concesiones y los créditos con las máximas facilidades. De pronto se encontró que no todas las líneas eran tan rentables como se había pensado, y que se había adelantado para su construcción demasiado dinero no suficientemente respaldado.

*La crisis bancaria*

Al cegarse las fuentes del crédito, muchas obras de ferrocarriles quedaron detenidas en toda Europa; unas compañías quebraron, otras paralizaron sus proyectos o fueron

absorbidas al cabo por las más poderosas. El resultado de aquel brusco parón fue, a más del desempleo, la falta de demanda en la industria siderúrgica, que vivía en gran parte de los suministros a las compañías ferroviarias, y que entró en crisis a su vez. El bache de la siderurgia arrastró a la minería, y así sucesivamente. Si la pequeña Banca se resintió ante la retirada de dinero por parte de los ahorradores, las grandes entidades de crédito se vieron gravemente afectadas por las crisis ferroviaria y de la industria pesada.

La época de las dificultades se superó pronto, pero dejó secuelas: firmas arruinadas, ahorros perdidos, inflación general, paro y descontento. Esta situación perduraba en gran parte todavía en 1848, aunque por entonces era evidente que lo peor había ya pasado.

*La crisis de la estructura social*

No se puede hablar, en sentido estricto, de una crisis social vinculada a esa fecha: no porque no exista una crisis social por entonces, sino porque tal crisis es estructural, no coyuntural, aunque pueda hablarse lógicamente de su agravamiento. Los orígenes del problema social y las condiciones de trabajo del obrero en la nueva situación creada por el desarrollo capitalista y la revolución industrial quedan estudiadas ya en otro apartado de este Tomo. Sólo resta añadir que tales condiciones no parecen haber mejorado sensiblemente de 1820 a 1848, si no empeoraron en determinados casos. En Inglaterra cientos de miles de trabajadores seguían viviendo en barrios miserables: no siempre en peores condiciones que diez o veinte años antes, pero sí en mucha mayor cantidad. En Francia mejoraron los salarios de los mineros: tomando el año 1892 como base cien, ganaban 36 en 1805; 42 en 1830 y 49 en 1840. Pero lo contrario ocurre en el ámbito textil, donde el índice de salarios en 1800 fue de 80; en 1820 de 65; en 1827 de 40 y en 1840 de 45. En Alemania el descenso de capacidad adquisitiva siguió operándose hasta la víspera misma de la revolución (en 1820-1829 = 86; en 1830-1839 = 82; en 1840-1849 = 74, con un mínimo de 57 en 1847). La ligera baja de los precios en gran parte de este período puede suavizar un poco este descenso por lo que se refiere a capacidad adquisitiva, pero no lo disimula en absoluto. No se trata aquí de averiguar el grado de responsabilidad del empresario en la creación de estas difíciles condiciones, pero quizás convenga recordar que la despiadada competencia entre las distintas firmas industriales hacía por lo general muy difícil una generosa política de salarios. Tales condiciones comenzaron a mejorar en la segunda mitad del siglo; pero si no puede afirmarse que los años cuarenta fueron, en todo caso y circunstancias, los de más duras condiciones para el trabajador, no figuran ciertamente entre los favorables.

*Demografía y maquinismo*

Como es bien sabido, dos factores complementarios jugaron un papel decisivo en el proceso de proletarización: la revolución demográfica del siglo XIX, que aumentó la oferta de trabajo y por tanto, en un régimen de absoluto liberalismo económico, lo abarató, y el triunfo del maquinismo, que favorece al que puede adquirir la máquina más moderna y perfecta, es decir, al empresario, en contra de los intereses del pequeño artesano. Pues bien, la década 1840-1850 registra el ápice en la expansión demográfica en Gran Bretaña y Alemania, y es de las de más fuerte pendiente positiva en casi toda Europa; a la vez, es el decenio que supuso el más poderoso incremento de mecanización de casi todos los países de Europa occidental. Si los obreros podían sentir por entonces más motivos de descontento que nunca, tales motivos se agravaron con la súbita depresión

económica de 1846-1847, que supuso carestía de vida, paro o baja de salarios. Se comprende que por aquellos años la predisposición a la revuelta social haya sido más fuerte que nunca: y efectivamente, hubo motines en Gran Bretaña, Francia y Alemania. Si las condiciones comenzaron a mejorar en 1848, las consecuencias de la depresión aún no habían sido restañadas, y las actitudes no tenían por qué haber variado de modo significativo.

*La difusión de las ideas socializantes*

Tengamos en cuenta, por otra parte, que la difusión de las ideas socializantes se había desarrollado de forma especialmente virulenta por los años cuarenta. Si la década anterior había gravitado en torno a los saint-simonianos, ésta se encuentra dirigida por los proudhonianos, más agresivos y de más vastos alcances. En 1839 salió *La organización del trabajo* de Louis Blanc, que iba a ser precisamente el catecismo de los revolucionarios sociales en el 48. En 1840 publicó Proudhon *¿Qué es la propiedad?* El *Viaje a Icaria* de E. Cabet se publicó en 1841, y las ideas socialistas fueron difundidas en Alemania por la obra descriptiva de Lorenz von Stein *El socialismo y el comunismo en Francia* (1842), y la más influyente de F. Grün, *El movimiento social en Francia y en Bélgica* (1845). El *Manifiesto del partido comunista* de Marx-Engels se publicó justamente en 1848. Fue una simple casualidad –pues el proyecto databa de dos años antes–, y la influencia del *Manifiesto* sobre el desarrollo de los hechos revolucionarios fue nula; pero la coincidencia de fechas es significativa en la medida en que viene a revelar un estado de efervescencia de las inquietudes societarias, especialmente fuerte por aquellos años.

*El análisis de Tocqueville*

Las ideas socialistas –empleamos esta palabra en su sentido más general–, obra siempre de burgueses, unos de ellos utópicos e idealistas, otros resentidos, fueron llegando con cierta lentitud a las masas obreras: y son los años cuarenta los de más amplia receptividad en este sentido. Hasta el punto de que la idea de revolución política como única fórmula de redención para la clase trabajadora comenzó a ser desplazada por la idea de revolución social. Con su típica lucidez supo verlo Tocqueville, cuando en su discurso de 27 de enero de 1848 advertía a los políticos: "Observad las clases obreras [...] Sin duda es cierto que no se agitan por pasiones políticas propiamente dichas, en la misma medida en que se agitaban antes. Pero ¿no habéis observado que sus pasiones, de políticas se han convertido en sociales? ¿No os dais cuenta de que poco a poco se propagan en su seno opiniones, ideas, que no tienden a derrocar tales leyes, tal ministro, sino la misma sociedad, y a resquebrajar las bases sobre las que se asienta hoy día? [...] ¿Y no creéis que cuando tales ideas penetran profundamente en las masas conducen tarde o temprano a la más temible de las revoluciones?".

*La crisis política*

La crisis política fue, ya queda dicho, distinta en cada caso; pero no hay demasiado inconveniente en aceptar la fórmula generalizada de la falta de libertad. En los países liberales, y singularmente en Francia, el régimen fuertemente censitario había quedado desbordado tanto por las ideas como por la realidad social, y la misma concentración de poder en manos de la alta burguesía –paralela en cierto modo a la misma concentra-

ción industrial o capitalista— producía cada vez más la impresión de un proceso oligarquizante, si se quiere falso, pero que obró como un espejismo. Los tiempos habían cambiado lo suficiente como para que el más importante de los baremos políticos fuese la propiedad o la renta. Pero también hay, y quizá sobre todo, un movimiento de la pequeña contra la alta burguesía.

*Las ideas democráticas: el sufragio universal*

Las ideas democráticas se habían difundido ampliamente, y eran ya muchos —por lo menos entre los elementos intelectuales y más inquietos— los que defendían el sufragio universal. El avance del positivismo, de la idea de progreso, de las teorías socialistas y materialistas, de la descristianización, abonaban por su parte un ambiente prerrevolucionario. No alcanzaban a una masa tan amplia de la población como se pretendía, de acuerdo con lo que pudo comprobarse precisamente a raíz de la implantación del sufragio universal; pero sí a los elementos activos de la sociedad, ya en el seno de las clases medias, ya en el de las obreras. Frente a la marea que se avecinaba, Guizot y el partido de la resistencia —como los moderados en España— acentuaron su política de restricción y defensa del orden existente, con lo que acentuaron la fuerza del choque. Las victorias parlamentarias se iban haciendo cada vez más cortas, denunciando la creciente impopularidad del grupo dominante. Sin embargo no se quiso ceder ante la realidad, sino que se incrementó la resistencia. Tocqueville estimó que había estallado la revolución en Francia porque no se había sabido transigir a tiempo.

*La situación de Alemania*

En los países centroeuropeos el planteamiento fue distinto. En ellos se operó la revolución industrial antes que la revolución política. Se constituyó una cada vez más fuerte burguesía que sentía motivos para reclamar como derecho el papel que ya le correspondía de hecho: en cierto modo al menos, como había ocurrido en la Francia de 1789. En Alemania el liberalismo era sólo un esbozo en algunos Estados de la parte occidental, en que habían sido concedidas algunas Cartas de derechos fundamentales; en el resto, predominaba teóricamente el Antiguo Régimen. Sin embargo, existía una cierta contraposición entre la teoría y la práctica. Los soberanos absolutos ya no gobernaban personalmente, o intervenían con cierta mesura, dejando las decisiones concretas a los gobiernos; había partidos, aunque no parlamentos; prensa de oposición, aunque no libertad de prensa; enseñanza libre, aunque no derecho a ella. Decir que Alemania vivía de lleno en el Antiguo Régimen hubiera sido una afirmación imprecisa, aunque teóricamente correcta. Menos se podía decir que el Nuevo Régimen había llegado con todas sus consecuencias.

*La inquietud*

El resultado fue un estado de inquietud, que proliferaba sobre todo en las universidades, en las sociedades secretas o semisecretas, en las ligas de estudiantes, en la prensa y en los ambientes burgueses en general. Esta inquietud se había extendido a Austria, Hungría y Bohemia, aunque aquí la fuerza de las nuevas clases era menor. En Hungría, donde la burguesía resultaba casi inexistente, era la baja nobleza la que se oponía a la alta, con ideas liberales y deseos de una reforma que debelase el sistema feudal que favorecía a los grandes próceres. El papel de un Kossuth —un noble arruinado— es característico.

En el mundo austrohúngaro las reformas habían sido hasta entonces prácticamente inexistentes. El eterno canciller Metternich, tan flexible en otros campos, se negaba, y más conforme envejecía, a cualquier idea de variación política. La buena burocracia creada a raíz del Congreso de Viena se había anquilosado, y por doquier surgían críticas a un Estado más exigente que eficaz.

*La fuerza del nacionalismo*

En el mundo germánico es preciso tener en cuenta un elemento fundamental como es el nacionalismo. Los nacionalismos románticos tienen un carácter de exaltación patriótica en las naciones ya constituidas como Estados —caso de la Francia de Lamartine: en ellos la revolución sería, simplemente, la plena realización de la soberanía nacional. En la Alemania del norte —de Prusia al mundo renano y Württemberg— tiene un sentido integrador, porque la idea de Alemania pesa más que la de cada uno de los Estados particulares, incluso de los más dotados de personalidad histórica, como Prusia o Baviera. Por lo contrario, para el Imperio austríaco, la revolución tendría más un carácter de descoyuntamiento, al extenderse sus dominios sobre parcelas no germánicas, como Bohemia o Hungría. Esta puede ser una de las varias causas que acabaron aglutinando a la nueva Alemania en torno a Berlín y no en torno a Viena.

*Una revolución doble*

En los países germanos, lo mismo que en Francia, la revolución iba a ser doble, política y social. El crecimiento demográfico y los bajos salarios acentuarían el problema obrero

**Alexis de Tocqueville (1805-1859).** *Este fino retrato romántico, que firma Théodore Chasseriau, es el de Alexis de Tocqueville. Nacido en el París del Imperio, vino a morir en Cannes, cincuenta y cuatro años más tarde. Estudió derecho y se licenció en 1826. Durante tres años (1827-1830) fue juez auditor en Versalles. Pero su fortuna intelectual llegó en 1831, cuando el gobierno de Luis Felipe le envió a los Estados Unidos, junto con su amigo Gustave de Beaumont, para estudiar el régimen penitenciario. Permanecieron en Norteamérica —que vivía por entonces la era jacksoniana— casi dos años. Y aparte de elaborar el amplio informe que se les había pedido, Alexis de Tocqueville se trajo el conocimiento de primera mano que le permitió escribir, entre 1835 y 1840, una de sus dos grandes obras:* De la démocratie en Amérique. *Tocqueville, comparado a Montesquieu, se hizo célebre en toda la Europa culta. En 1839 fue elegido diputado por Valognes y formó en la oposición al liberalismo doctrinario de Guizot. Reelegido en 1848 para la Asamblea constituyente, fue durante unos meses ministro de Asuntos Exteriores (3-VI/30-X-1849), en el gobierno republicano que presidía Odilon Barrot. Tocqueville dimitió ante el incremento del Poder del príncipe-presidente Luis Napoleón. Por su protesta ante el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 estuvo arrestado algunos días. Luego vino el retiro definitivo y la redacción de su segunda gran obra,* L'Ancien Régime et la Révolution, *que apareció en 1856 y que tuvo más éxito aún que la primera. Tocqueville es un agudísimo analista de la situación política y social de su tiempo. Sus observaciones tienen a veces aire de profecía.* (Lauros-Giraudon. Paris.)



en las regiones de más rápida industrialización, como Renania o Silesia, y compensarían en parte la todavía baja concienciación del obrero alemán; pero el vector nacionalista actuaría aquí como un más fácil desviador de las inquietudes, y al cabo la revolución resignaría su presión en todos los órdenes, excepto en el proyecto de construcción de una patria alemana.

*Los Estados italianos*

Algo por el estilo ocurría en Italia. Aquí el liberalismo, dirigido por los mazzinianos y luego por hombres más moderados y realistas, pretendió abrirse paso entre un absolutismo que había cedido poco terreno en el Piamonte de Carlos Alberto y ninguno en el Nápoles de Fernando II. Era fundamentalmente la burguesía intelectual —y en el norte, la incipiente burguesía de negocios— la que reclamaba las libertades cívicas de tipo constitucional, a través del movimiento de la *Giovane Italia* u otros similares. El elemento popular no dejaba de sentir inquietudes de tipo social, pero el nacionalismo tenía más arraigo, como se echó de ver en el caso de las multitudes que en el sur de la península habían de seguir a Garibaldi (aunque lo patriótico y lo social aparecieron muchas veces confusamente mezclados). El componente nacionalista había de desviar también aquí el sentido de la revolución, y casi todos los movimientos de inquietud de los italianos a partir de 1848 habían de marchar en esta dirección, hasta la culminación del proceso integrador en 1870.

*Los fracasos revolucionarios y el futuro nacionalista*

En suma, el sentimiento nacionalista apareció como una parte esencial de la revolución del 48 en Alemania, Alto Danubio e Italia, hasta reconducir la revolución misma —que como tal había de fracasar casi totalmente en su vertiente social y también en la política— por esta tercera ruta, que sí había de resultar irreversible.

En 1847 escribía Henri Martin: "Nunca las *naciones* han pesado tan gravemente sobre la política general que tratamos de remodelar. Signos infalibles anuncian que dentro de pocos años las cuestiones de las nacionalidades, combinadas con las cuestiones sociales, dominarán sobre todas las demás en el continente, y que los Estados que no puedan por su razón de ser mantenerse dentro de ese principio serán transformados o disociados". La frase hubiera podido calificarse de profética si no aludiera a un hecho que ya entonces se veía venir a las claras.

## 2. El impulso inicial revolucionario

En 1848 y 1849 buena parte de los países europeos —excepción hecha de Gran Bretaña, Bélgica y los Países Bajos, Dinamarca y Suecia-Noruega, los Imperios ruso y otomano, y Portugal— resultaron conmovidos por una serie de movimientos revolucionarios. Fueron distintos sus orígenes, su desarrollo y sus consecuencias. Sin embargo resulta innegable que en el conjunto europeo las revoluciones que tuvieron lugar durante estos dos años dejaron una impronta profunda.

*Los distintos desarrollos revolucionarios*

Con el riesgo que siempre implican las generalizaciones se puede decir que las revoluciones de 1848 y 1849 supusieron el fin del Antiguo Régimen en los países de Europa occidental y central donde todavía subsistía. Fueron estas revoluciones la culminación de un proceso iniciado a finales del siglo anterior y que entonces tuvo su manifestación culminante en la revolución vivida por Francia a partir de 1789. La mayor o menor aceptación de los principios revolucionarios elaborados en el XVIII, junto con los distintos problemas internos de los Imperios, Estados o pueblos, marcaron los lógicamente diferentes desarrollos de la revolución en estos dos años de mediados del XIX. En los diversos Estados de la península itálica predominaron los movimientos tendentes a conseguir Constituciones liberales más que los anhelos de unidad nacional que, por supuesto, también se hicieron sentir. En el conjunto de los Estados germánicos privó el deseo de crear una unidad nacional, sin olvidar por esto el incremento de los principios liberales; para algunos, incluso no fueron estos principios condición indispensable para conseguir la unidad.

*Los dos grandes centros: París y Viena*

Sin olvidar casos particulares de interés —el de España, por ejemplo— los dos centros neurálgicos de las revoluciones de estos años fueron, aunque por motivos distintos, París y Viena. En el primer caso porque, al margen de la peculiar evolución del Reino Unido, Francia era al iniciarse 1848 un cierto paradigma para el liberalismo europeo. Si no se había conseguido todo lo que reclamaba el doctrinarismo liberal, no era poco lo que había supuesto la revolución que había triunfado dieciocho años antes. De aquí el interés que en sí mismo tuvo el proceso revolucionario francés de estos años, la atención con que fue seguido por los pueblos europeos y las no pequeñas repercusiones que en algunos casos tuvo.

*Los complejos problemas austríacos*

Pero posiblemente más importante que lo vivido y sufrido por Francia —al menos, para el futuro destino del entero continente europeo— fueron las profundas agitaciones revolucionarias que conmovieron al Imperio austríaco. Si el Imperio se encontraba en el centro físico de Europa, estaba igualmente en el corazón de todos los problemas de su tiempo. Formaba parte de la Confederación Germánica: a Austria le afectaron los problemas alemanes y, a la vez, con su actitud pesó profundamente sobre ellos. Pero también del Imperio formaba parte el reino lombardo-véneto, que ocupaba el norte de la península itálica. El comportamiento austríaco sería capital para el desarrollo de los acontecimientos en esta parte de Europa. Y por lo mismo que el Imperio austríaco era un Imperio multinacional, la potencia del nacionalismo —uno de los factores determinantes en el conjunto de estas revoluciones de mediados del XIX— le afectó en gran manera. A todo esto hay que añadir la repercusión de la revolución en Austria misma, en donde fue la reclamación de formas liberales de gobierno lo que primó.

*Los nacionalismos distintos*

Por todo esto no resulta fácil calificar con un solo adjetivo a las revoluciones europeas de 1848-1849. Fueron, sin duda, revoluciones liberales. Pero operaron sobre tal diversidad de situaciones —muchas de las cuales eran ya liberales— que sólo el análisis de cada una de ellas permitirá apreciar el matiz propio que tuvieron. Lo mismo sucede si se afirma que en la mayor parte de ellas se hizo presente el factor nacionalista. Porque una

cosa fue el nacionalismo alemán, todo un proyecto de construir algo nuevo, y otra bien distinta el nacionalismo de checos y húngaros, por ejemplo, más bien deseoso de resucitar un hipotético pasado de gloria, las coronas de San Wenceslao y San Esteban respectivamente. Y ni uno ni otro nacionalismo coincidieron, por otra parte, con el italiano. En este caso la ambición de unidad, si estuvo presente en los movimientos revolucionarios, fue de contenido poco preciso. Basta tener presente que el fracaso de las revoluciones del 48-49 en Italia fue lo que dio paso al intento piamontés de unificación de la península: hasta el momento no habían sido muchos los que habían compartido este proyecto, sin dejar por esto de ser liberales y nacionalistas.

*Las primeras manifestaciones revolucionarias*

Los primeros acontecimientos revolucionarios de estos dos años fueron las agitaciones milanesas y venecianas, firmemente reprimidas por los austríacos, y el movimiento separatista que se desencadenó en Sicilia, donde se llegó a formar un gobierno provisional que proclamó la Constitución española de 1812, en su versión napolitana de 1820. Estos hechos tuvieron lugar en enero de 1848. Y si nada consiguieron los revolucionarios en el norte, sí lograron sus objetivos no sólo en el reino de las Dos Sicilias —el 10 de febrero Fernando II cedió y aceptó una Constitución liberal—, sino también en el reino de las Dos Cerdeñas y en el gran ducado de Toscana: Carlos Alberto de Saboya y Leopoldo II prometieron Constituciones similares a la napolitana —inspiradas, en definitiva, en la Carta por la que venía rigiéndose Francia desde 1830. En Turín esto se hizo el 8 de febrero y en Florencia, el 11. Aquí se formó incluso un gobierno integrado por liberales y presidido por Ricasoli.

*Las oposiciones francesas*

En el mismo mes de febrero de 1848 en que la Carta constitucional francesa pasaba a ser inspiradora de los nuevos regímenes liberales italianos, la revolución llegó a Francia y eliminó esa Carta. Si su inicio sorprendió a casi todos, puede decirse que su desarrollo no había sido previsto por ninguno. La oposición a la monarquía de Luis Felipe se había centrado, ya desde 1843, en la petición de una reforma que ampliara el número de electores. Con el tiempo, a este primitivo objetivo se habían ido añadiendo otras reclamaciones: se pedía que se declarara la incompatibilidad entre los cargos de funcionario y diputado; se atacaba al gobierno por el malestar social creciente; se le echaban en cara los escándalos financieros. Esta campaña de agitación antigubernamental se había hecho presente en todo el país mediante la celebración de banquetes, al término de los cuales se realizaban brindis por la reforma reclamada. El primero de esos banquetes se había celebrado en París, el 9 de julio del año anterior. Siguieron otros similares en provincias: entre el banquete político de París y el final del año 47 tuvieron lugar 70, con una asistencia global de unas 17.000 personas.

*La prohibición de los banquetes*

En febrero de 1848 los oficiales de la Guardia Nacional quisieron celebrar en París un banquete similar. El gobierno Guizot, cansado del hostigamiento sistemático de las oposiciones parlamentarias, monárquica y republicana, prohibió el banquete previsto para el miércoles 22 de febrero. Los diputados acataron la prohibición, pero no así los organizadores que decidieron mantener la gran manifestación que habría de escoltar a los

diputados. El 23, jueves, Luis Felipe, inquieto por la prontitud con que la Guardia Nacional se había unido a los partidarios de la reforma, destituyó a Guizot. Pero ya se habían iniciado disturbios en diversos lugares de París y la Guardia Nacional no se mostró dispuesta a enfrentarse con los manifestantes que en la noche del 23 organizaron una gran procesión cívica por los bulevares.

*La abdicación de Luis Felipe*

Esa misma noche tuvieron lugar los primeros enfrentamientos serios entre los manifestantes y las tropas enviadas a disolverlos. Se calcula que hubo unos cincuenta muertos. Se produjo un levantamiento de los suburbios de Saint-Honoré, Saint-Martin y Saint-Antoine. En la mañana del 24 había estallado la revolución en París. Los barrios centrales de la capital fueron rodeados por barricadas. Ordenes contradictorias impidieron la defensa intentada por el mariscal Bugeaud (1784-1849). Los rebeldes asaltaron las Tullerías. A media mañana, Luis Felipe, desalentado, abdicaba y huía por los Campos Elíseos.

*La proclamación de la República*

Los dirigentes republicanos, principales animadores de la revolución, después de ocupar el Ayuntamiento, la prefectura de Policía y Correos, se dirigieron a mediodía a la Cámara de diputados. Allí, en medio de una gran agitación popular, se dejó de lado la posibilidad de nombrar una regencia para el conde de París —un niño de seis años, en quien había abdicado su abuelo, Luis Felipe—, y se procedió a elegir un gobierno provisional formado por siete diputados radicales, entre los que figuraban Lamartine (1790-1869), Dupont de L'Eure (1767-1855), Ledru-Rollin (1807-1874) y Marie (1797-1870). A última hora del viernes 24 se integraron en este gobierno provisional tres representantes del grupo socialista que se había formado en torno al periódico *La Reforme*; entre ellos estaban Louis Blanc y un obrero, Albert (1815-1895). Bajo la presión popular el gobierno proclamó ese mismo día la República sin esperar ningún tipo de ratificación nacional. Una vez más en la historia francesa París imponía sus decisiones a las provincias. Lo cierto es que éstas acogieron la innovación sin resistencia alguna, incluso con satisfacción. En febrero de 1848 nadie lamentó en Francia la caída de la monarquía orleanista.

*La orientación social del Nuevo Régimen*

El primer día del nuevo régimen y ante la presión de los organizadores de la revolución, el gobierno se vio obligado a dar una orientación social a la República: hubo de comprometerse a asegurar a los obreros la subsistencia por medio del trabajo y a garantizar empleo a todos los ciudadanos. Dos días después (27-II) se constituyó una "Comisión de gobierno para los trabajadores". Si Louis Blanc fue el portavoz de las mejoras sociales, el mismo propósito de aliviar la situación de los obreros fue sentido por todos los que componían el gobierno provisional. Y así, bajo la presión de las masas parisinas y ante sus ojos —toda la actividad del gobierno era pública—, se fue improvisando una República basada en el sufragio universal, en la libertad absoluta de prensa y asociación, y en la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, de la esclavitud y del encarcelamiento por deudas.

*La inquietud europea*

Los acontecimientos parisinos tuvieron la habitual repercusión sobre la opinión europea. Consciente de ello, Alphonse de Lamartine redactó un "Manifiesto a las Naciones", aprobado por sus colegas el 2 de marzo y publicado el 5. En él se proclamaba el principio de la soberanía popular y el derecho de cada nación a elegir su propio destino; se aceptaba provisionalmente la situación política de Europa y se ponían de relieve los deseos de paz. El manifiesto buscó tranquilizar a Palmerston, que estaba por entonces al frente del gobierno del Reino Unido, y frenar la coalición que intentaban formar el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, y el zar ruso, Nicolás I. Realmente, en marzo del 48, Francia no era ningún problema para el orden europeo, debido tanto a la desorganización de su ejército como a los graves apuros financieros. La revolución había convertido la crisis económica en catástrofe: se retiraron los depósitos bancarios; la Bolsa se desplomó; los créditos quedaron paralizados; cerraron fábricas y talleres. Si al final, mediante una serie de medidas extremas, se logró evitar el desastre, la crisis, que se mantuvo con toda intensidad hasta el verano, paralizó de hecho la actividad del gobierno.

*Las repercusiones en Italia y Alemania*

A la vez que se registraba esta primera reacción defensiva contra la nueva revolución que había tenido lugar en Francia –una situación que Lamartine trató de calmar con su manifiesto–, en otros puntos de Europa los liberales resultaron beneficiados. En Turín, Carlos Alberto promulgó el Estatuto prometido (5-III) y formó un gobierno constitucional presidido por Cesare Balbo que adoptó la bandera tricolor verde, blanca y roja. En Roma, Pío IX nombró un gobierno para los Estados Pontificios en el que por primera vez tuvieron mayoría los laicos sobre los eclesiásticos (11-III) y prometió una Constitución. En el oeste de Alemania, entre el 1 y el 12 de marzo y siguiendo el ejemplo del gran ducado de Baden, la burguesía logró la formación de ministerios liberales en Hesse-Darmstadt, Hesse-Kassel, Nassau, Frankfurt, Württemberg, Brunswick y Turingia. Se produjeron también agitaciones en las provincias prusianas occidentales; y se volvió a replantear la cuestión de la unidad nacional. Tanto la Dieta de la Confederación como los gobiernos de Prusia, Baviera y Württemberg comenzaron a estudiar una reforma de la Constitución del *Bund*. En todos estos primeros movimientos –en Italia, como en Alemania– apenas se registraron actos de violencia, salvo en el caso de una sublevación de campesinos que se produjo en el valle del Neckar. El triunfo de las primeras revoluciones fue debido al apoyo de la opinión pública, a su simultaneidad y al injustificado temor de los gobiernos, que fueron cogidos por sorpresa.

*La revolución en Viena*

La revolución en Europa central se desencadenó a partir del momento en que resultó afectada Viena, el verdadero corazón del Antiguo Régimen. Un sentimiento general de exaltación se hizo presente en las manifestaciones que, formadas por burgueses y estudiantes, comenzaron a recorrer las calles de Viena y Praga. En Presburgo, donde estaba reunida la Dieta húngara, se pronunciaron encendidos discursos en los que se exigió la supresión del impuesto de capitación y del trabajo obligatorio de los siervos en las tierras de los señores, así como la formación de un gobierno húngaro basado en una representación nacional. Lajos Kossuth, el dirigente liberal húngaro, hizo llegar a Metternich

estas peticiones el 3 de marzo. El día 11 los checos reclamaron lo mismo para Bohemia. La crisis en el Imperio culminó el 13 de marzo, al reunirse la Dieta baja austríaca, en Viena. Como en París, manifestaciones inicialmente pacíficas de burgueses y estudiantes chocaron con las tropas. El encuentro fue seguido por una sublevación de los suburbios vieneses. Y el emperador cedió. Metternich, después de dimitir, huyó el día 14 a Londres. Continuaba la violenta agitación y Fernando I se vio obligado para calmarla a conceder la libertad de prensa y la creación de una Guardia Nacional. Prometió igualmente una Constitución. Los revolucionarios exigieron más. Los estudiantes, que habían formado una especie de cuerpo militar —la Legión Académica—, exigieron la convocatoria de una Asamblea nacional constituyente, elegida por sufragio universal. Fernando I, que se había replegado a Innsbruck con la Corte (16-III), accedió a todas las peticiones.

*Las Dietas húngara y bohemia*

Las noticias de lo que había sucedido en Viena llegaron inmediatamente a Presburgo. Kossuth empujó a la Dieta a aprobar el programa liberal, que una comisión llevó a Viena para su confirmación. Se formó un gobierno de coalición presidido por el conde Batthyanyi y se procedió a indemnizar a los propietarios por la abolición de los derechos feudales. En Praga fueron muy amplias las correspondientes manifestaciones, pues recibieron el apoyo de los trabajadores y se presentaron revestidas de un carácter nacionalista. El 8 de abril Bohemia obtuvo una Carta por la que se creaba una Dieta representativa para las tres provincias checas unidas (Bohemia, Moravia y Silesia), se garantizaban las libertades políticas, se concedía igual importancia a las diferentes lenguas —checo y alemán— y se abolía la administración señorial de la justicia. Salvo en la insurrección vienesa, con luchas callejeras y víctimas, en las otras grandes capitales del Imperio, Budapest y Praga, la violencia inicialmente fue sólo verbal. Quizá esto mismo produjo que el impulso primero de la revolución se diluyera por la misma facilidad —a causa de la nula resistencia del emperador Fernando— con que la revolución había conseguido sus objetivos.

*La revolución en Berlín*

Pero posiblemente las consecuencias mayores de la revolución iniciada en Viena el 13 de marzo se registraron en el norte de Italia —reino lombardo-véneto— y en Alemania. También el 13 de marzo habían ya tenido lugar en Berlín manifestaciones tumultuosas. Las noticias de lo acontecido en Viena se conocieron en Berlín el día 16. El 18 se produjeron choques violentos con el ejército. Como el emperador Fernando, también Federico Guillermo IV de Prusia cedió. Concedió la libertad de prensa y aceptó que se volviera a convocar el *Landtag* unido que, con tan escaso resultado, ya había deliberado por vez primera el año anterior. Luego, conforme las peticiones de los sublevados fueron creciendo, hubo de acceder a que el *Landtag* redactara una ley electoral y a que el ministerio liberal recién nombrado fuera responsable ante la Dieta. El ejemplo de Berlín provocó una oleada de liberalismo en muchas otras ciudades prusianas y una serie de revoluciones incruentas en las monarquías de la Alemania central, Sajonia y Hannover, entre el 17 y el 30 de marzo. Pero la victoria de la revolución en la capital prusiana tuvo otras dos consecuencias importantes.





*La aspiración a la unidad nacional alemana*

En primer lugar el relanzamiento del movimiento nacional unitario en Alemania. Ya el 5 de marzo se habían reunido en Heidelberg medio centenar de políticos y escritores liberales, que tomaron la decisión de exigir la reunión de un Parlamento general para discutir la nueva Constitución de una Alemania unida. El primer paso fue convocar un *Vorparlament* que debería establecer una ley electoral. La Dieta de la Confederación Germánica, dominada por los liberales, accedió a esta petición y la apertura del *Vorparlament* fue fijada para el 31 de marzo en Frankfurt.

*El miedo a la revolución social*

El otro acontecimiento decisivo que siguió a la revolución berlinesa fue la ruptura de la alianza entre la burguesía y el pueblo —artesanos y trabajadores industriales— que les había dado la victoria. Las exigencias liberales primeras comenzaron a ser sustituidas por reclamaciones democráticas de los obreros que se integraron en asociaciones. Esta actitud, unida a los esfuerzos de algunos socialistas —Marx entre ellos— para orientar el nuevo movimiento, asustó a la burguesía. Fue el miedo lo que llevó a la burguesía triunfadora a sacrificar sus ambiciones políticas y los mismos compromisos liberales que habían llegado a imponer a algunos príncipes. Se temía mucho una posible revolución social. Por eso la burguesía acabó por alinearse con los firmes apoyos de la corona prusiana —la nobleza, el ejército, la iglesia evangélica, la burocracia— y permitió que Federico Guillermo pudiera preparar la revancha.

*La sublevación de Milán y la guerra austro-sarda*

Junto a la revolución berlinesa, fue la sublevación de Milán contra los austríacos la otra consecuencia importante del quebranto de la autoridad de Viena. Milán se sublevó el 18 de marzo, iniciándose así las llamadas *Cinque Giornate*. Bajo la dirección del demócrata federalista Carlo Cattaneo (1801-1869) los milaneses lograron expulsar a los austríacos de la capital lombarda. Radetzky se tuvo que retirar a la orilla izquierda del Mincio, replegando sus tropas al llamado "cuadrilátero", formado por las ciudades de Pescara, Verona, Mantua y Leñano. La sublevación de Milán fue seguida por la de Venecia. También fueron derribados los gobiernos de los ducados de Módena y Parma. En esta situación, el 25 de marzo Carlos Alberto de Saboya decidió intervenir en la contienda: Piamonte declaró la guerra a Austria. Carlos Alberto entró en Milán y obtuvo algunas pequeñas victorias fáciles sobre los austríacos en Goito y Pastrengo.

*Unidad y división en Italia*

La conmoción fue general en toda Italia. Parecía que se había puesto al fin en marcha el proceso de la unidad nacional que conllevaba la obligada expulsión de los austríacos de la península. El ducado de Parma se unió espontáneamente a Piamonte. El gran duque de Toscana y el rey de Nápoles enviaron tropas al norte para que combatieran junto a las piamontesas. Incluso se movilizaron las tropas pontificias. No era todo sin embargo tan fácil como lo presentaba la prensa liberal italiana. Carlos Alberto había entrado en la guerra por el deseo, sin duda, de expulsar a los austríacos, pero también por el temor de que una Lombardía republicana fuera un ejemplo demasiado atractivo para los patriotas italianos y la deseada unidad de la península pudiera llegar a realizarse al margen de Piamonte o, incluso, en contra de él. Mazzini acusó al rey de las Dos Cerdeñas de ambición política personal. Pero las recriminaciones habían incluso ya comenzado

entre milaneses y piamonteses: éstos acusaban a aquéllos de republicanos. Los milaneses les reprochaban a los piamonteses su imperialismo.

*La postura clara de Pío IX*

El liberalismo italiano pidió igualmente a Pío IX que declarara la "guerra santa" contra los austriacos. Fue posiblemente esta petición la última muestra del espejismo que llevó a los patriotas italianos a pensar que Pío IX era un Papa "liberal". Es cierto que en los Estados Pontificios, en coincidencia con la sublevación milanesa, había entrado en vigor la prometida Constitución que creaba un Consejo Supremo para el gobierno y una Cámara de diputados. Pero una alocución del Pontífice (29-IV) cuidó de marcar los justos términos de la situación: el Papa era el Padre común de todos los católicos. No podía entrar en guerra con el Imperio austriaco. En la misma alocución repudió igualmente la posibilidad de que llegara a convertirse en el presidente de una República unitaria que abarcase todos los Estados que ocupaban la península. Pío IX exhortó a los italianos a que permaneciesen fieles a sus legítimos gobernantes. Y retiró sus tropas que aún no habían entrado en combate. Lo mismo hizo el rey de Nápoles, Fernando II. Las precisaba para combatir la sublevación que se había reproducido en Sicilia y que sometió tras bombardear Mesina, por lo que a partir de entonces fue conocido como *il Re Bomba.*

*El intento de mediación británico*

Ningún país europeo se movió en ayuda de Carlos Alberto, que a estas alturas se encontraba solo, separado por el Mincio, frente a frente de las tropas austriacas. La única acción internacional fue la emprendida por Gran Bretaña que ofreció su mediación a Austria, sugiriendo la creación de un reino del norte de Italia, formado por Piamonte y Lombardía, como medio de consolidar la inestable situación política de la península. Pero ni el gobierno de Viena ni el gobierno de Turín prestaron atención a las ofertas británicas.

*La revolución en Madrid*

Mientras se luchaba en Italia, en otro punto de Europa se produjo un nuevo brote revolucionario. En esta ocasión fue en Madrid y tuvo la particularidad de que España fue el único país europeo en el que la revolución del 48 fue vencida por el gobierno. Desde octubre del 47 presidía el gabinete —formado por liberales moderados— el general Ramón Narváez. La crisis económica general también afectaba a España. Las noticias de la revolución de febrero en Francia provocaron una oleada de pánico en la Bolsa. Por lo contrario, la situación política estaba en España más calmada que nunca. Los moderados en el Poder parecían haber llegado a un cierto acuerdo con los progresistas que seguían acaudillados por el general Espartero, el antiguo regente.

Los elementos que contribuyeron al intento de revolución en España fueron en todo similares a los que, por ejemplo, lograron hacerla triunfar en Francia: liberales progresistas, liberales demócratas, algunos débiles grupos socialistas y un puñado de militares. Los elementos diferenciales de la revolución en España fueron la decidida intervención del embajador británico, sir Henry Bulwer, que alentó a los progresistas, y una innegable mayor desorganización que se debió posiblemente tanto a la energía de Narváez como a la debilidad de los factores de la revolución. El golpe primero se produjo el 26 de marzo, en Madrid, de acuerdo con la técnica de la época. Los revoluciona-

rios levantaron barricadas y se enfrentaron con las tropas. La reacción rápida del general Narváez le permitió dominar la situación el mismo 27 por la mañana. En Barcelona, Valencia y Vitoria los hechos revolucionarios, simultáneos a los de Madrid, se redujeron a manifestaciones callejeras sin que llegaran a suscitarse verdaderos enfrentamientos armados.

*El fracaso de la revolución en España*

A consecuencia de estos acontecimientos el gobierno moderado rompió su pacto con los progresistas. Las Cortes fueron disueltas; quedaron suspendidas las garantías constitucionales y algunos líderes de la oposición estuvieron detenidos unos pocos días. El movimiento se reprodujo el 7 de mayo; en esta ocasión se recurrió al típico pronunciamiento militar, con muy escasa implicación civil. Iniciado como en el caso anterior en Madrid, el gobierno logró también controlarlo. El golpe revolucionario debería haber estallado a la vez en Barcelona, Reus, Valencia, Alicante y Sevilla. En esta última ciudad se retrasó hasta el 31 de mayo. Narváez también lo dominó. La conspiración en Barcelona fue descubierta a tiempo y no llegó a estallar. Lo mismo sucedió en las restantes ciudades. La revolución de 1848 había fracasado en España.

*Las ambiciones húngaras*

En Europa central, por lo contrario, parecía llegada la hora de poner en práctica los triunfos conseguidos por la revolución. Hungría, que se encontraba ya dirigida por el gobierno provisional presidido por el conde Lajos Batthyanyi (1806-1849) y autorizado por el emperador Fernando, hubo de hacer frente a tres cuestiones principales: las diferencias que surgieron entre los hombres a los que la revolución había colocado al frente de los destinos del país; la redacción de una Constitución; y los deseos de que la nueva patria húngara abarcara dentro de sus fronteras los mismos territorios que había comprendido el antiguo reino de San Esteban, lo cual produjo choques con otras nacionalidades que también reclamaron al calor de la revolución el respeto para sus respectivas autonomías.

*Los proyectos de Kossuth*

Lajos Kossuth fue sin duda el hombre más importante de la revolución húngara. Era un abogado que se declaraba demócrata, esto es, opuesto a la preponderancia de los grandes terratenientes. Quería para Hungría la independencia económica, mediante la creación de industrias que aseguraran el fortalecimiento de la burguesía. Y también una vida política propia, basada en la antigua institución de las asambleas de los condados, que estarían dominadas por la pequeña nobleza. Frente a él, Josef Eötvos (1813-1871) y Ferenc Déak (1803-1876) rechazaron el programa de Kossuth por considerarlo utópico en lo relativo a la independencia económica y contraproducente en lo político por la estrechez de espíritu de las asambleas de los condados. Preferían una representación nacional inspirada en los métodos parlamentarios de la Europa occidental. Estas diferencias no impidieron, sin embargo, el acuerdo respecto a las primeras leyes que habían recogido los principios liberales —libertad de prensa, juicio por jurados, creación de la Guardia Nacional— y permitieron los pasos iniciales de una reforma social —igualdad ante el impuesto, abolición de la servidumbre, supresión de los censos señoriales. En la práctica, en Hungría no se produjo la deseada emancipación campesina pues, entre

otras cosas, se mantuvieron los censos sobre los viñedos. Además, la miseria de la inmensa mayoría de la población rural impidió que las tierras pudieran ser rescatadas. Tampoco se rompió la unidad revolucionaria a la hora de redactar la Constitución: Hungría pasó a ser un Estado unitario y liberal. Se decidió el traslado de la Dieta de Presburgo a Pest y la creación de una Cámara baja de la que no podrían formar parte los no magyares. Para ello se puso en marcha un complicado sistema electoral censitario, en el que el dominio de la lengua magyar era imprescindible para ser elegido.

*Las protestas ante la magyarización*

Aunque todas estas medidas húngaras fueron vistas desde los países liberales del Occidente europeo con satisfacción, no sucedió lo mismo por parte de otras nacionalidades que quedaron forzosamente incluidas en la nueva estructura húngara. En efecto la Constitución determinaba la absorción —a fin de reconstruir la corona de San Esteban— de Croacia, Transilvania, el Banato, Eslovenia y Rutenia: un total aproximado de 6,5 millones de personas serían dominados por 5 millones de magyares. Buena parte de los eslavos del sur del Imperio quedarían sometidos al proceso de magyarización que el gobierno húngaro se dispuso a poner en práctica. Para estos pueblos, la revolución no había supuesto sino el reforzamiento de una opresión secular. El gobierno imperial, enfrentado con los problemas que se le derivaban de la Asamblea constituyente que había sido elegida en Viena por sufragio universal, el 15 de mayo, nada pudo hacer por el momento frente al centralismo creciente de los húngaros.

*Los objetivos de Bohemia*

En Bohemia, las consecuencias prácticas del movimiento revolucionario de marzo fueron algo más matizadas que en Hungría. Las peticiones primeras —un gobierno separado para Bohemia, la transformación de la Dieta local en Parlamento nacional y la creación de la Guardia Nacional— fueron aceptadas por el emperador. El 8 de abril fue promulgada la Carta de Bohemia. Se ratificaba en ella la más sensible de las reivindicaciones: la igualdad de las lenguas alemana y checa, en la enseñanza y en la administración. Pero la Carta no aludía a problemas fundamentales que el país tenía planteados desde antiguo, como la organización del futuro Estado autónomo y la liberación de los campesinos, es decir, el fin del régimen señorial.

Posiblemente el matiz propio de la evolución de Bohemia fue debido, por un lado, al miedo al imperialismo magyar que pronto se dobló por las pretensiones del Parlamento de Frankfurt —que comenzó sus sesiones el 18 de mayo— de incluir a Bohemia dentro de los territorios del *Reich*. El conde Thun, gobernador de Bohemia en nombre de Fernando I, aconsejado por los políticos e intelectuales checos que formaban parte del Comité nacional y cuya figura más destacada era el historiador Frantisek Palacky (1798-1876), envió una carta directamente al emperador, que seguía en Innsbruck, desolidarizándose de los revolucionarios de Viena y proclamando su fidelidad a las instituciones del Imperio.

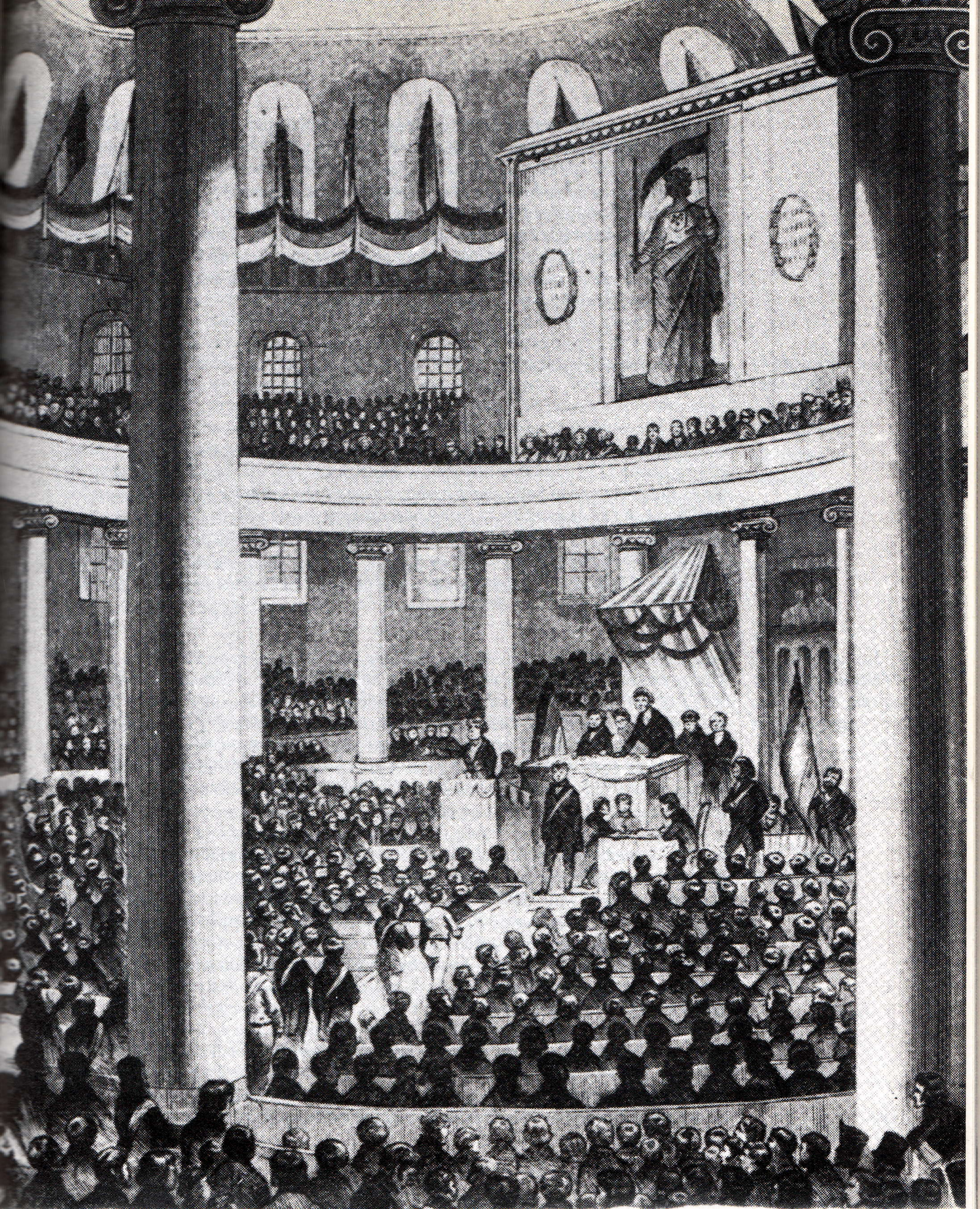
Así pues, ni Bohemia ni Hungría reclamaron la independencia. Ambas nacionalidades creían en la necesidad de un Imperio austríaco y estaban deseosas de aceptar una reforma política que disminuyese las atribuciones del gobierno de Viena y concediera a los países del Imperio un estatuto de autonomía dentro de un marco federal. El concepto de derecho histórico prevalecía sobre el de nacionalidad. El país checo, de acuerdo

con este derecho, debía ser no sólo la región en que vivía población checa, sino todo el territorio de Bohemia, Moravia y Silesia, es decir, la antigua corona de San Wenceslao, a pesar de la existencia de núcleos de población de lengua alemana yuxtapuestos a la población checa.

*El I Congreso eslavo*

Para dar cauce a todos estos deseos se convocó en Praga un Congreso eslavo que abrió sus sesiones el 2 de junio de 1848 en un ambiente de nacionalismo enardecido, y al que asistieron 341 delegados. Eran éstos fundamentalmente eslavos austríacos, seguidores de Palacky. También acudieron algunos polacos de la zona prusiana, y dos rusos: uno de éstos era Mihail Bakunin, el futuro dirigente anarquista. Bakunin era por entonces muy amigo de Richard Wagner. Juntos habían luchado en marzo del 48 en las barricadas de Dresde.

**La iglesia de San Pablo, de Frankfurt am Main (1848-1849).** *Frankfurt es una vieja ciudad del centro-oeste alemán que se alza en las orillas del río Main, de forma similar a como su homónima del este del* Reich *lo hace junto al Oder. En 1815, en la reorganización general que siguió al fin de las guerras del Imperio y al Congreso de Viena, Frankfurt, la patria de Goethe, recobró su condición de ciudad libre. Desaparecido en 1806 el Sacro Imperio Romano Germánico, tras casi mil años de existencia, la derrota de Napoleón trajo consigo que también se deshiciera la Confederación del Rin por él creada. La nueva estructura del* Reich *fue el* Bund, *o Confederación Germánica, integrada por 39 Estados y a cuyo frente se colocaron el Imperio austríaco y el reino de Prusia (diarquía). La ciudad libre de Frankfurt fue elegida como sede de la Dieta de la Confederación que allí celebró sus sesiones de 1815 a 1866. La guerra austroprusiana supuso la desaparición del* Bund, *parcialmente sustituido por la Confederación de Alemania del norte hasta que en 1871 nació, en la galería de los espejos de Versalles, el II* Reich. *Los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849 tuvieron repercusiones violentas en Viena, Berlín y otras capitales alemanas. Frankfurt, capital moral del* Reich, *vivió también las vicisitudes de la Asamblea nacional que se reunió en la* Paulskirche. *El objetivo de la Asamblea, que actuó al margen de los príncipes, fue dotar al* Reich *de una Constitución liberal. La empresa, en sí misma no sencilla a causa de los muy dispares criterios de los delegados reunidos en la* Paulskirche, *se complicó más al tener que decidir no ya si se admitía a Austria —en lo que todos estaban de acuerdo—, sino si esta admisión debería comportar la de los territorios no germánicos integrados en el Imperio austríaco (fundamentalmente, Hungría y Croacia). La decisión final de la Asamblea, una vez redactada la Constitución, fue que Alemania se convirtiera en un Imperio hereditario, sin Austria (*Klein Deutschland, *o Pequeña Alemania), y cuya corona fue ofrecida a Federico Guillermo IV de Prusia. Proyectos que se vinieron todos abajo ante la negativa del rey de Prusia de aceptar el Imperio liberal que se le ofrecía. La unidad del* Reich, *tras el fracaso de la Asamblea de la* Paulskirche, *no llegó del impulso liberal, sino del nacionalismo conservador prusiano.*



El Congreso redactó tres declaraciones: una petición dirigida al emperador de Austria, un manifiesto al conjunto del mundo eslavo y una llamada a las naciones europeas. El Congreso denunció igualmente las pretensiones hegemónicas de los magyares y las deliberaciones de la Asamblea de Frankfurt. Fue precisamente frente a esta doble amenaza cuando se afirmó por primera vez el sentimiento de solidaridad de los eslavos del Imperio, por encima incluso de sus tendencias lingüísticas y literarias. Lo cual no impidió que dentro de este movimiento aparecieran ya divergencias: Palacky, y en esto le siguieron la mayor parte de los eslavos del Imperio, persistió en su austroeslavismo y manifestó una gran desconfianza respecto a los rusos.

*Los inicios de la contrarrevolución: Windischgrätz y Radetzky*

Fue durante este Congreso eslavo de Praga cuando comenzó a cambiar la política austríaca. La resistencia conservadora del Antiguo Régimen se había refugiado, ante la incapacidad de reacción del emperador, en algunos círculos militares y cortesanos. Desde ellos, sin recibir indicaciones del gobierno o en contra de ellas, se produjo el primer movimiento hacia la restauración del orden vulnerado. Dos generales lo encabezaron: Windischgrätz (1787-1862) en Bohemia y Radetzky (1766-1858) en Italia. A pesar de que el Congreso eslavo había demostrado su lealtad al emperador y que sus acuerdos representaban una declaración de independencia tanto frente a Rusia como frente a Alemania, el 12 de junio de 1848 las medidas tomadas por Windischgrätz produjeron una renovación del levantamiento de Praga que las tropas cortaron de raíz. El 28 de junio Windischgrätz decretó la disolución del Congreso. Este fue el paso primero de un control decidido sobre la revolución.

*La Asamblea de Heidelberg y el pre-Parlamento de Frankfurt*

Pero antes de aludir al inicio de esta reacción más o menos generalizada, es preciso tener presente el proceso que con vistas a la unidad nacional se había iniciado en Alemania. El primer paso se dio en la reunión que, el 5 de marzo, antes de los acontecimientos revolucionarios de Viena y Berlín, tuvo lugar en Heidelberg, y en la que se acordó convocar a un *Vorparlament* que elaborara una ley electoral que permitiera la formación de un cuerpo de representantes de toda Alemania. Los 51 liberales reunidos en la vieja ciudad universitaria acordaron la formación de una comisión de siete de ellos que convocara a todos los que alguna vez hubieran ocupado un asiento en la Dieta o en la Cámara: éstos serían los encargados de elaborar la ley electoral.

El *Vorparlament,* debido al vacío de Poder que había producido la incapacidad de los gobiernos para hacer frente a la revolución, pudo reunirse en Frankfurt entre el 31 de marzo y el 2 de abril. Allí se determinó que se elegiría un diputado por cada 70 mil electores. La forma del escrutinio se dejó al arbitrio de cada Estado. Cuando al fin el Parlamento alemán se reunió en Frankfurt, en la *Paulskirche,* el jueves 18 de mayo de 1848, pudo contar con 600 diputados. Sus sesiones duraron hasta abril del año siguiente.

*La Asamblea de Frankfurt*

El objetivo que se asignó la Asamblea de Frankfurt fue la creación de un Estado alemán unificado, liberal y constitucional, que asegurara los derechos civiles y que se asentara sobre la voluntad popular manifestada en elecciones libres y en los distintos Parlamentos estatales. Los hombres de Frankfurt no eran revolucionarios. Quizá por esto mismo

su trabajo se realizó un tanto en el vacío: no tuvieron contacto con las masas populares ni dispusieron de ningún medio para imponerse sobre los príncipes que habían retenido más o menos el control del aparato estatal. Por lo demás, dentro de la Asamblea no tardaron en presentarse divergencias profundas. Frente a una minoría radical que deseaba una República democrática y unitaria, la mayoría moderada tendió al compromiso entre el unitarismo y el particularismo de los distintos Estados del *Reich,* con vistas a una solución negociada con los príncipes. Pero la división mayor que se produjo en el seno de la Asamblea fue la surgida en torno a la cuestión de si en el futuro Estado unificado debería ser admitido el Imperio austríaco con todos sus territorios, incluso con los no germanos —y ésta fue la postura de los partidarios de la *Grosse Deutchsland*—, o bien sólo podrían integrarse las regiones alemanas —*Klein Deutchsland.* Apenas planteada esta cuestión quedó de alguna forma resuelta ante la declaración austríaca de la inseparabilidad de los territorios que constituían el Imperio.

*El punto de inflexión*

El fracaso de la revolución en España, la soledad de Carlos Alberto de Saboya frente a los ejércitos austríacos en el norte de Italia, los sucesos de Praga con la intervención decidida de Windischgrätz o el mismo desarrollo nada revolucionario de la Asamblea de Frankfurt fueron todos ellos síntomas de que cedía el impulso inicial que con tanta fuerza había afectado a buena parte de Europa desde las jornadas parisinas de febrero y tan considerablemente había alterado el mapa político del continente. Sin embargo el punto de inflexión, sin olvidar ninguno de los acontecimientos apuntados, se produjo nuevamente en Francia.

*Francia, de nuevo*

En abril de 1848 habían tenido lugar elecciones generales en Francia mediante sufragio universal masculino. Como resultado de las elecciones se reunió el 5 de mayo en París la Asamblea constituyente ante la que depuso su Poder el gobierno provisional. La Asamblea lo sustituyó por una "Comisión ejecutiva temporal", de cinco miembros, ninguno de los cuales era socialista, y a cuyo frente permaneció Alphonse de Lamartine. Los derrotados en estas elecciones fueron los partidarios de Louis Blanc.

*Los Talleres Nacionales*

Desde los inicios de la II República, Blanc había urgido a sus compañeros del gobierno provisional para que aplicasen un audaz programa económico y social. Blanc quería un ministerio del Progreso que organizase por toda Francia una red de "Talleres Sociales", unos establecimientos colectivistas sostenidos por el Estado. En lugar de su propuesta se creó una Comisión de Trabajo con poderes limitados, y un sistema de Talleres que fueron llamados significativamente "Nacionales", en lugar de "Sociales". Los Talleres Nacionales fueron decididos por el gobierno provisional simplemente como una concesión política y no se les asignó ninguna tarea importante, entre otras razones por el miedo a que supusieran una competencia para las empresas privadas ya muy afectadas por la profunda crisis económica que castigaba al país y que la instauración de la República había agravado.

La puesta en marcha de los Talleres Nacionales estuvo marcada por un buen grado de utopismo. Se pensó que con los beneficios que se obtuvieran se podría pagar a los

trabajadores y el resto de las ganancias se dedicaría a los seguros sociales. De hecho los Talleres no fueron sino un proyecto más para remediar el paro. Los planes de trabajo que se les asignaron o eran impracticables o exigían un estudio preliminar muy amplio que aún no estaba hecho.

*El conflicto con la Asamblea*

Al iniciar su actividad los Talleres a mediados de marzo, se inscribieron en ellos unos 25 mil trabajadores. A mediados de mayo alcanzaban los 100 mil. Y ante las amenazas de la Asamblea de restringir su actividad, el 15 de mayo los trabajadores de los Talleres, dirigidos por los republicanos extremistas, asaltaron la Asamblea, la disolvieron y establecieron un nuevo gobierno provisional: su objetivo era que a la revolución política de febrero siguiera una definitiva revolución social.

*La disolución de los Talleres*

Se habían confirmado los temores de los hombres moderados de la Asamblea. Aparte de la grave dificultad económica que suponía pagar dos francos diarios a los empleados en los Talleres por realizar trabajos inútiles, la sospecha de que los partidos extremos querían formar con estos trabajadores un ejército revolucionario se había confirmado con la jornada del 15 de mayo. Pero este día hubo un cambio notable respecto a lo sucedido el 24 de febrero. Si entonces la Guardia Nacional no intervino para defender a Luis Felipe, ahora sí disparó para salvar a la Asamblea. Esta fue restablecida y, para extirpar el socialismo, decretó la disolución de los Talleres. El 24 de mayo la Comisión de Trabajo del Poder ejecutivo –con la oposición de Emile Thomas, que en marzo había sido nombrado jefe del Comité Central para la organización de los Talleres Nacionales– determinó que fueran expulsados de los Talleres todos los trabajadores solteros con edades comprendidas entre los 18 y los 25 años. Unicamente se les dio la opción de enrolarse en el ejército.

Emile Thomas dimitió. Y el número de los trabajadores de los Talleres Nacionales continuó creciendo. A mediados de junio eran ya 120 mil y se calcula que en París se encontraban otros 50 mil hombres a la espera de ingresar en ellos. Todo esto sucedía en una ciudad que acababa de sobrepasar el millón de habitantes.

*Las jornadas de junio, en París*

El 24 de junio un delegado de los trabajadores, Louis Pujol, conminó a la Comisión del Poder ejecutivo –que presidía Arago (1786-1853)– a revocar sus decisiones. Ante la contestación negativa se produjo en Francia –más en concreto, en París– la guerra civil. Se confió todo el Poder al general Cavaignac (1802-1857) y el ejército aplastó la nueva revolución. La lucha fue muy dura. Hubo que deshacer las 3.883 barricadas levantadas por los insurrectos. Se estima que el número de bajas osciló en torno a 10 mil, entre muertos y heridos. Se hicieron 11 mil prisioneros, muchos de los cuales fueron deportados a las colonias. A partir del 26 de junio el grito de "¡Viva la República democrática y social!", con el que los trabajadores habían ido a la lucha, fue considerado sedicioso. La República radical había durado en Francia cuatro meses.

## 3. El control moderado de la situación

*Las consecuencias de las jornadas de junio*

Quizá las jornadas parisinas de junio fueron seguidas por más atención en toda Europa que las de febrero. En cualquier caso sus consecuencias fueron de mayor importancia. Si la revolución primera había supuesto la señal para que los partidarios del cambio social se lanzaran a la calle en buena parte de las capitales de Europa, el choque entre el ejército y los obreros en París tuvo dos consecuencias, ambas destacadas. En primer lugar —y salvo en el caso de Italia— marcó el inicio de la enérgica respuesta de los gobiernos de Europa a las exigencias extremadas de la revolución. Una respuesta ya esbozada por Windischgrätz en las calles de Praga y que en la segunda parte de 1848 alcanzó igualmente a Viena y Berlín. La otra consecuencia fue, quizá, por el momento, menos concreta. Pero a la larga mucho más decisiva. Fue en las calles de París y a consecuencia de la represión organizada por Cavaignac donde surgió la convicción de que los intereses de la burguesía y de los obreros industriales eran imposibles de conciliar. Junio de 1848 consolidó el mito de la lucha de clases que, años después, la Comuna de 1871 se encargaría de reafirmar. En esta fecha terminaron los socialismos soñadores, gradualistas, democráticos, directos herederos del siglo XVIII, y pasaron a ocupar su lugar las radicales concepciones derivadas del materialismo histórico. Karl Marx, que en 1848 tenía 30 años, se convertiría en el pretendido profeta de la situación nueva surgida con las jornadas parisinas de junio.

*La derrota de Piamonte*

En lo que respecta al desarrollo de los acontecimientos, sólo se produjo la excepción italiana al control general que sobre la revolución fueron consiguiendo en toda Europa los sectores más moderados. El general austríaco Radetzky, en Italia, actuó de forma similar a como se había conducido Windischgrätz en Praga. Prácticamente al margen de las indicaciones del gobierno liberal de Viena, dispuesto a defender el Poder imperial en momentos en que el emperador Fernando se había mostrado incapaz de hacerlo, decidió pasar a la ofensiva. Y el 25 de julio de 1848 Radetzky derrotó por completo a las tropas piamontesas en Custozza. El ejército de Carlos Alberto hubo de replegarse sobre el Tesino y se vio obligado a evacuar Milán. Los esfuerzos de Giuseppe Garibaldi que, después de sus años en América, se había incorporado a la lucha revolucionaria en junio del 48 y había sido nombrado general por los milaneses sublevados, resultaron inútiles en su intento de frenar a los austríacos en la región de los lagos. El 9 de agosto, el general Salasco, en nombre del reino de las Dos Cerdeñas, firmó un armisticio, por el que se comprometió a la retirada de todos los territorios ocupados en el reino lombardo-véneto. Desde su nueva posición de fuerza, el Imperio rechazó una vez más el consejo de Francia y Gran Bretaña de que cediera la Lombardía a Piamonte. Francia, por su parte, recién vencida la nueva revolución de junio, rehusó apoyar a Carlos Alberto. Garibaldi fue obligado a desmovilizar. Y hubo de avenirse a ello después de mantener, ya firmado el armisticio, una campaña guerrillera de doce días contra los austríacos, fruto de lo aprendido en los años pasados en Uruguay.

*La radicalización del movimiento revolucionario en Italia*

Fue la derrota de Piamonte, en lo que luego se llamó la primera guerra de la independencia, lo que produjo en Italia la radicalización del movimiento revolucionario. El Imperio austríaco, por debilitado que estuviera, se había mostrado un enemigo no fácil para los piamonteses, si éstos actuaban aislados. No parecía posible la unificación de Italia por las armas. Además, el comportamiento de Carlos Alberto había supuesto una desilusión para los patriotas italianos, que habían visto en su acción contra los austríacos y en favor de los lombardos, más un intento de ensanchar los límites de su reino que el deseo sincero de llevar adelante la unificación de la península. La derrota de Custozza brindó a Giuseppe Mazzini, hasta el momento marginado, la posibilidad de imponer sus ideas de reunificar Italia bajo el signo republicano y democrático.

*La revolución en Venecia*

La primera manifestación del cambio de orientación en el proceso italiano fue la revolución veneciana que llevó a proclamar la independencia de la República de Venecia, en septiembre de 1848. Los dos hombres que lo consiguieron fueron Daniele Manin (1804-1857), un íntimo colaborador de Mazzini, y Niccolò Tommaseo, uno de los destacados católicos liberales del momento. Ambos fueron libertados de la cárcel donde se hallaban por la multitud sublevada contra los austríacos. Durante los meses de su prisión, Tommaseo había terminado de traducir los Evangelios al italiano. Se convirtió en defensor de la República restaurada. Durante el año escaso que mantuvo su independencia, ocupó los cargos de ministro de Instrucción pública y, más adelante, de embajador en París. Tommaseo acabó enfrentado con Manin, ante la pretensión de éste de unir Venecia a Piamonte. Por la misma razón fue siempre un decidido adversario de Cavour.

*La división del movimiento revolucionario vienés*

La nueva fuerza que el movimiento revolucionario tomó en Italia no puede hacer olvidar que en el resto de Europa había cambiado el signo de la situación. Después de las victorias de Windischgrätz en Praga y Radetzky en Custozza, en Viena se produjo la división de los revolucionarios, de forma similar a como había tenido lugar en París durante las jornadas de junio. El 23 de agosto de 1848 la capital austríaca se vio sorprendida por las luchas entre burgueses y trabajadores. Igual que en París, la Guardia Nacional no tuvo inconveniente en enfrentarse con los obreros industriales. Esta división favoreció al emperador —o, más bien, dada la inhibición de Fernando I, a los partidarios de un Poder fuerte—, pues se correspondió con los enfrentamientos que se produjeron en el seno de la Asamblea constituyente que llevaba funcionando en Viena desde el mes de mayo. La Corte contaba en el seno de la Asamblea con el apoyo de los diputados eslavos, hostiles a la revolución, apegados a las autonomías de los distintos territorios del Imperio, y enfrentados por todo esto con los liberales germanos, partidarios de un régimen democrático y de una Constitución centralista.

*El rechazo croata de la magyarización*

En septiembre del 48 entró un nuevo factor en acción. El intento de magyarización de los antiguos territorios de la corona de San Esteban, tan ardorosamente impulsado por el gobierno provisional húngaro, produjo el levantamiento de los croatas. Dirigidos por el *ban* Jelačić (1801-1859) 40 mil croatas se dirigieron contra los húngaros. El Imperio, aunque no públicamente, apoyó a los croatas. Lajos Kossuth tomó por su parte la

dirección dictatorial del movimiento nacional húngaro. Nombrado presidente del Comité de defensa el 27 de septiembre, dos días más tarde lograban derrotar al ejército croata en Pakosd. Fue esta victoria la que impulsó al gobierno de Viena a tomar la defensa de los croatas derrotados. Pero cuando se inició el envío de tropas para combatir a los húngaros, Viena se sublevó de nuevo (6-X). El emperador y la Corte hubieron de salir de la capital para refugiarse en Olmütz, acompañados por la mayoría moderada de la Asamblea constituyente.

*El gobierno Schwarzenberg y el cambio de emperador*

Fue en Olmütz donde acabó de formarse el grupo de políticos, diplomáticos, grandes señores y hombres de negocios decididos a salvar la monarquía y el Estado contra el liberalismo, los nacionalismos que amenazaban con desintegrar el Imperio y los intentos unitarios de la Asamblea de Frankfurt. La cabeza de este grupo fue el príncipe Félix Schwarzenberg (1800-1852). Antes incluso de que formara gobierno, Viena quedó liberada por la acción de las tropas de Windischgrätz que la ocuparon en lucha con los revolucionarios, entre el 29 y 31 de octubre. El 21 de noviembre Schwarzenberg formó un ministerio integrado por hombres capaces y decididos, tales como Stadion y Alexander von Bach (1813-1893). El 27 presentó su programa al *Reichstag.* Su objetivo era reforzar la autoridad del Imperio mediante la centralización autoritaria, aunque respetara los principios liberales básicos, y un desarrollo económico que reforzase los lazos entre los distintos territorios que se integraban en el Imperio. El paso siguiente dado por Schwarzenberg fue reemplazar al incapaz emperador Fernando por su sobrino Francisco José (2-XII) que tenía entonces solamente 18 años. Así inició su reinado el emperador que moriría en 1916, después de 58 años de gobierno.

*La Constitución austríaca y el fin del régimen señorial*

Consolidada la situación en el centro del país, Schwarzenberg ordenó a Windischgrätz que avanzara contra los húngaros. En los primeros días de diciembre los austríacos invadieron Hungría. El 5 de enero tomaron Budapest y rechazaron al ejército magyar más allá del río Tisza. Sólo quedaba un problema y el jefe de gobierno, con el pleno respaldo del emperador, lo solucionó con parecida energía: el *Reichstag* recibió la orden de salir de Viena y trasladarse a Kreimser (Moravia), donde podría continuar sus deliberaciones. Poco después se dictó su disolución y el emperador Francisco José otorgó una Constitución (4-III-1849), basada al mismo tiempo en la unidad del Imperio, la igualdad dentro de él de los distintos territorios nacionales y una cierta forma de representación. Esta Constitución fue completada con decretos en los que se declaró abolido el régimen señorial, se crearon municipalidades y se reformó el sistema judicial. Para el éxito de estas reformas y la plena pacificación del Imperio, Schwarzenberg se procuró el apoyo diplomático de Rusia.

*El gobierno Brandenburg y el fin de la Asamblea prusiana*

En Prusia la situación evolucionó siguiendo casi paso a paso el ejemplo austríaco. Ya las noticias de las jornadas de junio en París habían impulsado a Federico Guillermo IV a prescindir del ministerio liberal nombrado en marzo. Cuando se supo en Berlín lo que había sucedido en Viena a finales de octubre, el rey, apoyado por el zar Nicolás I, los altos mandos militares y el sentido conservador del pueblo, se decidió a enfrentarse con la Asamblea constituyente.

La Asamblea había sido designada en las elecciones que tuvieron lugar entre el 1 y el 3 de mayo de 1848. En la Prusia renana, así como en Königsberg, la capital de la Prusia oriental, existía una vigorosa tradición liberal que encontró un marco adecuado para hacerse representar en la Asamblea. Sus sesiones comenzaron el 22 de mayo y en otoño no habían llegado aún a ninguna conclusión positiva, salvo la petición de que fueran expulsados del ejército los oficiales contrarios al nuevo régimen. Alentado por el ejemplo de Windischgrätz, Federico Guillermo IV confió sus tropas berlinesas al general Wrangel (1784-1877), que en septiembre acabó con las agitaciones obreras en la capital. Después, como réplica a una moción de simpatía con los vieneses votada por la Asamblea (31-X), nombró un ministerio presidido por un hombre enérgico, Friedrich Wilhelm von Brandenburg (1792-1850) —hijo de Federico Guillermo II y de su esposa morganática, Sofía de Donhoff—, que fue la réplica prusiana de Schwarzenberg. Von Brandenburg proclamó el estado de excepción en Prusia y obligó a la Asamblea a que se trasladase a la ciudad de Brandenburg. El 5 de diciembre de 1848 el rey decretó la disolución de la Asamblea. Más adelante (31-I-1850), Federico Guillermo IV concedió una Constitución a Prusia. Los restantes príncipes alemanes siguieron la línea de conducta marcada por Prusia: si es cierto que habían triunfado los principios básicos liberales, había sido a costa de marginar la democracia y la soberanía popular.

*La cuestión de los ducados*

La otra cuestión de interés que vivió Alemania durante los meses densos de 1848, fue el desarrollo de la Asamblea Nacional que había iniciado sus debates en Frankfurt el 18 de mayo. Uno de los hechos que contribuyó a elevar el grado de exaltación nacionalista fue la cuestión de los ducados de Schleswig y Holstein y sus relaciones con Dinamarca. En los ducados, en marzo, había triunfado la revolución. Se separaron de Dinamarca y eligieron un soberano. Cuando los daneses intentaron restablecer su autoridad, un ejército prusiano al que se unieron voluntarios de toda Alemania acudió a defender los ducados y rechazó al ejército danés al otro lado del Eider.

En el verano se reprodujo la tensión cuando Federico VII de Dinamarca (1808-1863) decidió unilateralmente la anexión de los ducados a su reino. La Asamblea de Frankfurt decidió confiar a Federico Guillermo de Prusia la defensa de esas parcelas de territorio alemán. Pero Rusia y, especialmente, Gran Bretaña declararon que iría contra sus intereses y tradiciones que el estrecho del Sund quedara controlado por los prusianos. Federido Guillermo hubo de avenirse a la presión internacional y llegó con Dinamarca a la firma del armisticio de Malmö (26-VIII). La situación de los ducados quedó sometida a las decisiones de una conferencia internacional que se abrió el 30 del mismo mes. No se llegó por el momento a ningún acuerdo y la cuestión sería más adelante discutida en la conferencia de las Cinco Potencias que se celebró en Londres (1851-1852).

*La inoperancia de la Asamblea de Frankfurt*

Pero todo esto, unido a la decisión de Federico Guillermo de prescindir de su gobierno liberal, hizo que cambiara la actitud de la Asamblea de Frankfurt respecto a Prusia y su monarca. El sector radical de la Asamblea —los republicanos unitarios— provocaron un alzamiento armado (16/18-IX) que fue rápidamente reprimido por las tropas de Austria y Prusia. La decisión inicial de la Asamblea de que fuera el rey de Prusia el que presidiera la Alemania unida cuya Constitución estaban preparando, se vino abajo por lo que

entendieron como traición de Federico Guillermo a los supremos intereses de Alemania. Lo cual, unido a la polémica que agitaba a la Asamblea en torno a la cuestión de la *Grosse* o *Klein Deutschland,* condujo a la decisión, a finales de 1848, de que la gran Alemania fuera dirigida por Austria y tuviera a su joven emperador como presidente. Pero en esa Alemania, junto con todos los Estados alemanes, incluida Prusia, sólo estarían presentes los territorios germánicos del Imperio. La respuesta ya conocida de Schwarzenberg fue condicionar la creación de la *Grosse Deutschland* a la inclusión en ella de todos los territorios y pueblos del Imperio de Austria. Cerrado por segunda vez el camino, la Asamblea se hubo de conformar con publicar en diciembre de 1848 una Declaración de los Derechos del Pueblo Alemán.

*La nueva Constitución republicana francesa*

También en Francia, durante los meses finales de 1848, se percibió un similar control moderado del proceso revolucionario. La labor de la Asamblea culminó en la nueva Constitución de 14 de noviembre. Su espíritu era plenamente democrático: la sobernía popular quedó expresada en que la elección, tanto de la única Asamblea legislativa como del presidente de la República sería por sufragio universal. En ella quedaban reconocidos todos los derechos y libertades del individuo —incluida la libertad de enseñanza. La responsabilidad ministerial implicaba un régimen parlamentario; y al decidirse que los diputados recibirían un sueldo por ejercer su función se proclamó que todos y cada uno de los ciudadanos franceses podrían llegar a ser representantes. Pero pesó la experiencia de las jornadas de junio: se abandonó la descentralización administrativa por temor a la anarquía; y no figuró en la Constitución el derecho al trabajo para evitar el incremento del socialismo. Se diseñó un gobierno fuerte y se estimó que quedaba eliminado todo peligro de Poder personal mediante la limitación a cuatro años del ejercicio presidencial y la prohibición de su reelección inmediata.

*Las elecciones presidenciales*

La Asamblea puso en vigor la nueva Constitución tan pronto como fue posible. El primer paso fue la elección de presidente de la República. Concurrieron muchos candidatos. Y el 10 de diciembre de 1848 resultó elegido, ante la sorpresa de no pocos, el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del emperador y revolucionario en Italia en 1830 y 1831. Bonaparte obtuvo una considerable mayoría de 5.400.000 votos, muy por delante de su más directo contrincante, el general Cavaignac, el hombre de junio, que sólo alcanzó millón y medio de sufragios. Ledru-Rollin, demócrata, no pasó de 400 mil. Menos aún obtuvo el candidato socialista, Raspail: 40 mil. Y aún menos Alphonse de Lamartine, que sólo recibió 18 mil votos favorables a su candidatura a la presidencia de la II República.

*Luis Napoleón, presidente de la II República*

El príncipe elegido era casi un desconocido en el país. Fue posiblemente su nombre el que le proporcionó la victoria. Votaron por él burgueses, campesinos y trabajadores. Los conservadores, que habían hecho un pacto con él para sostener el orden y la religión, le facilitaron los hombres que formaron su primer ministerio y entre los que destacaron Odilon Barrot y Alfred Frédéric Falloux (1811-1886). Si es verdad que la Francia

católica había acogido muy favorablemente en febrero el derrocamiento de Luis Felipe y la implantación del sufragio universal —de los 240 mil electores del sufragio censitario se pasó a un voto predominantemente campesino, muy afecto aún a la religión —las jornadas de junio que habían ocasionado el asesinato del arzobispo de París, mons. Affre, cuando intentaba mediar entre los sublevados y el ejército, dieron un vuelco sensible a este voto que se dispuso a respaldar al candidato que más garantías ofreciera frente a la revolución extrema. Y el elegido fue el príncipe Luis Napoleón. Ya en 1849, con motivo de las primeras elecciones para una Asamblea legislativa, se acentuó la tendencia conservadora de la República. Fueron los conservadores, los legitimistas y los bonapartistas los que dominaron ampliamente la nueva Asamblea. Una vez más se comprobaba que una cosa eran los sectores radicalizados de la capital, París, y otra el conjunto de la nación.

**El general Cavaignac (1802-1857).** *Este cuadro de Lafosse, que representa al general Louis Eugène Cavaignac, se presentó en el Salón de 1849. Fue para unos la imagen del héroe que había salvado la República de los desmanes democráticos y socialistas; para otros, la del traidor que había impedido, en junio de 1848, la posibilidad de una reforma radical de Francia. Cavaignac era parisino, nacido bajo el Consulado. Alumno de la Escuela Politécnica, militar, después de la revolución de 1830 manifestó sin ambages sus convicciones republicanas, por lo que fue enviado al ejército de Africa, en 1832. La estrella de Cavaignac comenzó a brillar a partir del momento en que la monarquía de Luis Felipe optó por la completa ocupación del territorio argelino. Se distinguió en varios encuentros, especialmente en la defensa de Cherchell (1840), donde fue herido. Cuatro años más tarde se encontró en la batalla de Isly, en la que hizo un buen papel al frente de la vanguardia. Al estallar en febrero la primera revolución de 1848, Cavaignac se encontraba aún en Africa. Volvió a la metrópoli al ser elegido diputado de la Asamblea constituyente. Tras los disturbios del 15 de mayo el general Cavaignac fue nombrado ministro de la Guerra. Y desde ese puesto le tocó enfrentarse con la nueva revolución que agitó las calles de París y las cubrió de barricadas entre el 23 y el 26 de junio del mismo año 48. Con el apoyo de la Guardia Nacional, tan reticente ante Luis Felipe, la revolución fue vencida. Cavaignac, a causa de su éxito, fue nombrado por la Asamblea presidente del Poder ejecutivo y estableció una verdadera dictadura. Fue también Cavaignac el encargado de llevar a cabo las elecciones presidenciales que tuvieron lugar el 10 de diciembre y que, muy comprensiblemente, perdió. El general que había derrotado a las masas, no recibió más que la quinta parte del sufragio. Sus 1.448.302 votos fueron ampliamente superados por los 5.434.226 que consiguió el príncipe Luis Napoleón Bonaparte. Cavaignac cedió el Poder al vencedor y pasó a la oposición. Como Tocqueville, sufrió algunos días de arresto por su protesta ante el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Diputado por París en el Cuerpo legislativo, nunca accedió a jurar fidelidad al emperador. El general Cavaignac, héroe o traidor de junio del 48, permaneció republicano hasta la muerte, que le llegó, en el Château d'Ourne, Sarthe, el 28 de octubre de 1857.* (Giraudon. Paris.)



## 4. Pío IX, Mazzini y las Repúblicas italianas

*El momento de Mazzini*

La derrota piamontesa en Custozza, ante los austríacos de Radetzky, produjo en Italia un giro en los movimientos revolucionarios, cuya primera manifestación fue la proclamación de la República de Venecia. El hombre clave de la nueva situación pasó a ser Giuseppe Mazzini (1805-1872). En coincidencia con el retroceso de la revolución en Francia y en Europa central –en los países germánicos–, Italia vivió, desde finales del 48 a mediados del año siguiente, unos meses agitados que se caracterizaron por la expulsión de los gobiernos legítimos y la instauración de Repúblicas en diversos Estados italianos. Consolidada la República veneciana, el paso siguiente fue el triunfo de la revolución en Roma.

*Las reformas políticas en los Estados Pontificios*

Pío IX, a lo largo del año 48, había hecho determinadas concesiones a los principios liberales en lo que se refiere al gobierno de los Estados Pontificios. Obviamente ninguna de estas concesiones –gabinete integrado por una mayoría de laicos, Constitución, etc.– tuvo nada que ver con la dirección de la Iglesia universal, que siguió plenamente en manos del que era Vicario de Cristo. No fue posible conseguir una estabilidad política en Roma. De manera cada vez más insistente, a partir de la derrota de Custozza se comenzó a hablar de la "traición" de Pío IX a la causa nacional italiana. Como ya se ha indicado, el *Risorgimento* tuvo, junto a los matices meramente políticos, un componente de sentimentalismo religioso que hizo que algunos de los sectores que se integraron en él manifestaran una profunda hostilidad a la Iglesia.

*La huida de Pío IX de Roma*

Las críticas contra el Papa afectaron inevitablemente a los hombres que fueron sucediéndose con excesiva rapidez al frente del gobierno de los Estados Pontificios. El punto culminante se alcanzó cuando, el 15 de noviembre de 1848, fue asesinado en Roma el conde Pellegrino Rossi (1787-1848), cuarto presidente del Consejo de ministros romano. Rossi había sido atacado por los demócratas que le reprochaban su excesivo autoritarismo; y también por los sectores más conservadores, que le echaban en cara su laicismo. Tras su asesinato, la situación se hizo insostenible para el Papa en Roma. A finales de noviembre, Pío IX se vio obligado a huir de la Ciudad Eterna. Utilizó para ello el coche del embajador español, Martínez de la Rosa, en el que pudo llegar a Gaeta, fuera ya de sus Estados, en el norte del reino de las Dos Sicilias.

*La proclamación de la República romana*

En Roma se formó un gobierno provisional y se convocó la habitual Asamblea constituyente. El 21 de enero de 1849 se proclamó la nueva Constitución que instauró la República romana bajo la dirección de un triunvirato formado por Giuseppe Mazzini, Armellini (1777-1863) y Aurelio Saffi (1819-1890). El artículo I del decreto de instauración del nuevo régimen declaraba al Papa "despojado de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado romano". El siguiente artículo especificaba que "El Pontífice

romano tendrá todas las garantías necesarias para el ejercicio de su Poder espiritual". El artículo III sintetizaba con claridad los objetivos del nuevo Estado: "La forma del gobierno del Estado romano será la democracia pura y tomará el nombre glorioso de República romana". También estuvo presente en Roma por estas fechas y durante estos acontecimientos, como protagonista activo, Giuseppe Garibaldi (1807-1882). Había sido elegido diputado del Parlamento de Turín, formado a raíz de la promulgación del Estatuto Real. Pero Garibaldi no era un político sino un hombre de acción, un *condottiero.* En lugar de ocupar su escaño, reunió a 60 hombres y en un pequeño barco puso rumbo a Sicilia con el propósito de apoyar a los sublevados contra Fernando II. Enterado del asesinato del conde Rossi, cambió sus planes y se dirigió a Roma. Junto a Mazzini, Garibaldi fue elegido diputado de la nueva Asamblea romana. El Papa, desde Gaeta, protestó enérgicamente contra esta usurpación y reclamó la ayuda de Francia, Austria, España y Dos Sicilias para conseguir la recuperación de sus Estados.

*Los problemas de Piamonte y la reanudación de la guerra*

En Turín, el Parlamento del que formaba legalmente parte Giuseppe Garibaldi, había logrado derribar tres gobiernos entre marzo y diciembre de 1848. En esta última fecha, Carlos Alberto confió la presidencia del ministerio a Gioberti, que presidió unas elecciones para la Cámara legislativa (I-1849) que se tradujeron en una victoria de los radicales democráticos. La situación en el reino de las Dos Cerdeñas no era nada tranquilizadora. Junto al dominio progresivo que en el orden político iban consiguiendo los grupos políticos más extremos, el Estado vivía una profunda crisis económica que la guerra contra Austria no había hecho sino agravar. Si los recursos habituales del reino eran de 73 millones de liras anuales, al iniciarse 1849 tenía una deuda pública de 170 millones. En esta situación Gioberti no pudo mantenerse y en marzo fue sustituido por Rattazzi (1808-1873) que contaba con el apoyo de la mayoría parlamentaria. La primera decisión del nuevo gobierno fue romper el armisticio concertado el año anterior con el Imperio austríaco y reanudar la guerra.

*Novara y la abdicación de Carlos Alberto*

Esta noticia tuvo un eco inmediato en el gran ducado de Toscana. Leopoldo II fue expulsado de sus Estados y se refugió en Gaeta junto a Pío IX. En Florencia se proclamó la República toscana, que quedó bajo la dictadura democrática del triunvirato formado por Guerrazzi (1804-1873), Mazzoni (1810-1879) y Montanelli (1813-1862). Se habían ya iniciado conversaciones con vistas a un acercamiento de la nueva República a la República romana, cuando, tras una breve campaña de seis días, el ejército piamontés fue de nuevo aplastado por Radetzky en Novara (23-III-1849). En el mismo campo de batalla Carlos Alberto abdicó en su hijo, que pasó a ser Víctor Manuel II (1849-1878). Piamonte hubo de firmar un nuevo armisticio en Vignale al día siguiente de la derrota, más duro que el anterior. No sólo se obligaba a abandonar todas sus anteriores conquistas; debía pagar también a Austria una indemnización de guerra de 75 millones de liras y permitir que el ejército imperial ocupara Alessandria.

*El fin de la República toscana*

De la misma forma que la reanudación de la guerra con Austria había traído la creación de la República toscana, la derrota piamontesa produjo su desaparición. Dentro del

mismo mes de marzo de 1849 los austriacos devolvieron sus Estados al gran duque Leopoldo II. Si Custozza marcó en 1848 el fin de la primera oleada revolucionaria en Italia, Novara supuso, en 1849, el inicio de la eliminación de las distintas Repúblicas –Venecia, Roma, Florencia– que los mazzinianos habían logrado instaurar en la península.

*La intervención franco-española*

Ya había ocupado Austria el norte de los Estados pontificios sublevados contra el Papa –las Legaciones– cuando el príncipe-presidente de la II República francesa, Luis Napoleón Bonaparte, decidió intervenir en Italia. Se sintió empujado a ello tanto por el deseo de evitar un incremento del poder austriaco en la península itálica, como por el apoyo que en Francia había recibido del voto católico; un apoyo que a Luis Napoleón, el hombre que en 1830-1831 había dirigido precisamente la sublevación de los Estados Pontificios contra Pío VIII, le interesaba mucho conservar. El presidente francés llegó a un fácil acuerdo con el general Narváez, que presidía el gobierno en Madrid, y se formó una expedición franco-española con el objeto de devolver sus Estados a Pío IX. El ejér-

**Giuseppe Mazzini (1805-1872).** *El grabado, una estampa popular no muy afortunada, recoge el rostro del revolucionario por antonomasia, el terror de los gobiernos europeos por los años centrales del XIX: Giuseppe Mazzini. Formado en Rousseau y Saint-Simon, se unió a los carbonarios en 1829, aunque pronto se separó de ellos: había pasado la hora de los conspiradores románticos, como Buonarroti. Mazzini, después de las revoluciones fallidas de 1830-1831, estrenó nuevos métodos que respondían a unas también nuevas actitudes: universalidad y sentido popular, republicanismo democrático. En 1831 fundó la* Giovane Italia. *Tres años más tarde la* Giovane Europa. *En 1837 se estableció en Londres, en donde permanecería hasta poco antes de su muerte. Un cambio de método, un cambio de actitudes: quizá lo más interesante de Mazzini fue lo que en él se encontró bajo ese doble cambio y que le dotó de una poderosa energía que no supo de desánimos, por más que su vida –salvo la anécdota de la República romana– no fuera sino un gran fracaso. La concepción liberal supuso la naturalización de todos los elementos que constituyen al hombre; también de la religión. La fe sobrenatural fue despreciada y toda la religiosidad natural identificada con la realización de objetivos puramente humanos. Los principios liberales y democráticos, la idea de la república, el anhelo de una patria unida y libre, quedaron sublimados por esta religiosidad rebajada. Mazzini, al perseguir estos objetivos no se propuso tan sólo alcanzar unas determinadas metas políticas, sino la regeneración de Italia y, a partir de ella, de Europa entera; por lo mismo que todo debería comenzar por regenerar al hombre. Tal fue el dinamismo interno de Mazzini y tal la razón de su fracaso cuando vino a chocar con el poderoso pragmatismo del conde de Cavour. Y si el gran patriota logró morir en Pisa, en la Italia unida, tuvo que hacerlo bajo nombre falso pues los tribunales piamonteses habían lanzado contra él una condena a muerte, que fue mantenida por la Justicia de la nueva Italia.*



cito expedicionario, mandado por los generales Oudinot y Fernández de Córdoba, desembarcó en Civittavecchia el 24 de abril de 1849.

*El fin de la República romana*

Se iniciaron las hostilidades. De forma indirecta, la presencia de las tropas franco-españolas en Italia ayudó a que Fernando II pudiera reconquistar Sicilia (V-1849) y restaurar el absolutismo. No fue igual de fácil la conquista de Roma. Los revolucionarios, dirigidos militarmente por Garibaldi, se defendieron bien. Oudinot sólo logró entrar en la Ciudad Eterna el 14 de julio. Garibaldi se retiró, sin dejar de luchar, a través de los pantanos romañolos donde, el 4 de agosto, perdió a su mujer, Anita, una fiel revolucionaria que pronto se transformó en mito. Luego, Garibaldi logró llegar a Turín. Y volvió a convertirse en una molestia para el gobierno piamontés que acabó por enviarlo de nuevo a América.

*El fin de la República veneciana*

Pío IX no volvió a su capital hasta el 12 de abril de 1850. Pero, mientras, los austríacos pusieron igualmente fin a la República de Venecia, que se rindió el 26 de agosto de 1849. Con esta capitulación terminó en Italia la revolución que la había agitado durante año y medio. El conjunto de todos estos movimientos arrojó un saldo negativo. Si por un lado, y como en tantos otros lugares de Europa, las agitaciones revolucionarias asustaron a la burguesía que se manifestó dispuesta a vincularse más estrechamente con la antigua aristocracia, los mismos revolucionarios no supieron abrirse a los sectores más populares de la población. Tanto los austríacos como los franco-españoles fueron muy bien acogidos por los campesinos. Para Mazzini fue un golpe muy duro el fracaso de estos años. De forma similar a como la inutilidad de los revolucionarios de 1831 marcó el final del predominio de las sociedades secretas y el inicio del prestigio de Mazzini, 1848-1849 supuso la sustitución práctica del republicano democrático por nuevas personalidades con nuevos métodos, capaces de llevar a término el proceso de la unidad política de Italia: el fracaso del republicanismo mazziniano puso al *Risorgimento* en manos de Cavour. Había llegado la hora de la diplomacia internacional.

*La reacción de los restaurados*

Como una consecuencia en cierto modo inevitable de tantos meses revolucionarios, llenos de cambios, agitaciones y sobresaltos, se produjo en Italia una reacción violenta por parte de los príncipes restaurados. En el reino de las Dos Sicilias se cometieron excesos de todo tipo, similares, por lo demás y por desgracia, a los que habían llevado a cabo los revolucionarios. Fernando II instauró un fuerte régimen policíaco. Algo parecido, al menos en líneas generales, fue lo que sucedió en los Estados Pontificios. Giacomo Antonelli (1806-1876), cardenal desde 1847 —aunque nunca recibió el presbiterado— en que pasó a presidir la *Consulta di Stato,* el organismo de las reformas creado por Pío IX, fue nombrado por el Papa secretario de Estado durante su estancia en Gaeta. Al cardenal Antonelli se le encomendó la pacificación de los Estados Pontificios. Una empresa ardua pues, como es sabido, con los reformadores —o, incluso, con los revolucionarios— que perseguían tan sólo objetivos políticos, se habían mezclado en Roma hombres que deseaban la destrucción de la misma Iglesia. El único resultado de la revolución en la península itálica fue el Estatuto Real otorgado por Carlos Alberto, mantenido por Víctor Manuel y cuya vigencia llegaría hasta Mussolini.

*El rechazo de la corona de Alemania por Federico Guillermo IV*

En comparación con estos agitados primeros meses de 1849 en Italia, la vida política alemana fue bastante más serena. Después de que Schwarzenberg se negara a incorporar Austria, sin los Estados no germánicos, al proyecto de unidad alemana elaborado por la Asamblea de Frankfurt, los diputados de la *Paulskirche* se vieron obligados a volver a su primera idea: la *Klein Deutchsland* con Federico Guillermo de Prusia a la cabeza. Este fue el acuerdo tomado el 28 de marzo de 1849: ofrecer al rey de Prusia la corona imperial de una pequeña Alemania. Pero Federico Guillermo IV rehusó (27-IV-1849). Las razones para su negativa fueron varias: al margen de la oposición de las potencias extranjeras, no le agradó la oferta por su procedencia democrática y por el temor de que pudiera reportarle un enfrentamiento con Austria que no deseaba en modo alguno. El mismo desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en los países germánicos había puesto una vez más de manifiesto el puesto central que el Imperio austríaco ocupaba entre ellos. Basta recordar cómo todas las decisiones de Berlín contra la revolución fueron un seguir paso a paso las medidas previas tomadas por Viena. También pesó en el ánimo de Federico Guillermo el hecho de que la oferta de la corona imperial no tenía el respaldo de todos los príncipes alemanes. De aceptarla podría verse obligado a imponerse por la fuerza sobre algunos Estados. Y estaban aún muy recientes los duros acontecimientos revolucionarios y la defensa que, contra ellos, se había hecho del principio de legitimidad como para que ahora, de inmediato, fuera de nuevo vulnerado. Una última razón de no escasa monta era lo mucho que desagradaba a Federico Guillermo que la inclusión de Prusia en el Imperio pudiera suponer la desvirtuación de sus Estados patrimoniales. Veinte años más tarde, Bismarck tendría que enfrentarse con el hermano y heredero de Federico Guillermo, ante la resistencia de éste a aceptar la corona imperial por el mismo temor de que Prusia perdiera su identidad dentro del nuevo Estado.

*Las agitaciones democráticas*

La negativa de Federico Guillermo supuso el fracaso de los esfuerzos unitarios de la Asamblea de Frankfurt. Esta se disolvió de hecho, aunque no de derecho. El 1 de mayo de 1849 se reprodujeron algunas agitaciones en Sajonia y otros Estados del oeste y suroeste, provocados por los partidarios de la unidad alemana a partir de principios populares y democráticos. El ejército prusiano aplastó, o contribuyó a aplastar, estas diversas intentonas. Se produjeron algunas detenciones y los que lograron escapar de los tribunales hubieron de refugiarse en el extranjero.

*La derrota de los republicanos húngaros*

Más azarosa fue la situación en el Imperio austríaco, a pesar del enérgico gobierno del joven emperador Francisco José y de su primer ministro Félix Schwarzenberg. En respuesta a un manifiesto imperial (4-III-1849) en el que se indicaba el propósito de convertir a Hungría en una simple provincia austríaca, la Dieta húngara, reunida en Debreczen, declaró depuestos a los Habsburgo y proclamó la República independiente de Hungría (14-IV-1849). El ejército húngaro, reorganizado por Kossuth, tomó la ofensiva, derrotó a Windischgrätz en Gödöllö, ocupó Pest (24-IV) y, poco después, también la ciudadela de Buda (21-V).

Pero Austria no vaciló en tomar medidas extremas. Schwarzenberg se dirigió al zar en petición de ayuda. Nicolás I accedió a la petición (1-V-1849) y tres ejércitos

rusos, mandados por Paskevich, el vencedor de los polacos en 1830, invadieron Hungría. El 13 de agosto los republicanos húngaros fueron derrotados por los rusos en la batalla de Világos y hubieron de capitular. Kossuth se refugió entre los otomanos. Otros jefes de la revolución húngara fueron fusilados. Austria sometió al país a un régimen centralista y policial. Quedó Hungría separada de los otros países que habían formado con ella la antigua corona de San Esteban. Fraccionada en distritos —en lugar de los antiguos condados— se convirtió en un territorio directamente dependiente de Viena. Pero no desapareció el nacionalismo húngaro.

*La victoria conservadora en las elecciones francesas*

También en Francia se asentó durante 1849 el nuevo sistema político. La Asamblea constituyente, que entró pronto en conflicto con el príncipe-presidente y su gobierno, decidió el 9 de febrero disolverse al iniciarse la primavera. Había pasado la crisis financiera y económica y ya casi no existía paro; pero los negocios continuaban deprimidos y así continuaron hasta el inicio de la buena coyuntura económica que se abrió hacia 1852. Las tensiones entre el gobierno y la Asamblea las pagó el partido republicano que resultó gravemente derrotado en las elecciones que, el 13 de mayo, se celebraron para la primera Asamblea legislativa. La victoria correspondió a la coalición integrada por los conservadores, los monárquicos y los católicos, que consiguió 450 escaños de una total de 750. Las izquierdas, por su parte, consiguieron unos 200 escaños.

*La anulación de los revolucionarios*

El triunfo de estos últimos grupos había sido bastante notable en París. Alentados por estos resultados, sus dirigentes fueron lo bastante imprudentes como para pensar que un nuevo golpe de Estado les devolvería el Poder. Lo intentaron el 13 de junio y el resultado fue un fracaso total. El pueblo no les apoyó y, debido a las numerosas detenciones, la izquierda quedó sin jefes: Ledru-Rollin, Considérant y Félix Pyat (1810-1889) se reunieron en Gran Bretaña con Louis Blanc, que había huido con motivo de las jornadas de junio del año anterior. Como consecuencia de la intentona, el gobierno que presidía Odilon Barrot tomó una serie de medidas represivas: quedó suspendido durante un año el derecho de asociación y se definieron nuevos delitos de prensa. Poco después, el 31 de octubre, el presidente Bonaparte se liberó de la tutela monárquica y formó un ministerio compuesto por sus partidarios. Y a la vez que procuraba mantener cuidadosamente su popularidad entre el ejército y el pueblo, consiguió hacerse con el control directo del gobierno. Al igual que en Italia y en los países germánicos, también se pudo considerar encauzada la situación en Francia al terminar 1849.

## 5. Los regímenes de autoridad

*El fin del Antiguo Régimen en Europa central*

En Europa central, el acto último que cerró estos movidos años no fue la restauración del Antiguo Régimen, un sistema que con la abolición de los señoríos desapareció por completo, sino la implantación de un nuevo régimen autoritario, tanto en los Estados

que integraban el Imperio austríaco, como también en buena parte de los países germánicos. Austria no había logrado impedir, en los años previos a la revolución, el proceso de integración económica alemana que Prusia había puesto en marcha en 1818 y había logrado consolidar al constituir en 1834, la *Deutscher Zollverein*. No pareció, al menos inicialmente, que este fracaso afectara mucho al Imperio, mientras dentro de la Confederación Germánica la dirección política siguiera estando en sus manos. Las últimas experiencias —la imposibilidad de constituir en contra o al margen de Austria la unidad nacional alemana proyectada por la Asamblea de Frankfurt— así parecieron confirmarlo. Pero a la vez nada de esto supuso que Prusia renunciara a la posibilidad de una hegemonía firme sobre los Estados alemanes.

*La Constitución prusiana y la Unión restringida*

Federico Guillermo promulgó una Constitución para su reino el 31 de enero de 1850. Censitaria y poco democrática, salvaguardaba los derechos ejecutivos del soberano a la vez que garantizaba algunas libertades individuales. La Constitución establecía dos Cámaras colegisladoras —cuyo derecho de disolución se reservó el rey— y el sistema electoral —la llamada ley de las tres clases— aseguró el dominio de las Cámaras a la aristocracia prusiana y a los grandes capitalistas. Esta Constitución estuvo en vigor hasta el final de la I Guerra Mundial, en 1918. Desde esta plataforma vagamente liberalizadora, pero en contraste evidente con la actitud austríaca de no conceder nada a los tiempos nuevos, Prusia, a propuesta de Radowitz (1797-1853), formó una liga con los reyes de Sajonia y Hannover (26-III-1850) con objeto de sustituir la Confederación Germánica por un nuevo tipo de unión. A este acuerdo de los principales Estados del norte alemán se le llamó la Unión restringida. La idea prusiana era llegar a una unidad parecida a la planteada por la Asamblea de Frankfurt pero con algunas modificaciones conservadoras que limaran los extremismos de demócratas y republicanos. En lugar de un emperador, la Unión tendría a su frente un colegio de príncipes. Los Parlamentos estatales se formarían mediante elecciones indirectas y no por sufragio universal. Y sobre la Unión pesaría en todo momento el veto decisivo de los distintos gobiernos.

*La negativa austríaca*

La reacción austríaca al proyecto prusiano no se hizo esperar. La diplomacia de Schwarzenberg logró alinear dieciocho Estados alemanes contra Prusia. Y si se llegó a reunir en Frankfurt un Parlamento de la Unión, fue sólo para comprobar que Sajonia y Hannover también abandonaban a Prusia y constituían con Baviera y Württemberg la llamada Liga de los Cuatro Reyes, proaustríaca y antiprusiana. En el Parlamento de Frankfurt se quedó sola Prusia, rodeada de 26 pequeños Estados satélites. La mayoría estaba con Austria.

*La "retirada" de Olmütz*

Félix Schwarzenberg dio entonces un paso más: convocó, de acuerdo con la antigua costumbre, una sesión plenaria de la Confederación y organizó un Comité Limitado de la Dieta hasta que ésta se reformara. Esto se convirtió en cuestión de urgencia práctica cuando el 1 de septiembre de 1850 una revolución en Hesse-Kassel provocó la expulsión de su elector. Conforme a los acuerdos tomados por la Unión en el Parlamento de Frankfurt, correspondía al rey de Prusia restaurar el orden en Hesse-Kassel. Pero de

acuerdo con los estatutos del antiguo *Bund,* fue a Baviera a quien se confió esa misión. Pareció que estaba a punto de estallar la guerra civil en Alemania. Schwarzenberg, seguro por el apoyo que le brindaba Rusia y la Liga de los Cuatro Reyes, presentó a Prusia un *ultimátum* (28-XI-1850, en Olmütz) y Federico Guillermo IV tuvo que pasar por la humillación ("retirada" de Olmütz) de aceptar la evacuación de Hesse y Holstein, y la disolución de la ya mermada Unión restringida. Austria no quiso discutir la reforma de la Confederación Germánica más que en las conferencias de los príncipes que tuvieron lugar en Dresde, del 23 de diciembre de 1850 al 15 de mayo de 1851. No se llegó a ningún resultado; en consecuencia se acordó volver a las antiguas instituciones. La Dieta de la Confederación Germánica reanudó sus sesiones el 23 de agosto de 1851. Los gobiernos de los Estados alemanes, libres del peligro de la revolución, no manifestaron mayor interés en volver a oír hablar de la unidad nacional. La vida política alemana quedó temporalmente bloqueada a consecuencia de la "retirada" de Olmütz.

**Joseph Wenzel Radetzky, conde von Radetz, mariscal de Austria (1766-1858).** *Todo el siglo XIX está cruzado por una pregunta tópica: cómo conciliar libertad y orden. Esta pregunta no tiene una posible respuesta unívoca. En ese siglo se barajaron y mezclaron tan diversos conceptos de libertad que no es de extrañar que fueran también muy diferentes las maneras de entender qué era el orden. La cuestión grave que la pregunta plantea se hizo sentir con especial fuerza en aquellos países en los que la revolución de 1848 eliminó los restos —tan adulterados como se quiera, pero restos al fin— del Antiguo Régimen. Si lo que la revolución aventó no era, por supuesto, el Régimen ideal, era al menos un Régimen conocido y que, mal que bien, funcionaba. Se comprende el desconcierto que produjo su caída —el príncipe de Metternich teniendo que refugiarse nada menos que en Londres— y la dificultad para reconstruir la estructura derrumbada, cuando ya su elemento esencial —el régimen señorial de la propiedad— había sido definitivamente eliminado. Después de 1848 no tuvo lugar una restauración del Antiguo Régimen —algo similar a lo que se intentó en 1815— sino que aparecieron los puros y simples regímenes de autoridad, imitación formal —sin su sustancia— del sistema desaparecido. No puede extrañar que en la transición del Antiguo Régimen a estos regímenes de autoridad jugaran un papel decisivo los militares tradicionales, acostumbrados a obedecer. Uno de estos hombres fue aquél cuya imagen acompaña a estas líneas: Joseph Wenzel Radetzky. Había nacido en Trebnitz, Bohemia, el 2 de noviembre de 1766. Ingresó en el ejército a los 18 años y ya no salió de él. Luchó contra los turcos y contra los franceses, en las guerras de la Revolución y del Imperio. Comandante en jefe de las tropas austríacas en el reino lombardo-véneto, en 1831, allí recibió cinco años más tarde el bastón de mariscal de campo. Y si en 1848 fue sorprendido por la revolución milanesa, Radetzky, en paralelo con Windischgrätz, hizo valer, frente a los revolucionarios que habían logrado conmover al viejo Imperio, el principio de autoridad. Custozza y Novara, las reconquistas de Milán y Venecia, fueron sus triunfos. Y en Milán, como un símbolo de la autoridad restaurada, permaneció Radetzky hasta su muerte, en 1858. Su nombre nos ha quedado envuelto en los acordes de la marcha biensonante que en su honor compuso Johann Strauss.*



*De la diarquía a la oposición austro-prusiana*

Si el nacionalismo persistió —e incluso se incrementó en algunos sectores— fue a impulso de otros motivos, especialmente los progresos económicos realizados por la *Zollverein*. Alemania, después de los dos años revolucionarios, comenzó a percibir las ventajas de la industrialización cuyas bases se habían asentado esforzadamente a partir de 1815. El grupo social que más directamente se benefició, en un primer momento, de este enriquecimiento —la burguesía capitalista— fue también el que más directamente tendió a favorecer un movimiento de integración política y legislativa, en torno al Estado alemán que pareció en mejores condiciones de llevarlo a cabo: Prusia. Austria y las monarquías del sur de Alemania (Baviera, Württemberg), partidarios tan sólo de reformas limitadas, continuaban oponiéndose a la unidad política alemana; pero lo cierto es que ésta pasó cada vez más a depender del equilibrio entre Austria y Prusia. Cuando la situación se desniveló a favor de Prusia, la unidad de Alemania llegó casi irremediablemente.

*La ley Falloux, en Francia*

Francia, de forma evidentemente distinta de la evolución de los países germánicos, también estableció un cierto control progresivo de las libertades radicales contenidas en la Constitución de noviembre de 1848. Uno de los aspectos en que esto se hizo presente fue en la cuestión de la enseñanza. El 15 de marzo de 1850 se promulgó la ley Falloux. En razón de la aún aplastante mayoría católica del país, la Iglesia pasó a encargarse de la enseñanza primaria y se reconoció igualmente su libertad para abrir colegios desde los que se pudiera impartir la enseñanza secundaria. De acuerdo con el principio de libertad de enseñanza proclamado por la Constitución, la Iglesia quiso abrir Universidades para completar el ciclo educativo y garantizar una enseñanza confesional frente al acentuado laicismo —que en muchos casos llegaba a un declarado anticristianismo— predominante en la Universidad oficial, la vieja Universidad napoleónica que había permanecido inalterada a través de todos los cambios políticos.

*La restricción del sufragio universal*

Alarmada por el incremento de los votos en favor de los sectores democráticos, la Asamblea restringió notablemente el sufragio universal. Por la ley de 31 de mayo de 1850, que fijaba rigurosas condiciones de residencia, se redujo el número de electores en tres millones —es decir, en un tercio—, y una ley de prensa volvió a poner en vigor la fianza y el timbre para los periódicos. La muerte de Luis Felipe en el exilio británico (26-VIII-1850) pareció un buen momento para que se produjera una reconciliación entre los dos grupos políticos monárquicos que existían en Francia: legitimistas y orleanistas. Pero el conde de Chambord, el nieto y heredero de Carlos X, se negó a hacer ninguna concesión a los principios liberales y la avenencia posible quedó, por el momento, aplazada. De todas formas el hecho decisivo dentro de la vida de la II República fue el antagonismo creciente entre el príncipe-presidente y la Asamblea. La pluralidad de corrientes políticas hacía muy difícil conseguir mayorías estables. Ya en el otoño de 1850 resultaba evidente este conflicto que acabaría por producir la desaparición de la República a finales de 1852.

*Las consecuencias de las revoluciones*

De forma sucinta puede decirse que el resultado de las conmociones revolucionarias se redujo a la implantación en Francia del sufragio universal —incluso con las restricciones

apuntadas— y al reconocimiento, también en Francia, del principio de la soberanía nacional. Italia conservó el Estatuto Real otorgado por Carlos Alberto al reino de las Dos Cerdeñas. Y en algunos Estados alemanes se mantuvieron vigentes las Constituciones liberales. De forma indirecta, en otros países europeos que no resultaron afectados por la revolución, también se produjeron algunos cambios políticos. En Bélgica se amplió el censo electoral y se llevó a cabo una reforma administrativa. Los Países Bajos obtuvieron una Constitución reforzada por la autonomía provincial. Ambos países consiguieron el establecimiento de regímenes parlamentarios. Dinamarca y Suecia se transformaron en monarquías constitucionales: la primera, por la Constitución de 1849; y Suecia en razón de la reforma de la Dieta en 1851. Suiza, aunque conservó su título de Confederación Helvética, se convirtió de hecho en un Estado federal. Se hizo lo posible por olvidar los recuerdos de la guerra civil de 1847; las presiones extranjeras ayudaron a que la opinión pública se integrara en defensa de su régimen peculiar; y el desarrollo económico robusteció la independencia nacional suiza. Para terminar, y en lo que respecta al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, los intentos de una reforma electoral fueron acogidos con indiferencia: el país estaba absorbido en su transformación económica, social y religiosa.

## Bibliografía

Para el estudio de las revoluciones que se producen en Europa a partir de 1848 pueden verse *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*. París, 1948; así como el número monográfico que en mayo de 1949 dedicó la revista "Arbor" a este mismo tema. Junto a artículos valiosos, Gonzalo Fernández de la Mora se ocupó de la bibliografía sobre la revolución del 48 en unas páginas que conservan aún todo su valor. Entre las obras de conjunto dedicadas a estas revoluciones destacan la ya antigua de Félix PONTEIL (su primera edición francesa es de 1937), *La revolución de 1848*. Madrid, 1966; la de Priscilla ROBERTSON, *Revolutions of 1848. A Social History*. Princeton, 1967, que trata de los acontecimientos revolucionarios en Francia, Alemania, el Imperio austriaco e Italia. J. SIGMANN aborda ampliamente el mismo tema en *1848. Les Révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe*. París, 1970. Y de él se ha ocupado igualmente Jacques GODECHOT, *Les Révolutions de 1848*. París, 1971. En conexión estrecha con estas revoluciones se encuentra el tema del nacionalismo. Una cuestión innegablemente compleja pero de conocimiento obligado por las pesadas consecuencias que entraña. Félix PONTEIL se ocupó de ella en *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848)*. "Peuples et civilisations", XV, 1968; así como Boyd C. SHAFER, *Le nationalisme. Mythe et realité*. París, 1964. Ha sido abordado también por P. BENAERTS, H. HAUSER, F. L'HUILLIER y J. MAURIN, *Nationalité et nationalisme (1860-1878)*. "Peuples et civilisations", XVII, 1968. René ALBRECHT-CARRIÉ la ha estudiado igualmente en *Le rivoluzioni nazionali (1860-1878). Nuova Storia Universale dei Popoli e della Civittà*. XII, Turín 1969. Y es uno de los temas de la obra en colaboración *Nationalism, Liberalism and Socialism, 1850-1914*. Londres, 1970. Pero sobre esta cuestión resulta imprescindible la consulta de uno de los mejores especialistas, Paul HENRY. Puede verse su *Les problèmes des nationalités* en la obra ya citada *L'Europe du XIXe. et du XXe. siècle (1815-1870)*. También ayudará a entender esta cuestión difícil —sorprendente incluso, a veces— la lectura del Tomo XII de esta *Historia Universal*, especialmente el prólogo y los capítulos I y VII. Para los acontecimientos franceses, puede consultarse Henri GUILLEMIN, *La première résurrection de la République, 24 février 1848*. En *Trente journées qui ont fait la France*. París, 1967; Louis GIRARD, *La 2e. République, 1848-1851*. París, 1968; Frederick A. DE LUNA, *The French Republic under Cavaignac, 1848*. Princeton, 1969; y Philippe VIGIER, *La seconde République*.

París, 1971. Una visión breve es la que ofrece J. A. LESSOURD *–La France de 1848 à 1870–* en el cap. IV del ya citado *Précis d'histoire contemporaine,* de Jacques NÉRÉ. El desenlace de la agitación revolucionaria francesa, en René ARNAUD, *Le 2 décembre.* París, 1967. La versión española de la revolución del 48 es con frecuencia ignorada. Se puede consultar José Luis COMELLAS, *Historia de España moderna y contemporánea.* Madrid, 1973[4]; y también Jesús PABÓN, *Narváez y su época,* introducción de Carlos Seco Serrano. Madrid, 1983. Para los acontecimientos alemanes se puede ver, en primer término, la obra de M. BOUCHER, *Le sentiment national en Allemagne.* París, 1947, muy elogiada por Paul Henry. También Jacques DROZ, *Les révolutions allemandes de 1848.* París, 1957; y Franck EYCK, *The Frankfurt Parliament, 1848-1849.* Nueva York, 1968. Una cuestión marginal, aunque interesante, ha ocupado a P. H. NOYES, en *Working-class Association in the German Revolution of 1848-1849.* Princeton, 1966. Algunos de los problemas del Imperio austríaco son estudiados por Stanley Z. PECH, *The Czech Revolution of 1848.* Universidad de Carolina del Norte, 1969. Y A. GHISALBERTI ofrece *Roma da Mazzini a Pio IX. Ricerche sulla restaurazione papale del 1849-1850.* Milán, 1958.

# VI. Naciones e Imperios

*La Gran Bretaña victoriana*

*La evolución política del II Imperio francés*

*Bélgica, los Países Bajos y Suiza*

*La España isabelina y el Portugal de la* Regeneración

*Liberalismo y escandinavismo*

*Cavour y Víctor Manuel II*

*Las vacilaciones del Imperio austríaco*

*El conservadurismo prusiano y Bismarck*

## 1. La Gran Bretaña victoriana

*Tradición y cambio*

El Reino Unido apenas se vio afectado por la sacudida revolucionaria de 1848. El régimen político británico había encontrado unas bases estables. La preponderancia política y social de la burguesía se había confirmado sin destruir la influencia de la nobleza. Los cuadros dirigentes de la sociedad inglesa habían sabido armonizar el principio aristocrático, tan unido a su tradición política, con las exigencias inherentes a las ideas de libertad e igualdad propias del momento histórico.

*Los beneficios del librecambismo*

El crecimiento económico experimentado por Gran Bretaña a partir de 1846 fue notable. Su origen radicaba en la aplicación del liberalismo manchesteriano. Sus exponentes más cualificados se reclutaron, principalmente, en la burguesía industrial y en el comercio. Basta recordar que su primer objetivo había sido la derogación de las leyes sobre el trigo, para conseguir una fácil importación de grano que contribuyese a la baja del precio de las subsistencias. Los salarios también podían ser bajos con lo que se ganó capacidad competitiva para los productos de exportación. El principal club librecambista tenía su sede en Manchester, donde habían construido el *Free Trade Hall*; los más notables inspiradores fueron un comerciante de algodón, Richard Cobden (1804-1865), y un orador radical, John Bright (1811-1889).

Gran Bretaña disponía al comienzo de los años cincuenta de un sistema de producción industrial moderno y de una política económica con un fundamento firme. La agricultura había conseguido un adecuado nivel de modernización, la industria textil poseía un óptimo nivel técnico, los altos hornos habían incorporado los últimos adelantos tecnológicos y se había arbitrado un sistema financiero que daba seguridad a los capitales (Ley para el Banco de Inglaterra, de 1844).

*La política económica*

Con posterioridad a los hechos ha sido posible afirmar que la causa del impulso económico de los años cincuenta se originó más por la racional aplicación de una política económica liberal que por innovaciones tecnológicas. La legislación liberal se aplicó con casi todas sus consecuencias. Exponentes de esta orientación fueron la abolición del Acta de Navegación (1849) —los barcos ingleses dejaban de tener el monopolio de los

puertos británicos— y la ley de sociedades anónimas. Hasta el momento no habían tenido derecho a emitir acciones transferibles más que por autorización de la Corona. Una nueva ley de 17-VII-1856 estableció el estatuto regulador de las sociedades anónimas. Se aplicaba con todas sus consecuencias el principio de libertad. Las leyes para los Bancos (27-VIII-1857 y 2-VIII-1858) garantizaron que los capitales británicos pudieran impulsar la vida económica del país. El aumento de la participación de la industria y el comercio en la riqueza nacional pasó de un 10 % en 1800 a un 23 % en 1860. Las exportaciones aumentaron de 53 millones de libras en 1841 a 164 millones en 1860. La marina mercante británica alcanzó un tonelaje equivalente al total de las marinas de las principales naciones de Europa.

El apogeo económico inglés basculó principalmente sobre cuatro industrias: la hulla, la fundición de hierro, la industria del algodón y la exportación de lana desde Australia. Este progreso económico permitió un incremento de los salarios que en las décadas anteriores habían tendido a mantenerse en niveles de subsistencia, y comenzó a producirse una disminución de las horas de trabajo (principalmente entre los años 1851 y 1854).

*La exportación de capitales*

Muestra de la fortaleza de la nación fue cómo soportó la guerra de Crimea (1854-1856), la revuelta de los cipayos (1857-1859) que le aseguró el control total de la India, y las expediciones a China y Japón. No hay que olvidar el beneficio económico que supuso para Gran Bretaña su comercio con Oriente. La buena situación financiera británica se reflejó en la facilidad con que conservadores y liberales se ponían de acuerdo en los temas presupuestarios. Los capitales británicos, además de haber encontrado en el país un marco adecuado para su acción, fueron dirigidos también hacia la India, Canadá, Australia, América del centro y del sur, Imperio otomano, etc.

*Precios y salarios*

El crecimiento económico incidió en el alza de los precios. Su incremento fue de un 34,7 % en el período comprendido entre 1850 y 1856. El enriquecimiento fue desigual. Durante los años 1850 a 1860 los salarios de los obreros aumentaron en un 19,2 %, mientras que los precios aumentaron cerca de un 28 %. El crecimiento de los salarios no fue homogéneo; por ejemplo, los obreros especialistas vieron aumentar su salario en un 25 %, en el período 1850-1865.

*Los nuevos objetivos de las "Trade Unions"*

Agotado el movimiento cartista, las organizaciones obreras tomaron una orientación eminentemente profesional. Su primer objetivo consistió en agrupar a los trabajadores para poder discutir con los patronos los contratos de trabajo. Los líderes de las organizaciones obreras actuaron con la mentalidad liberal del tiempo: no deseaban la intervención del Estado en su contrato de trabajo. Pensaban que el derecho de asociación les hacía suficientemente fuertes como para lograr sus objetivos. Cada *Trade Union* se formaba por la asociación de obreros del mismo oficio en una ciudad o pueblo. La asociación elegía un comité que negociaba con los patronos. Las uniones de diferentes oficios, de una misma ciudad, o del mismo oficio de ciudades distintas, formaron federaciones de modo gradual y espontáneo. Estas federaciones tenían también sus comités de direc-

ción. La gestión de estas asociaciones tomó un cariz cada vez más técnico. La complejidad del gobierno de las *Trade Unions* llevó a la profesionalización de sus dirigentes: W. Allan, Applegarth, Odger, Macdonald, etc. Los secretarios generales de las diversas federaciones tomaron la costumbre de coordinar sus acciones y surgió así la Junta de las *Trade Unions*.

Los objetivos de las *Trade Unions* durante la década de los cincuenta fueron muy definidos: aumento de los salarios, desaparición del trabajo a destajo, disminución de las horas de trabajo, creación de comités de arbitraje y conciliación, abolición de la ley patrón-empleado que permitía llevar a la cárcel al obrero que dejaba su trabajo y autorizaba el despido de obreros mediante el pago de una indemnización, etc. La actividad de las *Trade Unions* se orientó también a la mejora de la instrucción profesional y cultural de los trabajadores. Surgieron salas de lectura y bibliotecas. También se crearon cajas de socorro, bolsas de trabajo, etc.

*El papel de los radicales*

Durante los años sesenta, los líderes obreros se propusieron conseguir la legalización del derecho a la huelga. Para ello abandonaron la actitud de neutralidad política y trabajaron de forma conjunta con los radicales para obtener la extensión del sufragio a todos los obreros.

*El movimiento de Oxford y la secularización*

Si la vida social, política y económica de Gran Bretaña entre 1850 y 1865 evolucionó positivamente, no se pudo decir que sucediera lo mismo en el ámbito de las actitudes y convicciones más profundas, es decir, en la relación con la fe religiosa. En el tono moral de la sociedad británica prevalecía un simple individualismo humanitario. La religión fortificaba el sentido del deber individual, que se basaba en la autonomía moral. El movimiento de Oxford había puesto de manifiesto la situación de la iglesia anglicana, carente de los medios adecuados para mantener la integridad del dogma y su independencia espiritual. Su jurisdicción dependía, desde 1832, de un comité judicial del Consejo Privado real, compuesto por laicos. En el caso del pastor Gorham que, a causa de opiniones heterodoxas no fue admitido por el obispo de la diócesis en la que había obtenido una parroquia, el comité se declaró competente sobre "lo que la ley dice ser la doctrina de la iglesia de Inglaterra": una vez más se puso de manifiesto la falta de autonomía espiritual de la iglesia anglicana y la falta de seguridad en la doctrina.

Los hombres del movimiento de Oxford (Pusey, 1800-1882, Keble, etc.) se volcaron en una notable actividad apostólica para aumentar el fervor de la vida religiosa y llenar de sentido el culto por medio de una gran atención al rito. Promovieron la práctica de la confesión, fundaron congregaciones, etc. En 1859 constituyeron la *English Church Union* para llevar adelante la renovación de la iglesia de Inglaterra. Y acabaron por sentir el peso de una autoridad que había hecho suyas, en buena parte, las ideas liberales. Una declaración del Consejo Privado estableció, en 1857, que eran ilegales los altares que conllevaran la idea de sacrificio. El obispo de Londres obligó en 1858 a un clérigo anglicano que oía confesiones, a dimitir de su oficio. El anglicanismo se encontraba minado por el espíritu liberal, lo que se traducía en la tendencia a desconfiar de toda institución con autoridad y de toda doctrina positiva. La religión no debía ser sino una moral en la que toda opción teológica sería legítima. Profesores de Oxford como

F. D. Maurice (1805-1872) encarnaron este movimiento de impregnación liberal del anglicanismo, mientras que otros, como Stanley y Jowett, defendían ideas indiferentistas. Se incorporó al ambiente intelectual inglés el método de la exégesis protestante alemana. Estas opiniones crearon gran confusión en Oxford, bastión del anglicanismo ortodoxo, pero la mentalidad liberal había comenzado a calar y las reacciones de la *High Church* apenas tuvieron efecto. Los deseos del obispo de Oxford, S. Wilberforce (1759-1833) de restaurar las antiguas asambleas de clérigos no tuvieron éxito, y los obispos anglicanos no lograron articular un proyecto de reforma para la iglesia de Inglaterra.

*La Iglesia católica*

Durante el mismo período de tiempo la Iglesia católica siguió recibiendo un buen número de conversos a la vez que aumentaba el número de fieles por la inmigración irlandesa. La conversión de Manning (1808-1892) antiguo archidiácono de Chichester, el 6 de abril de 1851, impulsó a seguir su camino a un numeroso grupo de clérigos, intelectuales, etcétera.

El renacer de la Iglesia católica llevó a la restauración de la Jerarquía en Inglaterra, proyecto en el que Wiseman desempeñó un papel decisivo. Pío IX erigió el 29 de septiembre de 1850 una sede metropolitana y doce diócesis sufragáneas. La sede metropolitana era la de Westminster. Las protestas anglicanas fueron muy agrias. Se promulgó una ley que castigaba con una multa de 100 libras a toda persona que *usurpara* un título eclesiástico. Sin embargo el tacto de Wiseman (1802-1865), ya nombrado cardenal, propició la concordia.

A partir de 1850 la Iglesia católica en Inglaterra vivió lo que Newman llamó su "segunda primavera". El cardenal Wiseman impulsó la presencia de los católicos en la vida de la nación, a la vez que cuidaba especialmente de la formación del clero, de la actividad de los católicos en la enseñanza, de su atención espiritual en los ambientes universitarios y de una acción pastoral en los centros obreros.

*El predominio de los Comunes*

Las conmociones espirituales de la sociedad inglesa eran reflejo de aquella mentalidad que tuvo en Jeremy Bentham su más significativo representante, y que encarnaba, con todos los matices del pragmatismo británico, las ideas individualistas y secularizadoras de la Revolución francesa. Propugnaba, en el campo político, el sufragio universal, una absoluta libertad de discusión de todos los asuntos y un gobierno representativo. Si se ha podido afirmar que el Reino Unido vivió de 1849 a 1865 un período de calma política, de hecho las ideas democráticas fueron modelando las actitudes prácticas y las convicciones de la sociedad británica. Algunos hechos pusieron en evidencia esa realidad. Así por ejemplo, cuando Palmerston sufrió una derrota en la Cámara de los Lores en 1850 acudió a los Comunes para conseguir una declaración de que ellos eran los únicos que tenían derecho a derrocar un gobierno. Diez años más tarde los Lores rechazaron el presupuesto presentado por Gladstone, porque eliminaba los impuestos sobre el papel. Ante este hecho Gladstone consiguió que el Parlamento aprobara tres resoluciones: en primer lugar, los Comunes poseían el derecho exclusivo de otorgar fondos a la Corona; los Lores, en segundo término, carecían de facultades para rechazar un proyecto de ley; y, por último, la prerrogativa sobre las leyes fiscales pertenecía al Parlamento. Un año más tarde Gladstone reunió todas las decisiones de política fiscal en un proyecto único

de ley de finanzas y los Lores no tuvieron más remedio que aceptar esa ley. El triunfo de Gladstone afirmó la supremacía de los Comunes en materia económica y permitió la existencia de una prensa más barata.

*La coincidencia de los conservadores y de los liberales*

Hasta 1865 los gobiernos se formaron a partir de la mayoría liberal. La rivalidad entre los dos líderes liberales, Russell y Palmerston (1784-1865), hizo posible que los conservadores accedieran al poder en 1852 y 1858-1859. El partido conservador inició en 1848, año de la elección de Disraeli (1804-1885) como líder, un proceso de adecuación al nuevo momento histórico. El acceso al Poder de los conservadores en 1852 se produjo cuando aún carecían de hombres con experiencia de gobierno; la duración del ministerio fue muy corta. Pero, de todas formas, lograron restablecer el impuesto sobre la renta y redujeron las tasas sobre productos alimenticios. Estas medidas eran netamente librecambistas, y a ellas se habían opuesto tradicionalmente los conservadores. Se fue confirmando así, una cierta homogeneización entre liberales y conservadores. El origen de la mayor parte de las crisis políticas se debió a la política exterior: Palmerston hubo de dimitir por haber aprobado el golpe de Estado del príncipe-presidente Luis Napoleón (1851); volvió al Poder con ocasión de la guerra de Crimea (1855); la guerra con China, que implicó el rechazo por la Cámara de la política de Palmerston, le llevó a convocar nuevas elecciones y a obtener un respaldo mayoritario (1857).

*La reforma electoral*

Hubo, sin embargo, temas de carácter financiero, parlamentario, de política religiosa, etc., que manifestaron cómo el programa liberal no había quedado agotado con las decisiones tomadas en política económica. La ley del divorcio de 1857 fue una muestra de la influencia de la filosofía política de Bentham sobre la sociedad británica. Habría de llegar forzosamente el momento en que algún político sacara consecuencias de un liberalismo más radical. Con esta filosofía política chocaba la ley electoral vigente. El acta de Reforma de 1832 fundaba la representación parlamentaria en unos derechos históricos, en razón de la propiedad. De acuerdo con el democratismo liberal de Bentham y Brigth, Cobden y J. S. Mill parecía obligado llegar a la ampliación del derecho al voto y a una más racional distribución del número de escaños, en función del número de los electores.

*Los proyectos de reforma*

Ya en 1852 un diputado conservador presentó una proposición en favor de la extensión del derecho de voto en los condados. Lord Russell elaboró en 1854 un proyecto que extendía a los propietarios de casas de los condados la condición de electores; ampliaba el número de electores en algunos pueblos; y trasvasaba algunos escaños de lugares poco poblados a las ciudades más habitadas. El gobierno liberal no tuvo un criterio unánime y el proyecto quedó arrinconado.

El 28 de febrero de 1859 Disraeli presentó un nuevo proyecto de reforma que contenía algunas novedades: otorgaba el derecho al voto a los poseedores de ciertos grados académicos, y a quienes tuvieran determinados capitales en cajas de ahorros. Aunque el proyecto no pasó el trámite parlamentario, tuvo su importancia como precedente: los conservadores abandonaban el criterio de la propiedad de la tierra como fundamento del derecho a elegir.

*La intervención de los sindicatos*

La situación cambió en buena medida por la acción de los diputados radicales. En una conferencia celebrada en Londres, en 1862, acordaron un nuevo movimiento reformista, que tuvo como objetivos la ampliación del derecho al voto, el escrutinio secreto y una nueva distribución de escaños. Por su parte la Junta de las *Trade Unions* pareció que había recuperado la tradición cartista y consideró que el logro de los plenos derechos políticos de los obreros permitiría alcanzar nuevos objetivos laborales. Sus acciones quedaron siempre enmarcadas en los cauces legales.

Las elecciones celebradas en 1865 supusieron un gran triunfo del partido liberal. El *premier* fue lord Russell (1792-1878), pero Gladstone era el alma del partido desde la muerte de Peel y Palmerston. Sus convicciones se tradujeron en gestos reformistas. El 12 de mayo de 1866 presentó el proyecto de ley de reforma electoral. El número de electores aumentaría en 400 mil; de éstos, la mitad serían obreros. Gladstone se había pronunciado por el derecho de "todo hombre digno" a participar en la vida política. Al proyecto no se opuso solamente el partido conservador; también cuarenta diputados liberales votaron en contra. Russell dimitió el 26 de marzo de 1866.

**Victoria I, reina de Gran Bretaña e Irlanda, y emperatriz de la India (1819-1901).** *Otro símbolo, igualmente plasmado por Winterhalter (1843). Y no es que Victoria no fuera un ser de carne y hueso. Nacida en Kensington Palace, en Londres, el 24 de mayo de 1819, hija de Eduardo, duque de Kent, la muerte sucesiva y sin sucesión de sus dos tíos, Jorge IV y Guillermo IV, colocó sobre la cabeza de Victoria —tenía entonces 18 años— la corona del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda (20-VI-1837). Su reinado se inició con el fin de la unión personal que, desde más de un siglo antes, había vinculado las islas con el reino continental alemán de Hannover: pues en Hannover no podían reinar las mujeres. En una Gran Bretaña conmovida por las reformas debió ser una fuerte incógnita qué supondría que la corona hubiera recaído en Victoria. Pronto se vio que era enérgica y autoritaria, respetuosa con los principios parlamentarios, pero también dispuesta a hacer escuchar su opinión, especialmente en los temas internacionales. Por lo pronto, y a pesar de la oposición materna, se casó en 1840 con su primo, Alberto de Sajonia-Coburgo. Un matrimonio por amor y que siempre —hasta la muerte de Alberto, en 1861— mantuvo el amor primero. Siete hijos tuvieron Victoria y Alberto: el mayor, Eduardo (nacido en 1841), el eterno príncipe de Gales y futuro Eduardo VII. Pero el ser de carne y hueso que fue la reina Victoria tuvo también manifestaciones políticas: un apoyo constante a los conservadores —Melbourne, Peel, Disraeli, que la haría en 1876 emperatriz de la India— y su poco agrado por los* whigs, *por Palmerston pero aún menos por Gladstone, hacia el que manifestó una abierta hostilidad. Victoria no se recató de expresar su alegría cuando Gladstone fue derribado, en 1874, de su primer gobierno. Aunque fiel a los principios del gobierno representativo británico, lo habría de aceptar tres veces más como* premier. *El esplendor británico, su* splendid isolation, *encontró en esta mujer real un símbolo acabado de dignidad y equilibrio. La reina Victoria murió en Osborne, en la isla de Wright, el 22 de enero de 1901, tras 64 años de reinado.*



*"Reform Act", 15-VIII-1867*

El nuevo gobierno presidido por el conservador lord Derby (1799-1869) carecía de mayoría parlamentaria. Un soplo de pasión política sacudió el Reino Unido. Los radicales hicieron cuestión de honor la reforma electoral. El número de mítines en favor de la reforma fue enorme. Disraeli, ante este estado de opinión, se decidió a afrontar la situación política. Los conservadores no tenían nada que perder con la reforma electoral. Las elecciones les habían sido adversas desde 1849. La habilidad parlamentaria de Disraeli, Gladstone y Bright hizo posible la aprobación de una ley más democrática que lo que el propio Disraeli había previsto (*Reform Act,* 15-VIII-1867). Se otorgó el derecho a ser elector en los condados a todo aquel que ocupase una casa de 12 libras de renta; en las ciudades, a todo inquilino que pagase un alquiler de diez libras. La reforma no eliminaba las desigualdades en la representación: 125 diputados representaban a 12 millones y medio de personas y 158, a 7 millones. Los municipios de menos de 50 mil habitantes tenían 230 diputados para 3.280.000 personas; y los de más de 50 mil, 130 diputados para 11.537.000. El sufragio seguía siendo un privilegio; sin embargo, la totalidad de la clase media pasó a formar parte del cuerpo electoral así como la casi totalidad de los obreros. Las elecciones de 1868 constituyeron un gran triunfo de los liberales. Pero si el sistema electoral había cambiado, también cambiaron los hombres que integraron la nueva mayoría; desaparecieron los antiguos liberales casi semejantes a los conservadores; los nuevos eran netamente demócratas y reformistas. Esto les permitió abordar uno de los probemas más graves del reino: la situación de Irlanda.

*El problema de Irlanda*

Un nuevo partido nacional *—Sinn Fein—* se había formado en Irlanda con la ayuda de los que habían emigrado a Estados Unidos. Su ideología era republicana y confiaban que la lucha armada les llevara a la victoria. Su organización interna correspondía a una sociedad secreta. El pueblo irlandés apoyaba este movimiento. Se organizaron grandes manifestaciones con ocasión de efemérides nacionales. No prosperó un intento de sublevación general, previsto para 1867.

Gladstone se enfrentó a la cuestión de Irlanda con la decisión de no ceder a las peticiones de los revolucionarios, y por tanto no conceder la autonomía, pero sí suavizar las leyes que regulaban la vida de Irlanda. Con este objetivo hizo votar dos reformas: la primera consistió en suprimir a la iglesia anglicana en Irlanda su condición de iglesia de Estado, reduciéndola al nivel de corporación, sin carácter oficial. La jurisdicción anglicana quedó derogada y desapareció el derecho a recaudar diezmos. Sus bienes se distribuyeron en tres partes: la mayor de ellas siguió perteneciendo a la nueva corporación; otra parte se empleó para subvenir a las necesidades de la Iglesia católica y de la confesión presbiteriana; y una tercera, para mantener los hospitales y asilos. La iglesia anglicana dejó de tener la condición de iglesia oficial en un país de mayoría católica. La segunda reforma de Gladstone se centró en la llamada *Land act,* de 1870. Por esta disposición se generalizó a todo Irlanda la norma —que ya se vivía en el Ulster— de que no se podía despedir a un obrero agrícola sin indemnización. Junto con estas reformas, el gobierno sometió a Irlanda a un régimen de excepción para erradicar la subversión.

*La enseñanza*

Los liberales realizaron otras reformas en Gran Bretaña a iniciativa de los radicales. Una ley de 1870 abrió el camino a la enseñanza primaria obligatoria. En toda localidad en que las escuelas privadas no pudieran dar enseñanza a todos los alumnos, se consti-

tuiría una comisión escolar, elegida por los contribuyentes, que podría marcar un impuesto para la construcción y el mantenimiento de escuelas y obligar a los padres a llevar a sus hijos al centro. Estas escuelas no serían confesionales, pero en ellas se enseñaría la Biblia.

*El reconocimiento de las "Trade Unions"*

Las *Trade Unions* consiguieron su pleno reconocimiento jurídico y el derecho a la huelga en 1870; por esas fechas, sin embargo, todos los medios para hacerla posible eran ilegales. Las presiones de los grandes industriales se impusieron a los deseos de liberales y radicales; pero la encuesta realizada sobre las *Trade Unions* para la elaboración de la ley difundió, en los medios políticos y en la opinión pública, la idea de que las asociaciones obreras habían contribuido a la paz social y, más que generar huelgas, habían conseguido evitarlas. Las *Trade Unions* aparecieron como modelo de moderación. Bien es verdad que las medidas penales contra los obreros eran durísimas.

Gran Bretaña entraba en la década de 1870 con una economía en fuerte expansión, un Imperio colonial considerable, un sistema de relaciones laborales que funcionaba con fluidez y unas instituciones políticas estables, aceptablemente representativas y casi democráticas.

## 2. La evolución política del II Imperio francés

No es fácil determinar con claridad las ideas políticas del príncipe-presidente Luis Napoleón Bonaparte. El antiguo revolucionario, colocado de forma inesperada —posiblemente por la magia de su nombre— al frente de la II República francesa, obligado a unas alianzas sorprendentes con monárquicos y católicos, pareció progresivamente inclinado a constituir, a partir de su persona, un régimen de autoridad que le permitiera devolver a Francia sus glorias pasadas, en la medida en que el país recuperara el orden tan alterado por la doble revolución de 1848.

*Los proyectos del príncipe-presidente*

A mediados de 1851, el enfrentamiento entre el presidente y la Asamblea se agudizó. Las elecciones legislativas estaban previstas para el jueves 29 de abril de 1852. El domingo siguiente (2-V) tendría lugar la elección de un nuevo presidente de la República. La Constitución del 48 prohibía la reelección. Pero Luis Napoleón deseaba continuar en su puesto.

El presidente sometió a la Asamblea un proyecto de reforma de la Constitución que autorizaba la reelección. El proyecto fue rechazado. El presidente presentó otro proyecto de reforma de la ley electoral. Y la Asamblea rechazó igualmente esta propuesta.

*El golpe de Estado*

Luis Napoleón se decidió a establecer su Poder personal por medio de un golpe de Estado que tuvo lugar el 2 de diciembre de 1851. El golpe había sido cuidadosamente preparado por el Presidente con algunos ministros y generales. Se inició con una proclama

dirigida al ejército: el presidente, con su apoyo se desembarazaba de los representantes teóricos de la nación. "Mi deber —escribió— es mantener la República [...] invocando el juicio del único poder soberano que yo reconozco en Francia: el Pueblo". Un decreto declaró disuelta la Asamblea; se restableció el sufragio universal y el pueblo francés fue convocado para la aprobación de una nueva Constitución.

Los monárquicos intentaron resistir, defendiendo a la Asamblea. También quisieron oponerse los demócratas. Nada pudieron hacer unos y otros. Se declaró el estado de sitio en 32 departamentos: fueron detenidas casi 27 mil personas, y hubo más de 11 mil deportaciones. Los más activos republicanos tuvieron que marchar todos al exilio. El 4 de diciembre, dos días después del golpe de Estado, la libertad de prensa quedó suspendida.

*La Constitución de 1852 y la proclamación del Imperio*

La nueva Constitución, muy similar a la Constitución consular del año VIII, fue promulgada el 14 de enero de 1852. El presidente, elegido por diez años, ejercería todo el Poder ejecutivo, ayudado por un Consejo de Estado, nombrado por él, que se encargaría de preparar las leyes. Una Asamblea, elegida por sufragio universal, las aprobaría y votaría el presupuesto junto con un Senado también de nombramiento presidencial. El presidente elegía a los ministros, que no dependían más que de él: era la única instancia política y gozaba del derecho de iniciativa para proponer leyes. La nueva Constitución fue aprobada mediante un plebiscito amañado: se contaron 7.481.000 votos a favor. 647 mil en contra, y más de dos millones de abstenciones. Apenas se precisaron cambios para coronar el proceso con la proclamación del Imperio. El 10 de diciembre de 1852 el pueblo francés aceptó por un nuevo plebiscito la proclamación de Luis Napoleón como emperador de los franceses. Los resultados de este plebiscito fueron muy similares a los de la ratificación de la Constitución: 7.824 votos a favor; 253 mil en contra; y más de 2 millones de abstenciones.

*El régimen personalista*

En poco más de un año Luis Napoleón había conseguido establecer el régimen politico adecuado para desarrollar sus nebulosos planes políticos. Se había hecho atribuir, por ejemplo, el derecho a modificar las tarifas aduaneras. El Cuerpo legislativo debía votar el presupuesto pero sin poder proponer enmiendas a partidas específicas. Carecía de facultades para presentar proposiciones de ley; no podía hacer interpelaciones al gobierno y los debates, de hecho, no eran públicos. Francia carecía de vida politica.

El sufragio era universal y con mayores garantías que en épocas pasadas: pero el gobierno dirigía las elecciones y apoyaba a los candidatos oficiales. En una circular del mismo año 1852 se expuso con claridad este criterio: "Como es patente la voluntad del pueblo de terminar lo que él ha comenzado, es necesario que el pueblo sea puesto en disposición de discernir quiénes son los amigos y quiénes los enemigos del gobierno que acaba de darse". Desde 1858 se exigió a todo candidato una declaración de fidelidad al emperador y a la Constitución. Los actos electorales estaban prohibidos. pues constituían un atentado contra la libertad de los electores.

*El control de la prensa y de la enseñanza*

El régimen jurídico de la prensa permitió, por medio de la censura, la aplicación rigurosa de medidas administrativas y judiciales; y los depósitos previos a la fundación de un periódico facilitaron el amordazamiento de la prensa de oposición, aunque lograron

mantenerse un periódico legitimista, otro orleanista y dos republicanos moderados. Estos últimos, en la medida en que favorecieron la política anticlerical de algunos ministros del gobierno. El control del gobierno sobre la prensa llegó a extremos como, por ejemplo, la advertencia que recibió *Le Phare de la Loire,* que se había atrevido a escribir la siguiente frase: "El emperador ha pronunciado un discurso que, según la Agencia Havas, ha provocado varias veces los gritos de Viva el Emperador". El periódico fue advertido de que "esta fórmula dubitativa es inconveniente en presencia del entusiasmo tan explosivo que las palabras del Emperador han suscitado". La Universidad quedó sometida, por el decreto de 9 de marzo de 1852, a un régimen calculado para frenar toda tendencia liberal. Entre otras cosas, se tendió a suprimir las enseñanzas de filosofía e historia.

*Razones de la aceptación del Imperio*

Cabe preguntarse cómo Francia se plegó a un régimen semejante. Existen diversas interpretaciones: los obreros, a partir de las jornadas de junio de 1848, se habían desentendido del juego liberal, que parecía buscar solamente fines políticos; los burgueses pensaban que un régimen autoritario aumentaría el beneficio de su trabajo; un cuerpo de funcionarios, dotado de una gran disciplina interna, y que buscaba más la consideración personal y el prestigio que el sentido liberal del régimen al que servía, constituyó un formidable instrumento de autoridad; el ejército, dominado por la disciplina y la perspectiva de nuevas glorias militares, prescindió de las ideas liberales; y pesó también la acción del alto clero y de algunos católicos influyentes, alineados en un principio con el nuevo régimen. Los cuatro cardenales franceses eran senadores, y Louis Veuillot, director de *L'Univers,* el más influyente periódico católico, veía con simpatía la nueva singladura institucional de Francia. Por otra parte, los republicanos estaban prácticamente aniquilados; no tuvieron diputados hasta 1857 y de 1857 a 1863 sólo hubo cinco diputados republicanos, por París y Lyon.

*El auge de los negocios*

Clausurada la vida política, la actividad principal del país se concentró en los negocios. Los años que transcurrieron a partir de 1852 fueron años de grandes inversiones en ferrocarriles y obras públicas, de desarrollo de sociedades anónimas, fundación de Bancos, etc. La población francesa crecía de modo continuado. El emperador se sentía atraído por los temas económicos; con él llegaron a puestos de responsabilidad hombres de empresa —muchos de ellos saint-simonianos— como los Peréire, M. Chevalier, Talabot, Ferdinand de Lesseps, etc., que contrapesaron el espíritu rutinario de algunos funcionarios. Las decisiones económicas gubernamentales, aparte de impulsar el incremento del déficit del Estado, lograron un desarrollo notable de todos los sectores de la economía: la agricultura, la industria del acero y la industria textil, el incremento de las exportaciones e importaciones, el desarrollo de las obras públicas, etc. Un ejemplo fue la renovación urbana de París, impulsada por el barón de Haussmann, que llevó a la construcción de grandes avenidas, edificios utilitarios, estaciones de ferrocarril, alcantarillado, etc.

*El apoyo interesado a la Iglesia*

Este crecimiento económico produjo una fuerte alza del costo de la vida: de 1847 a 1857 el precio de los artículos básicos subió un 67 %, mientras que los salarios no aumentaron más que un 18 %. Todo este desarrollo económico fomentó la acción de los

especuladores, a los que el gobierno trató de frenar. Napoleón III deseaba una acción política general que tuviera como base: "la religión, la honradez, la justicia, el amor a las clases que sufren". Para ello el emperador buscó el apoyo de la Iglesia, aunque sus consejeros más allegados tuvieran una orientación galicana. Los años cincuenta fueron un período en el que las instituciones eclesiásticas desarrollaron una gran actividad en favor de los necesitados. La ley Falloux permitió igualmente que se multiplicaran los centros de enseñanza de instituciones católicas.

*El atentado de Orsini*

La paz imperial se vio alterada en 1858 por el atentado contra Napoleón III, dirigido por Orsini. Fueron lanzadas tres bombas contra el coche del emperador cuando salía de la Opera. Tanto Napoleón como la emperatriz Eugenia resultaron ilesos. El atentado dio lugar a una ley de represión muy dura: la ley de Seguridad General.

**Napoleón III, o la aventura (1808-1873).** *Pocas individualidades hay tan representativas del confuso siglo XIX como el príncipe Charles-Louis-Napoleón, tercer hijo del rey de Holanda, Luis Bonaparte, y de Hortensia Beauharnais. Nació en París, en el palacio de las Tullerías, el 20 de abril de 1808. Murió, como había vivido buena parte de su vida, en el exilio: Chislehurst, Kent, 9 de enero de 1873. Hizo de casi todo: carbonario en 1830 y 1831 (sublevaciones en los Estados Pontificios); cabeza de pronunciamientos militares en Estrasburgo y Boulogne (1836 y 1840); exiliado en Suiza, Brasil, Estados Unidos y Gran Bretaña; partidario de los primeros socialistas —de Saint-Simon, pero sobre todo de Fourier; diputado en 1848 en la Asamblea constituyente; presidente de la II República (1848-1852); y emperador de los franceses (1852-1870). Sus mismos años como emperador fueron también cambiantes: Imperio autoritario, de 1852 a 1860; Imperio liberal, de 1860 a 1870; Imperio parlamentario, en 1870 hasta Sedan, el internamiento y el exilio. El antiguo carbonario y fourierista se apoyó en su primera época en los católicos, en la burguesía orleanista y en los hombres de negocios. Fueron los años del gobierno fuerte y la censura, de los bailes en las Tullerías y en Compiègne, del desarrollo financiero e industrial de Francia, del barón Haussmann y el nuevo París, de la música de Offenbach. También, de las primeras glorias militares: Crimea y Solferino. Luego, a partir de 1860, las cosas se complicaron un tanto: el antiguo luchador por la libertad, decidió ser liberal (decreto 24-XI-1860) y aparecieron, inevitables, las oposiciones. El proteccionismo fue sustituido por el librecambio; al apoyo católico respondió Napoleón con sus veleidades italianas y colocando a un anticlerical al frente del Ministerio de Instrucción Pública; se concedió el derecho de huelga y de coalición; se liberalizó la censura y se autorizó el derecho de reunión. Pero sobre todo, en estos años sesenta, pesó el fracaso de México. Un fracaso que no pudieron compensar otros triunfos militares, ni siquiera la apertura del canal de Suez. Napoleón III quiso muchas cosas en su vida, siempre con vehemencia, pero cosas con frecuencia rigurosamente opuestas. Las elecciones de 1869 le fueron adversas. Tuvo que poner al frente de su gobierno a un antiguo republicano, Emile Ollivier. Y quiso abrir la tercera etapa parlamentaria de un Imperio que recibió ese mismo año el golpe decisivo de Sedan (2-IX-1870).* (Giraudon. París.)



*La importancia de la política exterior del Imperio*

Eliminada la política interior, la suerte de Napoleón III se vinculó a su política exterior. La guerra de Crimea y el consiguiente Congreso de París habían supuesto como un cierto desquite al Congreso de Viena. La campaña de Italia, con las victorias contra Austria en Magenta y Solferino, fue muy explotada. La acción en Indochina pareció abrir el camino de un nuevo Imperio. Fue, sin embargo, la política exterior la que inició el cuarteamiento de la situación. Napoleón había tratado de atraerse a los católicos, pero el apoyo al rey de Italia, que intentaba despojar al Papa de sus Estados, produjo la retracción de los católicos. Napoleón III intentó, a partir de ese momento, atraerse a los liberales moderados.

*La apertura hacia los liberales moderados*

El emperador promulgó una amnistía general. Volvieron los republicanos exiliados y se reconstruyó el partido republicano. Los liberales moderados deseaban cuanto menos algunas medidas que permitieran una cierta acción política en la Cámara. Napoleón autorizó una mayor flexibilidad en las votaciones presupuestarias, y accedió a la publicación de los debates y a que se pudieran hacer interpelaciones a la política del gobierno. Recomenzó la vida política.

*Las elecciones de 1863*

Todas las fuerzas de oposición —republicanos, orleanistas y legitimistas— se unieron con vistas a las elecciones de 1863. Consiguieron 35 diputados frente a los 249 gubernamentales. La posibilidad del libre debate político les iba a permitir la difusión de sus ideas. El triunfo de la oposición había sido total en París.

Los legitimistas como Berryer, acusaron al gobierno del gran *déficit* creciente; Thiers solicitó las libertades indispensables: libertad de prensa, libertad electoral y un gobierno responsable ante el Parlamento. Los católicos atacaron la política favorable a la casa de Saboya y los intentos del ministro Duruy de imponer una enseñanza primaria obligatoria y laica. Además, el gobierno, por otra parte, había prohibido la difusión del *Syllabus* por contener "proposiciones contrarias a los principios en los que reposa la Constitución francesa".

*El "tercer partido"*

Algunos políticos de tendencia liberal y otros republicanos moderados, como Ollivier, entendieron que había llegado el momento de formar un grupo político que hiciera compatible el Imperio y un régimen de libertad política. Y constituyeron el "tercer partido". Napoleón garantizaría el orden; el nuevo partido, la libertad. El emperador prefería que los asuntos internos los llevaran los ministros y que así se responsabilizaran de sus decisiones y del posible desgaste que de ellas se derivara. La expedición a México había terminado de un modo desastroso, y el emperador no había conseguido frenar a Prusia después de su victoria sobre los austriacos en Sadowa. Napoleón III consideró que había llegado el momento de hacer cambios en el sistema político.

*Hacia el Imperio liberal*

El Cuerpo legislativo se transformó en una Cámara de control de los ministros. El Senado recibió la misión de examinar la constitucionalidad de las leyes. Y, no sin algunas dudas, se decidió una cierta liberalización del régimen jurídico de la prensa y del derecho de reunión, aunque no para fines políticos. Estas leyes permitieron que la oposición

republicana tomara cuerpo. Se intentó igualmente una reorganización del ejército, para ponerlo en condiciones de enfrentarse con Prusia. No se llegó a la implantación del servicio militar obligatorio, aunque se consiguió un significativo incremento del número de soldados. Esta política militar fue muy bien aceptada por un grupo de diputados autoritarios, descontentos de las concesiones liberales y de la política de paz exterior y que deseaban llegar a la guerra con Prusia para establecer de modo definitivo la preponderancia de Francia en Europa.

*Las elecciones de 1869 y los radicales*

Las elecciones de 1869 fueron un gran triunfo para la oposición. Los republicanos, los legitimistas y los orleanistas se unieron contra los candidatos oficiales. El gobierno obtuvo 4.300.000 votos y la oposición 3.300.000; pero si se tiene en cuenta que entre los candidatos oficiales figuraban los del "tercer partido", la oposición tenía la mayoría. Napoleón III decidió transformar el régimen en un sistema parlamentario. El Cuerpo legislativo se convirtió en una verdadera Asamblea: tenía derecho de iniciativa en las leyes, derecho de interpelar a los ministros, capacidad para votar todos los apartados del presupuesto, etc. El Senado pasó a ser una Cámara con debates. Los ministros seguían siendo responsables sólo ante el emperador, pero podían ser encausados por el Senado. Napoleón encargó del gobierno a Emile Ollivier, que consiguió formar un gobierno de amplia mayoría apoyado por lo que comenzó a llamarse centro izquierda —la parte más democrática del tercer partido— y por el centro derecha, el resto del tercer partido. La derecha, integrada por partidarios del régimen de autoridad, y la extrema derecha estaban en minoría. La izquierda quedó integrada por cuarenta diputados republicanos, decididamente democráticos, y no dispuestos a perdonar al emperador el golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851. Entre éstos estaban Gambetta, J. Favre, etc. Los republicanos habían constituido el partido radical que tenía como programa el redactado por Gambetta para las elecciones de 1869. Reclamaban la aplicación sin paliativos del sufragio universal; la libertad de prensa, de asociación y de reunión; el establecimiento del jurado; la instrucción primaria laica, obligatoria y gratuita; y la total separación de la Iglesia y el Estado. Los socialistas se habían desarrollado poco y sus líderes actuaron de acuerdo con los radicales; para estos últimos la reforma política era la condición para la reforma social y económica. Los radicales tenían su base social más consistente entre la burguesía intelectual de las ciudades, los obreros y los estudiantes. La gran masa de la nación parecía fiel al emperador.

*El fin del II Imperio*

La presión de la izquierda tuvo eco en el ánimo de los ministros de centro izquierda. Estos deseaban terminar con la práctica gubernamental de modelar las circunscripciones electorales a su gusto, y con el poder del Senado. La propuesta de revisión fue aceptada: el Senado se convirtió en una segunda Cámara coordinada con el Cuerpo Legislativo. Ninguna modificación de la Constitución podría efectuarse sin plebiscito. Napoleón III decidió someter estos cambios al pueblo. El plebiscito de 8 de mayo de 1870 dio 7 millones de votos a favor de la reforma, y millón y medio en contra. Pudo pensarse que el Imperio estaba consolidado como un régimen constitucional. Pero nuevamente la política exterior influyó decisivamente en la suerte del Imperio. Fue en esta ocasión la complicación derivada de la búsqueda de un rey para España, que acabó enfrentando a

Francia con Prusia. El emperador, cuya salud estaba muy debilitada, no pudo impedir la acción de los partidarios de la guerra, como el ministro de Asuntos Exteriores, duque de Gramont, que pensaban que una victoria ayudaría a consolidar definitivamente el Imperio. Llegó la guerra, y los prusianos derrotaron a los franceses. El propio Napoleón cayó prisionero en Sedan (1-IX-1870). La emperatriz, regente por la ausencia del emperador, había encargado formar gobierno al general Palikao. Pero el 4 de septiembre una multitud alentada por los republicanos invadió la Cámara y fue proclamada la República. El II Imperio había terminado.

## 3. Bélgica, los Países Bajos y Suiza

*El régimen político de Bélgica*

Dos partidos políticos permitieron a los belgas participar en la vida pública: el católico y el liberal. El partido liberal ocupó el Poder desde 1847 a 1870, salvo el período comprendido entre marzo de 1855 y noviembre de 1857 en que gobernó el partido católico.

El régimen político belga apenas se diferenciaba formalmente del sistema parlamentario británico. Sin embargo, las relaciones entre los dos partidos belgas diferían mucho respecto a las de los británicos. En Gran Bretaña, y durante los años que ahora se estudian, el anglicanismo era la religión del Estado y de la gran mayoría de los ciudadanos; tanto conservadores como liberales coincidían básicamente en las consecuencias sociales del hecho religioso. A diferencia de esto, los partidos políticos belgas discrepaban por completo sobre el modo de entender las relaciones entre la fe religiosa y la organización de la vida civil; este desacuerdo alcanzaba su máxima expresión en la legislación escolar.

*Católicos y liberales*

Católicos y liberales coincidían en el régimen constitucional y en orientaciones fundamentales de política económica pero diferían en temas como el alcance de la autoridad de la Iglesia, la orientación de la enseñanza, el modo de organizar la asistencia pública, la actitud ante el matrimonio civil, el régimen de los cementerios, las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, etc. Los católicos afirmaban que sólo deseaban la libertad de la Iglesia; los liberales decían que sólo pretendían la independencia del Poder civil. Durante estos años se desarrollaron polémicas llenas de pasión. Sin embargo la general tendencia moderada permitió que sus debates no alteraran ni la Constitución ni un régimen político de libertad. La paz garantizó un ambiente social que permitió un notable desarrollo demográfico y económico. Bélgica sería al comienzo de los años 1870 el país de mayor densidad de población de Europa.

*Los liberales y la enseñanza*

El ministerio liberal que gobernaba Bélgica en 1848 mantuvo al país en orden ante el impulso revolucionario. Una ley promulgada ese mismo año rebajó la cantidad que fijaba el derecho a ser elector al mínimo exigido por la Constitución: 20 florines. El programa liberal comprendía la revisión de la ley de 1842 que regulaba la enseñanza primaria y que garantizaba la enseñanza católica. El primer ministro Rogier entendió que abor-

dar una modificación de esa ley llevaba consigo grandes riesgos, por lo que decidió limitarse a legislar sobre la enseñanza secundaria y superior. Respecto a esta última mantuvo la libertad de enseñanza, pero estableció que los tribunales que examinaran a los alumnos de las Universidades de Malinas-Lovaina y Bruselas serían nombrados por el gobierno. En cuanto a la enseñanza secundaria, puso en marcha 10 ateneos y 50 escuelas medias; en estos centros tanto los profesores como los programas y la inspección serían determinados por el gobierno. Los ministros de las distintas religiones serían "invitados a dar y a supervisar la enseñanza religiosa". La oposición del episcopado y de los católicos fue total. Los sacerdotes no debían ser colocados en Bélgica, país de mayoría católica, al mismo nivel que los ministros de otras confesiones; el clero debía tener una mayor relación con la enseñanza de la religión. La ley se promulgó el 1 de junio de 1850. Los obispos prohibieron a los sacerdotes someterse a los preceptos de la ley.

*El intervalo de gobierno católico*

A la oposición suscitada por esta ley se unió la protesta y oposición a las medidas fiscales de Frère-Orban: impuestos sobre la cerveza, la ginebra y el tabaco y sobre todo un impuesto sobre las sucesiones en línea directa. Se había asegurado que estas medidas eran necesarias para combatir el paro e impulsar las obras publicas. Pero hicieron impopulares a los liberales y apartaron del partido a los propietarios conservadores. Las elecciones de 1854 dieron mayoría parlamentaria al partido católico. La llegada al gobierno de estos políticos permitió solucionar la cuestión escolar. El consejo municipal de Amberes había adoptado una norma por la que la enseñanza religiosa que afectase a la mayoría de los alumnos sería dada en los colegios. El órgano encargado de establecer las pautas para la enseñanza contaría con algunos sacerdotes. Los profesores deberían conformarse, en la elección de los libros y en su enseñanza, a las directivas que éstos les dieran. La normativa fue aprobada por el arzobispo de Malinas. El gobierno hizo votar una ley en 1854 por la que los centros escolares tenían libertad para adoptar la llamada Convención de Amberes.

*Las elecciones de 1857*

La oposición más firme al gobierno surgió con motivo de un proyecto de ley para regular el derecho a establecer fundaciones benéficas, administradas por sacerdotes o religiosos, que podrían ser objeto de herencias. La llamada "ley de los conventos" suscitó un debate apasionado. Los liberales consideraban que podía dar lugar a la acumulación de bienes improductivos; en el fondo, deseaban restringir y controlar los bienes administrados por eclesiásticos. El proyecto de ley fue retirado y el gobierno, ante el resultado adverso de las elecciones comunales, dimitió. Las nuevas elecciones, celebradas el 10 de diciembre de 1857, supusieron un gran triunfo para los liberales. La Cámara quedó compuesta por 70 liberales y 38 católicos.

*El desarrollo económico*

Los liberales llegaron al poder dirigidos por Ch. Rogier (1800-1885) si bien el inspirador del partido era Frère-Orban (1812-1896). Su programa se caracterizó básicamente por objetivos de carácter económico. Durante esos años se introdujeron nuevas medidas de orientación librecambista que favorecieron la exportación. Medidas muy necesarias en un país pequeño, de mercado interior reducido, pero de una gran potencia industrial.

Los tres elementos básicos del desarrollo económico belga fueron la sustitución de la industria de la lana por la industria del algodón; la creación de una industria metalúrgica muy fuerte y el impulso del puerto de Amberes. Este desarrollo tenía una causa geofísica —la riqueza de hulla— y otra financiera: la *Société Générale,* que trabajaba como una potente Banca aplicada a las inversiones industriales. A estas dos causas se unió la composición social del país: Bélgica era un país de gran densidad de población, lo que permitía a los industriales una mano de obra abundante y barata. Hasta la década de los años setenta las organizaciones obreras apenas tuvieron fuerza.

**Hubert-Joseph-Walter Frère-Orban (1812-1896).** *Si no es exacto afirmar que todos los liberales han estado afiliados a la masonería, la proposición contraria sí está muy cerca de la verdad: la concepción del hombre y del mundo que tienen los masones es lo que habitualmente se conoce como ideología liberal. Esto es al menos lo que sucede en buena parte del siglo XIX. La masonería, al margen de la puerilidad de sus ritos y de sus afanes por presentar unos ilusorios precedentes históricos, tuvo durante ese siglo como objetivo la implantación de una especie de fraternidad universal, que se asentaba quizá en un vago deísmo, pero sobre todo en la intelección del hombre como ser autónomo que debía regirse tan sólo por los dictados de su conciencia individual. Desde estos presupuestos se entiende que la masonería viera siempre a la Iglesia, y muy en concreto al Papa, como los grandes enemigos que había que abatir y contra los cuales todo estaba permitido, todo era lícito. Como la masonería supuso que la influencia de la Iglesia era debida a que había controlado la educación —para su visión inmanentista, era la única explicación posible—, se aplicó en numerosos países de Europa y América, durante el siglo XIX, a sustituir la enseñanza confesional por una enseñanza neutra, laica. Lo cual supuso arrebatar a la familia y a la sociedad el derecho primario de formar a sus propios miembros. Este derecho fue transferido al Estado liberal, que la masonería cuidó que se mantuviera bajo su influjo. Sin olvidar la conocida vanidad masónica, es cierto que buena parte de los hombres que en el siglo XIX se encargaron de destruir el tejido social fueron miembros de la secta. Un ejemplo entre ellos es el del político belga —que llegó a ser jefe del partido liberal— Hubert Frère-Orban. Nacido en Lieja, su padre era portero de la logia masónica de la ciudad. La masonería había llegado a los Países Bajos austríacos en la primera mitad del siglo XVIII, por influencia británica. En 1817 se constituyó en Bruselas el Supremo Consejo del Grado 33. Después de la independencia, en 1832, comenzó a funcionar —con independencia del Supremo Consejo— el Gran Oriente de Bélgica. Frère-Orban, abogado, fue diputado por vez primera en 1847. El mismo año, en el gobierno presidido por Charles Rogier, ocupó la cartera de Finanzas, puesto en el que se mantuvo hasta 1852. Entre 1857 y 1868 volvió al mismo ministerio. Más adelante presidió por dos veces el consejo de ministros: 1868-1870 y 1878-1884. Frère-Orban fue un liberal quintaesenciado, decidido defensor del sufragio censitario y adversario no menos decidido de la enseñanza que impartía la Iglesia. En 1880, desde la presidencia del gobierno, logró hacer aprobar una ley de laicización de la enseñanza, que prohibía que los dogmas de la fe católica se expusieran en las escuelas. Hubert Frère-Orban murió, en Bruselas, el 2 de febrero de 1896.*



*La ampliación del sufragio*

El notable desarrollo industrial tuvo como consecuencia un incremento de la burguesía, y su reflejo en el cuerpo electoral censitario fue el aumento del número de industriales y comerciantes, que en su mayoría votaban por el partido liberal y aseguraban su permanencia en el gobierno. Este hecho motivó, en parte, que entre los católicos se extendiera un estado de opinión favorable al sufragio universal o, por lo menos, a la ampliación del cuerpo electoral. Esta tendencia a una democratización del voto respondía también a un pensamiento político que tomó cuerpo en el partido liberal con los "jóvenes liberales", más tarde denominados progresistas, que solicitaban también la ampliación del voto. Los radicales, por su parte, querían el sufragio universal.

*Flamencos y valones*

Los liberales tuvieron que enfrentarse con la oposición surgida en la ciudad de Amberes. Los industriales de esta ciudad habían visto dificultados sus intereses comerciales por las fortificaciones construidas en 1859 y consideraron que la ciudad había sido sacrificada al militarismo de los valones. Además la burguesía flamenca que deseaba promocionarse en el funcionariado de Bélgica se encontraba con que el francés era la lengua oficial en el ejército, en la administración, en la justicia y en la enseñanza. Los flamencos deseaban una igualdad lingüística entre el francés y el flamenco. Por oposición a la política del gobierno, la casi totalidad de los políticos de Amberes se pasaron al partido católico.

*La victoria electoral católica de 1870*

También encontró el partido católico un fuerte apoyo en el campo pues la política económica del gobierno, de orientación librecambista, repercutió a la baja en el precio del trigo y de otros productos agrícolas y resultaba por tanto negativa para los agricultores. Un partido católico que se pronunció por la ampliación del sufragio, que encontró apoyo en los flamencos y en los agricultores y contó con la abstención de los partidarios de una política antimilitarista fue el que ganó las elecciones de 1870. Satisfacieron gran parte de las reivindicaciones flamencas. El flamenco alcanzó un estatuto de cooficialidad junto al francés.

*La prudente marginación de Leopoldo I*

Entre 1848 y 1870 se produjo una disminución notable de la intervención del rey Leopoldo en la política interior del país. Supo ser prudente; se dio cuenta del peligro que corría al unir su suerte a las decisiones de los partidos políticos. Restringió su actividad a las relaciones exteriores, campo en el que mantuvo siempre una actitud de gran recelo ante el II Imperio francés; trató de encumbrar a su familia por medio de una política de alianzas matrimoniales. Y sobre todo consiguió unir la monarquía al pueblo belga.

Bélgica era, al iniciarse los años setenta, una monarquía parlamentaria con un régimen representativo censitario, con una economía en crecimiento y con dos elementos de fricción social: la incompatibilidad ideológica entre católicos y liberales en la cuestión escolar y el emergente problema regional flamenco.

*La revisión de la Constitución neerlandesa*

La revisión constitucional de 1848 en los Países Bajos tuvo como principal inspirador a Thorbecke, un liberal doctrinario. El objetivo de la revisión consistió en establecer el modo de elección de los Estados Generales y las facultades de las dos Cámaras que los

integraban. La primera Cámara dejaba de ser nombrada por el rey. Sus miembros pasaron a ser designados por los Estados provinciales. La segunda Cámara fue elegida por sufragio directo por un colegio electoral censitario: el número de electores no llegaba a 90 mil. La cifra total de habitantes era de 2,9 millones. Los diputados recibían una asignación económica. Esta segunda Cámara se renovaba en su mitad cada cuatro años, aunque el rey tenía la facultad de disolverla. La segunda Cámara tenía atribuciones para proponer proyectos de ley y enmendar los proyectos del gobierno; los ministros eran responsables ante ella.

*Estados generales y Estados provinciales*

La ley fundamental de 1848 establecía los derechos de las provincias y de los ayuntamientos. Estos principios permitieron regular las competencias de las corporaciones locales. Cada una de las once provincias del reino de los Países Bajos tenía sus Estados provinciales, elegidos por los mismos electores que votaban la segunda Cámara. La elección era por nueve años y se renovaba por tercios. Las funciones principales de los Estados provinciales eran las obras públicas —especialmente carreteras y canales—, la recaudación de impuestos y la aprobación de los presupuestos. Se reunían dos veces al año y entre las dos reuniones estaban representados por una diputación compuesta por seis miembros. Cada municipio tenía su consejo elegido por seis años y renovable por tercios. El colegio electoral para los municipios era la mitad del censo político. La principal atribución de los municipios era la policía.

La revisión constitucional tuvo importancia en el ámbito de las decisiones económicas. A partir de 1848 el Parlamento controló las finanzas públicas, la gestión de las colonias, y la aprobación anual de los presupuestos. La libertad de prensa y reunión estaban garantizadas.

*Guillermo III*

Guillermo II murió en 1849. Durante su reinado, además de lograr una situación económica desahogada, había hecho posible la revisión constitucional que garantizó la estabilidad política al país. Le sucedió su hijo Guillermo III (1849-1890). Sus convicciones no se identificaban netamente con el liberalismo, pero supo adecuarse a las exigencias del régimen parlamentario. Thorbecke formó el primer gobierno liberal en los Países Bajos. Realizó una obra legislativa importante: régimen electoral, administración local, establecimiento de correos, política comercial de orientación librecambista, etc.

*Política y religión*

La historia política de los Países Bajos presenta una cierta analogía con la de Bélgica. A partir de 1848 gobernaron alternativamente liberales y conservadores. El partido liberal tenía su principal implantación en las ciudades y estaba formado por la burguesía media, pequeños comerciantes, intelectuales, etc. El partido conservador recibió a la aristocracia, a los hombres que gobernaron la nación antes de 1848. Y a algunos antiguos liberales. Ambos partidos coincidían en aceptar un régimen de libertad económica: derogación de Actas de Navegación, desarrollo de la Banca, etc. Diferían en el modo de entender los impuestos. Los liberales preferían los impuestos directos; los conservadores se inclinaban por los indirectos. Pero la cuestión que marcó decisivamente la vida política fue la actitud ante las leyes escolares. En este debate tuvo un gran peso el hecho de

que más de un tercio de la población profesaba la religión católica y que en dos provincias, Brabante y Limburgo, tenían una mayoría católica. Los católicos se integraron en un partido político compacto. Los protestantes se dividían en los dos partidos políticos antes citados: los conservadores, partidarios de la educación confesional calvinista, y los liberales, partidarios de la enseñanza laica.

*La restauración de la jerarquía católica*

La obra de renovación política iniciada por Thorbecke quedó paralizada a consecuencia de la polémica surgida ante la restauración de la jerarquía católica. Pío IX erigió (breve de 3-III-1853) un arzobispado en Utrech y cuatro obispados en las provincias de Holanda, Limburgo y dos en Brabante. Una protesta muy fuerte surgió en los medios calvinistas del país. El gobierno liberal se limitó a decir que carecía de razones para impedir que los católicos se organizasen como estimasen oportuno. La protesta creció hasta tal punto que el gobierno dimitió el 20 de abril. El nuevo gobierno, presidido por Van Hall, representó una tendencia liberal moderada que permitió el restablecimiento de la jerarquía católica, aunque promulgó una ley que exigía una autorización real para el ejercicio de un culto religioso y el juramento de fidelidad al rey.

*La cuestión de la enseñanza*

Este gobierno liberal presentó un proyecto de ley en 1855 por el que se creaban en cada municipio escuelas neutras. Los conservadores, llamados antirrevolucionarios, deseaban que la enseñanza del Estado fuese calvinista y se tolerase una enseñanza libre confesional. Después de dos años de discusiones, los liberales, con los votos de los católicos, promulgaron una ley en 1857 que establecía que todo ayuntamiento debía mantener escuelas públicas no confesionales. La escuela pública no debía dar ninguna enseñanza confesional, y su actividad tenía como finalidad "desarrollar las facultades intelectuales de los niños y educarlos en todas las virtudes cristianas y sociales". Los maestros tenían que ser respetuosos con las convicciones religiosas de los alumnos. Los ayuntamientos corrían con los gastos de las escuelas públicas, nombraban a los maestros y tenían derecho a cobrar una retribución. La enseñanza no era ni gratuita ni obligatoria. El Estado aportaba una parte de los gastos y nombraba los inspectores. Como la ley fundamental reconocía el derecho a la libertad de enseñanza, protestantes y católicos pudieron crear escuelas confesionales. En virtud de la cláusula que establecía una educación en las "virtudes cristianas", unos y otros pudieron dar una enseñanza conforme a su fe en aquellos municipios en que tenían mayoría. El conflicto escolar contribuyó a un reagrupamiento del partido liberal y Thorbecke volvió al Poder en 1862. Durante su gobierno se potenciaron las obras públicas: se construyó el canal que unió Amsterdam con el mar del Norte y se hizo posible que barcos de alto tonelaje llegaran hasta Rotterdam.

*Las colonias*

Un rasgo característico de la política neerlandesa fue el derivado de la posesión de un Imperio colonial. El gobierno se beneficiaba de modo notable de los ingresos provenientes de las colonias; le permitían equilibrar el presupuesto y no hacer demasiado gravoso el régimen fiscal. Sin embargo las condiciones laborales en las colonias eran lamentables. Solamente a partir de 1861 comenzó a debatirse en el Parlamento la situación de

las colonias: Indonesia, Guayana y Antillas. Sobre todo en Malasia y Java el sistema de explotación de los indígenas a base de prestaciones personales, pugnaba con las ideas liberales. La esclavitud quedó abolida en la Guayana y en las Antillas en 1854; pero la prohibición no se hizo efectiva hasta 1860. Los liberales más consecuentes decidieron abolir el "sistema de cultivos" y abrir el comercio de las Indias orientales a la iniciativa individual. Esta política llevó en 1866 a la dimisión de Thorbecke que deseaba mantener el régimen existente.

*El apaciguamiento de los enfrentamientos*

A partir de 1867 se produjo un acercamiento entre los conservadores y los católicos. El crecimiento del número de católicos había aumentado su influencia política y consideraron que unidos a los protestantes conservadores podrían establecer un sistema de escuelas públicas confesionales. Sin embargo, su unión no consiguió vencer a los liberales y Thorbecke volvió al poder en 1871. Un año después fallecía.

La vida política se desarrolló siempre en el reino de los Países Bajos dentro de las reglas del juego parlamentario y en un ambiente de prosperidad económica que favorecía el desarrollo de los intereses dominantes de los ciudadanos: los bienes materiales y el espíritu comunal. El ambiente de consolidación nacional iniciado hacia el comienzo de los años cuarenta hizo posible el renacer de su cultura: novela histórica, escritos costumbristas, historia, bellas artes, etc. Sobre todos destaca Douwes-Dekker (1820-1887), autor de *Max Havelaar,* la novela que reflejó de un modo muy crítico la vida en las colonias, y de *Woutertje Pieterse,* sobre la vida en Amsterdam.

*La nueva Constitución suiza*

En Suiza los radicales que habían obtenido la victoria en la guerra del *Sonderbund* entendieron que se hacía necesaria una revisión del pacto federal para conseguir el triunfo de la idea nacional suiza sobre el particularismo de los cantones. Las revoluciones europeas de 1848 se produjeron de modo simultáneo a los debates que llevaron a la elaboración de una nueva Constitución.

La Constitución surgió de un compromiso entre el federalismo puro del pasado y el intento unificador de la izquierda del partido radical. La Comisión de revisión de la Constitución explicó en la justificación doctrinal del proyecto que "El cantonalismo tiene raíces muy profundas para llevar a cabo una tal transformación (Estado unitario) sin producir una crisis para la que Suiza no está preparada". Suiza dejaba de ser una confederación de Estados, para convertirse en un Estado federal, aunque conservaba el nombre de Confederación Helvética. La soberanía quedaba compartida entre el Estado federal y los cantones: "Los cantones son soberanos y ejercen todos los derechos que no son concedidos al Poder federal". Este Poder federal impuso a los cantones la obligación de solicitar de la Confederación la aprobación de sus respectivas Constituciones y fijó las condiciones que éstas debían cumplir: no establecer nada contrario a la Constitución federal, y asegurar el ejercicio de los derechos políticos por medio de formas republicanas representativas y democráticas, que fuesen aceptadas por el pueblo y que pudiesen ser revisadas cuando la mayoría del pueblo lo requiriese. El Estado federal tenía la competencia exclusiva sobre las siguientes materias: relaciones internacionales, derechos de aduanas, emisión de moneda, régimen de correos, ejército y asegurar en toda la nación las libertades y derechos que la Constitución garantizaba a los ciudadanos.

*Los órganos de gobierno*

Se estableció un gobierno federal para toda la Confederación. Estaba compuesto por tres órganos: la Asamblea federal, el Consejo federal y el Tribunal federal. La Asamblea federal ejercía el poder legislativo y estaba formada por dos consejos: el Consejo nacional, elegido por el pueblo a razón de un diputado por cada 20 mil habitantes, y el Consejo de los Estados, integrado por dos diputados por cantón, y que representaba la soberanía de los cantones. La Asamblea federal nombraba el Consejo federal, el Tribunal federal y designaba el comandante del ejército en tiempo de guerra. Los dos Consejos votaban separadamente las leyes y su potestad era equivalente. El Consejo federal era elegido cada tres años por la Asamblea federal y ejercía el Poder ejecutivo; estaba compuesto de siete miembros. Su presidencia se renovaba cada año y no había posibilidad de reelección. Esta institución reflejaba las tradiciones cantonales, ajenas a todo personalismo.

*Las competencias de los cantones*

La Constitución establecía que toda revisión constitucional debía ser sometida tanto a la votación del pueblo como a la Asamblea federal. Los cantones tenían competencia exclusiva en los campos del derecho, la justicia, la enseñanza, la libertad de conciencia y libertad de cultos, obras públicas, finanzas, comercio e industria. Los cantones no podían establecer entre sí alianzas de carácter político, pero podrían firmar acuerdos de cooperación en cuestiones administrativas siempre que fueran aprobados por el Poder federal.

A pesar de proclamar la libertad de conciencia y culto, se prohibió el establecimiento de la Compañía de Jesús en los cantones de la Confederación. Se la consideraba identificada con ideas opuestas a la mentalidad liberal y su establecimiento en Lucerna había sido una de las causas de la guerra del *Sonderbund*. La Constitución, sometida al voto del pueblo y de los cantones, quedó aprobada, no sin la oposición de los cantones de mayoría de población católica.

*La conciencia nacional suiza*

La guerra del *Sonderbund* no abrió grandes heridas en la sociedad suiza. Un incidente ocurrido en 1849 puso de manifiesto hasta qué punto cuajaba la idea de unidad nacional. Durante el mes de mayo de 1849, después de la revolución del Palatinado, Prusia acusó a Suiza de haber acogido con simpatía a los revolucionarios emigrados y ocupó el enclave suizo de Büsingen. La reacción de todos los suizos fue unánime; unidades militares provenientes de cantones que dos años antes habían combatido entre sí acamparon y confraternizaron juntas. El general Dufour (1787-1875), el hombre que había mandado el ejército federal en 1847, dirigía ahora a todas las tropas suizas. Se produjo una manifestación de unidad real. El incidente se resolvió satisfactoriamente y no hubo guerra.

*Algunas instituciones características*

El desarrollo de los principios constitucionales hizo surgir instituciones características de la vida civil y política suiza. La Constitución imponía a los cantones el sufragio universal y la revisión de las Constituciones si una nayoría del pueblo lo requería. Algunos cantones, como Grisones y Valais, no admitían el régimen representativo pues en estos cantones las leyes siempre habían sido aprobadas por todo el pueblo, una vez elabora-

das por la Asamblea correspondiente. Además en 1848 seis cantones conservaban el sistema de que las leyes se promulgaban por una asamblea popular en la que participaban todos los ciudadanos. Los cantones de Grisones y Valais quisieron aplicar a las leyes aprobadas por la Asamblea federal la sanción por el pueblo. La polémica resultó dura y, aunque se impuso la primacía del Poder de las Asambleas representativas, de la confluencia de los nuevos principios constitucionales y de las tradiciones cantonales nacieron dos instituciones originales: el *referéndum* obligatorio para ciertas leyes y el derecho del pueblo a la iniciativa legislativa. El *referéndum* obligatorio se estableció por primera vez en Neuchâtel, en 1858, para el caso de un gasto público cuantioso, y en Vaud en 1861, para el caso de empréstitos. El derecho a la iniciativa popular en materia de leyes quedó adoptado por primera vez en Zug y Schwyz, en 1851, como compensación a la adopción del régimen representativo. Estas dos instituciones se implantaron en las Constituciones de otros cantones por sucesivas revisiones constitucionales locales. En rigor respondían al principio de soberanía popular, fundamento del programa radical, que tardó tiempo en llevarlas a la Constitución de la Confederación.

*La cuestión de Neuchâtel*

El nuevo régimen político suizo tuvo una gran incidencia en el ámbito de las relaciones internacionales. Suiza pudo realizar una política exterior firme. Así sucedió en el caso del cantón de Neuchâtel. Este principado pertenecía al rey de Prusia desde 1701, aunque no lo gobernaba. El 1 de marzo de 1848 los republicanos de Neuchâtel, muy de acuerdo con el espíritu de los tiempos, proclamaron la República. La revolución que estalló en Berlín impidió a Federico Guillermo IV actuar para defender sus derechos. Cuando consiguió restaurar su Poder en Prusia se encontró frente a una situación de hecho que no quiso reconocer y que tampoco le urgía resolver. Durante el mes de septiembre de 1856 los conservadores de Neuchâtel intentaron un golpe de fuerza para restaurar al rey, que por otra parte no había alentado esa acción. El golpe de fuerza fracasó y sus autores resultaron muertos o encarcelados. Federico Guillermo se vio en la obligación de actuar a su favor y exigió su liberación. El gobierno federal se negó. Las conversaciones se complicaron y se llegó al borde de la guerra. Tanto por los buenos oficios de Napoleón III como por la falta de interés de llegar a una guerra por parte de Prusia, el asunto se resolvió diplomáticamente. Federico Guillermo IV renunció a sus derechos efectivos sobre el principado y los sublevados recibieron la libertad.

Los años que transcurrieron a partir de 1848 fueron de crecimiento económico en Suiza. La creación de ferrocarriles, el progreso del maquinismo, el desarrollo de los negocios y Bancos, la promoción de la enseñanza en todos sus grados, el cuidado de la formación de técnicos, etc., hizo de Suiza un país próspero y socialmente equilibrado.

*Los partidos políticos*

Los partidos políticos que existían en Suiza antes de 1848 pervivieron a las transformaciones políticas de ese año y aceptaron las modificaciones constitucionales. Durante los años inmediatamente posteriores a 1848 gobernó por lo general el partido radical, pero comenzó a hacerse sentir la oposición de los liberales, conservadores y católicos. El partido radical conservó la mayoría en la Asamblea federal y en los cantones protestantes. Los conservadores y liberales volvieron al Poder en algunos cantones como Berna y Basilea-ciudad. Tanto conservadores como liberales y católicos aceptaron las nuevas

formas políticas y para disputar el Poder a los radicales combatieron no en el terreno de los principios sino en el de la administración. Los católicos consiguieron volver al Poder en todos los cantones católicos y su política se orientó a ganar a la población por medio de la defensa de los derechos cantonales, a asegurar un régimen de libertad a la Iglesia —pues cada cantón tenía derecho a establecer el régimen de relaciones con las confesiones religiosas—, y a conseguir un régimen de libertad para la enseñanza primaria católica.

A partir de 1870 Suiza se encontró situada entre cuatro grandes potencias: Francia, Italia, Austria y Alemania. Esta situación llevó al gobierno suizo a velar por su neutralidad y a tratar de perfeccionar su ejército como garantía de ella.

## 4. La España isabelina y el Portugal de la "Regeneración"

*El general Narváez y el principio de autoridad*

El gobierno del liberal moderado general Ramón Narváez impidió que, en 1848, España resultara afectada por la oleada general de revoluciones que conmovió a buena parte de Europa. Este éxito —muy admirado y elogiado en determinados ambientes europeos de la época— le permitió convertirse en un precursor de los regímenes de autoridad que, eliminado el Antiguo Régimen, se presentaron como solución única para oponerse a las exigencias revolucionarias. No puede hablarse de dictadura pues la Constitución de 1845 fue mantenida y —más o menos— respetada durante los años (1848-1850) del gobierno Narváez. Hay que hablar más bien de un ejercicio enérgico del principio de autoridad.

*El control de la situación política*

Si los más agresivos revolucionarios fueron deportados a Filipinas o las Antillas, muchos otros quedaron simplemente presos durante algún tiempo en la península o, sin más, en libertad. La suspensión de las garantías constitucionales fue relativamente breve. Hubo algunas prohibiciones de periódicos; pero a la vez se autorizó la fundación de otros nuevos a los mismos directores de los que habían sido prohibidos poco antes, sin más cambios que la cabecera. Así se mantuvo la paz interior. Si para el partido progresista —animador de los intentos de revolución en España en 1848— la situación no fue la mejor, varios de sus representantes mantuvieron su representación en el Congreso. Fue quizá esta actividad resignada la que hizo que se constituyera a partir de sus elementos más jóvenes, una nueva formación política, el partido demócrata. La acción de este nuevo partido no se hizo, sin embargo, notar hasta la década siguiente.

*Las relaciones internacionales*

En el orden internacional, Narváez expulsó al embajador británico, sir Henry Bulwer, por su probada complicidad con los progresistas en las intentonas revolucionarias del 48. Las relaciones diplomáticas hispano-británicas quedaron rotas por algún tiempo. Pero esto fue compensado por el reconocimiento por parte de los otros países de la

acción de gobierno de Narváez. Austria, Prusia y Piamonte reanudaron sus relaciones con España. Mejoraron los contactos con la Francia postrevolucionaria que dirigía el príncipe-presidente Luis Napoleón. Y sobre todo se llegó a un acuerdo con la Santa Sede: Roma reconoció a Isabel II y se iniciaron las negociaciones para la firma de un Concordato, que daba satisfacción a la mayoría católica del país y solución a los problemas graves derivados de la desamortización eclesiástica.

*Las "realizaciones"*

El gobierno autoritario del general Narváez se volcó, al amparo de la coyuntura económica favorable característica de los años cincuenta, en las "realizaciones". Se iniciaron los ensanches de Madrid, Barcelona y Valencia; se acometieron diversas obras públicas; entró en funcionamiento el primer ferrocarril. En estas empresas Narváez encontró el apoyo de su ministro de Comercio, Industria e Instrucción pública, Juan Bravo Murillo, que logró una cierta reforma de la administración que la hizo más funcional y eficaz. La paz y la general mejoría económica permitieron incluso acometer, por primera vez en el siglo XIX, un amplio plan naval que se propuso la construcción de una nueva escuadra, imprescindible para mantener el contacto con las posesiones ultramarinas, en América y el Pacífico. Narváez logró acabar igualmente (8-VI-1849) con la segunda guerra civil carlista. Después del fracaso del desembarco en San Carlos de la Rápita no se había conseguido formalizar un frente definido. Pero las guerrillas subsiguientes llegaron a ser una verdadera pesadilla para el gobierno.

La caída del gobierno Narváez a fines de 1850 se debió a las divisiones internas de su propio partido, el liberal moderado, en el tema de reducción del gasto público. Bravo Murillo, que se había convertido en el campeón de la lucha contra la corrupción administrativa, dimitió en señal de protesta. Poco después lo hizo Narváez. Y la reina confió el Poder a Bravo Murillo (1803-1873).

*Juan Bravo Murillo*

Su gobierno (1851-1852) tuvo un carácter distinto al de los demás gabinetes de la década moderada. Bravo Murillo era hombre poco aficionado a la política clásica decimonónica; era más bien un excelente administrador, casi un "técnico". Uno de sus primeros logros fue la amortización de la considerable deuda pública. Aliviada la Hacienda pudo centrarse, como ya había hecho bajo Narváez, en las "realizaciones". Abordó así Bravo Murillo una política de obras públicas que se tradujo en la planificación general de los ferrocarriles a construir, en el trazado de carreteras principales que aún se conserva en España, en la mejora de los puertos, etc.

*El Concordato de 1851*

Correspondió también a Bravo Murillo llegar por fin a un acuerdo con Roma que puso fin a la ruptura de relaciones en que se vivía desde 1837. El Concordato se firmó en octubre de 1851. La Iglesia reconoció el hecho consumado de la desamortización y perdonó a los que se habían quedado con sus bienes. Los que aún no habían sido subastados, volvieron a sus antiguos propietarios. El Estado, por su parte, adquirió el compromiso de sustentar al clero en compensación de los bienes que injustamente le había arrebatado.

*Las dos grandes reformas intentadas*

Pero los grandes proyectos de Juan Bravo Murillo se cifraron fundamentalmente en dos reformas profundas que, si no pudo concluir, al menos intentó. La primera de ellas fue una novedad evidente dentro de la España liberal. Bravo Murillo se propuso separar la administración de la política, no por desprecio a la política, sino para que ésta pudiera funcionar bien. Quiso que la administración del Estado se mantuviera al margen de las oscilaciones partidistas y que los hombres que pasaran a forma parte de ella lo hicieran a través de un sistema de oposiciones o concursos, en el que únicamente se tuvieran en cuenta los méritos personales técnicos o administrativos del aspirante, y no los políticos.

Mediante la segunda reforma pretendió reducir el inútil verbalismo palamentario. No está aún hoy claro si lo que perseguía Bravo Murillo era sustituir el régimen de partidos por una representación regional y de los distintos órganos y corporaciones del país. Su proyecto de Constitución reforzaba el Poder ejecutivo, reducía tanto el número de los electores como el de los elegibles y convertía en hereditarios a un tercio de los miembros del Senado. Resulta inevitable evocar ante estos proyectos de Bravo Murillo el recuerdo del *Civil Service* británico y la estructura de la Cámara de los Lores.

*La unión ante el peligro*

Resultó también inevitable el que ambos objetivos encontraran la más cerrada oposición por parte de toda la clase política española, sin distinción de partidos. Por primera vez desde los tiempos de la lucha contra Espartero, y ante la amenaza, se formó una coalición de progresistas y moderados contra Bravo Murillo. Las protestas de los hombres influyentes, de los militares, de la prensa, crecieron en intensidad. El general Nar-

**Isabel II, reina constitucional de España (1830-1904).** *Si muchas son las cosas que se pueden decir de esta mujer, no parece posible afirmar de ella que tuviera las condiciones y formación precisas para el puesto delicado que se vio obligada a ocupar. Nació en Madrid, el 10 de octubre de 1830, hija primogénita de Fernando VII. Proclamada reina el 24 de octubre de 1833, veintiséis días después de morir su padre, durante su minoría de edad se sucedieron las regencias de su madre, María Cristina de Borbón (1833-1840), y del general don Baldomero Espartero (1840-1843). La complicada situación política española sugirió declarar mayor de edad a Isabel II el 10 de noviembre de 1843, poco después de que cumpliera 13 años. El día que hizo 16 fue casada —al término del complejo asunto de los matrimonios reales españoles, y muy contra su voluntad— con su primo el infante Francisco de Asís de Borbón, duque de Cádiz. No puede decirse que fuera un matrimonio feliz. Isabel II fue destronada por la revolución de 1868 (18-IX). Después de la batalla de Alcolea (28-IX), en la que triunfaron los sublevados, abandonó España (30-IX). Vivió algún tiempo en Pau y luego se trasladó a París donde (25-VI-1870) consintió en abdicar y traspasar sus derechos a su hijo, el futuro Alfonso XII. Isabel II ya no volvió a España como reina y en París murió, el 9 de abril de 1904, cuando ya reinaba en España su nieto, Alfonso XIII. Y todo esto le sucedió a Isabel II bajo distintas leyes fundamentales de la nación española, coincidentes sin embargo en proclamar la irresponsabilidad del monarca.* (Giraudon. París).



váez volvió de Francia para hacer caer al audaz ministro. Y el 13 de diciembre de 1852 Bravo Murillo dimitió.

*La renovación del proceso de desgaste*

Con la eliminación de Juan Bravo Murillo se cerró la posibilidad de convertir el "moderantismo de hecho" en "moderantismo legal". Sus sucesores al frente del gobierno –Roncali (1811-1875), Lersundi (1817-1874), Sartorius (1820?-1871)– procedieron igualmente del partido moderado. Pero carecieron de la energía de Narváez y de la amplitud de miras de Bravo Murillo. Se volvió a la práctica de un liberalismo en beneficio exclusivo del gobierno. El resultado de las distintas elecciones fue sistemáticamente falseado. Toda oposición al gobierno volvió a ser considerada como oposición al régimen y, por tanto, eliminada por la fuerza. Los distintos equipos gobernantes, en lugar de buscar la concordia y el apaciguamiento, pretendieron por todos los medios reforzar los resortes gubernamentales y disminuir la fuerza de la oposición, lo que acabó por provocar la ira de los progresistas y la división de la misma mayoría gubernamental.

Para los progresistas se convirtió en verdad incontrovertible la necesidad de una nueva revolución que pusiera fin a los diez años que los moderados llevaban en el Poder. Se reiniciaron las conjuras y las conspiraciones. Pero no se quería tanto un golpe aislado como un levantamiento general.

*El miedo a la revolución*

Sin embargo no fueron estos preparativos revolucionarios progresistas los que pusieron término al gobierno de sus adversarios políticos: la quiebra violenta de la situación llegó desde sectores políticamente de centro, con el ánimo de evitar precisamente la conspiración progresista. Esta posible revolución aparecía como una catástrofe para muchos que, disconformes con los últimos gobiernos y sus métodos, aborrecían la violencia. En esta apreciación coincidían sectores del partido moderado –que deseaban un "moderantismo legal"– y también progresistas, deseosos de alcanzar el Poder, pero enemigos de la demagogia, de "despertar a las masas" –en la terminología de la época– y lanzarlas contra el orden existente. Fue así como surgió una especie de tercera fuerza, equidistante de los extremos, con un programa no muy definido precisamente por su carácter intermedio, y que podría reducirse a estas ideas: libertad y orden, liberalismo sincero, legalidad en la política y honradez en la administración.

*O'Donnell en Vicálvaro*

Estructurada así la nueva corriente política, se hizo preciso buscar a un hombre que la encarnara. Esto, en la España de me diados del XIX, significaba el obligado recurso a los generales. Dos políticos jóvenes y valiosos –Antonio de los Ríos Rosas (1812-1873) y Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897)– lograron convencer al general Leopoldo O'Donnell para que acaudillara la Unión Liberal. O'Donnell (1809-1867), hijo de un general tradicionalista y conspirador –José O'Donnell, conde de la Bisbal–, había permanecido hasta el momento al margen de la política. Era dieciséis años más joven que Espartero, y tenía diez años menos que Narváez. Conseguido el imprescindible general, fue fácil preparar el golpe de fuerza que permitiera adelantarse a la revolución progresista. El pronunciamiento tuvo lugar en Vicálvaro, en las proximidades de Madrid, en julio

de 1854. Pero la batalla que siguió, entre los pronunciados y los gubernamentales, quedó indecisa. O'Donnell no se decidió a lanzarse sobre la capital y se retiró hacia Andalucía en busca de refuerzos.

*Espartero, de nuevo*

El pronunciamiento no había triunfado ni fracasado. Algo sin embargo había conseguido: desautorizar al gobierno moderado. Y de ello se aprovecharon las masas progresistas que invadieron las calles de Madrid, levantaron barricadas, asaltaron las cárceles, liberaron los presos políticos y se entregaron al pillaje y saqueo de las casas de los más conocidos políticos moderados. Las turbas desmandadas luchaban más por su pan que por los progresistas; pero acabaron por dar el triunfo a los progresistas. Isabel II, asustada, optó por llamar al ídolo de los extremistas: así, el pronunciamiento centrista de Vicálvaro puso el Poder, de nuevo, en manos del general Espartero.

La presencia de Espartero en Madrid despertó oleadas de entusiasmo pero no calmó los desórdenes; muy al contrario, éstos se extendieron a muchos otros puntos de España. No se trataba propiamente de una revolución, sino de un descontrol generalizado. El antiguo regente estaba ya muy lejos de sus años de gobernante imperativo. Su pensamiento y su acción políticos se habían reducido a la fórmula pretendidamente pacificadora de "cúmplase la voluntad nacional".

*El "bienio progresista"*

En las primeras elecciones que se celebraron durante el llamado "bienio progresista" (1854-1856), el partido en el Poder consiguió naturalmente una amplia mayoría en las Cortes y se aprestó a la tarea de redactar un nuevo texto constitucional. Esta Constitución de 1856 fue llamada la "nonnata", pues antes de que pudiera ser aprobada y promulgada cambió la situación política. Si en lo que respecta a una nueva ley fundamental el partido progresista no consiguió sus objetivos, éstos se hicieron presentes en las numerosas medidas políticas que tomaron durante estos años. Volvieron las acciones anticlericales y se reanudó el proceso de incautación y venta de los bienes de la Iglesia, en clara violación del Concordato del 51. En consecuencia se rompieron de nuevo las relaciones con Roma. Pero el proceso de desamortización no se detuvo en los bienes eclesiásticos sino que se amplió a los municipales hasta el punto que el año 1855 fue en España el de más fuerte ritmo de venta de tierras de todo el siglo XIX. Se repitieron las viejas promesas de que con la desamortización se conseguiría la mejora de las clases populares; pero se reprodujeron los mismos viejos hechos de que sólo se beneficiaron de ella las clases acomodadas.

*El desconcierto económico*

El gobierno progresista, durante estos dos años, no se puso ni siquiera de acuerdo en cuál debía ser la política económica a seguir. En su seno disputaron proteccionistas y librecambistas. Se llegó a una solución ecléctica: no se concederían facilidades a la importación de artículos extranjeros, pero sí se ayudaría a la del utillaje conveniente para la industria o al desarrollo en general. La consecuencia fue que si se logró ampliar la red ferroviaria, fue a costa de permitir la entrada indiscriminada de capital extranjero. El bienio, con sus medidas liberalizadoras y desamortizadoras, favoreció más a los propietarios y a los capitalistas que a los obreros industriales y a los campesinos.

*Otra vez Narváez*

En esta situación, hostigado Espartero por su mismo partido, dimitió en 1856. Quedaba O'Donnell que había venido ocupando la cartera de Guerra en el gobierno del ex-regente. Pero no consiguió hacerse con la situación: el partido progresista, que no había respetado a su jefe, estaba mucho menos dispuesto a seguir a Leopoldo O'Donnell. Isabel II, de nuevo desamparada, se vio obligada a recurrir al hombre de los momentos críticos para que diera un cambio completo a la política; y el general Ramón Narváez recibió una vez más la confianza regia y el Poder.

Logró imponer el orden; acabó con los motines; hizo callar los gritos destemplados de la prensa; y deshizo en pocos días la obra desordenada de los progresistas. Por supuesto, ganó también cómodamente las elecciones. El problema, sin embargo, era otro: ni Narváez ni los moderados tenían ya a esas alturas otro programa que no fuera la conservación y el mantenimiento del orden. Es cierto que lograron algunos éxitos en su campo favorito, el de las "realizaciones". Se llevó a cabo una reestructuración formal del Banco del Estado, que pasó a llamarse desde entonces Banco de España. Se estableció el sistema métrico decimal y la peseta pasó a ser la unidad básica de la moneda española. Otra de sus grandes reformas fue la de la enseñanza, llevada a cabo mediante la ley Moyano (1857), que sentó las bases del sistema educativo español durante más de cien años. Pero sus aciertos administrativos no alcanzaron a disimular su vaciedad política. El partido de O'Donnell, la Unión Liberal, ganaba cada vez más prestigio y adeptos. En junio de 1858 la reina encargó al general Leopoldo O'Donnell la formación de un nuevo gobierno.

*El gobierno de la Unión Liberal*

El general O'Donnell se mantuvo en el Poder cinco años, de 1858 a 1863, un plazo que no tenía precedentes en España desde la implantación del régimen liberal. Fue un período de paz y estabilidad debido no tanto a que el sistema político fuera más sincero, cuanto a que la Unión Liberal constituyó durante un tiempo una bandera que podía ser aceptada tanto por progresistas como por moderados. El ideólogo de la Unión, Cánovas del Castillo, se esforzó en demostrar que los motivos de coincidencia de los liberales españoles eran mayores que las posibles discrepancias que entre ellos pudieran surgir. Posiblemente Cánovas tenía razón. Eliminados casi por completo los restos de la mentalidad propia del Antiguo Régimen –que, además, en España se habían refugiado en un partido marginal, como el carlista–, las diferencias entre las dos familias liberales se habían convertido en casi cuestiones de matiz. No había ninguna solución de continuidad que separase decisivamente a moderados y progresistas. El único elemento diferencial de la escena política española venía marcado por el auge de los demócratas y por la posibilidad de que este grupo entrara en contacto con los núcleos de obreros industriales, débiles aún y todavía sin un pensamiento político o social bien definido, pero a los que se podía predecir sin esfuerzo un gran futuro. La divisoria política no se encontraba pues entre moderados y progresistas, sino entre partidarios del sufragio censitario y defensores del sufragio universal; entre liberales y demócratas.

*La política internacional*

En estos años del gobierno de la Unión Liberal hubo incluso una cierta política internacional española. En 1859 España declaró la guerra a Marruecos, a causa de incidentes que habían tenido lugar en la zona de Ceuta. La guerra –que parecía, y resultó fácil– se presentó como una buena oportunidad de acrecentar el prestigio internacional de Espa-

ña y aunar a los diversos grupos políticos en el interior del país, galvanizando el sentimiento nacional. La victoria final, en 1860, fue recibida con verdadero júbilo. Y si las compensaciones materiales que se obtuvieron fueron modestas, a causa de las presiones de Gran Bretaña, el gobierno consideró que aquella guerra corta y victoriosa había sido políticamente un acierto. Menos afortunada fue la intervención en México, junto a británicos y franceses. En cualquier caso el ejército expedicionario español, mandado por el general Juan Prim (1814-1870) supo retirarse a tiempo y no se malquistó la opinión pública mexicana.

*La prosperidad material*

Los años del gobierno O'Donnell coincidieron también con un periodo de expansión económica y de prosperidad relativamente general. En España, por primera vez en mucho tiempo, había algo de dinero a causa, por un lado, de las inversiones extranjeras y, por otro, del gran impulso desamortizador de los años del bienio progresista que había permitido realizar muchos y lucrativos negocios. Se desarrolló considerablemente la industria algodonera catalana. Y también la siderurgia: se consolidaron las factorías asturianas y, a partir de 1860, comenzó la expansión de los centros siderúrgicos vizcaínos. Pero quizá lo más notable fue el crecimiento del ferrocarril. En ocho años (1857-1865) se tendieron casi cinco mil kilómetros. Este dinamismo trajo lógicamente consigo el aumento del número de los obreros industriales, que pasaron a compartir una situación socialmente injusta con los campesinos a los que la desamortización había dejado en una situación difícil. El proceso industrial, realizado en España como en el resto de los países occidentales a partir de la mentalidad liberal, produjo evidentemente un aumento de la riqueza del país junto a una muy deficiente distribución de ésta. Fueron en estos años de tranquila prosperidad cuando comenzaron a engendrarse los problemas sociales futuros.

*El desencanto*

El gobierno de la Unión Liberal fue una especie de ensayo general de lo que años más tarde, después de las experiencias revolucionarias iniciadas en 1868, Antonio Cánovas del Castillo lograría organizar con el nombre amplio de Restauración. Por eso fue un golpe duro para O'Donnell el que Cánovas en 1862 le abandonara, desengañado de su gobierno. A esta defección siguió la de otros muchos seguidores de la Unión. En febrero de 1863 O'Donnell dimitió y la reina se apresuró a llamar a los moderados. Una decisión de Isabel II que no dejó de tener sus riesgos: la progresiva vinculación entre un moderantismo sin ideas ni proyectos y la corona podría implicar que el rechazo airado de los moderados, incapaces de otra cosa que no fuera el intento de mantener el orden público, arrastrase en el mismo turbión a la monarquía.

*La descomposición de un régimen*

A partir de 1863 se sucedieron diversos gobiernos moderados: Miraflores, Arrazola, Mon, Narváez... Los sucesos revolucionarios de la noche de San Daniel derribaron al viejo general y se volvió a llamar a Leopoldo O'Donnell y los unionistas. Fue durante este su segundo gobierno cuando O'Donnell, fiel a su principio de mantener la proyección exterior de España, rompió con las repúblicas de Perú y Chile, por ofensas a algu-

nos súbditos españoles y desacatos a la bandera. La guerra se redujo a los bombardeos navales de Valparaíso y El Callao, por una escuadra española mandada por Méndez Núñez.

Pero de nada sirvió esta aventura ante el creciente descontento del país. Surgieron nuevos problemas: los moderados protestaron airados ante el reconocimiento diplomático del reino de Italia; los progresistas rechazaron la mano tendida que les brindó O'Donnell en forma de ampliación de la ley electoral. Estos últimos, conscientes de que el terreno político en que se movían era cada vez más reducido por el incremento del partido demócrata, habían ya optado —como tantas otras veces— por la revolución.

*Nuevas sublevaciones militares*

Las sublevaciones militares recomenzaron en enero de 1866. Fracasó el pronunciamiento de Prim en Aranjuez. Y si la siguiente intentona (cuartel de San Gil, en Madrid, 22-VI-1866) fue también sofocada, la represión subsiguiente levantó tales protestas de todos los partidos, incluidos sectores del unionismo, que O'Donnell cayó. Volvió Narváez con un gabinete reaccionario que se desplazó progresivamente hacia el absolutismo. La respuesta fue que la oposición política se transformó en oposición al régimen. El pacto de Ostende contra la monarquía de Isabel II fue firmado por progresistas, demócratas, republicanos y —después de la muerte de O'Donnell en 1867— también por unionistas. Ramón Narváez murió en abril de 1868 y con él desapareció el último punto de apoyo de la corona. González Bravo, que heredó la presidencia del gobierno, intentó hacer frente sin contemplaciones a los revolucionarios. Pero no gozaba de la autoridad y predicamento precisos sobre el ejército. La crisis económica y el descontento social aumentaron los motivos de protesta. Y la energía desplegada por González Bravo, fortaleció la oposición al régimen.

*La revolución de 1868*

Cuando el 18 de septiembre de 1868 estalló la revolución decisiva, el hecho no sorprendió a nadie. El almirante Juan Bautista Topete (1821-1885) se sublevó con la escuadra en Cádiz. Poco después se pronunciaron los generales Serrano (1820-1885) (unionista), y Prim (pogresista). González Bravo (1811-1875) no supo qué hacer frente a esta oleada. La reina Isabel II, antes de embarcarse en una dudosa guerra civil, prefirió el exilio, sin renunciar por ello a la corona.

*La Regeneración portuguesa*

La evolución política de Portugal durante estos mismos años (inicio de la segunda mitad del XIX) presentó puntos de semejanza con la española, junto a rasgos peculiares propios. La convención de Gramido (30-VI-1847), impuesta por la intervención conjunta hispano-británica, restableció la paz en Portugal, que no sufrió las sacudidas de las revoluciones europeas de 1848. En 1849 volvió al Poder Costa Cabral, conde de Tomar, y se mantuvo en él hasta 1851 en que fue derribado por una nueva sublevación militar, que abrió uno de los períodos más interesantes del Portugal contemporáneo: la época de la Regeneración.

El hombre clave de esta época fue el duque de Saldanha (1790-1876) que consiguió agrupar tras de sí a los distintos sectores del liberalismo que hasta el momento se habían combatido con encarnizamiento. La situación portuguesa fue un claro antece-

dente de la española de la Unión Liberal. Para acentuar más la semejanza, sólo quedaron fuera de ella los grupos políticos, similares a los demócratas de la monarquía isabelina, que tiempo adelante acabarían por constituir el partido progresista (1876).

*Melo Fontes y sus "realizaciones"*

El hombre que mejor encarnó la política de "realizaciones" de los regeneradores fue António Maria Pereira de Melo Fontes, que desde 1852 dirigió el ministerio de Obras Públicas, Industria y Comercio. Obra suya fueron las nuevas carreteras y puentes, y la inauguración de la primera línea ferroviaria (Lisboa-Carregado). Puso igualmente en marcha las enseñanzas técnicas, agrícolas e industriales. Por estos mismos años, y en conexión con los deseos modernizadores de Portugal, el vizconde de Seabra redactó, entre 1850 y 1867, el Código Civil que se aplicaría durante más de un siglo. Las principales reformas introducidas en la legislación fueron el matrimonio civil —que levantó fuertes protestas—, la supresión de los mayorazgos, la reglamentación del derecho enfitéutico y la reactivación, hasta su completo acabamiento, de la nacionalización de los bienes de la Iglesia.

El censo portugués en 1864 arrojó una población de cuatro millones de habitantes, un progreso notable respecto al millón y medio que se calculaba que tenía al comenzar el siglo. Este desarrollo demográfico vino acompañado por el paralelo desarrollo urbano, un cambio importante en la estructura de la vida portuguesa que, salvo los casos tradicionales de Lisboa y Oporto, venía siendo eminentemente rural.

*Pedro V y Luis I*

Los años de la Regeneración coincidieron casi en el tiempo con el cambio de monarca. En 1853 subió al trono el joven rey, de 16 años, Pedro V que despertó grandes esperanzas por sus cualidades, truncadas por su muerte a los 24 años. Le sucedió su hermano, Luis I (1861-1889). Respetuoso con los usos constitucionales, le correspondió presidir uno de los períodos menos agitados de la historia portuguesa contemporánea. Durante los años de su reinado apareció en Portugal una interesante generación de artistas y escritores: Antero de Quental (1830-1895), Teófilo Braga (1843-1924), Eça de Queiroz (1845-1900), Ramalho Ortigao (1836-1912), Oliveira Martins (1845-1894), Guerra Junqueiro (1850-1923), Castelo Branco (1826-1890), etc.

## 5. Liberalismo y escandinavismo

*El moderado liberalismo sueco*

Al final de los años cuarenta, Suecia era un país en el que la colaboración de conservadores y liberales había impuesto un liberalismo político atenuado. Oscar I optó a partir de 1849 por una política de matiz conservador. Solamente el nombramiento de K. E. Günther (1783-1863) como ministro de Justicia, en 1855, abrió de nuevo el camino a un liberalismo moderado. El rey, gravemente enfermo, cedió el gobierno de hecho (en 1857) a su heredero Carlos que le sucedió en 1859 con el nombre de Carlos XV. Günther derogó la disposición que prohibía a los laicos las reuniones públicas por motivos

religiosos (1858), suprimió la ley que reservaba las funciones públicas a los evangélicos luteranos (1859), e introdujo en la práctica la tolerancia religiosa.

*El ministerio de Geer*

Carlos XV (1826-1872) poseía unas convicciones radicalmente conservadoras, por lo que al acceder al trono optó por cambiar a algunos miembros del Consejo de ministros. Llamó a personalidades de gran prestigio: L. Mandersfröm, para Asuntos Exteriores; H. Hamilton, representante cualificado del conservadurismo, y significativamente dejó al frente de las finanzas a J. A. Gripenstedt, el más firme defensor del liberalismo económico. Para el ministerio de Justicia nombró a L. de Geer, un eminente jurista. La falta de carácter del rey quedó compensada por la personalidad de L. de Geer: su gran capacidad intelectual, su sentido de la oportunidad, su firme carácter, hicieron de él un gran primer ministro. Suecia se encontró, de un modo inesperado, gobernada por un ministerio homogéneo. Este ministerio de origen conservador realizó profundas reformas solicitadas desde hacía tiempo por los liberales.

A partir de 1859 abolió el derecho de los patronos a infligir castigos corporales, instituyó la libertad de conciencia, reforzó la administración de los entes locales, creó (1862) los Consejos generales de los departamentos y promulgó en 1864 un Código Penal más humano. El gobierno continuó en economía la obra legislativa de orientación liberal: la promulgación (1864) de la libertad económica en la agricultura completó la ya existente para el comercio y la industria. Se adoptó el librecambio como doctrina económica en las relaciones con otras naciones. Suecia firmó en 1865 un tratado de comercio con Francia que reflejaba tanto la orientación librecambista como el nivel de desarrollo económico alcanzado.

*La reforma constitucional*

El crecimiento de la clase media y la extensión de la mentalidad liberal llevaron a un estado de opinión que demandaba una reforma del sistema de representación política. El *Riksdag* se organizaba de modo estamental a partir de cuatro órdenes: nobleza, clero, burgueses y agricultores. Durante la sesión parlamentaria de 1862-1863, de Geer presentó un proyecto de ley que introdujo en Suecia una representación bicameral. La primera Cámara sería elegida por sufragio indirecto censitario, y representaría a las clases superiores. La segunda Cámara sería elegida por medio de un sufragio directo censitario. El censo se establecía en función de los ingresos anuales o de la posesión de bienes inmuebles. El proyecto debía recibir su aprobación definitiva en la sesión de 1865. El rey aceptó el proyecto contra su voluntad y el Orden de la Nobleza, después de vivos debates, dio su aprobación por 361 votos contra 294. El nuevo Parlamento, que se reuniría anualmente durante cuatro meses, quedó definitivamente compuesto por una primera Cámara formada por representantes de las veinticinco asambleas locales y de las ciudades a razón de un diputado por cada 30 mil habitantes. Estos representantes eran elegidos para un período de nueve años entre un censo muy reducido y de carácter aristocrático. La segunda Cámara estaba formada por diputados elegidos para tres años, por un cuerpo electoral censitario. Los diputados recibirían una asignación parlamentaria. La proporción de diputados era de uno por cada 40 mil habitantes en el campo; y de uno por cada 10 mil en las ciudades. Las dos Cámaras tenían los mismos poderes, elaboraban las leyes y el presupuesto y, en caso de conflicto, se dilucidaba en sesión conjunta según el voto de la mayoría.

*La ampliación del censo y el partido agrario*

Las elecciones para la segunda Cámara debían suponer, según los proyectos de los políticos burgueses que habían establecido la proporción de diputados por habitantes, el acceso al Poder de la clase media industrial y mercantil. Las condiciones del censo impedían la incorporación al electorado de los obreros de las ciudades y del campo. Sin embargo, el mayor número de escaños en la segunda Cámara correspondió a los agricultores. El régimen fiscal de 1861 había mejorado sensiblemente el valor de las explotaciones agrícolas y el auge de la agricultura, desde finales de los años cuarenta, había permitido que gran número de agricultores entraran en el censo. El nuevo *Riksdag* se reunió en 1867. Pronto se formó el llamado partido agrario que estuvo dirigido por propietarios agrícolas como el conde A. Posse (1820-1901) y E. Key, y por un agricultor, C. Ifvarson. Constituyó la oposición al gobierno que presidía de Geer. El rey no había aceptado aún entregar el Poder al partido político de mayor representación parlamentaria. El partido agrario encarnaba la oposición a los industriales, a la clase media burguesa —intelectuales y pequeños comerciantes— y a los burócratas, que formaron lo que se llamó el partido de la "inteligencia".

Los principales objetivos del partido agrario fueron la abolición de aquellos impuestos que más gravaban el patrimonio, y una reducción y control del gasto público. Estos objetivos les enfrentaron con la política del gobierno de Geer que, como garantía de la neutralidad de Suecia, quería mejorar el sistema defensivo. Abolición de impuestos y política de defensa constituyeron los dos temas claves de la política sueca al comienzo de los años setenta.

*La industrialización en Suecia*

Suecia se integró en el mundo industrializado en el período 1845-1865. Mejoró, al igual que otros países, su sistema de transportes: el primer ferrocarril sueco se inauguró en 1862; un industrial sueco G. F. Göransson puso a punto el procedimiento industrial para fabricar acero descubierto por H. Bessemer; la industria textil creció mucho y la de la madera se desarrolló de modo notable a partir de una ley de 1848 que permitió la creación de sociedades por acciones.

*El conservadurismo noruego*

Noruega estaba gobernada al final de los años cuarenta por dos grupos sociales, los funcionarios y los agricultores, que daban un tono conservador a la vida política. La población urbana era muy reducida: no llegaba al 12,2 %, a mediados de siglo. El carácter bastante representativo del Parlamento (*Storting*) afirmaba la voluntad de autogobierno de los noruegos; ningún sueco había sido nombrado virrey de Noruega desde 1829.

Los deseos de autogobierno de los noruegos se pusieron de manifiesto en la década de los sesenta cuando Carlos XV nombró a un sueco como virrey, y el ministerio de Geer trató de establecer una unión parlamentaria entre los reinos de Suecia y Noruega. Carlos XV tuvo que renunciar al nombramiento del virrey y la unión parlamentaria fue rechazada por los noruegos. Sin embargo la capacidad de autogobierno también tenía sus límites: los intentos de reforma de la Constitución, para hacer al Consejo de Estado responsable ante el Parlamento, no pudieron llevarse a cabo por la oposición de los políticos suecos que veían en ese proyecto un modelo que podía influir demasiado en su sistema político. El rechazo de la unión parlamentaria se había debido a que al tener

Noruega una población menor que Suecia —en 1865, 1,7 millones frente a 4—, los noruegos habrían tenido menos peso político en el nuevo reino.

*El nacionalismo*

Como en tantos otros países, la primera manifestación del nacionalismo noruego fue literaria. Los escritores irrumpieron en la vida social a partir de 1850. El drama reflejó la protesta nacional contra la dominación extranjera. Un drama histórico-romántico *Pretendientes de la corona* (1864); permitió a Ibsen conquistar al pueblo noruego. El final de la década de los sesenta y el comienzo de la siguiente se caracterizó políticamente por la unión del partido de los agricultores con el partido radical. Querían que el rey eligiera a sus ministros del partido que tuviera mayoría en el Parlamento. Estos hechos dejaban entrever el conflicto constitucional de los años setenta.

*Dinamarca y los ducados*

La vida de Dinamarca a partir de 1848 y hasta 1864 estuvo en buena parte condicionada por la cuestión de los ducados de Schleswig y Holstein. Federico VII (1848-1863)

**SS.MM. Christian IX y Luisa Guillermina, reyes de Dinamarca.** *El grabado, de no excesiva calidad, apareció en* La ilustración Española y Americana *el 8 de junio de 1892. Christian y Luisa hacía ya 29 años que eran reyes. Christian había nacido en Gottorp, el 8 de abril de 1818. En 1842 casó con Luisa Guillermina Federica, princesa de Hesse-Kassel. Por este matrimonio, el tratado de Londres (8-V-1852) le designó sucesor de Federico VII de Dinamarca, que no tenía descendencia directa. Esta medida fue ratificada por la ley sucesoria de 31 de julio de 1853. A la muerte de Federico, Christian y Luisa pasaron a ocupar el trono. Y lo primero con que hubieron de enfrentarse fue con la grave crisis que ocasionó la guerra de los ducados. De acuerdo Prusia y Austria, arrebataron a Dinamarca los territorios de Schleswig, Holstein y Lauenburg. El reparto del botín ocasionó, en 1866, el conflicto austroprusiano, un paso más y decisivo, orientado por Bismarck, para tallar la unidad alemana. Si se prescinde de ese acontecimiento desgraciado, el reinado de Christian IX y Luisa Guillermina fue pacífico. En 1892, al publicarse este grabado, eran llamados los "abuelos de Europa" por los excelentes enlaces matrimoniales que habían conseguido para sus hijos. Christian Federico Guillermo Carlos, el mayor y heredero, estaba casado con Luisa Josefina Eugenia de Suecia-Noruega, hija única de Carlos XV, pero imposibilitada de reinar debido a las leyes sucesorias suecas. Alejandra Carolina María, la segunda hija, era mujer de Eduardo, príncipe de Gales. Christian Guillermo Fernando, el hijo tercero, casado con Olga Constantinovna, gran duquesa de Rusia, era desde 1863 rey de los helenos, con el nombre de Jorge I. María Sofía Dagmar, la que venía después, fue zarina de Rusia por su matrimonio con Alejandro III. Los dos últimos hijos, Tira Amelia Carolina y Waldemar, no llegaron a reinar en ningún sitio. Es curioso observar que, ya en el siglo XIX, aumenta el interés por los reyes y por sus matrimonios, etc., en la misma medida en que éstos, a causa de los avances del liberalismo y de la democracia, ven disminuidos, hasta casi desaparecer, sus derechos y obligaciones.*



formó un ministerio liberal en marzo de 1848. El partido liberal era un partido nacionalista que deseaba la unificación de los ducados con el reino de Dinamarca o, cuando menos, la inclusión de Schleswig dentro de una Constitución única para toda la monarquía. La derrota de Dinamarca ante Prusia y Austria, en 1864, llevó consigo no sólo la pérdida de los ducados sino también el hundimiento del partido nacional liberal y el nacimiento de un nuevo partido, "Los amigos de los campesinos", de orientación democrática. Surgió también un partido conservador compuesto por funcionarios y comerciantes que tenía su mayor arraigo en las ciudades y que gobernó el país a partir de 1866. Ese año se promulgó una nueva Constitución, en la que una Cámara baja representativa quedaba contrapesada por un Senado cuyos miembros eran nombrados por el rey o elegidos entre un censo muy reducido.

La gravedad de la guerra con Prusia y Austria y el deseo de reconstruir la nación contribuyó a la unidad de la monarquía con el pueblo. Christian IX, sucesor de Federico VII, reinó de 1863 a 1906. Dos hechos influyeron decisivamente en el porvenir de Dinamarca: el cuidado de la educación y la atención a la política agrícola.

*El escandinavismo*

Durante el período estudiado tuvo sus momentos de auge, decadencia y reorientación el movimiento que se denominó "escandinavismo" y que influyó de forma considerable en la política exterior de Suecia. El escandinavismo sostenía que las tres naciones nórdicas constituían una entidad que podía llegar a ser una unidad política de gran importancia en el norte de Europa. La doctrina se basaba en la historia común de los tres reinos, en la influencia internacionalista del Siglo de las luces, en los procesos unificadores de inspiración liberal, etc. Se expresaba y fundamentaba en los estudios históricos y arqueológicos de C. J. Thomsen, de los escritores "góticos" de Suecia, y de daneses como Grundtuing. Había comenzado a desarrollarse especialmente a partir de 1830 y dio lugar a los Congresos de estudiantes suecos y daneses de 1838 y 1839.

*Su proyección internacional*

A partir de 1848 las manifestaciones políticas del escandinavismo tuvieron su principal impulsor en Oscar I de Suecia. El apoyo que la Confederación Germánica prestó a los sublevados contra Dinamarca en los ducados de Schleswig-Holstein, durante 1848, llevó a Suecia a situarse decididamente junto al monarca danés. La mediación de Oscar I tuvo gran importancia en la firma del armisticio prusiano-danés de Malmö, en agosto de 1848. Suecia fue una de las naciones que firmaron el protocolo de Londres de 1850. En 1853, al abrirse la crisis que llevó a la guerra de Crimea, Oscar I presentó un proyecto de neutralidad común para los países nórdicos, que se plasmó en una declaración conjunta de Suecia, Noruega y Dinamarca. Oscar I, que había iniciado una política de alejamiento de Rusia, consiguió en 1855 la firma de un tratado con Gran Bretaña y Francia por el que se aseguró la ayuda de las potencias occidentales en caso de un ataque ruso.

Carlos XV de Suecia no supo seguir la política de su padre. El nombramiento de un virrey sueco para Noruega produjo una grave crisis de confianza en ese reino. La ineficaz promesa de ayuda al rey de Dinamarca, en el caso de ataque prusiano a los ducados de Schleswig-Holstein, condujo a partir de 1864 al desmoronamiento de los partidarios del escandinavismo político. El movimiento se mantuvo en el campo de la cultura y de la ciencia, del derecho y de la economía.

## 6. Cavour y Víctor Manuel II

Los años agitados que vivió Italia a causa de las revoluciones de 1848 y 1849 tuvieron la ventaja de despejar —y simplificar, en cierto modo— su historia futura. Es posible que nadie en 1850 supiera con exactitud cómo se desarrollarían los acontecimientos que permitirían conseguir la unidad nacional de la que, por otra parte, nadie dudaba. Pero sí era fácil predecir en torno a qué personas o instituciones nunca se alcanzaría la unidad italiana.

*La misión espiritual de Pío IX*

Las revoluciones habían cerrado todas las posibilidades de que dicha unidad se lograra en torno al Romano Pontífice. Se ha aludido ya a la campaña que se desplegó en Italia sobre la pretendida "traición" de Pío IX a raíz de la retirada de las tropas pontificias en la primera guerra de la independencia que terminó con la derrota de Piamonte frente a Austria. El desengaño de los patriotas italianos más se debió a sus propias ilusiones que a un cambio en la actitud del Pontífice: el siglo XIX poco tenía que ver con los tiempos del Renacimiento.

*El punto de vista de Gioberti*

Si según parecía —y a diferencia, por ejemplo, del proceso de la unidad en Alemania— en Italia se habían vinculado estrechamente los conceptos de nacionalismo y liberalismo, la actitud de Pío IX y sus colaboradores, después de la restauración del Pontífice al frente de sus Estados, despejó todas las dudas posibles, si es que alguna aún quedaba. Esta situación acertó a presentarla con claridad Vincenzo Gioberti que publicó, en 1851, su obra *Del rinnovamento civile d'Italia.* Se trataba de un análisis de los hombres que habían dirigido la crisis de 1848-1849. Gioberti trazaba un claro panorama del *Risorgimento.* Desde su fe cristiana —y su condición de sacerdote— veía sin embargo, como inevitable para conseguir la unidad de Italia la desaparición de los Estados Pontificios. El Papa debería quedar como un soberano libre que no reinara sobre ningún territorio. Gioberti, que era profundamente hostil a los Concordatos, defendía la separación de la Iglesia y del Estado, aunque con el matiz importante de que en manos de la Iglesia debería quedar todo lo relativo a la instrucción pública, la legislación matrimonial, la regulación de las fiestas y la reglamentación de las propiedades amortizadas. Con diferencias no pequeñas que en su momento fueron apareciendo, el pensamiento de Gioberti lo compartieron inicialmente los hombres liberales piamonteses que se encargaron de la gobernación de este Estado durante el reinado de Víctor Manuel II.

*Fracaso y marginación de Mazzini*

Pues si las revoluciones pasadas habían descartado el proyecto neogüelfo de una Italia federal presidida por el Papa, habían de hecho arrumbado igualmente los ideales democráticos y republicanos ardientemente mantenidos por Giuseppe Mazzini, Giuseppe Garibaldi o Daniele Manin. Entre estos dos caminos cerrados comenzó a perfilarse la posibilidad de que fuera el reino de las Dos Cerdeñas el núcleo de la unidad futura. Qui-

zá hubiera sido más lógica que ésta cuajara en torno a Roma o Nápoles, Milán o Florencia. Pero Turín ofreció la ventaja única de su independencia política; algo que los otros centros posibles no tenían. El *Risorgimento* perdió así parte considerable de su carácter democrático: se convirtió en moderado. Y a su frente se puso la monarquía saboyana.

*La casa de Saboya*

Era ésta la dinastía reinante más antigua de Europa. El duque de Saboya se había convertido en rey con la adquisición de Cerdeña, a comienzos del siglo XVIII. Hacia mediados de este siglo el nuevo reino comenzó a apoyarse más sobre el Piamonte italiano que sobre la Saboya francesa. Su única expansión posible era hacia Italia. Pero para esto —que implicaba el choque inevitable con el Imperio austríaco— era necesaria una condición: que Francia volviera a ser una gran potencia, lo que la llevaría a rivalizar con Austria; de esta forma se convertiría casi inevitablemente en la protectora del pequeño reino alpino, en la garantía precisa para sus audacias. Esto fue lo que ocurrió a partir del momento en que Luis Napoleón Bonaparte logró tener en sus manos todo el Poder y se convirtió en Napoleón III.

*D'Azeglio*

Víctor Manuel de Saboya (1820-1878) sucedió a su padre como rey de las Dos Cerdeñas, tras la abdicación de Carlos Alberto en el campo de batalla de Novara (1849). Uno de sus primeros actos como gobernante fue proclamar su adhesión plena al Estatuto Real otorgado por su antecesor (27-III-1849). En mayo de ese mismo año puso el gobierno de su reino en manos de Massimo d'Azeglio, que se manifestó dispuesto a aplicar lealmente el Estatuto. El marqués Massimo Taparelli d'Azeglio (1798-1866), antiguo oficial de caballería, estaba casado con Giulia Manzoni —hija de Alessandro, el autor de *I promessi sposi*— y era primo de Cesare Balbo, otro de los hombres característicos del *Risorgimento*. D'Azeglio —adversario decidido de las sociedades secretas, de los carbonarios, de Mazzini— fue primer ministro de Piamonte hasta noviembre de 1852.

*La laicización de Piamonte*

El primer problema que tuvo que resolver fue la negativa de la Cámara a ratificar el tratado de Viena que había puesto fin a la guerra con Austria. La tensión llegó a un punto tal que Víctor Manuel amenazó con un golpe de Estado (proclamación de Moncalieri, 20-XI-1849). La Cámara fue disuelta y unas nuevas elecciones aportaron la conveniente mayoría moderada. Resuelta esta cuestión, la Cámara recién elegida hubo de afrontar la aprobación de las leyes Siccardi, que suponía la laicización del Estado como consecuencia del Estatuto vigente. No hubo dificultades por parte de los diputados; las tensiones surgieron con el sector conservador católico y a causa de la viva protesta que Pío IX dirigió a Víctor Manuel (9-III-1850).

*Cavour*

El 11 de octubre del mismo año una reorganización ministerial llevó a que d'Azeglio ofreciera la cartera de Agricultura y Comercio a Camilo Benso, conde de Cavour. La cartera fue aceptada; más adelante Cavour pasó también a encargarse de las Finanzas

y la Marina, por lo que le correspondió arreglar los problemas hacendísticos del pequeño reino, agravados por las deudas de la guerra. En mayo de 1852 d'Azeglio, enfermo, fue sustituido en sus funciones por Cavour. En noviembre del mismo año 52 Cavour organizó su primer ministerio y se asignó el doble objetivo de modernizar Piamonte y laicizarlo.

*Formación e ideas de Cavour*

Camilo Benso de Cavour (1810-1861) había nacido en Turín el 10 de agosto de 1810. Como Garibaldi y Mazzini, por azares de la política general europea, nació francés. De hecho Cavour prefirió a lo largo de su vida escribir en francés mejor que en italiano, lengua que dominaba menos. Por su familia estaba emparentado con la aristocracia protestante y liberal de Ginebra y con la nobleza legitimista francesa. En 1826 terminó la carrera militar como oficial de ingenieros. Tras manifestar sus simpatías por la revolución parisina de 1830, abandonó el ejército y se dedicó a la agricultura en las tierras de su propiedad. Viajó más adelante por Suiza, Francia y Gran Bretaña. Conoció los métodos modernos de producción agraria y se convirtió en un admirador del régimen parlamentario británico y de su liberalismo económico. Vuelto a Piamonte aplicó los nuevos principios agrícolas en las posesiones familiares, se dedicó a los negocios y a la defensa del librecambio. En 1847 dirigió el periódico *Il Risorgimento* desde el que se manifestó partidario del sistema constitucional y de la guerra con Austria. Elegido diputado en junio de 1848, a partir de marzo de 1850 y a causa de su apasionada defensa de la ley que abolía el fuero eclesiástico se convirtió en jefe del centroderecha piamontés; por su destacada actuación en la Cámara, d'Azeglio le incluyó en el gabinete.

*El "connubio"*

Durante sus años de primer ministro de Piamonte, Cavour se aseguró la mayoría precisa mediante la constitución del llamado *connubio,* esto es, el acuerdo entre la derecha liberal y la izquierda moderada. De forma casi habitual el *connubio* le permitió a Cavour prevalecer sobre sus adversarios de derecha —los conservadores que dirigía Clemente Solaro della Margarita (1792-1869)— y sobre los radicales de izquierda, acaudillados por Agostino Depretis (1813-1887).

*Los problemas políticos*

Entre la multiplicidad de problemas a los que hubo de hacer frente Cavour se pueden distinguir, por su importancia, los siguientes. En el orden internacional, Cavour se propuso introducir a Piamonte entre las potencias europeas para conseguir lo que se denominó la "diplomatización" de la cuestión italiana. Respecto a la política interior, fueron tres las cuestiones que reclamaron su atención y su esfuerzo: el desarrollo industrial, la transformación económica y la nueva legislación eclesiástica. Para Cavour todos estos temas estuvieron íntimamente relacionados y por esto su política ofrece una fuerte coherencia.

*La política internacional*

Cavour se entregó a una política exterior de gran audacia, confiado en el respaldo tácito o explícito de Napoleón III. Acusó a Austria de violar el tratado de Viena; no tuvo inconveniente en acoger en Piamonte a los prófugos políticos lombardos. Y cuando Austria protestó, Cavour rompió diplomáticamente con Austria. Se propuso como

objetivo identificar las tendencias italianas tradicionales de la casa de Saboya y la unidad nacional. Aunque no se ha de olvidar que Cavour, que sabía combinar su audacia con una gran prudencia, tuvo como objetivo hasta 1860 solamente la constitución de un reino de la Alta Italia. Fue la aventura siciliana de Garibaldi la que le empujó a dar el paso decisivo de poner a Víctor Manuel II a la cabeza del nuevo reino de Italia.

*Participación en la guerra de Crimea*

Para poder llevar a cabo esta política era preciso dar garantías a las potencias de que los revolucionarios no perturbarían su desarrollo. Cavour estuvo siempre contra Mazzini, en un esfuerzo por demostrar que Italia podía gobernarse por sí misma sin necesidad del control policíaco de Austria. El momento clave de esta gran operación de Cavour fue el estallido de la guerra entre Rusia y el Imperio otomano (XI-1853). Gran Bretaña y Francia presionaron a Piamonte para que interviniera en la guerra. Cavour no deseaba otra cosa, aunque esto por el momento supusiera, curiosamente, una no declarada alianza con Austria, la rival de Rusia. A pesar de la oposición que en el reino suscitó la posible entrada en una guerra tan alejada de los intereses de Piamonte, Cavour logró imponerse y consiguió que los franco-británicos le ofrecieran formalmente una alianza. En 1855 hubo en Crimea 15.000 soldados piamonteses. Y aunque la guerra incrementó las dificultades económicas del reino, sus beneficios en el orden internacional compensa-

**Camilo Benso, conde de Cavour (1810-1861).** *Es Cavour el hombre por antonomasia del* Risorgimento *italiano y el autor de la política de unidad de toda la península en torno a la casa de Saboya. Excelente diplomático, supo jugar hábilmente las bazas que hicieron del pequeño reino subalpino de Piamonte una pieza decisiva dentro de la diplomacia europea, tan conmovida por las presiones de los jóvenes y pujantes nacionalismos. Hábil político, admirador de Jeremy Bentham, del régimen constitucional británico y de su liberalismo económico, convirtió Piamonte en un notable centro comercial e industrial, lo cual influyó no poco en las anexiones sucesivas de los Estados que se repartían la península. El problema decisivo con el que se enfrentó Cavour —y al que dio una solución acorde con su ideología liberal moderada— fue el de las relaciones con la Iglesia. Cavour se encontró con una problemática en todo similar a la de los restantes políticos europeos: insertar la concepción liberal de la sociedad en un mundo aún dominado por las viejas estructuras eclesiásticas. Pero, y éste fue un factor diferencial, la unidad italiana tropezaba con la existencia, en el mismo corazón de la península, de los milenarios Estados Pontificios. La fórmula de Cavour fue la famosa de "Iglesia libre en el Estado libre". Una fórmula teóricamente impecable, a no ser por la peculiar significación que Cavour, como buen liberal, daba al concepto de libertad. El liberalismo planteó de hecho una dicotomía de las conciencias: la sociedad debía ser plenamente secularizada, sin ningún tipo de injerencias eclesiásticas o religiosas. La fe debía quedar reducida a la intimidad del sentimiento, sin proyección externa alguna. Que las consecuencias últimas de esta dicotomía fueran o no presentidas —o deliberadamente queridas— por el liberalismo, es cuestión distinta. Así fue planteado en el XIX y así fue aceptado, entre otros, por Cavour.*



ron sobradamente los gastos. Cavour había logrado armonizar los intereses de Piamonte y Francia. Y con el respaldo internacional adquirido pudo lanzar sobre Austria, los Estados Pontificios y el reino de las Dos Sicilias la acusación de que eran ellos los responsables de la agitación revolucionaria que sufría Italia. No en vano Piamonte se había podido sentar entre los vencedores en la conferencia de París (III-1856) que puso fin a la guerra de Crimea: el Piamonte de Víctor Manuel II y Cavour se había convertido en el único interlocutor válido que las potencias europeas tenían en la península itálica.

*El desarrollo industrial de Piamonte*

A la vez que culminaba así su política internacional, Cavour se había ocupado del impulso de la riqueza piamontesa. En 1852, al iniciar su mandato como primer ministro, el reino de las Dos Cerdeñas no era lo más desarrollado de Italia. El primer barco a vapor, el primer ferrocarril y el primer puente de hierro habían aparecido en el reino de las Dos Sicilias; no en Piamonte. La industria piamontesa la creó Cavour. Puso primero en marcha Bancos que facilitaron los créditos precisos y redujo considerablemente los aranceles. Entre 1850 y 1859 las importaciones y las exportaciones piamontesas se triplicaron. En 1857 completó la red ferroviaria: dos años más tarde (1859) se encontraban en el reino de Piamonte la mitad de los kilómetros de vía férrea que existían en Italia. Este desarrollo industrial animó a los banqueros de París y Londres a invertir en Piamonte, lo cual era muy necesario para fortificar la Hacienda pública muy afectada por el desequilibrio presupuestario agravado por los gastos de instalación de los ferrocarriles. Todo este esfuerzo vino a culminar en la eliminación del proteccionismo y la firma de tratados de librecambio con Gran Bretaña, Francia y Bélgica.

*"Iglesia libre en el Estado libre"*

Camilo Benso de Cavour era hombre profundamente pragmático: su filósofo preferido fue Jeremy Bentham. Y entendió el cristianismo —la fe religiosa— como un mero utilitarismo ortodoxo, muy en la línea de los doctrinarios franceses —Guizot o el mismo Napoleón III. La legislación eclesiástica piamontesa orientada por Cavour se apoyó menos en el principio de una radical separación de la Iglesia y el Estado que en la tradición regalista, en la afirmación de los derechos soberanos del Estado en cuestiones político-eclesiásticas y en la conveniente utilización del patrimonio eclesiástico. Cavour hizo suya la fórmula del pastor protestante ginebrino Alexandre Rodolphe Vinet (1797-1847): "Iglesia libre en el Estado libre". Por más que estas palabras admitan una diversidad de interpretaciones —algunas de ellas válidas— Cavour las entendió en el sentido liberal clásico: la religión era asunto individual que afectaba estrictamente al fuero de la conciencia. La Iglesia no había de tener ninguna proyección pública, salvo enseñar a sus fieles, bajo la dirección del Estado, los principios de la moralidad cristiana que harían de ellos buenos ciudadanos.

*La "crisis callabiana"*

Cavour dio su gran batalla para la laicización de Piamonte mediante la ley que en 1855 presentó a la Cámara y que tenía como objetivo la reducción del número de las órdenes religiosas, a las que se despojaba de toda personalidad jurídica. La oposición a la ley fue inmediata; inicialmente estuvo encabezada nada menos que por el mismo Víctor Manuel II. El rey era de naturaleza impresionable, con escasa formación doctrinal: un

gran aficionado a las mujeres, a los caballos, y a la caza. En 1855, en coincidencia con la presentación de la ley, Víctor Manuel vivió una fuerte crisis interior motivada por la muerte, con escasos intervalos, de su mujer, María Adelaida, su madre, María Teresa de Austria, y su hermano Fernando. En esta situación el rey aceptó los consejos del obispo Callabiana que le sugirió que pusiera término a la política anticlerical desligándose de Cavour. Y el rey accedió. Pero fue tal la agitación liberal que se produjo, que Víctor Manuel hubo de volver a llamar a Cavour y firmar la ley antieclesiástica. Gracias a esto, y muy en contra de su mismo temperamento escrupuloso, Víctor Manuel se convirtió para la opinión europea en un rey liberal.

*La "Società Nazionale"*

Superada lo que se llamó la "crisis callabiana", Cavour pudo proseguir su actividad, laborando en favor de la unidad italiana que pasaba, como condición indispensable, por la ampliación del reino de Piamonte. Para muchos de sus contemporáneos Cavour fue en sus actos mucho menos liberal que en sus palabras: se le llegó a definir como "un gran autoritario". Y desde esta perspectiva no vaciló en atacar con toda dureza a los revolucionarios mazzinianos. En 1856, después de haber firmado (30-III) el tratado de París, cuando contaba con el respaldo de la opinión liberal de Francia y Gran Bretaña, Cavour organizó secretamente la *Società Nazionale.* En ella se acabaron por incluir los defensores de las libertades municipales, los republicanos, los liberales toscanos y los desterrados sicilianos y napolitanos. Dentro de la *Società Nazionale* figuraron algunos héroes de las revoluciones del 48 y del 49, como Daniele Manin, Giuseppe Garibaldi o La Farina. El gran derrotado con esta operación fue Giuseppe Mazzini.

Mazzini, un internacionalista convencido, defensor incansable de todos los movimientos de las nacionalidades europeas oprimidas —croatas, bohemios, húngaros, polacos, irlandeses...—, fundador en París y en 1850, junto con Ledru-Rollin, del Comité democrático europeo, hizo también todo lo que pudo para imponerse a Cavour. Pero se limitó a perseverar en su táctica de insurrecciones y golpes de mano revolucionarios que fue un constante fracaso; así sucedió en 1852-1854 o en el más destacado de ellos, la sublevación de Carlo Pisacane, en 1857. Precisamente a consecuencia de este último golpe y tras el fusilamiento de Pisacane (1818-1857), Mazzini fue juzgado en rebeldía y condenado a muerte.

Tales fueron las dos líneas en las que se movió Cavour a la búsqueda de la unidad italiana: la actividad secreta de la *Società Nazionale,* mediante la cual acabó por deshacerse de Mazzini, y la acción diplomática que, después de llevarle a participar en Crimea y en la conferencia de Paris, le permitió llegar con Napoleón III a los decisivos acuerdos de las entrevistas de Plombières (VIII-1858).

*Las entrevistas de Plombières*

Si Gran Bretaña se había mostrado incondicional partidaria de Piamonte, la política francesa era dudosa: Walewski (1810-1868) el encargado de los Asuntos Exteriores del II Imperio, no mostraba grandes simpatías por los proyectos de Cavour. Napoleón III, por su parte, tenía deseos de ayudar a los nacionalistas italianos. Pero no podía olvidar que, dentro de Francia, necesitaba el voto católico, lo que implicaba la salvaguarda de Roma; y que, en el orden internacional, eran grandes los recelos británicos y prusianos ante la posible hegemonía continental francesa que se podría derivar de una derrota de Austria en Italia.

Fueron las intentonas mazzinianas y, muy especialmente, el atentado de Orsini (1819-1858) contra el emperador (14-I-1858), lo que acabó de decidir a Napoleón III a ponerse junto a Piamonte. Cavour le empujó a ello haciéndole ver la conveniencia de una intervención en Italia para prevenir la revolución democrática de la que Mazzini era el representante mayor. Fue así como se llegó a las dos entrevistas que celebraron Napoleón III y Cavour en el balneario de Plombières, en el verano de 1858. Francia se manifestó dispuesta a ayudar a Piamonte, si Piamonte le presentaba un pretexto adecuado. En Italia se constituiría una federación de cuatro reinos, presidida por el Papa: el reino de la Alta Italia, esto es, Piamonte más el reino lombardo-véneto que sería arrebatado a Austria; el reino de Italia central, formado en torno al gran ducado de Toscana; Roma y sus alrededores, unos Estados Pontificios algo reducidos por las cesiones que deberían hacerse al reino de Italia central; y finalmente, en el sur, el reino de las Dos Sicilias. Francia, por su parte, recibiría de Piamonte, Saboya y Niza. Y, como en los mejores tiempos, se decidió que estos acuerdos se ratificarían mediante el matrimonio de Jerónimo Bonaparte (1822-1891), primo de Napoleón III, con Clotilde de Saboya, hija de Víctor Manuel II.

*La alianza militar franco-sarda*

El paso siguiente, consecuencia directa de Plombières, fue la alianza militar que Francia y Piamonte firmaron el 30 de enero de 1859. A partir de ese momento Cavour se dedicó a provocar a Austria, a fin de que fuera el Imperio el que le atacara con lo que dispondría del pretexto preciso para que Francia pudiera intervenir. Cavour inició el alistamiento de voluntarios, y permitió a Garibaldi que constituyera una especie de ejército guerrillero, el cuerpo de Cazadores de los Alpes.

*El error del Imperio austríaco*

Ante la creciente tensión, Gran Bretaña se ofreció para mediar y asegurar la paz. Rusia y Francia contestaron a las ofertas británicas y aceptaron participar en una posible conferencia diplomática. La diplomacia austríaca, ante este desarrollo de los acontecimientos, cometió un error. Creyó que Piamonte había sido abandonado: en consecuencia rechazó las propuestas franco-británicas y envió un *ultimátum* a Piamonte, exigiéndole el desarme en tres días. Cavour, al fin, había encontrado el pretexto tan buscado. Se limitó a rechazar el *ultimátum.* La contestación del Imperio austríaco fue la declaración de guerra, el 23 de abril de 1859. Así fue como comenzó la segunda guerra de independencia italiana.

## 7. Las vacilaciones del Imperio austríaco

*La sustitución del Antiguo Régimen*

El Imperio austríaco se enfrentó con una grave y difícil cuestión durante los años que van desde las revoluciones de 1848-1849 hasta la adopción de la estructura —Monarquía Dual, 1867— dentro de la que habría de vivir los años últimos de su existencia, hasta 1918. Esta cuestión difícil y grave fue cómo mantener los modos políticos externos del Antiguo Régimen una vez que había desaparecido la estructura sociopolítica —el ré-

gimen señorial— que durante siglos había constituido la base de ese mismo Antiguo Régimen. Las fórmulas con que se intentó resolver este problema fueron tres: Imperio unitario, Imperio federal, Monarquía Dual. Pero además estas fórmulas distintas recibieron, en algunos periodos, las variaciones derivadas de una plena restauración del absolutismo o de un mantenimiento de las Constituciones. Si a esto se añade que, al margen del reconocimiento explícito que de ello hiciera la política, el Imperio estaba de hecho constituido por tres grandes unidades históricas —la corona de Austria, la de San Esteban o de Hungría y la de Bohemia o de San Wenceslao—, y que de cada una de estas grandes unidades dependían otros territorios que eran a su vez nacionalidades distintas —italianos del reino lombardo-véneto, croatas, polacos, rumanos, serbios, eslovacos, rutenos, etc.—, se comprende que se deba hablar de las profundas vacilaciones del Imperio a la hora de encontrar la estructura más adecuada.

*Otros problemas internos y externos*

Este cuadro sin embargo no quedaría completo si no se aludiera a la honda transformación práctica que experimentó la propiedad de la tierra en el Imperio a consecuencia del decreto revolucionario de 1848 que emancipó a los campesinos, poniendo fin legalmente al Antiguo Régimen. Y todo esto vino a suceder —es inevitable añadir estos dos rasgos— en el momento en que se produjo la industrialización de zonas considerables del Imperio, con su cortejo obligado de desarrollo de la burguesía y de los obreros industriales en los núcleos urbanos, y en los años mismos en que en las fronteras del Imperio dos jóvenes nacionalidades —Prusia y Piamonte— pugnaban por la construcción de unos nuevos Estados cuya existencia entraba en directo conflicto, de una u otra forma, con el Imperio austríaco. Armonizar este complejo mosaico fue la tarea que cayó sobre las jóvenes espaldas de un emperador de 18 años —Francisco José I— que en 1848 sustituyó a su tío, el incapaz Fernando I.

*La fidelidad a la idea imperial*

Por lo demás es preciso subrayar que entre los súbditos tan dispares de este grande y viejo Imperio ninguno deseaba la desaparición del Imperio mismo; tampoco se quería la independencia, salvo quizá los italianos del reino lombardo-véneto. La proclamación de la República en Hungría en 1849 hay que situarla más en la culminación de un proceso revolucionario radicalizado que en un deseo serenamente sentido. La fidelidad esencial de los distintos territorios constitutivos del Imperio austríaco se debió a dos razones fundamentales. La primera de orden histórico, era que así se venía viviendo desde varios siglos antes por lo mismo que el soberano legítimo de todos los territorios era el emperador. Hubo también una segunda razón: la larga convivencia había producido un desarrollo económico complementario entre los territorios distintos; una complementariedad que, por estos años, no hizo sino acentuarse en razón del desarrollo industrial: el Imperio era un gran mercado en que cada una de las partes que lo integraban precisaba de todas las demás para vender sus productos y adquirir lo que necesitaba. Estas dos razones fundamentales permiten entender cómo logró mantenerse en pie durante tanto tiempo y en medio de tantas dificultades un Imperio cuyos súbditos —en razón de las distintas nacionalidades— mantenían unas profundas antipatías entre sí, que les llevaron a fricciones casi continuas sin que ninguno de ellos, no obstante, cuestionara la existencia misma del Imperio que los acogía a todos.

*Un intento de periodificación*

Para el estudio pormenorizado de este período hay tres fechas que deben tenerse en cuenta: 1848, 1859 y 1866. La primera es la de la revolución que introdujo en el Imperio las variaciones esenciales que le obligaron a abandonar el Antiguo Régimen. Austria había pasado sin alteraciones los ciclos revolucionarios precedentes, tanto los de finales del siglo XVIII, como los que se desarrollaron entre 1820 y 1830. Quizá por eso mismo los sucesos revolucionarios de 1848 fueron más extremados. La segunda fecha —1859— hace referencia a la guerra desafortunada que Austria se vio obligada a sostener contra la coalición de Francia y Piamonte. La fecha tercera es la de otra guerra: la austroprusiana que terminó también con la derrota del Imperio. Aparte de algunos cambios que se produjeron en la estructura imperial como consecuencia directa de la revolución, Austria se recuperó pronto y, entre 1849 y 1859, todo pareció volver a ser formalmente como antes. El absolutismo subsiguiente a la revolución, ya un tanto quebrantado tras la crisis económica de 1857, hubo de ser abandonado después de Solferino. Se abrió así un segundo período —de 1859 a 1866— caracterizado por una multiplicidad de ensayos y vacilaciones que, después de la derrota ante Prusia, obligó al *Augsleich* (Compromiso) de 1867, base de la Monarquía Dual austro-húngara.

*La Constitución de 1849*

El punto de partida de este proceso complejo se encuentra en el proyecto de reconstrucción constitucional elaborado entre 1848-1849 por la Dieta que se reunió primero en Viena para luego, ante los nuevos brotes revolucionarios, trasladarse a Kreimser. Este proyecto establecía una monarquía casi constitucional, dentro de la cual se reconocía la igualdad de todas las nacionalidades y se buscaba un equilibrio entre ellas al mantener conscientemente una dirección central —el emperador— del Estado multinacional. Frente a este proyecto de la Dieta o Asamblea, y antes incluso de que fuera disuelta en mayo de 1849, el joven emperador Francisco José impuso su propia Constitución, promulgada el 4 de marzo de 1849. La vigencia legal de esta Constitución fue ampliada a Hungría a medida que la sublevación —que terminó en Világos, el 13 de agosto— fue siendo reducida. Las ideas básicas de esta Constitución imperial fueron esencialmente federalistas, en teoría. En la práctica su vigencia —breve, por lo demás— supuso el establecimiento de un Imperio unitario política y económicamente.

*El ministerio Schwarzenberg-Bach*

Si Schwarzenberg figuró al frente del primer gabinete constitucional, el hombre fuerte de la situación fue Alexander von Bach, que mantuvo todos los hilos de la situación desde el ministerio del Interior. Ambos —Schwarzenberg y Bach— lograron rodearse de un buen equipo ministerial, deseoso de llevar a la práctica las reformas que se estimaban necesarias sin ser estorbados por las manifestaciones perturbadoras de la voluntad popular. Schmerling (1805-1893) se hizo cargo de la Justicia; Krausz, de la Hacienda; Bruck (1798-1860) del Comercio; y Leo von Thun-Hohenstein (1811-1888) se enfrentó con las delicadas cuestiones de la Instrucción pública.

*La emancipación de los campesinos*

Una de las más importantes tareas acometidas por el nuevo gabinete fue la de dar efecto práctico a la emancipación de los campesinos. Fue una operación en gran escala y muy compleja por la que, incluyendo Hungría, recibieron tierras unos tres millones de perso-

nas, mientras que unas cien mil tuvieron que cederlas. El rescate de los derechos feudales se realizó de forma diversa en los distintos territorios del Imperio pero, en general, puede afirmarse que la medida favoreció al campesinado que pudo acceder a la propiedad.

*Líneas generales de la política interior*

La aplicación de la Constitución de 1849 supuso igualmente la desaparición no sólo de las antiguas provincias, sino también de los condados. La unidad administrativa quedó fijada en el distrito (*Bezirk*), donde se instalaron también los nuevos tribunales de justicia, a causa de la desaparición de la justicia patrimonial de los señores. Respecto a otras cuestiones, los ferrocarriles quedaron a cargo del Estado; se fundaron Cámaras de Comercio e Industria y se realizaron vigorosos esfuerzos para aumentar la capacidad industrial y acrecentar las exportaciones. El sueño de Bruck era conseguir que el nuevo Imperio se convirtiera en el factor económico más importante de Europa, y especialmente de Europa central. También la instrucción pública recibió un impulso considerable por obra de Thun, mediante un conjunto de medidas técnicamente valiosas y bastante liberales de espíritu. En los primeros momentos del nuevo gobierno se procuró incluso el respeto a las lenguas de las distintas nacionalidades en la enseñanza. Sin embargo, poco tiempo después, entre 1854 y 1855, se volvió a imponer progresivamente el alemán como "lengua de servicio" de la administración imperial, del ejército, de la justicia y también de la enseñanza.

*La patente de San Silvestre (1851)*

Conforme los países del Imperio se fueron calmando, el mismo equipo ministerial comenzó a presionar a Francisco José para que se convirtiera en monarca único y absoluto. Realmente el emperador no necesitó excesivas presiones: el 20 de agosto de 1851 un decreto imperial relevó a los ministros de toda responsabilidad, excepto ante el propio emperador. El éxito momentáneo que supuso la claudicación de Prusia en Olmütz (29-XI) afirmó a Francisco José en este camino. Y se llegó así al 31 de diciembre del mismo año en que se publicó la llamada patente de San Silvestre. Por ella quedó revocada la Constitución de 1849, aunque se confirmó a la vez la vigencia de las leyes que establecían la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la emancipación de los campesinos feudales. El emperador asumió única y exclusivamente la responsabilidad política. El sistema fue de total absolutismo, ejercido a través de la burocracia y de una estrecha centralización. El nuevo sistema gravitó especialmente en torno a Alexander von Bach, pues antes de la publicación de la patente ya habían dimitido Schmerling, Bruck y Krausz. Cuando en 1852 murió repentinamente Schwarzenberg, Francisco José no volvió a nombrar otro primer ministro y fue el conde Buol (1792-1865), un discípulo de Metternich, el que se encargó de los Asuntos Exteriores.

*El Concordato de 1855*

El restablecimiento, al menos en los modos ya que no en el contenido, del Antiguo Régimen trajo de forma obligada la necesidad de buscar el apoyo de la Iglesia para que la semejanza fuera más perfecta. En el Imperio existían núcleos protestantes y judíos, pero la mayoría de su población era católica. Y lo que Metternich no pudo conseguir, ahora, en razón de las nuevas condiciones europeas derivadas de la Revolución, lo logró el

emperador Francisco José: la firma de un Concordato con Roma (VIII-1855). La Iglesia se puso en el Imperio bajo la especial protección del Estado. El Papa podría comunicar libremente con los obispos, clero o pueblo, sin necesidad de ningún tipo de permiso de la autoridad civil. La Iglesia tuvo a su cargo toda la educación católica. Sus propiedades fueron declaradas sagradas e inviolables. En un acuerdo secreto que se añadió al Concordato, Austria se comprometió a no alterar ninguna ley confesional o interconfesional sin el previo consentimiento de la Santa Sede.

*La paz en el Imperio*

Los pueblos de la mitad occidental de la monarquía aceptaron la vuelta al absolutismo con una buena disposición que derivaba de que parte de ella estaba formada por campesinos ex-feudales que acababan de acceder a la propiedad. Sólo surgió algún conflicto cuando descubrieron que el Estado quería percibir de ellos impuestos. Los trabajadores industriales por el momento no contaron políticamente; una combinación de ausencia absoluta de paro y de estrecha vigilancia policial las mantuvo tranquilos. El fermento revolucionario quedó limitado, entre los germanos austríacos y los checos, a pequeños grupos de intelectuales. E incluso los primeros se vieron ampliamente compensados por la nueva misión de germanizar a las demás nacionalidades de la monarquía, incluidos los húngaros; una compensación también material pues tuvieron la posibilidad de insertarse en la amplísima burocracia sobre la que descansó este renovado absolutismo.

*Industria y finanzas*

Este apaciguamiento general se vio facilitado por el hecho de que la existencia material resultó durante estos años más fácil que en cualquier otro momento del siglo. El ministro Bruck impulsó todo lo que pudo el librecambio. Las nuevas Cámaras de Comercio e Industria funcionaron bien y las grandes obras públicas —ferrocarriles, carreteras, etc.—, proporcionaron empleo y lucrativas contratas; lo mismo sucedió con el equipo militar, sujeto a una moda increíblemente fastuosa.

El auge industrial (que benefició sobre todo a Viena y Bohemia) fue posible porque, por vez primera, existió en Austria un fuerte desarrollo financiero. Durante los años anteriores al 48 sólo existía una Banca privada: la de los Rothschild. Después de la revolución grandes transacciones de crédito fueron emprendidas en primer lugar por el *Crédit Mobilier,* una banca judía con sede en París. En 1853 un grupo austríaco fundó la primera Banca importante de Austria, el *Eskompte-Gesellschaft;* y en 1855 los Rothschild vieneses crearon el gran *Creditanstalt* con el propósito de desalojar al *Crédit Mobilier.*

*El incremento de los gastos del Estado*

El reverso de este cuadro prometedor fue el incremento continuo de los gastos del Estado, a causa de la complicada administración, el ejército, las grandiosas obras públicas y las compensaciones que hubieron de satisfacerse a los antiguos propietarios. A pesar de la introducción de nuevos impuestos, los presupuestos del Imperio nunca estuvieron equilibrados. En este reverso se ha de incluir también la mala situación en que se encontró Hungría, sometida literalmente a una nube de funcionarios —alemanes, austríacos, checos y polacos— que no sólo no lograron que el régimen funcionara de forma adecuada, sino que concitaron contra ellos —y contra el gobierno de Viena— la animadversión húngara. Algo similar sucedió con los rumanos de Transilvania o con los croatas.

*La quiebra de 1857 y la guerra de 1859*

El primer tropiezo grave del gobierno absoluto del emperador Francisco José se debió a la gran quiebra de la Bolsa que, en 1857, llegó desde Gran Bretaña y Estados Unidos, vía Alemania, hasta Viena. Los especuladores se arruinaron. Se retiraron los créditos a la industria. El mismo *Creditanstalt* sufrió duramente las consecuencias. A partir de esa fecha las finanzas y los negocios en general comenzaron a presionar para que el Estado economizara en sus gastos: los ataques se concentraron sobre la burocracia de von Bach y sobre el ejército. Fue el momento peor para intentar reducir gastos, pues para nadie era un secreto que Francia y Piamonte se estaban preparando para una guerra contra Austria. La guerra se produjo en abril de 1859. Francisco José intentó adelantar la ruptura de hostilidades con la esperanza de conseguir una victoria rápida que le eximiera de mantener una campaña costosa y prolongada o un gran ejército en armas.

Los problemas del Imperio no hicieron sino agravarse. En Viena, el Banco Nacional se vio obligado, cuatro días antes de que estallara la guerra, a suspender los pagos en metálico y a recaudar un impuesto de emergencia. La situación tensa de Hungría obligó a dejar allí 150 mil hombres, en parte para evitar un alzamiento, en parte para recaudar los precisos impuestos que la burocracia de Bach era incapaz de conseguir. Este último hecho tuvo también repercusiones en la marcha de la misma guerra. Las tropas alemanas y checas fueron las que permanecieron en Hungría; y las húngaras, enviadas a Italia: no sólo éstas, sino también los soldados italianos y croatas desertaron en gran número. Las derrotas de Magenta y Solferino se debieron en buena parte a las deserciones que se produjeron en los ejércitos imperiales.

*El abandono del absolutismo*

Al día siguiente de Solferino, Francisco José inició el abandono del absolutismo. Buol ya había dimitido y el emperador designó para sucederle a Johann Bernhard, conde de Rechberg und Rothenlöwen (1806-1899) que fue nombrado también ministro-presidente. Pero el cambio más importante fue la destitución de Alexander von Bach, sustituido, ante la sorpresa de todos, por un aristócrata polaco, el conde Goluchowski (1812-1875). El manifiesto de Laxenburg (23-VIII-1859) contuvo el programa del nuevo gobierno. Junto a las promesas de un mayor control de los gastos, el rasgo más importante fue el anuncio de que las "corporaciones que representaban a los Estados" volverían a ser puestas en vigor "en los diferentes territorios de la corona". No se aludía para nada en el manifiesto a la palabra Constitución, pues estos cambios no significaban una evolución hacia el liberalismo o hacia la democracia, sino simples concesiones con el objeto de que el sistema mejorara en su rendimiento.

Se intentó una cierta aproximación a los húngaros, pero incluso sus dirigentes conservadores exigieron más de lo que el gobierno de Viena estaba dispuesto a dar: la vuelta a la Constitución anterior a 1848, aunque se manifestaron dispuestos a admitir algunas reformas que vigorizaran los poderes de la corona. Se llegó a una solución intermedia; el emperador, aconsejado por Rechberg, publicó el 5 de marzo de 1860 una patente, en virtud de la cual el *Reichsrat* fue ampliado. Aunque conservó su carácter meramente consultivo, se le dio un matiz casi representativo por la adición a sus veintiún miembros originales de treinta y ocho más, procedentes de los distintos *Ländertag*.

Los dirigentes de los conservadores húngaros en el nuevo *Reichsrat* —los condes Széczen y Dessewffy— reunieron a los representantes aristócratas de los territorios en un partido unido de la nobleza federalista, que superó a los centralistas y a sus aliados.

Acabaron por convertir los debates en algo parecido a una Asamblea constituyente. Con esta política lograron el apoyo de los nobles bohemios, polacos e incluso de los croatas. Y consiguieron que el *Reichsrat* aprobara por mayoría un informe en el que se recomendaba que la monarquía se reconstruyera sobre un nuevo sistema que tuviera en cuenta "las individualidades político-históricas de sus distintos componentes" y "enlazara con las instituciones históricas antes existentes".

*El Imperio federal (1860)*

El 20 de octubre de 1860 se publicó un diploma que recogía con precisión las recomendaciones del informe aprobado por el *Reichsrat.* La corona se mostraba dispuesta a ejercer sus poderes legislativos con la cooperación del *Reichsrat* y de los *Ländertag.* Los órganos de autogobierno de Hungría se restablecerían inmediatamente y se crearían instituciones similares en los demás territorios. El emperador confirmó el asentimiento dado por sus antecesores en los siglos XVII y XVIII a ciertas leyes referentes a

**Friedrich Ferdinand von Beust, conde von Beust (1809-1886).** *Se atribuye a Talleyrand la observación, dirigida a Napoleón, de "Sire, con las bayonetas se puede hacer todo, menos sentarse sobre ellas". Esta fue precisamente la tragedia de los regímenes de autoridad con los que se intentó dar salida al vacío producido por la desaparición del Antiguo Régimen. La eficacia inmediata de la intervención militar fue innegable, pero de escasa duración. Se hizo preciso encontrar un nuevo principio de legitimidad. Habitualmente éste fue la voluntad popular, restringida por el sufragio censitario o ampliada por el universal. Pero la transición no fue tan simple en aquellos Imperios, como Austria, que incluían nacionalidades distintas, históricamente vinculadas en la persona del emperador. A partir de 1848 se intentaron todo tipo de soluciones, consecuencia de la interacción de dos principios: Imperio autoritario o constitucional, por un lado; Imperio unitario o federal, por otro. La fórmula finalmente adoptada, una consecuencia más de la derrota de Königgrätz (Sadowa) en 1866, fue una solución intermedia: un Imperio constitucional, pero con Constituciones distintas para cada territorio, y en el que no todos los territorios históricos tuvieron su Constitución propia. El Imperio se transformó en la Monarquía Dual de Austria-Hungría. A la necesidad de mantener la unidad que Hungría cuestionaba, se sacrificaron los derechos de Bohemia y Croacia. En 1918, si Hungría pasó a ser independiente, también lo fueron Checoslovaquia, por un lado, y por otros los croatas que se encontraron incluidos en el nuevo reino de los serbios, croatas y eslovenos. El hombre que en 1867 llegó a la fórmula que aseguró la persistencia del viejo Imperio por 51 años más, fue el político sajón von Beust. Ya en 1849 había sido ministro de Asuntos Exteriores en Sajonia; en 1853, también ministro del Interior y, en 1858, primer ministro. Desde este puesto intentó la posibilidad de un* Reich *unido, pero no bajo Prusia. Fracasada esta operación, en 1866 pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores (canciller) de Austria. Fue aquí donde logró el acuerdo* (Augsleich) *con el político húngaro Ferenc Déak que puso en marcha la Monarquía Dual.*



los Estados húngaros. Así se estableció la Constitución tradicional de Hungría previa a 1848.

A pesar de su contenido, el diploma de octubre fue mal recibido en casi todos los territorios del Imperio. Protestaron los checos —que habían esperado más— y protestaron los alemanes que reclamaron que Austria fuera tratada igual que se hacía con Hungría: si Hungría tenía un Parlamento central constitucional, Austria lo debería tener también. Los húngaros, por su parte, encontraron un excelente dirigente en Ferenc Déak. Aunque había formado parte del gobierno húngaro de 1848, no participó en el derrocamiento de los Habsburgo (Debreczen, I-1849), medida que él personalmente desaprobaba. Bajo la dirección de Déak, Hungría rechazó sin vacilaciones el diploma de octubre. Ante el mal resultado de las medidas de Goluchowski, el emperador lo destituyó (14-XII-1860) y nombró en su lugar a Anton von Schmerling.

*De nuevo, el centralismo (1861)*

Era éste tan centralista como von Bach. Pero al iniciar el ejercicio de su cargo aún no había llegado a la conclusión —por demás, evidente— de que la centralización sólo podría inpomerse por la fuerza. Von Schmerling fue el autor de la patente que, publicada el 26 de febrero de 1861, introdujo algunas nuevas modificaciones en la composición del *Reichsrat*. La oposición a la patente de febrero fue tan enérgica como la que había despertado el diploma de octubre, aunque provino de sectores distintos. Se opusieron los húngaros, los checos, los polacos, los croatas... Los únicos que parecieron satisfechos fueron los liberales burgueses austríacos. Y Schmerling acabó por encontrarse en la misma mala posición que Bach: represión policíaca, administración costosa y recursos en disminución, pues los húngaros volvieron a la resistencia pasiva y se negaron otra vez a pagar impuestos.

*La aproximación del emperador a los húngaros*

En esta situación difícil, Francisco José optó por acercarse a los húngaros e inició una serie de conversaciones con Déak. Una de las consecuencias que se desprendieron de este diálogo fue que el régimen constitucional de Hungría, tal como lo habían establecido las leyes de 1848, no podría sobrevivir mientras en Austria existiera un régimen autocrático. A estos problemas se unieron en 1864 las complicaciones de la política internacional: pareció a punto de producirse un conflicto que hubiera enfrentado al Imperio con una coalición formada por el Imperio francés y los reinos de Prusia y de las Dos Cerdeñas. En nuevas conversaciones secretas con Francisco José, Déak volvió a insistir en que se deberían respetar los territorios constitutivos de la corona de San Esteban; y que Francisco José tendría que coronarse rey de Hungría y aceptar las debidas obligaciones.

*El manifiesto de 1865 y la guerra con Prusia (1866)*

El 20 de septiembre de 1865, después de haber destituido a la mayor parte de los ministros —von Schmerling incluido— el emperador publicó un manifiesto que dejaba en suspenso tanto el diploma de octubre (de 1860) como la patente de febrero (de 1861). Estos documentos serían sometidos a las Dietas húngara y croata. Si el resultado de las negociaciones era satisfactorio serían presentados después a los representantes legales de los territorios austríaco y checo, convocados a este propósito. Mientras tanto, el gobierno tomaría las medidas indispensables para el ejercicio de los poderes de emergencia.

*Andrássy*

No se había llegado aún a ningún tipo de solución cuando se inició y terminó la guerra austroprusiana de 1866 con una nueva derrota del Imperio. Entre los húngaros había aparecido una nueva personalidad política —el conde Gyula Amdrássy (1823-1890) que fue el autor del *memorándum* dirigido al emperador el mismo año 66 en el que le prevenía contra la reconstrucción de la corona de San Wenceslao —los territorios de Bohemia y Moravia— a la vez que sugería la posibilidad de un acuerdo con los autonomistas austríacos. Fue así Andrássy el que persuadió a Francisco José de que diera definitivamente de lado los proyectos federalistas, con los que se había intentado resolver la crisis del Imperio unitario absolutista. El único obstáculo era el gobierno que había sustituido al de von Schmerling, y que estaba dirigido por el conde Belcredi (1823-1902), un miembro de la aristocracia bohemia, feudal, federalista y eslavófilo.

*El acuerdo Beust-Andrássy*

La solución llegó por la inclusión en el ministerio del conde Friedrich von Beust (1809-1886) antiguo primer ministro de Sajonia y partidario de las ideas de Andrássy. Belcredi dimitió en enero de 1867. Y aunque los dirigentes checos, indignados por el abandono a que les condenaba el acuerdo Beust-Andrássy, peregrinaron a Moscú, donde saludaron a Rusia como "al sol de la comunidad eslava", esto fue por el momento un problema menor que tan sólo sirvió para reforzar el germanismo austríaco.

*La Monarquía Dual y las protestas checas*

Después de esto se llegó con relativa facilidad al acuerdo con Hungría. Fue restablecida, con sus leyes de abril del 48, como una monarquía constitucional, gobernada por sus propias leyes y libre del control de Austria en sus asuntos internos. Los asuntos exteriores y el ejército, así como los fondos necesarios para su mantenimiento, fueron reconocidos como asuntos de interés común para Hungría y los demás territorios del Imperio. El 8 de junio de 1867 fue coronado Francisco José como rey de Hungría. Al año siguiente terminaron con éxito las negociaciones con Croacia, que recibió una autonomía que hizo justicia a sus derechos históricos. Por su parte, el *Reichsrat* —del que los checos se retiraron— tomó debida nota del *Augsleich* austro-húngaro y procedió a decretar una revisión de la Constitución austríaca, que la hizo a un tiempo más centralizada y más liberal. Muchas de las fórmulas elaboradas en Kreimser, en 1849, fueron aceptadas. Tras la revolución y los intentos de Imperio unitario y federal, se llegó a la solución de la Monarquía Dual austro-húngara. Los grandes derrotados fueron los eslavos del norte, los checos. En un tono menor al mantenido por los húngaros durante el período que ahora terminaba, pero con no menos constancia, los chechos mantuvieron sus reivindicaciones. No satisfechas éstas, la independencia de Checoslovaquia, en 1918, contribuyó decisivamente a la desaparición del viejo Imperio.

## 8. El conservadurismo prusiano y Bismarck

*Los gobiernos de autoridad*

En la otra gran parte de la Confederación Germánica —el resto de los Estados alemanes, exceptuada Austria— la situación en los años inmediatamente posteriores a las con-

vulsiones revolucionarias fue relativamente similar a la del Imperio. No se había conseguido la unidad nacional, ni mediante la Asamblea de Frankfurt, ni con los intentos de Radowitz, ni a través de la amplia vinculación económica soñada por el ministro austríaco Bruck. Los príncipes alemanes y la aristocracia, cuyas respectivas posiciones habían vacilado en 1848, buscaron prevenir que no se repitieran acontecimientos similares, y para ello consolidaron sus posiciones y privilegios. También aquí, como en el Imperio austríaco, los años cincuenta fueron de una honda reacción conservadora, a través de regímenes de fuerte autoridad pues el Antiguo Régimen había ya desaparecido por completo. Ante esta situación los liberales alemanes o se retrajeron o emigraron; las asociaciones obreras quedaron disueltas por decisión de la Dieta federal; las ciudades perdieron parte de su autonomía, en beneficio del control burocrático; en los campos —y aunque en el este de Alemania quedó eliminado el régimen señorial— los nobles recobraron sus antiguos poderes en el orden de la justicia, de la administración y de la policía.

*El gobierno Manteuffel*

El Estado alemán más fuerte, después de Austria, era Prusia. Como en los años revolucionarios, también en esta ocasión Berlín siguió los pasos de Viena. En Prusia, el gobierno estaba en manos del barón Otto von Manteuffel (1805-1882), que había sido ministro del Interior, en 1848, en el gabinete del enérgico Friedrich Wilhelm von Brandenburg, al que había sucedido a su muerte, en 1850. Manteuffel llevó a cabo una política muy parecida a la de von Bach en Austria: inflexible, apoyado sobre una eficiente burocracia, volvió a poner en vigor cierto grado de censura política y represión. Los consejeros personales de Federico Guillermo IV, los hermanos Gerlach, representaron un conservadurismo aún más extremado que el del mismo Manteuffel, basado en un estrecho pietismo protestante y en la decidida oposición a las ideas de incluso los liberales más moderados que llegaron a ser elegidos para el *Landtag* prusiano.

*La prosperidad económica*

La paralización política se correspondió sin embargo con un notable crecimiento económico que supuso la entrada resuelta de Alemania en la revolución industrial. Este crecimiento descansó en el cambio de coyuntura que trajo consigo una larga fase de alza de precios, unida a las buenas cosechas —no hay que olvidar la crisis agrícola generalizada inmediatamente anterior a 1848— y al desarrollo demográfico. Todo esto produjo una expansión continua sólo interrumpida por la crisis de 1857 que, por lo demás, no tuvo en el resto de la Confederación Germánica las mismas malas consecuencias que en Austria. En Alemania aparecieron por los años cincuenta las estructuras típicas de la economía capitalista: se desarrolló la circulación monetaria con la fundación de numerosos Bancos de emisión y la generalización del uso del papel-moneda; se fundaron también Bancos de negocios por acciones que movilizaron el ahorro y ayudaron a la constitución de sociedades con objetivos comerciales, industriales o de impulsión de los transportes. Los ferrocarriles crecieron considerablemente y pasaron de un total de 6 mil kilómetros en 1850, a 20 mil en 1870. Esto trajo consigo la consolidación de un amplio mercado nacional y dio también fuerte impulso a la minería y a la siderurgia.

*Industria y agricultura*

Fue otro rasgo de interés en el crecimiento económico alemán la disminución de la dependencia del extranjero en relación a la maquinaria, los cuadros técnicos y el capital

preciso. Persistió por supuesto el trabajo artesanal; pero se afirmó la concentración industrial, tanto desde el punto de vista geográfico —Alta Silesia, Westfalia, Renania, Berlín—, como en el orden jurídico, por la creación de grandes sociedades. La agricultura también resultó beneficiada por al alza continua de los precios y la creciente demanda urbana. Todas estas transformaciones se llevaron a cabo bajo el signo del librecambio, patente en los tratados comerciales firmados con Francia, Gran Bretaña y Bélgica.

*El control prusiano de la "Zollverein"*

El librecambio fue exigido por el gran comercio, los Bancos y también por los *Junkers* prusianos que, gracias a la exportación de granos, se transformaron en capitalistas de tierras y pudieron invertir en la nueva industria. Se produjo así un acercamiento —que también tuvo connotaciones políticas— entre la aristocracia terrateniente y la gran burguesía de negocios, que llevó a lo que se dio en llamar "feudalización" de la burguesía. Todo este desarrollo alemán supuso una creciente diferenciación con el Imperio austríaco, embarcado en el proteccionismo a pesar de los buenos propósitos de Bruck y con el problema crónico de los *déficits* presupuestarios. La favorable evolución económica de la *Zollverein* jugó a favor de la hegemonía prusiana, pues era Prusia la que controlaba la vigorosa Unión aduanera. Suyas eran las compañías marítimas de comercio; poseía también dentro de su territorio los principales distritos industriales de Alemania; logró dominar el mercado financiero y desarrolló una corriente de cambios complementarios con los Estados alemanes del centro y del sur.

*Las asociaciones obreras*

Por supuesto que todo este desarrollo capitalista ocasionó también sus víctimas. La aplicación inexorable de la ley de la oferta y de la demanda, la admisión sin restricciones de la ley de bronce de los salarios, tal como Ricardo la había definido pocos años antes en Gran Bretaña, hizo que en Alemania por estos años —como por lo demás en el resto de Europa y América— no se planteara la posibilidad de leyes sociales protectoras de los trabajadores. La modernización de la agricultura y el incremento de la demografía produjeron que muchos campesinos tuvieran que emigrar. A ellos se unieron los artesanos a los que el desarrollo industrial privó de su trabajo. Entre 1850 y 1870, sumados unos y otros, salieron de Alemania unos dos millones de personas, la mayor parte de las cuales marcharon a los Estados Unidos. Respecto a los obreros industriales, se registró una considerable elevación de su nivel de vida: durante estos años no hubo paro; y a partir de 1860 los salarios subieron más rápidamente que el costo de la vida. Pero las condiciones de trabajo eran muy duras y para defenderse de las exigencias de una burguesía que contaba cada vez más con el amparo del Estado —especialmente, en Prusia— volvieron a ponerse en marcha las asociaciones obreras. Fueron impulsadas en las provincias occidentales prusianas por el clero católico; los liberales intentaron organizar algo parecido a las *Trade Unions*; y en 1863 se llegó a la fundación de dos partidos socialistas: uno, dirigido por Ferdinand Lasalle, tendió al cooperativismo, aceptó la ley de bronce de Ricardo y se propuso la conquista del Estado mediante el sufragio universal; el otro, estructurado por Liebknecht y Bebel, se mostró más próximo a las tesis revolucionarias marxistas y se adhirió pronto a la Internacional fundada en Londres, en 1864.

*Los problemas estructurales del "Bund"*

Todo este desarrollo vigoroso de los distintos aspectos de la economía —a pesar de las innegables sombras apuntadas— hizo si cabe más patente la inadecuación de la organización política del *Reich*. Ya la guerra de Crimea habpia puesto de manifiesto cuán difícil era para la Confederación Germánica seguir una política común y consistente. Austria movilizó sus tropas para obligar a Rusia a evacuar Moldavia y Valaquia. Prusia, por lo contrario, se declaró decididamente neutral. Pero fue la guerra que en 1859 enfrentó a Austria con Francia y Piamonte la que hizo patente la escasa flexibilidad política de la Confederación. Se debió esto no sólo a que el miembro principal del *Bund* se encontrara en esta ocasión directamente implicado en el conflicto, sino también a la división que experimentó la opinión pública del *Reich*. Entre los liberales alemanes del norte y entre los radicales se tendió a ver a Austria como el "verdugo de Italia" y el "opresor de Alemania". En el sur, que esperaba aún la posible unificación nacional más en torno a Austria que a Prusia, predominó la opinión de que la ocasión era inmejorable para mostrar la total solidaridad del *Reich* contra Francia.

*La influencia de Bismarck*

Esta tensión no hizo sino reavivar la vieja fricción austro-prusiana, mal resuelta con la "retirada" de Olmütz. Austria hubiera deseado obtener, cara a la guerra, el apoyo de toda la Confederación; y, más aún, el del ejército prusiano. Pero a pesar de las presiones del gobierno de Viena no se consiguió ni lo uno ni lo otro. Esta falta de solidaridad prusiana se debió en gran parte a la influencia de Bismarck. Después de su triunfal carrera como representante prusiano en la Dieta federal de Frankfurt, en donde había establecido con claridad la independencia de la política de Prusia, en marzo de 1859 Bismarck fue designado embajador en San Petersburgo. Allí, junto a ganarse la confianza del zar Alejandro II y procurar el distanciamiento de Austria y Rusia, pensó en el poco satisfactorio estado de la maquinaria del *Bund* y en la forma de arreglarlo en beneficio de Prusia.

*La Asociación Nacional Alemana*

Porque era evidente que la Confederación necesitaba ser modernizada. La crisis de 1859 abrió un período de cinco años (hasta 1863) de proposiciones, razonamientos y proyectos sobre la reforma de la Constitución federal. En paralelo con estas discusiones, la misma crisis había dado nuevo vigor al sentimiento nacional entre los alemanes. Junto a otras manifestaciones, la más destacada fue la creación, en septiembre de 1859, de la Asociación Nacional Alemana (*Deutscher Nationalverein*).

Fue el primer movimiento que pudo aspirar a tener una organización real en todos los Estados alemanes. Contó con el apoyo de los más destacados políticos liberales de la Alemania central y septentrional, como los hannoverianos Rudolph von Bennigsen (1824-1902) y Johannes Miquel (1828-1901); de economistas como Hermann Schulze-Delisch, el iniciador del movimiento cooperativista; o de propagandistas procedentes del mundo académico, entre ellos el joven historiador sajón Heinrich von Treitschke (1834-1896). En 1862 la *Nationalverein* contaba con 25.000 miembros. Donde menos arraigo tenía era en la Alemania del sur: la burguesía de las pequeñas ciudades, junto a los príncipes y a los nobles no querían a Prusia y seguían porfiando por una *Grosse Deutchsland* que incluyera a Austria. En estos mismos territorios, demócratas y socialistas soñaban con una solución similar pero alcanzada por voluntad popular y no por acuerdo entre los príncipes.

*La regencia del príncipe Guillermo*

La difusión y fuerza de la *Nationalverein* y su confianza en Prusia trajo consigo que los asuntos prusianos, en la década de los sesenta, se convirtieran en una cuestión en la que pasó a estar interesada toda Alemania. De forma especial en razón de la crisis política que Prusia atravesó entre 1858 y 1862. Federico Guillermo IV fue declarado loco y en el otoño de 1858 se tuvo que hacer cargo de la regencia su hermano Guillermo. Tenía entonces éste 61 años y era la antítesis de Federico Guillermo por su prudencia, sentido práctico y sano juicio. Había sido educado como un oficial prusiano y su principal preocupación durante toda su vida la constituyó el ejército y las cuestiones militares. Aunque partidario de la monarquía conservadora y autoritaria, no había olvidado la humillante "retirada" de Olmütz. Por esta razón y por sus relaciones familiares —su hijo Federico estaba casado con la princesa Victoria, hija de la reina Victoria de Gran Bretaña— se le consideró sin mucho acierto como un liberal, y se esperó de él que cambiara el gobierno que venía dirigiendo Manteuffel.

*El ejército prusiano y von Roon*

Así lo hizo el príncipe regente. Se constituyó un nuevo gabinete, dirigido nominalmente por el príncipe Anton de Hohenzollern-Sigmaringen, pero de manera efectiva por Rudolph von Auerswald (1795-1886), un viejo amigo de Guillermo. Las esperanzas iniciales de los liberales prusianos se vieron sin embargo agostadas cuando el gobierno inició sus actividades con una declaración en que se reafirmó en los principios conservadores, para añadir que su política se limitaría a apoyar las "conquistas morales" de Prusia. Por lo demás el interés del propio regente estaba restringido a los temas militares. La movilización de 1859, con ocasión de la guerra en Italia, había revelado ciertos fallos en la maquinaria militar prusiana que exigían corrección. En diciembre de 1859 nombró ministro de la Guerra al general Albrecht von Roon (1803-1879) y al comenzar el nuevo año von Roon anunció sus proyectos de reforma.

*Las reformas militares*

Fueron presentados a la Dieta en forma de proyecto de ley con una petición de que se votaran los créditos precisos para llevarlos a cabo. Algunos de los proyectos de von Roon eran meramente técnicos, pero otros tuvieron una considerable resonancia política. Así sucedió con su propuesta de que el servicio militar se ampliara de dos a tres años. Tanto el príncipe regente como sus consejeros pensaban que esta ampliación de la disciplina militar incrementaría la lealtad de sus súbditos. La otra cuestión debatida fue la decisión de von Roon de abolir la independecia del Ejército de Reserva (*Landwehr*). El ministro propuso que sus miembros más jóvenes se incorporaran al ejército regular en caso de movilización y que los oficiales de la reserva formaran parte igualmente del cuerpo de oficiales regulares.

*La cuestión de los presupuestos*

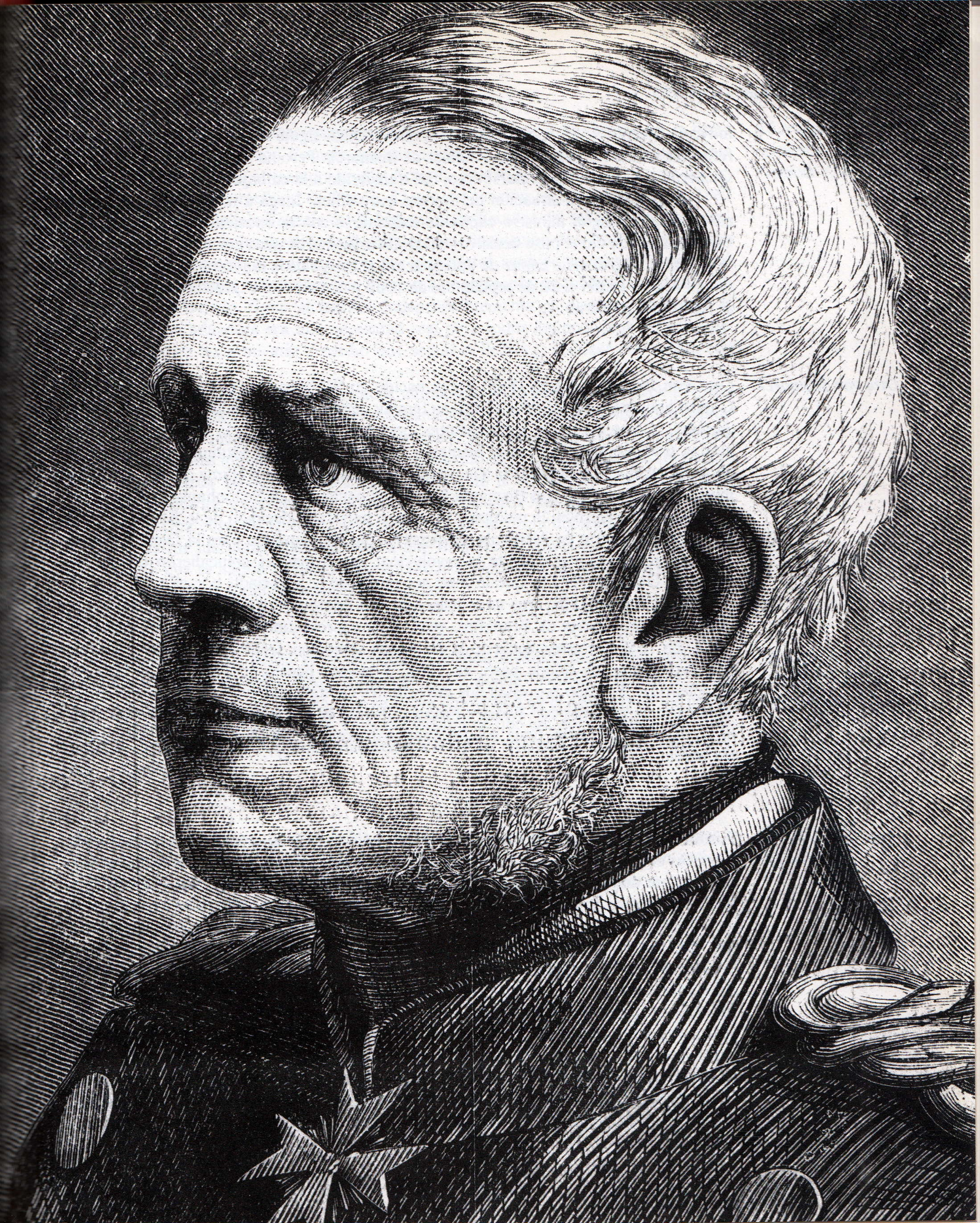
Estas dos últimas propuestas de von Roon produjeron la oposición incluso de los liberales moderados. Lo cual sorprendió considerablemente al regente que creía contar con la gratitud de todos los liberales a causa del nuevo gobierno que dirigía Prusia. Se llegó, en 1860, a una fórmula de compromiso: la Dieta votó provisionalmente el presupuesto militar dadas las tensiones internacionales del momento. Pero en 1861, al solicitar nuevos créditos para proseguir las reformas, se renovó el conflicto entre el gobierno y la

Dieta. En la primavera de ese año se votó el presupuesto militar por una mayoría de sólo once votos, y poco después se constituyó un nuevo partido liberal, formado por hombres que veían la importancia del control parlamentario de los gastos militares y que deseaban también que Prusia tuviera una política alemana más activa. Este fue el origen del partido progresista alemán que contó entre sus objetivos el establecimiento de la "firme unidad de Alemania que no podía imaginarse sin un fuerte Poder central en manos prusianas y sin una común representación alemana". De esta forma, a partir de 1861, la *Nationalverein* contó dentro de Prusia con un firme partido dispuesto a apoyar sus aspiraciones.

*Guillermo I y los progresistas*

Federico Guillermo IV murió en enero de 1861 y el príncipe regente se convirtió en el rey Guillermo I. En diciembre del mismo año las elecciones para el *Landtag* supusieron la victoria de los progresistas: el nuevo partido había demostrado que contaba con un apoyo considerable de la burguesía. En marzo del 62 el gobierno fue destituido y se ordenaron nuevas elecciones en un intento de Guillermo y von Roon de quebrantar la

**Helmuth Karl Bernhard, conde von Moltke (1800-1891).** *Lo que Austria no logró, lo consiguió Prusia. El nacionalismo, un lastre constante para la vida del Imperio, fue el elemento decisivo que permitió el engrandecimiento de Prusia y la formación del II* Reich. *Es de Bismarck la afirmación de que esa unidad no se alcanzaría mediante acuerdos o Constituciones –pesaba el precedente negativo de la Asamblea nacional de Frankfurt (1848-1849)–, sino con "la Sangre y el Hierro". Al margen de la retórica, esto significaba un ejército fuerte y eficaz. Prusia, en la década de los sesenta, dispuso de él no casualmente, sino como consecuencia de una larga tradición. Y también de la conjunción de tres personalidades que pusieron en manos de Bismarck el instrumento requerido: el rey Guillermo I, su ministro de la Guerra, von Roon, y el jefe del Estado Mayor del ejército prusiano, von Moltke. Había nacido este último en Parchim, Mecklemburg-Schwerin, el 26 de octubre de 1800. Hijo de un general danés, en el ejército danés ingresó y fue subteniente en 1819, después de estudiar en la Escuela de cadetes de Copenhague. En 1822 pasó como teniente al ejército prusiano. Ingresó en el cuerpo de Estado Mayor (1832) y, en 1835, recibió una licencia ilimitada para que se encargara de reorganizar el ejército otomano, a petición de Mahmud II, que se disponía a enfrentarse con su súbdito teórico, el jedive de Egipto, Mehemet Alí. Von Moltke cumplió su misión y se distinguió en la campaña de Siria. De nuevo en Prusia, en 1858 fue nombrado jefe del Estado Mayor general. En estrecha colaboración con von Roon, secundó las orientaciones de Guillermo (regente, primero; luego rey) y logró así la máquina bastante perfecta que fue el ejército prusiano. Von Moltke organizó la campaña de 1866 que culminó en Königgrätz. Y también asumió la responsabilidad de deshacer el ejército francés en 1870. Guillermo I (28-X-1870) le otorgó el título de conde. Y al año siguiente, ya emperador, le nombró mariscal de campo. De acuerdo con las previsiones de Bismarck, habían sido la Sangre y el Hierro los cimientos del II* Reich.



mayoría liberal. No lo consiguieron y la nueva Dieta siguió mostrándose adversa a las reformas militares. Se comenzó a hablar de Bismarck. Pero no gozaba de la simpatía de Guillermo I y, desde San Petersburgo, fue transferido a la embajada prusiana en París.

En septiembre la situación del rey era muy difícil. Llegó a hablar de abdicar. No encontraba a ningún ministro capaz de enfrentarse con la oposición de la Dieta. Fue von Roon el que dio el paso decisivo: telegrafió a Bismarck para que apresurara su vuelta a Berlín. Sólo él sería capaz de gobernar sin el apoyo de la mayoría del *Landtag*. Bismarck llegó a Berlín el 20 de septiembre de 1862 y dos días más tarde accedió a ponerse al frente del gobierno.

*Otto von Bismarck*

Otto von Bismarck (1815-1898) había nacido en Schönhausen el 1 de abril de 1815. Cuarto hijo de un oficial del ejército, su familia pertenecía a la aristocrática clase de los *Junkers,* nobles sin título, terratenientes, conservadores, fieles a la monarquía y a las glorias tradicionales de Prusia. Bismarck estudió Derecho en Gotinga, trabajó como abogado en Berlín y Aquisgrán y continuó sus estudios en esta última ciudad. En 1845 murió su padre y Otto von Bismarck heredó las haciendas de Schönhausen y Kniephof. Ese mismo año entró en la política y se mostró partidario decidido de la *Klein Deutchsland,* la unificación de Alemania sin Austria. Elegido diputado para la Dieta unida de 1847, al año siguiente, durante la revolución, sus posiciones coincidieron con las de Federico Guillermo IV, lo que le hizo ser conocido y apreciado por el rey.

En agosto de 1851, tras unos meses en que figuró como agregado a la embajada prusiana ante la Dieta de Frankfurt, pasó a ser representante de su país en la misma Dieta. En 1859, a consecuencia de su destacada actuación, fue nombrado embajador en San Petersburgo de donde pasó, en 1862, al mismo puesto en París, en la corte de Napoleón III. Su paso por estas dos importantes capitales fue muy eficaz para el estrechamiento de los lazos con Rusia y Francia. Prusia, en el momento en que Bismarck se hizo cargo del gobierno, tenía sólidos apoyos internacionales que eran obra del mismo Bismarck.

*Los principios de Bismarck*

Posiblemente la fuerza política de Bismarck residió en la total separación que estableció entre sus creencias religiosas protestantes y la moralidad de su conducta pública, caracterizada por una falta de prejuicios y una carencia total de escrúpulos. Su objetivo único fue, muy a tono con la doctrina del historicismo alemán de esos años, el mantenimiento y el fortalecimiento de Prusia. Así lo declaró sin ambages en su primera aparición como jefe del nuevo gobierno prusiano, ante la Junta de Hacienda del *Landtag* (29-IX-1862): "Alemania no busca el liberalismo de Prusia, sino su Poder [...] Prusia debe conservar su Poder para el momento favorable, que ya ha pasado varias veces. Las fronteras de Prusia no están adecuadas para una sana existencia nacional. Las grandes cuestiones de nuestro tiempo no serán decididas por discursos y decisiones de la mayoría —éste fue el error de 1848-1849—, sino por la Sangre y el Hierro". Estas palabras encontraron una acogida muy favorable en amplios sectores del movimiento liberal alemán que precisamente por estos años se encontraba dominado por la idea de que sólo un Poder fuerte devolvería su grandeza y unidad al *Reich.*

*El tratado comercial con Francia (1862)*

Una de las primeras decisiones cruciales de Bismarck al frente del gobierno fue la firma de un tratado comercial con Francia que supuso una rebaja mayor de aranceles que la concedida a Austria en el tratado similar firmado en 1853. Además, si en este último tratado Austria había recibido de Prusia el trato de "nación más favorecida", en 1862 se traspasó este título a la Francia del II Imperio. Los Estados del sur de Alemania, dirigidos por Baviera que era partidaria de una mayor vinculación con Austria, intentaron oponerse. Pero no sólo el Imperio, con sus constantes agobios económicos, no logró ofrecer una alternativa válida sino que Bismarck, marginando las obligadas negociaciones con la *Zollverein,* firmó el tratado independientemente en nombre de Prusia. Y como la Unión aduanera era una necesidad real para todos los pequeños Estados alemanes, éstos no tuvieron más remedio que seguir a Prusia y ratificar el acuerdo con Francia.

Mucho se ha discutido sobre la causa última que pudo llevar a Bismarck a firmar este tratado. La tesis tradicional apunta a la genialidad de Bismarck: concedió al capitalismo prusiano lo que éste precisaba para apuntalar su expansión económica, a cambio de que las reformas militares no encontraran oposición en el *Landstag.* Otros han apuntado que Bismarck no fue sino un simple instrumento al servicio de una coalición de grandes propietarios y comerciantes librecambistas (Gustav Mevissen, Bleichröder, Siemens, etc.). Una cosa sin embargo parece cierta: que la firma del tratado de comercio con Francia fue una baza excelente con la que Bismarck inició el gran enfrentamiento con Austria que se habría de desarrollar en 1863, al plantearse la ya ineludible reforma constitucional de la Confederación Germánica.

*La reforma de la Confederación Germánica*

Como se ha indicado, desde 1859 se venían haciendo distintas propuestas sobre esta reforma. Una de ellas había sido encabezada por el conde Friedrich von Beust (1809-1886), primer ministro de Sajonia, que se había convertido en el defensor de los pequeños y medianos Estados alemanes, en la convicción de que era posible llegar a la construcción de una Tercera Alemania que mediara entre los intereses contrapuestos de Prusia y Austria.

*Los objetivos austríacos*

Por su parte el gobierno imperial había emprendido su última tentativa para afirmar la preponderancia del Imperio en el *Reich* y compensar de esta forma la aún reciente derrota en la guerra del 59, contra Francia y Piamonte. El apoyo popular a la idea de una *Grosse Deutschland* que incluyera a Austria y estuviera bajo su dirección, fue canalizado a través de la Asociación para la Reforma (*Reformverein*), fundada en Munich en octubre de 1862 para contrarrestar la influencia de la *Nationalverein* pro-prusiana. Bismarck, por su parte, estaba dispuesto a cooperar con Austria a condición de que Prusia fuera tratada como una gran potencia, igual al Imperio, y fuera oficialmente reconocida su preeminencia en Alemania septentrional y central. El canciller prusiano comprendía, sin embargo, que las diferencias entre los Estados alemanes podían ser causa de una crisis europea e incluso dar lugar a una intervención francesa. Por esta razón, una de sus primeras medidas fue asegurarse la buena voluntad de Rusia. Bismarck tuvo a su favor la estricta neutralidad que Prusia había guardado durante la guerra de Crimea, su período de embajador en San Petersburgo que le había permitido ganarse la confianza del

zar, y su innegable conservadurismo. A todo esto añadió la ayuda que Prusia prestó a Rusia, en enero de 1863, con ocasión de la rebelión de Polonia.

*El fracaso del Congreso de Frankfurt*

En el verano de 1863 las distintas influencias que favorecían una positiva acción austríaca en Alemania indujeron al emperador Francisco José a proponer la celebración de un Congreso de Príncipes en Frankfurt para discutir las sugerencias imperiales sobre la reforma constitucional de la Confederación. La actitud de Bismarck fue decidida. Cuando a comienzos de agosto de 1863 el emperador Francisco José visitó a Guillermo I en Gastein y le invitó a participar en la Conferencia que se abriría en Frankfurt a finales del mismo mes, la invitación fue rehusada. Reunidos ya todos los príncipes, hicieron una nueva tentativa y enviaron al rey de Sajonia para que renovara la invitación. Guillermo I dudó; pero Bismarck, tras un gran forcejeo, consiguió persuadirle para que no asistiera. Fue el primero de los momentos de tensión —que más adelante se repetirían— y en los que el canciller logró imponerse sobre los perjuicios del monarca.

Con la negativa del rey de Prusia a participar en la Conferencia, el plan austríaco de reforma quedó sentenciado. El apoyo popular de los liberales alemanes del sur se perdió enseguida. A partir de 1863 la causa austríaca contó con muy pocas simpatías. Bismarck intentó inmediatamente recabar el apoyo popular para sus propios proyectos. Entre ellos se contaba una división del Poder en Alemania entre Austria y Prusia y el establecimiento de "una verdadera representación nacional basada en la participación directa de toda la nación [...]". Pero sobre todo el verano de 1863 supuso la última oportunidad para haber llegado a una solución pacífica —cualquiera que ésta fuera— sobre la unificación de Alemania. En el otoño de ese mismo año se planteó la cuestión de los ducados daneses. Y la guerra que siguió a la renovación de este problema sería la primera de las que permitirían que la unidad alemana, por obra de Otto von Bismarck, se plasmara en torno a Prusia.

## Bibliografía

**1. La era victoriana.** La importancia para la historia de Gran Bretaña de los años del reinado de Victoria I (1837-1901) permiten comprender la abundancia extremada de la bibliografía que los ha tratado. Obligados a una selección, ésta puede comenzar por las obras de conjunto: George Malcolm YOUNG tiene *Victorian England. Portrait of an Age.* Londres, 1957; G. KITSON CLARK, *An Expanding Society Britain, 1830-1900.* Cambridge, 1967; Derek BEALES, *From Castlereagh to Gladstone, 1815-1885.* Edinburgo, 1964; y un trabajo breve pero valioso —32 páginas— es el de D. C. SOMERVELL, *The Victorian Age.* Londres, 1969. Los estudios sobre las grandes figuras políticas que ocuparon estos años ayudan a penetrar en la densidad de los problemas del Reino Unido. Pueden ser útiles los tres siguientes: Jasper RIDLEY, *Lord Palmerston.* Londres, 1970; Wilbur Devereux JONES, *Lord Derby and Victorian Conservation.* Oxford, 1956; y P. ADELMANN, *Gladstone, Disraeli and Later Victorians Politics.* Londres, 1970. En los años finales del período estudiado en este Tomo XI se produjo una renovación del reformismo político iniciado en torno a 1830. De ello se ocupan F. B. SMITH, *The Making of the Second Reform Bill.* Cambridge, 1966; y Maurice COWLING, *1867: Disraeli, Gladstone and Revolution. The Passing of the Second Reform Bill.* Cambridge, 1967. La política exterior de la era victoriana es analizada por Kenneth BOURNE, *Foreign Policy of Victorian England, 1830-1902.* Oxford, 1970; y M. E. CHAMBERLAIN, *British Foreign Policy in the Age of Palmerston.* Londres, 1980. Por último, la evolución de las cuestiones sociales es el tema tratado por Patrick JOYCE, *Work, Society and Politics. The Culture of the Factory in Later Victorian England.* New Brunswick (New Jersey), 1980.

**2. Napoleón III.** El tema clásico en Francia, que corresponde a la era victoriana, es el II Imperio. Adrien DANSETTE lo ha estudiado en *Histoire du Second Empire. I: Louis Napoléon à la conquête du pouvoir.* París, 1961. Otras cuatro obras de interés sobre la misma cuestión son: Marcel BLANCHARD, *Le Second Empire.* París, 1950; J. P. T. BURY, *Napoléon III and the Second Empire.* Londres, 1964; Paul GUÉRIOT, *Napoléon III.* París, 1971; y David THOMPSON, *France, Empire and Republic, 1850-1940.* Nueva York, 1971. Como en el caso de Carlos X y Luis Felipe I, puede interesar aproximarse al II Imperio y a Napoleón a través de la actividad de la prensa, vehículo de la opinión pública —o, al menos, de la opinión privada de los propietarios o inspiradores

de los periódicos. Se ha ocupado de ello Roger BELLER, *Presse et journalisme sous le second Empire*. París, 1970.

**3. Bélgica.** La cuestión decisiva en estos años fue todo lo relacionado a la educación. Tres libros pueden orientar sobre las vicisitudes de este tema: Vernon MALLISON, *Power and Politics in Belgian Education 1815 to 1961*. Londres, 1963; Achille ERBA, *L'esprit laïque en Bélgique sous le gouvernement libéral doctrinaire (1857-1870)*. Lovaina, 1967; y Jacques LORY, *Libéralisme et instruction primaire, 1842-1879. Introduction à l'étude de la lutte scolaire en Belgique*. Lovaina, 1970.

**4. España.** Para la comprensión de la, en apariencia, confusa vida política del reinado de Isabel II conviene utilizar la obra de José Luis COMELLAS, *La teoría del régimen liberal español*. Madrid, 1962. La "oposición de Su Majestad" acabó por transformarse en estos años en "oposición a Su Majestad". V. G. KIERNAN estudia –*La revolución de 1854 en España*. Madrid, 1970– los acontecimientos revolucionarios que desencadenaron el cambio apuntado. Al atender a uno de los principales personajes del período, Javier PAREDES contribuye a clarificar este proceso con su *Pascual Madoz (1805-1870)*. Pamplona, 1982. Una obra ya antigua de A. EIRAS ROEL sigue siendo precisa para conocer toda la complejidad del arco político de la época: *El partido demócrata español, 1849-1868*. Madrid, 1961. El conocimiento de los cambios –lentos, alguna que otra vez fracasados, pero de gran transcendencia– que vivió durante estos años la sociedad española sugiere la consulta de las obras siguientes: Felipe RUIZ, E. J. HAMILTON, Gonzalo ANES, Gabriel TORTELLÁ y otros, *El Banco de España. Una historia económica*. Madrid, 1970; Gabriel TORTELLÁ, *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles del siglo XIX*. Madrid, 1973; Jordi NADAL, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, 1975; Juan SARDÁ, *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX*. Barcelona, 1970; y A. CASARES, *Estudio histórico-económico de las construcciones ferroviarias españolas en el siglo XIX*. Madrid, 1973. Sobre una cuestión internacional que repercutió considerablemente en la vida política española, Jesús PABÓN ha dejado un estudio valioso: *España y la cuestión romana*. Madrid, 1972.

**5. La formación del reino de Italia.** La unión, bajo Piamonte, de los distintos Estados en que se encontraba dividida la península itálica es expuesta por G. CANDELORO en *Storia dell'Italia Moderna*. V *La costruzione dello Stato unitario*. Milán, 1968. La obra en colaboración *L'unità d'Italia e i cattolici italiani*. Milán, 1960, ayuda a adentrarse en la complejidad de este tema. Las líneas generales por las que se alcanzó la unidad y los medios que se emplearon para ello han sido estudiados por Raymond GREW, *A Sterner Plan for Italian Unity: The Italian National Society in the Risorgimento*. Princeton, 1963. Una visión clara de los hechos es la que ofrece Paul GUICHONNET, *L'unité italienne*. París, 1971. El desarrollo económico de Piamonte, que tanto peso tuvo en la consecución de la unidad, se prosiguió luego en el ámbito del nuevo reino. R. ROMEO, *Breve Storia della Grande Industria in Italia*. Bolonia, 1962; y V. PARETO, *La liberté économique et les évenements d'Italie*. Ginebra, 1970, presentan este proceso.

**6. El Imperio austríaco, Alemania y los países escandinavos.** Para una visión de conjunto de la vida del Imperio sigue siendo útil la obra de Robert A. KANN, *The Multinational Empire. Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy, 1848-1918*. Nueva York, 1950, 2 vols. Los estudios de V. L. TAPIÉ, *Monarchie et peuples du Danube*. París, 1969; y Jean BERENGER, *L'Europe danubienne de 1848 à nos jours*.

París, 1976, complementan y actualizan en algunos puntos la obra citada. Para los inicios del nuevo sistema, la Monarquía Dual de Austria-Hungría, puede ser conveniente la lectura de otra obra antigua, pero aún válida, como la de Arthur J. MAY, *The Habsburg Monarchy, 1867-1914*. Cambridge (Mass.), 1951. La evolución del resto del *Reich,* con la importancia creciente de Prusia dentro de él, se puede seguir en cualquiera de estas tres obras: Wolfang TREVE, *Alemania desde 1848. Ojeada histórica*. Bremen, 1968; Hajo HOLBORN, *A History of Modern Germany, 1840-1945*. Nueva York, 1969; o Pierre GUILLEN, *L'Allemagne de 1848 à nos jours*. París, 1970. Respecto a los países escandinavos, L. JORBER, *The Industrial Revolution in Scandinavia, 1850-1914*. Londres, 1970, dentro de *The Fontana Economic History of Europe,* estudia el cambio profundo que produjo en ellos la revolución industrial, uno de los factores —por más que no el único— que permitió atajar la emigración tan considerable a mediados del XIX.

# VII. La guerra de Crimea y la expansión colonial (1855-1862)

*El expansionismo ruso y la guerra de Crimea*
*La evolución interna de Rusia*
*Británicos y franceses en Oriente*
*La presencia europea en Africa*
*Benito Juárez y Maximiliano*
*Los occidentales en Japón*

## 1. El expansionismo ruso y la guerra de Crimea

Los conflictos armados entre rusos y turcos tenían ya, hacia mediados del siglo XIX, una tradición de siglos. Entre 1829 y 1839, habían estado a punto de estallar más de una vez. La política rusa de expansión había sido sistemáticamente frenada por el apoyo británico al Imperio otomano.

*El problema ruso de la salida a los mares cálidos*

Una de las líneas de fuerza de la política internacional rusa era, desde tiempos de Pedro I, el deseo de obtener salidas al mar. Los hielos bloqueaban al Imperio ruso en su costa septentrional. Las direcciones lógicas eran hacia el Atlántico por el Báltico, mar en el que el oponente habitual había sido Suecia apoyada por Prusia y Gran Bretaña; hacia el Indico, por Afganistán y el valle del Indo, donde había encontrado la oposición británica; hacia el golfo Pérsico, donde había chocado con persas y otomanos; hacia el Mediterráneo por el mar Negro y los estrechos —el obstáculo habían sido habitualmente otomanos y británicos— o a través de los Balkanes, en cuyo caso se sumaban los austriacos; y, por último, la salida al Pacífico, a través de Siberia. En este caso las dificultades se habían llamado China, Japón y, una vez más, Gran Bretaña.

*La destrucción del Imperio otomano*

A mitad de los años cuarenta la salida al Indico no constituía una especial necesidad, y la del Pacífico estaba ya lograda; la vía al Atlántico quedó consolidada por la retirada de Suecia de la Pomerania y por la debilidad de las flotas sueca y danesa. La dirección que requería una atención más urgente era el Mediterráneo. Nicolás I, durante su visita a Londres en 1844, había dicho a los miembros del gabinete británico: "Turquía es un país moribundo. Podemos esforzarnos en conservarle la vida. Pero morirá, y debe morir, y el momento será crítico".

Una situación favorable a la intervención rusa podía surgir si una crisis en Europa central obligara a Austria a olvidarse de los Balkanes. Pero una vez sofocadas las revoluciones del 48, no se vislumbraba esa eventualidad. El zar no estaba dispuesto a enfrentarse con Austria, junto a la que había actuado contra los nacionalistas polacos. Nicolás pudo pensar que un ataque ruso al Imperio otomano contaría con el apoyo de Austria mientras no lesionase sus intereses en los Balkanes; con la neutralidad de Francia; y con la oposición de Gran Bretaña.

*La presión rusa*

La política otomana de Nicolás I se había desarrollado en tres frentes: económico, religioso y político. Los rusos habían incrementado su comercio por Odessa y otros puertos del mar Negro, desde 1830. Las exportaciones de trigo aumentaron entre 1832 y 1840 en un 56 %. Para potenciar ese comercio se creó en 1844 una comisión especial, una de cuyas resoluciones fue prohibir a los principados rumanos —semiautónomos con la ayuda rusa— la exportación de cereales. El zar se consideraba el protector de la fe ortodoxa. El gobierno ruso había estrechado lazos con las iglesias ortodoxas en territorio otomano. Desde 1774 ejercía el derecho de protección sobre los cristianos ortodoxos que vivían en el Imperio otomano. Seminaristas de Serbia y Bulgaria estudiaban en una Academia eclesiástica en San Petersburgo, y en 1843 una misión gubernamental rusa había visitado Siria y Palestina para conocer la situación de los ortodoxos y estudiar la apertura de centros de enseñanza religiosa en Damasco y Beirut.

*Las intervenciones de Nicolás I*

Desde el punto de vista político, Rusia venía aprovechando cualquier ocasión para intervenir en los territorios de la Sublime Puerta. El zar ayudó a aplastar en 1848 el movimiento nacionalista liberal de Valaquia y Moldavia y obligó a estos principados a someterse a la soberanía del sultán; Nicolás pensaba que tendría más autoridad sobre unos principados semiautónomos que sobre una Rumania constitucional. En 1849 cuando los húngaros sublevados se refugiaron en Constantinopla el zar apoyó las peticiones de Francisco José, presionó al sultán y llegó a amenazar con la guerra. La intervención de Gran Bretaña, decidida a mantener la Convención de los Estrechos (1841), hizo desistir a Nicolás I.

*La protección de los cristianos en el Imperio*

Rusia volvió a intervenir en la política otomana esta vez a favor del sultán, con ocasión del enfrentamiento con Francia (1851), a causa de los derechos de protectorado que Luis Napoleón reclamaba sobre los católicos del Imperio otomano, especialmente respecto a los residentes en los Santos Lugares. Luis Napoleón buscaba con esta política el prestigio internacional y el apoyo de los católicos franceses. El zar prometió al sultán el apoyo "moral y material" de Rusia. La audaz política del embajador francés La Valette arrancó ciertas concesiones a Constantinopla sin tener que llegar a la guerra.

*Los proyectos del zar*

El zar rechazó la proclamación de Napoleón como emperador, lo que produjo el distanciamiento ruso de Francia, la aproximación de Napoleón III a Gran Bretaña y que Nicolás I perdiera la posibilidad de coordinar la acción de las potencias europeas frente a un Imperio otomano en crisis. A principios de 1853 Nicolás se decidió a actuar en solitario. Envió una misión especial a Constantinopla con la exigencia de que se garantizase a Rusia el control efectivo sobre gran parte del Imperio. Si los otomanos no cedían los rusos estaban dispuestos a llegar a la guerra. Se apoderarían de los estrechos y destruirían el Imperio. De aquí podrían seguirse diversas posibilidades: constitución de varios Estados independientes; restablecimiento del Imperio bizantino, a partir de Grecia; o bien la reducción del Imperio otomano a la parte asiática y el reparto de la porción europea entre Rusia, Gran Bretaña, Francia y Grecia. Bulgaria y Serbia quedarían como satélites de Rusia. Constantinopla recibiría el estatuto de ciudad libre y el control de los estrechos quedaría en manos de Rusia (Bósforo) y Austria (Dardanelos).

*La misión Menchikof*

El 21 de febrero de 1853 el zar propuso al embajador británico, lord Seymour, el plan de acción sobre el Imperio; y ofreció que Egipto y Creta pasaran a depender de Gran Bretaña. No mencionó sus planes respecto a Constantinopla y los estrechos. Sin esperar la respuesta británica, el zar envió el 28 de febrero a Menchikof a Constantinopla para exigir una solución favorable a Rusia frente a Francia en la cuestión de los Santos Lugares —Napoleón quería la soberanía francesa sobre algunos santuarios— y una convención que reconociese el protectorado religioso ruso sobre los ortodoxos del Imperio. Menchikof (1787-1869) intentó imponer al sultán un tratado de alianza con Rusia por medio de un *ultimátum*. Nicolás ofreció personalmente a Francisco José, en julio de 1853, el reparto de los estrechos entre Rusia y Austria y el establecimiento de un protectorado conjunto en los Balkanes; a la vez, el zar ordenó la ocupación de Bucarest y Moldavia. Su objetivo era evitar por medio de la acción diplomática la formación de una alianza antirrusa.

*Los motivos de Rusia*

Los motivos que llevaron a Nicolás I en 1853 a esta política de fuerza no fueron económicos; si la apertura de los estrechos favorecería las exportaciones rusas de trigo, la enemistad con Inglaterra cerraría el comercio con el principal comprador de trigo y primer proveedor de maquinaria y materias primas. Se han apuntado las preocupaciones religiosas como principal desencadenante de la crisis: pero el testimonio de los gobernantes rusos de la época no permite entrever que éstas fueran un móvil decisivo, a pesar de que el pueblo ruso, muy religioso, pensara que Rusia tenía una misión de defensa de la ortodoxia. Muy posiblemente los verdaderos móviles fueron políticos, unidos al cálculo equivocado de Nicolás I sobre su propia fuerza. El zar, desde su actuación en la represión de la revolución húngara de 1849, pensaba que Francisco José de Austria le debía el trono; que Prusia se mantendría al margen por la necesidad de actuar junto a Rusia contra el nacionalismo polaco; y sobre todo que Rusia era una gran potencia: su imperio debía ejercerse tanto hacia Europa central como hacia el este y el sur. Para esto debía desaparecer la barrera que suponía el Imperio otomano.

*Algunos condicionantes occidentales*

Por parte de los enemigos de Rusia, no parece que Francia llegara a la guerra a causa de la disputa sobre los Santos Lugares, por la ambición de Napoleón de consolidar su Imperio con un triunfo militar o para apartar a Austria de la tentación de una nueva Santa Alianza. Tampoco fueron decisivos ni las maquinaciones de Palmerston para impedir los intentos pacifistas de un moderado con Aberdeen, ni el peso de los intereses económicos británicos, deseosos de ganar posiciones en los mercados otomanos y contrarrestar el proteccionismo ruso. Posiblemente el motivo profundo de la guerra haya que buscarlo en la decisión del sultán de no ceder a las pretensiones rusas.

*Los motivos británicos y franceses*

Estas pretensiones encontraron la total oposición de Gran Bretaña y Francia. La primera no estaba dispuesta a compartir su predominio en el Mediterráneo con la flota rusa, ni a sufrir las consecuencias económicas de un control ruso sobre el Imperio. Francia se decidió a apoyar la postura inglesa a pesar de que tres semanas antes había aceptado un plan ruso para regular la cuestión de los Santos Lugares. El motivo principal de este

cambio de postura se debió al deseo de Napoleón III de conseguir una alianza con Gran Bretaña, incluso a riesgo de una guerra impopular. El acercamiento a Gran Bretaña era un elemento primordial para los proyectos europeos del emperador.

*La equivocación de Nicolás I*

La *entente* franco-británica se formó contra todas las previsiones del zar. Cabe preguntarse el motivo por el que el zar no renunció a sus proyectos. Parece ser que Nicolás estaba ya demasiado comprometido en sus acciones diplomáticas; y que el despliegue de fuerzas ya realizado exigía una acción tanto ante los otomanos como ante el pueblo y el ejército rusos. Cuando el 12 de septiembre de 1853 el gobierno británico confirmó a Francia que estaba dispuesto a enviar tropas a los Dardanelos, Nicolás I intentó aún un compromiso y moderó sus exigencias. Pero los británicos se negaron a cualquier posible acuerdo.

*El inicio de las hostilidades*

La apertura de las hostilidades correspondió al sultán. Sus tropas cruzaron el Danubio para expulsar a los rusos de los principados rumanos ocupados. Nicolás I ordenó a su ejército una actitud defensiva; Gran Bretaña y Francia habían advertido a Rusia que

**Fragmento de A. de Neuville, "Sitio de Sebastopol (18-VI-1855)".** *La guerra de Crimea (1854-1855) enfrentró a Rusia con el Imperio otomano que contó con la ayuda de Francia, Gran Bretaña y Piamonte. La causa inmediata de la guerra fue la negativa del sultán Abd ul-Medjid de permitir que el zar Nicolás I se convirtiera en el protector de los cristianos que vivían dentro del Imperio. Fracasada la misión Menchikov en marzo de 1853, en julio del mismo año los rusos entraron en Bucarest y, en noviembre, ocuparon las provincias danubianas de Valaquia y Moldavia y deshicieron una flota otomana. La contestación occidental a la presión bélica rusa fue la firma de la alianza franco-británica de abril de 1854 (a la que más adelante se unió Piamonte). En septiembre, los aliados desembarcaron en Eupatoria (península de Crimea). La guerra se centró en el sitio de Sebastopol, que resistió casi un año. Las batallas de Balaklava (25-X-1854) e Inkermann (5-XI-1854) y, sobre todo, la caída de la torre Malakov (8-IX-1855) pusieron la capital crimeana en manos de los aliados de los otomanos. Nicolás I murió ese mismo año 55 y su hijo y sucesor, Alejandro II, solicitó las conversaciones de paz que se concretaron en el Congreso de París (25-II-1856), con el que se intentó resolver este nuevo episodio de la permanente cuestión de Oriente. La intervención occidental no fue un acto de altruismo. Francia y el Reino Unido se aprestaron a la defensa del sultán, desde perspectivas distintas, pero coincidentes en el objetivo último de no permitir la expansión de Rusia. Ni Austria ni Prusia se movieron en favor del zar. Aún no estaban superadas las consecuencias de las revoluciones de 1848-1849. La intervención de Piamonte fue una hábil maniobra de Cavour que consiguió así figurar entre las potencias europeas y "diplomatizar" la cuestión de la unidad italiana, sacándola del ámbito de las sociedades secretas, las conspiraciones y las pequeñas revoluciones estériles.* (Lauros-Giraudon. París.)



declararían la guerra si las tropas rusas cruzaban el Danubio, o si la flota otomana del mar Negro era atacada. La escuadra anglo-francesa atravesó los Dardanelos —aunque no el Bósforo— en previsión de un posible ataque ruso a barcos otomanos. El 12 de marzo de 1854 Gran Bretaña, la Sublime Puerta y Francia firmaron un tratado de alianza. Días más tarde una escuadra rusa aniquiló a una florilla turca en Sinope: los barcos británicos y franceses entraron en el mar Negro. El 28 de marzo de 1854 quedó declarada formalmente la guerra. Los aliados occidentales pudieron trasladar sus cuerpos expedicionarios a la zona del conflicto por la potencia de sus marinas de guerra y desembarcaron en Gallípoli en los últimos días de marzo de 1854.

*Los teatros de la guerra y los preliminares de la paz (1854-1855)*

La guerra se desarrolló en tres frentes: al oeste, en los Balkanes; en el centro, en la península de Crimea; y al este, en el Cáucaso. El frente balkánico desapareció sin lucha; los rusos se retiraron gracias a la mediación de Austria que, en razón de su neutralidad, ocupó los principados rumanos con la aquiescencia otomana. La penetración rusa en el Cáucaso no fue muy significativa. El principal escenario de operaciones fue la península de Crimea, y en concreto la ciudad de Sebastopol. El sitio de esta plaza duró cerca de un año. Cayó el 9 de noviembre de 1855. Mientras tanto Nicolás I había muerto en marzo de 1855 y el nuevo zar, Alejandro II, deseaba la paz, siempre que se obtuviera dignamente. Los británicos querían seguir la guerra en el Cáucaso, pero no así el resto de los aliados. Francia se daba por satisfecha, lo mismo que Piamonte, que había entrado en la guerra para acudir a la posible conferencia europea de paz como una potencia de cierto rango. La entrada de Piamonte, rival de Austria en la península itálica, empujó a ésta al abandono de su actitud neutral. Austria, una vez tomada Sebastopol, se convirtió en portavoz de los aliados para llegar a la paz con Rusia. El gobierno austríaco envió un *ultimátum* a Alejandro II en diciembre de 1855; y el nuevo zar aceptó las condiciones preliminares de paz, redactadas en Viena ya en agosto de 1854. Comprendían cuatro puntos: Rusia renunciaría a su influencia preponderante en los principados rumanos y abandonaría sus pretensiones de protectorado religioso sobre la población ortodoxa del Imperio turco; esta acción sería ejercida por las grandes potencias; la libertad de navegación en las bocas del Danubio estaría garantizada por un acuerdo internacional, y, por último, la Convención de los Estrechos de 1841 sería revisada en sentido menos favorable para los rusos.

*El congreso de París (1856)*

Sobre la base de estos cuatro puntos se reunió la Conferencia de París en la que intervinieron rusos, otomanos, británicos, franceses, sardos, austríacos y prusianos; estos últimos por haber respaldado el *ultimátum* de Austria a Rusia. El Congreso se inauguró el 25 de febrero de 1856. Los principales protagonistas fueron rusos, británicos y franceses. Los rusos negociaron con gran habilidad. El acuerdo de paz se firmó el 30 de marzo del mismo año. Sólo satisfizo plenamente a Francia, pues por él quedaron por completo modificadas las bases de la política internacional vigentes desde 1815. Las cláusulas fundamentales fueron cuatro: la garantía de la integridad territorial del Imperio otomano; la libre navegación por el Danubio; la neutralización del mar Negro; y la autonomía de los principados rumanos de Valaquia y Moldavia. Esta última cláusula estaba en contradicción con la primera e introdujo en los Balkanes un factor de desequilibrio.

*Las consecuencias internacionales*

Las principales consecuencias internacionales del tratado de París fueron la posibilidad del triunfo de los nacionalismos, el aislamiento de Austria y la hegemonía continental de Francia. Los nacionalismos habían encontrado su principal obstáculo en el acuerdo de Münchengrätz (Rusia, Prusia y Austria), en 1833. Como a partir de 1856 Rusia comenzó a abandonar su política absolutista y en los Balkanes se había concedido la autonomía a los principados rumanos, algunos pueblos europeos vieron libre el camino para convertirse en Estados. El aislamiento diplomático de Austria se debió a un triple motivo: la ruptura de la amistad austríaca con Rusia; la ayuda previsible de británicos y franceses al reino de Cerdeña en los problemas italianos; y, finalmente, la distinta concepción que Austria y Prusia tenían sobre la unidad nacional alemana. La hegemonía diplomática francesa se derivó de que Gran Bretaña volvió a su política de *splendid isolation*: la guerra de Crimea había sido demasiado costosa para la opinión pública británica. Napoleón III apareció como la esperanza de los nacionalismos europeos. Además al final su mediación ante Gran Bretaña le atrajo la amistad rusa.

*Los cambios interiores en Rusia*

Las repercusiones de la guerra de Crimea en la política interior rusa fueron notables. La derrota, que había revelado la magnitud de los defectos en la organización militar, política y administrativa, impuso la necesidad de una transformación profunda de su estructura social. Las reformas de los años 1861 a 1865 fueron el reflejo de la experiencia sufrida.

*Las reformas otomanas*

El Imperio otamano salió relativamente beneficiado de la guerra. La alianza con Francia y Gran Bretaña produjo un aumento del influjo occidental en el Imperio e impulsó los intentos de reformas. Los gastos de guerra llevaron al alza de precios y como consecuencia al paro y a la miseria. Hasta 1859 no se adoptaron medidas para remediar la situación económica. Ese año se creó un Consejo de Hacienda; pero este organismo no pudo frenar los arbitrarios gastos del Sultán ni establecer un presupuesto regular. Las necesidades inmediatas se cubrieron mediante préstamos extranjeros: a partir de entonces los europeos poseedores de bonos otomanos se convirtieron en una fuerza interesada en la reforma imperial. Los occidentales pasaron a ser los tutores de la Sublime Puerta. El problema de los cristianos quedó solucionado por un decreto del Sultán (*haltt-i humayun*, II-1856) que declaraba iguales ante la ley —admisión en el ejército y en los cargos públicos— a cristianos y musulmanes; se estableció la libertad religiosa y se les reconoció el derecho a fundar escuelas e iglesias.

*Los nacionalismos balkánicos. Rumania*

A partir de la guerra de Crimea la nota más característica de la parte europea del Imperio fue la resurrección de los nacionalismos balkánicos. Esos nacionalismos aspiraban desde hacía tiempo a la independencia o a la autonomía. Su temor era que su liberación del Imperio les llevase a depender de Rusia, Austria o Grecia. La derrota de Rusia, el aislamiento de Austria y la ocupación de Grecia —proclive en el inicio de la guerra a Nicolás I— dio confianza a los nacionalismos balkánicos. Los delegados de Moldavia y Valaquia habían solicitado en el Congreso de París no sólo su autonomía, sino su fusión, sin hacer referencia a los rumanos que vivían en Transilvania, una parte del

Imperio austriaco controlada por Hungría. Las potencias reunidas en París acordaron dejar el asunto pendiente del resultado de unas elecciones populares. Una vez realizadas las elecciones se comprobó que las de Moldavia habían sido falsificadas y se produjo un momento de tensión internacional (1858). Napoleón III consiguió la repetición de las elecciones. El resultado fue favorable a la unidad. La oposición de las potencias limítrofes llevó a que los dos principados permanecieran separados pero dotados de iguales leyes e instituciones. El siguiente paso se dio al lograr la unidad dinástica. El 24 de enero de 1859 Alejandro I Cuza fue elegido príncipe de los dos territorios. Tres años más tarde se produjo la fusión y se fijó la capital en Valaquia, a las orillas del Danubio. Alejandro I desarrolló una política autoritaria por lo que, en 1866, cuando las potencias europeas se encontraban pendientes del inminente conflicto entre Austria y Prusia, los liberales rumanos le depusieron y eligieron rey a Carlos I (un Hohenzollern), al tiempo que la Asamblea sustituía el nombre de Principados Unidos por el de Rumania. Aunque la soberanía otomana se mantuvo nominalmente hasta 1878, había nacido un nuevo Estado que inmediatamente reivindicó todos los territorios habitados por rumanos, es decir, la Transilvania austríaca.

*Serbia*

Milan Obrenoviċ tomó el Poder en Serbia en 1858, una vez que la Asamblea nacional destituyó a Aleksandar Karadjordjeviċ. Milan que aspiraba a convertir Serbia en el Piamonte de los Balkanes, consiguió en 1865 (y aseguró en 1867) la retirada de los ejércitos otomanos, un paso importante para la futura independencia de Serbia y la integración en el nuevo estado de las poblaciones eslavas de la zona. Milan consiguió un gran prestigio ante griegos y búlgaros. Se alió con Grecia y Montenegro y al ser reconocido por los revolucionarios búlgaros como potencial monarca de una gran federación eslava del sur, pareció capacitado para llevar a la práctica la Gran Serbia. Pero murió asesinado en 1868.

*Grecia*

Grecia también deseaba ampliar sus fronteras a costa de los otomanos y para ello había impulsado una política de helenización del clero ortodoxo de los países balkánicos. Al no conseguir resultados positivos, Otón I fue depuesto en 1862. Le sustituyó Jorge I (1863-1913), candidato de Gran Bretaña, a quien Palmerston cedió las islas Jónicas por su proximidad geográfica e identidad de raza, lengua y religión. El intento de anexión de Creta resultó fallido; la isla fue declarada autónoma en 1866. Para frenar las ambiciones griegas, el patriarca de Constantinopla concedió en 1870 a los búlgaros la autonomía religiosa.

*El fracaso de las reformas en el Imperio otomano*

En el Imperio otomano la igualdad civil, prometida en 1856, apenas progresó a pesar de que el nuevo sultán Abd ul-Aziz (1861-1876) dejó gobernar a los partidarios de las reformas. Una encuesta realizada por los gobiernos europeos en 1867 demostró que no existía igualdad ni en la concesión de cargos ni en la administración de la justicia. El ejército seguía siendo musulmán: los cristianos no querían servir con musulmanes y los musulmanes no querían ser mandados por infieles. Las potencias europeas protestaron por la lentitud en la aplicación de las reformas; esta acción enfrentó a Francia con Rusia. El gobierno se mostraba partidario de suprimir toda distinción entre las diversas

nacionalidades e intentar la formación de una nación otomana única. El zar se había manifestado contrario a una fusión incoherente de las razas del Imperio, y exigía "garantías especiales a partir de las instituciones religiosas y comunales adaptadas al principio nacional". Rusia deseaba hacer de cada nación cristiana un pequeño Estado autónomo. Si la solución francesa era de muy difícil implantación, la rusa entrañaba el grave peligro de la disociación del Imperio. El gobierno de Constantinopla optó por la solución francesa; para ello trató de mejorar la administración a la vez que orientaba la educación en un sentido europeo. Sin embargo, los dos ministros reformadores murieron: Fuad, en 1869 y Alí, en 1871. La derrota de Sedan llevó consigo el eclipse de la influencia francesa y abrió el camino para la renovada influencia rusa. Esto trajo consigo el incremento del nacionalismo en los Balkanes.

*Siria*

También Siria fue sacudida por luchas civiles. A partir de 1840, después de la retirada de los egipcios, los drusos atacaron a las poblaciones cristiano-maronitas que estaban protegidas por Francia. Los drusos reiteraron sus ataques en 1860, contra Beirut y Damasco, causando muchas víctimas entre los cristianos. Las potencias europeas se decidieron a intervenir, y un contingente francés desembarcó en el Líbano donde permaneció hasta 1871. Una comisión europea estableció en 1864 un estatuto para el Líbano: reducido en superficie, se convirtió en una provincia autónoma, gobernada por un cristiano, que era nombrado para cinco años, y que estaba asistido por un consejo administrativo.

## 2. La evolución interna de Rusia

*La actividad contrarrevolucionaria rusa*

El impulso revolucionario de 1848 encontró en el zar Nicolás I una inmediata respuesta. En un manifiesto dirigido a todas las naciones escribió: "Atended, pueblos y someteos, porque Dios está con nosotros". Sus palabras no fueron una declaración enfática. Las fuerzas rusas reprimieron brotes liberales en Hungría, Moldavia y Valaquia durante 1848 y 1849. Una represión más enérgica de las ideas liberales, democráticas o incipientemente socialistas tuvo lugar en Rusia. Se recrudeció la censura. Rusia no supo de agitaciones o conspiraciones revolucionarias durante esos años. A modo de ejemplo, se puede citar la disolución del grupo de discusión Petrachevisky, en 1849, considerado por las autoridades como extremista de izquierda. La represión también se dirigió contra las derechas independentistas eslavófilas de algunas zonas del Imperio. Los motivos fueron varios: como se tendía a identificar revolución y nacionalismo Nicolás I procuró defender a sus aliados; el zar deseaba además atraerse la minoría alemana del Báltico, tan importante para el ejército y la administración rusos.

*El control de las ideas*

Entre los años 1849 a 1855 se sucedieron una serie de medidas encaminadas al control de las "ideas peligrosas", que acrecentaron la enemistad de la izquierda europea contra el zar. Las medidas restrictivas para evitar la contaminación con las nuevas ideas libera-

les no impidieron, sin embargo, que en Rusia surgiera una literatura que fue el origen de varias escuelas de filosofía que influyeron en la sociedad. El extremado conservadurismo de Nicolás I se mantuvo hasta los últimos años de su gobierno.

*Crimea y las reformas*

El nuevo zar Alejandro II (1855-1881) había sido educado en las ideas de servicio, autocracia y militarismo que caracterizaron a su padre. Sin embargo, la derrota rusa en Crimea puso de manifiesto las fallas de la administración política, militar y civil rusa. Alejandro se manifestó dispuesto a admitir ciertas reformas, cuando éstas se presentaran como una exigencia de la "razón de Estado", muy de acuerdo con la tradición del gobierno zarista.

*La liberación de los siervos*

El cambio de actitud de la censura fue el anuncio de una nueva época. Alejandro II afirmó en marzo de 1856: "Que puedan todos, bajo la equitativa protección de las leyes, igualmente justas para todos, disfrutar del bien ganado fruto de su trabajo". Un discurso ante la nobleza moscovita (30-III/2-IV-1856) reflejó la postura del zar ante la liberación de los siervos: "Yo no me opongo enteramente a esa medida", afirmó el zar, y a continuación manifestó que era preferible abolir la servidumbre desde arriba a esperar que se produjera desde abajo sin intervención suya y de la nobleza. Las palabras del zar implicaban la promesa personal de Alejandro II de liberar a los siervos, y el deseo de vincular a la nobleza en esa decisión y en su realización.

*La actitud de la nobleza*

El deseo del zar no dejaba de ser arriesgado. Debía, además, tener en cuenta que la renuncia a un derecho fundamental —tal era en la mente de la nobleza, la posesión de los siervos— debía ser voluntaria. Nobleza y Estado debían marchar unidos en la gran operación económica que suponía la reforma.

*Los problemas de la liberación*

Las cuestiones fundamentales que planteó la liberación de los siervos fueron, en primer término, la extensión de tierra que podría conservar un siervo liberado; después, la cuota a pagar por la emancipación; en tercer lugar la compensación a recibir por el propietario de siervos con tierra y, por último, determinar si el campesino liberado sería o no un ciudadano de pleno derecho. La liberación de los siervos venía impuesta por las cada vez más frecuentes revueltas de campesinos y la difusión general de las ideas de libertad e igualdad, aunque éstas alcanzaran sólo a una minoría. Un propietario eslavófilo, Kochelev, escribió al zar en 1858: "La abolición del derecho de usar de los hombres como de las cosas, o como del ganado, es tanto nuestra liberación como la suya pues hasta ahora estamos bajo el yugo de una ley que destruye todavía más en nosotros que en el siervo la condición humana".

*El estudio de la reforma*

La actitud de la nobleza y de los funcionarios ante la liberación de los siervos fue muy diversa. Los más conservadores temieron la anarquía. Los liberales no sabían cómo resolver el problema económico que suponía para los siervos el precio de su libertad. En

1857 se constituyó una Junta Secreta gubernativa para estudiar la reforma. Estaba integrada por altos funcionarios de orientación conservadora, como Panin, Muravev (1810-1881), y Rostovtzev; otros de mentalidad liberal como Lanskoi y Miliutin (1818-1872), e incluso algunos eslavófilos, entre los que estaban Samárin y Cherkaski.

La nobleza de las provincias lituanas fue la primera en expresar al zar su opinión. Le manifestaron que se reservarían en propiedad todas sus tierras y dejarían a los campesinos el pequeño campo donde estaba su casa. Esa propuesta suponía crear una inmensa masa de desposeídos. El zar y su cancillería no estaban dispuestos a correr ese riesgo.

*Los primeros pasos*

Un rescripto de la Junta Secreta (20-XI/2-XII-1857) supuso el comienzo administrativo de la reforma. Contenía dos criterios básicos: se debían estudiar disposiciones para el reparto de la tierra y se invitaba a la nobleza de todas las provincias a formar juntas para elaborar proyectos según el criterio anterior. Este rescripto fue el punto de equilibrio entre el gobierno y la opinión pública reformista.

Las orientaciones políticas básicas que se enfrentaban eran las siguientes: por una parte estaban los propietarios interesados en mantener la total o casi total posesión de la tierra; y por otra, una burocracia ilustrada, orientada desde su punto de vista a conseguir el bien del Estado y de los súbditos. Esta burocracia se dividía a su vez entre aquellos que veían en la liberación de los siervos el primer paso hacia un gobierno de tipo constitucional y los que querían mantener a toda costa un régimen basado en una burocracia autoritaria.

*El debate*

El debate sobre la liberación de los siervos encontró amplio eco en la prensa. Los representantes de las opiniones más radicales fueron Herzen y Chernichesky. Herzen (1812-1870), que vivía en Londres, publicó durante 1857 en *La Campana* gran parte de los proyectos de la izquierda rusa como documentos anónimos. El periódico tenía una gran difusión en el Imperio. Sus peticiones básicas eran dos: la liberación de los siervos con tierra suficiente para mantenerse y la libertad de prensa. Chernichesky (1828-1889), instalado en San Petersburgo, era un economista, socialista ascético y crítico radical del liberalismo. Su idea era adaptar las instituciones cooperativas rusas al socialismo, y en ese entorno abolir la servidumbre. La censura zarista sólo intervino tras la publicación de un voto reservado del liberal Kavelin (1808-1885), que propuso que los siervos fueran liberados con toda la tierra que cultivaban.

La preparación de la reforma reveló por otra parte grandes diferencias en cuanto a la riqueza de la tierra en las distintas provincias. Allí donde la tierra era de gran calidad se pedía un elevado precio para su adquisición; en las zonas donde los campesinos podían encontrar buenos salarios en la industria se reclamaba una suma elevada por su libertad.

*El estatuto de 1861*

La acción decidida de dos miembros de la Corte y del servicio civil, Rostovtzev (de origen conservador) y Miliutin (liberal) hizo posible que la reforma se llevara a cabo. Después de la muerte de Rostovtzev, la actitud del zar venció las dificultades de la Junta

Secreta para la reforma y del Consejo de Estado. El 19-II/3-III-1861 se promulgó el *Estatuto de los campesinos liberados de la servidumbre*. Los siervos gozarían de libertad personal. Quienes no estaban ligados a la vida rural —los siervos domésticos— recibían esa libertad sin indemnización de tierra. El resto recibiría tierra, pero tendría que pagar un precio por ella. Se daba un plazo de dos años para establecer un contrato entre el señor y el campesino en el que se determinasen las obligaciones mutuas. Estos contratos serían supervisados por jueces de paz elegidos entre la nobleza de cada provincia. Cuando esos contratos estuviesen ultimados comenzarían las operaciones de compra de la tierra.

*La puesta en práctica de la reforma*

La extensión de tierra a recibir dependería de un acuerdo entre el campesino y el señor. El gobierno se constituyó en banquero de las dos partes. Garantizaba al propietario la totalidad del precio, y le daba un 80 % en obligaciones del Estado. El campesino disponía de 49 años para deducir de sus ingresos la cantidad a pagar al Estado. Si no se llegaba a acuerdo, existían diversas posibilidades. Una de ellas era entregar al campesino un

**El zar Alejandro II (1818-1881).** *Hijo de Nicolás I, le sucedió como zar a su muerte, en 1855, en plena guerra de Crimea. Fue así Alejandro el que tuvo que aceptar las decisiones del Congreso de París de 1856. Las dos grandes líneas —interior y exterior— de su política fueron prolongación de lo iniciado por su padre. Tras el fracaso de la guerra contra el sultán, Alejandro, de acuerdo con una constante de la cancillería imperial rusa, se volvió hacia Asia. El impulso de la colonización de siberia le llevó a conseguir de China (1858) los territorios al norte del río Amur; dos años más tarde incorporó también la costa entre la desembocadura del Amur y Corea, donde fundó Vladivostok. Tiempo después, consolidadas estas conquistas, Alejandro volvió de nuevo a los Balkanes, provocando la guerra con los otomanos en 1876; y sus victorias resultaron neutralizadas por el Congreso de Berlín (1878). Pero más importante que todo esto fueron las reformas que Alejandro II intentó llevar a cabo dentro de Rusia. En su afán de modernizar el gran Imperio, Alejandro abordó muy diversas cuestiones. Entre ellas, una destaca por su importancia innegable: la abolición de la servidumbre. Quizá la misma complejidad de esta cuestión —planteada ya por Nicolás I— impidió que llegara al mismo término que en los otros países europeos: la aparición de la propiedad privada de los campesinos. No hay que olvidar, sin embargo, la vieja tradición de colectivismo agrario ruso, que se convirtió en uno de los ideales de los eslavófilos. De hecho la desaparición del régimen señorial de la propiedad en Rusia supuso tan sólo su sustitución por la propiedad colectiva de la aldea* (mir). *Unicamente después de la revolución de 1905 se darían algunos pasos encaminados a asegurar la propiedad individual. El golpe de Estado comunista de 1917 impidió que esto se consumara. También bajo Alejandro II tuvo lugar la sublevación polaca de 1863, y la radicalización de algunos sectores de la oposición interior que derivaron hacia el terrorismo nihilista. El zar sufrió varios atentados hasta que en uno de ellos (1881) encontró la muerte.*



cuarto de la tierra que había cultivado y de este modo liberarse de toda obligación respecto de él, lo que constituía una solución muy desventajosa para el campesino.

Las diferencias sobre el precio de la tierra en función de su productividad y la incidencia de las zonas industrializadas sobre el precio a pagar para adquirir la libertad se pusieron de manifiesto en la ejecución de la reforma. El campesino pagaba su libertad muy cara. Además en algunos lugares debían cumplir con la *barshchina* (prestaciones personales) o pagar el *obrók* (renta en dinero).

*La decepción*

Los campesinos, por lo general, se sintieron decepcionados. Su suerte había sido mucho peor que la de los antiguos siervos del Estado; éstos, mediante el pago de un canon asequible, mantenían la totalidad de la tierra que cultivaban. Incluso los campesinos de Polonia y del oeste habían tenido mejor suerte. El gobierno les había favorecido para separarles de los nobles nacionalistas. A finales de 1864 sólo una cuarta parte de los antiguos siervos habían firmado los contratos que conducían a su libertad. En 1881 existía todavía un 15 % en las provincias europeas que no habían asegurado su libertad y que seguían sometidos a un régimen de sujeción temporal.

*El "mir"*

A esta situación de decepción se unió el que las tierras no fueran entregadas a los cabeza de familia, sino a la comuna, que era la que pagaba colectivamente las anualidades del rescate. Cada comuna agrícola (*mir*) se constituyó en comunidad administrativa autónoma con una asamblea y una administración y justicia propias. La comuna decidía la alternancia de los cultivos, hacía redistribuciones de la tierra según las necesidades de cada familia, etc. Todo esto llevó a que los campesinos perdieran el incentivo de mejorar su tierra. Si un campesino quería concentrar sus parcelas debía pagar a la comuna su precio; si se quería retirar de la comuna, y estaba todavía en régimen de sujeción temporal, debía abandonar la totalidad de su futura posesión. El campesino había sido liberado de su señor, pero había caído bajo el dominio de la pequeña comuna local.

*Las reservas ante la reforma*

Posiblemente las autoridades rusas, al optar por la liberación de los siervos en 1861, pensaron siempre en la necesidad de que subsistiera una autoridad directa sobre los campesinos. Les consideraban más como súbditos que como ciudadanos. No deben olvidarse las ideas eslavófilas a las que repugnaba el individualismo capitalista y que enlazaban con los proyectos utópicos de Chernichesky sobre la comuna como célula para el desarrollo de sus ideas socialistas; ni tampoco las ideas conservadoras que veían la autonomía individual como un mal.

Evidentemente los campesinos habían obtenido un mínimo de derechos civiles: libertad para hacer contratos, posibilidad de entablar pleitos, libertad para casarse, comerciar, fabricar, tener títulos de propiedad. Se mantenía, sin embargo, una insatisfacción, un latente descontento que produjo los graves disturbios agrarios de los años 1861 a 1863, y que mantuvo el ambiente conspiratorio hasta el fin del gobierno zarista. Es significativo recordar que en 1861 se produjeron manifestaciones estudiantiles contra la ley que abolió la servidumbre.

*Las oposiciones*

La oposición al zar tomó distintas formas. A partir de 1864 se publicó *Velikorus* ("La Gran Rusia") cuyo objetivo era el derrocamiento de la dinastía, la formación de un gobierno constitucional y un equitativo reajuste agrario. Herzen lanzó su manifiesto "A la joven generación" en el que declaraba necesaria una revolución para alcanzar una democracia representativa y no liberal, nacionalizar la tierra para uso de la comunidad rural y potenciar las instituciones cooperativas. El programa de la *Joven Rusia* apareció en 1862. Zaichnevsky trazó un plan para la consolidación de una economía basada en la comunidad rural y en la nacionalización de fábricas. Dividió al pueblo entre privilegiados y desposeídos y, siguiendo la orientación de un sector del pensamiento socialista ruso, propugnó una revolución sangrienta e implacable. También del comienzo de los años sesenta es la organización *Tierra y Libertad.*

*El nihilismo*

Un rasgo ideológico que marcó el pensamiento ruso del XIX fue el nihilismo, reflejado en Turguenev y en Pisarev (1840-1868) en su obra *Mundo ruso.* El nihilista fue un radical que extrapoló su racionalismo hasta negar todo valor religioso, político y humanista. Lo básico fue el deber social establecido *a priori.* La novela de Chernichesky, *¿Qué hacer?* (1863), puso de manifiesto hasta qué punto el socialismo estuvo íntimamente unido a la actitud nihilista rusa. Con Bakunin se potenció el elemento irracional en la propaganda revolucionaria. El nihilismo y el anarquismo se mezclaron con el terrorismo. Alejandro II sufrió numerosos atentados, hasta morir víctima de uno de ellos (1881).

*Los populistas*

Paralelamente a las ideas revolucionarias, se desarrolló en Rusia una doctrina política populista que tuvo su principal origen en el pensamiento eslavófilo y se consolidó como grupo político en la década de los setenta. Para los populistas las masas campesinas eran una fuente de Poder. La comuna permitiría una socialización desde abajo. Junto a revolucionarios y populistas, existieron liberales que trabajaron por la configuración de un gobierno constitucional y políticos de pensamiento más radicalmente democrático.

*Otras reformas*

La actitud de descontento ante la forma en que se realizó la liberación de los siervos y las consecuencias que tuvo no impidieron que se llevaran a cabo otros cambios que reflejaron de algún modo el espíritu del tiempo. Representaron una síntesis de la autocracia zarista con la mentalidad ilustrada. Trotsky llamó a los seis primeros años de los sesenta "nuestro breve siglo XVIII". El Consejo de ministros fue regulado en 1861; ese mismo año se creó el Banco de Rusia. La reforma del gobierno local se promulgó en 1864. Los gobiernos locales serían Asambleas representativas (*zemstvos*) formadas por delegados elegidos por sufragio entre todos los grupos sociales. Sus competencias eran de escaso alcance y de carácter administrativo, pero supusieron una gran escuela de vida política y un fermento de democracia. Las ciudades tuvieron también su autonomía municipal. Se constituyeron dumas municipales, elegidas por sufragio censitario. Un nuevo sistema judicial se implantó en 1864. Respondía a unos principios de publicidad e igualdad ante la ley que representaban una auténtica novedad en Rusia.

*Los cambios en la enseñanza*

Junto a estas reformas tuvo lugar también la de la enseñanza, como medio para dotar a los cuadros de la nueva Rusia de la visión del Estado y de la sociedad que correspondía a su momento histórico. Fue precisamente en la enseñanza donde se dieron las contradicciones más graves. La escuela secundaria rusa fue una escuela liberal e ilustrada. Esta escuela lanzaba a la sociedad a unos jóvenes que chocaban con la realidad de la vida rusa, plena de desigualdades. El ambiente de libertad, total en las Universidades a partir de 1863, contribuyó a crear en muchos universitarios unos ideales de revolución política. En lo que se refiere a la enseñanza primaria, la ley de 1864 permitió que fundaran escuelas tanto los particulares como los grupos sociales y las instituciones públicas. La enseñanza primaria dejó de depender del sínodo de la iglesia rusa. Pero no se optó por la solución más urgente: declarar la enseñanza primaria obligatoria. La comuna agrícola necesitaba para desarrollarse una educación básica en sus mismos miembros. Sin embargo para algunos gobernantes rusos la difusión de los conocimientos significaba la expansión de doctrinas peligrosas para la estabilidad del edificio político.

*El freno de las reformas*

El conjunto de reformas de los años sesenta no llegó a su término. Dos sucesos influyeron en el cambio de la orientación política del zar: la sublevación de Polonia de 1863 y el atentado de abril de 1866. Estos hechos llevaron a Alejandro II a apoyarse en políticos decididamente reaccionarios. El zar llamó al Poder a nobles autoritarios como Dimitri A. Tolstoi (1823-1889) y se emprendió una lucha activísima contra la juventud universitaria liberal, socialista o, sobre todo, nihilista.

*Polonia*

Al comienzo de los años cincuenta los territorios de Polonia sometidos a la dominación rusa, el llamado reino del Congreso, seguían padeciendo la rusificación impuesta desde San Petersburgo. Una de las cuestiones más importantes por resolver era la reforma de la propiedad agrícola. Las consecuencias de su resolución excedían a los factores económicos. Si la decisión final favorecía a los propietarios se presentaban como muy posibles convulsiones nacionalistas de origen campesino; si los favorecidos eran los campesinos, los impulsos nacionalistas tendrían su origen en los propietarios.

*Las inquietudes nacionalistas*

La crisis política que supuso en Rusia la guerra de Crimea caldeó los anhelos nacionalistas de los polacos: las potencias occidentales habían combatido a Rusia. Alejandro II, en su visita a Varsovia en 1856, habló claramente a los polacos, cuando les dijo: "Nada de sueños, señores". Pero el tono liberal-ilustrado de la política rusa subsiguiente y la aproximación temporal de Rusia y Francia conllevaron algunas medidas beneficiosas para los polacos. El gobierno decretó una amnistía y regresaron de Siberia deportados políticos. La censura se atenuó. Se pudieron crear en Varsovia una Sociedad agrícola y una Sociedad de medicina. La Sociedad agrícola, integrada por varios millares de terratenientes, perseguía dos fines: mejorar el rendimiento de la agricultura y encontrar el medio de suprimir las prestaciones personales de los campesinos a los propietarios. Más adelante podrían plantearse objetivos políticos.

*Las conspiraciones*

Polonia había experimentado a partir de 1851, al entrar en la órbita aduanera rusa, un notable desarrollo industrial. Los industriales y financieros polacos deseaban una

mayor autonomía política y económica, pero no estaban dispuestos a la acción revolucionaria. El ambiente de conspiración para la libertad de Polonia se fraguó en el mundo de las ideas, entre la juventud universitaria. Los universitarios polacos se formaban en las Universidades del Imperio ruso y allí habían entrado en contacto con políticos como Chernichesky y otros de orientación liberal. En esas Universidades habían constituido comités políticos más o menos secretos. La creación de la Academia de Medicina en Varsovia, en 1857, permitió a los estudiantes extender sus círculos conspiratorios a la capital de Polonia. Así maduró un ambiente propicio a la reclamación de libertad. Un general exilado en París, Mieroslawski (1814-1878), atrajo el entusiasmo de los jóvenes universitarios con sus encendidos discursos en defensa de la independencia de Polonia y porque afirmaba que contaba con el apoyo del Napoleón III para esta empresa. La inestabilidad de las relaciones internacionales al final de la década de los cincuenta y la debilidad del régimen zarista hacían pensar a algunos que la independencia estaba próxima.

*La ampliación de la protesta*

Un suceso circunstancial, el entierro de la viuda del general Sowiński, héroe de 1831, dio ocasión a una gran manifestación pública en junio de 1860. El aniversario de la noche heroica, el 29 de noviembre, se celebró con cantos religiosos y patrióticos y la policía quedó desbordada por la muchedumbre. Si la iniciativa venía, cuanto menos en apariencia, de los círculos estudiantiles; la pequeña burguesía, los artesanos, los obreros industriales, y algunos terratenientes unieron sus esfuerzos a la causa nacional.

*Las primeras manifestaciones*

Simultáneamente al decreto imperial sobre la abolición de la servidumbre en Rusia, la Sociedad agrícola se reunió en Varsovia para dedicar su sesión anual al estudio de la cuestión agraria. Algunos patriotas pidieron a los dirigentes de la Sociedad que presentasen al zar un *memorándum* de carácter político; ante su negativa, decidieron acudir a las manifestaciones masivas. Se produjeron estas manifestaciones en Varsovia y Cracovia, el 25 y 27 de marzo de 1861, y murieron dos manifestantes en esa última ciudad.

*La Delegación Cívica*

Un grupo de ciudadanos influyentes formaron en Varsovia una Delegación cívica, y entraron en contacto con la Sociedad agrícola. Dirigieron una petición al zar en la que se limitaron a recordarle los derechos históricos de la nación polaca. Los miembros de la Delegación cívica moderaron el ánimo de los jóvenes universitarios, de los artesanos y de los pequeños industriales: la mejor solución era el "argumento moral"; ésta era el arma para la victoria de la causa nacional. Toda Polonia se sintió sacudida por una gran ebullición: se produjeron manifestaciones, se crearon comités, etc.

*Las concesiones rusas*

San Petersburgo hizo algunas pequeñas concesiones. Se estableció por decreto imperial un órgano consultivo llamado Consejo de Estado. Las ciudades y los pueblos tendrían consejos electivos. Alejandro Wielopolski (1803-1877) fue llamado al Consejo. Representaba a un sector de la aristocracia proclive a Rusia. Y, a la vez, fueron suprimidas la Sociedad agrícola y la Delegación cívica. La manifestación de protesta se saldó con casi dos centenares de muertos. Toda la nación, sin distinción de condiciones sociales, se

unió en el afán de independencia. El pueblo se reunía en las iglesias para rezar y cantar sus himnos patrióticos. Las provincias polacas de Austria y Prusia vibraron por la independencia. Lo mismo sucedió en Lituania.

*Otra vez "rojos" y "blancos"*

Un escritor, Apolo Korzeniowski, organizó un Comité municipal que coordinó todo el trabajo de las sociedades secretas. Utilizando viejos nombres revolucionarios, se denominaron los "rojos". Frente a ellos, también como en 1830, el partido de los "blancos" estuvo integrado por terratenientes, industriales y profesionales liberales. Su jefe era Leopoldo Kronenberg, y preferían la opción del "trabajo orgánico" a la revolución.

*Nuevas concesiones*

El zar, que quería poner paz en Polonia, hizo nuevas concesiones. Se decretó el censo obligatorio de los campesinos esperando con esta medida atraerse la simpatía de los propietarios rurales. El censo de los campesinos llevaba consigo el pago de un impuesto a los propietarios. Se decretó también la igualdad de derechos civiles de los judíos, y el desarrollo y "polonización" del sistema escolar. La Universidad de Varsovia se abrió, con el nombre de Escuela central, a finales de 1862.

Los "rojos" continuaban la preparación de una sublevación armada. La acción estaba dirigida por Jaroslaw Dabroski, oficial destinado en el Estado Mayor ruso y en relación con los comités revolucionarios que existían en el ejército. En mayo y junio de 1862 se frenaron algunos intentos de sublevación. Pero fracasaron las negociaciones entabladas entre el gran duque Constantino, representante del zar, y Zamoski, antiguo presidente de la Sociedad agrícola. Los "blancos" exigían la extensión de las reformas a todas las provincias polacas. Zamoski fue desterrado.

*La sublevación (1863)*

El Comité municipal se transformó en Comité nacional central y en la clandestinidad anunció que tomaba la dirección de la nación. El movimiento estaba dirigido por Giller (1831-1887) y Padlewski. En contacto con grupos revolucionarios rusos, fijaron el comienzo de las operaciones para la primavera de 1863. Wielopolski decidió entonces llamar al ejército a los jóvenes revolucionarios, a fin de hacer abortar el complot. Los "rojos" dudaron, pero al fin se decidió la sublevación. El Comité central se constituyó en gobierno nacional provisional, llamó a Polonia a las armas y prometió a los campesinos la propiedad de la tierra. Era el 22 de febrero de 1863. El choque con los rusos comenzó en la noche de ese mismo día.

*La internalización del conflicto*

La lucha fue desigual: 20 mil hombres se enfrentaron con los 100 mil del ejército ruso. Los sublevados lograron éxitos iniciales. El problema se internacionalizó. Prusia ofreció ayuda militar a Rusia en virtud del tratado que se había firmado el 8 de febrero en San Petersburgo. Napoleón III presionó sobre Bismarck e intentó sin éxito apoyarse en Gran Bretaña y Austria para moderar a los rusos.

*La derrota polaca (1864)*

Los "blancos" se unieron a la sublevación. Y, como en 1830, las diferencias políticas entre "blancos" y "rojos" impidieron la unidad de acción. Los jefes militares del movimiento, Mieroslaski y Lamgiewicz (1827-1887), fueron derrotados. Faltaban dinero y

armas. El ejército ruso llegó a los 300 mil hombres. A partir de septiembre de 1863 la iniciativa pasó a los rusos. Las radicales medidas de Romualdo Traugutt que, al frente del gobierno provisional, entregó la tierra a los campesinos, no consiguieron la sublevación total del pueblo. En abril de 1864 la sublevación había terminado.

Terminada la lucha, cambió la orientación del gobierno ruso. Un decreto de 2 de marzo de 1864 otorgó a los campesinos la propiedad de las tierras que cultivaban. Los señores serían indemnizados por el Estado. Surgió así una nueva situación social en Polonia. A la vez, y como en otras ocasiones, numerosos polacos se exiliaron.

*La reacción zarista*

El bienio 1866-1868 se caracterizó en Rusia por un gobierno de rígido conservadurismo. Alejandro II rechazó los modestos programas constitucionales que se le presentaron. La política reaccionaria llegó a influir en la acción económica que, desde 1862, orientaba el ministro de Hacienda, Rejten. Este había impulsado la construcción de ferrocarriles, la mecanización de la industria textil, la fundación de Bancos privados y la racionalización de la agricultura. Aunque la emancipación de los siervos no supuso una mejora general de la producción agrícola —sólo se hizo patente en Ucrania y en las regiones de tierra negra— la notable alza del rendimiento industrial comenzó a situar a Rusia entre las potencias económicas del mundo. Pero el gran problema seguía sin resolver. La representación política en Rusia permanecía monopolizada por una nobleza autoritaria. Los deseos de libertad política eran ahogados apenas nacidos. No había camino para que otros grupos participasen en el gobierno de la sociedad.

## 3. Británicos y franceses en Oriente

*El gobierno de lord Dalhousie*

El nombramiento de lord Dalhousie como gobernador general en 1848 supuso un cambio en la orientación de la política británica en la India. La Compañía para las Indias Orientales había respetado las civilizaciones indígenas y en lo posible había evitado la ocupación de territorios. Lord Dalhousie estableció que la sucesión de los príncipes debía ser confirmada por el gobernador, reguló la diversa condición de los Estados y determinó los casos que justificaban la anexión. Ante unos problemas sucesorios se anexionó Nagpur en 1853; y a causa de su mala administración ocupó el Estado de Berar. El Estado de Oudh perdió su independencia en 1856. Suprimió igualmente algunos cargos de las autoridades indias, y se propuso eliminar el título imperial a la muerte del sultán reinante.

*Las nuevas pautas de actuación*

Hacia 1856 la Compañía poseía por conquista o anexión, los dos tercios del territorio de la India. Ejercía el derecho de aprobar los gobiernos de los Estados; tomaba medidas para asegurar la paz, y se había constituido en árbitro general de las relaciones entre los Estados. Pero las decisiones que tuvieron mayor repercusión fueron las derivadas de la nueva política cultural y de la actitud ante las distintas religiones. Las doctrinas liberales

de los *whigs* puritanos presentaron la India como un campo de acción para el celo de los misioneros. El gobierno de la Compañía suprimió las subvenciones a los cultos indígenas, inició una política escolar en la que impulsó la fundación de escuelas occidentalizantes y, ya en 1844, acordó dar preferencia para los puestos en la administración pública a los candidatos que dominasen el inglés. Lord Dalhousie promulgó también un plan de educación (19-VII-1859) que protegió abiertamente los establecimientos británicos.

*Los intentos de reformas sociales*

La mentalidad occidental llevó a intentar modificar algunas costumbres de la India. El sentido humanitario impulsó una serie de reformas que, aunque bien intencionadas, chocaron radicalmente con las costumbres tradicionales indias. Desde 1847 los tribunales dejaron de reconocer el estatuto de esclavo; en 1845 se había creado un servicio para impedir los sacrificios humanos; se prohibió quemar a las viudas y, en 1855, se les concedió el derecho de volver a casarse.

El acta de 1853, que renovó el privilegio de la Compañía de comerciar en la India, supuso también un nuevo paso en la unión de los territorios de la India a la corona inglesa y un intento de transformación de los pueblos. El gobernador general tuvo desde esa fecha los poderes legislativo y jurisdiccional. Por otra parte, se articuló un sistema de concurso para los funcionarios de la administración que de hecho otorgaba las mayores posibilidades a los británicos.

Un nuevo sistema de gobierno —inspirado en unas ideas religiosas, sociales, políticas y económicas, muy distintas de las vigentes hasta el momento en la India— debía producir una inevitable fricción. Comenzó a extenderse un estado de opinión que traducía el temor del próximo fin de la cultura tradicional de la India. Junto a esto, el desastre de la expedición británica a Afganistán llevó a pensar que los blancos dominadores no eran invencibles. Se generalizó una inquietud capaz de provocar conmociones populares. Los británicos, sin embargo, parecieron confiados en su superioridad militar y en la apatía y división de los indios.

*La revuelta de los cipayos (1857-1859)*

La revuelta estalló en los regimientos indígenas de cipayos. Había disminuido el número de oficiales británicos por la necesidad de cubrir con ellos cargos civiles; había decrecido también el número de soldados europeos en relación con los indígenas: la proporción había llegado a ser de uno a seis. Un relajamiento de la disciplina permitió la difusión de rumores que anunciaban el fin de la dominación extranjera. Durante el mes de enero de 1857 se comenzó a decir que los nuevos cartuchos para los rifles Enfield estaban impregnados de grasa de cerdo —lo que indignó a los musulmanes— o de vaca —y esto hirió profundamente a los hindúes. Aunque era un poco difícil que estuvieran impregnados a la vez de dos grasas distintas, el 10 de mayo, en Meerut, tres regimientos de soldados indios se sublevaron. Consiguieron liberar a sus compañeros, arrestados por negarse a usar cartuchos, y mataron a sus oficiales. Desde Meerut se dirigieron a Delhi, que estaba desguarnecida. Ocuparon la ciudad y su arsenal. Los sublevados proclamaron emperador a Bahadur II. La revuelta se extendió rápidamente por Rajasthan, India central, Ganges, Bihar, etc. La respuesta británica permitió la recuperación de Delhi el 27 de septiembre de 1857, y aseguró el dominio del centro de la India. Los refuerzos envia-

dos desde China llegaron en octubre; a partir de noviembre la iniciativa quedó en manos de los británicos. Algunos hechos habían sido decisivos: la sublevación no se extendió al sur y al oeste; y los británicos pudieron contar, en todo momento, con las tropas sijs y gurjas. El 9 de julio de 1859 la paz reinaba de nuevo en toda la India. La guerra había sido muy cruel y las represalias, en algún caso, feroces.

*El gobierno directo*

El gobierno británico reconsideró su política en la India y optó por una decisión radical: no habría más soberanía que la británica. La Compañía fue disuelta. Un secretario de Estado para la India, asesorado por un Consejo, fue creado en Londres. Este Consejo estaba formado por quince miembros, y la mayor parte de ellos tenían que haber residido en la India, al menos durante diez años. El Consejo mantenía informados a los Comunes por medio de una relación anual. Canning, que era el gobernador de la India, tomó el título de virrey y organizó un auténtico Consejo de ministros. Se establecieron Consejos legislativos en Calcuta, Madrás y Bombay, sometidos al veto del virrey, del gobernador local y del ministro competente en la materia. La corona nombraría un Tribunal Supremo, un tercio de cuyos miembros deberían ser indios. Se promulgaron tres Códigos: civil, penal y criminal. Sólo se mantuvieron las leyes familiares musulmanas o hindúes. La mejora de las comunicaciones ayudó a la acción unificadora del virrey. Los británicos dejaron de lado sus afanes de transformación moral de la sociedad y se volcaron en el desarrollo económico y social. A partir de ese momento convivieron dos civilizaciones: una dominó en el orden político, mientras la otra mantuvo su autonomía en el plano de las convicciones religiosas y hábitos sociales.

*La importancia de la India*

La India tenía gran importancia para la política exterior británica. Permitió la posibilidad de una expansión hacia Indochina y China, y por el noroeste ayudó a frenar el afán expansionista ruso. Desde el punto de vista del tráfico marítimo garantizó a Gran Bretaña unos puertos de segura soberanía.

*La rebelión de los taipings*

A partir de finales de los años cuarenta, China se vio turbada por la acción de una secta que se autodenominaba "Los adoradores de Dios". El iniciador de este movimiento fue Hong Sien-ts'iuan, que afirmaba haber sido elegido por Dios para salvar a China. El tratado de Nanking había supuesto un gran desprestigio para la dinastía Ch'ing. Hong se sirvió de escritos protestantes para fundamentar su doctrina. El movimiento, en un principio de carácter religioso, derivó hacia la política. Los miembros de la nueva religión rechazaron y atacaron las doctrinas budista y taoísta. La intolerante actitud de los seguidores de Hong, que destruían templos e imágenes, les llevó a enfrentarse con las tropas imperiales. En ese ambiente las sociedades secretas y, en especial, la denominada Tríada, encontraron un apoyo a sus deseos de librar a China del dominio manchú y restablecer una dinastía indígena que reparara la derrota de la guerra del opio. Los seguidores de Hong, por su parte, hallaron apoyo militar en algunas partidas de bandidos, formadas por los soldados licenciados de la guerra del opio.

El intento de detener a Hong llevó a una serie de choques armados con las tropas imperiales y determinó el comienzo de la guerra civil. Hong se denominó a sí mismo

"rey celestial" y fundó la dinastía T'ai P'ing (Gran Paz); por esto sus seguidores fueron denominados taipings. Las tropas imperiales fueron derrotadas en los primeros combates por el genio militar de uno de los conversos de Hong. Pronto los taipings pusieron en pie una fuerza bélica considerable. Tras sucesivas victorias conquistaron Nanking, el 19 de marzo de 1853, pero les faltó decisión y no avanzaron en masa hacia Pekín. El ejército que marchó hacia la capital del Imperio fue pequeño y, a pesar de la desmoralización de la Corte y del ejército imperial, los taipings fueron derrotados.

*Las luchas interiores*

A partir de ese momento el único ejército regular de los taipings fue el que operaba desde Nanking, donde tenían su capital. El resto se convirtió, poco a poco, en una guerrilla móvil. Hong no supo construir una administración civil, y resultó difícil distinguir del simple pillaje los impuestos para mantener el nuevo reino.

**Ataque de Nanking por las tropas imperiales contra los insurrectos T'ai-p'ing (1864).** *Este fragmento de un grabado chino de la época tiene para un occidental todo el encanto de lo exótico. Pero expresa una tragedia. Aunque la rebelión de los taipings se prolongó hasta 1868, el hecho decisivo fue precisamente la toma de Nanking por las tropas imperiales, en julio de 1864. Se calcula que esta guerra produjo en China, desde su inicio en 1851 hasta su fin, diecisiete años más tarde, 20 millones de víctimas. Fue Hong Sieu-ts'inam (1814-1864) el que puso en marcha la rebelión y la dirigió. Cantonés, fracasado en los exámenes para funcionario imperial, exaltado y visionario, a partir de su contacto con algunos misioneros protestantes elaboró una doctrina político-religiosa que comenzó a predicar. Hong se tituló Rey celestial y, a partir de 1851, anunció el advenimiento del Reino Celestial de la Gran Paz. El movimiento taiping guarda una curiosa semejanza con parecidas conmociones europeas de la baja Edad Media o de los comienzos de la Moderna. Hong admitió en su secta a hombres y mujeres, sin distinción de clases, y estableció la propiedad en común de todos los bienes. Su mensaje fue acogido por los niveles más bajos de la jerarquizada sociedad china: campesinos hambrientos y sin tierras, artesanos y mineros sin trabajo, bandidos y piratas, soldados fugitivos. El movimiento taiping se inició en la provincia de Kuangsi. Pronto se propagó a otras provincias limítrofes, Hunan y Hopei, hacia el norte. El 19 de marzo de 1853 los taipings tomaron Nanking y la convirtieron en su capital. Hong emancipó a las mujeres, abolió el poder de los mandarines y letrados, sustituyó a los clásicos chinos por la Biblia en los exámenes para funcionarios, organizó una especie de colectivismo agrario, etc. Los taipings encontraron el apoyo popular derivado de la animosidad contra la dinastía manchú, que era extranjera. Hong no logró mantener la disciplina entre sus seguidores. Y aunque llegó a las puertas de Pekín, no logró entrar en ella. Los desórdenes provocados por los taipings alarmaron finalmente a los occidentales que disponían de concesiones en China para el comercio y las vieron en peligro. Dirigido por dos militares americanos —Ward y Bougevine— y uno británico —Gordon—, se formó un ejército voluntario que, unido a las tropas imperiales, obligó a que Hong se refugiara en Nanking. Después de perder su capital, en 1864, Hong se suicidó.*



Las primeras disensiones internas se produjeron en 1856 y terminaron con la muerte de Tung Wanfi (El príncipe oriental), lo que quebró la unidad del movimiento. Además, su fanatismo religioso les llevó a crearse la enemistad de los confucionistas, lo que suscitó una oposición religiosa muy fuerte entre el pueblo chino hacia los taipings. El hecho de que los taipings se autodenominaran —bastante inexactamente— cristianos, generó una gran animadversión entre el pueblo chino hacia los misioneros católicos y protestantes.

*La intervención de los occidentales*

Durante el año 1860 los taipings quedaron encerrados en una estrecha zona de territorio junto al Yangtsé inferior, en Anhui y Kiangsu; pero consiguieron romper el cerco a que estaban sometidos en Nanking y se dirigieron hacia Shanghai, la zona más importante del comercio exterior chino. Su intento de aproximarse a esa ciudad provocó la intervención de las potencias extranjeras, que hasta el momento habían visto con simpatía la acción de los taipings.

Cuando los representantes de las potencias intentaron conferenciar con Hong volvieron a encontrar el afán chino de detentar la supremacía universal. Británicos y franceses se decidieron finalmente por una acción militar conjunta y ocuparon Cantón, Taku y Tientsin, lo que llevó a que el emperador capitulase. Los tratados de Tientsin otorgaron a franceses e ingleses la apertura de once nuevos puertos para el comercio; el derecho a viajar por el interior de China, a tener representaciones diplomáticas en Pekín y a profesar y propagar la religión cristiana.

*Nuevas imposiciones*

Rusia, en razón de una hábil política diplomática, recibió todo el territorio chino al norte del Amur; y los Estados Unidos consiguieron el trato de nación más favorecida. Pero el emperador no se manifestó dispuesto a cumplir los tratados y volvió la guerra. En el verano de 1860 los occidentales avanzaron sobre Pekín y ocuparon y saquearon el Palacio de Verano, el 6 de octubre de 1860. El emperador hubo de huir. La actuación del plenipotenciario ruso Ignatiev ante el príncipe Kong convenció a las autoridades chinas de que era necesario firmar la paz. El 24 y 25 de octubre, Kong firmó con lord Elgin y el barón Gros los tratados de Pekín que reproducían los de Tientsin, además de incluir las reparaciones necesarias y otorgar a Francia un protectorado sobre las misiones. Rusia conseguía por la acción de Ignatiev que la frontera del Imperio ruso avanzara hacia el sur, a lo largo de la costa del Pacífico hasta el límite con Corea. Los acuerdos de 1860 fueron un reflejo de las dificultades internas de China. El emperador Hsien Feng murió en agosto de 1861. Su heredero era un niño de cinco años, hijo de una de sus concubinas, Yehonala, mujer muy ambiciosa que había de dominar la política china durante 47 años con el nombre de emperatriz viuda Tzu Hsi.

*El fin de los taipings*

Concluida la paz con el Imperio, británicos, americanos y franceses consideraron que debían poner fin a la acción de los taipings que amenazaban Shanghai. Las tropas chinas, con la ayuda occidental y bajo el mando del general americano Ward y del mayor inglés C. Gordon, consiguieron derrotar a los taipings y ocupar Nanking en 1864. Durante los años de guerra contra los seguidores de Hong las tropas chinas habían reprimido también las sublevaciones de los musulmanes chinos (1855 y 1862).

*La difícil evolución de China*

Si en 1864 se podía afirmar que China estaba unida bajo un solo gobierno y toda sublevación había cesado, una crisis histórica se planteaba a los responsables políticos: ¿era preciso incorporar a la mentalidad china, a su cultura y formas de vida los rasgos de la civilización occidental de los hombres que les habían derrotado? Las relaciones con los occidentales impusieron la creación de un ministerio de Asuntos Exteriores y la constitución de una Escuela de Lenguas Extranjeras (1862). La renovación del ejército supuso que los nuevos oficiales entraran en contacto con los conocimientos occidentales. A partir de los años setenta se produjeron los primeros viajes de estudio al extranjero. El orgullo tradicional chino seguía vivo y produjo un fuerte sentimiento de odio al extranjero, pues los "bárbaros" habían cometido muchos errores, arrasando templos, quemando palacios, etc., y el celo de los misioneros hacía surgir burdas historias. Así pueden explicarse las revueltas de 1870 en Tientsin que produjeron la muerte del cónsul francés, doce misioneros, diez religiosas y otras ocho personas.

China no supo —o no quiso— intentar una modernización de su estructura social y económica a partir de la mitad de los años sesenta. La inmensa nación parecía atenazada por el complicado sistema político y social heredado de su ancestral civilización.

*Franceses y españoles en Indochina*

La razón que determinó, primero, la intervención de franceses y españoles en Indochina, y posteriormente, el asentamiento exclusivo de los franceses fue la actividad de los misioneros. Durante los veinticinco años que precedieron al año 1858 —fecha de las acciones militares de Rigault de Genouilly— habían sido asesinados en Indochina un obispo francés, seis españoles, y quince sacerdotes, de los cuales doce eran franceses. Otro de los factores determinantes lo constituyó el debilitamiento de la acción de China sobre Annam, lo que hizo pensar a Napoleón III en una política de asentamientos económicos en esa zona de Asia.

*El tratado de 1862*

Rigault de Genouilly después de ocupar Tourenne (1858) sometió a Saigón en 1859. Sus deseos eran llegar a un acuerdo que garantizara la libre acción de los misioneros de Indochina y el establecimiento de unos cauces que posibilitaran las relaciones comerciales con Europa. Después de más de un año de tediosas negociaciones se firmó el tratado de 5 de julio de 1862 por el que el emperador de Annam cedió a Francia las tres provincias meridionales —Saigon, My Tho y Bien Hoa—, aseguró la libertad de los misioneros católicos, abrió tres puertos al tráfico comercial y aceptó una situación de dependencia respecto a Francia: Annam se comprometió a no ceder territorio a una tercera potencia sin el consentimiento francés.

*La creciente presencia francesa*

Chasseloup-Laubat, ministro para las Colonias, intentó llevar al ánimo de Napoleón III la necesidad de un proyecto que condujera a la formación de un gran imperio francés en Oriente. La falta de información sobre Indochina hizo pensar en abandonar aquel lejano territorio y optar por la acción en México. Se llegó a firmar un tratado por el que Francia reducía a tres asentamientos su presencia en Indochina. Sin embargo el ataque de Siam a Camboya, que había pasado de algún modo por el tratado de 1862 a depender de la soberanía francesa, llevó a Napoleón III a intentar frenar los afanes de expan-

sión de los angloindios, que eran los que presionaban sobre Siam. Francia firmó un tratado de protectorado sobre Camboya. Napoleón III, después de muchas dudas, ratificó el tratado de 1862 y abrió Indochina a la expansión colonial francesa.

La acción de cuatro almirantes franceses que se sucedieron como gobernadores de 1863 a 1874 puso las bases de un vasto dominio colonial. Ellos establecieron una administración y potenciaron el desarrollo económico. Saigón fue gobernado por un consejo franco-annamita. Se impulsó la explotación de las minas y el cultivo de la caña, el añil, la mora y, sobre todo, el arroz. A partir de 1866 los Hermanos de las Escuelas Cristianas realizaron una importante labor docente con unos programas de enseñanza muy semejantes a los vigentes en Francia.

## 4. La presencia europea en Africa

*Los proyectos de Mehemet Alí*

En Egipto, a finales de la década de los cuarenta, el jedive Mehemet Alí ejercía con amplia autonomía su administración sobre ese territorio del Imperio otomano. Sus principales proyectos se orientaban hacia el sector de las obras públicas: construcción de una presa en el delta del Nilo, estudio del proyecto de ferrocarril Alejandría-Suez propuesto por los británicos, o bien de la apertura de un canal, tal como pretendían un grupo de hombres de empresa saint-simonianos. La vía marítima había sido estudiada por el ingeniero Linant de Bellefonds y por la Sociedad de Estudios, creada el 27 de noviembre de 1846 por Enfantin con hombres de negocios y técnicos franceses, austríacos y británicos.

*El jedive Abbas*

Mehemet Alí tuvo que dejar el gobierno a finales de 1847 por razones de salud y murió el 2 de agosto de 1849. Le sucedió su nieto Abbas, que rechazó toda influencia cultural europea e intentó borrar las reformas de carácter occidental. Su gobierno supuso una fractura en la política iniciada por Mehemet Alí. Abbas gobernó de un modo despótico: prescindió de los consejeros de su abuelo, despidió a los europeos que trabajaban en la administración, cerró las escuelas y el hospital de El Cairo, y frenó las inversiones extranjeras. Basó su actividad de gobernante en unas convicciones musulmanas fanáticas. Su política de distanciamiento de Francia fue aprovechada por Gran Bretaña a fin de tratar de incrementar su influencia en Egipto, y también por Constantinopla para intentar vincular más ese territorio a su soberanía. Abbas negoció hábilmente con los otomanos y logró mantener las atribuciones que le correspondían como jedive, aunque se vio obligado a establecer una alianza militar con el sultán que tuvo consecuencias prácticas durante la guerra de Crimea. La política de Abbas llevó a Egipto a la bancarrota y todos los estamentos sociales acabaron enfrentados con él. En la noche del 13 de julio de 1854 fue asesinado. Said, segundón de Mehemet Alí, pasó a ser el nuevo jedive. Poco tiempo después terminó la guerra de Crimea. Los defensores de la modernización del Imperio otomano encontraron un ambiente favorable, que repercutió lógicamente en Egipto que seguía siendo, al menos nominalmente, parte del Imperio.

*Said y las reformas*

Said había recibido una educación occidental; era de espíritu abierto y tolerante. Durante su gobierno se realizaron dos reformas decisivas: una de ellas afectó a la administración de la sociedad y la otra a la forma de la propiedad. Said delimitó las atribuciones de las autoridades locales y estableció un nuevo sistema de recaudación de impuestos basado en la tributación personal. Consiguió también que el sultán le facultara para nombrar los jueces. Hasta entonces la administración de la justicia había sido independiente del jedive. El gran caid, nombrado por Constantinopla, elegía a los jueces y recibía una renta de ellos. Igualmente la puesta en marcha de un Consejo de Estado (1857) —que se ocupaba de la elaboración de las leyes y que estaba compuesto por cuatro departamentos: Interior, Guerra, Hacienda y Asuntos Exteriores— transformó el gobierno egipcio.

*La implantación de la propiedad individual en Egipto*

La reforma más eficaz consistió en el cambio del régimen de la propiedad. El Estado venía siendo el propietario de todas las tierras; los agricultores que las trabajaban lo hacían en usufructo y sus herederos no tenían una seguridad absoluta de que el usufructo se les prorrogara. En 1854 cada parcela quedó inscrita bajo el nombre del que la trabajaba y se reconoció a los agricultores el derecho hereditario, tanto del usufructo como de la posesión. La facultad de arrendar, hipotecar y vender quedó regulada en 1858. La producción creció de modo notable y se pudo atender a las necesidades de una población creciente. La mejoría se hizo patente en la marcha económica general del país. Otras reformas significativas fueron la abolición de las aduanas internas, la garantía de la seguridad interior y la modernización del ejército mediante el establecimiento de un servicio militar. Los indígenas pudieron acceder a la oficialidad. La situación general del país fue de crecimiento y desarrollo, a lo que contribuyó la llegada de hombres de negocios europeos.

*Lesseps y el canal de Suez*

Pero, sin olvidar nada de esto, el hecho por el que Said pasó a la historia fue la construcción del canal de Suez. La Sociedad de Estudios deseaba presentar, en 1854, sus proyectos a Napoleón III para recibir su apoyo. Debía consultar previamente a las autoridades egipcias y para ello envió a El Cairo a Ferdinand de Lesseps, que había estado agregado al consulado francés y tenía amistad con Said. Lesseps estaba entusiasmado por los proyectos de los saint-simonianos. Sus gestiones resultaron fructíferas y el 30 de noviembre de 1854 obtuvo un acta de concesión del proyecto otorgada por Said. Lesseps consiguió también crear un ambiente favorable en Constantinopla, aunque para ello hubo de contrarrestar la presión del embajador británico. Enfantin presentó el proyecto a Napoleón III, en enero de 1855; en aquella audiencia el emperador le aconsejó que constituyera una compañía internacional para la realización del proyecto en la que intervinieran hombres de negocios de toda Europa. La Compañía universal para el canal de Suez quedó perfilada un mes más tarde; Said promulgó una orden (19-V-1855) por la que Ferdinand de Lesseps pudo constituir la Compañía para la construcción del canal. La Compañía correría con los gastos de los trabajos; el jedive concedió gratuitamente los terrenos y se estipuló que la concesión del canal duraría noventa y nueve años, a partir de la fecha de apertura. Los beneficios se repartirían del siguiente modo: los accionistas, el 75 %; los fundadores de la sociedad, el 10 %; y Egipto, el 15 %. Para

poner en marcha la sociedad sería necesaria la autorización del sultán. Said aprobó los estatutos de la Compañía el 2 de enero de 1856. Se adoptó como proyecto definitivo el presentado por el ingeniero austriaco Negrelli, que había optado por un trazado directo.

**Ferdinand de Lesseps (1805-1894).** *Para* La Ilustración Española y Americana *(25-XII-1869) ésta era la efigie de "el profeta del progreso, el rey de la ciencia, el soberano de la naturaleza, Fernando de Lesseps". Al final del artículo que la revista dedicó al gran acontecimiento –la apertura del canal de Suez había tenido lugar poco más de un mes antes, el 17 de noviembre– se escribía: "Colón dio nombre al siglo XV; Lesseps al siglo XIX". Si se deja a un lado la retórica decimonónica, es comprensible el entusiasmo ante la gran obra de ingeniería que se había llevado a cabo en diez años de trabajo y que iba a revolucionar las comunicaciones entre Europa y Asia. Su impulsor y verdadera alma del proyecto fue Ferdinand de Lesseps. Su padre había sido militar, procedente del norte de Francia, casi en las orillas del Rin. Su madre era una española. Lesseps había nacido en Versalles, el 19 de noviembre de 1805. Ingresó en la carrera consular y su primer destino fue Lisboa (1825). Pasó luego al consulado de Túnez (1828) y de éste al de El Cairo (1833). En el viaje por mar hacia Egipto, su barco fue puesto en cuarentena y Lesseps se dedicó durante la espera inevitable a leer la memoria pedida por el general Bonaparte, en 1798, al ingeniero francés Lepère sobre la posibilidad de abrir un canal en Suez, similar al que dos mil quinientos años antes había intentado el faraón Necao II (617-601 a.C.). Ya en El Cairo, Lesseps recibió de Mehemet Alí el encargo de educar a su hijo Said. Al destino en Egipto se sucedieron otras misiones en España: Málaga (1839), Barcelona (1842) y la embajada de Madrid (1848). Trasladado a Berna y luego a Roma, Lesseps no se avino con las tácticas sinuosas del príncipe-presidente y abandonó la carrera diplomática. En su retiro volvió a leer a Lepère y también la memoria redactada por Enfantin –el sucesor de Saint-Simon al frente de su iglesia–, en 1847, a petición de Luis Felipe, con el mismo objeto de abrir un canal. Lesseps redactó un estudio y lo envió a Abbas, que había sucedido en Egipto a su padre Mehemet Alí. Abbas rechazó el proyecto. Pero, muerto en 1854, el nuevo jedive fue Said, el alumno de Lesseps. Y Said firmó (30-XI-1854) la primera acta de concesión del canal a Ferdinand de Lesseps. Empezó entonces la doble batalla de conseguir el dinero necesario para la gran obra y superar los obstáculos que los políticos británicos –Palmerston, especialmente– se dedicaron a levantar para impedirla: no querían el canal. La Sociedad del istmo de Suez quedó constituida en 1858 con un capital de 200 millones de francos. La mitad se cubrió en Francia. El jedive se quedó con 60 millones en acciones. El resto llegó de diversos países europeos. En Gran Bretaña no se invirtió nada. El primer golpe de azada lo dio Lesseps el 29 de abril de 1859. Y después de remover 74 millones de m*$^3$ *de arena y de tener que ampliar el capital de la Sociedad en otros 200 millones, en 1869 el canal de Suez fue una realidad. La gloria de Lesseps no queda empañada por el desafortunado* affaire *del otro canal interoceánico, el de Panamá, que amargó los últimos años de su vida. Lesseps murió en La Chênaie, Indre, el 7 de diciembre de 1894.*



*El inicio de los trabajos*

La intensa actividad de Lesseps consiguió que se suscribieran una gran parte de las acciones en Francia, Piamonte, Véneto, Países Bajos y España; los capitalistas británicos apenas lo hicieron. La Compañía quedó constituida el 15 de diciembre de 1858; su capital fue de 200 millones de francos repartidos en 400 mil acciones de 500 francos. El jedive tuvo que suscribir 117.642 acciones para que todo el capital quedara cubierto. Lesseps había dado la orden de iniciar los trabajos el 25 de abril de 1859, lo que provocó una cierta tensión con las autoridades egipcias, que no otorgaron definitivamente la autorización hasta el mes de octubre.

*Los recelos y las intrigas de Palmerston*

Una vez en marcha, los trabajos siguieron su ritmo, aunque un imprevisto, la muerte de Said, (18-I-1863), tuvo una gran incidencia en el desarrollo de las obras. El sultán no había sancionado los acuerdos para evitar que la buena marcha del canal supusiera en Egipto un florecer de ideas independentistas. La muerte de Said permitió a la diplomacia británica presionar sobre el sultán. Se tomó como excusa las condiciones en que los obreros —unos 20 mil— realizaban su trabajo. La razón de fondo era la radical oposición de Palmerston al canal: a través de él, la escuadra francesa podría situarse en los mares de la India en la mitad de tiempo que la *Royal Navy*. Además era patente el incremento de la influencia francesa en Egipto.

*La apertura del canal*

El embajador británico, sir Henry Bulwer, consiguió que el sultán obligara a que el número de trabajadores del canal se redujera a seis mil. De nuevo Lesseps desplegó una actividad incesante para conseguir la mediación de Napoleón III, que obtuvo al fin de la Sublime Puerta la autorización definitiva para las obras del canal. Los trabajadores egipcios habían sido sustituidos, en buena parte, por franceses, árabes, griegos e italianos, y contaron con la ayuda de una poderosa maquinaria. La muerte de Palmerston en 1865 permitió a sus sucesores adoptar una postura más realista y pragmática: pues era inevitable la apertura del canal, y lo que había que conseguir es que fuera en provecho del Reino Unido. El 14 de marzo de 1869, el canal de Suez, que unía el Mediterráneo y el mar Rojo, fue una realidad.

*La buena coyuntura de Egipto*

Egipto entró en la década de los años setenta con una economía en crecimiento, favorecida por el alza del precio del algodón a consecuencia de la guerra civil norteamericana y de la mejora del cultivo de la caña de azúcar, junto con las grandes inversiones realizadas en obras públicas. Frente a esto, tenía una elevada deuda exterior.

*El conflicto hispano-marroquí*

En el extremo opuesto del norte africano, España había firmado con el sultán de Fez el convenio de Tetuán (25-VIII-1859), que garantizó que las ya antiguas posesiones españolas en esta zona no fueran atacadas, a la vez que se aseguró la navegación de los barcos españoles por el estrecho de Gibraltar. Pocos días más tarde una banda de moros de la cábila de Anghera atacó Ceuta, destrozó las obras de fortificación que habían comenzado a realizarse y arrancó las armas de España que estaban en el mojón que marcaba la frontera hispano-marroquí.

El gobierno de O'Donnell reaccionó con firmeza y exigió la reparación de la ofensa. El cónsul en Tanger envió un auténtico *ultimátum* al sultán en el que se pedía que los culpables fueran castigados; de lo contrario las tropas españolas se encargarían de hacerlo. El ministro de Estado, Calderón Collantes, requirió de los embajadores españoles en las capitales europeas la opinión de las distintas potencias sobre una posible acción militar en Marruecos. Rusia lo veía con agrado; Napoleón garantizó su apoyo diplomático; Austria, a la vez que mostraba su aquiescencia a la acción militar española, sugería la oportunidad de contar con el apoyo británico. Por su parte Gran Bretaña exigió del gobierno español que si se recurría a la vía de las armas no se ocupase la ciudad de Tánger, pues la seguridad de Gibraltar podría verse afectada. Los marroquíes se creyeron respaldados por Gran Bretaña y el nuevo sultán rechazó la reclamación española. La opinión pública de España vibró con una oleada de ferviente nacionalismo.

*El desarrollo de la guerra y el tratado de paz*

Las Cortes declararon la guerra a Marruecos en una apasionada sesión celebrada el 22 de octubre de 1859. La contienda fue dirigida por el general O'Donnell, presidente del gobierno y ministro de la Guerra. Después de una acción defensiva inicial en Ceuta, se avanzó hasta Río Martín. Durante esta penetración tuvo lugar la batalla de Castillejos (I-1860). A comienzos de febrero se ocupó Tetuán, lo que forzó a los marroquíes a negociar. Al no aceptar los marroquíes la ampliación de la zona de protección de Ceuta ni la cesión de un territorio en la costa occidental de Marruecos, se hizo necesario proseguir la guerra. La batalla de Wad-Ras (III-60) fue el punto final de las hostilidades. El 25 de marzo de ese mismo año se convinieron los preliminares de paz, y el 26 de abril de 1860 se firmó el tratado de Paz y Amistad de Tetuán. España recibió un amplio *hinterland* para Ceuta y Melilla; el establecimiento de una zona neutral; la ratificación del acuerdo de agosto de 1859; y la organización de unidades marroquíes encargadas de rechazar los posibles ataques a las posesiones españolas. Se acordó también la localización en Agadir de un establecimiento pesquero, el pago como indemnización de 400 millones de reales, la ocupación de Tetuán como garantía y la firma de un tratado de comercio que otorgó a España la condición de nación más favorecida. Este último tratado entró en vigor el 20 de noviembre de 1861.

*Los británicos en El Cabo*

En el extremo opuesto del continente africano, los británicos habían desembarcado por primera vez en El Cabo en 1795, durante las guerras de la Revolución. Volvieron a desembarcar, ya para quedarse, en 1806. La zona estaba habitada por tres pueblos indígenas —bosquimanos, hotentotes y tribus de lengua bantú— y por colonos blancos, en su gran mayoría de origen neerlandés, que se habían identificado con las características de la zona y se hacían llamar *afrikanders*. La acción colonizadora británica chocó con las costumbres de los *afrikanders,* que admitían la esclavitud. La promulgación de leyes sobre el trabajo y la abolición de la esclavitud (1833) impulsó a los *afrikanders* a emigrar en dos direcciones distintas: o hacia la zona situada en la confluencia de los ríos Orange y Vaal, o hacia la región costera de Natal. A consecuencia de estos desplazamientos recibieron el nombre de *trekboers* (campesinos emigrantes). Los *boers* fundaron en 1840 la república de Natal. Cuatro años más tarde los británicos, temerosos de que pudieran abrirse puertos que perjudicaran al de El Cabo, se anexionaron la república

(1844). También la república que los boers habían constituido en Orange hubo de aceptar la soberanía del Reino Unido.

*Los Estados libres boers*

A mediados del XIX, la acción colonizadora del gobernador inglés, sir G. Grey, tendió a occidentalizar a todos los habitantes de la colonia de El Cabo mediante maestros y clérigos, la formación de artesanos, etc. En 1854 se estableció un gobierno representativo en esta colonia sin discriminaciones raciales en el derecho al voto. Esta actitud chocó con la mentalidad de los *boers* que no estaban dispuestos a aceptar una legislación de igualdad racial. En 1854 Gran Bretaña reconoció el Estado libre de Orange; en 1858 se constituyó otro Estado Libre: el de Transvaal.

*Los diamantes*

En 1869 tuvo lugar, en Griqualandia occidental, el descubrimiento de yacimientos diamantíferos. Atraídos por los salarios elevados, se produjo una gran afluencia de negros, que quedaron sometidos a un duro sistema laboral que apenas reconocía estabilidad al trabajador. Por estas mismas fechas comenzó a surgir un cierto nacionalismo *afrikander* motivado por la oposición a los criterios colonizadores británicos y las notables posibilidades económicas del territorio.

## 5. Benito Juárez y Maximiliano

*La vida mexicana*

Las décadas primeras de la segunda mitad del siglo XIX están ocupadas en México por un conjunto de luchas violentas: revoluciones, pronunciamientos, guerras civiles, intervenciones extranjeras, hechos heroicos, gestos románticos, intereses sórdidos, asesinatos, miseria, muerte. La intensidad con que, en relativamente pocos años, se abaten sobre México estos trágicos acontecimientos ha convertido al gran país centroamericano en una síntesis acabada de todos los problemas y dificultades que, más serenamente, por esos mismos años se viven en Europa. El estudio de la historia mexicana entre 1850 y 1870 no es por tanto algo añadido de manera gratuita, sino casi una necesidad, pues su mismo radicalismo ayuda a captar los contornos precisos del profundo conflicto de intereses intelectuales que vertebra y agita el siglo XIX.

*Una revolución fallida*

El punto de partida, quizá lejano pero obligado, para adentrarse en el conocimiento de estos hechos es el recuerdo de la revolución fallida que fue su independencia de España. Frente a la visión relativamente habitual que hace coincidir con la separación de España una revolución liberal similar a las que por esos años agitaron el viejo continente europeo, hay que tener presente que en la mayor parte de los países iberoamericanos —y en México, por supuesto— la independencia supuso el mantenimiento de lo peor del Antiguo Régimen. El cambio fue superficial, externo; no representó más que la sustitución de una aristocracia —la del funcionario español— por otra: la aristocracia criolla. Con la particularidad de que la ruptura de los lazos que hasta el momento —mal que bien—

habían vinculado a los países americanos con Europa, trajo consigo un retroceso considerable no sobre su pasado indígena, sino simplemente sobre el egoísmo de su débil clase dirigente. Si se añade a esto la expulsión de las órdenes religiosas —anterior en casi todos los lugares a las independencias— que eran las que mantenían un cierto nivel cultural, y la crónica escasez de un clero de no muy alta formación doctrinal, se comprende un poco más el derrumbe generalizado en el que sólo quedó en pie la honda fe religiosa de la inmensa mayoría de la población. Una fe, en ocasiones, quizá no muy ilustrada pero evidente y sobrecogedora por su intensidad.

*Conservadores y liberales*

La ceguera y el egoísmo de la mayor parte de los conservadores mexicanos sólo fue superada por el egoísmo y la ignorancia de la mayor parte de los liberales que fueron sus contemporáneos. Unos y otros se enfrentaron frenéticamente en casi todo, salvo en un punto: en el olvido casi absoluto de los derechos y de las necesidades de la sufrida población indígena que los soportó con una paciencia que causa asombro. En la defensa abstracta de los derechos de la Iglesia que realizaron los conservadores —una defensa que no se puede negar, aunque habitualmente se presentara estrechamente mezclada con la de sus intereses de poder y riqueza— encontraron los liberales —moderados o radicales— la excusa soberana para atacar a esa misma Iglesia. El anticlericalismo, que muchas veces bordeó y cayó en el anticristianismo, fue casi la única política que los liberales lograron llevar adelante. Los errores, torpezas e injusticias de las desamortizaciones europeas se reprodujeron multiplicadas en los países iberoamericanos, y en concreto en México. Los latifundios enormes no fueron herencia de la época colonial sino de una desamortización que despojó no sólo a la Iglesia —diócesis y órdenes religiosas— sino fundamentalmente a los indígenas al privarles de los terrenos comunales, o ejidos. México sigue aún recuperándose de los destrozos causados por el liberalismo en sus hombres y en sus tierras.

*Los Estados Unidos y Napoleón III*

Si a esto se añade la presión constante —y, en ocasiones, excesivamente tangible— de los poderosos vecinos del norte, los Estados Unidos, y que México fue por estos mismos años el terreno elegido para una de las funestas megalomanías imperiales de Napoleón III —un emperador de 35 años fusilado en Querétaro, una emperatriz que se volvió loca— se comprende que el simple hecho de que México, tras este turbión, continuara existiendo es prueba irrecusable de la solidez del pueblo mexicano —una solidez y capacidad de resistencia que posiblemente tiene mucho que ver con la profunda vivencia consciente de la fe católica.

*Las consecuencias de una guerra*

México se adentró en la segunda mitad del XIX afectado hondamente por la guerra que había sostenido con los Estados Unidos y que había terminado con el tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848). Por este tratado México perdió 1.350.000 km$^2$ (los actuales Estados norteamericanos de Texas, California, Nevada, Utah, Arizona y parte de Nuevo México). La República quedó reducida, más o menos, a su extensión actual: 1.963.000 km$^2$. En 1851 fue elegido presidente de México, de manera constitucional, Mariano Arista. Intentó las habituales reformas del ejército y mejora de la Hacienda.

Combatido por los conservadores, en julio del 52 el mismo presidente fomentó una revolución en Guadalajara —el llamado Plan del Hospicio— que fracasó. Arista, descorazonado, se fue de México. En su lugar ocupó el Poder el general Santa Anna. Reelegido el 15 de abril de 1853, inició su undécimo mandato. En mayo del mismo año restableció a los jesuitas; y en octubre, por un decreto, se nombró dictador perpetuo y se concedió el título de Alteza Serenísima. En su gobierno —breve y conservador— reorganizó una vez más el ejército, fomentó la minería y la agricultura, garantizó los derechos de la Iglesia y procuró llegar a un acuerdo en los problemas de fronteras.

*El Plan de Ayutla (1854)*

Durante el gobierno de Santa Anna se produjo (1854) la revolución de Ayutla (Estado de Guerrero), seguida del obligado Plan de Ayutla. Este plan comprendía un amplio conjunto de reformas. Sus cabezas dirigentes —Juárez, Prieto, Ocampo, Lerdo de Tejada...— al impulso del final catastrófico de la guerra con los Estados Unidos, querían realizar una reforma profunda en México que, a su entender, consistía en el restablecimiento del puro régimen republicano federal, la concesión a todos los mexicanos de la igualdad legal, la supresión de los privilegios del ejército y del clero y una amplia desamortización que eliminara el poder de la Iglesia. Para ello el Plan de Ayutla estimaba obligada la redacción de una nueva Constitución, que sustituyera a la de 1824. No parece inexacto ver en este Plan —y en el hombre que a la larga acabó por encarnarlo y llevarlo a la práctica, el indio zapoteca Benito Juárez— el intento de realizar la revolución no hecha con ocasión de la independencia. Sin olvidar el riesgo que siempre implican las comparaciones históricas, el Plan de Ayutla fue el equivalente a las revoluciones europeas contemporáneas. Se intentaba desbancar a la aristocracia —los conservadores terratenientes— y para ello se veía como obligado la eliminación de la Iglesia. Si en Europa, y en estas revoluciones, no se tuvieron en cuenta ni a los campesinos ni a los aún débiles núcleos de obreros industriales, en México ni se reparó —salvo en las declaraciones floridas— en la existencia de un denso y amplio mundo indígena.

*Ignacio Comonfort*

Ante los revolucionarios, Santa Anna abandonó México el 9 de agosto de 1855. El Poder, en nombre del Plan de Ayutla, lo recogió el general Juan Alvarez. Duró poco. Le sustituyó Prieto. Y éste fue a su vez reemplazado en la presidencia, el 12 de diciembre, por Ignacio Comonfort. Pero quizá lo más destacado de estos meses primeros del triunfo revolucionario fue la entrada en la escena nacional de Benito Juárez, que ocupó el ministerio de Instrucción pública, Justicia y Negocios eclesiáticos del 6 de octubre al 9 de diciembre de ese mismo año 55.

*Benito Juárez*

Juárez habia nacido el 31 de marzo de 1806 en San Pablo de Guelatao (Oaxaca). De raza india, aprendió el castellano a los doce años. A los 15 ingresó en el Seminario Conciliar de Oaxaca, donde permaneció de 1821 a 1828. Antes de iniciar los estudios teológicos abandonó el Seminario y estudió jurisprudencia en el Instituto de Ciencias y Artes de la misma ciudad. En 1831 luchó contra la expedición española de Barradas. Y en la misma fecha comenzó su carrera política: regidor, juez (1841), diputado del Congreso local de Oaxaca (1845). En 1847 propuso al Congreso la hipoteca o venta en subasta de

los llamados bienes de "manos muertas". Ese mismo año se hizo cargo interinamente del gobierno de su Estado de Oaxaca. Enfrentado con Santa Anna, cuando el dictador volvió a México (1853) fue detenido y desterrado a Europa. Logró quedarse en La Habana, desde donde pasó a Nueva Orleans y allí tomó contacto con otros exiliados mexicanos con los que comenzó a preparar lo que en su momento sería el Plan de Ayutla.

*Nuevas leyes*

Desde su nuevo cargo de ministro, Juárez hizo promulgar (23-IX-1855) una ley sobre la administración de la Justicia que ponía fin a los tribunales especiales, o fueros, que hasta el momento acogían las causas eclesiásticas y militares. Ante la reacción conservadora que produjo esta ley, Juárez dimitió y volvió a su puesto de gobernador de Oaxaca (10-I-1856). En la Ciudad de México continuó la revolución, mediante la expedición de nuevas leyes. Quizá la más importante fue la denominada ley Lerdo de Tejada —del nombre del ministro de Hacienda que la propuso. Esta ley (25-VI-1856) de Desamortización de Fincas Rústicas y Urbanas Propiedad de las Corporaciones Civiles y Religiosas, prohibió a todas las corporaciones conservar sus propiedades. Ley profundamente liberal, sólo contemplaba con existencia real en el Estado a los individuos. Las corporaciones fueron obligadas a la venta (no confiscación), en condiciones muy liberales, de sus propiedades. Por la misma dinámica de la ley —y es éste un punto más de semejanza con los procesos similares que por entonces se estaban viviendo en Europa— no ayudó nada a los campesinos; lo que produjo fue la nueva aristocracia de los que lograron hacerse con las enormes cantidades de tierras que la ley obligó a malvender.

*La reacción conservadora*

Prácticamente al mismo tiempo en que Comonfort había tomado posesión de la presidencia de la República (XII-1855), comenzaron las nuevas revoluciones contra los revolucionarios. El centro de estos movimientos de protesta airada y, en ocasiones, armada, fue la ciudad de Puebla. El obispo don Pelagio Antonio de Labastida recriminó al gobierno por los procedimientos empleados en el control de la situación. El obispo fue obligado a salir del país. Cuando en junio fue promulgada la ley Lerdo —acompañada además por la anulación del decreto de Santa Anna que había permitido la vuelta a México de los jesuitas— se reprodujeron las asonadas, motines y conspiraciones de los conservadores al grito de "Religión y Fueros".

*La Constitución de 1857*

El tercer acontecimiento importante de este año 56 —junto a la legislación revolucionaria y la reacción conservadora— fue la redacción de la nueva Constitución. Correspondió al presidente Juan Alvarez (X-1855) la convocatoria de los 155 diputados que integrarían el Congreso extraordinario encargado de estudiar el nuevo texto fundamental. El Congreso lo abrió el presidente Comonfort el 18 de febrero de 1856: en esa fecha se iniciaron los debates y las luchas internas entre las tres corrientes predominantes: algunos conservadores y algunos liberales radicales, junto a una mayoría de liberales moderados. La Constitución, una muestra del liberalismo quintaesenciado que dominaba la política mexicana consecuencia de las influencias que llegaban de una lejana Europa, recogió las leyes Juárez y Lerdo y estableció, como base, el sistema individual de propiedad.

*Las protestas de Pío IX*

Tras largos debates, la Constitución fue proclamada por el Congreso el 5 de febrero de 1857 y promulgada el 11 de marzo. Juárez, en Oaxaca, promulgó y mandó jurar esta Constitución de 1857. Era un texto muy radical. Frente al sentir y vivir de la inmensa mayoría de los mexicanos había eliminado el reconocimiento de la Iglesia, sustituido por un vago y declamatorio manifiesto inicial en el que se reconocía que "La igualdad será de hoy en adelante la gran ley de la república; no habrá más mérito que el de las virtudes, etc.". Los católicos se sintieron indignados; todos los prelados la denunciaron; y algunos altos cargos de la República fueron excomulgados. También Pío IX protestó, iniciándose así la progresiva actitud de distanciamiento entre la Iglesia y el liberalismo mexicano que acabaría por convertirse en el elemento determinante de la condena del liberalismo realizada por el Papa (1864) mediante la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* de errores.

*El vicepresidente Juárez*

Desde el 3 de noviembre de ese año 57 Juárez había vuelto al mundo de la política capitalina, llamado por Comonfort que le confió el ministerio de Gobernación. En este puesto asistió (1-XII-1857) a la toma de posesión de Ignacio Comonfort, como primer presidente constitucional. Esa misma fecha fue la de la elección de Benito Juárez como presidente de la Suprema Corte de Justicia, un nombramiento que llevaba aparejado el cargo de vicepresidente –sucesor del presidente en caso de renuncia de éste, etc. La respuesta a la entrada en vigor de la Constitución de 1857 fue una nueva revolución que estalló el mismo 17 de diciembre: el Plan de Tacubaya, dirigido por el general Félix Zuloaga, sostenido por los conservadores y cuyo objetivo era la abolición de la Constitución recién aprobada y la vuelta a la de 1824.

*El Plan de Tacubaya (1857)*

El Plan, originado en la capital, consiguió de inmediato la adhesión de los Estados de México, Puebla, Tlaxcala, San Luis Potosí y Veracruz, una parte importante de la República. El 19 de diciembre Comonfort se adhirió al Plan de Tacubaya. No así Juárez que, con el presidente de la Cámara de los diputados y dos diputados más, se manifestó fiel a la Constitución nueva. Todos fueron detenidos. Pero pocos días más tarde Comonfort volvió a dudar: abandonó a los conservadores y se volvió hacia los liberales que había encarcelado. Los conservadores respondieron con el pronunciamiento del 11 de enero de 1858, dirigido por Zuloaga. El mismo día Comonfort liberó a Juárez. Durante diez días se enfrentaron en la Ciudad de México ambos bandos. Comonfort, convencido de la inutilidad de la resistencia, entregó el mando y se dirigió a Veracruz, donde el 7 de febrero embarcó en dirección a los Estados Unidos. La contrarrevolución parecía haber vencido. En la capital, una junta de representantes eligió el 22 de enero como presidente al general Félix Zuloaga. En realidad todo estaba aún pendiente. Pues Juárez, al día siguiente de su liberación, había salido de México. Y el 19 de enero, conocedor ya de la decisión de Comonfort de abandonar el Poder, constituyó en Guanajuato su gobierno. Era el presidente legítimo. Así comenzó la guerra civil.

*El presidente Juárez y las Leyes de Reforma (1859)*

Dispuestos a defender la Constitución de 1857, y con ella al presidente Juárez, se hallaban los Estados de Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Michoacán, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Colima y Veracruz –que había renunciado a su primitiva rebeldía. Por el Plan de Tacubaya se pronunciaron México, Puebla, San Luis Potosí, Chihuahua,

Durango, Tabasco, Tlaxcala, Chiapas, Sonora, Sinaloa, Oaxaca y Yucatán. A mediados de febrero Juárez estableció su gobierno en Guadalajara (Jalisco). Pero, derrotadas sus tropas, parte de la guarnición de la ciudad se pasó a Zuloaga y Juárez estuvo a punto de ser fusilado. Mientras los conservadores parecían imponerse, Juárez emprendió una larga peregrinación que le llevó, junto con su gobierno, a Colima, Manzanillo y Acapulco. En este puerto del Pacífico embarcó hacia Panamá y, cruzado el istmo, navegó de nuevo hacia Veracruz donde encontró, al amparo del gobernador de este Estado, Gutiérrez Zamora, un lugar seguro. Fue en Veracruz donde el 12 de julio de 1859 Juárez promulgó sus famosas Leyes de Reforma: separación de la Iglesia y el Estado; incautación de todas las propiedades de la Iglesia por parte del Estado; supresión de todos los monasterios; secularización de los cementerios; e implantación del matrimonio civil. Por el momento quedaron como simples proyectos la división de las grandes propiedades; la reforma del sistema de tasación; el fomento de la educación; y el aliento a la inmigración. Fueron estas Leyes de Reforma las que determinaron la toma de postura firme de Pío IX ante la ideología liberal.

*El decisivo apoyo norteamericano*

En diciembre del año anterior (1858) el general Félix Zuloaga había sido sustituido por el también general Miguel Miramón, que intentó reducir la resistencia de Juárez en Veracruz. No lo consiguió porque Juárez contaba con el reconocimiento de los Estados Unidos. Y fue una corbeta norteamericana —la *Saratoga*— la que impidió que Miramón lograra vencer a Juárez. Este hecho vino a marcar el cambio de signo de la guerra. A partir de 1860 la suerte se inclinó de parte de los defensores de la Constitución de 1857. A finales de año, un civil —improvisado militar— González Ortega, tomó México capital para los liberales. Juárez se instaló allí el 11 de enero de 1861. Expulsó de México al nuncio y a los ministros de España, Ecuador y Guatemala que habían apoyado a sus adversarios. Restauró el gobierno y el Congreso, y comenzó a aplicar las Leyes de Reforma en toda la nación. Juárez, en Veracruz, habría prorrogado su mandato presidencial. Ya en México celebró elecciones y resultó reelegido (VII-1861). Una de las primeras decisiones que tomó en su nueva etapa de gobierno fue la suspensión del pago de la deuda exterior por un plazo de dos años. México debía unos 80 millones de dólares en concepto de empréstitos recibidos de banqueros españoles, franceses y británicos. A este dinero se añadían los préstamos forzosos y los empréstitos concertados por los conservadores para mantener la guerra. A la vez que González Ortega, en la batalla de San Miguelito, lograba poner fin a la guerra civil, comenzaron a llegar a México las reacciones de las potencias europeas cuyos súbditos eran acreedores del gobierno mexicano.

*La doble repercusión europea de los acontecimientos mexicanos*

Es muy posible que a estas reacciones no fueran ajenas las cabezas principales del partido conservador —el general Miramón, el arzobispo Labastida, etc.— que al finalizar la guerra se dirigieron a París, donde se entrevistaron con Napoleón III. A partir de este momento, el reflejo de los asuntos mexicanos en Europa siguió un doble camino. Por un lado, la acción oficial que se concretó en el convenio de Londres (31-X-1861) por el que Gran Bretaña, España y Francia se pusieron de acuerdo para exigir por la fuerza de las armas, mediante una expedición militar que ocuparía parte de la costa mexicana atlántica, el pago de las deudas. Pero a la vez comenzaron otras gestiones que por el momento

se llevaron con todo secreto. Estas gestiones tuvieron como objetivo, de acuerdo con las ilusiones de Napoleón, la búsqueda de un soberano para México. El 4 de octubre de este mismo año 61 el conde de Rechberg, ministro de Asuntos Exteriores del Imperio austríaco, visitó en el castillo de Miramar, en Trieste, al hermano del emperador Francisco José, archiduque Fernando-Max, que allí residía con su esposa, Carlota de Sajonia-Coburgo, hija del rey Leopoldo I de Bélgica. Rechberg, con esta visita, quería tantear al archiduque sobre su posible aceptación del trono mexicano. En esta primera conversación Fernando-Max —el futuro emperador Maximiliano de México— puso como condiciones para proseguir la negociación, que ésta contara con el apoyo de Francia y el Reino Unido, y con el voto unánime del pueblo mexicano.

*La intervención de la emperatriz Eugenia*

La elección del archiduque se debió a las sugerencias de algunos de los políticos conservadores mexicanos que se habían trasladado a Europa al terminar la guerra civil, y que encontraron en la emperatriz Eugenia una excelente valedora. Fue en concreto José María Gutiérrez Estrada el que apuntó al archiduque Fernando-Max. Los planes de Napoleón III incorporaron la idea. La suspensión de la deuda exterior mexicana se le presentó al emperador como una ocasión excelente de redondear el Imperio mundial con el que soñaba, y cuyos otros puntos de apoyo deberían ser Indochina y Marruecos. El emperador, cara a la aventura mexicana, se veía como el salvador de un pueblo oprimido, el defensor del mundo latino contra los Estados Unidos, aunque esto supusiera un claro desafío a la doctrina Monroe.

*Españoles, franceses y británicos*

A la vez que todas estas gestiones y proyectos se elaboraban en Europa, llegaban a México las primeras fuerzas expedicionarias de acuerdo con el convenio de Londres. En diciembre desembarcó en Veracruz el cuerpo expedicionario español, mandado por el general Prim. Un mes más tarde (I-1862) llegaron las tropas francesas y la escuadra británica (pues el Reino Unido no mandó tropas de infantería). Reunidos los aliados dirigieron un *ultimátum* a Juárez, que contestó con el ofrecimiento de conversaciones que permitieran estipular las condiciones de pago de una deuda que la caótica situación financiera de la República impedía satisfacer por el momento. Y se llegó a la convención de Soledad (19-II-1862) que resultó satisfactoria para españoles y británicos que decidieron regresar a Europa. Pero ya habían surgido diferencias entre los aliados. Los franceses habían llevado más soldados de los previstos por el convenio de Londres y además ahora, firmada la convención de Soledad, se negaron a retirarse hacia la costa atlántica. En abril de 1862 españoles y británicos salieron de México. Pero llegaron —mandados por el general Lorencez— seis mil franceses más que comenzaron el avance hacia el interior de la República, y pusieron sitio a Puebla donde se estrellaron ante la defensa que realizó el general Zaragoza. La consecuencia fue la llegada a México de otros 25 mil franceses, al mando del mariscal Forey.

*La invasión francesa*

A comienzos de mayo de 1863 se puso de nuevo sitio a Puebla. Su ocupación era inevitable si se quería avanzar hacia la ciudad de México. El defensor de Puebla en esta ocasión fue el general González Ortega, pues Zaragoza había fallecido. El sitio duró cerca

de tres meses. Tras la capitulación de Puebla, los franceses entraron fácilmente en México. Juárez se había retirado, a mediados de mayo, hacia el norte e instaló su gobierno en San Luis Potosí.

*La constitución del Imperio de México*

La actuación de los franceses en la capital de la República sorprendió profundamente a sus colaboradores, los conservadores mexicanos, por las medidas liberales que adoptaron: reconocieron, entre otras cosas, a los que habían adquirido bienes producto de la desamortización y proclamaron la libertad de cultos. Bajo el amparo de los conquistadores se organizó en Ciudad de México una Junta de Notables (10-VII-1863) a la que se confirió la determinación del futuro régimen político. La Junta optó por una monarquía confesional, moderada y hereditaria y tomó la decisión de ofrecer la corona al archiduque Fernando-Max. El día 11 la Junta se transformó en Regencia del Imperio y designó una comisión de diez vocales y un secretario que emprendieron viaje a Europa para formalizar el ofrecimiento de la corona al candidato elegido.

*El archiduque Fernando-Max*

El archiduque tenía entonces 32 años. Había nacido en el palacio de Schönbrunn, en Viena, el 6 de julio de 1832, como hijo segundo de los archiduques Francisco Carlos y Sofía. Su hermano mayor era Francisco José I, emperador de Austria desde 1848. La educación de Fernando-Max había sido bastante liberal. Se había hecho marino, había viajado mucho y en 1854 recibió el nombramiento de comandante de la armada imperial. Ese mismo año comenzó a construirse el castillo de Miramar, en Trieste, donde residía habitualmente. En 1857 se casó con Carlota Amalia, hija del rey Leopoldo de Bélgica. También en el mismo año su hermano el emperador le nombró gobernador del reino lombardo-véneto. Su mandato, moderadamente liberal, disgustó a Francisco José. Al iniciarse en 1859 la guerra que enfrentó a Austria con la coalición formada por Francia y Piamonte, Fernando-Max fue destituido y se le confirió un cargo meramente honorífico. El archiduque se retiró a Miramar.

*El emperador Maximiliano*

Allí fue donde recibió (3-X-1863) a la comisión oficial mexicana. Fernando-Max se ratificó, ahora ya públicamente, en lo hablado en 1861 con Rechberg: sólo aceptaría la corona si toda la nación mexicana, libremente, suscribía el voto de la capital. Fue Gutiérrez Estrada, el "descubridor" del archiduque, el encargado de organizar un simulacro de plebiscito en México que arrojó la mayoría aplastante solicitada. Volvió a Europa con los resultados amañados y se los presentó a Fernando-Max el 9 de abril de 1864. Al día siguiente, en el mismo castillo de Miramar, el archiduque aceptó la corona mexicana de manos de los jefes del partido conservador —Almonte, Estrada y Labastida— y se convirtió en el emperador Maximiliano I de México. Su primer acto de gobierno fue un decreto por el que nombró al general Juan N. Almonte lugarteniente para el gobierno del Imperio. Cesó la Regencia, Maximiliano renunció oficialmente a sus eventuales derechos hereditarios a la corona austríaca y el 14 de abril los emperadores se embarcaron en la fragata *Novara,* de la marina austríaca, y emprendieron viaje hacia el Nuevo Mundo. Una breve escala en Civittavecchia le permitió al emperador novel tratar —aunque superficialmente— con Pío IX de la posibilidad de un Concordato entre la Iglesia y su Imperio.

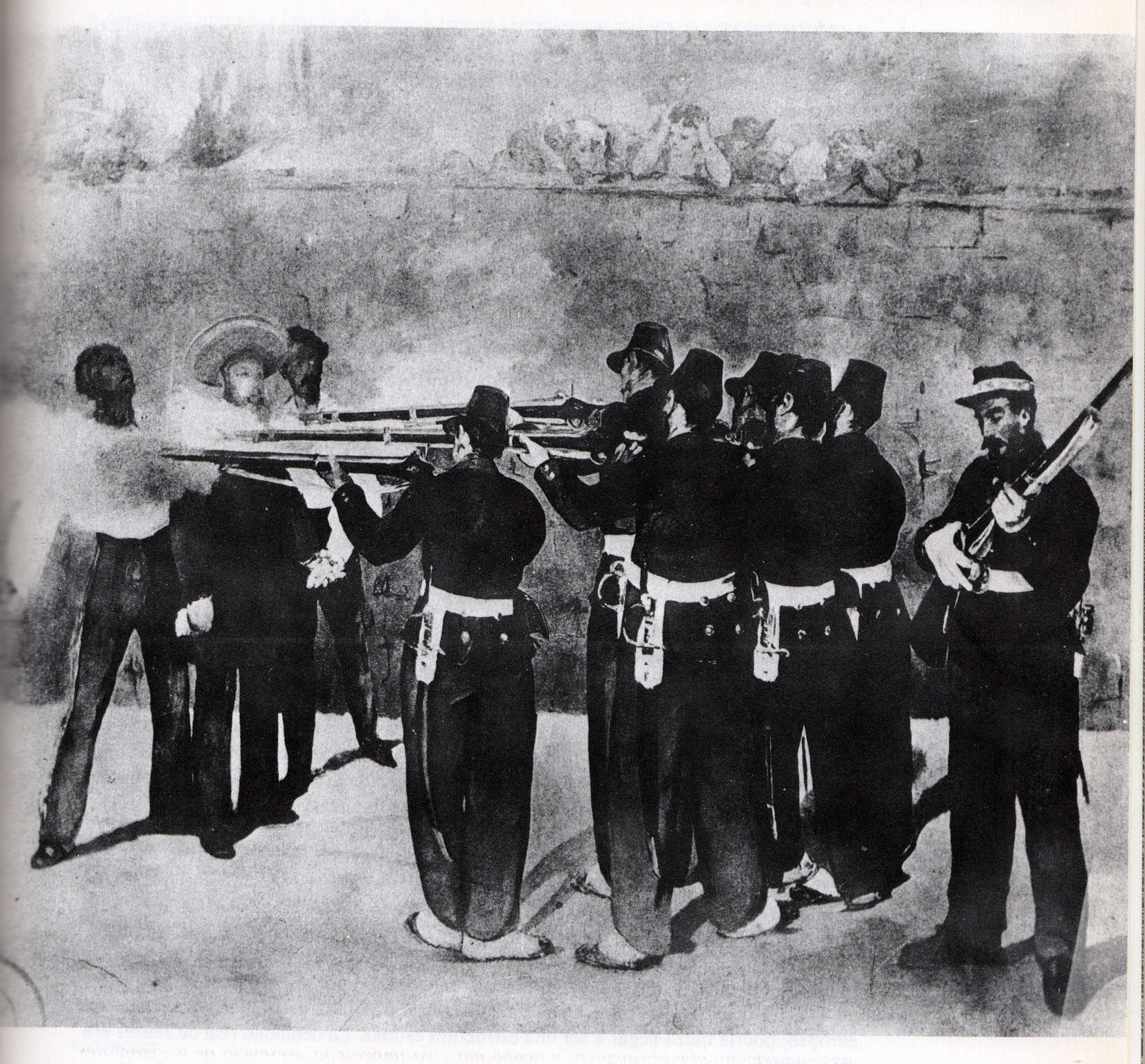
*La llegada a México*

Maximiliano y Carlota habían aprendido castellano y llegaron a México con un evidente deseo de agradar a sus nuevos súbditos. Desembarcaron en Veracruz el 28 de mayo de 1864. Carlota quedó mal impresionada por el frío recibimiento que se les tributó. Iniciaron el viaje hacia la capital con una escolta de ocho mil soldados, más ocho mil guardias rurales mexicanos, a los que se añadieron 25 mil franceses mandados por el mariscal Bazaine. La entrada en Puebla fue apoteósica, en contraste con la llegada a Veracruz. Y el 12 de junio llegaron a Ciudad de México.

*El liberalismo del emperador*

El emperador, tolerante, romántico y bien intencionado, se encontró con una desastrosa situación de la Hacienda, a causa de los compromisos contraídos con Francia; y si los franceses, tras ocupar Michoacán y Guanajuato, habían hecho retroceder a Juárez hacia el norte, las guerrillas proliferaban por todo el país. Pero la gran sorpresa la proporcionó Maximiliano al negarse a anular o modificar las Leyes de Reforma. Incluso intentó entrar en negociaciones con Juárez, a lo que el presidente mexicano se negó. Con independencia de que Maximiliano era extranjero y había sido impuesto por las armas de un ejército invasor, los programas del emperador y del presidente republicano apenas difirieron en los primeros momentos. Maximiliano impuso la libertad de impren-

**Edouard Manet, "L'exécution de Maximilien" (1867).** *Ya era famoso Manet por su* Dejeuner *(1863) y su* Olympia *(1865) cuando pintó el fusilamiento del emperador de México en Querétaro, el mismo año 67 en que había tenido lugar. Quedaba así testimonio gráfico de una tragedia, resultado triste de los sueños imperiales de Napoleón III. La escasa población de Iberoamérica y sus recursos considerables de todo orden convirtieron a los países que se habían emancipado de España a comienzos de siglo en territorio de colonización económica. Iberoamérica, en el siglo XIX, dependió aún más de Europa que en las centurias anteriores: por el dinero y por las ideas. Desde este punto de vista, el Imperio mexicano de Maximiliano y Carlota fue la versión extremada de la dependencia iberoamericana, de su utilización en beneficio del viejo continente. Si una empresa de este tipo tuvo lugar en la antigua Nueva España y no en otros países de Iberoamérica, se debió posiblemente a que México era el territorio más desarrollado y, por consiguiente, más apetecible. Dos factores de signo distinto acabarían por reducir esta dependencia enojosa. Por un lado, el incremento demográfico, favorecido por la inmigración pero sobre todo por una natalidad elevada, y que fue dando cada vez más peso a las naciones iberoamericanas conforme permitió explotar adecuadamente sus recursos e iniciar la constitución de capitales propios que no obligaran a recurrir a los debilitadores empréstitos de los banqueros europeos. Y, junto a esto, el colosal desarrollo norteamericano que obstaculizó y acabó por casi impedir la presencia de los capitales europeos en Iberoamérica. No es en modo alguno coincidencia que la aventura napoleónica tuviera lugar en el momento en que los Estados Unidos estaban imposibilitados de intervenir en el exterior a causa de su guerra civil. La derrota del Sur y la terminación de la guerra marcó también el final de Carlota y Maximiliano en México.* (Mas. Barcelona.)



ta (7-VIII-1864) y en febrero de 1865 dio un nuevo decreto confirmando la nacionalización de los bienes eclesiásticos. El breve gobierno del emperador se suele dividir en tres partes: la primera (VI-1864/II-1866) se desarrolló a la sombra de Napoleón III, por intermedio del mariscal Bazaine; la segunda (II/XI-1866) se suele denominar de transición; y la tercera (XI-1866/V-1867) es el llamado gobierno personal.

Las medidas liberales de Maximiliano, desconcertantes para los conservadores mexicanos, tuvieron lugar durante la parte primera de su gobierno. Son posiblemente una muestra de la falta de información que Napoleón tenía sobre los asuntos mexicanos, a la vez que un reflejo del equívoco profundo sobre el que descansaba el propio Imperio napoleónico: ideas liberales y gestos católicos para atraerse el voto popular. En esta primera parte presentó Maximiliano un proyecto de Concordato en Roma que fue rechazado por Pío IX.

*Las derrotas de Juárez*

Los franceses, mientras tanto, continuaban su avance en el norte de México. Ocuparon Zacatecas, Saltillo —de donde desalojaron a Juárez— y Monterrey. El presidente se refugió en Chihuahua. Las tropas invasoras alcanzaron la frontera con los Estados Unidos en Matamoros, después de tomar Colima, Mazatlán y Guaymas y, en el sur del país, Oaxaca, a pesar de la defensa del general Porfirio Díaz. Juárez se instaló en Paso del Norte (hoy, Ciudad Juárez). Allí le sorprendió el fin legal de su mandato como presidente. Pero el vicepresidente, González Ortega, se negó a sustituirle y se prorrogó excepcionalmente la presidencia de Juárez.

*El cambio de la situación*

En 1865 comenzó el declive del poder francés. O quizá sea más exacto decir que se reinició el poder norteamericano. La guerra de Secesión había comenzado en 1861, el mismo año en que el convenio de Londres decidió la intervención europea en México, en contra de los principios del antiguo presidente de los Estados Unidos, James Monroe; el mismo año en que comenzaron las intrigas de Napoleón para crear, por intermedio del archiduque Fernando-Max, un Imperio satélite en América central. En 1864 el reconocimiento internacional del Imperio de México fue unánime, salvo por parte del gobierno de la Unión —el gobierno de Abraham Lincoln— que mantuvo su embajador ante Benito Juárez. El 9 de abril de 1865, el general Grant venció al general sudista Robert Lee en la batalla de Appomattox. Así terminó la guerra de Secesión. A partir de 1865 las guerrillas de Juárez comenzaron a ser unificadas en un ejército regular fuerte que derrotó a los franceses en Chihuahua, a los austríacos que habían acompañado al antiguo archiduque en Santa Lucía y liberó Sonora, en el norte, y Oaxaca, en el sur. Los Estados Unidos, que habían salvado a Juárez en 1859, lo volvieron a salvar en 1865. No es precisamente que los norteamericanos sintieran devoción por el presidente errante. Pero no estaban dispuestos a tolerar un Imperio en sus fronteras del sur que, a más de ser europeo, podría quizá llegar a ser una estructura estable. La debilidad real de Juárez era más segura.

*La retirada de los franceses*

Los choques decisivos fueron los del emperador con el mariscal Bazaine, que tenía el mando de todas las tropas francesas en México y era el representante personal del emperador ante Maximiliano. Estos choques fueron el pretexto superficial que permitió

a Napoleón anunciar la retirada de sus tropas (1866) antes del plazo acordado. Junto a las reclamaciones diplomáticas norteamericanas, pesaron también en el ánimo impresionable de Napoleón tanto la guerra austroprusiana que tuvo lugar ese mismo año, como la creciente impopularidad de la aventura mexicana en Francia.

*La locura de la emperatriz*

A mediados de 1866 (13-VII) partió la emperatriz Carlota hacia Europa para intentar, a la desesperada, que Napoleón rectificase su decisión de abandonar a Maximiliano. No lo consiguió. Viajó luego la emperatriz a Roma. Tampoco logró nada de Pío IX que, por lo demás, sentía ya muy de cerca la amenaza italiana sobre sus Estados. En Roma, y a su paso por el castillo de Miramar, Carlota comenzó a dar las primeras señales de la locura en la que acabaría por hundirse. Cuando Maximiliano recibió las noticias de la locura de su mujer quiso abandonar México para estar a su lado. En Orizaba, el 21 de octubre de 1866, habló de abdicación ante la Junta que le asesoraba. Lograron disuadirle. Fue por esas fechas, ante el abandono de los franceses y el avance de Juárez, cuando Maximiliano imprimió un cambio profundo a su gobierno, a la búsqueda de la alianza con los conservadores.

*Maximiliano, solo*

El 14 de enero de 1867 volvió a plantear Maximiliano el abandono de la corona mexicana. Consultada la Asamblea de 35 consejeros, sólo siete se manifestaron dispuestos a apoyarle. El general Castelnau, enviado personal de Napoleón, insistió en que abdicara y volviera a Europa con las últimas tropas francesas que estaban a punto de abandonar las tierras mexicanas. Maximiliano, bien fuera por sentido del honor, bien porque aún confiara en un cambio de la guerra a su favor, decidió quedarse. Las últimas tropas francesas salieron de México el 5 de febrero de 1867. Ocho días más tarde Maximiliano abandonó la capital y el 19 llegó a Querétaro, al noroeste de la Ciudad de México. El 9 de marzo el general Escobedo, del ejército de Juárez, sitió la ciudad. Dos meses más tarde, el 15 de mayo, se rindió Querétaro y Maximiliano, junto con algunos de sus generales, fue hecho prisionero.

*El fusilamiento del emperador*

El 13 de junio, en el teatro Itúrbide de Querétaro, se inició el Consejo de guerra contra el emperador Maximiliano y sus generales. La sentencia del tribunal fue la muerte. El presidente de los Estados Unidos, los emperadores de Austria y Francia, la reina Victoria de Gran Bretaña pidieron el indulto a Juárez. Denegada la petición, el 19 de junio de 1867, al amanecer, rodeados por cuatro mil soldados que formaban el cuadro, fueron fusilados Maximiliano de Habsburgo y los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. El ex-emperador cedió a Miramón el lugar de honor, en el centro. Y pidió a los soldados que formaban el pelotón encargado de cumplir la sentencia, que le dispararan al pecho, para que el rostro no quedara desfigurado y su madre, la archiduquesa Sofía, le pudiera reconocer.

Dentro del mismo año 67 la fragata *Novara,* que había llevado tres años antes a los jóvenes emperadores a hacerse cargo de su Imperio mexicano, fue la encargada de devolver los restos de Maximiliano a Europa. La petición de recoger su cuerpo, presentada inicialmente de manera privada en nombre de la archiduquesa Sofía, fue rechazada por Juárez. Sólo accedió cuando esa misma petición le fue oficialmente formulada por el

emperador de Austria-Hungría, Francisco José I. La fragata estaba mandada por el vicealmirante Tegetthoff, el mismo que un año antes había derrotado tan brillantemente a una muy superior escuadra italiana en Lissa.

*Juárez, Lerdo y Porfirio Díaz*

Muerto Maximiliano, terminó la guerra. Benito Juárez se instaló en México el 15 de julio de 1867. En diciembre celebró elecciones en las que fue brillantemente reelegido. Juárez fue presidente hasta el último momento de su vida. Murió repentinamente, de una angina de pecho, el 18 de julio de 1872. Le sucedió el vicepresidente, Sebastián Lerdo de Tejada, que extremó las medidas radicales persecutorias de la Iglesia y suprimió la única congregación religiosa que aún subsistía en México: las Hermanas de la Caridad. Reelegido en 1876, Lerdo de Tejada fue depuesto por la revolución que ese mismo año encabezó el general Porfirio Díaz, el defensor de Oaxaca frente a los franceses. Si las convulsiones revolucionarias mexicanas de mediados de siglo comenzaron con la caída del dictador perpetuo Santa Anna, otro dictador, Porfirio Díaz, también casi perpetuo (1876-1911) se encargó de clausurar este agitado periodo.

## 6. Los occidentales en Japón

*El "mikado" y el shogún*

Japón estaba gobernado, desde comienzos del siglo XVII, por la familia Tokugawa que había creado un sistema político que se podía denominar feudalismo centralizado. La familia Tokugawa detentaba el cargo de shogún (generalísimo), lo que suponía el Poder político efectivo, la representación de la soberanía del emperador o *mikado*. Este vivía en Kyoto, encerrado en su palacio, dedicado a las prácticas rituales. Pero en los últimos años se había producido una revalorización de la figura del emperador, a causa de los nuevos estudios sobre la historia japonesa y sobre el shinto. Esta revalorización potenció la unión entre la idea nacional japonesa y la devoción a la dignidad imperial.

*Los daymios*

El shogún vivía en Edo. Actuaba de hecho como soberano de Japón y un gran número de señores feudales —daymios— eran sus vasallos. Las posesiones del shogún eran cuantiosas, el arroz que se recogía en sus tierras suponía más de un tercio de la producción total del Japón. El shogún presidía y dirigía un gobierno; estaba además, asesorado por un Gran Consejo compuesto de cinco ancianos. A mediados del siglo XIX el shogún Ieyoshi (1837-1853), persona sin carácter y autoridad, estaba dominado por su gobierno, integrado por representantes de las familias más poderosas. Esta situación desencadenó rivalidades y luchas entre las familias emparentadas con los Tokugawa. A la vez se debilitaron los lazos que unían al shogún con sus vasallos feudales, los daymios.

*Los samurais*

Las leyes japonesas vigentes desde el siglo XVII habían estructurado muy estáticamente la sociedad. La consagración del principio hereditario como medio único de acceder a los puestos de responsabilidad había eliminado prácticamente la consideración confu-

cionista de los méritos. Los samurais (guerreros) se habían visto con frecuencia desplazados de los puestos que les correspondían por su preparación; llegaron a constituir un grupo social apto para la subversión. Algunos de ellos, incluso, se convirtieron en bandidos.

*El aislamiento de Japón*

Japón era oficial y deliberadamente un país aislado del resto del mundo —cuanto menos de los países occidentales— desde hacía casi dos siglos y medio. Inmediatamente antes, había vivido un período de relaciones comerciales relativamente intensas con Europa y de expansión del cristianismo. Después de la consciente clausura de Japón, el cristianismo había sido teóricamente aniquilado. Sin embargo el pequeño enclave portuario que neerlandeses y chinos mantuvieron en la bahía de Nagasaki permitió la entrada de libros occidentales: en 1711, por ejemplo, fueron desembarcadas 140 cajas de libros. El gobierno shogunal creó en 1811 un departamento de traducciones. El daymio de Hizen dispuso en 1850 de un horno de reverbero, construido a partir de los datos de un libro neerlandés. Estos hornos, que pronto se generalizaron, servían para la fundición de cañones. La necesidad de modernizar sus ejércitos llevó a los daymios a comprar armas en Europa. Junto a la ciencia y la técnica llegaron también modos de pensar europeos, aunque sólo alcanzaran a un reducido grupo de personas. Una biografía japonesa de Napoleón, publicada en 1837, contenía por primera vez en la literatura de la época la palabra y el concepto occidental de libertad. Si los influjos políticos eran pequeños, no sucedía lo mismo con los científicos. Los japoneses cultos tenían un conocimiento bastante exacto de la ciencia occidental y una gran curiosidad por su utilización.

*Los contactos esporádicos*

Contactos esporádicos con Occidente se venían dando en Japón por lo menos desde finales del siglo XVIII. Barcos rusos habían llegado al puerto de Nagasaki en 1792 y en 1804; pero sus propuestas de intercambios comerciales no fueron atendidas. También los rusos habían combatido contra los japoneses en las islas Sajalin y Kuriles, en 1806 y 1807. Cook recibió la misión de explorar las costas del Japón, pero falleció antes de poder hacerlo. Una nave británica llegó a Nagasaki en 1808, a pesar de las medidas rigurosas que sólo permitían la entrega de agua y alimentos a los náufragos.

El shogún había rechazado en 1837 y 1845 algunas propuestas norteamericanas de negociación; la misma actitud mantuvo (1845, 1849 y 1852) ante los neerlandeses y, una vez más (1849), ante norteamericanos y británicos. Francia también fue desoída en 1842. Los Estados Unidos deseaban obtener en Japón estaciones para el abastecimiento de sus barcos, tanto de los balleneros como de los que comerciaban con China. Todos estos intentos occidentales de contacto comercial produjeron en Japón un incremento del espíritu nacionalista: Japón era una tierra divina, el centro de la tierra, y debía ser protegida de las innobles intenciones de los bárbaros extranjeros.

*La rebelión de los daymios*

En torno a 1850, dos feudatarios del shogún exigieron que se contara con ellos a la hora de tomar decisiones políticas. Uno de ellos era el señor de Mito, Nariaki, que disponía de un ejército poderoso. Pretendía que los daymios estuvieran vinculados más directamente con el *mikado,* para así escapar del dominio del shogún. El otro feudo era Satsuma. En su territorio se encontraba el puerto de Nagasaki. Su riqueza era notable por sus

minas, agricultura y pesca. Su daymio hablaba neerlandés y estaba al corriente de la ciencia y de la técnica europeas. Había reunido en torno a él a un grupo de estudiosos y hombres políticos que veían con agrado el incremento del poder imperial y las relaciones con los extranjeros.

*La llegada del comodoro Perry (1853)*

En esta situación, en julio de 1853, una flotilla norteamericana, mandada por el comodoro Matthew Perry, llegó a Uraga, en la bahía de Edo. Traía una carta del presidente de los Estados Unidos, Millard Fillmore (1800-1874), dirigida al shogún y en la que solicitaba la apertura de algunos puertos japoneses para los barcos norteamericanos. Perry anunció que volvería en 1854 para recibir la respuesta. Casi al mismo tiempo, el gobierno ruso envió al almirante Putiatin para negociar igualmente la apertura de puertos y consulados en Japón. Putiatin llegó a Nagasaki en agosto, un mes más tarde que Perry. El shogún se sintió alarmado ante la energía con que Perry había formulado su petición y solicitó la opinión de varios daymios sobre el criterio a seguir. Las respuestas fueron en su mayoría contrarias a la resistencia. Sólo el daymio de Mito se opuso decididamente a las peticiones del comodoro Perry, sabedor de que su actitud sería bien acogida en la Corte imperial y entre los samurais.

*Los tratados impuestos*

Perry regresó en febrero de 1854. Su objetivo se había ampliado: no sólo deseaba la apertura de los puertos; quería también adelantarse a los rusos que habían conseguido una vaga promesa en agosto del año anterior. Perry se había hecho acompañar por la cuarta parte de la escuadra americana para asegurar el éxito de su empresa. A su llegada supo de la reciente muerte del shogún Ieyoshi. Matthew Perry presionó a Abi Masahiro, jefe del gobierno shogunal que acabó por ceder y firmó un tratado provisional (31-III-1854). Por este tratado, Japón se limitó a abrir al tráfico con Estados Unidos dos puertos de pequeña importancia: Shimoda y Hakodaté. No se establecieron relaciones diplomáticas, ni se reconoció el solicitado derecho de extraterritorialidad. Detrás de Perry, un almirante británico, Stirling, y el ruso Putiatin firmaron tratados similares (14-X-1854 y 7-II-1855). Japón les abrió el puerto de Nagasaki y Rusia obtuvo, incluso, una jurisdicción extraterritorial para sus súbditos.

*La erosión del poder shogunal*

Después de la firma de estos tratados, Abi Masahiro inició una política de fortalecimiento de la unidad entre los daymios, a la vez que procuró obtener los mayores beneficios militares y técnicos de los occidentales. Masahiro quería neutralizar aquellos clanes que habían comenzado a cuestionar el poder del shogún. La postura más crítica ante los tratados la mantenía el daymio de Mito, partidario decidido del emperador; esta misma actitud era la de los samurais que habían tomado sus armas y deseaban luchar contra los extranjeros. A su vez, en Kyoto crecía la oposición a las decisiones que el gobierno shogunal tomaba en Edo. La autoridad suprema —se decía— pertenecía al *mikado*. El shogún debía limitarse a ejercer un poder delegado.

*Partidarios y adversarios de la apertura*

Esta oposición en crecida llevó al daymio de Hikone, Ii Naosuke, a tratar de reforzar la autoridad del shogún. Se atribuyó el derecho a tratar con las naciones occidentales y firmó importantes tratados: con Estados Unidos (29-VII-1858), Rusia (7-VIII-1858), Paí-

ses Bajos (18-VIII-1858), Gran Bretaña (26-VIII-1858) y Francia (9-X-1858). En virtud de ellos, se les abrió el puerto de Kanagawa (futuro Yokohama); se reguló el establecimiento del misiones diplomáticas en Edo; se anunció la apertura de nuevos puertos y fue reconocido el derecho de residencia permanente en Japón a los occidentales y la libertad para viajar por el país. Ii Naosuke dominó la política japonesa hasta su asesinato por un grupo de samurais de Mito (24-III-1860).

*Las consecuencias negativas iniciales*

En su conjunto, y en los primeros momentos, la firma de los discutidos tratados tuvo consecuencias negativas. Se vino abajo el prestigio del poder shogunal. El orgullo nacional nipón se sintió humillado por las concesiones hechas a los extranjeros. La Corte imperial y algunos daymios negaron la validez de los tratados por no haber sido firmados por el *mikado*. Esta última actitud estaba sostenida por los daymios de Choshu y Satsuma. Satsuma se opuso a los tratados, no tanto porque supusieran una apertura a los extranjeros —mantenía relaciones con ellos desde hacía muchos años— sino como un medio de debilitar el poder rival del shogún.

*La violencia*

Junto a estas razones políticas, los tratados habían producido graves consecuencias económicas. El bajo precio del oro trajo consigo un incremento de las importaciones que repercutieron en la estabilidad económica de Japón. Por su parte, las exportaciones de seda, té y algodón incidieron en el precio de las materias primas, de forma que éstas se encarecieron de un 300 a un 500 % de 1859 a 1860. Unidos el orgullo nacional herido y el malestar social, produjeron explosiones de violencia: un oficial y dos marinos rusos fueron asesinados en agosto de 1859; la legación de Francia en Edo resultó incendiada el 30 de enero de 1860; un súbdito inglés murió también asesinado en septiembre de 1863, etc.

*La pretensión de expulsar a los extranjeros*

La Corte de Kyoto, apoyada por los daymios de Satsuma y Choshu, inició una política encaminada a poner al shogún ante el dilema de expulsar a los extranjeros o perder todo prestigio, una situación que se complicó por las intrigas de Satsuma y Choshu, rivales en el dominio de la Corte y del shogún. El *mikado* acabo por ordenar al shogún, en junio de 1863, que expulsara a todos los extranjeros. El shogún intentó convencer al emperador de la imposibilidad militar de esta medida, dada la actitud de fuerza de los representantes occidentales. Ante la negativa, el daymio de Choshu se decidió a iniciar unilateralmente la guerra. Sus fuerzas atacaron a un barco mercante americano, a otro francés y a uno neerlandés en el estrecho de Shimonoseki. La respuesta estadounidense y francesa fue la destrucción de algunas fortalezas de Choshu y de parte de sus barcos. Por su parte, la *Royal Navy* bombardeó la capital de Satsuma como represalia por la muerte del súbdito británico asesinado en septiembre de 1863.

*Las imposiciones occidentales*

Estas acciones militares convencieron a los daymios de Satsuma y Choshu de que la expulsión de los extranjeros era de momento imposible. Satsuma entró incluso en contacto con los británicos a los que compró unos barcos de guerra, origen de la marina

imperial japonesa. Choshu, por su parte, trató de recobrar la iniciativa militar. Pero una escuadra integrada por barcos norteamericanos, británicos, franceses y neerlandeses le derrotó en 1864. A consecuencia de esta victoria, los occidentales exigieron al shogún una fuerte indemnización (tres millones de dólares) por daños de guerra. La cantidad solicitada era enorme y, ante la imposibilidad de pagarla, se sugirió la reducción de los derechos de aduanas; algo, a la larga, aún más desastroso para Japón. Además los occidentales, conocedores de los problemas políticos internos, se dirigieron directamente a Kyoto y reclamaron allí la aprobación de los tratados. Este hecho supuso un nuevo quebranto del prestigio político del shogún ante los daymios. Choshu, que había vuelto a armarse, pudo repeler los ataques del shogún, al que derrotó en 1866.

*El fin del shogunado (1867)*

Aunque esta derrota no fue decisiva; aunque, en 1867 era shogún Yoshinobu, un político joven y valioso, que gozaba personalmente del respaldo del emperador Komei, estaba ya decididamente quebrantado el poder shogunal. Los daymios se agruparon en torno al *mikado,* a la búsqueda de una reorganización del Poder. Komei murió el 30 de enero de 1867. Su sucesor, Mutsu-Hito, tenía sólo quince años. Ante él, el shogún Yoshinobu declinó sus poderes. Fue un acto simbólico, pero que reflejó la profunda mutación política que en quince años había vivido Japón.

**El mikado Mutsu-Hito (1852-1912).** *Este es el nombre con el que habitualmente se conoce en Occidente al Meiji tenno, el monarca al que le correspondió la difícil tarea de introducir Japón en el concierto de las naciones, rompiendo con el consciente aislamiento en el que había permanecido durante dos siglos. Meiji tenno sucedió a su padre, Komei tenno, en 1867. Fue a su vez sustituido en el trono, a su muerte en 1912, por su único hijo, Yoshi-Hito o Taisho tenno. El estado mental del nuevo* mikado *indujo a proclamar regente a su hijo Hiro-Hito (nacido en 1901). Ocupó este puesto entre 1921 y 1926. En esta última fecha, a los 25 años, fue proclamado emperador. Entre los muchísimos aspectos de la sorprendente historia del Japón contemporáneo puede ser de interés subrayar dos de esencial importancia. En primer término que Japón no era en modo alguno una sociedad "atrasada", conforme a los —en ocasiones— presuntuosos juicios occidentales. La estructura social japonesa en 1854, el año de la llegada del comodoro Perry, tenía muchos puntos evidentes de contacto con la de los países europeos de la misma época. Existía un régimen señorial de la propiedad que la energía y habilidad del Meiji tenno logró transformar en poco tiempo en la estructura adecuada para el desarrollo del país. Pero quizá sea el segundo rasgo el de más transcendencia y, a la vez, el elemento diferencial respecto a Europa y América. Japón logró, en el mismo momento en que se abría a las ciencias y técnicas occidentales, evitar el proceso de secularización que se había producido en Occidente. Entre las grandes reformas del Meiji tenno está la del shinto, que no fue propiamente una reforma religiosa sino un fortalecimiento de la fidelidad al emperador y a la tradición japonesa, y que aseguró el orden preciso para que se produjera el desarrollo y modernización. Sólo mucho más tarde, al término de la II Guerra Mundial, sus vencedores impondrían a Japón la secularización de su vida civil.*



*El Código de los Cinco artículos (1868) y Mutsu-Hito*

La iniciativa recayó en la acción conjunta de Choshu y Satsuma. El nuevo *mikado* aceptó, el 6 de abril de 1868, el llamado Código de los Cinco Artículos, una especie de ley fundamental japonesa, reflejo de hasta qué punto la mentalidad occidental había penetrado en los cuadros dirigentes de Japón. El Código determinaba, en su artículo 1.º, el establecimiento de Asambleas deliberativas y que todos los asuntos del Estado serían decididos en discusión pública. El artículo 2.º afirmaba que todos —superiores e inferiores unidos— participarían en los asuntos de gobierno. Esta idea se reafirmaba en el artículo 3.º, que aludía, de forma especial, a los funcionarios civiles y a los militares. El artículo siguiente estipulaba la abolición de las costumbres perniciosas del pasado. Se tomarían como base las leyes justas de la Naturaleza. Finalmente, el último artículo declaraba que todos deberían buscar el progreso en el saber para exaltar a la persona del emperador.

A partir de 1868 se iniciaron las reformas requeridas a través de una síntesis de tradición e innovación en la que jugó un papel primordial el *mikado*. Mutsu-Hito apareció como la mejor garantía para la modernización renovadora de Japón.

## Bibliografía

**1. La guerra de Crimea.** La consecuencia más importante de esta guerra fue la transformación de las relaciones entre las grandes potencias. Austria quedó aislada y Rusia fue vencida: Francia se alzó de nuevo con la hegemonía continental, ante la relativa pasividad del Reino Unido refugiado en su aislacionismo. Esta es la cuestión capital que estudia W. E. MOSSE, *The Raise and Fall of the Crimean System, 1855-1871.* Londres, 1963. Después de Crimea, el Imperio otomano intentó una puesta a punto, una modernización, que analiza Roderic H. DAVISON, *Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876.* Princeton, 1963. Rusia, muy de acuerdo con una norma constante de su política exterior, después de la derrota se concentró en los espacios asiáticos. No volvería a presionar en los Balkanes hasta veinte años después. Richard A. PIERCE, *Russian Central Asia, 1860-1917.* Universidad de California, 1960, se ocupa de la expansión del Imperio ruso hacia Asia central.

**2. La evolución interna de Rusia.** Tres de las cuestiones más importantes a las que hubo de enfrentarse Alejandro II fueron el inicio del fin del Antiguo Régimen, que vino marcado por los intentos de hacer desaparecer el régimen señorial; el desarrollo económico, vinculado tanto al nuevo modo de la propiedad agraria como a la industrialización; y los conflictos en Polonia. El conocimiento de la primera cuestión se puede completar con Terence EMMONS, *The Russian Landed Gentry and the Peasant Emancipation of 1861.* Cambridge, 1968; y Roger PORTAL, *Histoire de la Russie. Le déclin du servage (1796-1855).* Paris, 1969. Respecto a la segunda, con la consulta de William L. BLACKWELL, *The Beginnings of Russian Industrialization, 1800-1860.* Princeton, 1968; e Yves BAREL, *Le développement économique de la Russie tsariste.* Paris, 1968. Del último tema se ha ocupado S. BOBR-TYLINGO, *La Russie, l'Eglise et la Pologne (1860-1866).* Roma, 1969.

**3. Los europeos en Asia oriental y Africa.** Para la visión de conjunto se deben tener en cuenta la obra clásica de K. M. PANIKKAR, *L'Asie et la domination occidentale.* Paris, 1956; el estudio, desde el punto de vista asiático, de Jan ROMEIN, *The Asian Century.* Universidad de California, 1962; y las obras de Pierre RENOUVIN, *La question d'Extrême-Orient, 1840-1940.* Paris, 1946; y P. H. CLYDE, *The Far East, a History of the Impact of the West on Eastern Asia.* Nueva York, 1952. Siempre en un orden general se puede ver también Claude A. BUSS, *Asia in the Modern World.* Londres, 1964; la

obra breve y clara de Jean CHESNAUX, *Asia oriental en los siglos XIX-XX*. Barcelona, 1969, que contiene una abundante bibliografía; o la de N. PIROVANO-WANG, *L'Asie orientale de 1840 à nos jours*. París, 1970. Para una mejor apreciación de la acción colonizadora conviene manejar B. R. MITCHELL, *International Historical Statistics. Africa and Asia*. Londres, 1982. En lo que se refiere al planteamiento general colonizador británico, la bibliografía es abundante. Destacan en ella obras como las siguientes: Vincent HARLOW, *British Colonial Development, 1774-1834*. Oxford, 1967; A. G. L. SHAW, *Great Britain and the Colonies, 1815-1865*. Londres, 1970; Mark NAIDIS, *The Second British Empire 1783 to 1965*. Cambridge (Mass.), 1970; W. P. MORRELL, *British Colonial Policy in the Mid-Victorian Age*. Oxford, 1969; John W. CELL, *British Colonial Administration in the Midnineteenth Century*. Yale, 1970; y J. D. B. MILLER, *Britain and the Old Dominions*. Baltimore, 1966. El estudio de la presencia del Reino Unido en la India puede iniciarse con Percival Spear, *The Oxford History of Modern India, 1740-1947*. Oxford, 1965; y se puede completar con P. GRIFFITHS, *The British Impact on India*. Londres, 1952. La visión india de la presencia británica la ofrece S. B. CHAUDHURI, *Civil Disturbances during the British Rule in India, 1765-1857*. Calcuta, 1955. En 1957, en el primer centenario de la revolución de los cipayos, aparecieron diversos trabajos sobre estos acontecimientos. Se puede consultar cualquiera de los siguientes: S. SEN, *Eighteen Fifty Seven*. Delhi, 1957; S. B. CHAUDHURI, *Civil Rebellions in the India Mutinies, 1857-1859*. Calcuta, 1957; o las conclusiones del estudio conjunto que sobre este tema presenta P. C. JOSHI, *Rebellion 1857, A Symposium*. Bombay, 1957. La política británica en la India a partir de esta revolución es expuesta por S. GOPAL, *British Policy in India, 1858-1805*. Cambridge, 1965. Una cuestión casi paralela, la rebelión de los taipings, ha suscitado también mucho interés. Estudios recientes y completos sobre ella son los de Franz MICHAEL, *The Taiping Rebellion. History and Documents*. Washington, 1966, 3 vols.; y el más sintético de S. Y. TENG, *The Taiping Rebellion and the Western Powers*. Oxford, 1971. Para mejor situar estos hechos pueden verse obras generales sobre China: Jacques PEZEU-MASSABUAU, *La Chine*. París, 1970; o Wolfram EBERHARD, *A History of China*. Londres, 1971. La tercera gran área en la que se hizo notar la presencia europea fue el Asia sur-oriental. Dos libros ofrecen las líneas generales: J. CADY, *South-East Asia, Its Historical Development*. Nueva York, 1964; y C. D. COWAN, *The Economic Development of South-East Asia*. Londres, 1964. Los británicos avanzaron desde la India y Singapur, con el doble objetivo de ocupar Birmania y Malaya. La primera cuestión es estudiada por G. HARVEY, *British Rule in Burma, 1842-1942*. Londres, 1946; y J. CADY, *A History of Modern Burma*. Ithaca, 1958. Respecto a la colonización francesa se encuentra bien expuesta por E. HAMMER, *The Struggle for Indochina*. Stanford, 1954; y Jean CHESNEAUX, *Contribution à l'histoire de la nation vietnamienne*. París, 1955. Desde Filipinas, tropas españolas acompañaron a las francesas cuando acudieron a Annam en defensa de los misioneros. La expedición española volvió pronto a su punto de origen. Existe un relato interesante de esta aventura, realizado por uno de los dominicos —el Padre Gainza— que acompañaron a los soldados. Recientemente ha sido editado, después de permanecer más de un siglo en el olvido: Francisco GAINZA O.P., *Cruzada española en Vietnam. Campaña de Cochinchina*. Madrid, 1972. La edición e introducción son de Fidel Villarroel O.P. La vinculación de estas empresas colonizadoras con la misionización —no sólo en el caso de Indochina— aconsejan manejar la completa obra de S. DELACROIX, *Histoire Univer-*

*selle des Missions Catholiques.* Mónaco, 1959. La evolución de Africa, en un contacto dispar con los europeos hasta bien avanzado el siglo XIX, es expuesta de forma somera pero clara por R. OLIVER y A. ATMORE, *Africa since 1800*. Cambridge, 1967. Su estudio se puede completar con Ante DIOP, *L'Afrique noire pré-colonial.* Paris, 1960. John MARLOWE expone la historia de cómo se logró hacer el canal de Suez: *The Making of Suez Canal.* Londres, 1964. Para entender bien estos acontecimientos puede ser oportuna la consulta de Tom LITTLE, *Modern Egypt.* Nueva York, 1967; y más ampliamente la de Wilfred CANTWELL SMITH, *Islam in Modern History.* Princeton, 1957. Para el caso de Marruecos se puede utilizar Jean Louis MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe, 1830-1894.* París, 1963. De las tensiones casi constantes entre británicos y *boers* en el Africa austral se han ocupado Chiara ROBERTAZZI, *Breve storia del Sud Africa.* Florencia, 1959; y Charles-André JULIEN, *Histoire de l'Afrique blanche.* París, 1971.

**4. México: Juárez, Napoleón III y Maximiliano.** La interesante historia mexicana ha sido repetidamente narrada. Algo antiguas, pero siempre valiosas, las exposiciones de José VASCONCELOS, *Breve historia de México.* Madrid, 1952; Daniel Cossío VILLEGAS, *Historia moderna de México.* México, 1955; y Alfonso JUNCO, *Un siglo de México. De Hidalgo a Carranza.* Madrid, 1956. Más recientes, estas otras cuatro: C. ALVEAR ACEVEDO, *Elementos de historia de México.* México, 1963; C. M. IBARRA, *Historia de México.* Puebla, 1963; J. C. VALADÉS, *Historia del pueblo de México desde sus orígenes hasta nuestros días.* México, 1967; y V. VITA PALACIOS y otros, *Resumen integral de México a través de los siglos.* México, 1968. El Colegio de México ha publicado una *Historia general de México.* México, 1977[2], 4 vols.; su contenido es desigualmente valioso. Respecto a Benito Juárez, Ch. ALLEN SMART, *Juárez.* México-Barcelona, 1965, presenta una visión de conjunto. Una edición de los papeles de Juárez fue realizada con una introducción de A. López Mateos, selección y notas de J. L. Tamayo, bajo el título de *Documentos, discursos y correspondencia.* México, 1964. Un estudio breve y claro es el de José Antonio CALDERÓN QUIJANO, *Benito Juárez.* En *Forjadores del mundo contemporáneo II.* Barcelona, 1965[3]. En cuanto a la intervención francesa, cabe consultar C. SCHEFFER, *Los orígenes de la intervención francesa en México.* México, 1963. Una obra ya antigua expone las ilusiones y desventuras de los emperadores: E. C. CORTI, *Maximiliano y Carlota.* México, 1944.

**5. Japón.** El interés por Japón se incrementó de forma considerable en Europa y América a partir del momento en que la presión occidental obligó a que los japoneses abrieran sus puertos. La notable evolución posterior del Imperio del Sol Naciente ha hecho que ese interés no se debilite. Quizá esto explique el número elevado de obras que se han dedicado a profundizar en su historia. Aquí se apuntan sólo las más asequibles y claras: Richard STORRY, *A History of Modern Japan.* Londres, 1960; W. G. BEASLEY, *The Modern History of Japan.* Nueva York, 1963; George B. SAMSON, *A History of Japan.* Londres, 1964, 3 vols.; J. LEQUILLER, *Le Japon.* París, 1970; y Michel VIÉ, *Histoire du Japon des origines à Meiji.* París, 1971. La lectura del estudio de W. G. BEASLEY, *Great Britain and the Opening of Japan, 1834-1858.* Londres, 1951, ilustra sobre los medios que Occidente empleó para obligar a Japón a romper su deliberado aislamiento.

# VIII. Las guerras de la unidad nacional

*La unidad de Italia en torno a Piamonte*

*La guerra civil americana*

*Las guerras prusianas*

Es frecuente hablar de los años de paz en los que vivió el mundo entre 1815 y 1914. Una afirmación que puede ser aceptada en líneas generales si se compara el siglo XIX con los belicosos siglos XVIII y XX, pero que precisa de matices obligados pues los conflictos pequeños fueron relativamente continuos en América, en Asia, en Africa y también en Europa. Es verdad que en el siglo XIX, entre las fechas indicadas, sólo tuvo lugar un gran conflicto internacional con participación de las grandes potencias, que fue la guerra de Crimea. Pero para el futuro del mundo quizá tuvo más importancia el conjunto de guerras que vinieron a converger en la década de los sesenta. Guerras de distinta intensidad, en escenarios a veces próximos o muy alejados, pero que todas ellas obedecieron a un mismo objetivo: la consolidación de la unidad nacional.

## 1. La unidad de Italia en torno a Piamonte

*La segunda guerra de independencia*

Rechazado por Piamonte el *ultimátum* austríaco que le exigía desmovilizar en tres días, las tropas imperiales —mandadas por Gyulay (1798-1868), e integradas fundamentalmente por contingentes húngaros y croatas— iniciaron la guera (29-IV-1859). Los austríacos no supieron aprovechar su inicial superioridad numérica y permitieron que los franceses se unieran al ejército sardo. Los aliados dispusieron así de 180 mil hombres (más los voluntarios que mandaba Garibaldi, los Cazadores de los Alpes) frente a los 120 mil imperiales que entraron en Piamonte. El primer encuentro tuvo lugar en Montebello (20-V) y fue una victoria aliada que les abrió el camino de Milán. El 30 los piamonteses rechazaron un ataque austríaco en Palestro. El 4 de junio tuvo lugar la indecisa batalla de Magenta que Mac-Mahon transformó en victoria al derrotar a los austríacos en Turbigo. Cuatro días más tarde (8-VI) los dos soberanos, Víctor Manuel II y Napoleón III, entraron triunfalmente en la capital de Lombardía.

*Los movimientos populares*

Pero para esas fechas la situación internacional había evolucionado en una dirección muy distinta de la prevista en las conversaciones de Plombières. Nada más iniciarse la guerra, los liberales toscanos habían destronado una vez más al gran duque Leopoldo, que abandonó Florencia donde se instaló un gobierno provisional presidido por Benito

Ricasoli, partidario decidido de anexionar Toscana a Piamonte. Después de Magenta fueron igualmente destronados los duques de Módena y Parma; y la Romaña y las Legaciones fueron sublevadas contra el Papa. Piamonte, al mismo tiempo, se incorporó unilateralmente Lombardía.

*El armisticio de Villafranca*

Los austríacos además se aprestaron a la resistencia, entre los ríos Mincio y Adigio, respaldados por el "cuadrilátero" (las fortalezas de Pescara, Verona, Leñano y Mantua). Allí tuvo lugar (24-VI) la sangrienta batalla de Solferino, con más de 40 mil bajas, entre muertos y heridos. Fueron los resultados trágicos de esta batalla los que llevaron a Henri Dunant (1828-1910) a concebir la necesidad de una institución como la Cruz Roja, fundada poco después. En un orden de cosas distinto, la victoria de Solferino preocupó a los Estados alemanes: no deseaban la hegemonía francesa y, para prevenirla, Prusia movilizó 400 mil hombres sobre la línea del Rin. Pero también en Francia la opinión pública se mostró vacilante: los católicos estaban escandalizados ante los atentados contra

**Víctor Manuel II, "il rè galantuomo" (1820-1878).** *En el campo de batalla de Novara (23-III-1849), después de la victoria de las tropas austríacas que mandaba el mariscal Radetzky, Víctor Manuel de Saboya recibió de su padre, el rey Carlos Alberto I, una doble herencia: la corona del reino de las Dos Cerdeñas y el Estatuto Real —una Carta otorgada— que el mismo Carlos Alberto había concedido a sus Estados el 8 de febrero de 1848, una de las primeras consecuencias de los hechos revolucionarios que agitaron a Europa por esos años. El nuevo rey, Víctor Manuel II, había nacido en Turín, la capital de Piamonte, el 14 de marzo de 1820. Y murió en Roma, la capital de Italia, a los 58 años, un 9 de enero de 1878. Su vida sintetiza el proceso de la unidad del nuevo Estado. Se dice que recibió una severa educación religiosa y militar. No puede afirmarse que le acompañase la fortuna en la guerra. La única campaña en la que participó de forma relativamente activa —la guerra con Austria, en 1866— se zanjó con la derrota de Custozza, sólo compensada por la victoria de su aliada —Prusia— en Königgrätz. En cuanto a la formación religiosa, Víctor Manuel II se encontró con el problema no pequeño de cómo conciliar la unidad de Italia con la existencia, en el centro de la península, de unos Estados Pontificios en los que además se encontraba Roma. Pues la Ciudad Eterna era la capital lógica del nuevo Estado, la ambición comprensible de todos los patriotas, por más que se procurara encubrir con vistas a los precisos apoyos internacionales. Más aún que Víctor Manuel II, los dos hombres claves de la unidad de Italia fueron Cavour y Garibaldi. El primero por la energía con que supo, durante sus casi diez años de gobierno, orientar toda su política hacia ese objetivo. Y Giuseppe Garibaldi por el arrojo —a veces un tanto ingenuo— con que, una y otra vez, recurrió a las armas para conseguir el mismo resultado. Sin estos apoyos y estímulos quizá Víctor Manuel no hubiera conseguido llegar a ser rey de Italia, por lo mismo que su atención estuvo con frecuencia volcada en otras cuestiones. El rey, viudo desde 1855, contrajo en 1868 matrimonio morganático con Rosa Vercellone, a la que con anterioridad había hecho condesa de Mirafiori y Fontefredda.* (Giraudon. París.)



los Estados Pontificios; el ministro de Asuntos Exteriores, Walewski, insistió en que Piamonte estaba rebasando el proyecto inicial; y además una posible campaña de invierno se presentaba dura e incierta. Por todas estas razones Napoleón III se decidió a entablar conversaciones con los austríacos y celebró una entrevista con Francisco José, en Villafranca (8-VII), donde quedó concertado un armisticio.

*Las inconsecuencias de Napoleón III*

Lombardía fue cedida por Austria a Francia para que ésta la entregara a Piamonte. Pero se estipuló igualmente que los soberanos destronados deberían ser restaurados y que en la península debería crearse una Confederación, presidida por el Papa, y que integraría también a Venecia. De esta forma Austria seguiría estando presente en Italia. A pesar de las presiones de Cavour, profundamente irritado con Napoleón, pues éste no había cumplido el acuerdo de llegar hasta el Adriático, Víctor Manuel aceptó el armisticio. Cavour dimitió (10-VII-1859) y en Turín formó gobierno Ratazzi. Garibaldi, después de Villafranca, intentó dirigirse con sus hombres contra los Estados Pontificios, pero el gobierno de Turín se lo impidió. Todo esto no hizo sino devolver un cierto prestigio a Mazzini, que siempre había advertido que no había que confiar en el emperador francés.

*El precio de los plebiscitos*

En esta situación y para bloquear a Mazzini, Cavour decidió aceptar la llamada que le dirigió Víctor Manuel (16-I-1860) y formó un nuevo gobierno (20-I). La llegada de los *whigs* al Poder en Gran Bretaña había introducido un nuevo factor en el concierto internacional. Los liberales británicos eran partidarios de un Estado fuerte en el Mediterráneo que contrapesara la presencia francesa en Argelia y sus triunfos recientes en Crimea. Cavour viajó a París donde se entrevistó con Napoleón III y con el que llegó a un nuevo acuerdo. A cambio del respaldo francés para que Piamonte se incorporara los pequeños Estados de Italia central que habían expulsado a sus soberanos —una medida que suponía la violación del armisticio de Villafranca—, Cavour ofreció a Napoleón entregarle Niza y Saboya, las adquisiciones territoriales ya pactadas en Plombières y a las que Napoleón había renunciado al no haber conseguido llevar a Piamonte hasta el Adriático. El emperador aceptó. Las Asambleas constituyentes convocadas en Parma, Módena, Toscana y la Romaña eligieron todas ellas a Víctor Manuel como rey (III-1860). Los correspondientes plebiscitos —que, en palabras de Cavour, dieron "un resultado maravilloso"— ratificaron estos acuerdos. Piamonte alcanzó así los once millones de habitantes previstos en Plombières, pues la Italia central compensó a Venecia. El 24 de marzo se firmó en Turín el traspaso de la soberanía de Niza y Saboya a Francia, a reserva de un plebiscito (IV-1861) que resultó lógicamente favorable al acuerdo. Y el 2 de abril de 1860 pudo inaugurarse en Turín el nuevo Parlamento de la Italia septentrional y central. Después de la guerra de 1859, en Italia sólo quedaron fuera del dominio de Piamonte tres zonas: Venecia en el noreste, Roma en el centro y el sur ocupado por el reino de las Dos Sicilias.

*Garibaldi y el partido de la Acción*

La cesión de Niza y Saboya a Francia produjo una nueva crisis en la mayoría parlamentaria que apoyaba a Cavour, que se tradujo en el auge del llamado partido de la Acción, que eligió como su jefe a Garibaldi. Fue este partido el que concibió la idea de

una operación audaz sobre el reino de las Dos Sicilias, netamente popular y sin apoyo extranjero, que devolviera al *Risorgimento* el prestigio perdido en los últimos acuerdos. En Nápoles había muerto (20-V-1859) Fernando II. El trono lo ocupaba su hijo Francisco II (1836-1894), no muy bien dotado para el gobierno. Muchos de los dirigentes principales del partido de la Acción eran sicilianos. Y en Sicilia se desencadenó una insurrección revolucionaria contra Francisco II que fue el pretexto para la intervención de Garibaldi.

*La expedición de los "Mille"*

Crispi, otro de los futuros primeros ministros de Italia, dio el último empujón a Garibaldi. El gobierno de Turín cerró los ojos ante los preparativos. Y el 5 de mayo de 1860 salió de Génova la expedición de los *Mille:* Garibaldi, con sus mil voluntarios con camisas rojas, que llevaban un total de 1.500 armas. El desembarco en Sicilia tuvo lugar en Marsala. El 15 de mayo los garibaldinos batían a un cuerpo de ejército napolitano en Calatafimi. El 27 tomaron Palermo, tras un duro combate. Allí Garibaldi formó un gobierno provisional que estableció la dictadura en nombre de Víctor Manuel II. Garibaldi, que se proclamaba republicano y socialista, tenía como ideal de gobierno una dictadura "sin Parlamento y con poca libertad".

*La toma de Nápoles*

En Milazzo fueron de nuevo derrotadas las tropas reales. Garibaldi ocupó Mesina y toda la isla quedó bajo su autoridad. El 20 de agosto cruzó el estrecho y puso pie en el continente. El 7 de septiembre entró en Nápoles, mientras Francisco II se refugiaba en Gaeta. Y ante el estupor de toda Europa y la indignación de los legitimistas y católicos de todo el mundo, manifestó su decisión de invadir los Estados Pontificios y llegar a Roma.

*La entrevista de Teano*

Fue en este momento cuando intervino Cavour. Si el gobierno piamontés no se había dado por enterado de los preparativos de los *Mille,* no podía seguir ignorando los avances de Garibaldi. Cavour temió una posible intervención franco-austríaca en defensa del Papa. Con el apoyo de Gran Bretaña, convenció a Napoleón III de que fuera Víctor Manuel el que detuviera a Garibaldi antes de que éste atacara Roma. Unas oportunas sublevaciones en las Marcas y Umbría permitieron a Cavour ordenar la invasión de los Estados Pontificios. Las tropas del Papa intentaron detener a los piamonteses y fueron derrotadas en Castelfidardo (18-IX). Mientras, Garibaldi, tras derrotar de nuevo a los napolitanos en el río Volturno (2-X), organizó un plebiscito (21-X) que proclamó la anexión de Nápoles a Piamonte. El día 26 de octubre los piamonteses llegaron ante los garibaldinos y se produjo la entrevista de Víctor Manuel y el revolucionario. Garibaldi entregó su espada al rey y puso en sus manos sus conquistas. Con esta entrevista de Teano terminó el porfiado intento de los mazzinianos de construir una Italia republicana y democrática. Garibaldi, después de reconocer a Víctor Manuel como rey de Italia, se retiró a la pequeña isla de Caprera, en el noreste de Cerdeña, de la mitad de la cual era dueño. En el mismo mes de octubre de 1860 unos plebiscitos rápidamente organizados vincularon a Piamonte la isla de Sicilia, las Marcas y Umbría. El primer objetivo, después de la guerra del 59, quedaba cubierto.

*La agitación campesina*

Cosa distinta fue el establecimiento de un dominio real en los nuevos territorios anexionados. En Nápoles, apenas terminada la guerra, se produjo un movimiento de bandolerismo popular que obligó a que Piamonte mantuviera entre 90 y 120 mil hombres en el Mezzogiorno y Sicilia hasta 1865. Fueron varios los motivos que confluyeron en la sublevación generalizada, cuyo punto de partida fue la desaparición de la autoridad tradicional: la defensa de la Iglesia, el apego a la dinastía borbónica, los intereses particulares, las venganzas y, por supuesto, el descontento ante los nuevos dominadores de los que posiblemente se había esperado demasiado. Los napolitanos no deseaban tanto un gobierno mejor que el de los Borbones, sino un gobierno que gobernase menos y que recaudase menos impuestos.

*Víctor Manuel, rey de Italia*

No es aventurado afirmar que fue la expedición de los *Mille* la que indujo a Cavour a pensar en una inmediata unificación de Italia. Una vez que la expedición tuvo éxito, Camilo Benso, conde de Cavour, no perdió el tiempo. Se convocaron elecciones generales en el ampliado reino de las Dos Cerdeñas. La Cámara resultante estuvo integrada por 80 garibaldinos, un número más o menos similar de clericales y el resto, hasta un total de 443 diputados, fue la amplia mayoría con la que se dispuso a gobernar Cavour. La Cámara inauguró sus sesiones en Turín el 18 de febrero, y el 14 de marzo decidió la creación del reino de Italia. Víctor Manuel de Saboya fue proclamado "rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad de la nación". En mayo del mismo año, Italia fue reconocida por las grandes potencias —aunque no por Austria—: era un Estado de 22 millones de habitantes que unificó rápidamente la legislación por el procedimiento de extender a las nuevas provincias la que venía rigiendo en Piamonte.

*La Constitución*

Lo mismo se hizo con la Constitución. Aunque algunos hablaron de una Asamblea constituyente, Cavour se opuso. El Estatuto Real de Carlos Alberto pasó a ser la ley fundamental de la nueva nación. El Poder ejecutivo estaba en manos del rey, que nombraba y revocaba a los ministros y dirigía directamente la política exterior y las cuestiones militares. El legislativo era compartido por dos Asambleas: el Senado, directamente nombrado por el rey, y la Cámara de Diputados. En 1861 la fuerza del Senado había disminuido considerablemente y ya sólo aspiraba a retardar lo aprobado por la otra Asamblea. En cuanto al régimen electoral, estaba regulado por el censo: sólo podían ser electores medio millón de ciudadanos del nuevo Estado. Se calcula que por estos años en que se fraguó la unidad italiana, ejercían habitualmente su derecho unos 300 mil electores, es decir, aproximadamente el 2 % de la población total.

*El gobierno parlamentario*

El Estatuto volvió a ser declarado irreformable. Pero de hecho se dieron de él interpretaciones muy distintas. Podía ser "constitucional" o "parlamentario". A partir de 1861 fue principio indiscutible que el gobierno tenía que ser expresión de la mayoría de la Cámara, a pesar de que el Estatuto especificaba que la responsabilidad de los ministros era sólo ante el rey. Por todo esto la figura del monarca fue una pieza esencial en el nuevo Estado, pues hubo de convertirse en el enlace práctico entre el mundo de la política y el país real que vivía a espaldas de lo que se discutía en el Parlamento o decretaba el

gobierno. Como observó d'Azeglio, *"se Italia era fatta, bisognava ancora fare gl'Italiani"*. Las masas tendieron a refugiarse en los movimientos católicos o en los internacionalismos de distinto signo —socialismo marxista o anarquismo— que por esos mismos años comenzaron a extenderse por Italia.

*Contra los republicanos y contra los católicos*

Italia nació contra los mazzinianos republicanos y demócratas —las victorias de Giuseppe Mazzini en las sucesivas elecciones fueron siempre anuladas— y también contra los católicos. Ya en 1858 una anulación de actas a los católicos elegidos como diputados había provocado una de las frases claves de la política italiana de la segunda mitad del XIX. Don Margotti (1823-1887), director del principal periódico católico de Turín, escribió que los católicos no debían ser *né eletti né elettori*. La sugerencia sería convertida en norma después de la toma de Roma.

*La muerte de Cavour*

También recibió el nuevo Estado el librecambismo que había hecho la fortuna económica de Piamonte. El resultado fue la ruina de las empresas poco productivas y el que la vida industrial quedara concentrada en el triángulo formado por Turín, Milán y Génova. Pero otro acontecimiento importante le fue dado vivir a Italia en 1861: el 6 de junio, agotado por la intensidad de su vida política, murió Cavour. Fue una verdadera catástrofe. No dejó sucesores políticos, ni una mayoría estable que pudiera encauzar la gobernación del país. Sus herederos hubieron de enfrentarse con los tres grandes problemas ya detectados por Cavour pero que no tuvo tiempo de resolver: las relaciones con la Iglesia, la anexión de Venecia y de los Estados Pontificios, y la fusión efectiva entre el norte y el sur del nuevo Estado.

*El conflicto con la Iglesia*

La postura de Pío IX en relación a los Estados Pontificios fue recordada en la encíclica que publicó el 19 de enero de 1860, pocos días después de que Cavour volviera a presidir el Consejo de ministros de Piamonte. El Papa entendía que la independencia espiritual del Pontificado precisaba un Estado propio. No podía ceder los Estados recibidos de sus antecesores sin faltar a los juramentos prestados. Aunque también la postura de Cavour era ya conocida, la resumió una vez más en el discurso que pronunció ante el nuevo Parlamento de Italia el 27 de febrero de 1861. Si la Iglesia renunciaba al Poder temporal, el Estado renunciaría a su vez a las armas jurisdiccionales, es decir, al regalismo. Cavour no quería un Concordato, sino un "acuerdo sobre la base de la libertad". Y añadió: "Nosotros creemos que se debe introducir el sistema de la libertad en todas las partes de la sociedad religiosa y civil: [...] Nosotros estamos dispuestos a proclamar en Italia este gran principio: libre Iglesia en libre Estado." Lo que podría denominarse una respuesta a esta tesis llegó, ya muerto Cavour, a través de la nueva intervención del Papa: la encíclica *Maxima quidem* (9-VI-1863) leída ante una gran asamblea de obispos reunidos en Roma para asistir a la canonización de los mártires del Japón y que aprobaron plenamente el contenido de este documento. Pío IX denunciaba en la encíclica los errores racionalistas y materialistas, y proclamaba su decisión de seguir defendiendo su Poder temporal.

*El reformador Ricasoli*

No parece que hubiera camino para un acuerdo posible. Aunque también es verdad que los sucesores de Cavour no se molestaron mínimamente en buscarlo. El primero de ellos fue Benito Ricasoli (1809-1880), un noble toscano, gran propietario, que carecía por completo de "il tatto del possibile" tan característico de Cavour. Aunque se proclamaba católico, era en realidad un jansenista, viejo heredero del obispo Scipione Ricci y como él, empeñado en conseguir una reforma de la Iglesia. Chocó con los católicos y, por razones distintas, chocó también con el rey. Víctor Manuel añoraba el Poder personal de sus primeros años de reinado y se avenía mal con los nuevos usos parlamentarios. Pero aún tuvo fuerzas para derribar a Ricasoli y colocar en su lugar a Urbano Ratazzi (1808-1873). Este había sido uno de los lugartenientes de Cavour, quien lo tenía por hombre sin principios ni firmeza, pero con una gran habilidad para la maniobra política.

*El engaño de Aspromonte*

Así fue. Logró integrar en su gobierno a Quintino Sella (1827-1884), que dirigía la derecha parlamentaria, y a Agostino Depretis (1813-1887), que encabezaba la izquierda. Ratazzi fue además el hombre que alentó —aunque no de forma oficial, por supuesto— a Garibaldi para que, ya que no se podía intentar nada contra Venecia, procurara por la fuerza ocupar Roma. En julio de 1862, el audaz e ingenuo Garibaldi saltó desde Palermo al continente, al frente de la Guardia Nacional, al grito de *"Roma o morte!"*. Al iniciarse la nueva expedición el ejército y la marina reales permanecieron pasivos. Pero en cuanto fue conocida la aventura, llegó a Turín la protesta de Napoleón III, que mantenía en Roma una guarnición desde 1849. Ratazzi, que se encontraba en el fondo de toda la maniobra, hubo de ordenar al general Cialdini (1811-1892) —que estaba al frente del ejército de ocupación piamontés en Nápoles— que cortara el paso al revolucionario y a sus camisas rojas. Y un atónito Garibaldi se encontró en Aspromonte (29-VIII-1862) atacado por las tropas reales. En el combate —más bien una simple escaramuza— hubo diez muertos, pero el mismo Garibaldi fue herido y hecho prisionero. El escándalo fue considerable: Ratazzi fue destituido y Víctor Manuel, en cuanto pudo, amnistió a los garibaldinos. El nuevo primer ministro fue Luigi Carlo Farini (1812-1866). Sólo estuvo al frente del gobierno tres meses pues, en un estado avanzado de desequilibrio mental, llegó a amenazar a Víctor Manuel con un revólver cuando el rey se negó a declarar la guerra a Rusia.

*La Convención de 1864*

Después de estos sobresaltos, un nuevo gobierno fue formado por el bolonés Marco Minghetti (1818-1886), moderado, no apasionado por la unificación, y políticamente más a la derecha que Ratazzi. Minghetti volvió a intentar resolver la cuestión romana por la vía ya explorada por Cavour, de la negociación con Napoleón. Y se llegó a la Convención de 15 de setiembre de 1864. El emperador se comprometió a retirar la guarnición francesa de Roma en un plazo de dos años —antes había afirmado que la conservaría hasta la muerte de Pío IX— a cambio de que Italia se comprometiera a respetar y defender los Estados Pontificios y a responder de parte de su deuda pública. Por una cláusula secreta se especificó que el gobierno de Turín debería buscar en un plazo de seis meses una nueva capital y que ésta no debería ser Roma.

*El problema de la capitalidad de Italia*

Era ya un viejo problema el de la capital del nuevo Estado. Cavour no había querido ni a Turín ni a Roma. Minghetti, junto a otros ministros de su gabinete, se inclinaba por Nápoles, aunque eran conscientes de que esta elección sería insoportable para Sicilia. En la duda se escogió Florencia. Apenas conocida la elección se produjo la sublevación de Turín y el rey, por telegrama, destituyó a Minghetti y designó como primer ministro al general Alfonso Lamarmora (1804-1878). En este ambiente tan movido llegó la noticia de la publicación (8-XII-1864) de la encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus,* dos serios y ponderados documentos pontificios en los que Pío IX delineaba el contenido doctrinal del liberalismo y tomaba postura decidida contra él. La cuestión romana seguía plenamente abierta. Y para muchos nacionalistas doctrinarios, a pesar de los manejos del gobierno, Roma era imprescindible para que Italia llegara a ser una nación.

*El anticlericalismo*

Por lo demás, si el Estatuto Real indicaba que la religión católica era la religión del Estado, muchos de los dirigentes del *Risorgimento* eran —y se comportaban— como deístas, escépticos, cuando no como herejes. Para Mazzini y Garibaldi había una incompatibilidad fundamental entre la Iglesia y el Estado. Seguidores de Mazzini, como Crispi (1819-1901) y Bixio (1821-1873), se encargaron de atizar el anticlericalismo. Por estos mismos años, Carducci (1835-1907) escribió, en su *Levia Gravia* (1861-1871), su *Inno a Satana,* en el que afirmaba que los patriotas no luchaban contra el Poder temporal del Papa, sino contra la religión.

*Las intrigas diplomáticas*

Esta tensión creciente entre la Iglesia e Italia fue, no aliviada, pero sí un tanto marginada por los nuevos problemas a los que se hubo de hacer frente. Cavour —que había dicho: *"Abbiam già altre volte conquistato il mondo; torneremo a farlo"*— había deseado una guerra general europea para que Italia jugara un papel destacado en el equilibrio político. Para ello había intrigado con Lajos Kossuth y Klapka (1820-1892) para provocar una insurrección de Hungría contra Austria. Diplomáticos italianos montaron un contrabando de armas en los Balkanes. Conocido el asunto, Cavour negó toda participación y echó la culpa a Garibaldi, aunque todas las municiones aprehendidas llevaban el sello del arsenal real de Génova. Por su parte Víctor Manuel intentó explorar diplomáticamente la posibilidad de recuperar Venecia. No era empresa fácil. El rey sabía el interés de Gran Bretaña por una Austria fuerte en aras de la estabilidad europea. Pero en Austria se pensaba que, ante la constante crisis financiera y la presión creciente de Prusia, podría ser bueno aplacar a Italia. Al no tener Austria e Italia relaciones diplomáticas se recurrió a negociaciones privadas que por el momento fracasaron.

*La aproximación a Prusia*

El primer ministro, el general Lamarmora, había a su vez iniciado conversaciones con Prusia. Seguía así una vieja idea de Cavour, compartida por Mazzini. Bismarck se estaba disponiendo a la guerra con Austria para eliminar al Imperio de la Confederación Germánica. En la entrevista que sostuvo con Napoleón III en Biarritz (11-X-1865), el emperador accedió a que Prusia se aproximara a Italia. Se firmó un tratado comercial entre Italia y la *Zollverein* y una alianza entre Italia y Prusia (8-IV-1866), por la que Italia se comprometió a ayudar a Prusia en caso de un conflicto entre ésta y Austria. En

ese mismo momento, las negociaciones privadas con Austria dieron un resultado inesperado: el Imperio se ofreció a ceder el Véneto a Italia, a cambio simplemente de la neutralidad italiana en la guerra ya inminente. Lamarmora tuvo que rechazar la generosa oferta austriaca pues ya estaba comprometido con Prusia y además quería también Trento. Ambición que no era compartida por Bismarck: Trento era territorio germánico.

*La tercera guerra de independencia*

Cuando estalló la guerra se pudo comprobar la imprevisión de Lamarmora. Italia tenía un ejército numeroso: 400 mil hombres, más que todo el ejército del Imperio británico. Un ejército ampliamente superior en número al austriaco. También la flota italiana era el doble que la imperial. Pero la organización y los mandos de estas tropas eran considerablemente deficientes. La campaña por tierra fue una catástrofe por el enfrentamiento

**Pío IX (1792-1878).** *Pío IX fue Papa durante casi 32 años: desde su elección el 16 de junio de 1846, como sucesor de Gregorio XVI, hasta su muerte el 7 de febrero de 1878. Este simple hecho permite comprender la amplitud e intensidad de las cuestiones a las que hubo de hacer frente. Además, su Pontificado coincidió con los años centrales del XIX, una época de intenso movimiento en las vidas y en las ideas: unos años en los que pasaron muchas cosas. Si en el orden intelectual el gran tema de ese tiempo fue el desarrollo y expansión de la ideología liberal, en el plano del dinamismo vital la cuestión por excelencia fue la del progreso. Desde esta perspectiva se atacó con dureza a Pío IX, al que se tachó de inmovilista, retrógrado, reaccionario, de enemigo, en definitiva, del progreso. Posiblemente algunos de los que así hablaron lo hicieron con un afán consciente de injuriar a la persona del Papa; pero —y esto es lo peor— la gran mayoría actuó impulsada por la pura ignorancia, por una falta elemental de reflexión sobre lo que era ese progreso, tan pregonado, del que el Papa era presentado como adversario. Si por progreso se entiende el simple cambio ciego —por más que a la variación se atribuyan propiedades taumatúrgicas— hay que decir que, efectivamente, Pío IX fue enemigo y adversario del progreso por puro sentido común. Pues los avances de la ciencia —un conocimiento mayor y más exacto de la naturaleza— y las conquistas de la técnica —un dominio acrecido sobre la materia— nada tienen que ver con la inmutabilidad esencial de la naturaleza humana. Cosa bien distinta es que, con el paso del tiempo, a la luz de la fe y con el empleo adecuado y esforzado de la inteligencia que el hombre ha recibido de Dios, pueda producirse una profundización en lo que esa naturaleza encierra y es, sin que por ello resulten alteradas las conquistas cognoscitivas anteriores. Esto no sólo "también" es progreso, sino que es el "único" progreso posible. En este sentido, y con toda exactitud, cabe afirmar que Pío IX, en su Pontificado, no sólo evitó valientemente la tergiversación que suponía el concepto vulgar de progreso, sino que, por encima de las críticas ignorantes o malintencionadas, hizo progresar de forma notable al hombre, tanto al indicar los errores que amenazaban con anularlo, como al insistir en las perspectivas que le aseguraban un verdadero desarrollo y crecimiento.*



continuo entre el propio Lamarmora y Cialdini, y de ambos con el rey. Según el Estatuto, Víctor Manuel era el comandante en jefe del ejército. Se empeñó en dirigir prácticamente la campaña y el resultado de la falta de conexión fue el desastre de Custozza (24-VI-1866). La derrota italiana quedó compensada por la victoria prusiana de Sadowa (3-VII), aunque inmediatamente llegó el descalabro marítimo de la batalla de Lissa (20-VII). Lo único positivo de esta guerra fue el avance de Garibaldi por el frente secundario del Tirol. Entre los voluntarios que le seguían estaba Arrigo Boito (1842-1918), el libretista de Verdi en *Otelo* y *Falstaff*, y Pirelli, el futuro creador de una de las grandes industrias italianas. La guerra terminó con el tratado de Praga, en agosto, entre Prusia y Austria, y el posterior tratado de Viena (3-X-1866), entre Italia y Austria. El Imperio cedió el Véneto a Francia. Un plebiscito organizado por ésta (21/22-X-1866) permitió transferirlo a Italia. Pero hubo que abandonar las pequeñas conquistas de Garibaldi en el Tirol. Por el mismo tratado de Viena, Austria reconoció oficialmente al reino de Italia. Así terminó la tercera guerra de independencia: los gastos militares incrementaron un *déficit* que ya equivalía al 60 % del presupuesto general del Estado. Y la opinión pública se sintió profundamente defraudada: decayó la confianza en el ejército y en el mismo Víctor Manuel.

*La sublevación de Palermo*

Fue en Sicilia donde se registró el brote más agudo de descontento. En septiembre de 1866 bandas armadas convergieron sobre Palermo, ocuparon la ciudad y redujeron a los tres mil soldados de la guarnición, a los gritos de *"Viva Francesco secondo!"*, *"Viva la Repubblica!"* y *"Viva Santa Rosalia!"*. Era presidente del Consejo de ministros Benito Ricasoli desde junio del mismo año, fecha en que Lamarmora había dimitido para poderse dedicar a la guerra con Austria. Legítimamente sorprendido el gobierno ante la amplitud de miras de los rebeldes palermitanos, envió a la isla al general Cadorna (1815-1897) con un ejército que, en colaboración con el alcalde de Palermo, marqués Di Rudini (1839-1908), sometió al gobierno provisional —compuesto por seis príncipes, dos barones y un monseñor. Di Rudini actuó con dureza. Detuvo al arzobispo de Monreale y a otros muchos eclesiásticos. Varios centenares de frailes sicilianos partieron para el exilio en Génova. Todo esto tuvo el complemento de que el ejército expedicionario llevó el cólera a Palermo y hubo más de siete mil víctimas.

*La legislación eclesiástica italiana*

Pero con Ricasoli, siempre deseoso de contribuir a la reforma de la Iglesia, se había puesto de nuevo en marcha la legislación eclesiástica italiana. Por una ley, aprobada el mismo año 66, se decretó la disolución de casi todas las órdenes y congregaciones religiosas y la consiguiente confiscación de sus bienes. Ya con anterioridad habían sido suprimidos unos 13 mil entes eclesiásticos. La nueva ley suprimió otros 25 mil. La razón que se dio para el despojo fue que el Estado había asumido la labor de instrucción y beneficencia hasta entonces realizada por la Iglesia. Y aunque se dejaron intactos los bienes parroquiales, los obispos y cabildos hubieron de ceder sus propiedades, de las que sólo se les permitió conservar un 5 %. El clero quedó convertido en un funcionariado. Los seminaristas, sometidos al servicio militar. Y el nuevo Código civil sólo reconoció el matrimonio civil. Los bienes confiscados fueron lanzados al mercado de golpe, lo que produjo su depreciación. Se calcula que en 1880 se habían vendido a bajo precio

casi medio millón de hectáreas y que el Estado había dilapidado su mayor reserva de capital. El beneficio de estas ventas fue casi en exclusiva para los financieros y los hombres de negocios. Y los latifundios se incrementaron en Italia. La desamortización tuvo aquí consecuencias muy similares a las registradas en Francia, España y Portugal.

*El pretendido acuerdo con la Iglesia*

A comienzos de 1867 Ricasoli preparó un proyecto de acuerdo entre la Iglesia y el Estado, aunque no se llegó a discutir pues, derrotado en las elecciones, tuvo que ceder su puesto, en marzo, a Urbano Ratazzi. En este proyecto reformador de Ricasoli, el Estado renunciaba a todo control e injerencia en el nombramiento de cargos eclesiásticos, a cambio de que la Iglesia renunciara igualmente a la inmunidad y a todos sus privilegios. El Derecho canónico se convertiría en el estatuto particular de la Iglesia que, además, debería alienar todo su patrimonio. El producto de la venta pasaría a los obispos y éstos lo emplearían en el cuidado de las comunidades diocesanas.

*La nueva intentona de Garibaldi*

Ratazzi formó gobierno apoyado en lo que se denominaba izquierda constitucional. Al que ya había presidido los desastres de Novara y Aspromonte le iba a corresponder ahora dirigir una nueva catástrofe que también tendría como víctima a Garibaldi. A finales de 1866 la guarnición francesa de Roma se había retirado, conforme a la Convención de 1864. Casi de inmediato Garibaldi comenzó la recluta de voluntarios, siempre deseoso de demostrar que Italia podía alcanzar la unidad sin recurrir al auxilio extranjero. Terminaba el verano del 67 cuando bandas armadas que dirigía Garibaldi comenzaron a concentrarse en las fronteras de los Estados Pontificios, a la espera de la sublevación de los súbditos del Papa. Esta sublevación no se produjo, pues los campesinos de los Estados Pontificios no sentían la menor necesidad de ser liberados.

*Mentana (1867)*

Napoleón III protestó. El gobierno de Florencia arrestó a Garibaldi y lo envió a Caprera. El revolucionario, no vigilado en su isla, volvió de inmediato al frente. En ese momento Víctor Manuel intentó un cambio y ordenó a sus tropas que persiguieran a los rebeldes. Pero los franceses ya habían vuelto a desembarcar en Civittavecchia (27-X) y el general De Failly (1810-1892) advirtió a Cialdini que mantuviera quietas a sus tropas. El encuentro entre franceses y garibaldinos tuvo lugar en Mentana (3/4-XI-1867). Los revolucionarios fueron completamente derrotados. Para mayor confusión, Garibaldi no se recató en declarar que la expedición fracasada había sido alentada por Ratazzi. Se contaba con la sublevación de los Estados Pontificios que serviría de pretexto para una intervención de las tropas italianas a fin de restablecer el orden. Ratazzi, que ya había dimitido ante estos sucesos, lo negó públicamente. Pero Víctor Manuel no vaciló en confirmárselo a los embajadores británico y francés. Mentana fue el final de la carrera política de Urbano Ratazzi, que fue sustituido al frente del gobierno por el senador saboyano, general Menabrea (1809-1896). Víctor Manuel había vuelto a apoyarse en el partido de la Corte.

*Las dificultades de Hacienda*

Fue 1868 un paréntesis respecto a la cuestión romana. Los gobiernos italianos tuvieron que consagrarse a resolver el gravísimo problema de la Hacienda. El Estado unificado gastaba más que todos los anteriores Estados juntos. La deuda pública —que ascendía

en 1861 a 2.450 millones de liras– en 1866 era ya más del doble. Al año siguiente Víctor Manuel, enfermo, se casó con su amante y solicitó urgentemente del Papa, por telegrama, la bendición apostólica. Recuperado, prosiguió su actividad internacional que estaba dirigida por entonces a fortalecer su alianza con Francia, lo que implicaba la exclusión de todo nuevo intento de marchar sobre Roma.

*La toma de Roma*

Estas maniobras pusieron a Italia, en 1870, al borde de la guerra con Prusia y junto a Francia. Iniciado el conflicto franco-prusiano, la guarnición de Roma fue retirada por Napoleón pues precisaba esas tropas para el frente del Rin. Víctor Manuel, que confiaba en la victoria francesa, se mantuvo en calma. Pero los descalabros iniciales napoleónicos precipitaron los acontecimientos. El 29 de agosto de 1870 el gobierno italiano, mediante una declaración pública, se manifestó dispuesto a ocupar Roma, indefensa; al Papa se le dejaría tan sólo la Città Leonina. El gabinete Lanza –que había sustituido a Menabrea– ordenó al ejército iniciar su avance el 9 de septiembre. El 15 capituló Civittavecchia. Y el día 20, tras el cañoneo de las murallas romanas por las baterías del general Pelloux (1839-1924) –otro futuro primer ministro al que ahora, por la precisión de su tiro, se le concedió la Cruz de Guerra–, las tropas italianas, mandadas por el general Cadorna, entraron en Roma por la brecha de la Porta Pía. Cinco días más tarde, Antonelli, el cardenal secretario de Estado, rogó a Cadorna que sus tropas ocuparan también la Città Leonina. Las autoridades pontificias temían no contar con los medios precisos para mantener el orden. Esta pequeña guerra produjo la muerte de 19 soldados pontificios y 49 italianos.

*Roma, capital de Italia*

El 9 de octubre de 1870 un oportuno plebiscito confirmó la incorporación del Lacio –a eso habían quedado reducidos los Estados Pontificios– al Estado italiano. Ya en 1871 el gobierno italiano hizo aprobar una ley de Garantías (13-III) que el Papa rechazó dos meses más tarde, mediante la encíclica *Ubi nos* (15-V). Y el 1 de agosto de este mismo año 71 Roma pasó a ser la capital de Italia. Fue así como se dio el tercer paso –primero, el reino de las Dos Sicilias; luego, el Véneto; ahora, Roma– a partir de los resultados de la segunda guerra de independencia de 1859. Sólo quedaban fuera de la soberanía de Italia los denominados territorios irredentos: Trentino y Tirol, Trieste y la costa dálmata.

## 2. La guerra civil americana

*El sur: algodón y esclavos*

El clima y la tierra del sur de los Estados Unidos resultaron favorables para los cultivos en gran escala, lo que condujo a la gran propiedad y a la utilización de esclavos como mano de obra. Las plantaciones de algodón avanzaron hacia el oeste de los Estados sureños y la esclavitud garantizó mano de obra barata. Cincuenta años después de que Whitney inventara la desmotadora de algodón (1793), la esclavitud había llegado hasta Texas. El sur presentaba marcados contrastes con el norte. La sociedad sudista era, en

líneas generales, patriarcal, conservadora y estratificada; el anglicanismo de los plantadores se combinaba con una cierta tendencia al hedonismo. Por contraste, la sociedad del norte era más urbana e industrial; apreciaba la movilidad social y los valores del progreso. El sentimiento religioso era más intenso en el norte que en el sur.

*Los movimientos antiesclavistas y el compromiso de Missouri*

Las campañas para la abolición de la esclavitud tomaron mucho auge a partir de 1830. La Sociedad Americana Antiesclavista se fundó en 1833, y en 1840 se habían organizado dos mil sociedades subsidiarias que encuadraban cerca de 200 mil adherentes. El tema de la esclavitud abrió el camino a un creciente antagonismo entre el norte y el sur, que encubrió el choque de otro tipo de intereses. Como el pueblo americano había sido educado en la convicción de que cada Estado tenía derecho a decidir por sí mismo en sus asuntos internos, la cuestión de la esclavitud, aun en opinión de muchos nordistas, debía quedar a la decisión de los distintos Estados. Las discusiones se centraron en la posibilidad de introducirla en los nuevos espacios que se añadieran al marchar hacia el oeste. El compromiso de Missouri (1820), que estableció que la esclavitud podría mantenerse al sur del paralelo 36° 10', no pudo evidentemente tener en cuenta que se ganarían territorios en la guerra con México (1846-1848) y en Oregón (1848). Cuando se produjo la anexión de Texas a la Unión (1845), se compensó con la incorporación de Iowa, en 1846; y así se mantuvo el equilibrio en el Senado entre Estados libres y Estados esclavistas.

*La esclavitud en los nuevos Estados*

David Wilmot (1814-1868), un demócrata de Pennsylvania, presentó en el verano de 1846 una propuesta para que se prohibiese la esclavitud en todos los territorios que se pudieran adquirir a consecuencia de la guerra con México. La consecuencia principal de la *Wilmot Proviso* fue vincular la polémica esclavista con el tema de los nuevos Estados posibles. Dejando de lado la esclavitud ya existente en el sur, la propuesta intentaba impedir que se extendiera hacia el oeste. La *Wilmot Proviso* fue aprobada por la Cámara y rechazada por el Senado durante tres años consecutivos.

*La presidencia del general Taylor*

Tres candidatos concurrieron a las elecciones de 1848. Cass —senador por Michigan y portavoz del noroeste— consiguió la reunificación del partido demócrata replanteando la posible solución del tema esclavista: que los que colonizasen las nuevas tierras decidiesen por sí mismos si querían o no tener esclavos. Van Buren, un demócrata disidente, se presentó por el nuevo partido *Tierra Libre,* que quería suprimir la esclavitud en el oeste. Los *whigs,* divididos en el tema de la esclavitud, eligieron como candidato al general Taylor (1784-1850), un virginiano héroe de la guerra con México, propietario de esclavos y de ideas políticas desconocidas. Taylor venció en las elecciones por su prestigio militar. No se sabía cuál sería su postura ante la cuestión de la esclavitud.

*La crisis californiana*

El descubrimiento del oro en 1848, en el valle de Sacramento, provocó una verdadera "fiebre". Sólo en 1849 llegaron a California 80 mil mineros. El rápido incremento de la población exigió una organización de la autoridad; como la controversia sobre la *Wil-*

*mot Proviso* no permitía por el momento la integración de California en la Unión, los mineros constituyeron sus propios órganos de gobierno. El mismo año 49, una Convención de californianos solicitó del Congreso de los Estados Unidos su admisión como Estado no esclavista. El presidente Taylor recomendó la petición. Pero la reacción del sur fue inmediata: a California, por su posición geográfica, le correspondía admitir la esclavitud. Estaba por debajo del paralelo 36° 10'. John Caldwell Calhoun (1782-1850), que había provocado un intento de secesión de Carolina del Sur en tiempos de Jackson, convocó una reunión de Estados sudistas en Nashville, con el fin de discutir estos problemas y estudiar la posibilidad de separarse de la Unión. Frente a Calhoun, Clay, un político experimentado, propuso una solución de compromiso: que se admitiera a California como Estado no esclavista y que se concediera libertad a los territorios comprendidos entre Texas y California para decidir sobre la cuestión de la esclavitud. En el distrito de Columbia quedaría prohibido el comercio de esclavos. Las muertes de Taylor y Calhoun supusieron la desaparición de las posturas extremistas. El nuevo presidente de la Unión, Millard Fillmore, se pronunció por la solución de compromiso. El proyecto de Clay se convirtió en ley. Mientras tanto, continuaba la expansión hacia el oeste.

*La ley Douglas*

Para posibilitar la construcción de un ferrocarril trascontinental que uniera Chicago con el Pacífico, el senador demócrata por Illinois, Stephen Arnold Douglas (1813-1861), propuso al Congreso, en enero de 1854, un proyecto de ley para reorganizar las zonas por las que debería pasar la línea férrea. Estos territorios eran fundamentalmente Kansas y Nebraska; y ambos estaban al norte del paralelo 36° 10', es decir, por encima de la línea acordada en el compromiso de Missouri como límite máximo septentrional de la esclavitud. Douglas era antiesclavista, pero necesitaba los votos del sur para su proyecto: por eso propuso que en Kansas y Nebraska se dejara el tema de la esclavitud a la decisión del pueblo. La aprobación de la ley de Douglas supuso la vulneración del compromiso de Missouri: la discusión en torno a la esclavitud se introdujo en el seno de los partidos.

*El origen del partido republicano*

Sin otro nombre que el de *Anti-Nebraska Men* se formó un grupo, integrado principalmente por políticos del norte, desde Maine a Illinois, con el objetivo exclusivo de oponerse a Douglas en el tema de la esclavitud. Este grupo consiguió un triunfo notable en las elecciones para el Congreso en 1854, y pasó a llamarse partido republicano. No se proponía tanto atacar la esclavitud, como impedir su expansión. El éxito de los republicanos promovió una creciente dramatización del tema esclavista. Kansas se convirtió en un tópico emocional. Los abolicionistas consideraron un deber adelantarse a la colonización de Kansas y formaron asociaciones de emigrantes. Algunos sudistas respondieron marchando también a Kansas. Llegaron a producirse choques armados.

Toda esta agitación se vinculó estrechamente a las elecciones. El partido republicano preparaba su primera campaña presidencial y encontró en Kansas un buen símbolo. En las elecciones de 1856, y aunque los republicanos obtuvieron muy buenos resultados en los Estados del norte, venció James Buchanan (1791-1869), candidato del partido demócrata y defensor de la autonomía de los Estados frente al Poder federal, que había mostrado su identificación con el acta Kansas-Nebraska (la ley Douglas).

*La primacía de la legislación estatal*

Respecto a cómo se habría de determinar la postura ante la esclavitud de un nuevo Estado, se daban dos posibles interpretaciones. Unos consideraban que los primeros colonos, mediante su Asamblea territorial, podían excluir desde el inicio la esclavitud. Los demócratas del sur opinaban, por lo contrario, que la esclavitud sólo podía ser eliminada por la promulgación de la Constitución del Estado a que un determinado territorio diera lugar. Hasta que no llegase ese momento, el territorio debería permanecer abierto a la esclavitud. Esta segunda opinión estaba más conforme con la letra de la Constitución americana. Así lo confirmó una sentencia del Tribunal Supremo al juzgar el caso de un esclavo, Dred Scott, que reclamó su libertad por haber vivido durante años en un territorio no-esclavista. El fallo del Tribunal Supremo declaró que el Congreso no tenía poder para excluir o eliminar la esclavitud en ningún territorio; y que menos poder todavía tenían las Asambleas territoriales. La *Dred Scott Decision* convirtió, de hecho, en ley la interpretación sudista y declaró nulo el compromiso de Missouri.

*La crisis de Kansas*

La decisión sobre la esclavitud en el estado de Kansas seguía siendo un tema abierto. El presidente Buchanan intentó acelerar los trámites para convertir Kansas en Estado, a fin de que pudiera decidir de una vez su postura ante la esclavitud. Buchanan encargó a Robert J. Walker (1801-1869) la organización de una Convención constitucional. Walker, al llegar a Kansas, comprobó que la situación social estaba tan alterada que era de temer que resultara imposible el ejercicio de la soberanía popular. Se confirmó su previsión: los líderes sudistas del territorio controlaron de tal forma la Convención que los colonos nordistas se negaron a asistir. La Constitución elaborada en Lecompton declaró a Kansas Estado esclavista. Buchanan intentó que el Congreso aprobara la constitución. Pero la oposición nordista no cedió. Buchanan consiguió un compromiso: la Constitución sería sometida a la aprobación de los habitantes de Kansas. Cuando esto se llevó a cabo, fue rechazado el proyecto de Constitución esclavista.

*Abraham Lincoln*

En 1858 entró en la vida política Abraham Lincoln (1809-1865), al presentarse a las elecciones para el Senado frente al demócrata Stephen Arnold Douglas, el autor del Acta Kansas-Nebraska. Estaba en juego la representación del Estado de Illinois. Durante la campaña se hicieron famosos los debates públicos que sostuvieron ambos candidatos. El tema principal fue el de la esclavitud. Douglas ganó el escaño, pero la lógica de la argumentación de Lincoln llegó a muchos electores, y la difusión posterior de los debates hizo patente la talla política del candidato derrotado.

*"La cabaña del tío Tom"*

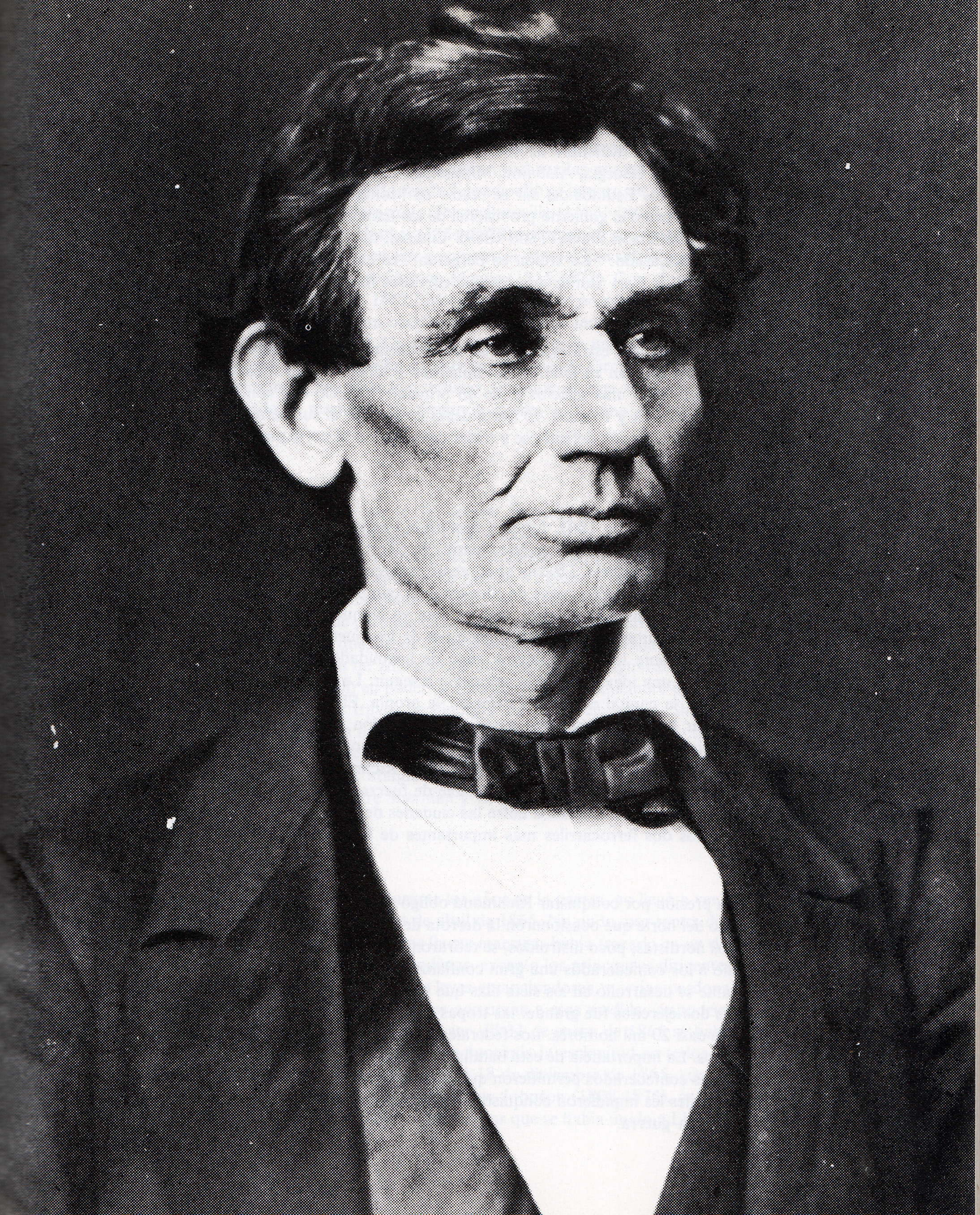
En paralelo con las luchas políticas, otros factores concurrieron a sensibilizar a la sociedad norteamericana sobre el tema de la esclavitud. Uno de ellos fue la publicación de la novela de Harriet Beecher-Stowe (1811-1896) *La cabaña del Tío Tom* (1851-1852). Fue un gran éxito editorial. Muchos ciudadanos se plantearon si la esclavitud —aunque no estuviese proscrita por la Constitución— podía ser compatible con la dignidad humana. La sentimental novela hizo crecer el número de los partidarios de la abolición de la esclavitud.

En 1860 la población de los Estados Unidos alcanzó los 31 millones de habitantes. Los Estados del norte fueron los más favorecidos por este incremento: eran los más ricos en recursos. En conjunto, en esos Estados vivían 19 millones de ciudadanos. La población del sur era de 12 millones, cuatro de los cuales eran esclavos. En los últimos años se habían incorporado a la Unión dos Estados abolicionistas: Minnesota (1858) y Oregón (1859).

*Las elecciones de 1860 y la reacción del sur*

Cuatro candidatos se presentaron a las elecciones presidenciales del 6 de noviembre de 1860: Stephen A. Douglas (demócrata del norte), Breckinridge (demócrata del sur), Bell (Unión Constitucional) y Abraham Lincoln (republicano). El vencedor de las elecciones fue Lincoln. Su victoria se debió a los votos de los dieciocho Estados antiesclavistas de la Unión. No recibió ningún voto de los Estados del sur. Los dirigentes suristas se die-

**Abraham Lincoln (1809-1865).** *Que la esclavitud, allá por sus orígenes remotos, hubiera podido tener un cierto sentido humanitario al evitar el aniquilamiento del enemigo vencido, no quita para que en los tiempos modernos, en el siglo XIX, por ejemplo, no fuera una verdadera vergüenza y lacra social, en cuanto negación deliberada de la igualdad radical —en la raíz— de todos los hombres. Puede olvidarse por un momento que, al tiempo en que se emprendía la gran lucha para eliminar la esclavitud, se estuvieran creando unas condiciones de vida tales —en los órdenes material e intelectual— que sugieren la perduración de esa misma esclavitud bajo formas distintas. En cualquier caso, la eliminación de la esclavitud formal es un logro innegable del siglo XIX. Por esto mismo todos los esfuerzos en favor de su eliminación son vistos con simpatía; y resultan consecuentemente enojosos los intentos de perpetuar dicha institución. La guerra civil americana (1861-1865) se suele presentar habitualmente como la gran lucha de parte de un pueblo por conseguir el respeto por la libertad y dignidad de todos los hombres que constituían ese pueblo. Lo cual es bastante verdad. Pero para comprender a fondo el acontecimiento terrible que siempre es una guerra, se deben tener en cuenta otros factores que también concurrieron en el enfrentamiento del Norte y del Sur. Fue una lucha contra la esclavitud; pero también fue el deseo de imponer un determinado modo de entender la vida. En defensa de la libertad de los esclavos; en defensa también de un concepto del hombre como ser autónomo, inmerso en una lucha por la mejora de las condiciones materiales de su vida. La razón capital que el mismo Lincoln dio para entrar en la guerra, frente a la secesión del Sur, fue su deseo de salvar la Unión. Era preciso que se mantuviera para asegurar la fuerza en un siglo para el que la fuerza lo era todo. Era preciso, en definitiva, llevar a buen término la revolución americana, mediante la homogeneización de toda la Unión. Al fin del régimen señorial en Europa correspondió el final de la sociedad de los Estados del Sur: una sociedad que, además, era esclavista. La fotografía de Abraham Lincoln es de 1860, el año en que por primera vez fue designado presidente. Reelegido en 1864, la victoria de Grant en Appomatox (9-IV-1865) puso fin a la guerra. Cinco días más tarde un perturbado ponía fin a la vida de Abraham Lincoln.*



ron cuenta de que los Estados abolicionistas eran ahora los árbitros del Poder. Ante esto, el 20 de diciembre de 1860, Carolina del Sur aprobó una ley de secesión, y fue seguida por Georgia, Alabama, Mississippi, Florida y Texas. Una Convención de delegados de los Estados del sur se reunió en Montgomery (Alabama), el 4 de febrero de 1861, y formó el gobierno provisional de los Estados Confederados de América presidido por Jefferson Davis (1808-1889). Lincoln, que al tomar posesión de la presidencia había declarado: "La Unión es perpetua", se encontró con una guerra inevitable. El cañoneo de Fort Sumter por los confederados marcó el comienzo de las hostilidades.

*La guerra de Secesión*

Las condiciones estratégicas de los contendientes diferían mucho. Los sudistas (confederados) estaban en inferioridad numérica y tenían menos recursos; pero sus cuadros militares eran más selectos y, en un principio, pareció que contaban con el apoyo de Gran Bretaña y Francia. El norte debía conquistar el sur para restablecer la Unión; al sur le bastaba con defenderse y tratar de desgastar al norte para que éste desistiera de la invasión.

*El bloqueo*

El 19 de abril de 1861, Lincoln decretó el bloqueo de los puertos sudistas. Contra el consejo del comandante en jefe federal, W. Scott, que consideraba necesario un ejército de 300 mil hombres, Lincoln se contentó con reclutar 75 mil voluntarios. Respecto a los puertos del sur, sólo nueve de ellos estaban comunicados con el interior por ferrocarril. En los últimos días de abril, seis estaban ya bloqueados. En contraste con el fallo del escaso reclutamiento inicial, el bloqueo de los puertos sudistas fue un gran acierto.

Durante los dos primeros años de hostilidades faltó tanto a nordistas como a sudistas una idea clara de la estrategia a seguir. La lucha se concentró en el intento de ocupar la capital enemiga y defender la propia. El general federal Scott propuso conquistar Nueva Orleans por medio de una acción militar y naval conjunta. Para ello, habría que formar dos ejércitos: uno que bajara por el Mississippi para cortar en dos los Estados del sur, y otro que operara sobre Richmond, la capital de los confederados, para retener el mayor número posible de fuerzas enemigas en Virginia. La zona más vital del sur se encontraba entre las ciudades de Atlanta y Chattanooga; por allí pasaban los dos ferrocarriles más importantes de la Confederación.

*Los primeros encuentros*

La presión por conquistar Richmond obligó a algunas decisiones precipitadas en el ejército del norte que ocasionaron la derrota de Bull Run, el 21 de julio de 1861. Los soldados nordistas, poco instruidos, se retiraron en desorden hacia Washington. Esta victoria dio a los confederados una gran confianza en su ejército. El siguiente encuentro importante se desarrolló en los siete días que siguieron al 25 de junio de 1862. El desgaste de los dos ejércitos fue grande: las tropas del Sur, mandadas por Lee (1807-1870), perdieron casi 20 mil hombres. Los federales tuvieron casi 10 mil muertos y seis mil desaparecidos. La importancia de esta batalla estribó en lo que pudo haber sucedido. Los errores de los confederados permitieron que el norte no perdiera su ejército; y los errores de los federales les impidieron conquistar Richmond, lo que muy posiblemente hubiera puesto fin a la guerra.

*Las campañas de 1862 y 1863*

Durante los dos años siguientes tuvieron lugar cinco batallas en la zona este: la segunda batalla de Bull Run (29/30-VIII-1862), en la que los federales sufrieron un fuerte desgaste; Antietam (17-IX-1862): las tropas de Lee fueron rechazadas por las federales de McClellan; Frederiksburg (13-XII-1862), donde Lee impidió el intento de penetración nordista en el territorio de la Confederación; Chancellorsville (1/4-V-1863), en la que Lee se adelantó al general nordista J. Hooker (1814-1879) y desbarató sus propósitos; y finalmente Gettysburg (1/3-VII-1863): en este encuentro el general Lee sufrió una fuerte derrota frente a las fuerzas de Georges Gordon Meade (1815-1872). Con el fondo de estos combates, el 22 de septiembre de 1862 Lincoln manifestó su propósito de abolir la esclavitud en toda la Unión. En la zona occidental, los ejércitos federales ocuparon el Estado de Kentucky, en junio de 1862. Un año más tarde, el 4 de julio de 1863, cayó Vicksburg, después de una tenaz campaña dirigida por Ulysses S. Grant (1822-1885). Esto supuso la separación de los Estados sudistas situados al este o al oeste del Mississippi. Había llegado el momento de dirigir la guerra a la zona de Atlanta y Chattanooga.

*Ulysses S. Grant*

Los federales iniciaron una marcha por el Tennessee. Durante los días 23 y 25 de noviembre de 1863 se desarrolló la batalla de Chattanooga, en la que la victoria de Grant significó el bloqueo del acceso principal de Tennessee por el norte y abrió el camino hacia Atlanta, retaguardia del ejército de Lee en Virginia. Grant fue llamado por Lincoln a Washington como comandante en jefe y se dedicó desde ese momento a poner a punto el plan que habría de permitir terminar la guerra. Este plan consistía en retener a Lee en Virginia, mientras que, desde Chattanooga, el general William T. Sherman (1820-1891) intentaba la toma de Atlanta operando sobre la retaguardia de Lee. Conforme a lo previsto, Atlanta cayó en poder de Sherman el 1 de septiembre de 1864. Inmediatamente inició la marcha a través de Georgia. El 21 de diciembre, Sherman tomó Savannah: los federales habían llegado al Atlántico desde el sur. De modo simultáneo Grant, en el norte, atacó el núcleo ferroviario de Petersburg: en los últimos días de marzo de 1865 se pudo producir el ataque sobre Richmond que obligó a Lee a retirarse a Appomattox. Lee, atrapado entre Sherman y Grant, capituló en esa ciudad, el 9 de abril de 1865.

*El asesinato de Lincoln y la reconstrucción nacional*

El hombre que había presidido la Unión durante los años de la guerra, no llegó a ver la victoria final. Lincoln murió asesinado el 14 de abril de 1865. No pudo, por tanto, dirigir la necesaria reconstrucción nacional, cuyas líneas maestras había trazado en un discurso, de 8 de diciembre de 1863. Todos los sudistas, excepto los principales dirigentes, podrían jurar fidelidad a la Constitución y a las leyes emancipadoras, y serían perdonados. Cuando un 10 % del número de electores se acogieran a esas medidas se podrían constituir gobiernos regulares en los Estados del sur. El 31 de enero de 1865 se había aprobadoo la 13 enmienda de la Constitución que suprimía la esclavitud en todos los estados de la Unión. La enmienda entró en vigor el 18 de diciembre de 1865, cuando ocupaba la presidencia de los Estados Unidos Andrew Johnson (1808-1875), antiguo senador demócrata por Tennessee, el único Estado del sur que se había unido a Lincoln.

*La presidencia de Johnson*

Andrew Johnson deseaba fundar la nueva sociedad del sur sobre los granjeros. No quería una igualdad completa de derechos civiles entre blancos y negros; y desconfiaba de los capitalistas del nordeste, uno de los firmes apoyos del partido republicano. Por esto Johnson tuvo que enfrentarse con los republicanos radicales, que querían llevar hasta sus últimas consecuencias la igualdad política de blancos y negros. Los esfuerzos del Senado de influir en la designación de los ministros del presidente terminaron con el *impeachment* de Johnson; y aunque éste pudo continuar su mandato, vio cómo el Poder quedaba en manos de las Cámaras, controladas por los republicanos.

*El control nordista de la Unión*

Los radicales consiguieron la aprobación de la *Great Reconstruction Act*, por la que el gobierno de los Estados del sur se confió a cinco comandantes militares. Los ciudadanos sudistas blancos y negros se reunieron en Convenciones a fin de elegir los nuevos gobiernos y adecuar la legislación de los distintos Estados a la federal. En Washington fueron aprobadas las enmiendas 14 y 15. Por la primera, la totalidad de los dirigentes del sur fueron apartados de los puestos políticos hasta 1870. La segunda garantizó el derecho al voto a todo ciudadano de los Estados Unidos. El sur, por su parte, prolongó la resistencia. Durante el verano de 1865 los Estados de Mississippi, Carolina del Sur y Luisiana, habían votado los *Black Codes*, que restringieron los derechos de los negros. La administración militar y civil impuesta al sur no tuvo grandes éxitos y, a medida que se fue retirando, sudistas no partidarios de la igualdad volvieron a gobernar los Estados.

*La prosperidad*

La victoria militar produjo, en la generación que había ganado la guerra, un notable optimismo. En el norte se inició una época caracterizada por una gran prosperidad, que descansó en una elevada tarifa aduanera (vigente desde 1861), la creación de un sistema bancario nacional, la decisión de construir un ferrocarril transcontinental (1861-1864) y la autorización para emplear trabajadores mediante contrato temporal.

Los Estados Unidos compraron Alaska a Rusia en 1867. Grant, presidente desde 1869, dio un nuevo contenido a la doctrina de James Monroe sobre el influjo de los Estados Unidos en el continente americano. Los intereses económicos de la Unión se habían extendido a México, América Central, el Caribe y a algunas naciones del sur del continente. La política exterior de la Unión tuvo como objetivo primordial afianzar su influencia sobre el resto de los países americanos.

## 3. Las guerras prusianas

Junto a los conflictos que en los años sesenta permitieron que Italia consiguiera su unidad nacional y los Estados Unidos consolidaran la suya, al resolver el norte favorablemente la Secesión planteada por el sur, las otras guerras decisivas que agitaron estos años fueron las tres mediante las que Bismarck consolidó la hegemonía prusiana sobre el *Reich* alemán y aseguró su unidad al hacer de Guillermo I, rey de Prusia, el *Kaiser von Deutschland*.

*Bismarck y el engrandecimiento de Prusia*

A excepción quizá de la segunda el enfrentamiento con Austria— las guerras no fueron directamente queridas por Bismarck: no parece posible ver en ellas el fruto de una larga política maquiavélica con la que el canciller prusiano lograra engañar a sus adversarios. Pero es igualmente cierto que, cuando ya se hicieron inevitables, Bismarck supo aprovechar a fondo las ocasiones suscitadas para, mediante el instrumento creado por von Roon y dirigido por von Moltke, el ejército prusiano, obtener las consecuencias precisas para el desarrollo de su política de engrandecimiento de Prusia.

*La cuestión de los ducados*

Los ducados noralemanes de Schleswig, Holstein y Lauenburg, regidos por los reyes de Dinamarca, pertenecieron al Imperio alemán hasta la desaparición de éste en 1804. Al constituirse en 1815 la Confederación Germánica, a consecuencia del Congreso de Viena, Holstein y Lauenburg, en los que solamente vivían alemanes, pasaron a formar parte del *Bund;* no así Schleswig que tenía una población mixta de alemanes y daneses. Por su soberanía sobre los dos primeros ducados el rey de Dinamarca pasó a ser un miembro más de la Confederación, ya que estos territorios estaban vinculados directamente a su persona, pero no a la corona danesa. Para evitar las reivindicaciones nacionalistas al calor de las revoluciones del 48, Federico VII de Dinamarca declaró unilateralmente el ducado de Schleswig unido a Dinamarca. La protesta de la Dieta de Frankfurt fue inmediata y enérgica. Se estuvo a un paso de la guerra. Luego llegó el armisticio de Malmö y la firma del protocolo de Londres, en 1852, que resolvió provisionalmente el problema.

*Los problemas sucesorios*

El 30 de marzo de 1863 Federico VII publicó una patente por la que declaró la unión de Schleswig a Dinamarca. En noviembre del mismo año el rey aprobó una Constitución común para Dinamarca y los ducados. Se reprodujeron las protestas de 1848. Y ya había decidido la Dieta actuar contra el rey cuando, el 15 de noviembre, murió Federico VII. Al problema inicial se añadió una dificultad nueva. Si en Dinamarca Federico fue sucedido por Christian IX (1863-1906) —príncipe Christian de Glücksburg, casado con Luisa de Hesse, prima y heredera de Federico— las leyes sucesorias de los ducados diferían de las leyes danesas. Christian ratificó las decisiones de Federico, pero en Alemania apareció un candidato para los ducados, apoyado por nacionalistas y liberales: Federico, príncipe de Augustenburg. Era un político inexperto, pero contaba con la amistad del príncipe heredero de Prusia.

*La guerra con Dinamarca*

Ante la tensión suscitada, en diciembre del 63 entraron en Holstein contingentes de la Dieta. Bismarck maniobró con habilidad: reconoció a Christian como soberano de Schleswig, Holstein y Lauenburg, pero rechazó el acta constitucional de Federico VII e invitó a Christian a que la anulara. La Dieta prusiana se negó a votar los fondos precisos para una posible guerra. Bismarck se vio obligado a moverse en estrecha unión con Austria, como representantes de la Dieta de la Confederación. Y firmó el 17 de enero una alianza oficial con el Imperio, aunque ya el día antes las primeras tropas prusianas habían entrado en Holstein. El 1 de febrero un ejército conjunto austroprusiano invadió Schleswig y comenzó oficialmente la guerra con Dinamarca.

*La paz de Viena (1864)*

La falta de una política común entre Francia, Gran Bretaña y Rusia impidió frenar la acción de los austroprusianos. La guerra fue rápida. Los invasores franquearon con facilidad la línea del Eider; en mayo, el ejército y la marina daneses estaban derrotados; la propuesta de celebrar una conferencia en Londres llegó tarde. En agosto la contienda había terminado con la derrota de Dinamarca y se firmaron los preliminares de paz, en los que el rey Christian IX renunció a sus derechos sobre los ducados. Estos quedaron bajo la ocupación conjunta de los aliados a la espera de la decisión que habría de ser tomada por la Confederación. La paz definitiva se firmó en Viena, el 30 de octubre de 1864.

*Las intenciones de Bismarck*

La guerra rápida y victoriosa había fortalecido la postura política de Bismarck. A pesar de la oposición continuada de los progresistas, muchos liberales comenzaron a prestarle atención. Los conservadores prusianos, entre los que se contaba el rey Guillermo, renovaron la confianza en Bismarck tras los éxitos de sus ejércitos. Sin embargo éstos no sentían gran entusiasmo por la idea de entregar los ducados a Federico de Augustenburg, que seguía apoyado por nacionalistas y liberales. Por su parte Bismarck, cuando estaba a punto de estallar la guerra, había manifestado en privado que su intención era incorporar los ducados a Prusia. Una posición que se fue consolidando pues Austria no tenía un verdadero interés por Schleswig-Holstein: no deseaba la anexión de un territorio situado en el norte de Alemania. El apoyo a Federico de Augustenburg habia también disminuido a causa de la oposición de Bismarck y a su propia falta de tacto. Los demás miembros del *Bund* comenzaron a retirar sus tropas, dejando la tarea de la ocupación a cargo exclusivo de los austroprusianos. Y comenzó a crecer el apoyo popular a los derechos de Prusia.

*El convenio de Gastein (1865)*

Durante el año 1865 se afianzó el doble propósito de Bismarck de quedarse con los ducados y de eliminar a Austria del norte de Alemania. Si en el verano del año anterior había fracasado una reunión de los dos monarcas y sus ministros, en Schönbrunn, en agosto del 65 se alcanzó un acuerdo entre el emperador de Austria y el rey de Prusia. Por este convenio de Gastein se entregó provisionalmente la administración de Holstein a Austria; y la de Schleswig, a Prusia. Fue una maniobra hábil de Bismarck que indujo a Austria a no esperar el acuerdo decisivo que sólo podía tomar la Dieta del *Bund*.

*Los respaldos internacionales*

El canciller prusiano, ante el previsible choque con Austria, tanteó la situación internacional. Rusia estaba paralizada por la sublevación polaca del año 63 y por el apoyo que había recibido de la misma Prusia: no pareció dispuesta a oponerse a los planes de Bismarck. La entrevista que éste sostuvo en Biarritz con Napoleón III, en el otoño del año 65, no tuvo ningún resultado positivo. Pero al menos el emperador no pareció oponerse a que Prusia se aproximara a Italia; parecía convencido de la superioridad del ejército austríaco. Gran Bretaña, por su parte, estaba cada vez más centrada en su mundo colonial. Por los asuntos continentales sentía sólo un interés mediano. Con este respaldo indirecto pudieron comenzar los prusianos a criticar cada vez más abiertamente a la administración austríaca, a la que acusaron de fomentar manifestaciones liberales en Holstein.

*La reforma del "Bund"*

En el Consejo de la Corona que se celebró en Berlín el 28 de febrero de 1866 se tomaron dos acuerdos de interés: se manifestó que Prusia estaba dispuesta a llegar a la guerra con Austria por la cuestión de los ducados; y se decidió iniciar gestiones para la firma de una alianza con Italia. La alianza ofensivo-defensiva con Italia se firmó el 8 de abril. Bismarck contaba ya con la abstención internacional, la alianza italiana, la aprobación vacilante de Guillermo I y el apoyo decidido de von Roon y von Moltke (1800-1891) para su política bélica. El 9 de abril el canciller convocó una reunión especial de la Dieta del *Bund* y Bismarck asombró a todos al proponer que la reforma constitucional debería ser obra de un Parlamento alemán elegido por sufragio universal. No es que Bismarck se hubiera convertido al liberalismo; pero confiaba con esta maniobra atraerse a los liberales. Por lo demás pensaba que el sufragio universal supondría un buen respaldo para los conservadores, pues el voto campesino superaría al de los medios liberales urbanos.

La propuesta de Bismarck, en cualquier caso, produjo una verdadera conmoción. Los progresistas y los socialistas de Lasalle se declararon partidarios de la guerra. Incluso en la misma Dieta prusiana, tan reticente ante sus planes, logró un cierto apoyo: sus adversarios declararon que estaban dispuestos a votar una ley que exonerara al gobierno de sus anteriores desacatos, a cambio de la promesa de un proceder constitucional en el futuro.

*La guerra austroprusiana*

En estas circunstancias, el 14 de junio tuvo lugar —a petición de Austria, que quería resolver definitivamente la cuestión de los ducados— la que habría de ser la última reunión de la Dieta de la Confederación Germánica. Aunque la moción austríaca fue aprobada, la división de Alemania era ya inevitable. En la noche del 15 al 16 de junio las tropas prusianas invadieron Hannover, Sajonia y Hesse-Kassel, que eran algunos de los principales aliados de Austria, junto con Baviera y Württemberg.

*Königgrätz (1866)*

La campaña fue breve. El ejército prusiano, dirigido por von Moltke, derrotó a Hannover y Hesse, y avanzó contra los austríacos en dos frentes: a través de Nassau y Frankfurt, en dirección a Baviera, y sobre Bohemia. Uno de los mejores ejércitos austríacos estaba retenido en Italia donde logró la victoria de Custozza (24-VI). Pero el 3 de julio los austríacos fueron decisivamente derrotados en Königgrätz (Sadowa). La lucha por la supremacía en el *Reich* había terminado.

*La larga visión del canciller*

Los preliminares de la paz se firmaron en Nikolsburg el 26 de julio; la paz definitiva se concertó en Praga el 23 de agosto. Bismarck logró imponerse a su rey y a los militares prusianos que querían ganancias territoriales a costa de Austria, Sajonia y Baviera. Apoyado por el príncipe heredero de Prusia, Federico, hizo comprender que si se limitaba la nueva Confederación proyectada al norte de Alemania, disminuiría el resentimiento de los pueblos derrotados, que estarían así preparados para en su momento integrarse con el norte y formar una Alemania unida. A causa de la firmeza de Bismarck, en el arreglo final Baviera, Württemberg, Baden y Hesse-Darmstadt pagaron indemnizaciones pero no sufrieron pérdidas territoriales; firmaron al mismo tiempo tratados de alianza con Prusia, por los cuales sus ejércitos quedarían bajo el mando prusiano en el caso

de que se produjera una guerra por agresión de una potencia no alemana. Los monarcas de Hannover y Hesse-Kassel perdieron su soberanía y sus territorios, junto con los de Schleswig-Holstein y la ciudad libre de Frankfurt, quedaron anexionados a Prusia. Los restantes Estados situados al norte del Main se incorporaron a la nueva Confederación de Alemania del norte. Austria perdió Venecia, hubo de pagar una indemnización de guerra y quedó formalmente excluida de toda participación en los asuntos alemanes. Si Bismarck no tocó el territorio austríaco se debió a que entendía que el mantenimiento del Imperio era una necesidad europea frente al peligro ruso. La victoria de Bismarck se completó cuando el día final de las elecciones para la nueva Dieta prusiana, que coincidió con la batalla de Königgrätz, el partido progresista que se había opuesto finalmente a la guerra resultó derrotado. El 1 de septiembre el mismo Bismarck presentó a la Dieta el proyecto de ley por el que se pedía una indemnidad por los años que el gobierno había actuado sin el respaldo parlamentario. El proyecto fue aprobado el 3 de septiembre por 230 votos contra siete y algunas abstenciones.

*Los nuevos partidos políticos*

La aprobación de esta ley, la formación de la Confederación de Alemania del norte y la decisión de que el Parlamento de la nueva Confederación se constituyera mediante sufragio universal tuvieron como consecuencia que Bismarck dispusiera de nuevos apoyos políticos. El partido conservador, un sector del cual estaba fuertemente indignado contra Bismarck por su desprecio del principio de legitimidad y sus concesiones a los liberales, se deshizo. Apareció un nuevo partido de los conservadores liberales, dispuesto a apoyar al canciller. Algo parecido sucedió con el partido progresista. También se disolvió y un amplio sector, unido a los liberales alemanes no prusianos, formaron el nuevo partido nacional liberal que, dirigido por Rudolf Bennigsen, se convertiría en otro de los apoyos firmes de la política bismarckiana.

*La Confederación de Alemania del norte*

La Confederación de Alemania del norte *(Norddeutscher Bund)* estuvo formada por Prusia –que con la guerra había ganado cuatro millones de habitantes y 76 mil km$^2$, y formaba al fin un todo continuo– Sajonia, Hesse-Darmstadt, Mecklemburg, Brunswick y otros Estados menores. El Parlamento del nuevo *Bund,* elegido por sufragio universal, redactó una Constitución que fue aprobada en julio de 1867 como resultado de un compromiso entre el ideal unitario y la fuerza del particularismo. Al ideal unitario correspondió el que hubiera un presidente, que fue el rey de Prusia, un gobierno dirigido por un canciller –responsable, aunque no se especificó ante quién– y un Parlamento constituido por dos Cámaras: el *Bundesrat,* o Consejo federal, y el *Reichstag,* elegido por sufragio universal, directo y secreto. Bajo el control del Parlamento quedaron el ejército, la diplomacia, la moneda y las aduanas. La fuerza del particularismo se hizo presente en que cada uno de los Estados integrantes de la Confederación conservó su gobierno, su administración y su particular competencia legislativa. Los delegados de estos Estados eran los que constituían el *Bundesrat,* radicado en Berlín.

*La reforma de la "Zollverein"*

La otra medida importante adoptada por Bismarck tras la expulsión de Austria de los asuntos alemanes fue la modificación de la *Zollverein,* que tuvo lugar igualmente en 1867. Reunido en Berlín un Parlamento aduanero *(Zollparlament),* del que formaban

parte los miembros del *Reichstag* más los representantes de los Estados alemanes del sur que no pertenecían a la Confederación, pero sí a la *Zollverein* (Baviera, Wurttemberg, Baden, Palatinado y Luxemburgo), fue aprobado un nuevo estatuto. Cada Estado dispondría de un número de votos proporcional a su población, y las decisiones serían adoptadas por mayoría y no por unanimidad. Fue una nueva victoria de Prusia la transformación de la *Zollverein* de confederación en federación. El precedente de esta decisión había sido el acuerdo comercial franco-prusiano de 1862.

*Los problemas de Alemania meridional*

Los Estados de Alemania del sur, después de la paz de Praga, intentaron constituir una organización similar al *Norddeutscher Bund*. No lo consiguieron debido a los particularismos: lo único que les unía era la profunda desconfianza ante las intenciones prusianas. Pero fueron estos Estados, a pesar de su falta de unidad, los que produjeron inmediatas dificultades a Bismarck que acabarían por decidir al canciller a un enfrentamiento con la Francia del II Imperio. En las elecciones para el *Zollparlament* vencieron los adversarios de Prusia; y en Baviera y Württemberg se formaron partidos políticos igualmente antiprusianos. Ante estos hechos Napoleón III se presentó como garante de la independencia de los Estados meridionales alemanes. Pero a la vez exigió compensaciones territoriales, de acuerdo con unas pretendidas promesas hechas por Bismarck en la entrevista de Biarritz. Estas exigencias francesas se centraban en Luxemburgo —lo que dio lugar a una crisis que se resolvió no muy favorablemente para Napoleón—, Renania y Bélgica.

*La política de Napoleón III*

Las maniobras del emperador acabaron volviéndose en contra de él. Si, por un lado, hirieron la susceptibilidad de Gran Bretaña y Rusia por lo que suponían de un posible engrandecimiento de Francia, por otro —conforme había previsto Bismarck— produjeron una fuerte reacción antifrancesa y proalemana en los Estados del sur. Los años que transcurrieron entre la paz de Praga y el inicio de la guerra francoprusiana se convirtieron en un duelo entre Bismarck y Napoleón III. Desde el primer momento existió entre ambos una profunda y sencilla diferencia: Napoleón no sabía lo que quería y Bismarck, sí. Napoleón vacilaba siempre, entre las ventajas dinásticas, religiosas y militares, y entre los beneficios que podía proporcionarle la política exterior e interior; poseía una imaginación política excesivamente fértil y con frecuencia perseguía cosas incompatibles. Bismarck, en cambio, tuvo siempre un objetivo perfectamente definido: una Alemania unificada bajo el control de la clase rectora prusiana. No quiere sin embargo decir esto que, conforme a la tesis tradicional, Bismarck lograra atraer a Napoleón a la trampa largamente preparada que fue la guerra de 1870. A pesar de que el canciller gustó siempre de vanagloriarse de haber logrado burlar al emperador, ni Bismarck marchó desde el primer momento de forma decidida hacia la guerra, ni Napoleón careció de motivos para entrar en ella.

*La búsqueda de apoyos*

Uno y otro llevaron a cabo maniobras en el plano internacional para procurarse apoyos. Francia buscó el acuerdo con Austria. Ya en 1868 hizo insinuaciones a Francisco José en este sentido. Pero el emperador austríaco, que no olvidaba la no alineación de Francia en el 66, que su hermano Maximiliano había sido fusilado en México por la

retirada de las tropas francesas en 1867, y que con la constitución de la Monarquía Dual austro-húngara estaba cada vez más centrado en los problemas balkánicos, no atendió a los requerimientos de Napoleón. Los deseos de éste de vincularse a los Habsburgo resultaban acrecidos por el hecho de que la Monarquía Dual tenía una mayoría católica: este acercamiento podría ser popular entre los católicos franceses. Pero el mantenimiento de esta política implicó la imposibilidad de Napoleón de llegar a un acuerdo —fue otro de sus objetivos en política internacional— con Italia. Pues los italianos exigían Roma: y el abandono del Papa suponía para Napoleón el enfrentamiento con sus súbditos católicos a los que quería atraer precisamente mediante la aproximación a Austria-Hungría. En lo que respecta al Reino Unido y Rusia nada cabía esperar. Gran Bretaña se encontraba más que nunca vuelta sobre sus problemas internos: crisis ministeriales y reformas electorales. Rusia, por su parte, al surgir del apartamiento pro-

**Guillermo I, emperador de Alemania (1797-1880).** *Fue el príncipe Guillermo el hijo segundo de Federico Guillermo III de Prusia y de la reina Luisa. Como todos los Hohenzollern siguió la carrera militar, que en Guillermo se fundió con una verdadera vocación por las armas. Inteligente, ágil de criterio, ordenado, con sentido práctico, en 1814, al tiempo de la derrota de Napoleón, era ya capitán. En 1825 alcanzó el grado de teniente general. Cuatro años más tarde tuvo lugar su boda con Augusta de Sajonia-Weimar. Este matrimonio dio a Guillermo un cierto renombre de liberal, pues su esposa procedía de una de las Cortes alemanas más cultivadas; en Weimar, y de ahí venía la fama, había sido ministro Goethe. Cuando en 1840 Federico Guillermo IV sustituyó a su padre, Guillermo y Augusta se convirtieron en herederos de la corona, pues el nuevo monarca no tenía descendencia. En los momentos iniciales de la revolución de 1848 pareció que se confirmaba la leyenda de las tendencias liberales de Guillermo, que vio con cierta simpatía la concesión de una Constitución. Un año más tarde el príncipe Guillermo, soldado disciplinado, llevó a cabo una represión perfecta contra los liberales de la Alemania del sur. Y tras un breve paréntesis, volvió a apartarse de la política y se dedicó a los planes de reforma y fortalecimiento del ejército prusiano. El 23 de octubre de 1857 asumió el gobierno por enfermedad de su hermano. Un año más tarde (7-X-1858) el desequilibrio mental del rey convirtió al príncipe en regente de Prusia. Investido de sus nuevas responsabilidades, emprendió la reforma militar tan preparada. Su respeto por los formalismos liberales se trocó en desapego al percibir el rechazo que la renovación del ejército encontraba precisamente entre los liberales. La muerte de Federico Guillermo (2-I-1861) hizo de Guillermo el nuevo rey de Prusia. En torno a él comenzaron a aparecer los nombres de los que permitirían que la unidad alemana llegara a ser una realidad: von Roon, von Moltke, von Bismarck. La reforma militar hizo posible que las tres guerras de los años sesenta fueran otras tantas victorias para las armas prusianas. El grabado (*La Ilustración Española y Americana, *15-IX-1870) recoge la imagen de Guillermo, rodeado por sus tropas que le aclaman, en el campo de batalla de Sedan (2-IX). El 18 de enero de 1871, en Versalles, Guillermo I de Prusia se convirtió en* Kaiser von Deutschland.



ducido por la derrota de la guerra de Crimea, se encontró con la rivalidad de Austria en el sureste europeo y consideró conveniente un engrandecimiento de Prusia que pudiera preocupar a los austríacos.

*El trono de España*

El desencadenamiento de la guerra vino producido por un factor ajeno a toda esta complicada trama internacional; un hecho no previsto y que acabó por convertirse en decisivo. La revolución de septiembre de 1868 había expulsado a Isabel II del trono de España. Y el general Juan Prim asumió el encargo de buscar un nuevo monarca para el trono español. No resultó fácil la empresa; era preciso encontrar un monarca de cuna impecable y de religión católica. Después de muchos esfuerzos, en febrero de 1870, Prim obtuvo la conformidad de Leopoldo de Hohenzollern, de la rama católica de esta familia, cuya cabeza protestante era el rey de Prusia. Leopoldo era hijo de Carlos Antón, el primer ministro nombrado por el entonces regente Guillermo, en 1858, cuando sustituyó a Federico Guillermo; era hermano de Carlos, príncipe de Rumania, y estaba casado con Antonia, hija de María de la Gloria de Portugal y de Fernando de Sajonia-Coburgo, hermana por tanto de Pedro V y Luis I.

*Las quejas francesas*

En Francia esta candidatura disgustó profundamente y Napoleón comenzó a hacer todo lo posible para que no fuera adelante. A Bismarck, en cambio, no le desagradaba; pero Guillermo I sólo había dado su conformidad a regañadientes. Por eso, cuando conoció que Carlos Antón, presionado por la diplomacia francesa, había decidido retirar la candidatura de su hijo al trono español, no lo tomó a mal. El 13 de julio de 1870, cuando el monarca prusiano se encontraba en la estación termal de Ems, el embajador francés, Vincent Benedetti (1817-1900), le abordó para conseguir de él la promesa de que la candidatura de Leopoldo no volvería a ser nunca más presentada. El tono del embajador molestó a Guillermo I, que sin embargo se ratificó en su aprobación a la renuncia de Leopoldo. Ese mismo día, Heinrich Abeken (1809-1872), el segundo de Bismarck, telegrafió al canciller que se encontraba en Berlín un relato del encuentro entre el rey y el embajador. En el mismo telegrama se autorizaba a Bismarck para comunicar el incidente a la prensa y a las embajadas prusianas si así lo deseaba.

*El telegrama de Ems*

Bismarck recibió el telegrama en Berlín a las 6.09 de la tarde. Aquella noche cenaba con von Roon y von Moltke y fue mientras estaba en su compañía cuando llegó el texto enviado desde Ems. Ante el permiso de que podía publicarlo si lo estimaba oportuno, Bismarck escribió inmediatamente un texto corregido del mensaje, mucho más corto y bastante más enérgico: el telegrama de Ems. A los dos testigos de la tergiversación, el nuevo texto les pareció muy bien. Al cabo de dos horas se distribuía libremente por las calles de Berlín. Fue también telegrafiado a las principales capitales europeas, a excepción de París. Bismarck, por esas fechas, estaba decidido a aprovechar la menor oportunidad para provocar la guerra. El telegrama de Ems puso en sus manos de forma inesperada esta oportunidad.

*La declaración francesa de la guerra*

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron. El texto del telegrama redactado por Bismarck produjo una considerable agitación en París. El emperador decidió movilizar a los reservistas. También quiso convocar un congreso de las potencias europeas, pero su ministro de Asuntos Exteriores —el duque de Gramont (1819-1880)— le convenció para que no lo hiciera. En la tarde del viernes, 15 de julio, Emile Ollivier (1825-1913) —jefe del gobierno— y Gramont pidieron a la Asamblea el dinero preciso para la movilización, en términos tales que pudo interpretarse como una declaración de guerra a Prusia. Ollivier arrastró a la Asamblea y obtuvo una abrumadora mayoría de 245 votos contra diez. Sólo Thiers y Favre (1809-1880) hablaron con eficacia desde la oposición. Gambetta (1838-1882) votó por la guerra. Unas horas más tarde Guillermo I decidió igualmente la movilización. La declaración oficial de guerra por parte de Francia llegó a Berlín cuatro días más tarde, el martes 19 de julio de 1870. La única tentativa de impedir la guerra había sido realizada por Gran Bretaña, pero demasiado tarde: no tuvo la menor posibilidad de éxito.

*La unidad de Alemania en torno a Prusia*

Toda Alemania se movilizó en torno a Prusia. Los Estados del norte en su calidad de miembros de la Confederación; los del sur, a causa de las alianzas militares firmadas después de la paz de Praga, cuatro años antes, que les obligaban a poner sus ejércitos bajo el mando prusiano si alguna potencia extranjera declaraba la guerra. Y ningún patriota alemán dudó de que esto era lo que acababa de hacer Francia.

*Las exigencias alemanas y la prolongación de la guerra*

El avance de los ejércitos prusianos, aunque no fue tan perfecto como lo habían previsto los planes de von Moltke, arrolló a los franceses. Napoleón III abdicó después de la batalla de Sedan (4-IX-1870). El régimen que le sucedió en Francia habría estado dispuesto a firmar la paz inmediatamente, si las condiciones impuestas por Bismarck no hubieran sido tan duras: la anexión de Alsacia y del norte de Lorena, el territorio de la frontera oriental de Francia que llevaba más de un siglo en manos francesas. El gobierno de Defensa Nacional, que no se sentía responsable de una guerra que no había declarado, no podía sin embargo ceder tanto ante Bismarck sin intentar al menos una defensa en los campos de batalla. Y así lograron prolongar la guerra seis meses más, trastornando los cálculos prusianos. La guerra del 70 no fue la guerra corta a la que habitualmente se alude: en Sedan terminó el II Imperio, pero no la resistencia francesa.

*El II "Reich"*

Fue precisamente esta guerra la que produjo el arreglo de la cuestión alemana mediante la constitución del II *Reich*. Durante años Bismarck había creído que para asegurar la unidad de Alemania bajo el control de Prusia sería necesaria una fuerte oleada de popularidad: en 1870 vio y aprovechó la oportunidad que la victoria le ofrecía. Pero tuvo buen cuidado de no incorporar a su proyecto más de lo que Prusia estuviera en condiciones de asimilar. Quizá el único error cometido por Bismarck fue la exigencia de la incorporación de Alsacia y Lorena. Lo que Bismarck creó fue en realidad una *Klein Deutschland,* sin Austria y sin pensar siquiera en los millones de alemanes que se encontraban bajo la Monarquía Dual o en el Imperio ruso.

*Guillermo de Prusia, emperador de Alemania*

En Versalles, donde se había establecido el cuartel general prusiano, Bismarck durante el otoño de 1870 desechó las propuestas liberales de convocar un Parlamento alemán; venció las resistencias de los reyes de Baviera y Württemberg a los que no les complacía someterse a la hegemonía prusiana; logró superar las reticencias de su propio monarca, Guillermo I, que temía que su Prusia pudiera acabar disuelta en el nuevo *Reich;* y trazó las líneas generales de la nueva construcción política que, intencionadamente, fue presentada como una simple ampliación del *Norddeutscher Bund.* Bismarck se limitó a algunos retoques verbales en su mayoría— de la Constitución de 1867.

Bismarck triunfó por completo, aunque no con facilidad. La batalla final estuvo centrada en torno a la persona y al título del monarca. Guillermo I, un patriota prusiano, nacido en una casa real, habituado a ser rey, no quería ser emperador. Y en todo caso sólo estaba dispuesto a admitirlo con el título de *Deutscher Kaiser* (emperador alemán) y no con el de *Kaiser von Deutschland* (emperador de Alemania), como quería Bismarck, tanto porque tenía un halo más popular, como porque no implicaba una soberanía territorial y no hería así los sentimientos de los monarcas subordinados.

El nuevo *Reich* fue proclamado en el 170 aniversario de la constitución de Prusia como reino (18-I-1871), en la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles. Fue el más reticente de los príncipes alemanes, Luis II de Baviera, el que ofreció la corona imperial a Guillermo. Diez días más tarde Francia y el II *Reich* firmaban un armisticio que, meses después, sería corroborado por la definitiva paz de Frankfurt (10-V-1871).

## Bibliografía

**1. La unidad italiana.** En líneas generales, es útil para este apartado la bibliografía reseñada en los capítulos 5 y 6. Se pueden añadir algunos títulos de valor específico. Así, por ejemplo, Denis Mack SMITH, *Storia d'Italia dal 1861 al 1969.* Bari, 1973-1975; Arturo Carlo JEMOLO, *Chiesa e Stato in Italia negli ultimi cento anni.* Turín, 1963; y Pietro SCOPPOLA, *Chiesa e Stato nella storia d'Italia. Storia documentaria dall'Unità alla Repubblica.* Bari, 1967, que ayudarán a hacerse cargo del complejo problema que supuso la implantación de un Estado relativamente confesional, manejado por políticos agnósticos —cuando no decididamente anticristianos— sobre una sociedad, como la italiana, profundamente católica todavía.

**2. La guerra de Secesión americana.** Los precedentes —no breves— de esta guerra han sido estudiados por Avery O. CRAVEN, *Civil War in the Making, 1815-1860.* Baton Rouge, 1959. La complejidad de su motivación —no pesó sólo el tema de la esclavitud— aconseja la lectura de C. D. WRIGHT, *The Industrial Evolution of the United States.* Nueva York, 1968. El relato de la guerra en sí misma se puede ver en Jacques NÉRÉ, *La Guerre de Sécession.* París, 1961; o Raimondo LURAGHI, *Storia della guerra civile americana.* Turín, 1966. Las consecuencias económicas inmediatas de este conflicto han sido analizadas por Ralph L. ANDREANO, *The Economic Impact of the American Civil War.* Cambridge (Mass.), 1962. Pero el tema de importancia mayor derivado de la guerra fue la apertura del período denominado de la reconstrucción. Muchos son los historiadores que se han ocupado de él. Entre ellos cabe destacar a los siguientes: Eric L. MCKITRICK, *Andrew Jackson and Reconstruction.* Chicago, 1960; J. G. RANDALL y David DONALD, *The Civil War and Reconstruction.* Boston, 1961; y Kenneth M. STAMPP, *The Era of Reconstruction, 1865-1877.* Nueva York, 1965. Durante los años de la guerra de Secesión, Canadá vivió también tiempos difíciles. W. L. MORTON los analiza en *The Critical Years. The Union of British North American, 1857-1873.* Oxford, 1967.

**3. La unidad alemana.** El conocimiento de la figura y de la actuación de Bismarck como canciller de Prusia resultan imprescindibles. Se puede acceder a ello a través de Lawrence D. STEEFEL, *Bismarck, the Hohenzollern Candidacy and the Origins of the Franco-German War of 1870.* Cambridge (Mass.), 1962; y Otto PFLANZE, *Bismarck and the Development of Germany. The Period of Unification, 1815-1871.* Princeton, 1963. La exposición de la guerra franco-prusiana puede encontrarse en Michael HOWARD, *The Franco-Prussian War.* Londres, 1961; o André GUÉRIN, *La folle guerre de 1870.* París, 1970. El conjunto del proceso, en Pierre AYÇOBERRY, *L'unité allemande (1800-1871).* París, 1968.

# IX. Los problemas ideológicos de la nueva sociedad

*El cientifismo positivista*

*El magisterio de Pío IX y el Concilio Vaticano*

*La I Internacional*

*La fecha de 1870*

Es fácil dividir la segunda mitad del siglo XIX en dos períodos bien definidos: antes y después de 1870. Son tantos los acontecimientos que se acumulan en torno a este año que no resulta forzado considerarlo como el fin de un período histórico y el inicio de un tiempo nuevo que bascula decididamente hacia el acontecimiento histórico capital que será, ya a comienzos del nuevo siglo, la I Guerra Mundial. Por supuesto tal división la establece el historiador, al impulso del afán de comprender mejor: para la mayor parte de los hombres a los que se les dio vivir esa fecha, 1870 fue posiblemente un año como otro cualquiera. La perspectiva permite, sin embargo, ver hoy el significado especial que tuvo en cuanto tránsito, en líneas generales, del liberalismo autoritario a sistemas nuevos en los que comenzó a pesar el principio democrático.

*La peculiar visión liberal de la libertad*

Si el estudio de los veinte años que transcurren a partir de 1850 no se debe hacer con olvido de la fecha —1870— en que culminaron, sería igualmente erróneo no percibir su propia sustantividad. Estos años de liberalismo autoritario —que descansa en las figuras poderosas de Cavour, Napoleón III, Bismarck, Lincoln, Palmerston, Alejandro II, etcétera—, fue el momento en que se hizo patente, dentro de la evolución general que tendía a la construcción de una nueva sociedad, que no era posible aplicar sin más los principios liberales; que era preciso compensar de algún modo —mediante una autoridad enérgica— el desorden profundo que entrañaba esta ideología. Pero también estos años confirmaron lo que ya los inmediatamente anteriores, marcados por las revoluciones de los años 30 y 48, habían hecho sospechar: que el liberalismo no estaba dispuesto a permitir la libertad contra su concepto de libertad; que el liberalismo había decidido imponer su libertad contra todos los otros posibles conceptos de la libertad. El liberalismo autoritario se vio reforzado durante estos años por la fuerza ciega del nacionalismo. Por más que posiblemente se pueda mantener con igual exactitud la tesis contraria: que fue el nacionalismo el que utilizó al liberalismo autoritario para conseguir sus fines de una reordenación general del mundo en oposición al orden antiguo que, para su suerte, era además antiliberal.

*Las oposiciones al liberalismo*

La firmeza en la defensa de los principios liberales produjo choques inevitables, más extremados si cabe por lo mismo que esos principios ya se habían convertido en toda una forma cultural bien precisa —aunque dentro de ella coexistieran formas distintas de

llevarlos a la práctica. Estos choques tuvieron lugar en primer término con la Iglesia y ocasionaron la inevitable intervención de Pío IX. El Papa, que inicialmente había simpatizado con las formas externas de la renovación social, vio necesario, ante la agobiante presión de un liberalismo dispuesto a imponerse como fuera, a subrayar los errores profundos que se contenían en esta ideología. También chocó inevitablemente el liberalismo con los grupos sociales —cada vez más amplios— que debían su origen a la revolución industrial. Las promesas de armonía y bienestar generalizados, tan propias de finales del XVIII, no se habían cumplido. Durante estos años se creó la primera organización internacional obrera. Si su vida fue breve, si los resultados que consiguió fueron escasos, introdujo por vez primera la idea de que sólo una revolución violenta podría transformar unas injustas relaciones laborales y llevar a su pleno acabamiento la revolución social que el liberalismo había iniciado.

*Los equívocos*

La coincidencia en la denuncia de los principios liberales, aun cuando se hiciera desde unas perspectivas tan distintas, sería la causa, años después, de una intentada alianza por parte de algunos católicos con las supuestas soluciones colectivistas. No percibieron que, a pesar de los choques innegables entre el liberalismo y los distintos socialismos, todos ellos tenían la raíz común de un sentido inmanente de la vida.

## 1. El cientifismo positivista

*El idealismo romántico*

La cultura romántica es, por naturaleza, idealista, soñadora, con frecuencia utópica; sin que quepa, por razones que se han explicado en otro lugar, señalar caracteres demasiado específicos. Pero el hecho es que casi todos los analistas están de acuerdo en admitir, para lo romántico, un predominio de la carga de lo sentimental sobre lo fríamente analítico. Incluso en el culto del hombre romántico a la Razón —ya sea en Guizot o en Hegel, por citar dos casos muy distintos— nos encontramos con un racionalismo idealista, tendente a la abstracción.

*El espiritualismo sentimental*

El idealismo romántico favorece tanto las tendencias utópicas de tipo humanitario o social, como las vagas corrientes de pietismo. No es, por supuesto, enemigo de una actitud religiosa en la vida, aunque las corrientes personificadas por Chateaubriand, Bonald, de Maistre, Lammenais o Lacordaire no llegaron a articularse directamente entre sí. Pero el romanticismo, aun con toda su actitud de rebelde individualismo, tiene, en su conjunto, más de espiritualista que de materialista; por más que esa falta de articulación y la diversidad de sus manifestaciones —porque lo romántico es diverso y hasta contradictorio casi por necesidad— no condujo precisamente a grandes movimientos de espiritualidad en Occidente.

*El peso del progreso material*

Sin embargo, dos hechos van minando la concepción romántico-idealista de la vida, conforme el tiempo pasa. Uno es el progreso material, permitido por los avances tecnológicos y puesto en práctica por la revolución industrial. El hombre civilizado encuentra motivos cada vez más apetecibles para buscar un mundo fácil, cómodo, agradable, que garantice en un grado mayor la felicidad humana *hic et nunc*. Cada descubrimiento es una victoria sobre la naturaleza, sobre la limitación o sobre la incomodidad. El orgullo producido por estos hallazgos fomenta la seguridad del hombre sobre este mundo, y el proyecto de establecer en él, sin limitaciones, y aprovechando todas las ventajas posibles, una ciudad permanente. El hombre que maneja las máquinas, doblega el hierro, viaja en pocos días a través de mares o continentes, transforma la naturaleza o provoca a su voluntad el frío, el calor, la fuerza, el movimiento, se transforma, más que nunca en un rey de la Creación; pero no en un sentido teológico o teleológico, ni respondiendo a un mandato divino; sino en un sentido pragmático, para su mejor gobierno y organización en este mundo y en esta vida, y respondiendo a una concepción inmanente de la razón de ser en uno y otra.

*Capitalismo y riqueza*

Al mismo tiempo, la generalización del capitalismo como instrumento del progreso humano contribuyó a aumentar el ascendiente de la posesión de la riqueza. No está reñido con el ambiente romántico el homenaje a la prosperidad económica como fruto del talento, del trabajo, del ahorro. Ya se ha visto en otro lugar hasta qué punto puede haber en esta actitud un lejano e indirecto legado de los presupuestos calvinistas; pero lo cierto es que la tendencia a la sacralización de los "templos del trabajo" y de la riqueza como resultado de la probidad bien administrada fue un elemento excelente para cohonestar la fiebre del negocio y el ansia de lucro que caracterizan la inquietud económica —a veces alocada, arriesgada en exceso; pero bien calculada en ocasiones— del capitalista romántico. El premio en derechos humanos o políticos concedido por los baremos del doctrinarismo liberal al hombre afortunado era el galardón alcanzado ya en este mundo por el que había sabido agenciarse los bienes de la vida, y venía a prestigiar ante la sociedad entera una actitud respecto de las ganancias materiales que entonces no tenía nada de denigrante. Las voces que recordaban las invectivas evangélicas contra los "ricos de espíritu", aquellos que ponían su pensamiento tan sólo en la posesión de los bienes del mundo y su placentero disfrute, llegaban muy apagadas a los ambientes intelectuales, políticos o de la buena sociedad de los años treinta o cuarenta del siglo XIX, no descristianizados ni mucho menos, pero sí tibios, contemporizadores y prevalidos de la independencia tanto del Estado respecto de la Iglesia como de lo vivencial respecto de lo religioso. Sin tener en cuenta este espíritu de independencia no comprenderíamos la actitud de muchas personas que seguían aceptando en teoría, y en sus términos generales, los valores cristianos.

*La proletarización del trabajador asalariado*

Es sabido que una de las consecuencias de la consagración del espíritu capitalista —no sólo en la práctica de los negocios, sino en las mentalidades— es la aparición de la "cuestión social" y el surgimiento como tal del cuarto estado, con el nuevo orden de tensiones que iba a provocar en el mundo contemporáneo. Es éste un tema capital que no

nos corresponde, sin embargo, desarrollar aquí. Pero la plena proletarización del trabajador asalariado —o la conversión en asalariado del pequeño trabajador por cuenta propia— es sólo una de las consecuencias, aunque la más conocida, de la actitud de "codicia cohonestada" de los tiempos románticos.

### *El desarrollo de la ciencia*

El segundo de los factores —en muchas ocasiones más relacionados con el primero de lo que a simple vista parece— radica en el desarrollo de la ciencia. La primera mitad del siglo XIX está llena de científicos prácticos, experimentadores y llenos de iniciativas, que contribuyen al prodigioso desarrollo de las técnicas al mismo tiempo que consiguen muy valiosos progresos en el campo del conocimiento puro: conocimiento, entiéndase, de la Naturaleza y de las fuerzas o impulsos que la mueven. En este campo podría decirse que los científicos decimonónicos constituyen un mundo aparte del ambiente romántico: no se pierden en inútiles especulaciones, destierran la imaginación de sus métodos y poseen un alto sentido pragmático. Llegan al positivismo antes que nadie: antes, incluso, que los propios positivistas teóricos. Sírvannos tan sólo unos cuantos ejemplos escogidos casi al azar en algunos campos concretos.

### *Laplace y la "mecánica celeste"*

Laplace publicó entre 1799 y 1825 los cinco libros de su *Mecánica celeste,* que constituyen la completa prueba matemática de las leyes de Newton sobre los movimientos de los astros y de los cuerpos en general, por efecto de la gravitación. Todo el complejo mecanismo del Cosmos quedaba explicado mediante la operatividad de unas leyes universales y eternas, aplicables a cada caso en particular, incluyendo aquellos que aún no se han dado, es decir, a la previsión exacta del comportamiento de los cuerpos materiales en el futuro. Laplace, sabio combativo y orgulloso de la capacidad de la ciencia para explicarlo todo sin ayuda de apoyaturas metafísicas o teológicas, contribuyó como pocos a difundir la idea de un Universo que tiene sentido en sí mismo. Pretendió también explicar la Creación mediante un proceso natural, derivado de la condensación de una nebulosa primitiva, que al contraerse aumentaría su velocidad de giro y provocaría la formación de un sistema planetario.

### *Dalton y la intuición de la teoría atómica*

En 1803, Dalton, observando las proporciones fijas con que se combinan los distintos elementos, intuyó la teoría atómica, y con ella la base sustancial de la materia. Por mucho tiempo, no existió una clara distinción entre el concepto de molécula, o fragmento más pequeño de materia obtenible por procedimientos físicos, y el de átomo o fragmento más pequeño obtenible por medios químicos; pero se pusieron las bases para una nueva concepción de las partes invariables del universo material. En el campo de lo infinitamente pequeño, como en el de lo infinitamente grande, una serie de prodigiosas regularidades permitía al hombre determinaciones de magnitud que desterraban viejas concepciones metafísicas y permitían conocer cada vez con mayor detalle los principios por los que —aparentemente al menos— se autogobierna el mundo en un orden capaz de ser explicado y descrito en su conjunto.



*La primera ley de la termodinámica*

Los estudios de Thompson sobre el calor (1798) dieron pie a un nuevo concepto de la energía. El calor, en efecto, resultaba ser no una sustancia, sino una consecuencia del movimiento: todo movimiento se transforma en calor, así como el calor puede originar nuevas formas de movimiento. Davy y Carnot —este último hijo del revolucionario francés— determinaron con más claridad estos extremos. En 1843, Joule estableció el principio de equivalencia de la energía: a igual desgaste mecánico, igual generación de calor. Y en 1847 Hermholtz formuló la primera ley de la termodinámica, que supone la conservación de la energía en el Universo: la energía no se crea ni se destruye, sino que simplemente se transforma. Se ponían así las bases para la concepción de un universo eterno.

*Vida y materia*

En 1828 F. Wöhler hizo un descubrimiento inquietante, al observar que la urea, sustancia que sólo se encuentra en los seres vivos, podía ser sintetizada en el laboratorio. La idea de que la sustancia viva es, simplemente, una sustancia química, se iba abriendo paso. En 1837, T. Schwan, observando con el microscopio compuesto, halló que la levadura se forma de organismos vivientes, y dos años más tarde formulaba la teoría celular. Materia y vida se asociaban de tal modo que podía decirse que la vida no es más que una forma peculiar de reacción de la materia.

*Creación y leyes físicas*

Ya en 1827, Von Baer publicó su *Carta sobre el óvulo de los mamíferos,* intuyendo el mecanismo de reproducción de los animales superiores, entre los cuales el hombre se comporta como uno más entre ellos. La teoría de Von Baer pudo ser comprobada mediante el microscopio en 1830. Poco después, mientras Lamarck formulaba las primeras teorías evolucionistas, C. Lyell escribía sus *Principios de Geología,* en que concluía que la formación de la Tierra —y hasta la Creación en su conjunto— había sido producto de un lentísimo proceso en que habían operado las leyes físicas. La idea de una Creación casi instantánea, por obra de una acción exterior a la Naturaleza misma, quedaba sensiblemente oscurecida, al menos en lo que no se refería al vidrioso tema del origen de la materia (solucionado por muchos científicos con la tesis, cómoda al menos, de la eternidad del Cosmos).

*El cientifismo*

En suma, los descubrimientos científicos vinieron por un lado a dar conciencia al hombre de su capacidad para llegar al fondo de las cuestiones y desentrañar los más profundos misterios del mundo y su orden; y por otro suponían un choque más o menos frontal —a veces sumamente peligroso o escandalizante— con una serie de creencias, supuestos o certidumbres en que se había basado por mucho tiempo el orden de conocimientos del hombre civilizado. El primer aspecto favoreció la actitud orgullosa del científico, y más aún, paradójicamente, del seudocientífico, que pasó a autoconsiderarse un ser dotado no ya de un nivel sino de un orden distinto y más válido de conocimientos, muy por encima de las ignorancias y las ingenuidades del hombre de la calle, incluso del supuestamente culto: este "orgullo científico" sería una de las actitudes más definitorias del nuevo hombre positivista. El segundo aspecto redundó en el desprestigio o cuando



menos en una actitud de duda crítica frente a las concepciones espiritualistas e idealistas propias de la época romántica. Cuando esta crisis alcanza una verdadera trascendencia social, podemos decir que el romanticismo ha sido sustituido por el positivismo.

*La introducción del pensamiento positivista*

Fue Auguste Comte el primero en utilizar el término *positivo* en el sentido que hoy todavía se le reconoce en relación con el fenómeno del *positivismo* como actitud mental y corriente ideológica. Comte (1798-1857), profesor de matemáticas, pensador y ensayista, se preocupó desde muy pronto por los temas del progreso y la felicidad humanos. Por ello fue amigo y colaborador de Saint-Simon, con cuyas ideas se identificó por un tiempo, hasta que se convenció de que a la sociedad no se la transforma por obra de la

**Auguste Comte (1798-1857).** *La negación de la Creación y de la Providencia divinas lleva inevitablemente a afirmar una doble identidad: Dios y Naturaleza, por un lado, se funden; como, por otro, se confunden naturaleza humana y naturaleza natural. Se llega así a un monismo que, en su aparente simplicidad, perturba todo, y de todo lo importante hace un enigma insoluble. Quizá una de las personalidades del siglo XIX en que más extremadamente aparezca todo esto sea en Auguste Comte (Montpellier, 19-I-1798; París, 5-IX-1857). Estudiante en la Escuela Politécnica, secretario y amigo de Saint-Simon —aunque al final se aparte de él—, Comte expone y publica su sistema, que tantos puntos de contacto tiene con la teoría de su maestro, en el* Cours de philosophie positive, *6 vol. (1832-1840). Auguste Comte instituye como ciencia suprema la Sociología. No es un azar que esto sea así. Si Dios y hombre se funden con la Naturaleza, no hay lugar para las individualidades: el sujeto único es la sociedad. Es la sociedad en su conjunto lo único que hay que estudiar, lo único sobre lo que hay que operar, pues es lo único que existe. Toda una revolución intelectual realizada en nombre del individuo termina por sumergir a todos los individuos en una masa indiferenciada. La antropología exclusivamente humanista acaba negando al hombre. El rechazo de la libertad cristiana, en cuanto implica dependencia de Dios, concluye con la reducción del hombre a la condición de simple objeto manipulable. Auguste Comte publicó, como su obra última, el* Système de politique positive instituant la réligion de l'Humanité, *4 vol. (1851-1854). Para Comte la única forma de que su visión simplificadora pudiera perpetuarse fue la constitución de una nueva religión —otra vez Saint-Simon—, de una nueva iglesia. Creyó haber encontrado aquí la clave del control pleno de los hombres que les llevara, gozosos, a fundirse en el "Gran Todo" de la Humanidad. Si el hombre era simple naturaleza natural, el único resorte capaz de moverlo —eliminadas inteligencia y voluntad personales— era el sentimiento. Toda una revolución intelectual esforzada terminaba en la consideración del hombre como un puro haz de impulsos ciegos. Los planteamientos de Auguste Comte son una confirmación más de que las ideas tienen consecuencias; de que unas ideas erróneas, al margen de la posible buena voluntad de quien opera con ellas, llevan al error. Aunque en el camino puedan ofrecer algunos logros parciales satisfactorios.*



acción directa: es necesaria una previa reforma intelectual capaz de provocar un decisivo cambio de mentalidades. Pues es la actitud de la sociedad lo que transforma a ésta, y no las simples vicisitudes de la vida colectiva.

*Ciencia y progreso*

Presencia primero la revolución política y luego la revolución industrial. Se hace cargo también de la decadencia del idealismo alemán, y cree entender que hay que sustituirlo por una filosofía firmemente asentada en la ciencia. La ciencia es la única actividad de la inteligencia humana que siempre progresa y mueve el progreso: las demás iniciativas del intelecto no hacen más que sustituir una teoría por otra teoría, una proposición discutible por otra que también lo es, o acaba siéndolo. La ciencia, pues, posee una solidez interna y una seguridad en sus métodos y en sus conclusiones que no tienen —y debieran tener— otras actividades de la inteligencia humana, como la filosofía, la historia o la política. ¿En qué residen las bases de la seguridad científica?

*Los grados de complejidad de las ciencias*

Comte encuentra en su *Cours de philosophie positive* (6 vols., 1830-1842) que todas las ramas de la ciencia pueden reducirse a seis, según los grados de su complejidad. La más simple de todas es la matemática, que estudia las cantidades y las operaciones que con ellas pueden efectuarse; luego viene la astronomía, que estudia los movimientos de los astros de acuerdo con determinadas leyes que pueden ser formuladas matemáticamente. Le sigue lógicamente la física, que estudia por observación sistemática el comportamiento y propiedades de los cuerpos materiales; después figura la química, que estudia la composición y combinaciones de esos cuerpos mediante un análisis que puede ser reducido a un esquema de formulación; viene luego la biología, que estudia determinados cuerpos dotados de una propiedad especial, la vida, y dentro de la cual puede llegarse a generalizaciones válidas gracias al método comparativo, que observa y establece semejanzas. Y en último lugar —y el más alto— se encuentra la sociología (término introducido por Comte), que estudia los comportamientos del más perfecto de los seres vivos, el hombre. Pero la sociología —que, considerada diacrónicamente viene a confundirse con la historia, y que estudiada como realidad actual debiera dar las pautas fundamentales para la actuación política— es, contrariamente a las anteriores, una ciencia falible, incierta: o, quizás más exactamente, no ha alcanzado todavía el grado de ciencia. De aquí los fallos en los comportamientos colectivos del hombre y la falta de un criterio universal para juzgarlos y regularlos.

*La ley de los tres estados*

En este punto de su discurso halla Comte una "ley histórica" que viene a explicar sus interrogantes, y también a modificar sustancialmente muchos de sus planteamientos: "Estudiando el desarrollo total de la inteligencia humana en sus distintas esferas de actividad [...] creo haber descubierto una gran ley fundamental [...] Esta ley consiste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa subjetivamente por tres estadios teóricos diferentes: el estadio teológico o ficticio; el estadio metafísico o abstracto; el estadio científico o positivo."

Tal es la famosa ley de los tres estados —preferimos traducir esta última palabra por estadio para evitar anfibologías—, que convierte en Comte la filosofía de la ciencia en una filosofía de la historia. En el estadio teológico, el primero por que pasó la huma-

nidad, el hombre trata de explicar todo lo que no puede entenderse —y hasta lo que puede entenderse— por la intervención de fuerzas sobrenaturales. En este "régimen de los dioses" el ser humano renuncia al conocimiento directo de la verdad, y hace prácticamente imposible el progreso científico, base de todos los demás progresos. Por medio de una mutación (Comte prefiere la idea de transiciones más bien bruscas a la de una evolución paulatina) se pasa al estadio metafísico, que en realidad no es más que una modificación del anterior, puesto que las fuerzas sobrenaturales quedan sustituidas por fuerzas abstractas. Del "régimen de los dioses" se ha pasado al "régimen de las entidades", y se busca la explicación de los hechos por las virtualidades de las cosas: pero no se va a lo concreto y comprobable, sino que se permanece en una estéril abstracción, tratando no de verificar las cosas mismas, sino sus conceptos universales, con lo que se pierde toda posibilidad de aplicación. Finalmente, se llega al estadio positivo, caracterizado por una actitud de constatación concreta de los fenómenos observables, sus regularidades y sus leyes. La actitud positiva renuncia a conocer la esencia de las cosas —conocimiento por otra parte inútil— y prefiere estudiar su fenomenología, mediante un método científico. Los hechos, en un determinado campo de experimentación, se repiten, observan una determinada disposición a la regularidad: y el método es el procedimiento para averiguar y formular válidamente esa regularidad.

*La investigación de las leyes inmutables*

Positivo equivale para Comte a objetivo, concreto, cierto, verificable. Es la constatación de los hechos, tal como son o como se producen, y no la elucubración sobre su esencia o sus causas, lo que constituye la base del verdadero conocimiento humano, y por consiguiente del progreso. Y comoquiera que esa constatación permite, gracias a la regularidad y al orden que se comprueba existir en el universo, deducir leyes, el conocimiento de esas leyes es el supremo acercamiento a la verdad y la llave fundamental del adelanto del hombre.

*El estadio positivo*

Ahora bien: las cinco primeras ciencias enumeradas han pasado ya al estadio positivo (de la cabalística se ha pasado a la matemática, de la astrología a la astronomía, de la alquimia a la química etc.); pero la sociología, es decir, la ciencia del conocimiento del hombre y de sus comportamientos permanece aún en el estado metafísico. Los teóricos de la política siguen hablando de los derechos del hombre —en abstracto— y no de la realidad concreta del hombre de carne y hueso; o de la voluntad del pueblo, como si el pueblo —otra abstracción— pudiese tener "una" voluntad. Comte critica los sistemas políticos liberales y aun democráticos vigentes en su tiempo, por su tendencia a la abstracción vaga y difusa: para él, el estadio teológico tiende a un régimen aristocrático, y el estadio metafísico a un régimen oligárquico en manos de la burguesía; sólo el estadio final, el positivo, podrá encontrar las fórmulas de convivencia, que, resolviendo los graves problemas sociales, aseguren la felicidad de todos.

*La física social*

Para que las ciencias que estudian al hombre puedan acceder al plano positivo, es decir, para que la sociología se transforme en una "física social", hace falta una auténtica conversión de las actitudes mentales, capaz de "transformar al cerebro humano en un espe-

jo exacto del orden exterior": es decir, objetivar el conocimiento y traducir esa objetivación a normas universales de convivencia y comportamiento. De tal modo que "la política, considerada como una rama de los conocimientos humanos, debe cambiar enteramente de faz [...], deberá ser tratada únicamente por el método empleado en las otras ciencias, es decir, por el método de la observación". Y los hechos sociales deben ser estudiados "con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, químicos o fisiológicos".

*El dato*

El positivismo tiende así a la conversión del humanismo en una ciencia fría y aséptica, a primera vista al menos muy poco humana. Despoja al hombre, a sus emociones, sentimientos y problemas de su prodigiosa variedad y riqueza, para convertirlo en un objeto de estudio capaz de ser formulado mediante leyes similares a las leyes físicas. Esta falta de encanto o tendencia a lo prosaico es la raíz de esa actitud positiva en que la comprensión queda sustituida por la fría determinación de los datos.

*La humanidad sobre el hombre*

Ahora bien, si el hombre puede ser objeto de un estudio científico es porque en él, en su aparente misterio, se da también el mismo conjunto de constantes y regularidades que se verifica en el mundo físico y que permite la deducción o la inducción de la ley. Por eso es posible una física social —que es lo que viene a ser la sociología en su acepción positivista—, susceptible de conclusiones generalizadoras. Comte concibe al hombre obrando y reaccionando en grandes movimientos colectivos, producto de una mentalidad social, de un modo común de entender el mundo. La ley de los tres estados no es más que la expresión extrema de esa tendencia. Es por ello por lo que a Comte le interesa más la sociedad que el individuo, de modo que la reforma de la humanidad ha de ser, más que otra cosa, una reforma social. Pero ya se ha dicho que el discípulo de Saint-Simon rechaza la acción directa, es decir, la revolución. La reforma ha de ser producto de un estudio objetivo, científico, y ha de hacerse mediante una planificación desde arriba. Comte no simpatiza con las ideas del liberalismo y la democracia, como tampoco hubiera simpatizado con las del absolutismo. Concibe un Estado arbitral y planificador, gobernado por sabios: entendiendo por tales no intelectuales, sino científicos; es decir, un gobierno de técnicos provisto de una amplia autoridad física y moral. Con razón o sin ella se ha considerado a la tecnocracia como la última consecuencia del positivismo político. Como puede serlo también, a partir del ciclo revolucionario de 1848, y sobre todo del de 1870, el crecimiento de atribuciones del Estado, de Leviatán, en ámbitos cada vez más amplios de la vida humana.

*El descubrimiento comtiano de la moral y la Utopía*

En su *Système de politique positive instituant la réligion de l'humanité,* (1851-1854) experimenta Auguste Comte un giro en cierto modo inesperado. Se atribuye a sus relaciones amorosas con Clotilde de Vaux su nueva tendencia hacia lo sentimental. La felicidad del hombre depende ciertamente de nuestro propio conocimiento sobre él; pero no puede conseguirse sin una actitud de altruismo y de amor recíproco a la que hay que llegar como fórmula de suprema perfección moral. Porque, en efecto, por encima incluso de la sociología —Comte lo descubre ahora— existe una ciencia todavía más excelsa, la moral, que es la que debe regular todas las relaciones humanas. Las religiones positivas

han sido durante mucho tiempo un sucedáneo, si se quiere un precedente de la verdadera religión de la humanidad, y como tales han procurado dar normas para obligar a los hombres a seguir la senda del bien. Pero sólo un conocimiento científico de la naturaleza humana y de sus formas más convenientes de convivencia pueden dar luz sobre cuál debe ser esa normativa. Llegada plenamente la Edad Positiva, se suprime "la regencia de Dios" y se implanta la religión del Hombre, erigida por él para la plena realización de sí mismo. El amor, la solidaridad, el desprendimiento hacia los demás, deben ser sus valores supremos. Los santos quedan sustituidos por "los grandes hombres", modelo de los demás. Y la Humanidad consciente de sí misma, convencida de la necesidad de superación, vivirá en un mundo feliz, dirigido por sabios, sin discriminaciones raciales ni sociales, sin colonias y sin guerras. El artífice del positivismo acaba, paradójicamente, en el mundo de la Utopía.

*John S. Mill*

John Stuart Mill (1806-1873) funde en una visión sintética utilitarismo y positivismo. Hijo de un conocido economista, James Mill, íntimo colaborador de Bentham, se educó en un ambiente de pensamiento utilitarista desde sus primeros años de niño prodigio. Convencido de la identificación del bien con la utilidad, difundió en la tribuna y por escrito el principio del *mayor bien posible para el mayor número posible de hombres,* como regla de oro del *desiderátum* humano. Sus viajes a Francia y un amigo saint-simoniano le pusieron en contacto con la obra y el pensamiento de Comte, con el que mantuvo luego una prolongada correspondencia. Fecundo escritor y fácil divulgador, Mill difundió ampliamente los postulados positivistas, aunque siempre desde una peculiar óptica, muy británica.

*Sensación e inducción*

Para Mill no existe otra forma de conocimiento que la sensación, de suerte que *todo conocimiento viene de una experiencia positiva:* y cada experiencia lo es de un hecho concreto y particular; por consiguiente, las nociones lógicas tienen un valor puramente nominal. Niega la lógica silogística, porque las premisas son siempre generalizaciones de casos particulares. Al no ser válida la deducción a partir de axiomas —que no son más que figuraciones— no existe otro método de proceso lógico que la inducción, el método científico por excelencia. Mill, como Comte, ve en el desarrollo de la ciencia la plena realización de la humanidad, aunque no llega tan lejos en las ingenuidades comtianas sobre un paraíso futuro en la tierra. Cree más bien en el estado estacionario, derivado de un equilibrio al que se llegará tarde o temprano entre las necesidades humanas y la producción: entonces cesará el progreso económico, los hombres dejarán de ocuparse de su prosperidad material, y se dedicarán preferentemente a la ciencia y la cultura. Cree conveniente la introducción de la religión de la humanidad como forma de generalizar la suprema aspiración al bien sentida por todos, pero encuentra que esta idea no es incompatible con la de un Dios personal existente por encima del hombre.

*La etología*

J. S. Mill como Comte, se preocupa del estudio científico del hombre y de la búsqueda de fórmulas para su recto proceder. La lógica inductiva, única posible por otra parte, puede aplicarse a las ciencias morales, de suerte que "si conocemos una persona a fondo, y conocemos también todos los motivos que actúan sobre ella, podremos predecir

su conducta con la misma certidumbre con que podemos predecir cualquier acontecimiento físico". Pero esta forma de determinismo no debe disuadirnos de la lucha por un mejoramiento de los comportamientos, puesto que las condiciones que motivan al hombre pueden ser modificadas. Mill, aunque reformador social, y más preocupado que el propio Comte por el problema obrero, no cree que aquellos comportamientos puedan ser regulados simplemente por una sociología convertida en ciencia de la naturaleza; la sociedad está compuesta de individuos particulares, y la etología debe ser la ciencia que

**Charles Darwin (1809-1882).** *En Shrewsbury, en el Shropshire, sexto de una familia de ocho hermanos, nació Charles Robert Darwin el 12 de febrero de 1809. Tanto su abuelo como su padre eran médicos. En octubre de 1825 comenzó Charles Robert sus estudios de Medicina en la Universidad de Edinburgh. No le interesó la carrera, lo cual lamentó años más tarde, especialmente en lo que respecta a la anatomía. En Edinburgh sus intereses se fueron hacia la zoología y la geología. Ante el escaso progreso, su padre decidió enviarle a Cambridge con intención de que abrazara la carrera eclesiástica. Permaneció en esta Universidad tres años, en el* Christ's College, *pero no llegó a recibir las órdenes. La gran suerte de Charles Darwin le llegó con la invitación a ocupar un puesto de naturalista en la expedición que durante cinco años recorrió el mundo, a bordo del* Beagle *y bajo el mando del capitán Fitzroy. El* Beagle *salió de Gran Bretaña en diciembre de 1831. Tras visitar Patagonia, Tierra de Fuego, Tahití, Nueva Zelanda, Australia, las islas Malvinas, Mauricio y Santa Elena, y las costas del Brasil, volvió al punto de partida el 2 de octubre de 1836. Charles Darwin, que durante el viaje había enviado muchas comunicaciones científicas —especialmente valiosas fueron las de geología—, dedicó algunos años a ordenar el amplísimo material recogido. En 1839 se casó con su prima Susannah Wedgwood. (De 1840 es el retrato de Darwin que se reproduce). Por entonces era ya miembro de la Royal Society y mantenía un contacto habitual con Humboldt, Lyell, Spencer, el botánico Robert Brown, etc. Al empeorar de una enfermedad contraída posiblemente en la pampa argentina, se retiró a Downe, en Kent, a unos 80 km al suroeste de Londres, donde permaneció hasta su muerte (19-IV-1882). Charles Darwin, dotado de muy buen carácter, amable y tenaz, escribió allí sus obras más conocidas, al margen de las estrictamente científicas; en noviembre de 1859 apareció su trabajo más famoso:* On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life. *A este trabajo siguieron* The Variation of Animals and Plants under Domestication *(1868),* The Descent of Man and Selection in Relation to Sex *(1871),* The Expression of the Emotions in Man and Animals *(1872), etc. El darwinismo es una doctrina sobre la evolución biológica. A la hora de indicar cuál era el mecanismo de esa evolución, Darwin, frente a la postura de Lamarck, defendió que debía ser intrínseco a los seres vivos. Desde que en 1838 leyó a Malthus, Darwin sostuvo que el mecanismo en cuestión era la selección natural. Su teoría genética quedaría anulada, en torno a 1900, al divulgarse las llamadas leyes de Mendel. Si la teoría evolucionista parece ser un postulado válido, la selección natural defendida por Darwin cada vez resulta menos convincente.*



estudie y regule las formas de proceder de cada uno de esos individuos. Eso sí, el mayor bien para el mayor número debe ser siempre el resultado final.

*La expedición del Beagle*

Aun quizá sin pretenderlo, Charles Darwin (1809-1882) se convirtió en símbolo y bandera del positivismo científico y de las tesis de la pretendida superioridad de la ciencia y sus métodos sobre la filosofía o la religión. Médico de profesión, era más bien aficionado a las ciencias naturales, especialmente la geología y la zoología. Vio cumplido uno de los sueños de su vida cuando se le incluyó como naturalista en la famosa expedición del *Beagle,* un buque científico que lleno de sabios dio la vuelta al mundo en cinco años (1831-1836), explorando desde los volcanes hasta los fondos marinos. Las diferencias que fue observando entre las distintas familias y especies de seres vivos que encontraba en cada rincón del planeta le sugirió que una diversificación similar a la que se da en el espacio puede darse también en el tiempo. De ahí derivó lentamente la teoría de la evolución.

*"El origen de las especies"*

Esta teoría estaba ya prácticamente formulada en 1839, pero no fue hasta veinte años más tarde cuando Darwin vio publicado su libro fundamental *On the origin of Species,* aguardado con tanta expectación, que la primera edición se agotó en un día, y hubieron de publicarse en breve tiempo cinco ediciones más. La teoría de Darwin venía a afirmar que las especies animales —entre las cuales no hay ningún motivo para no incluir al hombre— varían evolutivamente, y las variaciones se seleccionan de manera que llegan a formar nuevas especies. En el proceso de una generación, los hijos nunca salen exactamente igual a sus padres: hay entre ellos diferencias que revelan una cierta holgura en los caracteres transmitidos. Si la naturaleza actúa de forma que utiliza esta holgura siempre en la misma dirección, puede llegarse a un proceso de evolución capaz de modificar la naturaleza de una especie, o de determinados miembros de esa especie sometidos a unas condiciones dadas.

*La selección natural*

Tres leyes o fuerzas fundamentales encuentra Darwin que pueden intervenir en este proceso: la adaptación al medio —intuida ya por Lamarck— que tiende a dar primacía al individuo mejor adaptado sobre el menos adaptado, y por consiguiente hace más fácil y más numerosa la supervivencia de los individuos mejor adaptados, hasta llegar a un grado pleno de adaptación; la selección natural, que otorga esa misma primacía a los miembros más dotados y más fuertes dentro de cada especie; y la lucha por la supervivencia, —sugerida a Darwin por las teorías de Malthus— que hace que, en cada crisis o dificultad, los ejemplares más capacitados expulsen, supriman o devoren a los menos capacitados para defenderse o para reproducirse: con lo cual se potencia por causas exógenas el mismo principio de la selección natural, que es, en realidad, el principio clave. Por consiguiente, las distintas especies de seres vivos tenderán a evolucionar, en líneas generales, hacia formas superiores de organización. La evolución, por tanto, no sólo significa cambio, sino mejora; no porque no existan cambios desfavorables, sino porque, estadísticamente, los cambios favorables tienen más probabilidades de mantenerse y de perpetuarse. Así, las formas más elementales de vida son las más antiguas; y las más complejas y perfectas, las más recientes.

*Darwin y los darwinistas*

Darwin expuso sus teorías con una cierta cautela, y con un gran respeto a otras opiniones, especialmente por lo que se refiere al origen concreto del hombre: pero su tesis cayó sobre una tierra ya bien abonada por el positivismo, y fue enarbolada enfáticamente por sus discípulos y partidarios como un triunfo definitivo del método científico sobre la rutina, la superstición y la ignorancia. Sin duda una hipótesis que sugería que el hombre procede, por evolución, de otras especies animales —en su forma más inmediata, de los simios— resultaba más escandalizante que otra cualquiera, y venía a resultar un arma tremendamente agresiva. El evolucionismo y el transformismo —exagerando y falseando incluso las prudentes teorías de Darwin— fueron el tema de encendidas polémicas, en que siempre se acababan enfrentando fe y ciencia, tradición y ciencia, al margen ya de la teoría de la evolución de las especies en sí.

*El materialismo spenceriano*

El más entusiasta defensor de las teorías darwinistas fue Herbert Spencer (1820-1903), que no sólo defendió una completa escala evolutiva en el mundo animal, sino que, dentro de los más clásicos presupuestos positivistas, pretendió elevar el transformismo a ley universal de la naturaleza, de modo que absolutamente todo tiende a pasar de la homogeneidad indefinida a la heterogeneidad definida, es decir, de formas groseras y simples, muy parecidas una a otras, a formas desarrolladas y complejas, muy distintas unas de otras. "Tanto si se trata del desarrollo de la sociedad como del gobierno, de la industria, del comercio, del lenguaje [...], siempre en el fondo de todo progreso hay la misma evolución que va de lo simple a lo complejo, a través de diferenciaciones sucesivas." De ello se infiere que las leyes que deben regular los comportamientos humanos —contrariamente a la tesis de Comte sobre una sociología estática y permanente— evolucionan como todo: hasta la moral es evolutiva.

*El culto a los datos constatables*

El aparatoso esquema de Spencer, lo mismo que en general todas las grandes construcciones positivistas de pretensiones universalizantes, comenzó a hacer pronto agua por todas partes, y acabó desprestigiado. Pero el positivismo en sí, como actitud objetiva y analítica ante los datos constatables, como base, no ya de la ciencia, sino de toda forma o actitud humana ante la realidad exterior, quedó consagrado como garantía de seriedad y progreso, frente a la ignorancia, la superstición, la tradición o el fanatismo: es decir, la actitud positiva se quiso identificar con el progreso y con su opción, el progresismo, en todos los órdenes de la vida, y configura los rasgos mentales más característicos del hombre culto occidental del último tercio del siglo XIX.

*El positivismo contra el romanticismo*

Dickens hace decir a uno de sus personajes: "lo que yo quiero son hechos: hechos es lo que hace falta en el mundo. Es preciso desterrar para siempre la palabra *imaginación*." Está hablando como un típico positivista. La imaginación había sido presentada por Comte y luego por Spencer como una de las causas más eficientes de los males del mundo. Y no sólo la imaginación alocada, sino la imaginación creadora. La imaginación, no lo olvidemos, había sido uno de los rasgos más vitales y definidores del romanticismo. Lo positivo contesta y niega lo romántico: viene a constituirse en su antítesis. Y aunque las concepciones de Comte se desarrollaron todavía en un mundo romántico, y los mis-

mos utopismos comtianos —incluyendo la religión de la humanidad— trasuntan una cierta dosis de romanticismo, acabaron siendo por naturaleza incompatibles con él.

*La experimentación*

Se llega a la edad de los hechos, de los datos, de la constatación, de la observación y la experimentación. Ahora todo lo experimental está de moda, y hasta se impone la medicina experimental con Claude Bernard; el hombre se hace objeto de experimentos, incluso para los experimentadores del alma, en un camino que había de llegar a Sigmund Freud. O hasta, con H. Taine, se intenta una historia experimental, de cuyo análisis —que quiere hacerse similar "al análisis de la metamorfosis de un insecto"— intentan extraerse "leyes" tan universalmente aplicables como el famoso principio de Spencer.

*La importancia del para qué*

El positivismo, evidentemente, potenció la actitud científica. Al abandonar la preocupación por la esencia y naturaleza de las cosas, y concentrarla exclusivamente en sus formas susceptibles de determinación —es decir, la *fisis,* la manifestación mensurable de la realidad—, perfeccionó los métodos basados en el contar, el medir, el pesar, el analizar, el clasificar de acuerdo con cualidades homólogas. Se multiplicaron los descubrimientos científicos, y se les buscó casi siempre su forma de aplicación, porque el positivismo tiende por naturaleza a lo pragmático, a lo que da resultado, a lo que sirve. La pregunta fundamental del sabio o del investigador dejó de ser el *por qué* y se convirtió en el *para qué.* De la ciencia se pasó muchas veces, por este camino, a la técnica, entendiendo por tal la aplicación del conocimiento científico a un fin práctico. Las *ciencias aplicadas* —la física, la química, la ingeniería, por supuesto la medicina— superaron en prestigio, en el ámbito de las Universidades y en el ambiente culto, a la filosofía, la historia, el derecho, de tanto predicamento en la sociedad romántica. Y lo que se dice de las ciencias debe aplicarse muy especialmente a sus respectivos profesionales.

*El progreso y la conciencia del progreso*

El mundo civilizado progresó, por lo que se refiere a los adelantos materiales, mucho más rápidamente de lo que lo había hecho hasta entonces. Y, además, junto al progreso apareció —otra novedad— la conciencia de que se progresaba, y de que podía continuarse progresando. Conviene tener en cuenta esta circunstancia, porque si a finales del siglo XX el fenómeno de la llamada Tercera Revolución Industrial asocia esperanzas e inquietudes, zozobras ante el futuro, incertidumbres e incluso angustias, nada de esto es posible rastrear en la época del positivismo. El progreso material tenía que conducir necesariamente a un mundo más feliz, más rico, más seguro de sí mismo, más organizado. El paraíso futuro podía estar más o menos distante (se hizo tópico por un tiempo vincularlo al siglo XX), pero el proceso que conducía a su advenimiento era un hecho ya irreversible. Se acabarían las pestes, el hambre, la pobreza, la guerra. El hombre había adquirido las llaves de su porvenir y al mismo tiempo la madurez y los criterios necesarios para que no se le ocurriera perderlas un día. El positivismo es por naturaleza optimista, y va unido a una época optimista en la historia del mundo. No se hizo cargo de que el progreso material no puede ser la única causa de la felicidad del hombre ni del pleno sentido de la vida, ni de que la preterición de la esencia de las cosas en aras de su simple aplicabilidad acabaría conduciendo al existencialismo y a la angustia, o de que el

olvido de lo transcendente para refugiarse en lo inmanente tenía que llevar por fuerza a la soledad suprema y a la pérdida del sentido más profundo de la razón de ser. Curiosamente el prometido siglo XX presenciaría desde el primer momento una crisis de la conciencia positivista. Moriría de muerte violenta en 1914, al estallar la Guerra Mundial. Pero estudiar este proceso —del cual no dejará de hablarse a su tiempo— nos llevaría mucho más allá de los límites de este volumen.

## 2. El magisterio de Pío IX y el Concilio Vaticano

*Católicos liberales y católicos ultramontanos*

Si ya bajo Gregorio XVI había comenzado a hacerse presente la división entre los católicos liberales —con todos los posibles sentidos que puede tener esta expresión— y los católicos ultramontanos, la experiencia de las revoluciones que tuvieron lugar en torno a 1848 provocaron el que esta división se hiciera aún más honda. Es verdad que la corriente del catolicismo liberal nunca fue popular, sino asunto de minorías. La inmensa mayoría del mundo católico —y con ella la casi totalidad del clero— secundó de forma entusiasta la corriente ultramontana. A su vez, sobre Pío IX pesó mucho la experiencia del destierro y de la República romana. Sus condenas de los usurpadores fueron muy bien acogidas por la prensa y la opinión ultramontanas, que reforzaron su adhesión a Roma y al Papado frente a las posturas —al menos, externamente sospechosas— de los católicos liberales.

*La personalidad de Pío IX*

La vuelta del Papa a Roma trajo consigo una centralización creciente del gobierno de la Iglesia. Se transformó la Curia en la que se produjo una renovada influencia de la Compañía de Jesús. Fue también más habitual la intervención de Pío IX en los nombramientos episcopales, así como el incremento del papel de los nuncios que pasaron de hecho a dirigir las distintas comunidades católicas nacionales. Roma se convirtió en el lugar de formación del clero más selecto. Todo este proceso descansó en buena parte en la personalidad del propio Pontífice. Pío IX fue hombre de gran bondad, valeroso y piadoso, de notable inteligencia práctica abierta a los problemas y cuestiones de su tiempo. En su largo pontificado estuvo permanentemente rodeado de una aureola de viva popularidad. El Papa actuó siempre al frente de la Iglesia como lo que era: pastor y sacerdote. Y quizá fue esto lo que suscitó en torno a él la fervorosa adhesión del pueblo cristiano.

*La agudización de los problemas*

Los graves problemas a los que tuvo que enfrentarse Pío IX no fueron, en su esencia, nuevos. Quizá la única diferencia respecto a los del pontificado de su predecesor, Gregorio XVI, estuvo en la intensidad y agudeza que revistieron, consecuencia posiblemente del mayor desarrollo y extensión de los principios liberales. Al margen de cuestiones ya estudiadas, cabe subrayar aquí algunos de los problemas llamados a tener más futuro y que fueron a la vez condicionantes de muchas de las decisiones del magisterio de Pío IX y de la misma convocatoria del Concilio Vaticano.

*La "ciencia alemana"*

En Alemania, por ejemplo, el catolicismo presentó tres características peculiares. Por un lado, un acentuado carácter social que le permitió evitar la descristianización de buena parte del pueblo cristiano. Por otro, se registró en torno a la mitad de siglo un recrudecimiento de la tensión católico-protestante. Pero quizá el aspecto de mayor interés fue el relativo a la cultura: pues por estos años se consolidó la imagen —parcialmente alentada por el protestantismo que había hecho suya la crítica liberal— de la "ciencia alemana". Esta postura crítica, que no era sino una manifestación más de la reclamación integral de la libertad de conciencia, afectó también a centros e investigadores católicos: la reivindicación de libertad para la investigación científica produjo algunos choques con la autoridad eclesiástica. Uno de los representantes más destacados de esta actitud fue el historiador eclesiástico Ignaz Döllinger. Las tensiones acabaron por degenerar en una agria polémica con los jesuitas que llevaban en Roma la Universidad Gregoriana.

*El historicismo teológico*

En esa polémica quizá lo más interesante fue percibir en los planteamientos de Döllinger un peligroso reduccionismo de la Teología a la Historia, muy en consonancia con la potencia que por entonces presentaba en Alemania la escuela historicista, una de las puntas de lanza de los planteamientos liberales desde su doble presupuesto metodológico de la individualidad y la evolución.

*La aproximación de Napoleón III a los católicos*

Los problemas con los que la Iglesia se encontró en Francia fueron de orden muy distinto. El antiguo revolucionario y fourierista, príncipe Luis Napoleón Bonaparte, se había encontrado convertido, casi por sorpresa, gracias a la magia del nombre y del recuerdo de su tío, en emperador de unos franceses que eran aún en su mayoría católicos. Y en el voto católico —la II República dejó como herencia el sufragio universal— tuvo que apoyarse. Este hecho, unido a su vieja simpatía por una cierta unidad de Italia y a su afán nuevo de hostigar a Austria para alzarse con la hegemonía europea, orientó profundamente su política exterior. Y tanto el príncipe-presidente como el emperador se encontraron convertidos en defensores de los Estados Pontificios. Era un buen modo de asegurar su presencia en la península vecina y de mantener el respaldo adecuado de la mayoría del país que regía.

*La enseñanza y el laicismo*

Napoleón III hizo aún algo más. La necesidad de hacer frente a un socialismo que amenazaba por igual a la sociedad y a la religión, le llevó a poner en manos de un grupo de católicos la Comisión de Enseñanza encargada de redactar la nueva ley de Instrucción pública, que debería sustituir a la ley Guizot de los años de Luis Felipe. Así nació la ley Falloux que se mantuvo en vigor hasta la reforma profunda que, hacia 1880, introdujo en la educación francesa Jules Ferry. La vida religiosa en Francia recibió de la ley Falloux un impulso indirecto y vigoroso. Pero se registró también una violenta reacción en contra. Progresó el sentido laicista que, especialmente a través de la literatura, vino a proclamar la incompatibilidad entre la democracia —lo cual contenía también un ataque al Imperio— y el catolicismo. En 1852 comenzó a utilizarse la palabra "anticlerical". Y entre 1860 y 1863 entró en juego el sustantivo "clerical", cargado de sentido peyorativo.

*El distanciamiento católico de Napoleón*

El II Imperio apoyó a la Iglesia en la medida en que le convino a sus intereses. La confusa política exterior de Napoleón III —con frecuencia se le acusó de querer con similar intensidad cosas rigurosamente opuestas— acabó por enfrentarle con todos sus ocasionales aliados. Ante una Prusia en alza, el emperador no supo estar junto a Austria; no logró conservar la amistad del nuevo reino de Italia; y aunque las tropas francesas permanecieron hasta 1870 en Roma, los últimos años de la vida del Imperio marcaron un distanciamiento considerable del apoyo católico, en la misma medida en que intentó evolucionar en un sentido más liberal. Pesó también en todo esto la desgraciada aventura mexicana.

*La experiencia mexicana*

Aunque Napoleón no mandó a México a Maximiliano para entronizar una monarquía católica —basta recordar que se mantuvieron las leyes perseguidoras de la Iglesia— sí pudo pensarse que la decisión del emperador podría poner coto al agresivo anticristianismo de Benito Juárez. Y es que éste era un problema que preocupaba profundamente en Roma. En Europa, posiblemente, la situación religiosa estaba ya más deteriorada. Pero no sucedía así en México: la población, prácticamente en bloque, era fielmente católica. Y sobre esa mayoría aplastante, una minoría anticlerical y anticristiana había impuesto la Constitución de 1857, que Juárez había ampliado y profundizado mediante las Leyes de Reforma de 1859. Fue precisamente el conjunto de esta legislación mexicana lo que acabó por decidir a Pío IX a tomar postura frente a lo que algunos aseguraban que era la "moderna civilización". Esto sin olvidar las dificultades que, derivadas de los mismos principios liberales, el Papa debía experimentar casi de forma continua en sus propios Estados Pontificios, y que no eran compensadas por la confusa tibieza de los liberales moderados españoles, por más que hubieran puesto una cierta sordina a la agresividad anticlerical de los progresistas.

*La bula "Ineffabilis deus" (1854)*

Los tres grandes problemas a los que ya Gregorio XVI hubo de hacer frente —la autoridad del Papa frente a la libertad de conciencia, las relaciones entre fe y razón, y el distanciamiento entre la Iglesia y el Estado— se presentaron estrechamente anudados en el pontificado de su sucesor. Posiblemente el paso primero de la respuesta del magisterio de Pío IX a todas estas cuestiones se encuentre en la bula *Ineffabilis Deus,* mediante la cual, en 1854, proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María. El interés no residió tanto en el contenido del nuevo dogma —sin olvidar que se trataba de un subrayado vigoroso de un aspecto de la Cristología, cuestión que, junto a los temas eclesiológicos, estaba llamada a convertirse en el centro de la renovación profunda del pensamiento católico—, cuanto en que la decisión de la proclamación había partido del Papa, lo cual ponía de relieve sus prerrogativas y la importancia creciente —si puede hablarse así— de su papel en la Iglesia. Por lo demás, en la bula de proclamación se aludía ya a "la infalibilidad con que Jesucristo ha investido a su Vicario en la Tierra".

*La "Instrucción" de Mons. Gerbet y la evolución de la situación en Italia*

El siguiente paso se dio desde Francia. En 1860 llegó a Roma una *Instrucción sobre los errores del tiempo presente,* cuyo autor era el obispo de Perpignan, mons. Gerbet. El documento encontró una excelente acogida en la Curia y se comenzó a trabajar a partir de las 85 proposiciones que en él se denunciaban. Ese mismo año 60 la unificación italiana se benefició de la ayuda francesa —que arrancó la Lombardía a Austria para

entregársela a Piamonte— y de la audacia de Garibaldi con su expedición al reino de las Dos Sicilias y la derrota y expulsión de los Borbones. La proclamación del reino de Italia en 1861 —fuera del cual sólo quedaban el Véneto y los Estados Pontificios— y la aventura garibaldina contra Roma, frenada en Aspromonte en 1862, provocaron una nueva intervención de Pio IX. En junio de 1863 la canonización de los mártires del Japón reunió en Roma a un elevado número de obispos. El Papa leyó a los reunidos una nueva encíclica —la *Maxima quidem*— en la que se denunciaban los errores del racionalismo y del materialismo y en la que se comprometia a seguir defendiendo con firmeza su Poder temporal. También puso en conocimiento de los obispos el proyecto de *Syllabus* (indice o compendio) de errores en que se habia venido trabajando a partir de la *Instrucción* de mons. Gerbet. El asentimiento de los obispos a estas declaraciones pontificias fue unánime y cordial.

*La encíclica "Quanta cura" (1864)*

El 8 de diciembre de 1864, en el décimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, Pio IX publicó la encíclica *Quanta cura,* acompañada por el *Syllabus.* La encíclica era un documento relativamente breve en el que se condenaban los "errores que no sólo tratan de arruinar la Iglesia católica, con su saludable doctrina y sus derechos sacrosantos, sino también la misma eterna ley natural grabada por Dios en todos los corazones y aun en la recta razón". El magisterio pontificio se oponia a los presupuestos básicos naturalistas y racionalistas del liberalismo.

*La condena del naturalismo*

En el mismo documento se condenaban el regalismo, el "funestísimo error del comunismo y socialismo" y "los invasores y usurpadores de los derechos y bienes de la Iglesia". Pero quizá el núcleo de la encíclica fuera la denuncia y correspondiente condena del "impio y absurdo principio llamado del naturalismo", del que se hacian derivar algunas de las características específicas de la "moderna civilización": la pretensión de gobernar la sociedad humana sin religión, la laicización de las instituciones; la separación de la Iglesia y del Estado; y, en definitiva, la libertad de conciencia.

*El "Syllabus" (1864)*

El *Syllabus,* que acompañó a la *Quanta cura,* era un catálogo de 80 errores doctrinales que eran condenados. Entre ellos se incluian tanto el sentimiento puramente natural de la religión, o la creencia en el progreso indefinido de la Revelación, como el indiferentismo, los ataques a la soberania temporal de la Iglesia o la defensa del divorcio. La proposición —condenada— que cerraba el *Syllabus,* y que habria de hacerse célebre, decia así: "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y venir a una transacción con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización."

*La polémica europea*

Si la *Quanta cura* no provocó problemas de interpretación, no sucedió lo mismo con el *Syllabus.* Este era un documento para ser estudiado por expertos, ya que el recto sentido de cada una de las proposiciones condenadas sólo era posible percibirlo en función de documentos anteriores de Pio IX. Así, por ejemplo, la proposición 80 se basaba en una declaración pontificia de 1861 en la que se decia que no se podía admitir lo que algunos entendian por "moderna civilización", esto es, medidas contra los conventos,

vejaciones a los sacerdotes, ayuda a los enemigos de la Iglesia. Pero lo cierto es que al gran público sólo le llegó el *Syllabus*, y no los documentos de referencia. Si a esto se añade la interpretación literal que en algunos círculos ultramontanos se hizo del documento pontificio, se alcanzará a entender la confusión y la polémica europeas que siguieron a la publicación del *Syllabus* –incluso antes, pues su contenido fue "filtrado" a algunos periódicos liberales– y que aceleró más de una crisis de conciencia. En España, por ejemplo, vino a ser la ocasión de que se explicitase la ya latente crisis de un grupo de profesores universitarios, que más adelante acometerían la empresa de educación laica que fue la Institución Libre de Enseñanza. También en Francia se produjeron consecuencias un tanto similares a las españolas. En 1866 Jean Macé fundó la Liga Francesa de la Enseñanza, rigurosamente laica y que contó con el apoyo de la masonería, a la que Macé se afilió ese mismo año. No puede extrañar esta vinculación: la masonería encarnaba en Europa y América los más radicales principios liberales y era la propagadora de lo que acababa de ser rotundamente condenado por Pío IX.

*La convocatoria del Concilio Vaticano*

Apenas calmada la tormenta suscitada por la publicación de la *Quanta cura* y el *Syllabus* el Papa dio el gran paso final de su pontificado: la convocatoria de un Concilio ecuménico. No es fácil determinar cuándo y cómo nació en Pío IX la idea de celebrarlo. El Concilio inmediatamente anterior había sido el Tridentino, tres siglos antes. Tras él se había roto la tradición antigua y medieval de los Concilios frecuentes. Una de las causas que había contribuido a esta solución de continuidad era la vieja postura conciliarista que, de alguna manera, había encontrado su prolongación en las tensiones galicanas y febronianas. A mediados del XIX esta dificultad se encontraba parcialmente resuelta al calor de un ultramontanismo que, no sin algunos extremismos, había contribuido al robustecimiento de la autoridad papal en la Iglesia. Se debe unir a esto –a la hora de intentar explicar el por qué del Concilio– la conciencia de que había surgido un mundo nuevo que precisaba, por parte de la Iglesia, de orientaciones esenciales. Dos razones poderosas que no pueden, sin embargo, obscurecer una tercera, más bien inconmensurable: la moción del Espíritu Santo.

*Las reacciones*

La convocatoria del Concilio tuvo lugar mediante la bula *Aeterni Patris* (1867). La satisfacción general con que se acogió esta decisión de Pío IX, sólo encontró el contrapunto de algunos sectores minoritarios que reaccionaron con acritud. Así sucedió en algunos círculos universitarios alemanes que se apresuraron a rechazar la posibilidad de la definición dogmática de un Papa infalible, aduciendo algunos ejemplos históricos que les parecían poco claros. En Alemania la oposición al Concilio la encabezó Ignaz Döllinger, que publicó algunos artículos violentos y parciales. Una similar oposición se suscitó también entre los católicos liberales franceses que temían que el Papado se transformara en una especie de monarquía autoritaria. Pues se suponía con razón que uno de los temas centrales habría de ser el análisis de la infalibilidad pontificia.

*El reglamento y los Padres conciliares*

Al fin se supo que el Concilio se abriría el 8 de diciembre de 1869. Tan sólo el 2 –seis días antes– se entregó a los Padres conciliares el reglamento. Había sido redactado por el obispo alemán Karl Joseph Hefele, un antiguo discípulo de Möhler, profesor en

Tubinga y conocido historiador de los Concilios. El reglamento era acentuadamente centralista. Se trataba posiblemente de ganar tiempo pues era muy amplio el material que sería sometido a la consideración de los Padres y no se quería que éstos abandonaran por mucho tiempo el gobierno de sus diócesis. Al Concilio asistieron 700 Padres (aproximadamente el 70 % de los prelados del mundo católico). Los italianos —200— fueron el grupo más numeroso, seguidos por 70 franceses, 40 de Austria-Hungría, 36 españoles, etc. Figuraron 50 Padres de rito oriental, 40 norteamericanos y unos 100 misioneros.

*La "mayoría" y la "minoría"*

La razón del Concilio no era sólo el análisis de la verdad dogmática del magisterio infalible del Papa. Sin embargo, por muchas razones, éste fue el tema que más interesó. Respecto a él se formaron, desde el primer momento, tres grupos en el aula conciliar. En primer término, los que deseaban que se definiera la infalibilidad sin muchos distingos, como medio de oponerse al relativismo subjetivista en el que se veía —y no sin razón— una de las características más destacadas de la "moderna civilización", que había llevado a la reclamación de la libertad de conciencia. Frente a éstos estaban los que creían que una tal definición dogmática pondría en peligro a la Iglesia y a la verdad, y ahonda-

**Apertura del Concilio Vaticano por Pío IX (8-XII-1869).** *(Fragmento de un grabado publicado por la* Illustrierte Zeitung, *de Leipzig). La convocatoria de un Concilio despertó un considerable interés no sólo en el mundo católico, sino también en muchas de las confesiones cristianas. La razón de este interés no derivaba tan sólo de que no se había celebrado ningún Concilio en los tres últimos siglos, desde Trento (1545-1563), sino de que esta convocatoria se producía en el corazón de un siglo que se quería deliberadamente edificado sobre la libertad de conciencia. Todos percibieron que la iniciativa de Pío IX, por más que en sí misma no tuviera el menor ánimo polémico, chocaba frontalmente con ese principio, que a tantos parecía incontrovertible. De tal modo fue así que las controversias más agudas se mantuvieron antes de que el Concilio comenzara sus sesiones. Una vez en marcha, sus adversarios se desinteresaron; se explica de este modo que la aceptación de las decisiones conciliares, salvo el caso dolorosamente anecdótico del cisma viejo-católico, no presentara mayores problemas. Lo más interesante del Concilio Vaticano es que se llegó a celebrar. En el mismo sentido tampoco fue especialmente relevante su forzosa interrupción, al entrar en Roma las tropas italianas el 20 de septiembre de 1870. Es claro que el hombre, aunque puede vivir como si la conciencia fuera plenamente libre, autónoma, no debe hacerlo por su misma condición de criatura. Se expone a yerros no meramente teóricos, sino —por desgracia— bien prácticos y concretos. Cosa bien distinta es la libertad de las conciencias: la limitación de la libertad del hombre sólo puede venir de Dios, no de las disposiciones humanas de cualquier tipo que sean. Frente a las decisiones de los hombres, las conciencias son libres y en su condición de tales no deben ser coaccionadas, como manifestación primera del respeto por la dignidad que el hombre tiene.*



ría la separación entre la Iglesia y el mundo. Entre ambos se alinearon los que deseaban la definición de la infalibilidad, pero con límites bien determinados y de acuerdo con la tradición de la Iglesia. Los dos primeros grupos formaron las llamadas "mayoría" y "minoría".

La "mayoría" estuvo integrada por los obispos de países tradicionalmente católicos o de aquéllos en los que la Iglesia se venía enfrentando habitualmente con el protestantismo liberal. Eran favorables a la proclamación de la infalibilidad pontificia: el pueblo cristiano la aceptaba y podría ser, además, un medio eficaz de eliminar los residuos galicanos y febronianos. En la "minoría" formaron unos 140 Padres, divididos en dos sectores: obispos alemanes y austro-húngaros por un lado; por otro, unos 30 obispos franceses. Unos veían la declaración inoportuna. Otros no la veían clara. Posiblemente pesaba sobre algunos de ellos la larga tradición galicana. Sobre otros, el temor de que pudiera ponerse en duda el derecho divino del episcopado.

*La constitución dogmática "Dei Filius"*

El 24 de abril de 1870 se llegó a la aprobación unánime del primer documento conciliar, la constitución dogmática *Dei Filius,* que contenía una solución profunda y bien equilibrada del problema de las relaciones entre la razón y la fe. Era una exposición luminosa de la doctrina católica sobre Dios, la Revelación y la fe. Desde ella, la Iglesia rechazaba el panteísmo, el materialismo, el racionalismo y el ateísmo y —una vez más— el fideísmo y el tradicionalismo. En la *Dei Filius* se afirmaba la existencia de un Dios personal, libre, creador e independiente de lo creado. Se afirmaba igualmente la posibilidad de que dicha existencia de Dios —junto con otras verdades— pudiera ser conocida por la razón humana; y también el carácter razonable de la fe católica y los ámbitos respectivos de la fe y de la razón: sólo podía provenir la incompatibilidad aparente del error de la doctrina de un teólogo o de la falsedad de unas pretendidas conclusiones científicas.

*La constitución dogmática "Pastor aeternus"*

Aprobada esta primera constitución dogmática se entró decididamente en el tema de la infalibilidad. Las posiciones se habían endurecido. La "minoría", exasperada por la actitud de los neo-ultramontanos y temerosa de que pudiera quedar oscurecido el origen divino del episcopado, había llegado a adoptar una postura que lindaba con el galicanismo moderado. A su vez la "mayoría", lúcida ante el galicanismo, corría el riesgo de dejar en la sombra el papel de los obispos en la vida de la Iglesia. Fue en definitiva el grupo intermedio el que logró conciliar ambas posturas opuestas. Y así se llegó a la redacción de la constitución dogmática *Pastor Aeternus,* aprobada finalmente el 18 de julio de 1870, aunque no sin dificultad. Si en el aula conciliar sólo tuvo dos votos en contra, esto se debió a que los Padres (casi una cuarta parte del episcopado) que estimaban que en conciencia no podían dar su voto afirmativo, prefirieron abandonar Roma antes que escandalizar a los fieles con su *non placet.* Algunos de ellos lo hicieron con el pretexto de que Francia acababa de declarar la guerra a Prusia: debían estar con sus fieles en esos momentos graves.

*La definición de la infalibilidad pontificia*

La constitución dogmática *Pastor aeternus* enseñaba en su primer capítulo, contra algunos galicanos y febronianos, que el Primado de jurisdicción había sido conferido a Pedro directa e inmediatamente por Jesucristo, y no por intermedio de la Iglesia. El

capítulo siguiente exponía que el Primado, por voluntad de Cristo, habría de durar hasta el fin de los tiempos. El capítulo tercero se ocupaba de definir la naturaleza del Primado; de cómo los obispos dirigían sus diócesis como verdaderos pastores; y de que ninguna sentencia pontificia podría ser reformada por un Concilio ecuménico posterior. En el capítulo cuarto y último se definía que la potestad suprema de magisterio se encontraba incluida en el Primado pontificio siempre que el Papa hablara *ex cathedra,* como Pastor Supremo de la Iglesia universal, sobre temas concernientes a la fe y a las costumbres, y sin que precisara la ratificación del resto del episcopado.

Quedaron así disipados los temores de los excesivamente cautos, lo mismo que los ardores entusiastas de otra buena parte de los Padres. La infalibilidad pontificia quedaba nítidamente definida. Nada tenía que ver con los asuntos meramente temporales. Era la acción propia del Vicario de Cristo velando por los intereses esencialmente espirituales de la congregación de los fieles cristianos —la Iglesia— que le había sido confiada.

*La autoridad espiritual del Papa y el fin de su soberanía temporal*

Los Padres abandonaron Roma, terminada la primera parte del Concilio, inmediatamente después de la aprobación de la *Pastor aeternus*. Pero el Concilio Vaticano no se reanudó. Una coincidencia providencial, a través de las complicaciones de la política europea azuzada por un nacionalismo exasperado, habría de unir para siempre la afirmación inequívoca de la autoridad espiritual en el seno de la Iglesia con el fin de la soberanía temporal de los Papas. Napoleón III retiró, por necesidades de la guerra con Prusia, la guarnición que había mantenido en Roma casi ininterrumpidamente desde 1849. Inmediatamente Italia hizo pública una declaración (29-VIII-1870) en la que manifestó su decisión de ocupar la Ciudad Eterna. El día 1 de septiembre, de forma apresurada, se celebró la sesión 99 y última del Concilio Vaticano, aunque se encontraban ausentes la mayor parte de los Padres. El 15 capitulaba Civittavecchia. Y el 20 de septiembre, las tropas italianas mandadas por el general Cadorna irrumpían en Roma por la Porta Pía, tras una simbólica resistencia de los soldados pontificios. El 9 de octubre un plebiscito ratificó la incorporación de Roma y el Lacio al reino de Italia. En 1871 Víctor Manuel II se instaló en la nueva capital del país.

*El aplazamiento del Concilio y el cisma viejo-católico*

El Concilio, por decisión de Pío IX (20-X-1870), quedó aplazado *sine die*. No prosperó una propuesta del cardenal Manning de proseguir en Malinas (Bélgica) la labor conciliar. En contraste con estas dificultades políticas, que habrían de perdurar hasta la firma de los Pactos Lateranenses en 1929, en el mundo católico no se presentaron dificultades mayores a la hora de aceptar las decisiones conciliares. La única resistencia a la formulación dogmática de la infalibilidad pontificia se suscitó en torno a Döllinger y a un grupo de profesores universitarios. Esta resistencia acabaría por generar un pequeño pero doloroso cisma, el de los viejo-católicos. Para Döllinger, las decisiones del Vaticano "habían hecho otra Iglesia". La protesta, dirigida en buena parte por Schulte, un profesor de Derecho Canónico de la Universidad de Praga, cristalizó muy pronto. En agosto de 1870 se reunieron en Nüremberg, junto con algunos hermesianos, para canalizar la oposición a las constituciones conciliares. Un año más tarde (IX-1871), un congreso reunido en Munich y presidido por Schulte definió las bases doctrinales del nuevo movimiento: la profesión de fe del Papa Pío IV; el Primado pontificio "tal como era concebi-

do por los Padres"; y una mayor intervención de los laicos en la vida de la Iglesia. Döllinger, que sólo había pretendido promover una protesta, era opuesto al cisma. Pero acabó imponiéndose la mayoría y el cisma se produjo.

Comenzó así a organizar su vida la comunidad de los viejo-católicos, en la que vinieron a insertarse un reducido grupo de teólogos y canonistas, y algunas familias de la alta y media burguesía de la Alemania del sur, de tendencia regalista y que preferían una iglesia separada de Roma y amparada por el Estado. El cisma viejo-católico evolucionó en sentido progresista y acentuadamente radical. Estructurado como una comunidad de iglesias territoriales de constitución electiva, se negó la confesión y el ayuno, el dogma de la Inmaculada y se acabó por renunciar al celibato sacerdotal (aunque con la oposición de Döllinger).

*Un cambio de época*

Contra lo que algunos pudieron temer, Pío IX no condujo a la Iglesia hacia una monarquía autoritaria. Si el Papa se había visto obligado, por fidelidad a su misión, a condenar diversos aspectos erróneos de la "moderna civilización", también se debió al Papa la convocatoria y celebración del Concilio Vaticano. Como también se le debió, y de forma muy directa, la redacción y aprobación de sus dos capitales constituciones dogmáticas. La doctrina positiva de la *Dei Filius* liberó a la Iglesia y a los cristianos de las secuelas esterilizantes del deísmo de la Ilustración y de la *Aufklärung,* punto de partida de la ideología liberal. La otra constitución dogmática —la *Pastor aeternus*— impulsó un avance muy considerable en la comprensión del misterio de la Iglesia y en consecuencia de la misión propia de cada uno de los miembros del Pueblo de Dios.

Nada de esto, sin embargo, implica el olvido de un hecho del que el propio Pontífice tuvo muy clara conciencia: con él vino a terminar toda una época de la historia de la Iglesia. En el pontificado de Pío IX tuvo lugar el fin de la Iglesia del Antiguo Régimen. La Iglesia, en adelante, encontraría nuevos cauces abiertos por la acción directiva de sus sucesores en la Cátedra de Pedro. A Pío IX le correspondió vivir el cambio, captar lo que en él había de erróneo y condenarlo y, a la vez, poner las bases doctrinales precisas para la nueva singladura que la Iglesia habría de emprender tras su muerte.

## 3. La I Internacional

*El triunfo aparente de la ideología liberal*

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX pudo parecer que comenzaba a consolidarse el nuevo proyecto social que descansaba en la ideología liberal, en la autocomprensión del hombre como individuo-sujeto de todas las libertades posibles. Es cierto que no todos los países de Europa habían aceptado ya plenamente la nueva estructura del Estado liberal. Sin olvidar los matices propios de, por ejemplo, Prusia, bastaría tener presente la existencia del Imperio ruso de los zares. Pero incluso en estos casos que marcaban una discrepancia respecto a una norma casi común, era innegable la existencia de grupos políticos que pugnaban por la aceptación de los nuevos planteamientos sociales.

No era este hecho fruto de una simple imposición de fuerza, aunque algunas veces en su consecución hubieran mediado guerras. El liberalismo aparecía respaldado por

toda una serie de corrientes de pensamiento que, por más que pudieran discrepar entre sí, coincidían en muchos de los aspectos esenciales. A pesar de la energía con la que la Iglesia había rechazado esta *Weltanschauung,* desde el punto de vista meramente humano que era el propio de la ideología liberal la acción de Pío IX tenía una importancia muy relativa. En última instancia muchos de los hombres que se entendían como liberales no eran del todo ajenos a los sentimientos religiosos, siempre —claro está— que no trascendieran del plano íntimo de la conciencia y no aspiraran a reflejarse en el orden social.

*La inoperancia aparente de otros planteamientos*

Si las soluciones liberales, entendidas como definitivas, eran en verdad endebles; si el pensamiento que las sustentaba no tardaría en mostrar su escasa consistencia; si, contra todo pronóstico, la enseñanza de la Iglesia y su influencia mostrarían poco tiempo después un vigor inesperado, todo esto unido no compensaba la sensación de que se habían conquistado cotas que ya nunca se habrían de perder y que un progreso imparable —así se pensaba— contribuiría a fortificar. Esta visión, además, se encontraba respaldada por la relativa inoperancia de lo único que por estos años llegó a preocupar al liberalismo: la acción de unos núcleos obreros que, habiendo rechazado la línea de reforma tras el fracaso de las revoluciones de 1848, parecían firmemente decididos a hacer la revolución. Porque fue en estos años cuando se llegó a la constitución de una Asociación Internacional de Trabajadores —lo que más adelante sería conocido como I Internacional— que demostró a pesar de los deseos de sus constructores una notable incapacidad para consolidar, frente al capitalismo internacional, una internacional de las fuerzas del trabajo.

*Los precedentes de la A.I.T.*

Se han apuntado a veces, como precedentes de la A.I.T., diversas organizaciones internacionales que fueron apareciendo en Europa a partir de los años treinta. Se habla de la *Giovane Europa,* fundada por Mazzini en 1834. O de la *Fraternal Democrats,* creada en Londres en marzo del 46 por algunos cartistas británicos y que entró en contacto con la *Association Démocratique* que, en Bruselas, integraba a algunos radicales belgas, franceses y alemanes y cuyo vicepresidente era Karl Marx. Se alude igualmente a la *Liga de los Justos,* con la que también estuvo en contacto Marx antes de la revolución del 48 y que cambió su nombre por el de Liga de los Comunistas. Ya con posterioridad a 1850 se formó en Londres un *Comité Central Démocratique Européen,* al impulso de Ledru-Rollin, Mazzini, A. Ruge y Darasz, que tuvo muy escasa operatividad. Quizá de toda esta pluralidad de movimientos lo que tuvo una mayor repercusión, y en lo que puede verse un antecedente más preciso de la A.I.T., fue la *International Association,* constituida en Londres, en agosto de 1856, por algunos franceses exiliados de la *Commune révolutionnaire,* cartistas británicos del *International Committee,* socialistas polacos y comunistas alemanes. Tuvo muy escasa afiliación y acabó por diluirse en 1859, pero varios de sus dirigentes figuraron en su momento en el primer Consejo general de la I Internacional.

*La situación de las "Trade Unions"*

El origen concreto de la A.I.T. se debe al acuerdo entre unos grupos obreros británicos y franceses que entraron en contacto en Londres con motivo de la Exposición industrial universal de 1862. Después del fracaso del movimiento cartista en los años treinta y

cuarenta, las *Trade Unions* habían evolucionado en un sentido acentuadamente profesional y económico, marginando los objetivos políticos. Las *Trade Unions,* cuyos jefes solían federarse local o nacionalmente, agrupaban solamente a obreros cualificados *(skilled).* No eran grupos ni revolucionarios ni socialistas; para ellos no significaba nada la lucha de clases, pues su objetivo era la adquisición pausada de mejoras concretas para lo que con frecuencia contaron con el apoyo de los *whigs.*

*La orientación proudhoniana*

El movimiento obrero en Francia era mucho más débil, pues había sido muy duramente reprimido después de las agitaciones del año 48. Pero a partir de 1860 el II Imperio había suavizado un tanto su presión. Por su parte los dirigentes obreros franceses también habían variado sus posturas después del fracaso de la II República: predominaba entre ellos el pensamiento proudhoniano que descartaba las preocupaciones políticas y ponía en primer plano la asociación obrera, las organizaciones de cooperativas y el crédito mutual. Fueron las autoridades francesas las que tomaron la iniciativa de enviar a Londres en 1862 una amplia delegación obrera —550 representantes— para que conocieran las novedades de la Exposición industrial. En Londres los obreros franceses tomaron contacto con los dirigentes de las *Trade Unions.* Los británicos tenían gran interés en fomentar la solidaridad internacional a fin de impedir que los industriales de las islas importasen mano de obra extranjera como medio de romper las huelgas. Los franceses volvieron asombrados del alto grado de eficacia conseguido por las *Trade Unions* y decididos a reclamar los derechos de asociación y coalición. Una ley de 24 de mayo de 1864 reconoció en Francia el derecho a la huelga.

*Los primeros acuerdos*

Ya en 1863, los sindicalistas de Londres invitaron a sus colegas franceses a una manifestación común en favor de los polacos que acababan de levantarse contra el zar. El 22 de julio se reunieron los principales dirigentes de los sindicatos londinenses con seis delegados franceses: los broncistas Tolain y Perrachon, los mecánicos Aubert y Murat, el albañil Cohadon y el camisero Bibal. Al día siguiente, en una nueva reunión, se pusieron las bases de una unión más firme.

*La fundación de la A.I.T.*

La Asociación Internacional de Trabajadores quedó definitivamente constituida en el curso de un nuevo viaje que realizaron Tolain y Perrachon a Londres en 1864, acompañados por el pasamanero Limousin. La reunión, que tuvo lugar en el Saint Martin's Hall, el 29 de septiembre del 1864, adoptó un proyecto francés de creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité central. Aunque la nueva asociación fue esencialmente franco-británica, se integraron también en ella emigrados polacos y húngaros, alemanes (Marx, entre ellos) e italianos mazzinianos. El Comité provisional quedó formado por 21 británicos, 10 alemanes, nueve franceses, seis italianos, dos polacos y dos suizos.

*La aportación de Karl Marx*

Fue Karl Marx, un exiliado que no representaba a ninguna organización obrera, el que se hizo cargo de la redacción de los estatutos de la Internacional. Logró en primer término que se descartasen otros dos proyectos: uno, obra de Wolff, un mazziniano, que

ponía el acento en la idea de emancipación nacional; y otro, cuyo autor era Weston, que recogía soluciones ya conocidas y fracasadas de Robert Owen. En la reunión del Saint Martin's Hall no se había pronunciado la palabra socialismo. No se definió ninguna ideología para la Asociación, ni se previó ninguna actividad sindical. Marx redactó un texto ambiguo que pudo ser admitido sin dificultad por los proudhonianos, los owenistas y los mazzinianos, y consiguió así la aprobación del Comité provisional. Dos ideas centrales articularon la exposición de Karl Marx: la emancipación de la clase obrera debería ser obra de los propios trabajadores; y la clase obrera no debería ser indiferente a la conquista del Poder político. Junto a esto los fundadores de la A.I.T. determinaron que se mantendrían congresos anuales.

*Los difíciles momentos primeros*

Los primeros años de la A.I.T. (1864-1867) fueron relativamente obscuros. Sus adherentes personales eran poco numerosos (unos dos mil en Francia y no más de 300 en Gran Bretaña) y provinieron fundamentalmente de las viejas industrias tradicionales: hubo más obreros textiles que metalúrgicos. Cosa distinta fueron las organizaciones laborales más numerosas que quedaron vinculadas a la Internacional a través de esos adherentes personales. En este sentido, el grupo nacional más amplio dentro de la A.I.T. fue el británico. En 1866 englobaba a 17 sociedades obreras, que representaban unos 25 mil trabajadores. Pero incluso en este caso los obreros británicos vinculados a la Internacional no fueron sino una parte pequeña de la masa laboral de las islas. El *London Trades Council,* formado en 1860 por la alianza de los dirigentes de los principales sindicatos, rehusó formalmente en 1866 adherirse a la Internacional. La A.I.T. y el unionismo británico siguieron caminos distintos y cada vez más divergentes; la Internacional fue fundamentalmente continental.

Pero también en el continente los progresos de la Internacional fueron lentos, aunque se constituyeron algunas pequeñas secciones en Francia, Suiza y Bélgica. Por estos años primeros ni en España ni en Italia la Internacional tuvo ningún eco. En Alemania, la única organización obrera un poco amplia —la fundada por Ferdinand Lassalle (1825-1864)— parecía dispuesta, ante el escándalo de Marx, a llegar a un acuerdo con el gobierno prusiano que dirigía Bismarck. Fuera de Europa sólo tuvo la Internacional algunos contactos esporádicos con emigrados en los Estados Unidos, donde se llegaron a constituir dos secciones de la A.I.T.

*El dominio del pensamiento social de Proudhon*

Estos años primeros estuvieron por otra parte dominados por el conflicto entre las ideas proudhonianas —que pareció que llegarían a imponerse— y el nuevo espíritu revolucionario cuyo más acabado representante en la Internacional era Marx. A pesar de los acuerdos tomados en 1864, al año siguiente el congreso previsto en Bruselas no pudo celebrarse y se sustituyó por una conferencia que se celebró en Londres (25/29-IX) que sólo sirvió para reforzar los lazos entre los dirigentes de la A.I.T. El primer congreso, de acuerdo con lo previsto por los estatutos, tuvo lugar en 1866 en Ginebra (3/8-IX). El tono vino dado por la delegación francesa, compuesta enteramente por partidarios de Proudhon. Dirigida por Tolain (1828-1897), defendió la idea de la emancipación obrera mediante la generalización del mutualismo. No se trataba de destruir la sociedad existente, sino de adecuarla a las necesidades del momento. Para esto no se necesitaba ni la revolución ni la huelga.

*El cambio en la situación económica internacional*

El congreso siguiente, que se celebró en Lausana (2/8-IX-1867), estuvo también dominado por los proudhonianos. La propuesta presentada por el belga César de Paepe (1842-1890) sobre colectivización de la tierra, fue desechada pues chocaba con la línea de la representación francesa, apegada a su idea de una evolución social independiente de la política. Pero ya en 1867 comenzó a verse que el triunfo de los proudhonianos era más aparente que real. No sólo tenían en contra a la mayoría del Consejo general —y por supuesto a Marx— sino que la misma situación económica internacional, caracterizada por las huelgas que iban haciéndose más numerosas conforme se avanzaba hacia el final de la década, supusieron un crecimiento de la influencia de la Internacional. Los proudhonianos acabaron quedando en minoría conforme fueron imponiéndose dentro de ella actitudes más firmes contra el Estado.

*La A.I.T. y las huelgas*

Los años 1868-1870 fueron los del desarrollo de la Internacional. Contra lo que pudieran pensar los gobiernos europeos, la A.I.T., debido a lo exiguo de sus efectivos, tuvo

**Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865).** *Este fragmento de un cuadro de Gustave Courbet recoge a Pierre-Joseph Proudhon, obrero tipógrafo, natural de Besançon, y uno de los más destacados pensadores sociales franceses, junto a Saint-Simon, Fourier, Cabet, Blanqui o Louis Blanc. Autodidacta, el mismo Proudhon manifestó que las tres influencias más fuertes en la formación de su pensamiento —habitualmente un tanto caótico— fueron las de la Biblia, Adam Smith y Hegel. Proudhon vivió y pensó en una época anterior a la expansión industrial del II Imperio. No es así extraño que en su obra se encuentren frecuentes contradicciones económicas. En realidad no puede hablarse propiamente de un sistema proudhoniano, pues sus ideas evolucionaron mucho desde un inicial saint-simonismo extremo —que en* Qu'est-ce que la propriété? *(1840) le llevó a hacer suya la frase del girondino Brissot* "La propriété c'est le vol"— *hasta las afirmaciones posteriores de que "La propiedad es la libertad". Quizá sea más exacto hablar de una sensiblidad proudhoniana, articulada sobre una serie de constantes: el valor dado al individuo, a la libertad sin trabas del ser individual; la oposición a todo partido organizado, centralizado, que ejecute órdenes que vengan de "arriba" (una actitud que le llevó a discrepar ásperamente de Marx); y una gran confianza en la espontaneidad de las masas obreras, en la federación libre: así concibe la sociedad futura. Este conjunto de ideas le llevaron a ser un apóstol del federalismo, a todos los niveles, y en consecuencia un enemigo acérrimo del Estado. El proudhonianismo constituye, a su manera, un humanismo basado en la idea de justicia, que en su creador tiene un sentido revolucionario; pero un humanismo ateo. De forma similar a Comte, Proudhon no ve en la religión más que un componente del dinamismo social, obligadamente superable por el progreso. Diputado, en 1848, en la Asamblea constituyente, inicialmente partidario del régimen de autoridad del príncipe presidente, ya en 1849 sus violentos escritos le llevaron a la cárcel por tres años. Proudhon murió en Passy, en 1865, poco después de la fundación en Londres de la I Internacional, en la que sus seguidores acabarían por ser desbancados por los primeros marxistas.*



muy escasa participación en el movimiento huelguístico general de esos años. Pero, según se ha escrito ya tantas veces, si la Internacional no llevó los obreros a la huelga, la huelga sí llevó los obreros a la Internacional. Bélgica y Francia vieron crecer las secciones obreras que se afiliaban a la A.I.T. La Asociación extendió su influencia, a partir de 1869, a países en los que hasta el momento no había estado presente: España, Italia, la misma Alemania donde en 1869 se constituyó un partido socialdemócrata con un programa muy próximo a las ideas de Marx; Austria, Países Bajos y Dinamarca. De los Estados Unidos llegó un representante de la *National Labor Union* que participó como observador en el congreso que la A.I.T. celebró en Basilea en 1869. Hasta las mismas *Trade Unions* parecieron querer acercarse a la Internacional: el congreso de Birmingham recomendó "cálidamente" a los sindicatos integrarse en la A.I.T.

*La progresiva aceptación de los planteamientos radicales*

Los debates congresuales de la Asociación reflejaron la nueva orientación de sus afiliados y su incremento numérico. Ya en el congreso de Bruselas (6/13-IX-1868) los delegados, contra acuerdos anteriores, se pronunciaron por la legitimidad y necesidad de la huelga. Aunque se reafirmaron en la conveniencia de la cooperación obrera, lo hicieron desde una perspectiva distinta a la mantenida en congresos anteriores: las asociaciones cooperativas deberían formar la base de la futura sociedad socialista emancipada. Fue en este congreso en el que encontró su aprobación la proposición de Paepe rechazada el año anterior: el congreso se declaró partidario de la colectivización del suelo, las minas, los bosques, los medios de transporte, etc., con el escándalo de los proudhonianos franceses y el definitivo apartamiento de los agricultores que deseaban la propiedad individual y no la colectivización. En el congreso de Basilea (5/12-IX-1869), una reunión verdaderamente internacional por la procedencia de los delegados, se confirmaron las resoluciones colectivistas tomadas en Bruselas. El congreso declaró que la sociedad tenía el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra, que debería quedar sometida a la colectividad. Pero quizá fue aún más importante la decisión —tomada por unanimidad— de que la A.I.T. dispusiera de una organización sindical internacional: todo un cambio respecto a las decisiones tomadas cinco años antes en el momento de constituirse la Internacional en Londres. Pero este congreso de Basilea tuvo también importancia especial pues fue el primero en el que participó el nuevo miembro de la Internacional: Mihail (Mijail) Bakunin (1814-1876).

*La irrupción de Bakunin*

Escapado de Siberia, el revolucionario ruso se había instalado en Suiza. Era anarquista, con un proyecto de revolución radical que suponía la negación absoluta del orden existente. Bakunin buscó una organización que le sirviera de instrumento para propagar sus ideas. Lo intentó primero con la masonería italiana; luego con la Liga de la Paz, una organización internacional de burgueses republicanos. Y acabó fundando, en septiembre de 1868, la Alianza de la Democracia Socialista, con la que solicitó la adhesión a la I Internacional. La organización no parecía tener más que la sección constituida en Ginebra. Por prudencia su programa presentaba de forma suavizada los principales temas anarquistas: ateísmo, igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos, abolición de la herencia, abolición del Estado; pero según la costumbre de Bakunin, una alianza secreta compuesta por conspiradores seguros se ocultaba tras la

alianza oficial. Después de muchas dudas, el Consejo general de la A.I.T. admitió la adhesión de la Alianza (VII-1869). Apenas vencida la oposición proudhoniana, la llegada de Bakunin planteó un nuevo problema grave a la Internacional.

*Puntos de vista opuestos*

El choque Marx-Bakunin no fue sólo un choque doctrinal —Marx era centralista y Bakunin, federalista— sino también respecto a los métodos que deberían ser empleados para conseguir la victoria final. Bakunin condenaba la participación en las elecciones políticas así como la lucha por las reformas sociales en favor de una legislación protectora de los derechos obreros. Su pensamiento respondía a la situación de los trabajadores en los países de menor desarrollo industrial; por esto tendía a apoyarse más en los campesinos y en los revolucionarios profesionales que en la *élite* de los trabajadores que habían puesto en marcha la A.I.T. A todo esto hay que añadir una diferencia temperamental muy acusada: la rusofobia de Marx chocó con la germanofobia de Bakunin. La influencia del revolucionario ruso se hizo notar pronto, aunque quizá de manera un tanto superficial, en la Asociación. Italianos y españoles se pusieron a su lado, al igual que los relojeros suizos del Jura y algunos dirigentes franceses.

*Las iniciativas de Bakunin*

Pero cuando aún no había cuajado plenamente esta oposición, otras preocupaciones más graves cayeron sobre la Internacional. La guerra franco-prusiana se inició el 15 de julio de 1870. Aunque ya en el congreso de Bruselas de 1868, y ante la amenaza precisamente de esta guerra, la Internacional se había planteado la posibilidad de convocar una huelga general que impidiera el choque armado —una medida de la que se había burlado Marx—, cuando se inició el conflicto el nacionalismo prevaleció sobre los principios internacionales. Después de la catástrofe de Sedan, Marx —en nombre del Consejo— dirigió un saludo a la República nacida el 4 de septiembre, pero previno a los trabajadores franceses contra toda tentativa revolucionaria prematura. Que fue precisamente a lo que se lanzó Bakunin en Lyon, el 28 de septiembre: fracasó.

*La Comuna*

El 18 de marzo de 1871 se produjo, sin embargo, la Comuna de París. Había llegado la situación que Marx temía. La Internacional tuvo una cierta participación en los acontecimientos parisinos, aunque no llevara en modo alguno la dirección y el peso de la revuelta. En el Consejo de la Comuna, una veintena de internacionalistas figuraron dentro de la minoría socialista, frente a la mayoría jacobina y de seguidores de Auguste Blanqui (1805-1881). Todo lo cual no impidió que la revolución de la Comuna, una revolución de estilo antiguo, resultara transfigurada por Marx en la explicación que dio, en nombre del Consejo general, el 30 de mayo de 1871. Marx presentó a la Comuna como la prefiguración del gobierno obrero que "permitiría realizar la emancipación económica del trabajo", como ejemplo de lo que habría de ser la "dictadura del proletariado".

*La recreación de la Comuna por Marx*

Poco tuvo que ver la Comuna con la explicación posterior elaborada por Marx. Pero sí tuvo que ver mucho con el inicio de la ruina de la Internacional. La represión que siguió a la Comuna dispersó las secciones francesas de la Asociación. Los gobiernos liberales

de diversos países europeos creyeron haber encontrado en la Internacional la todopoderosa organización que los combatía y actuaron en consecuencia. La Internacional fue puesta fuera de la ley en España e Italia; sus miembros fueron perseguidos sistemáticamente en Dinamarca y Austria-Hungría. En Alemania, August Bebel (1840-1913) y Wilhelm Liebknecht (1826-1900), los fundadores y dirigentes del partido socialdemócrata, fueron condenados a 18 meses de prisión. En cuanto a los prudentes *tradeunionits* británicos, la mayor parte de ellos ya habían desaprobado públicamente los excesos de la Comuna.

*De nuevo, las discusiones*

La Internacional, sin embargo, logró resistir aceptablemenente a este fuerte ataque generalizado. Hizo incluso algunos progresos en Italia y España, y muy especialmente en Bélgica. La amenaza de destrucción de la A.I.T. no vino de fuera, sino que brotó en su propio interior. Se multiplicaron las discusiones entre los exiliados comuneros, entre ellos y con el Consejo general. E hicieron su aparición los enfrentamientos entre marxistas y bakuninistas, entre "autoritarios" y "anti-autoritarios". La áspera fricción se centró sobre dos puntos. En primer lugar, sobre la disciplina interna de la A.I.T.: los bakuninistas exigían el reconocimiento de la autonomía completa de las secciones o federaciones nacionales y el fin de la dictadura del Consejo general. La otra cuestión que ahondó las divergencias entre las dos corrientes fue la actitud que el movimiento obrero debía tener respecto a la política: los anarquistas exigían la abolición revolucionaria del Estado opresor como objetivo último; y, mientras esta abolición llegaba, querían la abstención total en materia política: los bakuninistas habían sustituido a los prudhonianos.

*La astucia de Karl Marx*

El enfrentamiento se hizo tan hondo que en 1871 fue imposible reunir el congreso previsto por los estatutos de la A.I.T. En su lugar se celebró una conferencia en Londres (17/22-IX) en la que, no por azar, trece de los 23 delegados designados eran absolutamente fieles a Marx. En esta conferencia se tomaron decisiones de considerable importancia. Marx hizo triunfar sus tesis sobre la necesaria acción política de la clase obrera. La resolución IX terminaba con estas palabras: "La conferencia convoca a los miembros de la Internacional para que, en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política permanezcan indisolublemente unidos."

*El traslado del consejo de la A.I.T. a Estados Unidos*

La protesta enérgica contra los acuerdos londinenses estuvo encabezada por los fieles anarquistas bakuninistas del Jura suizo; se negaron a suscribirlos (12-XI-1871). En 1872 el Consejo general denunció a los rebeldes. La escisión se consumó en el congreso que la A.I.T. celebró en La Haya, entre el 2 y el 7 de septiembre de 1872. Los jurasianos acudieron al congreso dispuestos a exigir "la abolición del Consejo general y la supresión de toda autoridad en la Internacional". Pero Marx había logrado una confortable mayoría que le respaldaba. El congreso aprobó punto por punto la resolución IX de la conferencia de Londres, confirmó la autoridad del Consejo general y expulsó de la Internacional a Bakunin y al anarquista suizo James Guillaume. Y a propuesta de Marx y Engels se decidió transferir a Nueva York el Consejo general. Fue una victoria pírrica. Deshechas las secciones francesas; con los blanquistas controlando la emigración revo-

lucionaria francesa; ausentes las *Trade Unions;* y con los bakuninistas dueños por el momento de las más fuertes organizaciones de trabajadores de la Europa meridional, las explicaciones de Marx y Engels de que la Internacional había cumplido ya sus objetivos y era preciso pensar en otros métodos de acción equivalieron al reconocimiento de su fracaso. El último acto del Consejo general londinense fue la publicación de un informe que era un duro ataque contra los anarquistas. Instalada la A.I.T. en los Estados Unidos, la conferencia de Filadelfia (15-VII-1876) decidió la disolución del Consejo general.

*Las aportaciones de la I Internacional*

Los graves inconvenientes que hicieron tan difícil la vida de la I Internacional pueden resumirse en cuatro puntos: una organización deficiente, en primer término; la inexperiencia de los militantes; las cotizaciones mal pagadas; y en último lugar, la confusión en los objetivos que se trataban de conseguir. Junto a esto, la A.I.T. logró por vez primera la formulación de unos principios comunes de acción, lo que se tradujo en el establecimiento de una cierta unidad de las conciencias. La I Internacional, a pesar de su fracaso, actuó como agente catalizador de la "conciencia de clase proletaria", por utilizar la terminología de Karl Marx.

A pesar de su derrota en el congreso de La Haya los anti-autoritarios no se dieron por vencidos. El 15 de septiembre de 1872, una semana después de su expulsión de la A.I.T., los representantes de cinco federaciones disidentes (jurasianos, italianos, españoles, más algunos norteamericanos y una muy disminuida federación francesa) celebraron un congreso extraordinario en Saint-Imier, donde constituyeron una Internacional paralela que, durante algún tiempo, tuvo más vida que la organización oficial trasladada a Nueva York. Si se exceptúa a los alemanes, todas las federaciones que subsistían realmente en Europa acabaron por vincularse a la nueva Internacional. Especial importancia tuvo la adhesión (1876) de la potente organización belga. Bakunin, sin embargo, ya la había abandonado en 1874. El revolucionario ruso, rival de Marx, murió el 14 de julio de 1876. Fue a partir de esa fecha cuando comenzó el declive de la Internacional anti-autoritaria. Su último congreso lo celebró en Verviers (6/8-IX-1877). Las dos grandes direcciones del movimiento revolucionario obrero —marxistas y anarquistas— mantendrían posturas cada vez más alejadas, a través de una historia que escapa a los límites de estas páginas.

## Bibliografía

**1. El cientifismo positivista.** La importancia de esta cuestión —una de las líneas decisivas del siglo XIX— obliga a prolongar su estudio en los capítulos iniciales del Tomo siguiente de esta *Historia Universal.* Allí se encontrarán más títulos cuyo conocimiento resultará también útil. Ahora se citan algunas obras en conexión directa con lo expuesto en estas páginas. Son las siguientes: W. M. SIMON, *European Positivism in the Nineteenth Century.* Londres, 1963; J. J. SANGUINETI, *Auguste Comte: Curso de Filosofía Positiva.* Madrid, 1977, que contiene una notable exposición y crítica del pensamiento comtiano; y José M.ª PETIT SULLA, *Filosofía, política y religión en Auguste Comte.* Barcelona, 1978: una obra igualmente de interés.

**2. El magisterio de la Iglesia.** Para un conocimiento más amplio de lo que se expone en este apartado, convendrá tener presente la bibliografía indicada en capítulos anteriores, tanto en relación directa con la Iglesia como, entre otras cosas, con el proceso de la unidad italiana. Se añaden ahora dos títulos que pueden ayudar a entender algo más el valor del Concilio Vaticano: Hubert JEDIN, *Breve historia de los Concilios.* Barcelona, 1960; y Roger AUBERT, *Vaticano I.* Vitoria, 1970.

**3. La I Internacional.** Por su misma evolución difícil y su menor incidencia histórica, la I Internacional ha merecido atención menor que las dos (o tres) siguientes. Para su estudio pormenorizado se dispone de las historias generales de las Internacionales, entre las que destaca, por su brevedad y claridad, la de Annie KRIEGEL, *Les internationales ouvrières.* París, 1966². Hay otras más amplias, como las de Günther NOLLAU, *Las Internacionales.* Barcelona, 1964; Julius BRAUNTHAL, *History of the Internationals.* Londres, 1966, 2 vols.; y Milorad M. DRACHKOVITCH, *The Revolutionary Internationals, 1864-1943.* Stanford, 1966. Se puede consultar igualmente a Jacques DROZ, en *Le socialisme démocratique, 1864-1960.* París, 1966. Jacques FREYMOND ha editado en 4 vols. una selección de documentos relativos a la A.I.T., con el título de *La Première Internationale.* Ginebra, 1962. De problemas más específicos se han ocupado H. COLLINS y C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement. Years of the First International.* Londres, 165; R. P. MORGAN, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872.* Londres, 1965; y Pierre ANSART, *Marx et l'anar-*

*chisme*. París, 1969. La llegada de la Internacional a España fue estudiada por Max NETTLAU, autor de *Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873)*. Buenos Aires, 1923; y *Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España*. Buenos Aires, 1930. Esta última obra ha sido reeditada, con una introducción y notas de Renée Lamberet (Dordrecht, 1970). Josep TERMES ha escrito sobre *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional, 1864-1881*. Barcelona, 1971.

## INDICE DE ILUSTRACIONES

*Otros títulos de Historia:*

PODER Y GOBIERNO EN LAS CORTES DE CADIZ (1810-1813)
Manuel Morán Ortí

DONOSO CORTES Y LA FUNDACION DE "EL HERALDO" Y "EL SOL"
Federico Suárez

PAGINAS DE HISTORIA DEL PAIS VASCO (Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán)
Varios

LA IGLESIA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO
Gonzalo Redondo

Tomo I
De Pío VI a Pío IX (1775-1878)

Tomo II
De León XIII a Pío XI (1878-1939)

GRANDES INTERPRETACIONES DE LA HISTORIA (5.ª ed.)
Luis Suárez

HISTORIA DE LAS RELIGIONES (3 tomos), (2.ª ed.)
Manuel Guerra

*Más títulos en las siguientes colecciones:*

Cuadernos de trabajos de Historia

Documentos medievales

Histórica

Correspondencia diplomática de los Nuncios en España

Historia de la Iglesia

Mundo Antiguo

nt-Historia (colección de bolsillo)